

Cristina Borreguero Beltrán

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

1618-1648

Europa ante el abismo



 ACCESO
ABIERTO

Cristina Borreguero Beltrán

LA GUERRA
DE LOS TREINTA AÑOS
1618-1648

Europa ante el abismo

la esfera  de los libros

«Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía intermedia entre la cumbre y el precipicio».

TÁCITO, historiador romano de los años 55-115

«Es necesario aprender historia, pues como quiera que se interprete, esta pertenece al saber necesario acerca de la realidad en la que nos encontramos».

Friedrich SCHILLER, historiador alemán

«Hay un momento superior en la especie humana: la España desde 1500 a 1700».

Hipólito TAINE, historiador francés



La Esfera de los Libros

Edición digital

Madrid, 2018

ISBN: 9788491644590

INTRODUCCIÓN

En la primavera de 1618, Johannes Kepler, el gran científico y astrónomo de su tiempo, finalizaba la redacción de su libro *Harmonices Mundi* —*La Armonía de los Mundos*—, en el que exponía su descubrimiento de la «Ley Armónica». Con este hallazgo basado en un modelo geométrico, Kepler desveló las leyes que gobiernan las revoluciones de los planetas y trató de explicar en su libro los movimientos planetarios, fijando sus órbitas. Sin embargo, Kepler era consciente de que sus innovaciones podrían no ser entendidas en aquel periodo de la historia:

Ahora arrojo el dado, y escribo un libro para el presente y para las futuras generaciones, no me importa cuáles. Puede tener que esperar 100 años por un lector; ¿acaso no ha esperado el Creador 6.000 años para que viniese un contemplador de sus obras?

Curiosamente, el gran matemático de la corte de Rodolfo II, que empeñó su talento en descubrir la armonía de los planetas, tuvo que vivir en un tiempo y en un mundo sin armonía, trastornado por la guerra. 1618 fue un año clave que sería recordado no tanto por la culminación de su obra, sino por un acontecimiento de características muy distintas, el estallido de la Guerra de los Treinta Años.

El Dios de la guerra, escribió Kepler, ha hecho sonar sus trompetas. Pero a pesar de ello, mi libro sobre las armonías estará disponible para la compra en la próxima Feria de Otoño de Frankfurt...

En toda Europa, el sonido de las trompetas de guerra puso en movimiento no solo a inmensas hordas de soldados, sino también a legiones de escritores, cronistas y gaceteros que produjeron gran número de crónicas, anales, comentarios, relaciones, diarios, imágenes y grabados desangrados por la confrontación. La época engendró una convulsión que, lejos de las armonías de Kepler, abrió paso a una Europa disonante, conmocionada, desunida e inestable. Kepler terminó su libro *Harmonice Mundi* el 27 de mayo, cuatro días después de la Defenestración de Praga. En él, hacía un

llamamiento a la importancia social de la ciencia y argumentaba sobre la responsabilidad del filósofo hacia la sociedad. Era claro para él que, en muchos sentidos, *Harmonice Mundi* era un libro atípico, en su búsqueda de una ecuación general, en su demanda de extraer las consecuencias culturales y sociales del conocimiento y en su objetivo ético de «mejorar la vida humana aumentando el deseo de armonía en todos». Sin embargo, el mundo que le rodeó a partir de entonces, y hasta su muerte en 1630, fue totalmente discordante, disonante y tumultuoso. Europa escribió su propia crónica, que, muy alejada del anhelado *Harmonice Mundi*, debió acogerse a un título más acorde: *Disharmonia Mundi*.

Nueve años después de su muerte, cuando el cronista y escritor Virgilio Malvezzi describía la Europa de 1639, sus palabras no hacían más que confirmar aquellas disensiones y discordias extendidas ya por todas partes:

Estaba Alemania destruida, llena de Guerras Civiles, Externas, y Mezcladas. Los Franceses vencidos, no debilitados, ni mortificados, tramaban con ardid sus Venganzas. La Gran Bretaña, que como última en el Orbe, fue no olvidada, reservada a los postreros Rayos, que sobre Europa caían, e incendian Rebeliones, ya padeciendo los Daños, procuraba los Remedios. El Estado de la Monarquía Austriaca era vario. Flandes se hallaba victorioso, no seguro. España triunfadora y amenazada. Las cosas en Borgoña, aventuradas. En Italia, prósperas. En el Brasil, dudosas. En Alemania, infelices. Weimar, apoderado de Brisac. El Sueco, cerca de Bohemia. Las Armas del Turco, casi movidas. Las Ciudades Hanseáticas, irresueltas. Los Esguizaros, no determinados. La Flota acometida de Olandeses y aunque no ocupada, impedida.

En aquel caos y confusión, algunas plumas trataron de arrojar luz y claridad sobre el origen y las causas de las guerras que asolaban Alemania. No andaba lejos de estos deseos y trabajos uno de los más precoces escritores sobre la Guerra de los Treinta Años, Rodrigo Ponce de León y Álvarez de Toledo, IV duque de Arcos, (1602-1658), quien llegó a ser virrey de Valencia y también de Nápoles en el periodo convulso de 1646-1648. Siendo joven, se había embarcado —«no obstante que mi profesión no es escribir Historias»— en una obra titulada *Primera parte de las Presentes Guerras de Alemania, levantamiento del Reyno de Boemia*. Su trabajo, apoyado en tres puntos narrativos —el levantamiento de Bohemia, las

victorias de Maximiliano de Baviera, Spinola y Bucquoy y, finalmente, la toma de la ciudad de Praga—, trató de registrar los felices acontecimientos que la guerra proporcionó a los Habsburgo, con el fin de:

Arrojar verdadera luz, de las causas y estado de las Presentes Guerras de Alemania y de la importancia de las Victorias, dependiente de ellas, la Serenísima Casa de Austria, la Santa Fe Catholica, la autoridad Romana, y juntamente el bien de toda la Christiandad. Y visto que se imprimieron papeles corregibles y los que alguna verdad tienen, sin principio y fin, quedando los leyentes de ellos del caso confusos más que de antes, para dar gusto al deseo de VM y de todos los curiosos, he querido tomar este trabajo juntando de los muchos y verdaderos avisos, una breve y sumaria relación de cuanto me parece bien que se sepa.

En consonancia con las palabras del duque de Arcos, el objetivo de este trabajo es realizar, «juntando de los muchos y verdaderos libros, artículos y capítulos, etc., una breve y sumaria relación», es decir, una síntesis revisada y puesta al día para el lector español de un conflicto gigantesco que asoló Europa en la Edad Moderna: la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) teniendo como protagonistas a los Habsburgo de Viena y Madrid.

Retrato anónimo de Rodrigo Ponce de León y Álvarez de Toledo, IV duque de Arcos, extraído del *Teatro eroico, e politico de governi di Vicerè del Regno di Napoli dal tempo del Re Ferdinando il Cattolico Fino al presente*, de Domenico Antonio Parrino (1694).



Como en toda síntesis, en esta se ha pretendido, una aproximación al inabarcable estado de la cuestión,

acometiendo un análisis de la evolución historiográfica de la ingente producción científica de las últimas décadas en torno al conflicto. No es fácil emprender un objetivo de este calado, puesto que los estudios realizados en todos los países involucrados en la contienda han sido muy numerosos y aún hoy esta conflagración sigue despertando enorme interés, debido, sobre todo, a la magnitud de la documentación que se ha preservado. Como bien explicaba Geoffrey Parker en el prólogo de su inestable obra *La Guerra de los Treinta Años*, publicada por primera vez en 1984, la contienda hizo que los documentos se multiplicaran en todas partes, y esos miles de pliegos producidos por un continente en guerra, en muchas lenguas diferentes, constituyen un desafío a la resistencia del historiador. Solo la Paz de Westfalia, ha escrito Wilson en el prólogo de su obra, ofrece más de 4.000 títulos.

En este trabajo de síntesis se ha tratado de abordar la historiografía de la contienda encuadrada en dos grandes enfoques: las publicaciones de carácter general que abordan la Guerra de los Treinta Años en su totalidad, independientemente de su volumen o dimensión, y las monografías dedicadas a temas específicos relacionados con el conflicto. En el primer caso, un buen número de publicaciones presentan aquella contienda dentro de las explicaciones de la transición de Europa hacia la modernidad; en el segundo caso, por el contrario, están más focalizados hacia personalidades, acontecimientos y problemas que generó la guerra y ofrecen gran cantidad de datos. Sorprendentemente en estas investigaciones las publicaciones disminuyen considerablemente al aproximarse a la segunda mitad de la década de 1630. Esta indiscutible

apreciación ha sido verificada en casi todos los territorios que participaron en la guerra. Por ello, hay que concluir que se ha prestado menos atención al segundo periodo de la contienda y también a sus protagonistas, pertenecientes a la generación de las décadas de 1630 y 1640, y son por ello más desconocidos, aunque se van llenando esas lagunas.

Por otro lado, la Guerra de los Treinta Años ha sido analizada desde muchos y diversos ángulos. Los primeros estudios decimonónicos establecieron sus análisis desde el punto de vista religioso que consideraban el motor de la contienda. Posteriormente la producción historiográfica se centró más en las cuestiones políticas y militares, sin olvidar las realidades económicas y sociales, que han venido a confluir en las últimas décadas con investigaciones sobre la vida de los soldados, basadas en testimonios personales como diarios, cartas y relatos, o el impacto de la guerra en la sociedad civil, incluyendo publicaciones en torno a la vida de las mujeres en el escenario de la contienda.

En cuanto a la estructura, este trabajo ha procurado presentar diversos estudios, a modo de capítulos concatenados, que pongan al día algunas cuestiones ampliamente estudiadas por historiadores centroeuropeos. Pero, todo hay que decirlo, de la abundantísima bibliografía en inglés y alemán, sin hablar de la sueca, checa o húngara, han sido muy pocas las obras que han tenido la fortuna de ser traducidas al español. Por lo tanto, algunos capítulos, sin ser en absoluto novedosos, pretenden presentar una síntesis clara y comprensible sobre los distintos aspectos que más se han examinado en los últimos años: la historiografía de la contienda, los escenarios de la guerra, el desarrollo del

conflicto y los recursos militares.

Por ello, este trabajo de síntesis, concebido al hilo del IV Centenario del inicio de la conflagración (1618-2018), pretende, por un lado, ofrecer una recapitulación útil y accesible de lo que significó aquella contienda y, por otro, abrir caminos a la investigación en España, de modo que, al conocerse un poco más la abundantísima producción historiográfica, se esté en condiciones de explorar nuevos caminos y aproximaciones a la participación de España en aquella guerra europea. No es un panorama exhaustivo y completo —no podía serlo, dado la amplitud gigantesca del tema y el inabarcable catálogo bibliográfico—, pero sí puede ser un boceto necesario y suficiente para emprender nuevos y más precisos análisis.

Finalmente, se acometen varias propuestas útiles, entre las que destacan la presentación de una amplia Bibliografía, sin pretensiones de totalidad, relacionada con las cuestiones objeto de estudio, que pueda servir de base para futuras investigaciones. Otra de las propuestas consiste en ofrecer algunos textos, glosario, imágenes e ilustraciones, muy seleccionadas, de manera que sean útiles al lector e investigador y al público general interesado en estos temas.

El libro se articula en ocho capítulos que tratan de ser, como ya se ha repetido, comprensibles y sintéticos. En el primero, de carácter introductorio, hemos querido acudir a las fuentes políticas y literarias y a la publicística para analizar cuáles fueron las visiones contemporáneas de la Guerra de los Treinta Años. La riqueza de avisos, relaciones, crónicas y panfletos hispanos permite conocer cómo se entendían en el discurso de la monarquía española los

conceptos claves de guerra justa y guerra irremediable; asimismo ponen sobre la mesa los juicios acerca de las «presentes guerras de Alemania», y muestran el enorme interés y curiosidad que despertaron en la incipiente opinión pública la entrada en la contienda del «León del norte» y sus imparables éxitos militares hasta su muerte prematura. Pero quizá el mayor desarrollo de esta publicística tuvo lugar a partir de 1635, cuando, tras la declaración de guerra a España por parte de Francia, surgió una floreciente generación de polemistas españoles. Todo ello aportó, también en Francia, interesantes puntos de vista sobre la situación política de la guerra franco-española.

En el segundo capítulo, se ha tratado de estudiar aquellos territorios que constituyeron el núcleo y origen de la contienda. Al ser un conflicto enormemente complejo, cuya génesis estuvo en Bohemia para extenderse a todo el Imperio y a una gran parte de Europa, el capítulo analiza, en primer lugar, el escenario nuclear de la contienda, los territorios patrimoniales de los Habsburgo, un espacio con sus propias características territoriales, demográficas, políticas y sociales. Y es que, para comprender el origen, las causas y el desarrollo de esta contienda es imprescindible, como afirmó Jover con referencia a la obra de Braudel, acudir al territorio, «a la realidad viva siempre de unas montañas, de unos caminos, de unas ciudades, de unos paisajes que confieren plena consistencia histórica, plena consistencia humana a los hechos referidos por las fuentes».

Por ello, precisamente, se ha querido proyectar este trabajo desde la realidad geográfica, para facilitar la fluidez del discurso a la hora de realizar una síntesis, una fotografía,

si se quiere, de un periodo único; no ha habido otra posibilidad en las excesivamente reducidas coordenadas temporales en las que se ha planteado este trabajo. Por esta razón, aquí se acomete un estudio de las potencias o estados involucrados en el conflicto prosiguiendo una línea espacial que comienza con el escenario nuclear del conflicto: los territorios patrimoniales de los Habsburgo, concretamente Bohemia, donde se gestó el inicio de la guerra. Junto al avispero bohemio, se analizan también aquellos principados y electorados del Imperio que tuvieron un protagonismo determinante en el inicio de la contienda: el Palatinado, Sajonia, Baviera y Brandeburgo.

Precisamente, el tercer capítulo aborda la extensión de las rivalidades más allá de los territorios patrimoniales de los Habsburgo y del Imperio. Siguiendo la onda expansiva, que llegó a sacudir no solo a toda Alemania, sumergiéndola en enemistades y antagonismos, sino también a desbordarse fuera del Imperio y convertirse en una guerra internacional. El capítulo analiza aquellos estados que fueron interviniendo en el conflicto, la monarquía española, Dinamarca, Suecia y Francia, sin olvidar los enfrentamientos en Italia, en el Báltico y las intervenciones de Hungría. Pero la onda expansiva se extendió, incluso, fuera de Europa, transformando aquella contienda en lo que algunos han denominado guerra mundial o guerra total. Al mismo tiempo, se analizan las causas que motivaron la intervención de cada uno de los beligerantes en la guerra, teniendo en cuenta que unas eran las razones que los príncipes y gobernantes aducían públicamente y otros muy distintos los auténticos móviles de su participación e implicación en la

contienda.

En el cuarto capítulo, titulado «El sonido de las trompetas de guerra y los tambores de paz», se ha procurado ofrecer el desarrollo de la contienda, claro y sucinto, que facilite su comprensión, siguiendo la propuesta de algunos historiadores de dividir el conflicto en dos grandes periodos: el de 1618 a 1629, en el que la guerra aparece como un problema del Imperio alemán, y el segundo, a partir de 1630, en que se generaliza y desborda las fronteras del Imperio para convertirse en una conflagración a gran escala. Fue a partir de la Paz de Ratisbona de 1630 cuando empezaron a sonar tímidamente, pero ya con nitidez, los tambores de paz. Se inició así un largo camino en el que se mezclaron la acometividad e ímpetu de la guerra con los deseos de paz. En los últimos años, las negociaciones enmarcadas en el desarrollo de los Congresos de Münster y Osnabrück, paralelas a la prosecución de la contienda, no permiten hablar de un periodo distinto, pero sí de un proceso propio hacia la paz.

Parecía necesario extender el análisis al instrumento principal de la guerra, los ejércitos, para conocer sus capacidades e insuficiencias, así como sus progresos y perfeccionamiento. Este fue el objetivo del quinto capítulo, en el que se aborda el estudio de los engranajes de la maquinaria bélica, es decir, el reclutamiento, el abastecimiento y la logística, así como los recursos financieros. Aunque estos asuntos ofrecen muchas posibilidades de acercamiento y análisis, se ha querido hacer una aproximación a la realidad de los ejércitos de aquella contienda con especial relieve a la necesidad de los recursos

humanos en la guerra: experimentados generales y comandantes «cabezas del ejército», así como veteranos y disciplinados soldados. Sin embargo, el descubrimiento de diversos diarios y crónicas de protagonistas y testigos directos de la guerra han ofrecido una pintura de los ejércitos muy lejana de los conceptos de orden y disciplina, a excepción, quizá, pero no siempre, del ejército de Gustavo Adolfo de Suecia.

Finalmente, el trabajo ofrece un capítulo sexto, donde se introduce un breve estudio sobre las consecuencias y secuelas de la Guerra de los Treinta Años. Un tema realmente de gran interés sobre el que se ha especulado y debatido mucho hasta confirmar que gran parte de la literatura de la época ha favorecido la creación de un mito: el mito de la devastación, de la feroz violencia hasta extremos inusitados, que facilitó la construcción en el siglo XIX de la identidad de Alemania. Se trata de un tema sobre el habría mucho que decir, pues ha sido trabajado últimamente de forma exhaustiva. Son muchos los datos que la documentación y los diversos estudios ofrecen sobre los resultados demográficos, sociales, económicos e incluso sanitarios y ecológicos, etc. En definitiva, interesa saber cómo los europeos concibieron sus vidas frente al devenir de la violencia; cómo enfocaron las consecuencias humanas, sociales y económicas producidas por la devastación de los ejércitos mercenarios y, en definitiva, cómo llegaron a digerir aquel larguísimo conflicto.

Como consecuencia de los objetivos expuestos, en el epílogo se propone una aproximación a la historiografía de la Guerra de los Treinta Años. Por un lado, se analizan

aquellas obras de carácter general sobre la contienda que han dejado profunda huella y, por otro, los estudios de temática concreta cuyas materias han sido más recurrentes en la producción de las últimas décadas. Se trata de un capítulo en el que, indiscutiblemente, no podrán estar todas las publicaciones, pero sí facilitará una visión general.

Los acontecimientos que sucedieron en Europa en la primera mitad del siglo xvii cambiarían el devenir y la imagen del continente europeo de una forma radical. Aquella transformación se operó, sobre todo, cuando al final de la contienda los Habsburgo de Madrid y Viena, que habían ostentado una larga hegemonía en Europa, perdieron su posición frente a la monarquía francesa. A partir de entonces, Francia ocuparía su lugar como la potencia hegemónica de una nueva Europa.

1. LAS PERCEPCIONES DE LA GUERRA

No hubo que esperar al final de la contienda para que los contemporáneos se interrogasen sobre aquel duro y larguísimo conflicto. La Guerra de los Treinta Años ha suscitado desde el principio numerosos y muy diversos sentimientos y percepciones. Desde la reprobación y condena, pasando por una gran atención e indagación, debida a la curiosidad y el interés, hasta cierto estupor y admiración provocada por la envergadura de su duración, sus protagonistas y su alcance internacional. Ya en un artículo publicado en 1947, «La Guerra de los Treinta Años, una nueva interpretación», Sigfrid Henry Steinberg trató sobre la validez del término de Guerra de los Treinta Años, dado que esa denominación del conflicto podía ser mal interpretada. Sin embargo, veinte años más tarde, el propio Steinberg escribió que:

El italiano Galeazzo Gualdo Priorato habla de la «Guerra de Fernando II y III y del rey Felipe IV de España contra Gustavo Adolfo y Luis XIII» (1640 y ediciones posteriores); el veneciano J. Riccius escribe sobre «Las Guerras de Alemania» (1649). Las referencias hechas por el duque de Württemberg a la «Guerra de los Veinte Años» (1655) y a la «Guerra de los Treinta Años» (1666) y las del elector de Baviera a la «Guerra de los Treinta Años» (1659) tenían lugar por parte de aquellos gobernantes al referirse o tratar de la guerra en sus estados. Y utilizaban estos números redondos, en lugar de cifras más ajustadas, para quejarse de las exigencias financieras debidas a la larga duración de la guerra.

Pero una cosa es explicar las causas por las que se llegó a dicha denominación y otra señalar el inicio del uso del término. Parece claro que la expresión «*Guerra de los Treinta Años*» empezó a introducirse en el mismo siglo XVII,

concretamente al final de la contienda. En los comienzos de la guerra, políticos, pensadores y escritores eran incapaces de imaginar la prolongada duración de aquel conflicto. En 1621, el duque de Arcos escribía sobre las «Presentes Guerras de Alemania» —así las denominaba—, sin poder adivinar que la contienda perduraría veintiséis años más. En 1634, Juan Adam de la Parra se refería a las «Guerras presentes», más que con un nombre, con el adjetivo negativo de «funestas guerras».

PRIMERA PARTE Negado
DE LAS PRE-
SENTES GVERRAS DE
Alemania, levantamiento d'el Reyno de
Boenia, tomando por cabeça, y cau-
dillo al Conde Palatino, levan-
tandole por Rey.

LAS VICTORIAS, QUE LA CE-
sarea Magestad ha tenido contra ellos, los hechos He-
roycos de los Señores, Duque de Baviera, Mar-
ques Espinola, Conde de Bucoy y otros Ca-
pitanes Catholicos.

Y EN PARTICULAR SE DA CVENTA DE LA
importantissima Batalla, que hubo a vista de Praga, la toma de la
Ciudad: y así mismo de lo que pasó en Francia y tier-
ras de Grisones. En el Año de 1620.

Todo en Favor de la Santa Fè Catholica.

DIRIGIDA A RODRIGO SVARES,
Veynte y quatro de la Ciudad de Sevilla, Temien-
te de Alcalde Mayor, por el Duque de Ar-
cos, y Capitan de Infanteria.

AÑO. 1621.

Con Licècia en Sevilla, por Gabriel Ramos Vèjarano.

*Primera parte de las presentes guerras de Alemania, ... las victorias, que la Cesarea Magestad
ha tenido ... y en particular se da cuenta de la ... batalla ... de Praga ... en el año de 1620
... El duque de Arcos. [A. L.] por Gabriel Ramos Bejarano, Sevilla, 1621.
(Biblioteca Nacional de España).*

Otros autores contemporáneos de los hechos explicaban los acontecimientos militares de la primera mitad como «guerras» en plural y distinguían claramente entre *bellum Bohemicum* (la guerra de Bohemia) y *bellum Suecicum* (la guerra de Suecia) etc.

Fue en la década de 1640 cuando se hizo patente la larguísima duración del conflicto. En mayo de 1648, antes incluso de que terminara la contienda, uno de los delegados

del Congreso de Westfalia utilizó la expresión de «la Guerra de los Treinta Años» que había devastado su país. Así, en aquellas fechas, el término había encontrado tanto una denominación como un grado de definición dentro de Europa.

Algunos ejemplos recogidos en el prólogo al libro de *La Guerra de los Treinta Años* de Parker señalan cómo en esos años finales de la contienda, la publicación semanal inglesa *The Moderate Intelligencer* había comenzado a publicar una serie de artículos titulados «Epítome de la Guerra de los Treinta Años en Alemania». El número 203, de 8 de febrero de 1649, resumía la guerra de Bohemia de 1618-1623; el número 204 exponía la guerra de Holanda; el número 205 cubría la guerra danesa, y así sucesivamente. También apareció el término por aquellas fechas en un panfleto publicado en alemán con el título «Una breve crónica de la Guerra de los Treinta Años», que no solo daba fechas y lugares de las principales acciones militares, sino que ofrecía también, quizá por primera vez, un cálculo aproximado de las pérdidas en vidas y propiedades causadas por el conflicto.

Con todo, se afirma con frecuencia, y lo hizo Steinberg entre otros, que el número «treinta» y el singular «guerra» fue utilizado por primera vez por Samuel Pufendorf, el eminente jurista e historiador del siglo XVII, quien acuñó la expresión «Guerra de los Treinta Años» para describir la serie de conflictos que asolaron Europa entre 1618 y 1648. Esa enunciación apareció en su libro *De statu Imperii Germanici*, publicado bajo el seudónimo de Severino de Mozambano en 1662. Pero lo cierto es que no era una

formulación nueva.

Sobre la extenuante duración de la contienda, se han ofrecido muchas explicaciones, unas referidas a la incompetencia de los ejércitos, otras, a la ineficacia de los gobiernos que los reclutaban. Y esta última razón, según Parker, parece ser la más fundada. A los ejércitos, una vez formados, apenas se les entrenaba, controlaba u organizaba para conseguir victorias rápidas y decisivas; y por eso la guerra se eternizó. Pero fue, ante todo, la falta de financiación la que paralizaba el ritmo de la contienda, el cual dependía en gran medida de los recursos económicos. Todos los estados que intervinieron se embarcaron en una guerra que estaba muy por encima de sus posibilidades económicas y, por eso, hacían lo posible por lograr retrasar sus operaciones.

Con relación al carácter de la contienda, diversos historiadores han insistido en que la Guerra de los Treinta Años no fue un único conflicto, sino un conjunto de varias guerras entre contendientes diferentes que pudo durar más de treinta años, incluso cuarenta años si se incluyen las guerras hasta la Paz de los Pirineos, o cincuenta si se tiene en cuenta el Tratado de Lisboa de 1668, que puso fin a las guerras de Restauración portuguesa (1618-1668). Sin embargo, la mayoría de los historiadores asume que la contienda se inició en 1618 y finalizó en 1648 con la Paz de Westfalia, aunque fueran muchos los contendientes y muy numerosos y diversos los enfrentamientos, algunos de los cuales finalizaron y otros continuaron más allá de 1648.

La complejidad de esta guerra se amplía al considerar que llegó a extenderse no solo por toda Europa, sino más

allá de este continente. Por ello también ha sido denominada la primera Guerra Mundial, si se tienen en cuenta, por ejemplo, los ataques neerlandeses a los territorios del imperio luso-español, sobre todo en Brasil y en las Indias orientales, o las amenazas inglesas y francesas sobre los territorios españoles en el Caribe. Por ello, ha escrito Edelmayer, la llamada Guerra de los Treinta Años es la primera guerra de la humanidad en la que se perciben procesos de «globalización».

La acuñación de la denominación de esta guerra y su complejidad corrieron parejas a la pluralidad, y también complejidad, del concepto llamado «Estado» moderno. Dicho término ha tenido significados diferentes que han evolucionado con el tiempo. Es cierto que se utilizaba ya en la Época Moderna, y aún antes, pero en su acepción con mayúscula, en el sentido político actual, tardó en usarse. Otra cosa distinta fueron los estados de un príncipe, conde, señor, etc. La palabra Estado, como se entiende de manera genérica hoy en día (para identificar una comunidad humana políticamente integrada o como sinónimo de país), es relativamente un término moderno, ya que adquiere sus significados con los que se le reconoce actualmente solo a partir del Renacimiento. En los periodos históricos anteriores, el término no se aplicaba para identificar a las sociedades políticamente integradas y sedentarias, o sea, asentadas en un territorio delimitado. Se hablaba de reinos, imperios, ciudades, pero no de estados. Como señala Herausgegeben von Hermann:

El término Estado fue ajeno a la antigüedad, época en la que se usaron las denominaciones de polis, res publica e imperium. Nació con la idea

moderna del Estado en Italia, pero fue Maquiavelo quien lo introdujo en la literatura.

El vocablo, procedente del latín, significa una cierta posición estacionaria y originalmente se utilizaba para designar a un grupo o a una condición social. Fue con Maquiavelo cuando la palabra Estado devino en un término genérico, que comprendía dos especies —república y principado—, esto es, dos maneras de gobernar a los pueblos. Pero nunca se le ocurrió al florentino decir que la república o el principado tuvieran una existencia trascendente a los hombres o fuera un ente real o abstracto.

Aunque hay consenso en que Maquiavelo fue quien introdujo la palabra Estado en la literatura política, George Bourdeaux sostiene que fue en Francia, a principios del siglo xvi, donde y cuando la palabra Estado se empezó a generalizar entre gobernantes y gobernados para designar originalmente a un grupo o a una condición social. En este sentido, se referían a los estados de una provincia, cuyos representantes se reunían. Sin que desapareciera esta primera connotación, se le fue dando un nuevo uso al término al aplicarse a la estructura jurídica de una comunidad. Pero fue en las llamadas guerras de religión cuando la noción del Estado como abstracción se hizo habitual. La palabra fue adoptada por los reyes, Enrique III en los Estados Generales de Blois en 1576 y Enrique IV, quien en 1596 se llamó a sí mismo el *Restaurador del Estado*. En 1614, la regente María de Médicis convocó los Estados Generales, lográndose la negociación del *Tratado de las Señorías* de Loyseau, donde se dio la entrada definitiva a la palabra Estado, más cercana, pero no exactamente igual, a

como se entiende en la actualidad.

Pero una cosa ha sido la evolución del término Estado y otra su significado profundo. Desde hace algunos años, la aparición y desarrollo del Estado moderno, tal y como los historiadores lo habían definido hasta entonces, ha sido objeto de revisión. Fue Elliott el que hizo la primera llamada de atención sobre el modelo hasta entonces corriente del «Estado moderno centralizado». Para Bartolomé Clavero y Fernández Albaladejo, monarcas como Felipe II eran ajenos al «paradigma estatalista» desarrollado hasta entonces por la historiografía. Como ha escrito Xavier Gil Pujol, en esta tarea de redefinir conceptualmente el mundo político moderno como no estatal, ha tenido un gran peso una serie de historiadores europeos como Ernst-Wolfgang Böckenförde, Otto Brunner, Otto Gierke, Otto Hintze y Gerard Oestreich, que han permitido recuperar una visión más concorde con el universo de aquella época.

La visión tradicional lo había considerado como la progresiva imposición de poderes centralizados y soberanos en los diversos reinos y territorios durante la Edad Moderna. Existían poderes supremos —reinos, algunas repúblicas, ducados, marquesados y principados, etc.— que gobernaban amplios territorios con gran independencia sin someterse a ningún otro poder. Estos últimos se ubicaban principalmente en Italia pero también en Alemania, cuya independencia se afirmó a mediados de la centuria setecentista.

En este sentido, durante los siglos xvi y xvii los vasallos o súbditos no tenían ni la potestad ni la capacidad para llegar a un acuerdo fundacional de creación de un ente jurídico — como los ciudadanos tienen hoy día—. Lo que existía

realmente era un poder de carácter patrimonial hereditario —aunque en algunos territorios conllevara la elección— vinculado a unas familias que lo transmitían generacionalmente a sus miembros por la vía dinástica. Las repúblicas, tanto como las monarquías o principados, se basaban en sociedades estamentales con enorme desigualdad de derechos y obligaciones entre sus miembros. En realidad, las repúblicas —como fue el caso de Venecia y Holanda— se diferenciaban de las monarquías en que carecían de una dinastía propiamente dicha, pero en el ejercicio del poder se alternaban los miembros de los grupos principales; lo importante en este sistema republicano no eran las personas que lo ostentaban en cada momento, sino el órgano que designaba a la persona y dirigía el gobierno del territorio.

En todos los casos, lo importante era el poder supremo en sí. En las monarquías, el del rey o príncipe, basado en derechos, tradiciones y ordenamientos legales, y respaldado en última instancia por la apelación a la voluntad divina. El rey era el garante del ordenamiento legal y los derechos eran la consecuencia de su concesión regia a alguien concreto —una persona o, sobre todo, un grupo o comunidad—, por lo que se constituían en privilegios (leyes privadas). En tales condiciones resulta difícil hablar de estados como se entienden hoy día. Sin embargo, muy interesante resulta el análisis de Giovanni Muto quien al encontrar algunos elementos más allá de la realidad de la persona y el poder real en los siglos de la modernidad, los ha denominado «fragmentos de Estado». Con ello ha sugerido la existencia, en los entes políticos de aquellas centurias, de fragmentos de estabilidad que permiten hablar de Estado de manera parcial,

pero sin una referencia total.

Precisamente, fue en este marco europeo con sus peculiaridades estatales donde estalló una de las guerras más largas y feroces de Europa desde la época moderna. Sus súbditos y vasallos no solo acuñaron con perspicacia el término Guerra de los Treinta Años sino también fueron capaces de enjuiciar y valorar la situación que les tocó vivir. Gracias al desbordante número de papeles de la época procedentes de escritores, publicistas, cronistas y funcionarios, es posible vislumbrar la percepción coetánea de la contienda e indagar cómo captaron y experimentaron aquellos europeos el conflicto.

En general, los textos se enmarcan en un gran abanico de cuestiones morales, políticas y propagandísticas. De ellas hemos extraído aquellas concepciones y debates relacionados con los conceptos de la guerra justa e injusta, inevitable o no. Al mismo tiempo hemos rastreado algunas apreciaciones que mostraban no solo la dilatada duración de la guerra, sino también su carácter sangriento, destructivo y funesto.

Para los europeos que vivieron en el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años, aquella contienda fue increíblemente larga, parecía no tener fin y, sobre todo, estuvo omnipresente en sus vidas. Todo se vio afectado por el conflicto, sus economías y modos de vida, sus relaciones humanas y sociales, etc. Pero es que, además, desgraciadamente para la población perjudicada, la Guerra de los Treinta Años estuvo concatenada con otras contiendas, por lo que el ya dilatado antagonismo no se limitó solo al periodo de 1618-1648, sino que se extendió a

toda la centuria. Es más, entre 1618 y 1660 no hubo un solo año en que no se produjera algún conflicto entre dos o más estados europeos, incluso en un mismo periodo se libraron simultáneamente varias guerras en Europa. Así pues los europeos vivieron en un permanente estado de conflictividad generado por las interminables rivalidades territoriales, políticas, económicas y religiosas entre los estados.

Aquella Europa —«nobilísima parte de las tierras del orbe»— no se acomodaba a su realidad y no encontraba su quietud; en perpetua guerra, turbulenta, agitada, amenazada, inarmónica, confusa e inestable. Así lo expresaba en 1630, el profesor de Lovaina y cronista real Nicolás Vernulez (o Vernuleyo), para quien:

Nuestra Europa, nobilísima parte de las tierras del orbe, ser un teatro de perpetua guerra todos lo ven, casi todos lo gimen y lloran. No hay alguno que hoy viva, tenga ser y espíritu, que deje de haberla visto siempre inquieta con tumultos gravísimos de guerra, nunca en paz y sosiego, en todas partes.

A la altura de 1635, sin vislumbrar posibilidad de cambio en el futuro, la población asistía resignada a una situación insostenible en la que las atrocidades y los horrores de la lucha se habían hecho habituales. Pero aquellas circunstancias no dejaban de ser, en general, para los habitantes de Europa, algo normal e incluso necesario. En el curso de los acontecimientos, la guerra parecía algo inevitable o irremediable y se aceptaba como el mal tiempo o una epidemia. La frase de Lutero de que «la guerra es tan necesaria como comer, beber o cualquier otra actividad» refleja en términos rotundos esa actitud realista y fatalista a la vez. Las visiones, perspectivas y enfoques de aquella

contienda tan compleja e inconmesurable sirvieron también de palestra y campo de batalla a un heterogéneo universo de escritores, cronistas y publicistas. Con la pluma en la mano vertieron análisis, reflexiones y juicios, tanto políticos, morales y propagandísticos, que moldearon la incipiente opinión pública de la Europa de la primera mitad del siglo XVII. Algunos temas como la necesidad e inevitabilidad de la guerra, su condición de justa o injusta, de ofensiva o defensiva, etc., estuvieron en el epicentro de sus argumentos.

Ya en 1595, el experimentado militar neoestoico a las órdenes del duque de Alba en Flandes, Bernardino de Mendoza (1540-1604), que había estado en Orán, Peñón de Vélez y Malta y más tarde en Londres y París como embajador, vaticinaba que la contienda era irremediable. En su obra *Theórica y práctica de la guerra*, advertía al futuro Felipe III que, a pesar de que su ánimo se inclinara a evitar cualquier confrontación, estuviese preparado para hacer frente a sus enemigos, ya que «los sucesos y mudanzas del mundo provocan tales diferencias entre los príncipes y las repúblicas que solo pueden dirimirse mediante la guerra». Pero, sobre todo, le advertía de que los descuidos e inadvertencias traían funestas consecuencias:

Si el antiguo refrán Castellano afirma que por un clavo se pierde una herradura, y por ella un caballo, y por él un caballero, y por él un pendón, y por el pendón una hueste, y por ella una batalla, y por la batalla un Reyno, y no solo la sucesión de los Reyes en él, pero muchas veces la religión, daño inestimable...

Desde el Renacimiento se habían desarrollado dos corrientes de pensamiento en torno a la necesidad o no de la guerra. Una de ellas tendía a considerarla como un derecho

legítimo y la otra, de raíz agustiniana, advertía que toda confrontación era una catástrofe para la humanidad. Esta segunda acepción, aunque lo pareciera, no era del todo pacifista. Deploraba la existencia de conflictos, pero señalaba diferencias entre «guerra justa» y «guerra injusta». El tema recurrente de la guerra justa estuvo tanto en la boca como en la pluma no solo de muchos pensadores y escritores, sino también de los hombres de estado. ¿Hasta qué punto una guerra podía considerarse justa? El padre Francisco de Vitoria (1492-1546), en su libro *De iure bellis*, explicaba con mucha clarividencia «que ninguna guerra es justa si consta que se sostiene con mayor mal que bien y utilidad de la república, por más que sobren títulos y razones para una guerra justa».

Se consideraba que una guerra era justa cuando los príncipes y gobernantes cristianos, antes de acudir a las armas, trataban de solucionar sus diferencias mediante las negociaciones y la diplomacia. Por ello, «ha de procurar V. A. no servirse de ellas (las armas), antes de estar desesperado el medio de la negociación y acuerdo, por el daño que del ensangrentarse la espada entre los Reyes Christianos, redundan...».

Pero una cosa era la teoría y otra la práctica. En realidad, eran los gobiernos más débiles e indefensos los que no tenían más remedio que acudir a los compromisos negociados o pactados; por el contrario, los más poderosos se permitían recurrir a la guerra como medio de mantener el poder y de lograr sus objetivos políticos y territoriales. Pero el recurso a la guerra tenía graves complicaciones, entre ellas, la de poner fin a una contienda, pues si resultaba fácil

iniciarla, era muy difícil concluir la, como decía el humanista flamenco Justo Lipsio (1547-1606), «por no estar en la mano del mismo que la hace, el principio y fin de ella».

La frase debió de ser muy popular en los círculos políticos, pues casi de modo idéntico fue expresada en el Consejo de Estado en Madrid, al dudar del proyecto militar elaborado en Bruselas en 1620, debido al excesivo gasto que entrañaba, pues «el acabar la guerra no está en mano de quien la empieza y por todo lo dicho es de creer que esta guerra ha de durar».

Aunque las causas que originaban los conflictos eran diversas, todos sabían que, en general, los gobernantes y los reinos se aprestaban a la guerra para obtener reputación, celebridad y riqueza, castigar los agravios recibidos, reducir la fuerza del contrario y defender a los amigos y aliados de toda agresión. Sin embargo, la auténtica razón que se esconde en los pliegues más ocultos del espíritu humano, como ha sido siempre y sigue siendo hoy, estriba en el deseo de dominio y control de unos hombres y de unos estados sobre otros. En el siglo XVII, cualquiera que fuese la causa por la que un príncipe entraba o intervenía en la guerra, era necesario justificarla con una serie de proposiciones plenamente aceptadas en la época por todos los gobiernos, que hoy llamaríamos «políticamente correctas». Estos enunciados ofrecían una especie de cobertura legal a las acciones bélicas. Así lo expresaba en un *Aviso a los príncipes*, Pellegrino Davila, para quien:

La primera y principal cosa que debe procurar un Príncipe que se mete en cualquier empresa de Guerra es dar a conocer la justa causa de tomar las armas, no por la ligereza ambición o el desordenado deseo de campar a los otros sino por defensa de la Religión, mantenimiento del Estado, la libertad

y el honor suyo y beneficio de sus deudos.

Al declarar la guerra, los argumentos propuestos por los beligerantes solían referirse a varios aspectos: a la pretensión de garantizar de manera muy amplia y manifiesta la tranquilidad del orbe, a la defensa e integridad propia como premisa principal o a la búsqueda de la paz y quietud en el interior del reino. Para que estas premisas fueran aceptadas, la justificación perfecta para la intervención era la imperiosa necesidad de frenar la actuación agresiva del enemigo.

Con estos recursos, se legitimaba no solo la guerra defensiva, sobre la cual había pocas dudas, sino también la guerra ofensiva, estuviese o no guiada, como argumentaban los teólogos, por la conducta recta de los gobernantes que les impulsaba a enfrentarse al mal acatando los preceptos de Dios. En general, los escritores de la órbita habsburgo alababan la actuación de sus gobernantes, demostrando que siempre se habían dirigido por el criterio de la paz y, en último término, de la guerra defensiva. En 1631-1632, Juan de Palafox, a su regreso de Viena, después de acompañar como capellán a María Ana de Austria, hermana de Felipe IV, en su viaje para desposarse con Fernando III, ofreció un retrato panegírico de la voluntad pacifista del emperador Fernando II:

Amaba sumamente la paz y, cuando se votaba sobre el punto de introducir alguna guerra ofensiva o defensiva, después de haber votado todos para que se comenzase la guerra, antes de resumir los votos volvía a decir el santo Príncipe que se volviese a votar y conferir de qué manera se podría conseguir el intento sin introducir la guerra...

En la declaración de la guerra al enemigo, junto a las variadas justificaciones asumidas por todos los gobiernos, se

aducían también todo tipo de «pretextos», valorados positivamente por la incipiente opinión pública. El más recurrente era el auxilio que debía prestarse a los estados amigos y aliados. Un ejemplo claro de la utilización de este subterfugio, o «argucia y excusa clamorosa», como así la adjetivaron los escritores de la Monarquía, fue el alegado por Francia contra España en 1635. La ruptura con la monarquía española —no con el emperador austriaco— fue la respuesta a una supuesta provocación española contra el elector de Tréveris, el cual había pedido ayuda a Francia.

De esta forma, para Felipe IV, la responsabilidad del inicio de las hostilidades, como afirmó a sor María de Ágreda, no recayó en él sino en el monarca francés, cuando sin previo aviso entró en Flandes y se alió con «los rebeldes», aunque admitía que la diplomacia española tampoco llevó bien algunos asuntos:

En lo que toca al rompimiento de esta última guerra, que fue el año de 1635, no me hallo con escrúpulo de haber sido la causa del él; pues, aún sin notificármela el Rey de Francia (como suele ser costumbre) me la rompió entrando en Flandes con grandes fuerzas, uniéndose con aquellos rebeldes y herejes contra mí.

Así pues, en 1635, el rey, sus ministros y la constelación de escritores de la monarquía española consideraron la intervención en la guerra como algo inevitable. Y las razones eran muchas. Entre ellas destacaba el hecho de que los enemigos de la Monarquía, muy numerosos y ávidos de su grandeza, procuraban por todos los medios minar su prestigio y su poder, tanto en el terreno militar y político, como en el económico o religioso. Teniendo en cuenta este planteamiento sustancial, la política exterior española debía basarse en una serie de objetivos básicos, heredados de la

centuria anterior, y que en síntesis podían resumirse en los siguientes puntos: además de conservar la integridad de los reinos bajo la soberanía de los monarcas españoles, era preciso mantener la reputación de la monarquía española, concepto que englobaba una especie de honor y de prestigio internacional. Pero aún más importante era defender la fe católica que los soberanos profesaban frente al avance del protestantismo (luteranismo y calvinismo) y, finalmente, evitar la quiebra del monopolio comercial de América ante el acoso de las potencias europeas, particularmente de las Provincias Unidas y de Inglaterra.

La integridad de los reinos era un derecho de la dinastía que ya Felipe II había dejado cristalizado en su testamento y no tenía paliativos. En la misma línea, Giovanni Botero, en su obra *Razón de Estado*, había esclarecido que la tarea más importante de un príncipe no era la de acrecentar, sino la de conservar un Estado,

Pues las cosas humanas crecen y menguan, como si a una ley natural obedecieran [...] De suerte que mantenerlas estables una vez han llegado a su plenitud e impedir que decaigan y se hundan constituye una empresa casi sobrehumana.

Junto a la conservación e integridad del reino, la reputación era un concepto más resbaladizo y, sobre todo, mudable. Dependía en gran parte de las percepciones, análisis e informes de los contemporáneos. Tales apreciaciones, aunque podían ser modificadas por los resultados de las intervenciones políticas y militares, estaban fundadas en una primera instancia en el prestigio del Estado en cuestión. Y es que la valoración o apreciación contemporánea del poder de un estado, o de su debilidad, fue un elemento principal de la influencia que este era capaz

de ejercer en sus relaciones internacionales. No se puede subestimar e incluso despreciar, ha escrito Thompson, ese poder «sutil», del cual el juicio de los observadores contemporáneos era una clara manifestación, en especial los informes de diplomáticos, embajadores y residentes, que forman parte de las fuentes históricas y tanto han contribuido a la historia.

Indudablemente, ha afirmado Thompson, los juicios emitidos por algunos observadores extranjeros pudieron estar distorsionados por sus puntos de vista particulares. Pero cualquiera que fuesen sus visiones, lo importante es que realmente sus informes contribuyeron a alimentar los análisis realizados por los hombres de Estado a quienes los embajadores representaban. Asimismo, estos informes favorecieron la difusión de la imagen del poder, y de las políticas y características de los distintos Estados involucrados. Dichos puntos de vista influyeron igualmente, aunque de una forma menos directa, tanto en la forma de hacer política como en las reacciones a la política realizada.

Como ha señalado Thompson, algunos informes de los embajadores ingleses en España a principios del siglo xvii ya anunciaban la pérdida de poder de la monarquía española. Por ejemplo, Charles Cornwallis, embajador inglés en la corte de Felipe III entre 1605 y 1609, revelaba que «diariamente se me descubre más y más la debilidad del gobierno de este estado». Asimismo, sir Walter Raleigh percibía que la pobreza de España, sus problemas fiscales y su debilidad naval podrían llevarle a su decadencia, porque una vez que el crecimiento del poder de un estado ha cesado, el desmoronamiento total no puede ser evitado por mucho

tiempo: «*omnis diminutio est preparatio ad corruptionem*» (todo lo que disminuye se prepara para la corrupción). Pero es a partir de la segunda mitad del reinado de Felipe IV cuando aparece extensamente la proyección de la debilidad de España y de un fuerte sentimiento de «declinación» y «declive» en escritores tanto ingleses como franceses e italianos.

Si la reputación era extremadamente valiosa, el objetivo de la monarquía española, su gran designio, era la defensa de la confesión católica frente a los credos protestantes. Para las potencias católicas, los ejércitos debían no solo defender la cristiandad frente al turco, sino también preservar la verdadera confesión frente a los adversarios, identificados como herejes. A pesar de estas rectas intenciones, la victoria, la razón última del combate y de la guerra, no estaba asegurada.

Los providencialistas contemporáneos, entre ellos Quevedo, advierten que la victoria se ha de merecer para que Dios la conceda. Solo la conducta virtuosa de quienes dirigen y constituyen el ejército es capaz de alcanzar el triunfo, el cual siempre es otorgado por Dios. Quevedo, fiel a su creencia de que la victoria se concede a quienes defienden la confesión católica, distingue dos tipos de éxitos militares. Por un lado, los dictados por la ambición y la venganza, motivos injustificados que no corresponden a la idea de guerra justa ni a la voluntad divina y, por otro, los que son fruto de la voluntad de Dios.

Una vez alcanzada la victoria, y dentro de esta visión, el escritor recomienda explotarla, pues «vencer los pueblos y no saber aprovechar la victoria, el sojuzgarlos y no saber

mantenerlos fieles es una pérdida de hombres y tiempo», con lo que sugiere que el triunfo militar no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar otros fines que también forman parte del designio de Dios. Frente a la victoria, la derrota para Quevedo es el resultado del castigo divino proveniente de comportamientos censurables, como las rencillas de los capitanes. Desde esta perspectiva, la guerra en general es considerada como un mal que la divinidad envía para castigar las desviaciones del hombre. Al mismo tiempo, el fracaso en la batalla, al estar permitido por Dios, posee una vertiente pedagógica extraída de la Biblia con la que pretende enseñar que los ejércitos no pueden vencer sin su respaldo, concedido a quienes siguen sus mandatos.

Finalmente, otra de las líneas programáticas de la monarquía española era evitar la quiebra del monopolio comercial de América frente al acoso de las potencias europeas, particularmente de las Provincias Unidas y de Inglaterra. La pujanza del comercio europeo atlántico en la primera mitad del siglo ^{xvii} y la disminución del comercio legal sujeto a impuestos, canalizado a través de la Casa de la Contratación, condujeron a algunas compañías comerciales europeas a pugnar por introducirse en América.

Los que supieron aprovechar la autonomía política y económica de los territorios americanos fueron, sobre todo, los emprendedores hombres de negocios de las Provincias Unidas. En realidad, era una autonomía relativa generada por la irregularidad en la carrera de las Indias, la disminución de las remesas de metales preciosos por la bajada de la producción de las minas de Potosí, el descenso demográfico y, por tanto, de la tributación, así como la

ineficacia de la voluminosa administración virreinal. Hasta 1648, la monarquía española había bloqueado legalmente el comercio a los negociantes neerlandeses. Estos, de 1637 a 1648, se sirvieron, entre otros medios, de comerciantes portugueses que actuaron de «intermediarios» entre el comercio del norte y la monarquía española. También el contrabando se configuró como otra importante estrategia utilizada por los enemigos de la Monarquía para socavar su monopolio económico y demoler su pretensión de control absoluto sobre los territorios americanos. Mediante este sistema ilegal, los comerciantes americanos y extranjeros convirtieron el *Mare Clausum* en un *Mare Abiertum* (*Apertum*) o *Mare Liberum*. Especialmente en el Caribe, el contrabando fue una práctica común de ingleses y holandeses durante el siglo xvii y, por lo tanto, un gran desafío al monopolio establecido por la monarquía española en América. De mayor magnitud fue la presencia de holandeses en Brasil. Aquellas tierras, colonizadas por los portugueses en el siglo xvi, se habían convertido en territorio español cuando la corona española se anexionó Portugal en 1580. En el siglo xvii, las riquezas de Brasil, especialmente sus plantaciones de azúcar, convirtieron aquella atractiva zona comercial en un campo de batalla de las potencias europeas, especialmente holandeses e hispanoportugueses. Las conquistas holandesas en las costas brasileñas se convirtieron en una amenaza indirecta para el gobierno de España, al que desde Portugal se acusaba de no poner todos los medios para salvaguardar sus colonias.

En la prosecución de estos objetivos o líneas programáticas, la monarquía española se vio obligada a

participar en todos los conflictos internacionales del siglo xvii hasta la Paz de Rijswijk (o de Ryswick), en 1697. Su estrategia consistió en utilizar los medios más adecuados — diplomáticos, financieros, militares, comunes a los demás estados europeos— a tenor del talante de los gobernantes, la influencia de las facciones cortesanas —belicistas o pacifistas— y las circunstancias internacionales. Como consecuencia de ello, como aseguraba Felipe IV a sor María de Ágreda, España siempre sostuvo una guerra defensiva sin exponerse a una ofensiva. Quizá esa pérdida de la iniciativa de España en la conducción de la guerra pudo haber sido un grave error estratégico. Y en esas líneas programáticas defensivas del *statu quo*, la atención se centraba siempre en Alemania, el punto más débil de la geografía europea. Y lo era porque la fuerza de Alemania como potencia europea residía en la unión de todos los príncipes con el emperador; lo que llevaba consigo el aumento del poder imperial. Si este se incrementaba, disminuía fatalmente el poder de los príncipes alemanes y estos no toleraban perder la más mínima cuota de su poder. Todos querían ser soberanos. Para la ambición, ya lo decía Tácito, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio.

Estas visiones, en gran parte comunes a la guerra renacentista, fueron transformándose a lo largo del siglo xvii. La guerra de Flandes, pero muy particularmente la guerra de los Treinta Años habían ido desarrollando nuevos postulados, enmarcados en principios mucho más políticos y menos religiosos, menos atentos a las consideraciones de guerra justa o no. Así, hacia 1620, en determinados asuntos del Consejo de Estado, se precisaba a la hora de las

proposiciones de sus miembros evitar «entrar en materia de religión».

Muy iluminado estuvo Malvezzi cuando escribió que «la Esfera, que da el movimiento à los entendimientos del Mundo es la opinion». Así ocurrió en España, donde, junto a las visiones cortesanas, también se desarrolló una opinión pública sobre la política exterior de la Monarquía. No era difícil su gestación, pues se alimentaba de las constantes nuevas que llegaban a Madrid desde toda Europa a través de avisos, cartas, relaciones de sucesos, hojas volanderas, gacetillas, etc., que se diseminaban también por las principales ciudades de la Península. Las noticias de los acontecimientos más importantes de la corte Imperial no se hacían esperar en España, especialmente aquellas referidas a la elección y coronación del emperador:

Elección del Serenísimo don Ferdinando de Austria, hermano de la reina de España... Margarita de Austria... Rey de Hungría y de Bohemia, en Emperador de Alemania: la cual se hizo en la ciudad de Francfort, día de S. Agustín, miércoles veinte y ocho de agosto deste presente año. Dase cuenta de quien fueron los electores, y juntas que se hicieron para la elección y de un notable prodigio que sucedió antes de elegirle.

Las buenas noticias políticas y militares no podían por menos que impregnar el sentir general de alborozo y regocijo, también por lo que suponían de desastre para los enemigos. Durante la década de 1620 llegaron frecuentes noticias favorables a la monarquía que se interpretaban como favor de Dios:

Avisos muy verdaderos que ha traído el último correo extraordinario de Flandes: contienen el daño que los Olandeses han recibido por las inundaciones pasadas, la entrada que el ejército de su Majestad ha hecho en tierra de aquellos rebeldes, y la vitoria que cuatro navíos de su Majestad tuvieron contra nueve de los mismos rebeldes: de Amberes a 21 de febrero,

La imaginativa literatura de las relaciones de sucesos y hojas volanderas ofrecían abundantes informaciones y comentarios de la guerra, especialmente, de las grandes victorias de los Habsburgo, como fue el caso de la campaña de Spinola en el Palatinado. Tales noticias iban extremadamente cargadas de objetivos laudatorios y propagandísticos:

La Famosa victoria que el Emperador de Alemania, Ferdinando de Austria, hermano de la Reyna nuestra señora doña Margarita, que está en gloria, ha tenido contra el Conde Palatino, y rebeldes y mal contentos de aquellos estados, junto a la villa de Praga, Lunes nueve de Noviembre, de este presente año de mil y seiscientos y veinte. Refierense así mismo las Famosas presas y muertes de Príncipes, caballeros, Capitanes, infantes, caballos, carros, bagaje y artillería, que los nuestros hicieron en los enemigos. Y la cantidad de infantería, caballos, po[n]tones, tiros de batir, y bajeles de guerra q[ue] envió de socorro su Santidad y el Rey nuestro señor a cargo del Marqués Spinola, y el Rey de Francia, Duques y Señorías de Italia, y Cantones católicos, y electores católicos y otros Potentados y aficionados a la ilustrísima y católica casa de Austria.

Un caso noticioso, entre muchos otros, y lleno de chispa recogido por las hojas noticieras fue la sagaz táctica practicada por el conde de Bucquoy para tomar la ciudad de Presburgo en Hungría. La noticia sancionaba la aprobación del empleo de la astucia, el ingenio y la industria, valores ajenos a las cualidades tradicionales del valor, la fuerza o la destreza con la espada.

Aguardando los de las Ciudad socorro, de lo que teniendo aviso el dicho Conde, mandó vestir mil hombres de a caballo al traje de los Húngaros, y en las puntas de las lanzas los mismos pendones que suele traer la caballería de Belen Gabor, Príncipe de Transilvania y capitán general de los herejes rebeldes de Hungría. Y ordenoles que caminasen hacia la dicha Ciudad por el camino, por el cual los de dentro aguardaban que les viniese el socorro que esperaban y luego en seguimiento de estos venía

fingidamente escaramuceando con ellos algunos escuadrones de la gente de ejército del mismo Conde, los cuales por un rato haciendo alguna resistencia, al fin apretaron los pies, y se pusieron en huida retirándose debajo de los muros de la Ciudad, dando voces que les abrieran las puertas. Y creyendo los enemigos de dentro, por el traje y divisas que traían, que eran los amigos que les venían a socorrer, viéndoles en tan grande aprieto, abrieron las puertas de par en par para que entrasen, disparando la artillería de los castillos y fuertes contra los que venían en su alcance, los cuales con el estrago que el fingido socorro hacía en los de la Ciudad, pudieron fácilmente entrar dentro y apoderándose de esta manera de ella, sobrevino luego el Conde con el resto del ejército [...]. El castillo principal hizo alguna resistencia, sin quererse rendir, pero como le batían tan fuertemente, se rindió.

Más allá de la astucia, el tratadista Diego García de Palacio, en sus *Diálogos Militares* (1583), recomendaba al general el uso del engaño y la estratagema, pues disfrutaban de la condescendencia divina, como se muestra en la Biblia, para el pueblo elegido, y en este caso el pueblo elegido por Dios era España.

Así pues, millares de noticias producidas por los acontecimientos de la guerra corrían por Europa y traspasaban fronteras y lenguas. Inglaterra fue una gran consumidora de noticias, del que es un ejemplo significativo la publicación semanal inglesa *The Moderate Intelligencer*, muy asidua al seguimiento de los asuntos bélicos. Pero mucho antes ya se distribuían relaciones de la guerra de Flandes y, sobre todo, sus batallas y asedios. Un ejemplo es el de William Crosse, que publicó una serie de noticias sobre la guerra en los Países Bajos tituladas *Belgiaes troubles and triumphs*, donde reflejaba, sobre todo, los grandes enfrentamientos, así como la conquista de San Salvador en Brasil. Pero si las noticias de América llegaban a Europa,

también lo hacían a la inversa, recibándose en América con enorme interés cuanto llegaba del viejo continente.

Junto a las noticias, la opinión pública bebía también de la publicística de la época, panfletos, sátiras, libelos y folletos, impresos y hojas volantes cargadas, muchas ellas, de visiones sesgadas y dirigidas a una directa y combativa propaganda. La publicística fue un arma poderosa en manos de los gobernantes, manipuladora de la opinión pública. Mientras que existen estudios que analizan la propaganda antiespañola y antihabsburgo de cientos de opúsculos y panfletos europeos, poco sabemos todavía, aunque ha habido avances significativos, de las visiones del panfletarismo, de las obras de la literatura y del teatro en España, y en definitiva de la propaganda y contrapropaganda elaborada por los escritores españoles.

La imagen del Imperio español en la Guerra de los Treinta Años fue muy combatida por una propaganda orquestada contra España y sus aliados. Entre los ejemplos de esta campaña se encuentra el opúsculo titulado «Polvo matamoscas españolas», en donde se presentaba a España como la encarnación del diablo. También se difundió el peyorativo dicho alemán que identificaba la lengua española como algo ininteligible, lo cual había aparecido por primera vez en un panfleto protestante de 1620. Aquella visión trataba de socavar el intento de España de convertirse en una «Monarquía universal», dada su hegemonía desde 1525, su alianza con el Papa y «patria» de los jesuitas, y que se basaba en textos como el del escritor e historiador Gonzalo de Céspedes y Meneses (1585-1638), conocido como *Gerardo Hispano*:

La principal máxima del Estado, guardada en Roma y en Madrid con singular puntualidad, consistía solo en que así como la religión católica debía ser en el orbe universal y siempre sujeta a una cabeza, de quien la silla estaba en Roma, así también la cristiandad había de prestar su vasallaje a un solo príncipe, cuya asistencia era en España, el cual había de dominar por su potencia en todo el mundo.

Esa pretensión de supremacía estaba muy arraigada en la dinastía Habsburgo, y ya se había expresado en lemas como el A.E.I.O.U. de Federico III de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio en la segunda mitad del siglo xv, que en latín significa: *Austria est imperare orbi universo* («El destino de (los) Austria es gobernar el mundo»); o bien, en alemán: *Alles Erdreich ist Österreich untertan* («Todo el mundo está sometido a Austria»).

El texto de Benito de Peñalosa venía también a incidir en la misma visión que los españoles tenían de sí mismos:

Esta variedad de climas y naciones causó la Providencia divina en España para que los españoles, que habrán de extenderse por todo el mundo, ya predicando la fe católica, ya señoreándolo con sus armas, nada admirasen y no les empeciesen climas contrarios.

Y eran precisamente esos «beneficios otorgados por la providencia, así como las glorias y extensión alcanzadas por aquella Monarquía Hispánica» las que constituían el motivo por el que «los envidiosos enemigos trataban de oscurecerla y combatirla».

Viendo, pues, los herejes y otros émulos de las glorias de nuestra nación española, fuerza y verdad de los títulos referidos y el gran aumento que por las conquistas y conversiones del nuevo orbe ha conseguido su monarquía, procuran deslustrarlos o enflaquecerlos, diciendo en primer lugar, que más nos llevó a él la codicia del oro y la plata de sus provincias que el celo de la predicación y propagación del Evangelio. Y que pues en todas las cosas se debe atender su principio o el intento y fin principal a que se enderezan, en siendo este vicioso o erróneo, no puede producir

título ni efecto que se deba tener por constante y legítimo.

Junto a las numerosas noticias que llegaban a la corte de España sobre los acontecimientos de Bohemia y el Palatinado, arribaban también muchos papeles, libelos y folletos antiespañoles y antihabsburgo. Gran parte de esta información fue puesta en conocimiento de la corte de España gracias al embajador austriaco en Madrid, Franz Christoph Khevenhüller. Pero, además, hubo numerosos agentes y observadores al servicio de la monarquía española que desde distintos puntos de Europa se hicieron eco de la contienda y no dejaron de manifestar perspicaces consideraciones de cuanto veían y oían. En su universo literario, identificaban los «asuntos» de la Casa de Austria con los de la Iglesia católica, a cuyo servicio se encontraba la dinastía. En su visión subyacían los valores de Trento y la defensa de los príncipes católicos proHabsburgo frente a los reformados. Esta identificación formaba parte del universo mental y literario y a ella se consagraron también escritores y cronistas, como Malvezzi. En su obra histórica panegírica, el italiano identificaba claramente los designios de la monarquía de Felipe IV con los de Dios: «Verdaderamente la causa de los Españoles, es causa de Dios; y sino lo fuera, sus enemigos la hizieran».



Franz Christoph Khevenhüller
(1588-1650), *Crónica de Khevenhüller*,
1624. Aparece como embajador de
España con el Toisón de Oro.

Habría que preguntarse hasta qué punto aquellas representaciones de un lado y de otro eran utilitaristas, pues el discurso religioso con todos sus valores era un potente nexos, un lazo que permeaba las inteligencias y voluntades y producía frutos de unidad en aquel periodo convulso. Por ello, hay que tener en cuenta que la propaganda antiespañola fue útil en su momento como parte del aparato de autojustificación del protestantismo y de varios nacionalismos; era un tipo de mentalidad dual que segrega y transforma en demonio al enemigo. Algo que hicieron desde ambos universos, pero con notorias ventajas en el campo protestante.

Desde los primeros compases de la guerra, cronistas y publicistas se alinearon a favor o en contra de los dos universos en lid: los Habsburgo, Roma y los príncipes católicos, por un lado, y los estados protestantes o reformados, por otro; muchos de ellos combatieron con la pluma a favor o en contra de las alteraciones de Bohemia y las repercusiones que podrían tener en el Imperio y en Europa en general.

Para los escritores al servicio de la órbita Habsburgo, la guerra provocada por los enemigos era, ante todo, fruto de

la malicia y perversidad de los adversarios —herejes y aliados de Satán, el padre de la mentira y de la maldad—. Así lo expresaba el duque de Arcos, para quien la insurrección de Bohemia fue el inicio de la iniquidad sembrada por el diablo, porque:

Satanás, que nunca duerme en nuestro daño, visto que de las redes de su cizaña, veneno y mortales engaños le quitaban, perdió en el reino de Bohemia la paciencia como se vio en esta forma.

Y a ello se llegó porque muchos bohemios consiguieron diversas libertades de algunos gobernadores católicos, los cuales:

Recelando perder las vidas, firmaron todo lo que se les pedía, y a otros que no quisieron firmar, y tuvieron ánimo de reprehender a los pocos leales, fueron defenestrados.

Pero Dios, sigue el duque de Arcos, obra siempre milagrosamente con los que le siguen y así ocurrió en la famosa *defenestración de Praga*, donde los enemigos...

Con una rabia endemoniada echaron mano de ellos, y los arrojaron por las ventanas del castillo, que hay de altura al suelo, veinte y ocho varas. Pero Dios milagrosamente guardó a los que volvían por su causa, de tal manera, que ninguno perdió la vida, con ocasión tan manifiesta de perderla.

Fue el temor a la expansión de la chispa revolucionaria iniciada en Bohemia la que condujo a «un entendimiento de los reinos amenazados para contener la generalización de aquella malignidad...

Avisándoles del gran peligro, en que se hallaban las cosas de la Iglesia en Alemania y por consiguiente las de la Casa de Austria, como defensores de ella, dejándose entender, fácilmente, que la misma ruina amenazaba a Italia y más adelante: que como ya andaba practicado, se levantasen los hugonotes en Francia. A este aviso, acudieron todos con gran presteza, considerando el juego tan peligroso que se emprendía.

Conscientes de la gravedad del momento, algunos

príncipes se apresuraron a frenar la extensión de la herejía, buscando aliados fuera del Imperio. Esto supuso, como advirtieron muchos escritores coetáneos, la generalización del conflicto, al observar con preocupación la difusión de la rebelión más allá de la insurrección de Bohemia.

Céspedes y Meneses, conocedor de la magnitud de la catástrofe, culpaba de ella a los enemigos o «herejes», que desde Bohemia la habían extendido por todo el «mundo». Siendo las tierras checas...

El teatro en que se comenzó a representar esta tragedia y los herejes obstinados sus principales personajes y los que ahora, como siempre por su perfidia acostumbrada, [los que] llenaron de armas, impiedad y incendios torpes todo el Orbe.

Pero dado que, en aquella contienda propagandística iniciada con la rebelión de Bohemia, el mayor número de publicaciones fue escrito por cronistas y libelistas protestantes, su interpretación de los acontecimientos se propagó con mayor intensidad y extensión. En la batalla de panfletos y libelos, los luteranos y calvinistas resultaron mucho más efectivos y tenaces que sus enemigos y, sobre todo, lograron imprimir mayor número de folletos que los católicos. Aunque estos no se quedó de brazos cruzados, como ha demostrado Schmidt, nunca llegó a los niveles de sus adversarios; en general, la Monarquía española no acometió su réplica o neutralización, pues no se consideraba algo deseable. Como resaltó Julián Juderías, escritores como Mathieu, De Thou, Gregorio Letti, Varillas y el abate de Saint Réal pudieron escribir tanto cuanto quisieron. A sus palabras vociferantes España respondió con el silencio. Así pues en la Península, aunque se publicaron muchas relaciones de sucesos e informes sobre los éxitos militares

del cardenal infante don Fernando o sobre Wallenstein, no hubo una iniciativa publicística semejante a la de sus adversarios. Según García Cárcel, la monarquía española no produjo nunca «un taller» que respondiera organizada y ampliamente a la propaganda antiespañola.

La escasa cobertura de los medios propagandísticos de la Monarquía, de la que fueron conscientes sus propios gobernantes, acabó por dar carta de naturaleza a una imagen estereotipada que llegó a ser identificada con la realidad: que el objetivo final de la política española consistía en «someter, e incluso destruir, completamente las libertades alemanas».

La rebelión de Bohemia contra «su señor natural» tuvo en el Imperio una connotación negativa, puesto que para la mayoría de los príncipes era inconstitucional y, por ello, pocos la apoyaron. Para muchos observadores contemporáneos, explica Parker, la causa de Bohemia no era justa en absoluto, razón por la cual fueron tantos los príncipes protestantes que se negaron al principio a secundarla. Solo cuando el emperador Fernando II intentó afianzar un gobierno absolutista restringiendo los principios constitucionales, se arrepintieron de su neutralidad y se opusieron a los Habsburgo. Pero entonces fue preciso justificar la insurrección de Bohemia, aunque fuera *a posteriori*, aplicando una argumentación basada en la defensa de la libertad religiosa y constitucional.

Tras el aplastamiento de Bohemia, muchas voces coetáneas fueron comprendiendo que la guerra se había convertido en una sola contienda. Desde el propio Gustavo Adolfo, II de Suecia quien en 1628 escribió al canciller

Oxenstierna exponiendo su visión de que «todas las guerras que están en pie en Europa se han fusionado y se han convertido en una sola contienda», hasta Alessandro de Noris, para quien «las Guerras de Alemania se generaron de aquel pequeño hecho, y en poco tiempo se expandieron tanto como para llevar a la ruina toda aquella grande provincia, con tanta efusión de sangres, tanto sacrilegio y tanta desolación del país, tanta revolución de Estado...».

Cuando la expansión del fenómeno bélico involucró a Dinamarca en la conflagración y su rey Cristian IV (1577-1648) entró en el Imperio en la primavera de 1625, su enfrentamiento con las tropas del emperador resultó poco afortunado, pues Fernando II acababa de poner en pie de guerra su propio ejército al mando del noble checo Wallenstein.

Por su parte, Eberhard Wassenberg (1610-1667), uno de los historiadores oficiales de los Habsburgo, publicó en 1639 un relato de la guerra de Dinamarca, titulado «Comentario de las guerras entre Fernando II y Fernando III y sus enemigos», en el que trataba cada campaña como un ataque injustificado contra el emperador. Al poner en el mismo plano la contienda danesa con los diversos conflictos coetáneos de los Habsburgo, el autor quería significar que la primera era percibida como una del Imperio, por ser Christian IV también duque de Holstein.

Desde el primer momento de la guerra llegaron a la corte de España noticias de Bohemia, del Palatinado, de Dinamarca, y en general de Alemania, mediante avisos en los que informaban de los avances de las armas católicas, las rendiciones de plazas, el número de muertos y prisioneros

en las acciones bélicas:

De Praga avisan, que se han rendido a D. Baltasar de Marradas Español, las plazas de Vaclusi y Freceburg, que ocupaba el conde de Mansfeld en Bohemia, donde el Lugarteniente del duque de Baviera ha tomado la Ciudad de Esenbogen, después de muchos días de cerco, con muerte de 600 de los suyos y 1200 de los cercados.

La procedencia de los avisos era muy variada, desde instituciones religiosas a personas particulares, embajadores, agentes de la corte de España.

Avisos de Alemania y estado de las cosas del ejército católico y del conde Palatino enviados por los Padres de la Compañía que asisten en aquellas partes, a los de la casa profesa desta ciudad de Sevilla...

Las noticias se hacían especialmente prolíficas y contenían generosos detalles ante las victorias de los Habsburgo. Los avances de los ejércitos imperiales y el éxito del general Tilly frente al rey Christian IV de Dinamarca fueron temas del aluvión de relaciones y avisos llegados a la corte de España:

Relación de la gran victoria que ha tenido el Emperador de Alemania contra el Rey de Dinamarca: el ejército que le ha desbaratado el Conde de Tilli, su Capitán General, con muerte de dos mil caballos, y prisión de muchos grandes de su Corte [...] sucedido todo desde cuatro de noviembre del año de 1625. [...] Se avisa por último aviso que de aquellas partes se ha tenido, como en una refriega que ha tenido el conde de Tilli, General del Emperador, le ha muerto al Rey de Dinamarca más de dos mil caballos, y no escapara el Rey, a no valerse con tiempo de las uñas de su caballo; prendiéronle también cuatro personajes de su ejército y entre ellos el Teniente General de la Caballería. Con que la Cesárea Majestad está muy victorioso y le prosperará nuestro Señor con mayores victorias.

Las noticias de los triunfos del general Tilly sobre Dinamarca recorrían toda Europa y arribaban a las distintas cortes por diversas manos y vías.

El cardenal de la Cueva [...] cuenta que se había tenido aviso que el conde

de Telli había desbaratado la caballería de Dinamarca y tomado 19 cornetas y que los ejércitos imperial y de la liga católica habían ocupado todo el arzobispado de Brema excepto la ciudad de Staden la cual tenía cerrada totalmente Telli y este aviso le ha tenido ya V. M. por otras vías.

Finalmente, también llegó la noticia de la paz firmada con Dinamarca en la ciudad de Lübeck en mayo de 1629, de ello daba fe la relación escrita por Manuel de Montesinos sobre «la ratificación de las paces con el Rei de Dinamarca».

El mundo informativo de la Guerra de los Treinta Años despertó ciertamente enorme interés y curiosidad entre la población lectora española, muy especialmente entre los madrileños, que se congregaban en los mentideros de la villa y corte para escuchar las noticias y rumores de la guerra de Europa. En primera línea de este batallón de interesados estaban los poetas, que componían textos encareciendo o lamentando diversos hechos bélicos o políticos. Uno de los acontecimientos que despertó mayor expectación fue la entrada en la contienda de Gustavo II Adolfo de Suecia en julio de 1630, sus fulminantes éxitos iniciales y su no menos rápida muerte dos años más tarde. Todos estos sucesos se convirtieron en noticias fascinantes y además en preocupación y tema literario entre los escritores de la corte. La desaparición del irredento «hereje terror del norte» fue motivo de general alegría en Madrid, como demuestra la entrada de los *Anales* de Antonio de León Pinelo:

Hubo esta noche luminarias en Madrid y en la Capilla

Real hacimiento de gracias. Y así acabó aquel hereje terror del norte.

Escritores como Lope de Vega y Quevedo se hicieron eco del fallecimiento del «León del norte». Sus sonetos sobre Gustavo Adolfo de Suecia reseñaban no solo la noticia de su muerte en la batalla de Lützen, sino también trazaban un

sucinto retrato de su figura que, como suele suceder con la caracterización de otros soberanos en la poesía fúnebre, se apoyaban en la dimensión moral que desprendían los actos de su vida.

El soneto de Lope de Vega a la muerte de Gustavo Adolfo revela, según los análisis, que el Fénix condenó con dureza la actuación del sueco e interpretó su muerte como un castigo divino a su arrogancia titánica. Por su parte, el soneto de Quevedo traza el retrato de Gustavo Adolfo caracterizándolo como un rey de gran poder pero codicioso y cruel. Quevedo pondera su capacidad militar, pero censura su condición de hereje y su desmesurada ambición.

Cuando se cerró el capítulo sueco, todos parecían anhelar la paz deseada. A la altura de 1635, Diego de Saavedra escribía al conde de Oñate sobre el parecer de los electores sobre la guerra señalando un dato ciertamente interesante, que «Los electores como también los demás príncipes están cansados de la guerra porque ni tienen medios para ella ni pueden sufrir la estragada disciplina de la milicia».

Pero lamentablemente tanto para Saavedra y el conde de Oñate como para los electores del Imperio, Francia declaraba ese mismo año la guerra a España, acelerando una transformación radical de la opinión pública española contra sus vecinos y todo lo que tuviera relación con ellos. Todavía en la década de los veinte la visión de la monarquía española sobre Francia, aunque con distancia, era positiva, por cuanto el rey luchaba diligentemente contra los hugonotes:

En Francia las cosas van muy bien prosperando. El Rey se declara por grande contrario y enemigo de los herejes Hugonotes de su Reino: y está

en todo punto resuelto de, o sujetarlo a que obedezcan sus leyes o acabar con ellos de una vez. Ha partido ya con un poderoso ejército a la ciudad de Rochela, y lleva consigo las Reinas su mujer y madre y su hermano acompañándole todos los Príncipes de Francia. De suerte que nunca han visto Rey de Francia tan acompañado de tantos grandes de su Reino en ninguna guerra que habían hecho. Y es cosa que pone espanto a todos, pues pocos meses ha que estaban todos divididos, y la mayor parte de ellos le habían desamparado por razón de la guerra que hubo con la Reina su madre.

Pero aquellos pareceres indulgentes sobre los benignos propósitos franceses mudaron muy pronto, como se nota ya en el Consejo de Estado del 14 de marzo de 1620. Ciertamente las propuestas del rey de Francia parecían conciliadoras, pues al plantear:

Socorrer al Emperador [para lo cual] marcharían a la frontera de Francia 10.000 infantes y 2.000 caballos y que a un mismo tiempo enviaría tres embajadas al Emperador, a los Príncipes Católicos y a los Protestantes para asegurar su ayuda al Emperador, animar a los católicos y poner en razón a los enemigos. Que si estos buenos oficios no aprovesasen, entraría con sus armas en Alemania en la parte que se le ordenase.

Pero, ciertamente, también los miembros del Consejo de Estado consideraban con tino: «Que todo esto va encaminado a engaño y a hacerse árbitro en las cosas de Alemania».

Un caso precoz y muy personalista fue la visión hacia Francia del doctor Carlos García, quien desde París escribió sus obras *Oposición y conjunción de los dos grandes luminaires de la Tierra: La Antipatía de Franceses y Españoles* (1617) y *La desordenada codicia de los bienes ajenos* (1619), cuyos títulos ya lo dicen todo.

Sin embargo, el momento álgido de la literatura antifrancesa tuvo lugar durante la guerra franco-española de

1635 a 1659. A partir del primer *Manifiesto francés de declaración de guerra de 1635* y en respuesta a él, aparecieron dentro y fuera de España multitud de réplicas y alegatos de la mano de un gran número de escritores y publicistas. En los meses siguientes se produjo un aluvión de opúsculos polémicos, salidos del taller publicístico del conde-duque de Olivares y, por tanto, del mismo molde; no en vano eran tiempos, aquellos, en que las «contiendas de plumas», como decía uno de los autores de aquella ofensiva propagandística, José Pellicer, importaban casi tanto como las otras. Entre los que participaron en la denominada «polémica de la generación de 1635», además de Pellicer, se encontraban también Guillén de la Carrera, fray Alonso Vázquez, Juan de Palafox, el padre Laínez, Céspedes y Meneses, Antonio de Mendoza, Juan de Quiñones, fray Juan de Herrera. Una generación que con ímpetu y fogosidad afinó su pluma en busca de argumentos y razonamientos destinados, por un lado, a la ofensiva contra Francia y, por otro, a la defensa de la monarquía española. Soledad Arredondo ha denominado a la literatura de esta generación como...

Polémica o de combate, porque lo que distingue a unos textos de otros, al margen de la mayor o menor calidad de los autores que los redactaron, no es la ideología, común en todos ellos, sino la literariedad al reescribir la guerra de 1635: fuentes utilizadas, estructura de las respuestas al manifiesto de Francia, y estilo de las mismas. Los textos de aquella polémica tienen todos el mismo tema, la guerra declarada por Francia a España, lo que interesa evidentemente a la historiografía del siglo XVII; pero ofrecen, además, múltiples alicientes literarios, en función de las armas que los autores empuñaron: manuscritos o impresos, cartas, memoriales o tratados.

No todos los escritores de esta generación y sus textos fueron iguales. En el largo trabajo de 80 pliegos del

jurisconsulto y consejero real Alonso Guillén de la Carrera, titulado *Manifiesto de España y Francia*, publicado en octubre de 1635, el autor se limitó a refutar punto por punto el manifiesto del rey de Francia, sin demasiados aspavientos y en términos más bien pragmáticos. Con todo, fue la más convincente de las réplicas españolas a la declaración de Luis XIII, según Jover, pero nunca llegó a imprimirse.

Algo parecido llevó a cabo —si se exceptúan sus ardientes prolegómenos— el ya mencionado José Pellicer Salas y Tovar, polígrafo y diplomático, en su respuesta particular. Conocido como «el benjamín de la pléyade» de los polemistas españoles de la «generación de 1635, escribió en esa fecha *Defensa de España contra las calumnias de Francia*. Pellicer destacó por su fácil retórica, «orgullosa de estar en posesión de la verdad» y también por su plagio, que le valió el sobrenombre de «Pelliscar y Tomar».

El escritor y asimismo diplomático Diego de Saavedra Fajardo, en su elaborado y anónimo análisis de política internacional —*Justificación de las acciones de España*—, concluía de modo aséptico: «Ha resuelto la Magd. del Rey Católico Filipo Quarto... mover... sus católicas banderas, en guerra defensiva contra la ofensiva, que primero injusta y [después] violentamente le ha movido la Francia».

Otros escritores, no menos reveladores, señalaban la importancia de un buen conocimiento de las estrategias utilizadas por Francia para armar y sustentar a los enemigos. En esa línea, Alejandro Patricio Armacano, en su *Marte francés y las vindictas gálicas*, trata con gran lucidez sobre tales prácticas francesas para encaminar a España a una actuación política astuta y cautelosa.

Ha aparecido siempre a muchos doctos y no doctos, aquella confederación y socorros franceses, con que armados los enemigos de la Fe Romana en Alemania y Flandes han ya destruido muchos años a fuego y a sangre la Iglesia Católica hasta aquella postrera destrucción de Terlemont y cerco de Lovayna, porque lo que de ellos siente el Orbe Cristiano más fielmente se ve en los gemidos de los Católicos...

En esa misma línea, un discurso anónimo posterior aparecido a finales de la década de 1680 y titulado *La Francia conturbante* apelaba a la unión de los príncipes europeos frente a la política de anexiones de la Francia del Rey Sol. El texto supone una muestra del modo de proceder de Francia y alerta de los «riesgos a que se expone el príncipe que en sus palabras [del rey de Francia] funda algunas esperanzas. Los tratados de paz y de alianza que para todos son unos juramentos sagrados, no solo de política, sino también de religión, en el Gabinete de Francia no son otra cosa que unos juguetes y entretenimientos con que se da tiempo al tiempo...».

Por su parte, Francisco de Quevedo proporcionó una gran erudición a la polémica al rastrear los orígenes de la fobia y antipatía franco-española. Ya Polibio, Claudiano y otros autores acusaron a los franceses de inconstantes y malos vecinos, sin olvidar a Egimburgo, cronista de Carlomagno, quien llegó a decir: «Ten al francés por amigo, no le tengas por vecino»; pues como los apellidó don Sancho el Bravo, los franceses eran «sotiles y pleitosos y muy engañosos a todos aquellos que han de pleitear con ellos y todas las verdades posponen para hacer su pro». Sobre esa base histórica, Quevedo exponía en su obra *Carta a Luis XIII* que la desconfianza y enemistad hacia Francia habían aumentado debido a «las nefandas acciones y sacrilegios

execrables que cometió contra el derecho divino y humano en la villa de Tillimon en Flandes, Mos de Xatillon, hugonote, con el ejército descomulgado de herejes franceses».

Y es que el 9 de junio de 1635, en Flandes, soldados franceses y holandeses:

Vinieron marchando hacia una villa que se dice Tirlemont (Tillemont), que confina con el país de Lieja que es neutral: entráronla, quemáronla, saqueáronla, y las crueldades que en ella hicieron particularmente con mujeres, personas eclesiásticas, frailes y monjas, fue tal que apenas se lee tal cosa de las naciones más bárbaras del mundo: dejó las torpezas y deshonestidades, que no perdonaron a niñas de ocho, nueve a diez años.

El 17 de julio de 1635, llegaron a Madrid nuevas que disiparon algo la preocupación por la suerte del mando del ejército español, confirmando las atrocidades cometidas en Tirlemont.

De Flandes vino correo del Sr. Infante, y se verificó había sido falsa la voz que los franceses habían echado de que le habían dado rota. Mudó su alojamiento que estaba entre Tirlemon y Diste, y pasóse entre Lovaina y Bruselas sin perder un soldado. Los franceses viendo desamparado a Tirlemon, le entraron e hicieron en él grandes insolencias; quemaron gran parte del pueblo, mataron muchos religiosos, y a las religiosas viejas quemaron, a las mozas forzaron y robaron lo que pudieron. Olvidábaseme decir cómo al Santísimo Sacramento lo echaban por el suelo y lo daban a los caballos, y como un fraile agustino que en la entrada desde una parte de la muralla mató a algunos franceses, le crucificaron en ella. A las imágenes las degollaban y arcabuceaban. El general es el mariscal Jatillon (Chatillon), hereje, que de estos se sirve aquel rey.

Aquella actuación estremeció a la opinión pública española y, por ello, la obra de Quevedo se editó por lo menos siete veces en 1635. Todas las relaciones y escritos de carácter propagandístico que datan de aquel año en adelante insisten en los atroces detalles de lo ocurrido en Tirlemont.

Por ejemplo, en la *Copia de Avisos enviados de Flandes al Excelentísimo Señor Marqués de Valparaíso, Virrey y Capitán General del Reino de Navarra y sus fronteras, de lo que ha sucedido en aquellos Estados y en Alemania, hasta dos de Septiembre de este año de 1635*. El texto remite a otras relaciones que hicieron correr la voz sobre «las crueldades que usaron en Terlimon estos enemigos de la Iglesia, [que] fueron tan inhumanas y nunca vistas, que nadie las podrá creer». Desgraciadamente, señalaban algunos textos, tales abusos seguirían ocurriendo por cuanto los mariscales franceses y sus oficiales eran los peores herejes de Francia. Así lo expresaba un libelo titulado *Respuesta de un vasallo de su Majestad, de los Estados de Flandes, a los manifiestos del Rey de Francia*, en el que, después de narrar las crueldades llevadas a cabo el sábado 9 de junio en Tirlemont, exponía que:

No hay de que se espantar de esto, si no aguardar lo mismo en cualquier parte, pues los principales cabos de los Ejércitos del Rey de Francia son los más obstinados herejes de su Reino, como el duque de Roan, y los mariscales de Chatillon y de la Force; los cuales tienen poder de proveer los oficiales y prefieren siempre los herejes a los católicos para ejecutar mejor sus pasiones, y molestar tanto más los pobres católicos inocentes.

Formando parte de la misma generación, el escritor Francisco Mateu, conceptista y continuador de la tradición picaresca, trató de defender la posición de la monarquía española frente a Francia mediante los llamados pronósticos o antipronósticos, especie de almanaques muy populares que, con el pretexto de informar del tiempo, incluían los más variados contenidos. En su *Antipronostico a las vitorias que se pronostica, el reyno de Francia contra el de España*, pieza literaria propagandística contra Francia,

predice la victoria de España contra sus enemigos, siempre y cuando su actuación mostrase en todo punto rectitud y probidad y se dirigiese a la extensión de la fe católica.

Mientras España administrare justicia con equidad, favoreciere al estado eclesiástico conservándole sus inmunidades, obedeciere al Romano Pontífice, fomentare el Tribunal Santo de la Inquisición, dilatare la Fe [...] Y en ella la conservare con su acostumbrada candidez, digo y me afirmo que ha de triunfar, no solo de Francia, pero de cuantos enemigos se le opusieren.

La generación de escritores de 1635 a 1648, al mismo tiempo que cargaba contra Francia, amparaba a los estados satélites de la monarquía española. Algunas relaciones de sucesos así lo demuestran:

Nueva relación de lo sucedido en Borgoña, en la Campaña del año 1640: con [...] ejemplares de la [...] fidelidad de aquella nación, y su respuesta a los engaños con que tentaron los franceses de [...] apartarla de la obediencia de Su Majestad.

Un hecho crucial que originó oleadas de entusiasmo fue la victoria sobre los franceses en Fuenterrabía en 1638. El ejército español y, muy especialmente los guipuzcoanos, lograron que los franceses levantaran el cerco al que habían sometido a la ciudad durante 69 días. Muchos fueron los que se hicieron eco con sentido apologético y clara finalidad propagandística de aquella victoria de Fuenterrabía, entre ellos Jerónimo Ormaechea Guerrero, quien expresó ya en el largo título de su discurso sus verdaderos objetivos: *Discurso de la Virgen vencedora, de la fe triunfante, de la heregia vencida, de la Casa de Austria exaltada, del Catolico Rey Felipe III sublimado, de España vengada, de Francia castigada en el sitio de Fuenterrabia, el año de 1638...*

La feliz noticia del resultado de aquel asedio fue

divulgada por doquier a través de las primeras cartas y misivas que informaban del momento final en que el almirante de Castilla, Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, logró desbaratar las tropas francesas. La corte de Felipe IV y el pueblo madrileño, así como las ciudades castellanas acogieron con júbilo esta venturosa noticia que fue celebrada con grandes fiestas en todo el reino. La ciudad de Fuenterrabía recibió como no podía ser menos el título de la «Muy noble, muy leal, muy valerosa y muy siempre fiel».

Se escribieron también obras de teatro, romances y versos, así como numerosas *Relaciones de sucesos* relativas a este sitio. Una de ellas, compuesta por el mismísimo Calderón de la Barca, que sentó plaza de coracero en la caballería, participando en el sitio de Fuenterrabía y relataba irónicamente la «paliza» que habían dado al francés. La defensa de Fuenterrabía fue comparada con las de Sagunto y Numancia, construyendo un nuevo mito del que la monarquía sentía urgente necesidad. También Francisco de Quevedo se sumó al coro de los escritores encomiásticos del acontecimiento. Asimismo, Malvezzi y Juan de Palafox ofrecieron sus crónicas sobre el suceso de Hondarribia. El primero, comisionado por el propio conde-duque de Olivares, a cuyo servicio estaba, relató el suceso que apareció en italiano y en castellano casi simultáneamente en 1639. Sus trabajos, escritos bajo el seudónimo de Grivilio Vezzalmi, fueron traducidos del italiano al latín, español, alemán e inglés; hasta se conoció una edición holandesa en 1679. Su obra es sobre todo hagiográfica y propagandística al servicio de Felipe IV. Un claro ejemplo es la relación titulada: «Pesanse las ganancias

y las pérdidas de la Monarquía de España en el felicísimo reinado de Felipe IV el Grande», destinada a glosar las hazañas militares del rey e influir en la *opinión pública*. Toda la obra de Malvezzi es una acumulación de datos favorables a los intereses de la monarquía:

El año de treinta y ocho es el mas glorioso desta Monarquía; porque amaneció el mas peligroso», ya que «tratavan el Rey de Francia, y los Olandeses, en diversas partes del Orbe, grandes daños, y peligrosos principios à la total ruina de la Monarquía.

Como resume John Elliott, Virgilio Malvezzi, «tan buen escritor como cortesano», continuó en 1639 su labor propagandística a favor de la corona española y su valido con *Sucessos principales de la Monarquía de España*.

También Juan de Palafox se aprestó a sacar la pluma para publicar en 1639 «Sitio y socoro [sic] de Fuenterrabia [sic] y sucesos del año de mil y seiscientos y treinta y ocho», «con licencia» en la imprenta madrileña de Catalina del Barrio, *Escritos de orden de su Magestad*, obra de Juan de Palafox y Mendoza. En aras de la opinión pública, algunas obras fueron publicadas de forma más barata y accesible, en definitiva, más popular, dejando otras versiones para estamentos sociales más letrados y pudientes. En la versión popular, Palafox reunió todas las victorias de Felipe IV en 1638, «empleando un estilo cuyas características recuerdan las que hoy se preconizan en los manuales de redacción periodística como básicas del estilo informativo: «Poco, o ningún alíño en estilo, sin exornacion los sucessos, ni descripción las ciudades, fortalezas, y Provincias, desnuda de aquella elocuencia, que va embevida en las grandes historias que enseñan igualmente, y persuaden». Lo que en su modestia Juan de Palafox tacha de «imperfecciones» son, en

realidad, las virtudes de un nuevo estilo ya puesto de manifiesto por relacioneros y gaceteros: el de las noticias».

Palafox se despreocupa de las causas, y prefiere relatar «los sucessos desnudos, quales son las batallas y los vencimientos». La crónica se centra sobre todo en el sitio de Hondarribia, «por juzgarse en todas sus circunstancias materia digna de la noticia, y atencion de las gentes [...] empresa y defensa que ha atraído a si los ojos de Europa».

Así pues, mientras que Malvezzi utilizó su pluma de cronista e historiador, Palafox ofreció un estilo nuevo que se acercaba, de alguna manera, a la redacción periodística. Pero la crónica de un suceso histórico como el de Hondarribia o Fuenterrabía debía apoyarse no en los recurrentes adjetivos de «verdadera o verísima relación», tan utilizados en las relaciones de sucesos, sino en otros principios. Para dar credibilidad al relato, Palafox aduce, como buen historiador, estar respaldado por unas fuentes que proceden de los oficiales del ejército y de las consultas y papeles sobre la materia: «Afianza el credito de la verdad, y ajustamiento desta relacion, el escribirse de orden de su Magestad, pues las noticias que en ella se contienen son las mismas que han dado los Generales, los Cabos, y las que resultan de las Consultas, y papeles de los oficios por donde ha corrido esta materia».

Pero la realidad interior de la monarquía parecía ir por otros derroteros menos heroicos que los descritos por historiadores y cronistas. Según Francisco Santos, los soldados que habían luchado por aquella Corona *donde no se ponía nunca el sol* eran después olvidados e incluso menospreciados. El mismo Santos, que había dejado su

pellejo sirviendo en la guerra, continuaba siendo igual de pobre al final que al principio de sus días. El ágil retrato sin paliativos de un veterano del ejército español resulta absolutamente vívido y real:

Había estado sitiado del enemigo y había sufrido hambre, desdichas y heridas por su rey, que el tal es el que puede jurar por aquella vida que ha sabido defender a costa de su pellejo, lleno de cicatrices y de ordinario vacías tripas y bolsa.

De sobra conocido, pero sin respuesta ni soluciones, era el lamentable estado en el que se encontraban los soldados veteranos tullidos y acribillados de heridas que afortunadamente podían regresar de los campos de batallas. El espectáculo que ofrecían mendigando por las calles de Madrid fue descrito por José Julián de Castro en sus versos dedicados a los soldados lisiados que sobrevivían sin ninguna protección o subsidio real después de haber gastado, o malgastado, la vida en su servicio:

*Acábase la campaña,
a la corte un hombre torna;
va a pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora,
porque después que anda el pobre
tres años en la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta...
logra ¿qué?: una ración de hambre,
y esto si acaso lo logra.*

Pero fueron los atinados versos de Lope de Vega en *La Arcadia* los que mejor y más certeramente describieron una realidad más allá de su época.

*¡Ay dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos!*

*¡Y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!
¡Envidia en ti me mata,
que toda patria suele ser ingrata!*

2. EL ESCENARIO NUCLEAR DEL CONFLICTO

Los territorios patrimoniales de los Habsburgo

En la iglesia de los Agustinos de Viena, y concretamente en la [Herzgruft](#) (literalmente, «cripta de los corazones»), situada a la derecha del altar mayor, tras la capilla de Loreto, descansan en urnas de plata los corazones de muchos de los soberanos y miembros de la dinastía Habsburgo.



Cripta de los corazones en la iglesia de los Agustinos de Viena.

Aunque sus cuerpos yacen en la cripta imperial de los Capuchinos o, como el de Fernando II, en el mausoleo de Graz, se puede decir que en la capilla de Loreto se encuentra el corazón de la dinastía Habsburgo. Y es, precisamente, en el santuario del corazón donde los hombres deciden sus actuaciones y determinan sus vidas. Por ello, aquella cripta puede considerarse el genuino núcleo originario de una guerra sin precedentes, la Guerra de los Treinta Años, una «tragedia para Europa», como así la han denominado algunos historiadores. Desde las entrañas mismas del corazón humano, la locura bélica se fue extendiendo, como

una onda expansiva, por todo el Sacro Imperio Romano Germánico y mucho más allá de sus confines hasta impregnar prácticamente toda Europa y saltar los océanos, prolongando su influencia en diversos territorios coloniales.



La cripta imperial de los capuchinos.

La familia Habsburgo, que desde 1379 había residido en Graz como capital de la *Austria Interior* (*Innerösterreich*), cambió su residencia a Praga, la capital de Bohemia, durante el gobierno del emperador Rodolfo II ([1576](#)-1612), periodo en que llegó a convertirse en centro del Imperio y uno de los focos culturales más importantes de Europa. Pero en 1619, la crisis de Bohemia obligó a la familia Habsburgo a trasladar su residencia a Viena, donde la dinastía se fue asentando y transformando en una de las más poderosas de Europa.

Viena y su cripta de los corazones se convirtieron en todo un símbolo de aquella dinastía. Los Habsburgo configuraron no solo la capital de Viena, sino también un extenso territorio perteneciente a un Imperio de cuño medieval que, bajo su influencia, logró convertirse en otro vasto Imperio de rasgos modernos. La representación más duradera de la dinastía y su poder ha sido y sigue siendo el

famoso Palacio de Schönbrunn, el cual, construido en Viena en [1559](#) por el emperador [Maximiliano II](#) como pequeño palacio de caza, sería destruido completamente en el segundo sitio de [Viena](#) (1683) y reconstruido y convertido mucho más tarde en residencia de verano.

Precisamente, en 1618, Viena era la capital de la Baja Austria o ducados «bajos», que junto a la Alta Austria o ducados «altos», gobernados desde Linz, formaban un conjunto de territorios de gran prosperidad conocido como los dos Ducados.

Más poblada, con unos dos millones de habitantes, estaba en el sudeste la Austria Interior, con capital en Graz, formada por una serie de territorios conocidos como los ducados de Estiria, [Carintia](#), Carniola y algunas posesiones en Italia.

Por el oeste se extendía la Austria Exterior, que, gobernada desde la ciudad de Innsbruck, en el valle del Inn y en medio de altas [montañas](#), comprendía el Tirol, algunos territorios aislados en el curso medio del Rin y parte de Alsacia. La situación de estas provincias patrimoniales de los Habsburgo, llamadas *Erbländer*, era extraordinariamente compleja y «más extensas —en palabras de un viajero del siglo XVII— de lo que habitualmente se cree».

A estos territorios patrimoniales de los Habsburgo se habían añadido desde 1526 los reinos electivos de Bohemia y de Hungría, aunque de este último solo la parte noroccidental, con aproximadamente un millón de habitantes, pues el resto del territorio húngaro se hallaba bajo el dominio del sultán turco o de su vasallo cristiano, el príncipe de Transilvania. Aquella anexión se debió a la

muerte del rey de Bohemia, Hungría y Croacia, Luis II de la dinastía Jagellón, en la batalla de Mohacs contra los turcos, el 29 de agosto de 1526. Luis, casado con María de Austria Hungría, tercera hija de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, no tuvo descendencia y esto hizo que la corona de Bohemia y una parte de Hungría pasaran a manos del emperador Fernando I de Habsburgo, hermano de Carlos V. A pesar de que Fernando y, con el tiempo, su dinastía consideraron la corona de Bohemia como un derecho hereditario, tanto él como sus descendientes tuvieron que someterse al sistema vigente de «elección» por los Estados locales antes de su proclamación. Esta situación se mantuvo hasta [1617](#), y así, cada vez que un Habsburgo asumía la corona de Bohemia, lo hacía alegando haberla heredado, pero los Estados siguieron insistiendo en elegir a su monarca, aunque en la práctica el resultado fuera el mismo.



Los territorios patrimoniales de los Habsburgo.

Con la muerte de Fernando I en 1564, los territorios austriacos fueron divididos entre sus hijos —una costumbre habitual en los estados del Sacro Imperio—, que llevaban el título de archiduques: la corona de Bohemia y Hungría, así como dos provincias austriacas recayeron en el hijo mayor, Maximiliano II (1527-1576), quien más tarde fue elegido emperador. La provincia austriaca de [Tirol](#) y parte de [Alsacia](#) fue heredada por Fernando de Habsburgo (1529-1595), conde de Tirol. Las provincias conocidas colectivamente como Estiria —por ser la más poblada— recayeron en el hijo menor, Carlos de Habsburgo (1540-1590), conocido como Carlos de Estiria, archiduque de Austria, duque de Estiria, de Carintia y de Carniola y conde de Goritz.

El Sacro Imperio Romano Germánico

Los territorios patrimoniales de los Habsburgo formaban parte del denominado Sacro Imperio Romano Germánico o Nación Alemana del Imperio Romano, nombre de reminiscencias medievales que trataba de conservar el prestigio del antiguo Imperio romano, pero, en realidad, se conocía sencillamente por el Imperio. En las armas de Alemania, el águila negra de doble cabeza simbolizaba la fusión del Imperio con el antiguo reino de Alemania. Rodeando al águila estaba la orden del Toisón de Oro, fundada en 1429 para defender la Iglesia. Esta era la más alta distinción con que los Habsburgo podían premiar a sus súbditos, asumiendo así el papel tradicional del emperador como protector cristiano. Los colores Habsburgo rojo-blanco-rojo fueron reproducidos en el centro del águila.

Ni los filósofos ni los juristas eran capaces de explicar qué modelo constitucional definía al Imperio. Solo la descripción que hizo el pensador Samuel Pufendorf da idea de la dificultad: «El Sacro Imperio era a todas luces una monstruosidad, pues ni podía definirse un reino como los demás ni siquiera una república.

Desde el punto de vista geográfico, situado en el centro de Europa, el Sacro Imperio está surcado por uno de los ríos más largos de Europa, el Danubio, que según la descripción de Francisco de Moles:

Divide a Alemania en Superior e Inferior: esta llega al Océano y la otra a Italia. En ambas hay numerosas poblaciones, unas se denominan Imperiales, por ser patrimoniales del Imperio, otras Francas que viven como Repúblicas, y muchas están sujetas a Señores Eclesiásticos y Seglares.

También los ríos Elba o Albis, Oder y Rin no solo riegan el Imperio, sino también una gran parte del centro de Europa. «La grandeza y el poder de Alemania —había escrito María de Hungría a su hermano Carlos V en 1551— se basan en el Rin». Esta corriente que nace en el sur de Suiza y fluye hacia el norte de Alemania antes de hacer un giro al oeste, hacia los Países Bajos, es una de las grandes vías fluviales del norte de Europa. Allí surgieron ricas y populosas ciudades, y el hecho de que cuatro de los siete electorados de Alemania se asentarán a lo largo del Rin es un reflejo de la importancia de este río para el Imperio. Todas estas cuencas fluviales tuvieron un gran protagonismo en la guerra.

Pero lo que caracterizó a Alemania fueron sus numerosas y, por lo general, bellas ciudades, pueblos y villas (alrededor de unas 2.200 ciudades y al menos 150.000 pueblos), así como sus monasterios, conventos y comunidades. Precisamente por su fuerte caracterización y su riqueza patrimonial, estas poblaciones interesaron enormemente al grabador de talla dulce Matthäus Merian. El artista acometió su gran proyecto *Topographia Germaniae*, que consistió en sacar a la luz los innumerables lugares que Merian y sus colaboradores pintaron. El proyecto se inició a mediados de 1630, en plena Guerra de los Treinta Años, y se terminó cuarenta años más tarde. El trabajo no contiene descripciones del paisaje natural, sino que incluye las regiones agrupadas (Baviera, Westfalia, etc.) y los lugares que aquellos artistas habían visitado o bien habían oído describir, exponiéndolos en orden alfabético. Los numerosos grabados ilustran perfectamente aquellas comunidades y cómo se relacionaban con las estructuras de poder dentro

del Imperio.

Su constitución y fragmentación política

Aquella favorecida y admirable tierra de Alemania era una entidad política extraordinariamente compleja. A principios del siglo xvii contaba con unos 20 millones de habitantes, pero repartidos entre más de mil unidades políticas diferentes. El sacro Imperio Romano Germánico estaba constituido por un gran número de territorios — incluso más allá de la región de habla alemana— con cierto grado de soberanía, entre los que se encontraban desde grandes estados a minúsculos principados seculares y eclesiásticos y las ciudades imperiales libres. Los pequeños estados, aunque disfrutaban de una forma única de autoridad territorial (llamada *Landeshoheit*: soberanía) que les concedía muchos atributos de gobierno, nunca fueron completamente soberanos tal y como el término se entiende hoy en día.

La fragmentación era tan densa, ha escrito Martín Gómez, que cada nave que navegaba por el Rin desde Maguncia a Colonia debía pagar impuestos en once puestos aduaneros diferentes, todos dotados de cañones para disuadir a cualquier embarcación que pretendiese seguir adelante sin abonar los derechos de paso.

Todos estos territorios habían sido englobados en seis circunscripciones o círculos creados en tiempos de Alberto II (1397-1439), quien había recogido los principios de la organización y planificación de la Bula de Oro de 1356. Sin embargo, fue en la Dieta de Augsburgo de 1500 cuando estas circunscripciones se consolidaron con el objetivo de recuperar el esplendor del Imperio en la Edad Media. Los

círculos adquirieron su forma definitiva cuando, gracias al emperador Maximiliano I, se estableció en cada territorio una fuerza militar coercitiva para aplicar e imponer las decisiones imperiales en caso necesario. De estos círculos — el austriaco, Baviera, Suabia, Franconia, Alta y Baja Sajonia, Alto y Bajo Rin (Renania), y el de Borgoña— quedaron excluidos los territorios italianos, suizos y bohemios en atención a las especiales características de los mismos. Cada una de estas jurisdicciones, formada a su vez por varios estados, constituía una unidad administrativa, tributaria y defensiva. Solo el círculo, por ejemplo, de la Alta Renania estaba formado por el ducado de Saboya, el ducado de Lorena y algunos territorios de la Franconia renana, incluyendo la región de la Alsacia suaba. En total, la circunscripción de la Alta Renania estaba formada por 87 estados; algunos de ellos eran ciudades libres, como Metz, Espira, Estrasburgo, Toul, Verdún, etc. Señoríos como Bretzenheim, principados como Basilea, condados como Hanau-Lichtenberg, o Isenburg-Büdingen-Birstein, ducados como Lorena, etc.

Las llamadas «ciudades imperiales libres», emplazadas sobre todo en Suabia y en Franconia, se integraban en estos círculos, pero algunas se mantuvieron fuera de su control. La más grande de estas ciudades alemanas era Augsburgo, con 48.000 habitantes, cinco veces más grande que Berlín. Núremberg, Hamburgo, Colonia, Lubeck y Estrasburgo tenían cada una alrededor de 40.000 habitantes. Otras ciudades como Fráncfort, Bremen, Ulm y Aquigrán podían alcanzar los 20.000. En 1522, en la Dieta de Núremberg, el número de círculos se amplió a diez al incluir el de Austria,

el de Borgoña, el círculo electoral del Rin y el de la Alta Sajonia.

Siempre se ha reconocido que aquellos círculos fueron una de las creaciones más eficaces y permanentes de los emperadores, pero a la larga colisionaron entre ellos debido a las aspiraciones de los príncipes, siempre celosos de sus prerrogativas frente al poder imperial. También el propio emperador Habsburgo sostenía intereses contrapuestos que impedían una política unitaria; pues si, de un lado, tendía su mirada a los intereses generales imperiales, de otro, no perdía de vista sus territorios patrimoniales y hereditarios de la casa Habsburgo.

Pero quizá una de las mayores debilidades congénitas del Sacro Imperio era la elección del emperador, que desde 1438 recaía regularmente en la dinastía Habsburgo. Sin embargo, el candidato Habsburgo debía someterse siempre a la elección y, con ello, se veía también obligado a afrontar todo tipo de presiones y a comprometer con garantías muchas concesiones, especialmente grandes sumas de dinero a los electores. Cada elección ponía en crisis todo el sistema imperial pues entraba en juego, desde presiones armadas a sobornos cuantiosos; en realidad, aquello venía a significar que la diadema imperial salía periódicamente a la casi pública subasta entre los grandes postores. Hubo, incluso, en 1519 un elector que «se vendió» cinco veces tras la muerte de Maximiliano I.

El emperador gobernaba a través del Consejo Áulico Imperial, con residencia en Viena, y la Dieta. El primero era un cuerpo consultivo del emperador cuyas competencias abarcaban el territorio entero del Imperio, incluidos los

feudos imperiales en Italia. Tanto la composición como el número de los miembros del Consejo dependían de la voluntad del emperador, quien procedía a su elección entre los súbditos más fieles y de mayor confianza. La Dieta era una heterogénea asamblea general de los estados y corporaciones del Imperio, jerárquicamente estructurada, que solo el emperador tenía la facultad de convocar en alguna de las ciudades de Alemania.

Con frecuencia, el ejercicio de gobierno era difícil por los divergentes e, incluso, contrapuestos intereses de los distintos estados. A menudo, se generaban tensiones entre el Imperio, los territorios patrimoniales y los estados, como Bohemia y Hungría, que no eran alemanes ni imperiales. El poder del emperador era efectivo tan solo en sus propios estados patrimoniales, mientras que en el resto de Alemania estaba sometido a los príncipes: electores, obispos y caballeros imperiales, algunos marcadamente hostiles a su política de gobierno.

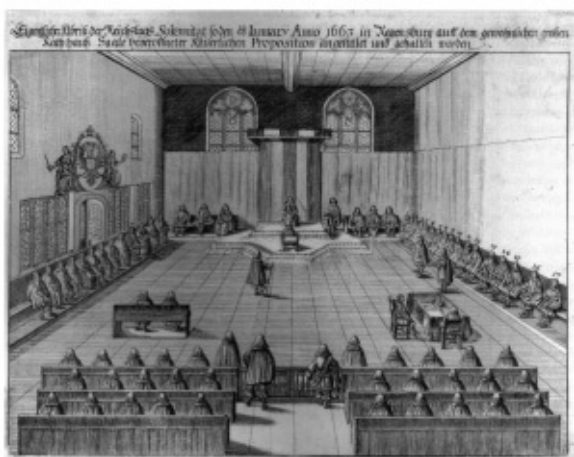
Precisamente, todos ellos estaban representados en la Dieta, compuesta por tres brazos o grupos: el de los príncipes electores, el de los príncipes imperiales y el de las ciudades imperiales libres. Solamente ostentaban el derecho a elegir al emperador del Sacro Imperio los siete príncipes electores, tal como había sido estipulado en la Bula de Oro. Tres de ellos eran príncipes espirituales u obispos: el arzobispo de Maguncia (Mainz), que era también archicanciller del Sacro Imperio Romano; el arzobispo de Colonia, archicanciller de Italia; y el arzobispo de Tréveris (Trier), archicanciller de Borgoña. Ninguno de estos arzobispados tenía más de 100.000

súbditos o vasallos. Los otros cuatro electores eran príncipes seculares: el conde palatino del Rin, el duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo y el rey de Bohemia, estado que no pertenecía al Sacro Imperio y cuyo monarca era el propio rey Habsburgo. A la cabeza de los electores seculares estaba el reino de Bohemia, el único territorio que en el Imperio tenía distinción real. Bohemia era un gran electorado de 50.000 km, con un millón y medio de habitantes que vivían en 102 ciudades, 308 núcleos comerciales, 258 castillos y 30.363 pueblos y aldeas y 2.033 iglesias parroquiales.

El Palatinado era el segundo electorado más poblado después de Bohemia, con 11.000 km divididos en dos zonas, el Bajo Palatinado en el Rin, y el Alto Palatinado en el norte de Baviera, con una población de cerca de 600.000 habitantes. Brandeburgo era el siguiente electorado en dimensión, después de Bohemia, pues cubría 36.000 km pero solo tenía 350.000 habitantes. Por su parte, Sajonia era el electorado más pequeño pero el más densamente poblado, con aproximadamente 1,2 millones de habitantes. Todos ellos juntos constituían alrededor de una quinta parte del Imperio y más de una sexta parte de su población.



Reunión de la Dieta imperial o Reichstag en Regensburg (Ratisbona, Baviera) en 1640. Grabado de Matthäus Merian en su obra *Theatrum Europaeum*.²⁰



La Dieta perpetua, 1663, en Ratisbona.



Museo del Reichstag en el Ayuntamiento de Ratisbona.



Ayuntamiento de Ratisbona.

En 1621, se prohibió al elector palatino Federico V participar en la elección imperial por su implicación en los sucesos de Bohemia contra los Habsburgo y su sustitución por el duque de Baviera, cabeza de una rama inferior de la familia. Aquella pérdida fue muy dura para Federico V. Solo al finalizar la guerra y durante los Tratados de Münster, su hijo Carlos I Luis pudo recuperar el título de elector al crearse un nuevo electorado para el conde palatino del Rin.

Con ello recobró una parte de sus estados, el Bajo Palatinado. El Alto Palatinado permaneció en poder del duque de Baviera, quien además vio confirmado su electorado. Así pues, en 1648, el número de electores se incrementó a ocho.

Aunque las Dietas se celebraron en diversas ciudades del Sacro Imperio, a partir de 1594 comenzaron a localizarse en una ciudad fija: Ratisbona o Regensburg. Allí se reunió la Dieta en 1594, 1597-1598, 1603, 1608, 1613, 1630, 1640-1641, 1653-1654. A partir de 1663, con la introducción del *Immerwährender Reichstag* o Dieta perpetua, la ciudad de Ratisbona fue declarada sede oficial para las reuniones de la asamblea. La elección de aquella ciudad no fue gratuita, pues era considerada como una localidad plenamente tolerante, refugio seguro para los protestantes, y también para los católicos, expulsados o perseguidos en otras partes de Europa.

La Dieta, aunque poseía facultades para tomar decisiones relativas al conjunto del Imperio, tenía poca importancia práctica debido a la dificultad de llegar a cualquier acuerdo.

El difícil equilibrio religioso

Los reyes y emperadores de la Casa de Austria habían destacado y destacarían como fervientes defensores de la causa católica, desde 1555 en Alemania se mantenía un somero equilibrio con los protestantes, ratificado por la Paz de Augsburgo. Aquel intento de estabilidad había sido decretado por el emperador Fernando I y se basaba en el reconocimiento del luteranismo en un plano de igualdad con el catolicismo dentro de los límites del Imperio germánico.

Siguiendo el *cuius regio, eius religio*, (según la religión de cada príncipe, así será la de su reino), se reconocían los derechos de los príncipes luteranos dentro del Imperio, con un meticuloso reparto de jurisdicciones que vino a complicar aún más el ya de por sí complejo mapa del Sacro Imperio. En realidad, por esta paz se concedía la libertad religiosa a los príncipes, no a los súbditos; estos debían someterse a la voluntad de su soberano, cuyo credo o confesión sería la única oficial y reconocida; a los disidentes solo se les quedaba el culto privado y la emigración.

La Paz de Augsburgo de 1555 llevó a una conciliación temporal entre los poderes protestantes y católicos al ofrecer a los príncipes alemanes la posibilidad de acogerse a una confesión determinada, lo cual favoreció la extensión del protestantismo. Pero esta disposición desencadenó al mismo tiempo las disputas religiosas y políticas que harían saltar por los aires cualquier tipo de entendimiento.

Pero ya Fernando I estableció una excepción al *cuius regio eius religio* de la Paz de Augsburgo, la llamada *Declaratio Ferdinandea* o *Declaración Fernandina*, una garantía otorgada a los protestantes por la cual los gobernantes católicos no podían hostigar a los estados convertidos al luteranismo dentro de sus dominios. Esta excepción permitió a los habitantes luteranos en territorios católicos poder practicar su credo sin restricciones. Asimismo, Fernando I accedió a la reforma de las órdenes religiosas, garantizó amplias concesiones a los protestantes y luchó por ello en la reapertura de la última fase del Concilio de Trento en 1562. A pesar de su tolerancia, su intento de reunir a católicos y protestantes fracasó y tuvo

que amenazar a su propio hijo y heredero Maximiliano II con la exclusión a la sucesión ante sus tendencias luteranas. «Finalmente, Fernando llamó a los jesuitas a sus estados, con lo que puso las bases de la reforma católica en su heredad patrimonial.

Los Habsburgo habían llegado a aceptar en gran parte los designios de sus súbditos luteranos; sin embargo, condenaban las ideas y proposiciones de los calvinistas. Costaba mucho que los seguidores de Calvino fueran aceptados debido a su radicalidad y militancia en las cuestiones de fe; más aún, despertaban suspicacia y desconfianza entre los demás protestantes. Pero el calvinismo estaba fuertemente arraigado en el norte y el este de Alemania y no eran pocos los gobernantes que se reconocían abiertamente seguidores de aquella doctrina, tal y como hizo el elector del Palatinado Federico V, adversario de la casa imperial.

El calvinismo, minoritario pero muy activo, no había sido tenido en cuenta en la Paz de Augsburgo y, quizá por haber sido excluido de ella, se había convertido en un factor de inestabilidad.

Una serie de ciudades imperiales (verdaderas repúblicas independientes, como señala Domínguez Ortiz), algunas tan importantes como Bremen, habían abrazado el calvinismo como credo oficial; también el Palatinado, estratégica región al oeste del Rin, en la vía que recorrían los ejércitos españoles desde el norte de Italia a Flandes, lo había adoptado. Pero de mayor preocupación para el emperador fue la amplia extensión del calvinismo en Bohemia y Hungría, tierras patrimoniales de los Habsburgo.

En las cláusulas de aquella Paz de 1555 subyacía la idea de estabilizar las relaciones entre las dos confesiones mayoritarias, que seguirían enfrentadas pero mantendrían sus posiciones sin invadir las del adversario. En Austria, los protestantes habían alcanzado un sólido papel en las dietas territoriales y las finanzas y habían entrado en contacto con los reformados de Bohemia y Hungría, y aun de Alemania. Pero, en general, se hallaban debilitados por las disputas entre calvinistas y luteranos. Esta tensa situación religiosa ponía a prueba la paz conseguida en Augsburgo en cada sucesión de un principado eclesiástico, como ocurrió en los conflictos de Aquisgrán (1593-1598), de Colonia (1600) y de Estrasburgo (1592-1604), que enfrentaron a católicos y protestantes.

De hecho —al contrario que el calvinismo— el luteranismo, muy subordinado a los príncipes territoriales, se mostró conservador, poco expansivo y nada proselitista, como si se conformara con las conquistas realizadas. Efectivamente, en las décadas de 1570 y 1580, el luteranismo parecía haber alcanzado su máxima extensión.

Por su parte, la Iglesia católica reaccionó con un dinamismo que no habían sospechado los reformadores que, en demasiadas ocasiones, hablaban de una iglesia agonizante. En el concilio de Trento (1545-1563) predominó la tendencia categórica y firme de los obispos y teólogos italianos y españoles, quienes cambiaron el rumbo de las sesiones conciliares. Si Carlos V había vaticinado que aquel concilio sería un instrumento de concordia, el dinamismo y la energía de los padres conciliares mostraron una tendencia a hacer frente a los movimientos reformadores. El Concilio,

que se había iniciado con cierta atonía, finalizó con gran entusiasmo.

Aunque los Habsburgo habían comenzado a revertir la situación religiosa en sus estados patrimoniales, premiando a los servidores católicos, los frutos de esa política eran todavía escasos hacia 1618. De hecho, Bohemia y Moravia eran territorios protestantes en los que comenzó a trabajar la Compañía de Jesús para restituir aquellas tierras a su confesión originaria. Cuando el concilio de Trento terminó sus tareas en 1563, la Compañía de Jesús, el instrumento más eficaz de la nueva reevangelización católica, ya trabajaba con ahínco en toda Europa, especialmente en Alemania. Desde las décadas de 1570 y 1580 comenzó una reactivación del catolicismo que salía, sobre todo, de las aulas de los colegios de la Compañía de Jesús en Múnich, Ingolstadt y Viena. En realidad, como ha escrito Domínguez Ortiz, la Compañía supo utilizar técnicas novísimas, desconocidas hasta entonces; no olvidó ningún método, ningún frente de lucha, desde el tratado magistral a la cartilla para niños; colegios para la nobleza, ejercicios espirituales para la burguesía, misiones para el pueblo. Y como factor de prestigio, un desinterés y una rectitud personal que contrastaban con la mundanidad y corrupción de algunos príncipes y eclesiásticos.

Entre los más importantes predicadores católicos de la segunda mitad del siglo XVI, destacó el teólogo jesuita Pedro Canisio, conocido como el segundo apóstol de Alemania después de san Bonifacio. Oriundo de Holanda, llegó por primera vez a Austria en 1550, donde empezó a ser conocido como «martillo de herejes» por la claridad y elocuencia de

sus argumentos. Canisio afirmaba que muchas de las cosas que había dicho Lutero eran verdad: sí, «nosotros tenemos que reformar la Iglesia católica, pero debemos estar en ella para reformarla». A él se debió el inicio de la prensa católica y la fundación de 18 colegios jesuitas, entre ellos, el Colegio de Praga y el de Friburgo, más tarde convertido en Universidad de Friburgo, ciudad suiza preservada de la reforma protestante debido a su predicación. Canisio recorrió 30.000 kilómetros en su afán evangelizador exhortando a practicar sus métodos de defender la fe católica con todas las fuerzas, sin herir ni humillar. Para intentar contrarrestar el Catecismo de Lutero, Canisio escribió otro *Catecismo* que, aún en vida del santo (1521-1597), tuvo 200 ediciones y fue traducido a 15 idiomas. A esta obra se añadieron otras 36 publicaciones y 8.000 cartas.



Jesuita Pedro Pázmány, arzobispo
cardenal de Estrigonia, Hungría,
1616-1637.

Otra figura importante de esta recatolización fue el jesuita Pedro Pázmány, arzobispo de Esztergom (Estrigonia, Hungría 1616-1637), quien había estudiado en Kolozsvár (Hungría) en el instituto fundado por los jesuitas gracias a

Esteban Báthory, príncipe de Transilvania y más tarde rey de Polonia, gran defensor del catolicismo. A través de su predicación y obras literarias, de fuertes argumentaciones teológicas, Pázmány consiguió poco a poco solidificar las bases católicas en Hungría. Muchas familias aristocráticas húngaras abandonaron el protestantismo, como la del conde Nicolás Forgách, Segismundo Forgách, Cristóbal Thurzó y Nicolás Eszterházy. Entre 1603 y 1613, más familias húngaras volvieron al catolicismo, entre ellas los Pálffy, Draskovich, Erdődy, Haller, así como Jorge Zrínyi y Catalina de Brandeburgo, viuda de Gabriel Bethlen, príncipe protestante de Transilvania. En 1629 Pázmány fundó una universidad en la ciudad húngara de Nagyszombat, la cual incluía una facultad de teología y otra de humanidades.

Lógicamente, la constante extensión de la reforma católica por Europa, gracias a la labor de los jesuitas, concitó las sospechas y hostilidades de los príncipes protestantes de Alemania. En 1608, el luterano elector de Sajonia expresó su animadversión hacia la Compañía de Jesús a través de una carta que leyó con viveza su representante en la Dieta:

¡Cuán violentos son los jesuitas y sus seguidores, que se han esforzado por deshacer, con sus absurdas interpretaciones y ataques, la preciosa y solemnemente ratificada Paz religiosa de Augsburgo, redactada hace muchos años por razones de peso y por todos los estados del imperio [...] No, ellos la abolirían completamente y luego acabarían con nuestra verdadera religión cristiana, en la cual nacimos y crecimos y en la que viviríamos y moriríamos. Todo esto queda suficientemente probado por los innumerables libros violentos y venenosos que emiten en todo el Imperio Romano, dirigidos contra dicha Paz Religiosa y sus claras disposiciones, declarándola solo interina, una concesión temporal de la tolerancia, diseñada para durar hasta la conclusión del Concilio de Trento. Llegaron incluso a sugerir que su Majestad Imperial, de feliz memoria, no

tenía autoridad para arreglar la paz entre los estados del Imperio sin el consentimiento del Papa. Además, provocan duras persecuciones hasta ahora inauditas en el Sacro Imperio Romano, con el fin de lograr su fin, es decir, promover la discordia entre los estados del Sacro Imperio Romano, despertar a los diversos gobiernos contra sus súbditos y viceversa. Y para controlar y suprimir nuestra verdadera religión cristiana y traerla de vuelta a la condición y desprecio en que estaba antes del establecimiento de la paz religiosa y secular. Sabemos, sin embargo, que su Majestad Imperial Romana [Rodolfo II] y los estados católicos amantes de la paz, con sus sentimientos cristianos y leales alemanes, no tienen placer en las prácticas peligrosas de los jesuitas y sus partidarios [...]. Por otra parte, puesto que la naturaleza y el carácter de los jesuitas y sus seguidores son tan notorios entre los católicos como entre los protestantes, y que lo que han estado haciendo en Suecia, Polonia, Francia, Holanda y recientemente en Italia es bien conocido, deben estimarse en consecuencia y tomar precauciones contra sus peligrosos términos.

Este enconamiento hacía difícil la labor de los jesuitas, debido a las restricciones a su trabajo en los estados oficialmente protestantes; por ello su campo de acción preferente fueron los países católicos del sur de Alemania y, en especial, los territorios patrimoniales de los Habsburgo: Austria, Bohemia, Hungría y otros menores, en los cuales estaba vigente la fórmula *cuius regio, eius religio*. Los sucesores de Fernando I hubieran podido imponer el catolicismo como único culto autorizado, pero las circunstancias les obligaba a la tolerancia porque su autoridad era precaria. Uno de los grandes problemas de los emperadores lo constituía una parte de la nobleza, que, convertida al luteranismo y al calvinismo y muy poderosa e influyente en sus estados y en las Dietas regionales, amenazaba con romper sus vínculos de fidelidad y vasallaje. Los soberanos tenían que transigir ante sus exigencias, sobre todo cuando se mostraban reticentes a la concesión de

ayudas militares y pecuniarias para hacer frente a las continuas amenazas procedentes de la frontera con los turcos.

Lo que los emperadores con su autoridad no pudieron conseguir lo obtuvo la dedicación y tenacidad del clero católico: reconquistar para la antigua fe grandes extensiones del sur de Alemania. No obstante, al comenzar el siglo xvii, ciudades y provincias enteras de Bohemia y de Hungría eran de sólida mayoría protestante; una situación que a los débiles o escépticos emperadores del siglo xvi les inclinaba a la moderación y la transigencia; actitudes difíciles de practicar en aquellos tiempos extraordinariamente revueltos.

En esta línea de aquiescencia se desarrolló la política religiosa del archiduque Maximiliano II, quien primero llegó a ser rey de Bohemia el 20 de septiembre de 1562 y, dos meses después, fue coronado como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Fráncfort. Al año siguiente, el 8 de septiembre de 1563, fue proclamado en Bratislava rey de Hungría. El nuevo emperador, educado entre luteranos, mantuvo una política religiosa proclive al luteranismo y, aunque trató de favorecer el entendimiento entre católicos y protestantes, sus propósitos se vieron frustrados por la desconfianza entre las dos confesiones. Ante esta política proluterana, tanto el Papado como el rey de España Felipe II se vieron obligados a intervenir, recordándole los principios del compromiso firmado en 1555.

Los dos hijos y herederos de Maximiliano II y de María de Habsburgo, Rodolfo (1552-1612) y Matías (1557-1619), serían coronados emperadores del Sacro Imperio. Rodolfo, educado por su tío Felipe II en España, comenzó a impulsar

con cierta efectividad la recatolización en aquellos territorios. Pronto se restauró el obispado de Praga, la capital de Bohemia, donde emperador instaló allí su corte. Después, el propio monarca se negó a renovar la llamada Declaración Fernandina, instaurada por Fernando I a favor de los luteranos. Asimismo, hubo otros hechos que mostraron claramente esta aprobación del resurgimiento católico. Uno de ellos, derivado de uno de los artículos de la Paz de Augsburgo, concretamente el quinto, exponía que: «En cuanto un arzobispo, obispo, prelado u otro sacerdote abandone la antigua religión (la católica) deberá dejar inmediatamente su arzobispado, obispado, prelación u otro beneficio con todas las rentas que lleva anejas».

Y este caso, precisamente, se presentó en más de una ocasión. La más grave y descarada ocurrió cuando el arzobispo elector de Colonia, Gebhard Truchsess, abandonó el catolicismo y contrajo matrimonio según el rito luterano, pretendiendo al mismo tiempo conservar su cargo eclesiástico. El incidente, que conculcaba el artículo quinto, fue muy controvertido en las cortes europeas. El embajador Guillén de San Clemente informaba así del asunto a la corte de Madrid:

En estos días, ocurrió en Colonia el sorprendente suceso del enamoramiento y boda del Arzobispo de la misma, Gebhard de Truchsess, en 1582, con Inés de Mansfeld, canonesa de Genesheim. El cambio de religión de dicho prelado, así como el cisma de Strasburgo, fueron gran parte a fomentar los odios religiosos.

Sin embargo, la importancia y riqueza del arzobispado y su proximidad a los Países Bajos añadían una especial gravedad a esta decisión. Pronto intervinieron las tropas españolas de Flandes, que finalmente, después de varios

años, rindieron en 1589 la última de las fortalezas que poseía Truchsess, y reconocieron al príncipe Ernesto, de confesión católica, como nuevo arzobispo.

No fue el único caso. Otro ejemplo ilustrativo fue la instauración por el duque de Baviera del catolicismo en la ciudad imperial libre de Donauwörth tras la revuelta y ataque de unos vecinos a una procesión. El incidente tuvo lugar en abril de 1606, cuando se produjo la llamada 'batalla de las banderas'. Una procesión, más bien escuálida, formada por algunos monjes católicos con banderas desplegadas por el centro de la ciudad irritó al concejo municipal protestante, alarmado por la restauración del catolicismo y la pérdida de privilegios políticos y económicos para los protestantes en otros territorios. Aunque la ciudad, de acuerdo con la Paz de Augsburgo de 1555, debía tolerar ambas confesiones, en la práctica, la minoría católica no podía oponerse a la mayoría luterana y menos en esta ocasión, en que los monjes tuvieron que huir en una alocada carrera hasta su abadía, perseguidos con denuedo por las autoridades luteranas tras pulverizar las banderas católicas.

El emperador Rodolfo II, en respuesta al incidente, ordenó a Maximiliano I de Baviera que restableciese el catolicismo en la ciudad. El duque no se hizo esperar y logró no solo el objetivo señalado, sino también despojar a la ciudad del título imperial e integrarla en su ducado de Baviera. Esto contrarió, evidentemente, al duque Friedrich de Württemberg, que perdía la ciudad de Donauwörth de su circunscripción de Suabia; sus muchos esfuerzos por encontrar apoyos de otros príncipes protestantes para presionar al emperador resultaron baldíos.

A todo ello se unió una nueva directriz aprobada por la mayoría de la Dieta, en la que se aceptaba que la Paz de Augsburgo de 1555 se renovara con la condición de restaurar las tierras de la Iglesia católica secularizadas desde 1552.

Este proceso ilustra la agitación religiosa y la precariedad en la que se fundaba el equilibrio establecido entre ambas confesiones. Especialmente los disturbios en Donauwörth tuvieron una decisiva repercusión en el Sacro Imperio. La situación alarmó tanto a los príncipes protestantes, que decidieron disponerse para el enfrentamiento armado dando pie a la creación de la Unión Protestante o Unión Evangélica el 12 de mayo de 1608. Su constitución se llevó a cabo en Arnhausen, cerca de Nördlingen, bajo la dirección del príncipe elector del Palatinado, el calvinista Federico IV; también se adhirieron el conde palatino de Neoburgo, el duque de Wurtemberg, los margraves de Culmbach, Ansbach y Baden. Era una Unión de acción y defensa por un plazo de diez años y se financiaría mediante una pequeña contribución de cada miembro que resultó ser claramente insuficiente para dotar a la empresa de los medios de acción necesarios. Además, su fuerza estuvo en entredicho debido a la negativa de adhesión del elector de Sajonia, celoso del papel directivo del elector palatino, que, por ser calvinista, estaba al margen de la Paz de Augsburgo. Sin embargo, el éxito de aquella Unión Protestante radicó en la obtención del apoyo de Francia, las Provincias Unidas e Inglaterra.

Aquel consorcio, a pesar de sus objetivos limitados y con poder solo en el sur del Imperio, alarmó lo suficiente a los católicos para que catorce meses después constituyeran su

propia coalición. La Liga Católica se hizo posible gracias al influjo del embajador español Baltasar de Zúñiga y Velasco (1561-1622), quien persuadió al emperador Rodolfo II para que «se encuaderne la Liga Católica». Finalmente, se constituyó en 1609, dirigida por Maximiliano de Baviera y con el apoyo de los obispos de Suabia, Franconia y Renania y de los archiduques Fernando y Maximiliano. La amenaza de la Unión Protestante llevó a movilizar fuerzas y establecer tratados separados con el Papado y con España, la cual prometió la ayuda de las tropas que habían quedado disponibles tras la tregua de los Doce Años.

En definitiva, la creación de la Unión Protestante, y su decisión de recurrir a la fuerza para lograr sus intereses bajo la excusa de la defensa, cambió el curso de la política imperial, obligando a los principales dirigentes eclesiásticos a tomar medidas defensivas mediante la creación de la Liga Católica.

En aquella estructura imperial, existían dos problemas fundamentales: uno era el sistema de electores en Alemania y Austria y, el otro, la debilidad del emperador del Sacro Imperio Romano. En realidad, en el primer caso, la facultad de los electores corría parejo a su falta de poder real. Y en el segundo caso, la debilidad del emperador se debía a la necesidad de buscar alianzas —haciendo muchas concesiones— con aquellos súbditos que dispusieran de medios para la guerra —hombres y dinero— con que poder mantener su poder imperial. En esta estructura, la Casa de Habsburgo tuvo que buscar «*modos de conservar la particular voluntad y afición a la Serenísima casa de Austria*», y lo halló en gran parte en la monarquía española. España contribuyó de una

manera determinante en apoyo de sus primos de Viena, mediante la concesión de favores, ayudas y subsidios a los electores de la Dieta y favoreciendo la provisión de socorros —hombres y pertrechos— en los enfrentamientos que cercaban al emperador. Es evidente que a España le preocupaba enormemente la debilidad de la rama austriaca, cuya alianza era fundamental para mantener su hegemonía en Europa y la comunicación entre sus territorios de Milán a los Países Bajos. Cuando la Tregua de los Doce Años estaba a punto de expirar, la necesidad de asegurar los corredores militares para sus tropas se hacía aún más acuciante.

En definitiva, al mismo tiempo que los príncipes alemanes se preparaban para la guerra, la expansión del catolicismo iba recuperando poco a poco territorios del centro de Europa, debido muy especialmente a la acción de los jesuitas. Así era el difícil equilibrio político-religioso no solo en el Imperio sino también en otros territorios europeos. Mientras que en la monarquía española y en los estados italianos se vivía la unidad de la fe católica, en Suecia y Dinamarca la unidad de fe luterana y en las Provincias Unidas la unidad de confesión calvinista, no ocurría lo mismo en Inglaterra, y Francia. Esa unidad de fe estaba muy quebrada en Inglaterra, donde, junto a la confesión anglicana oficial, existían importantes comunidades calvinistas puritanas, presbiterianas en Escocia y grupos cada vez más reducidos de católicos. Tampoco imperaba la unidad religiosa en Francia, puesto que, aunque los reyes eran católicos y llevaban el sobrenombre de «cristianísimos», las comunidades de calvinistas hugonotes tenían una gran fuerza e influencia y estaban bien

organizadas.



Retrato del emperador Rodolfo II con armadura, por Martino Rota.



Retrato de Rodolfo II como el dios romano Vertumnus, por Giuseppe Arcimboldo.



Retrato del emperador Rodolfo II, por Hans van Aachen.

Los emperadores Habsburgo

La reactivación o reevangelización católica en Europa, especialmente después del Concilio de Trento, tuvo que hacer frente a cuestiones que contrarrestaron su vigor. No supuso un pequeño problema el carácter débil e irresoluto del emperador Rodolfo II, quien trató con gran indolencia los asuntos de Estado, confiándolos enteramente a sus

ministros. Este príncipe, que había sido educado en la corte de Madrid, «se entregó por completo a los astrólogos y alquimistas que le rodeaban...».

A la indolencia se sumó la falta de salud mental de Rodolfo, enfermedad que indudablemente alimentaría su desidia. Esta despreocupación, junto con sus decisiones controvertidas, facilitaron que fraguara un creciente descontento entre los checos que haría estallar un profundo conflicto religioso. Sin embargo, no todo fue negativo en la vida de Rodolfo, pues al trasladar su corte de Viena a Praga se convirtió en uno de los coleccionistas de arte más fabulosos que ha habido. Rodolfo reunió en la Praga del siglo xvi la mayor colección de arte de aquella época, que incluía obras de Veronés y Tiziano, así como numerosas pinturas mitológicas venecianas de la época basadas en la *Metamorfosis* de Ovidio. Su estrafalaria personalidad no impidió sino que facilitó, quizá, un gran talento para saber rodearse de algunos de los mejores artistas y pensadores de su época, así como de destacados matemáticos, físicos, químicos, médicos, artistas, astrónomos y astrólogos, entre ellos Kepler, Tycho Brahe o Athanasius Kircher. Su gusto e interés por el arte le condujo al mecenazgo de grandes artistas, como Arcimboldo, de cuyo pincel salió el célebre retrato del emperador con el rostro compuesto de frutas y hortalizas en honor al dios romano de la vegetación, de ahí su título *Vertumnus*.

Pronto comenzó a mostrar un deterioro considerable debido a una progresiva enfermedad mental que se acrecentó con los años y que le llevaría a graves consecuencias tanto en el plano personal como en el

político. Su debilidad le impediría solucionar los espinosos problemas de sus estados patrimoniales.

Como rey de Hungría desde 1572, Rodolfo había favorecido a una gran parte de la nobleza húngara en la lucha contra los otomanos y había sabido rodearse de personalidades como los barones Ferenc Nádasdy y el barón Nicolás Pálffy, quienes habían logrado recuperar de los turcos numerosas fortalezas húngaras. Particularmente Pálffy resultó una figura muy cercana al rey de Hungría y fue considerado una de las mentes militares más valiosas de la historia húngara, siendo nombrado al final de su vida conde de Bratislava. Sin embargo, hacia 1604, Rodolfo logró concitar la animadversión del pueblo húngaro, que se sublevó ante la decisión del rey de suprimir las atribuciones de las Dietas locales sobre asuntos religiosos y al imponer medidas contra los herejes, que precisamente en Hungría constituían la mayoría de la población.

También en Bohemia, la difícil situación de Rodolfo, debilitada asimismo por su hermano Matías, fue aprovechada por los estamentos protestantes para intentar arrancarle un decreto de autorización de las confesiones no católicas. Para lograr su objetivo, en 1609 constituyeron un gobierno opositor denominado «Directorio», integrado por treinta miembros. Rodolfo II, necesitando el apoyo de los checos, tuvo que ceder y el 12 de julio de 1609 firmó un decreto denominado *Carta de Majestad*. Se trataba de un documento que concedía una amplia libertad religiosa a los nobles y a las ciudades de Bohemia con la condición de que llegaran a una unión. En realidad, el decreto establecía la libertad de conciencia y una amplia libertad de cultos, con la

obligación de que las confesiones no católicas se entendieran en una sola iglesia protestante y de que esta formara un Consejo de diez personas —los «defensores de la fe»— que, en caso de necesidad, se encargase de negociar con los católicos. Pero las diversas confesiones protestantes —luteranos, calvinistas, husitas, hermanos moravos— «solo se ponían de acuerdo en el odio a los católicos» y estos, por su parte, se lamentaban por tales concesiones.

Uno de los pocos hombres influyentes en Bohemia, el príncipe Lobkowitz (1568-1628), gran canciller bajo los emperadores Rodolfo II, Matías y Fernando II, rechazó categóricamente la *Carta de Majestad*. Esta decisión arriesgada le expuso a la indignación de los estados bohemios protestantes y fue deshonrado ante los propios ojos del emperador. Su situación fue muy crítica, pero Rodolfo al final rechazó las quejas de los estados protestantes y confirmó a Lobkowitz en su cargo. Es de suponer que en la decisión del emperador influyeron las gestiones del embajador Zúñiga y del nuncio Antonio Caetano, los cuales apreciaban mucho el apoyo católico del gran canciller.



Silencio Adalberto Popel
de Lobkowitz, príncipe de
Lobkowitz, por Bartholomeus
Spranger (1546-1611).

La publicación de la *Carta de Majestad* sobre el libre ejercicio de las confesiones fue una resolución que dañó enormemente la imagen de Rodolfo como monarca católico, desacreditándose completamente a los ojos de los representantes de las potencias católicas.

En 1611, los estados de Bohemia, a pesar de las concesiones de la *Carta de Majestad*, se sublevaron contra su rey. Su primo Leopoldo formó un [ejército](#) para apaciguar el reino y expulsar a Rodolfo. Tras la ocupación de una parte de Praga por el ejército, el monarca tuvo que abandonar la Corona en mayo de ese año. Los checos eligieron rey ese mismo año a su hermano Matías (1557-1619), archiduque de Austria, rey de Hungría desde 1608 y cabeza de la rama Habsburgo, quien inmediatamente aceptó y confirmó la *Carta de Majestad* a cambio de ser reconocido rey de Bohemia. Sin embargo, Matías incumplió sus promesas al restringir y vetar las cláusulas del decreto. Finalmente, el 13 de junio de 1613, Matías asumió la Corona imperial a la muerte de su hermano Rodolfo hasta su propio fallecimiento en marzo de 1619.

El pretendiente con más derechos a la corona imperial era, sin duda, Felipe III, rey de España, pues era hijo de Anna de Austria, hermana tanto del emperador Rodolfo II como de Matías y nieto de los emperadores Carlos V y Maximiliano II, también eran elegibles sus hermanos los archiduques Maximiliano, que falleció en 1618, y Alberto de Austria, soberano de los Países Bajos, de edad avanzada, que fallecería en 1621, al igual que Felipe III. Finalmente, el monarca negoció la retirada de su candidatura, dado que la corona de Bohemia y la corona Imperial eran estados

demasiado alejados de España, bajo la promesa de algunas concesiones importantes por parte del nuevo emperador.

Tras conseguir las renunciaciones de Maximiliano, Alberto y Felipe III, los Habsburgo prestaron todo el apoyo al joven archiduque Fernando de Estiria (1578-1637), hijo Carlos de Estiria, hermano de Maximiliano II, que había demostrado gran decisión en la imposición de la Contrarreforma. El problema sucesorio se resolvió mediante un acuerdo secreto, negociado entre Oñate y el propio Fernando y fechado el 20 de marzo de 1617, en el que el archiduque, si llegaba a ser proclamado emperador, se comprometía a ceder Alsacia, Finale, Liguria y Piombino a España y reconocía la preferencia de un sucesor masculino de Felipe III sobre cualquier descendiente suyo femenino, todo ello a cambio de la renuncia del monarca español a sus relevantes derechos sucesorios y a la dignidad imperial. Ese acuerdo, conocido como el Tratado de Graz o Tratado de Oñate, fue ratificado oficialmente, una vez elegido Fernando rey de Bohemia, por la reticente Dieta de Bohemia el 29 de julio de 1617. Con esta elección, se sancionaba un proceso tradicional ya establecido, por el cual los Habsburgo aplicaban una política hereditaria sobre la corona electiva del reino de Bohemia. Asimismo, fue también reconocido como sucesor eventual del enfermo emperador Matías.

Aquello era una construcción en difícil equilibrio, pues ya antes de su elección por la Dieta de Bohemia los checos habían sondeado a otros posibles candidatos, como el elector sajón Juan Jorge o Federico del Palatinado. Efectivamente, el 13 de junio de 1617, el conde Joachim Andreas Schlick, uno de los principales opositores bohemios a los Habsburgo,

llegó a Dresde, capital de Sajonia, para ofrecer al príncipe elector Juan Jorge la corona de Bohemia en nombre de los estados checos. A pesar de que Schlick había abogado por la elección del elector sajón, esta candidatura no llegó a prevalecer y la elección recayó en Federico del Palatinado. Cuando el nuevo rey de Bohemia llegó a Praga, Schlick se puso a la cabeza de la delegación de bienvenida, lo que le valió el nombramiento de gobernador de la Alta Lusacia en 1620. Tras la derrota bohemia en la batalla de la Montaña Blanca, Schlick se ocultó en 1621 en el castillo de Friedland. Traicionado, capturado y enviado a Praga, Schlick fue el primero en ser decapitado públicamente en la Plaza de la Ciudad Vieja con otros 27 rebeldes del levantamiento bohemio.

Al borde de la guerra: la crisis sucesoria del ducado Cleves-Juliers (1609-1614)

La difícil y tensa situación de paz en el Sacro Imperio parecía romperse cuando estallaba cualquier tipo de crisis. Algunos pequeños conflictos estuvieron a punto de provocar una confrontación global. Así ocurrió a raíz del problema sucesorio de los ducados Cleves-Juliers. Situados a lo largo del Rin, entre la frontera de los Países Bajos y los principados protestantes alemanes, estos *estados tapones* poseían una gran importancia estratégica, política, económica y religiosa atraieron el interés de todas las grandes potencias europeas de la época. El 25 de mayo de 1609 murió sin dejar herederos Juan Guillermo, duque de Cleves-Juliers y Berg y conde de Ravensburgo y Mark, católico y aliado de España.

Los dos pretendientes principales, el elector Juan

Segismundo de Brandeburgo y el hijo del conde de Neoburgo, Wolfgang Guillermo, ambos luteranos, enviaron sin demora representantes a Düsseldorf, sede de los territorios en litigio, para reclamar su posesión. Sin embargo, la duquesa viuda, apoyada por el Parlamento de Juliers, cuya circunscripción era abiertamente católica, rechazó sus pretensiones.

El emperador Rodolfo ordenó que los candidatos comparecieran ante él para resolver la disputa sucesoria y que mientras tanto actuase la duquesa como regente. Ninguno de los pretendientes confiaba en la imparcialidad del emperador, por lo que solicitaron el arbitraje de una figura independiente y el gobierno conjunto mientras se resolvía el caso. Rodolfo rechazó de forma contundente esta solución temporal y envió al archiduque Leopoldo con algunas tropas para que asistiera como administrador imperial a la duquesa, autorizándole a solicitar ayuda militar de los cercanos Países Bajos españoles si fuese necesario.

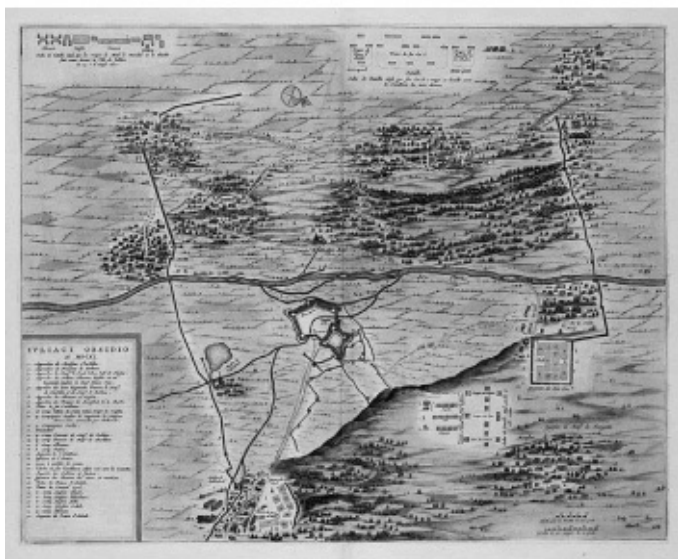
Errabado de François
Ravaillac en el que se lee:
*Franciscus Ravallart de
coryphae Angoulême
Henrici III francorum regis
Parracida sicariorum.
Grabador Crispin de
Passe.*



Ante esta situación, los dos aspirantes decidieron rápidamente solicitar la ayuda de la Unión Protestante, de las Provincias Unidas y, por supuesto, de Enrique IV de Francia, siempre generosamente dispuesto a intervenir en contra de los Habsburgo. Mientras que la respuesta de las Provincias Unidas fue cautelosa, debido a la reciente firma de la Tregua de los Doce Años, Francia se mostró mucho más interesada en la idea de intervenir directamente en la cuestión de Cleves-Juliers. Se le ofrecía la oportunidad de cumplir su triple objetivo de satisfacer sus compromisos con los aliados protestantes, conservar su influencia en Alemania y aprovechar aquella espléndida ocasión para llevar a cabo un conflicto de desgaste contra sus rivales Habsburgo. Esta intervención iba a establecer un *modus operandi* de Francia en el futuro que consistía en sostener desde París las operaciones con hombres y dinero para que fueran ejecutadas mediante terceros. Además, la cercanía del escenario de conflicto con Francia era una oportunidad que no podía perderse. Por ello, Enrique IV decidió formar un ejército de unos 30.000 soldados y 4.000 caballos para una inminente campaña cuyo primer objetivo era salvar a Cleves-Juliers de caer bajo el control de Viena o Madrid.



Boda de María de Médicis con Enrique IV, por Jacopo di Chimenti da Empoli.



Sitio y captura de Juliers por Mauricio de Orange en 1610. Joan Blaeu - Atlas van Loon.

Las negociaciones de la Unión Protestante con Enrique IV de Francia para la inminente intervención fueron abortadas cuando el 14 de mayo de 1610 el monarca francés se vio asaltado en su carruaje por las calles de París y asesinado por el puñal de François Ravaillac.

El perturbado regicida, había crecido y vivido en un ambiente de odio hacia los hugonotes, cerca de Angulema, donde estos cometían todo tipo de tropelías contra las iglesias católicas. En su enajenación, Ravailiac se sintió llamado a frenar dichos abusos, primero intentando comunicarse con el rey y, posteriormente, eliminando al principal enemigo y frenando así su ayuda a los protestantes alemanes. Debido a que su hijo, el futuro Luis XIII, tenía nueve años, la reina viuda María de Médicis se vio obligada a asumir la regencia ese mismo año hasta la mayoría de edad del delfín, en 1617.

Aquel interregno interrumpió la política agresiva francesa y España se retiró del conflicto para no arriesgar la Tregua de los Doce Años. Todo ello hizo que las operaciones militares se limitaran a un corto asedio de Juliers, llevado a cabo por tropas francesas, holandesas, inglesas y de la Unión Protestante, que acabó cayendo en septiembre de 1610 a pesar de la defensa organizada del archiduque Leopoldo. Un acuerdo provisional, poco favorable a los Habsburgo, cerró la crisis sucesoria de Cleves-Juliers, alentando a los dos pretendientes luteranos a gobernar de forma conjunta sobre los territorios heredados. El acuerdo logró evitar conflictos mayores.

Sin embargo, a principios de 1614 las rivalidades dentro del Sacro Imperio y sobre todo el deterioro de las relaciones entre Brandeburgo y Neoburgo hicieron estallar una nueva crisis en Cleves-Juliers. El hijo del conde de Neoburgo, Wolfgang Guillermo, se había convertido al catolicismo para casarse con la hermana de Maximiliano de Baviera como forma de proteger sus pretensiones. Por su parte, Juan

Segismundo de Brandeburgo se había convertido al calvinismo. Y las desconfianzas se incrementaron hasta tal punto que el de Neoburgo solicitó ayuda a la monarquía española para frenar una conspiración concebida desde Holanda y el Palatinado para hacerse con el control de todos los territorios en disputa.

Madrid y Bruselas no tenían nada que temer por parte de Francia ni de Inglaterra y aceptaron la invitación a participar de nuevo en una zona geoestratégica tan importante como era Cleves-Juliers. La regente de Francia, María de Médicis, claramente prohabsburgo, había hecho la paz con España y no deseaba poner en peligro el doble acuerdo matrimonial de su hija Isabel de Borbón (1603-1644) con el heredero de la monarquía española, el futuro Felipe IV (1605-1665), y el de su hijo Luis XIII (1601-1643) con Ana Mauricia de Austria (1601-1666). En 1612 se firmaron las capitulaciones matrimoniales y tres años más tarde, en 1615, dos comitivas, una francesa encabezada por el duque de Guisa y otra española conducida por el duque de Uceda, se encaminaron hacia la frontera del Bidasoa para hacer allí entrega de sus respectivas princesas: Ana de Austria e Isabel de Borbón. Las dos princesas eran extraordinariamente jóvenes. La primera, Ana Mauricia de Austria, hija primogénita de Felipe III y de Margarita de Austria, tenía apenas catorce años al casarse con Luis XIII de Francia, de su misma edad. Sin embargo, no fue hasta 1638 cuando tuvieron su primer hijo y heredero, Luis XIV. Por su parte, la jovencísima Isabel de Borbón llegó a la isla de los Faisanes en el río Bidasoa con trece años para casarse con Felipe IV. De su matrimonio sobrevivieron dos hijos: María Teresa y

Baltasar Carlos.

El acontecimiento de las dobles bodas reales tuvo una enorme repercusión tanto en la opinión pública europea de la época como en la literatura, la pintura y el grabado.

La política de María de Médicis a favor de los Habsburgo inició su declive a partir de 1624 por el apoyo de Richelieu a los príncipes protestantes. Francia, a partir de entonces, se convirtió en acérrima enemiga de España y su política exterior estuvo dirigida a multiplicar las afrentas contra ella. El conflicto entre ambos mostró toda su crudeza en el norte de Italia. El escenario favorito de los enfrentamientos franco-españoles hasta 1635 fue el ducado de Milán, clave para las comunicaciones entre las diversas partes de la monarquía española.

También el rey de Inglaterra Jacobo I se había acercado a España, lo cual había facilitado el desarrollo de conversaciones para casar a su hijo Carlos (1600-1649), heredero de Inglaterra, con la hija menor de Felipe III, la infanta María Ana de Austria (1606-1646). La posibilidad de aquel enlace favoreció el mantenimiento de la paz entre ambas coronas, lo que explica que tanto el rey de Inglaterra como el duque de Lerma permitieran que las negociaciones matrimoniales se alargaran durante casi una década. El enlace estuvo también apoyado por ministros y diplomáticos procatólicos, conocidos como el «Partido español», y por el nuevo embajador de Felipe III en Londres, Diego Sarmiento de Acuña, futuro conde de Gondomar, quien se afirmó como una de las personalidades más respetadas e influyentes de la corte inglesa. Sin embargo, esta alianza hispano-inglesa no fue en absoluto bien recibida en la Inglaterra protestante.

En agosto de 1614, las tropas del archiduque Alberto — 15.000 soldados del ejército de Flandes—, al mando de Ambrosio Spinola, penetraron en los ducados de Cleves-Juliers para asegurar el control de Neoburgo sobre el mayor número de ciudades. Las Provincias Unidas se mostraron reticentes a acudir en ayuda del pretendiente de Brandeburgo, pero la toma española del importante paso del Rin en Wesel les decidió a movilizarse. Ninguno de los dos bandos quería la guerra y Spinola resumió el pensamiento de todos al alegar que «la Tregua no debe ser quebrantada por causa de Juliers».

Había que llegar a un acuerdo para que la paz hispánica siguiera en pie. Rápidamente se firmó un alto el fuego en Xanten que se convirtió en tratado el 12 de noviembre de 1614. Por este acuerdo, el gobierno de los territorios disputados quedaba dividido, correspondiendo a Brandeburgo, Cleves y Mark, y a Neoburgo, Juliers y Berg. La evacuación de la fuerza militar española y holandesa de la zona fue más difícil de concretar, de tal forma que una parte de las tropas de la primera no llegó a abandonar el enclave de Wesel, mientras que la segunda no renunció al control de la ciudad de Juliers. Con el Tratado de Xanten se incrementó la presencia española en la región y se beneficiaron los corredores militares españoles al asegurar el cruce del Rin en tres puntos geoestratégicos importantes.

La sucesión de aquellos ducados del Sacro Imperio Romano Germánico había puesto en evidencia la fragilidad de la paz y la debilidad imperial. La cuestión de Cleves-Juliers había colocado a Europa en dos ocasiones al borde de la guerra; sin embargo, a pesar de su ubicación estratégica y

la participación internacional en las disputas de sucesión, la diplomacia triunfó y la guerra se evitó.

Todo ello puso en evidencia la impotencia imperial, obligada a tolerar la dirección internacional de sus estados y la creación de fuerzas militares al margen de la autoridad soberana.

Cuando el 20 de marzo de 1619 murió Matías, la situación religiosa en el Imperio era extremadamente grave, pues si la política de los Habsburgo era ante todo procatólica, el Imperio estaba poblado por un ingente número de protestantes; en Bohemia, por ejemplo, solo una décima parte de la población era católica; la «herejía» se había extendido ante la impotencia de las autoridades para controlarla y extinguirla. Y esa impotencia se debía a que los protestantes contaban con el apoyo de la nobleza y a la proximidad de la frontera con los turcos, que obligaba a los gobernantes Habsburgo a contar con la colaboración protestante.

Tal era el panorama cuando, en 1619, Fernando de Estiria, un ferviente católico que había estudiado en el Colegio de los jesuitas en Ingolstadt, se convirtió en el sucesor de Matías tanto en el reino de Bohemia como en la Corona imperial.

Los antagonismos. El avispero bohemio

Si Europa había sabido evitar algunos conflictos provocasen una guerra general, fue sin embargo incapaz de frenar la onda expansiva que trajo consigo la rebelión de Bohemia. En 1617, el emperador Matías, gravemente enfermo, no pudo contener el antagonismo y la rivalidad

que inflamaron sus estados patrimoniales, concretamente en Bohemia.

La chispa que encendió Europa se inició en el orgulloso reino de Bohemia, también llamado la corona de san Wenceslao. El territorio estaba dividido en cuatro grandes regiones con una población total de unos 4 millones: Bohemia, con su capital en Praga, era el electorado más grande y más poblado con un millón y medio de habitantes; Silesia, atravesada por el río Oder, tenía su capital en la ciudad de Breslau; Moravia, más al sur, mantenía dos importantes enclaves, Olomouc y Brno; y, finalmente, la Alta y la Baja Lusacia, limítrofes con Sajonia, se configuraron como monedas de cambio en las negociaciones de la guerra.

Aunque cada una de estas provincias contaba con su propia Dieta y sus leyes, la más determinante era la Dieta bohemia, que, compuesta por tres brazos, aristócratas, caballeros y ciudades, se había convertido en realidad en un foro donde la minoría privilegiada planteaba sus demandas al rey. La provincia de Bohemia tenía la categoría de reino desde 1212 y, por ello, consideraba a las otras cuatro como estados vasallos e imponía al resto su potestad a la hora de la elección de soberano.

Al complicado panorama político se añadió la complejidad religiosa de la población. En Bohemia, además del antagonismo entre la minoría católica y los luteranos y calvinistas, que constituían la mayor parte de la población, existían otros dos grupos, los husitas y los hermanos moravos. Los husitas se habían configurado como un movimiento reformador y revolucionario surgido en

Bohemia en el siglo xv y su denominación procedía del nombre del teólogo bohemio Jan Hus (1369-1415), rector de la Universidad de Praga, quien había sido condenado y ajusticiado en 1415 por sus proposiciones heréticas. Los husitas se habían dividido en dos grupos: los moderados *utraquistas*, defensores de la comunión *sub utraque especie*, (bajo las dos especies) —que consideraban indispensable para la salvación— y los radicales *taboritas*. Debido a que vivían una especie de sincretismo en su práctica religiosa, los husitas eran poco aceptados e incluso rechazados por las iglesias ortodoxas a las que pertenecían colectivos de ascendencia no checa: alemanes, austriacos, magiares. En realidad, los husitas eran rechazados no por su carácter religioso, sino porque se oponían a que la minoría étnica alemana se apoderase de todos los puestos de importancia en Bohemia: la administración de justicia, el alto clero, la Universidad de Praga eran patrimonio de alemanes. Con todo ello, el movimiento husita estimuló sentimientos nacionalistas entre los bohemios, lo que supuso un freno a la tendencia inicial hacia la germanización. La autoridad imperial se vio obligada a pactar con los husitas, y si el movimiento pareció quedar extirpado, los alemanes, sin embargo, dejaron de ser los rectores del orden político e institucional de Bohemia, y fueron los naturales los que rigieron los destinos del reino.

Hacia 1617, un parte de la alta nobleza estaba imbuida de ideales luteranos y, en menor medida, calvinistas, pero seguían considerándose *utraquistas*, toda una mezcla que les llevaba a defender una tolerancia religiosa de la que solo quedaban excluidos los jesuitas.

El Palatinado: un enclave calvinista combativo

Otro espacio del Sacro Imperio en conflicto fue el Palatinado dividido, desde el punto de vista geográfico, en dos grandes zonas marcadamente diferenciadas y en discontinuidad territorial: el Bajo Palatinado o Palatinado Inferior (*Niederpfalz*, también llamado Palatinado Renano o *Rheinpfalz*) y el Alto Palatinado o Palatinado Superior (*Oberpfalz*). El primero (que no debe confundirse con la más extensa región de Renania, en la que se integra) incluye ambas riberas del río Rin en su curso medio. Sus paisajes naturales y su clima relativamente suave han hecho que se le denominase «la Toscana alemana», cuya capital se situaba en la ciudad residencial de Heidelberg. Muy distinta era la región del Alto Palatinado, situada al este de [Baviera](#) y fronteriza con el reino de Bohemia, mucho más montañosa y relativamente menos poblada.

Durante el proceso de la reforma protestante, el Palatinado se convirtió en uno de los enclaves más combativo. Los electores palatinos —Luis V, Federico II y Otón Enrique— se posicionaron contra el emperador Carlos V en la guerra de Esmalcalda, apoyando al luteranismo en los años 1530 y 1540 y al calvinismo en la década de 1550.

En 1559, con la extinción de la rama principal de la familia, el electorado pasó a Federico III el Piadoso (1515-1576), un calvinista radical que convirtió el Palatinado en uno de los principales centros calvinistas de Europa, el cual supuso un apoyo esencial para los hugonotes franceses durante las guerras de religión de Francia y los rebeldes de los Países Bajos durante la Guerra de los Ochenta Años.

Cuando en 1610 comenzó a reinar en el Palatinado el

nuevo elector Federico V (1596-1632), el joven príncipe irrumpió a los ojos de Europa como un fascinante personaje favorecido de la fortuna y bien emparentado con ilustres familias de los Países Bajos, sobre todo con el holandés Mauricio de Nassau, del que era sobrino. Además, educado en Francia, el elector emergía como el más internacional de los príncipes alemanes y a esto correspondía una significativa ambición estimulada por sus consejeros. Sus proyectos, cada vez más audaces, se proponían sustraer al Imperio de todo influjo de los Habsburgo de España. La capital del Palatinado, Heidelberg, se había erigido en el centro de ebullición del inconformismo político-religioso del Imperio. Al mismo tiempo, la corte de Heidelberg era una de las más festivas y animadas, así como de las más espléndidas de Europa. No obstante, la alegría y el júbilo que allí reinaban desconcertaron no poco a los severos ministros calvinistas, que no podían excusar el grado de ligereza de los príncipes y princesas de la corte de Heidelberg. Ellos habrían censurado e intervenido sin duda, si se hubieran atrevido.



*Retrato de Isabel Estuardo,
reina de Bohemia, por un
artista anónimo (1613).*

En abril de 1611, embajadores daneses y franceses habían

llegado a Londres para apresurar el matrimonio de Federico del Palatinado con Isabel Estuardo (1596-1662), hija de Jacobo I de Inglaterra. La boda real, que tuvo lugar en 1613, fue celebrada con entusiasmo en Gran Bretaña, donde la opinión pública lo consideró como un positivo movimiento a favor del protestantismo europeo. A los pocos años, este matrimonio sería la causa de graves implicaciones para los reinos británicos.

Debido al origen de Isabel, los escoceses forjaron una fuerte conexión con la Alemania protestante. Cuando las fuerzas Habsburgo atacaron Bohemia, muchos escoceses nobles y la *gentry* acudieron a la defensa de Isabel Estuardo y su familia. Algunos escoceses que servían al Imperio cambiaron de bando y se alinearon en los ejércitos protestantes. Sir Henry Bruce, gobernador imperial de Mikulov en 1620, abandonó su posición para levantar un regimiento a favor de Isabel Estuardo. Thomas Kellie publicó un manual militar después de servir en el ejército de Cristian IV, en el que exhortaba a otros a unirse a la lucha por Isabel de Bohemia, «La joya de Europa». Asimismo, cuando estalló la llamada revolución puritana o guerras civiles en los tres reinos de la islas británicas, entre 1639 y 1652, acudieron veteranos escoceses e ingleses que habían luchado en el conflicto germano.

En Heidelberg se calculaba que Bohemia era la clave jurídico-constitucional del Imperio, pues si un príncipe protestante era elegido rey de Bohemia y con ello príncipe elector, los protestantes obtendrían el predominio en el colegio electoral. De ahí la importancia para los Habsburgo de erradicar ese foco de herejía que era el Palatinado.

Sajonia y la corte de Dresde

El papel de Sajonia en la Guerra de los Treinta Años ha sido poco comprendido. Como ha escrito Wilson, Sajonia no ha despertado las simpatías de los historiadores y por ello ha sido el protagonista menos comprendido de los participantes en la contienda. Y esto se debió, sobre todo, a los intentos del territorio sajón por apoyar y sostener la posición de los Habsburgo, propósitos ingenuos y condenados al fracaso. La Paz de Augsburgo de 1555 satisfizo los objetivos sajones al estabilizar las cuestiones políticas y religiosas dentro del Imperio. El elector, interesado en situar las relaciones como administrador de los territorios vecinos de Magdeburgo y Halberstad, se encontró que el principal obstáculo aquí era la rivalidad de los protestantes, no la resistencia católica. Los electores de Sajonia nunca olvidaron que debían su título de elector al favor de los Habsburgo en 1547. Sajonia siguió una política flexible cuya táctica consistía en que cada problema debía ser aislado diplomáticamente para prevenir disturbios de carácter constitucional, y después trasladarlo a las instituciones imperiales, donde podría ser resuelto mediante un compromiso de paz.

El principal fenómeno en Alemania era la desunión protestante. Las dinastías principescas alemanas estaban divididas entre ellas por una variedad de intereses en conflicto que impedía la formación de un grupo estable basado en la confesión, una comunidad unida, que habían solicitado inútilmente tanto el emperador Rodolfo como Matías. Una de las grandes debilidades de los príncipes protestantes se debía a las frecuentes particiones de sus estados entre sus hijos. La reforma luterana frenó la

tendencia general hacia la aceptación de la primogenitura, propiciando que los príncipes protestantes reintrodujeran el fenómeno de la partición de la herencia para facilitar la igualdad entre sus hijos. En 1583, las leyes imperiales impidieron crear nuevos miembros y votos en las instituciones como consecuencia de la división de sus territorios. Así los jóvenes comenzaron a buscar carreras alternativas, no vinculadas a la tierra, dedicándose a la guerra y convirtiéndose en contratistas de soldados mercenarios para los holandeses y los hugonotes, o buscando puestos como administradores protestantes en la Iglesia imperial. Un ejemplo fue el de Juan Ernesto I (1594-1624), quien, al convertirse en duque de Sajonia-Weimar en 1615, tuvo que hacer frente al sostenimiento de siete hermanos. Tras la derrota protestante de la batalla de la Montaña Blanca, el 8 de noviembre de 1620, el duque rechazó someterse al emperador y, como consecuencia, perdió sus territorios y la tutela de sus hermanos. Por ello no fue sorprendente que él y gran parte de su familia se convirtieran en los más activos de los *príncipes menores* enrolados en los ejércitos protestantes de la Guerra de los Treinta Años.

Además de las particiones en las herencias, existió un segundo factor general que debilitaba la unidad protestante. No solo los príncipes estaban en desacuerdo sobre la doctrina, también los súbditos abrazaban a veces otra variedad del protestantismo diferente a la de sus gobernantes.

Pero los estados protestantes estaban también divididos por otras formas de rivalidad. El poderío de los grandes

territorios permitía la posibilidad de afirmar su jurisdicción sobre sus vecinos más débiles e indefensos, utilizando con frecuencia las diferentes confesiones para complementar sus reclamos feudales. Un ejemplo de ello fue el duque del Palatinado, que esperaba que los condes y caballeros imperiales menores de su vecindad siguieran su liderazgo abrazando el calvinismo.

Por otra parte, los protestantes se enfrentaron también entre ellos compitiendo en las reclamaciones de territorios católicos. Con todo ello se demostraba que los intereses políticos tenían precedencia sobre la solidaridad confesional.

Mientras que el calvinismo, al extenderse a Francia, Inglaterra, Escocia, Provincias Unidas y Alemania, se convirtió en una confesión internacional, el luteranismo, a pesar de su expansión por Escandinavia, era esencialmente alemán. Y su jefe, el príncipe elector de Sajonia, Juan Jorge (1611-1656), el más conservador de los príncipes del Imperio, pudo mantener desde su corte en Dresde una posición de neutralidad durante bastante tiempo.

Juan Jorge intuía que la situación llevaba caminos de hacerse insostenible, pero no sabía encontrar otra vía de salida que atenerse estrechamente al antiguo derecho imperial. Este príncipe, jefe de la gran Casa de los Wettiner, señor de una extensa región, importante y rica gracias a la feria de Leipzig, habría podido desempeñar un papel tanto dirigente como mediador, y para ello no le faltaba buena voluntad. Pero el elector de Sajonia no era hombre que pudiera gobernar la nave en medio de la tempestad. Solo esperaba que el temporal no llegase, o al menos no le afectase, e insistía en su devota fidelidad al emperador, al

Imperio y a la justicia; no meditaba, como Federico del Palatinado, planes ambiciosos y veía en los Habsburgo la legítima autoridad suprema, porque se había afirmado como tal. Wallenstein decía de él, «¡Qué bruto es, y qué vida lleva!». Aquella frase era una advertencia a los protestantes para que no se fiaran completamente del sajón, pues el objetivo de Juan Jorge era querer conservar lo que no podía conservarse, ser demasiado débil tanto para la paz como para la guerra; y no querer tomar partido cuando tenía que tomarlo.

Cuando comenzaron las tensiones religiosas en Bohemia, estos acontecimientos fueron enseguida conocidos en la Sajonia protestante electoral, porque lo que había comenzado como una corriente de refugiados procedente de los territorios checos vecinos se había convertido rápidamente en una auténtica avalancha.



Grabado de Juan Jorge de Sajonia.

Baviera y la corte de Maximiliano I

En el sur de Alemania, Baviera era uno de los principales estados del imperio y, quizá, el más activo de todos ellos. Pero aquel ducado no era un electorado y el duque de Baviera no podía sentarse entre los siete electores para la elección del emperador. Sin embargo, la falta de una política exterior conjunta le había permitido, como a los demás príncipes alemanes más importantes, sostener por separado relaciones diplomáticas con Inglaterra, los Países Bajos, Francia, España y Roma.

La dinastía de los Wittelsbach, asentada en Baviera, había sabido crear una comunidad en la que las fuerzas espirituales de la reforma católica sostenían el absolutismo, sin que el príncipe estuviera sometido a la Iglesia. El duque Maximiliano, regente desde 1597, dejaba a la Iglesia el poder

sobre las almas pero no sobre el Estado, así que el duque no se sentía vasallo de nadie. Al estado bávaro se le ha llamado «Estado policía», y quizá lo era, en el sentido más antiguo del término, en el que policía significaba no solo orden controlado por la fuerza pública, sino sobre todo civilización dirigida y ordenada por los órganos directivos del Estado.

El duque trabajaba con diligencia en el centro de una burocracia estatal bien organizada. Su control sobre los asuntos fue total, pues, como observaba uno de sus consejeros, nada escapaba a la atención del «diligente señor, que ni de día ni de noche se concede descanso, sino que es exigente consigo mismo y con los demás». Se preocupaba también de las costumbres de sus súbditos en una época en que estas se veían censuradas por los distintos credos. Quizá uno de los aspectos más destacados de su gobierno fue su excelente administración de las finanzas, hasta el punto de que su capacidad de ahorro fue proverbial, pues examinaba todo gasto del Estado. Sus consejos ilustran su forma de pensar y hacer:

Se debía tener presente que «la auténtica reputación de grandeza no deriva de gastar, sino de gastar bien y tener sentido de la economía; pues muchos pocos hacen un mucho. Todos los meses, cada centavo que entra en mis oficinas de recaudación o de aduanas es debidamente registrado y puesto bajo mi control».

Con este sistema de control de lo recaudado por el tesoro, Maximiliano disponía siempre de dinero. Con el mismo cuidado que registraba las entradas, procuraba consignar las salidas y, especialmente, aquella parte de sus ingresos personales o del Estado que debía emplear en

empresas de guerra, que durante su largo gobierno fueron cerca de cien millones de florines. Indudablemente, esta política económica le garantizó una posición de predominio en Alemania y un puesto importante en Europa. De todo ello se desprende la exhortación que le escribía a su hijo: «Después de Dios y del amor al pueblo, los mejores apoyos de un principado son un ejército eficiente, dinero siempre dispuesto y buenas fortificaciones», palabras que representan la síntesis del absolutismo.

Maximiliano desarrolló un sentido de la «grandeza» reflejada en la espléndida residencia de Múnich, obra suya, la cual estaba siempre abierta para los artistas, los músicos y los historiógrafos. Esa esplendidez se mostró también en su corte, administrada con magnificencia y economía, al contar con más de seiscientas personas de servicio.

Educado por los jesuitas en el Colegio de Ingolstadt, mostró desde el principio de su gobierno su tendencia y actitud católica. En 1597, al convertirse en duque de Baviera por la abdicación de su padre, realizó una peregrinación a pie al santuario de Altötting, a noventa kilómetros de Múnich, donde juró consagrar su vida al servicio de la Virgen. El santuario adquirió el título de Herz Bayerns, «corazón de Baviera», pues allí acudían miles de peregrinos, la mayor parte de ellos a pie.

Así pues, el duque de Baviera creó un estado de sentimientos católicos, orientado hacia Roma y también a los Habsburgo, basado en la autoridad del soberano y en la obediencia de los súbditos, aunque fue un estado tolerante en la vida política, religiosa y civil.

Brandeburgo, un electorado débil

Finalmente, hacia el norte del Sacro Imperio se encontraba Brandeburgo, el tercer gran electorado que había introducido el luteranismo en 1539 cuando el príncipe elector Joaquín II Héctor de Brandeburgo (1535-1571) implantó la reforma en sus territorios. Era quizá el electorado más débil de todos debido precisamente a las particiones entre herederos, las cuales llevaban consigo serias disputas de herencias. Como consecuencia de ello, sus gobernantes desempeñaban un papel menor en los asuntos imperiales.

La dinastía Hohenzollern se había convertido del luteranismo al calvinismo durante el reinado de Juan Segismundo de Brandeburgo (1608-1619). Ya en 1609, debido a la muerte de su tío materno, el duque pudo optar como candidato al ducado de Cleves, que obtuvo por la paz de Xanten de 12 de noviembre de 1614 junto con los condados de Mark y Ravensberg. Más tarde, en 1618, debido a su matrimonio con Ana de Prusia y a la muerte sin hijos de su suegro, Alberto Federico, duque de Prusia, Juan Segismundo pudo heredar el ducado de Prusia y gobernar ambos territorios en una unión personal que fue conocida como Brandeburgo-Prusia. En realidad, este último ducado no formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico sino de la Comunidad polaco-lituana, por lo que los electores de Brandeburgo lo mantuvieron como un feudo dependiente de aquella comunidad.

En 1648, Brandeburgo extendió aún más sus dominios al obtener por los Tratados de Westfalia el reconocimiento de la región de Pomerania. La extensión de estos territorios aislados llevó a los electores de Brandeburgo a tratar de unir

sus dominios —en Renania, Westfalia y la Prusia ducal— con Brandeburgo.

El papel de Brandeburgo en la Guerra de los Treinta Años no fue ni más ni menos honorable que el de los otros pequeños estados alemanes. El elector de Brandeburgo, Jorge Guillermo I, de la dinastía de los Hohenzollern, trató de mantenerse neutral entre las fuerzas católicas del Sacro Imperio Romano Germánico y los principados protestantes. Como su hermana María Leonor de Brandeburgo era reina de [Suecia](#), el elector tuvo que maniobrar entre las peticiones de ayuda de su cuñado luterano Gustavo II Adolfo de Suecia y sus propios consejeros protestantes, por un lado, y su canciller católico, el conde Adam von Schwarzenberg, por otro. A pesar de sus intentos de neutralidad, cuando Gustavo Adolfo desembarcó en Alemania, los lazos familiares y confesionales le llevaron a pactar en 1631 con Suecia a favor de la causa protestante.

Durante aquel periodo de la Guerra de los Treinta Años, su gobierno fue en general débil e ineficaz. Brandeburgo adoptó frente a Sajonia una actitud semejante a la de Baviera con respecto a los Habsburgo: tendía a seguir la política sajona, sospechando al mismo tiempo que en el fondo era su rival. En Viena se trataba de acentuar esta desconfianza, ya que, como afirmaba el viced Canciller austriaco, «sería verdaderamente un golpe maestro sembrar la cizaña entre los herejes e inducirlos a destruir, como los zorros, su propio país».

Más tarde, cuando los suecos se habían llevado todo por delante y comenzaban a presentar un claro peligro para Brandeburgo mismo, este cambió de bando, algo nada

infrecuente en la Europa del siglo XVII. Fue concretamente tras la derrota de Suecia en la [batalla de Nördlingen](#), el [6 de septiembre](#) de 1634, cuando Jorge Guillermo se retiró de la guerra y firmó la [Paz de Praga](#) con el emperador [Fernando II](#) el 30 de mayo de 1635. Dos años después, en 1637, dejó a Schwarzenberg a cargo del gobierno y él se retiró a la región relativamente segura del Ducado de Prusia, donde vivió apartado hasta su muerte en Königsberg en 1640.

Brandeburgo sufrió mucho durante la guerra y su población fue diezmada. Tanto ejércitos protestantes como católicos atravesaron sin control aquellos territorios, que fueron quemados y saqueados por las tropas.

A este periodo de extensión territorial de Brandeburgo siguió otro de conformación de su poderío militar. El ascenso de Brandeburgo-Prusia comenzó durante el «reinado» de Federico Guillermo I (1640-1680), hijo de Jorge Guillermo. Hasta entonces no existía aún una Alemania en el sentido de una nación-estado unificada, ni siquiera existía todavía el reino de Prusia. Federico Guillermo gobernaba un principado de segundo orden localizado en los confines de Alemania, en una zona que los europeos consideraban la frontera de la civilización, por ello también se le llamó las tierras de la Marca. De ahí que Federico Guillermo fuera el «margrave» de Brandeburgo. Como su padre, también disfrutó del estatus de elector al ser uno de los siete príncipes imperiales que tenían el derecho a emitir voto para elegir al emperador del Sacro Imperio.

Federico Guillermo heredó unos territorios que se extendían a través del norte de Europa desde el Rin al río Niemen y cuya característica fundamental era la poca

unidad entre ellos excepto en la persona del elector. En el norte de la llanura germana, además de Brandeburgo estaban los pequeños pero lucrativos territorios de Cleves y Mark en el bajo Rin hacia el oeste, y también el Ducado de Prusia hacia el este. Esta provincia separada, que había pertenecido a la orden de los Caballeros Teutónicos, estaba destinada a jugar un papel clave en las fortunas de la casa de Federico Guillermo y a figurar de forma prominente en el mito de la Alemania nacionalista y militar.

Federico Guillermo fue un príncipe enérgico, en muchos aspectos típico de la era del absolutismo; a él y a su reinado se debieron muchos elementos de la posterior estructura política y social del reino de Prusia. Bien conectado a las principales corrientes del protestantismo político, su madre fue la hermana de Federico V del Palatinado, el «rey de invierno», y su tía María Leonor de Brandeburgo fue la esposa del rey sueco Gustavo Adolfo. Después de la muerte del rey en la batalla de Lutzen, Federico Guillermo, con apenas once años, acompañó el ataúd.

En 1634, el joven Federico Guillermo marchó a estudiar a la Universidad de Leiden en los Países Bajos. Allí se dejó seducir por el calvinismo y se familiarizó con los modernos sistemas de gobierno, administración y hacienda y, más importante aún, con la ciencia militar que la guerra había desarrollado en los Países Bajos. Su servicio en las campañas de Federico Enrique de Orange fue extremadamente útil al joven elector, donde aprendió no solo el ejercicio de las armas de fuego y las técnicas de mando, sino también el valor. No pudo haber tenido una formación militar mejor gracias a su entrenamiento en uno de los más combativos

ejércitos de la época.

Desde el punto de vista de la política interior, Federico Guillermo fue una figura típica de su tiempo: impuso nuevas contribuciones, intentó mantener leyes que favorecieran el comercio y la naciente industria doméstica. Uno de sus logros fue la construcción de un canal para unir los ríos Oder y el Spree.

La lección que Federico Guillermo aprendió de la Guerra de los Treinta Años fue la importancia de sostener un ejército, permanente y profesional, compuesto por soldados a tiempo completo procedentes de la conscripción o del voluntariado y que no se deshiciera tras las campañas o en tiempos de paz. Un ejército en armas era esencial para mantener el propio peso en los asuntos internacionales y era también un instrumento para intimidar a los estados del reino y a los nobles recalcitrantes. En realidad, el ejército jugó un papel central en la creación del Estado en el siglo XVII. La nueva tecnología de las armas de fuego, en particular la artillería, dio al monarca lo que a menudo se llamó el «monopolio de la violencia» dentro del Estado. Además, un ejército permanente en armas podía potencialmente ayudar a integrar los territorios separados de su estado, con soldados de la Prusia ducal empleados en la defensa de Cleves y viceversa.

El ejército de Federico Guillermo establecido en 1643-1644 comenzó como una aventura modesta. Su número apenas alcanzaba los 5.500 hombres, aunque incluía una unidad de élite de 500 mosqueteros que servía como cuerpo de guardia del elector. Poco a poco, esta fuerza fue creciendo considerablemente durante su reinado, y su prestigio en los

asuntos internacionales le facilitó ganancias concretas. Así cuando el Tratado de Westfalia le recompensó con la Pomerania del este, Federico Guillermo obtuvo con ello un nuevo territorio, que contribuyó con impuestos y soldados. El ejército de Brandeburgo-Prusia demostró con creces su profesionalidad en el campo de batalla y, por ello, los estados vecinos solicitaron sus fuerzas durante las sucesivas contiendas de finales del siglo XVII.

En definitiva, aquel escenario nuclear de la Guerra de los Treinta Años se configuró como un único teatro político. Pero los problemas en aquel ámbito se extendieron por toda Europa como una onda expansiva que llegó a todos los confines. Había muchas señales que mostraban esta realidad, como, por ejemplo, la vieja identificación entre Europa y la cristiandad, ya que, desde el reino del Gran Turco hasta las tierras altas de Escocia, desde Moscú hasta Portugal, todos eran cristianos, reformados o católicos, y también ortodoxos pero cristianos. La cultura europea era cristiana. La rebelión protestante había penetrado en gran parte de Europa, si bien era también cristiana. En esa confrontación entre cristianos, el desencadenamiento de la guerra debía mucho a cuestiones políticas y económicas y, sobre todo, al poder sobre territorios y pueblos. Dinastías, reinos y principados se identificaban con una de las dos posiciones o con una de sus variantes. Era frecuente que los gobernantes se decidieran a apoyar a los correligionarios más allá de las propias fronteras, pero también hubo casos en que un reino llegara aliarse con otro confesionalmente distinto por razones de estado.

En esa política exterior, los embajadores residentes, entre

ellos los nuncios apostólicos, desempeñaban una función decisiva, eran agentes y mensajeros que llevaban noticias a menudo muy extensas y llenas de detalles. Los mapas podían estar torpemente trazados, pero los generales españoles sabían demasiado bien qué caminos llevaban de Italia al este de Suiza, del Rin a los Países Bajos y el molesto impedimento que representaba en el camino el Palatinado calvinista.

Otro indicio de este único teatro eran las comunicaciones europeas. Los caminos no eran muchos, por lo general, simples huellas de coches y cabalgaduras que desaparecían con las primeras nieves. Gracias a ellos, las noticias corrían más o menos veloces y hacían posible vender en las ciudades opúsculos y hojas volantes. Comenzaban a publicarse las gacetas o semanarios en Francia y Alemania. La correspondencia entre Madrid y Viena tardaba nueve semanas y casi el doble entre París y Estocolmo.

Finalmente, otra huella de esta realidad procedía de las relaciones de parentesco de los príncipes y gobernantes. Una hermana del rey de Dinamarca era la esposa del rey de Inglaterra; un yerno del rey inglés era el elector del Palatinado, nieto de Guillermo de Orange. El rey de Polonia estaba casado con una princesa Habsburgo; el de Suecia, con una gran duquesa de Brandeburgo, cuya hermana había tenido que contentarse con un potentado de segunda categoría, situado en los confines de la cristiandad, el principado de Transilvania. El duque de Baviera era primo y cuñado del archiduque de Estiria, que luego se convirtió en rey de Bohemia y emperador alemán y posteriormente llegó a ser también su yerno. El rey de Francia, Luis XIII, estaba

casado con la hija de Felipe III de España, y el hijo de este, Felipe IV, con la hermana de Luis XIII, es decir, su cuñada.

Por todo ello, se puede concluir que Europa era un solo teatro político y que la política, la religión, las comunicaciones o el parentesco de las casas principescas conformaban una red que involucraba a toda Europa. En definitiva, en los primeros compases de la conflagración que acabó involucrando a las principales potencias de la Europa occidental, Europa se presentaba como un escenario donde confluían estrategias de todo tipo.

3. LA ONDA EXPANSIVA

La monarquía hispánica, sus territorios y líneas de actuación

Fue en 1618 cuando se impartieron las primeras clases de español en Alemania en una institución no universitaria. Años más tarde, en 1632, el hispanista francés Jean Chapelain subrayaba, como reacción a la publicación de la *Guerra di Fiandra* por el cardenal Guido Bentivoglio, que el dominio de la lengua española era imprescindible para el gobernante. Pero no solo se había hecho indispensable el uso del castellano, también se había incrementado la presencia de la literatura española en las bibliotecas de los aristócratas europeos. Esta notable afición se decantó, sobre todo, por los grandes autores como Cervantes, Lope o Calderón, sin olvidar obras de carácter religioso llevadas y traídas por viajeros, estudiantes, poetas, nobles, diplomáticos, traductores y editores. Quizá una de las más emblemáticas colecciones de literatura española fue la recopilada por las familias de los Eggenberg y los Schwarzenberg en el castillo de Cesk'y Krumlov en Bohemia del sur, formando parte de su biblioteca. Entre las obras teatrales españolas depositadas allí estaban la comedia de *Calisto y Melibea*, de Fernando de Rojas, algunas tragedias de Cristóbal de Virués, ocho tomos de las comedias de Lope de Vega —quizá la aportación más importante— y dos obras dramáticas de Calderón de la Barca.

La existencia de estas colecciones de literatura española en bibliotecas nobiliarias muestra el impacto de la creciente

circulación de textos impresos por Europa. Pero también y, sobre todo, confirma el hecho de que las diferencias en los usos del libro y prácticas de lectura entre tierras católicas y protestantes no fueron —como ha apuntado entre otros historiadores Sara T. Nalle— tan relevantes como se podría pensar. Por tanto, se trataba de obras que se leían tanto en la España como la Europa culta de aquella época, sin distinciones de credo.

Pero no solo se extendió entre los europeos un notable gusto por la literatura española, también se despertó un considerable interés por la propia España. Esta atracción se materializó en el gran número de viajeros, sobre todo franceses e ingleses, que visitaron la península ibérica en las primeras décadas del siglo xvii. Las procedencias eran muy variadas: Italia, Alemania, incluso más lejanas o menos habituales, como Bohemia o Polonia. Uno de estos viajeros fue precisamente el fundador de la biblioteca del castillo Cesk'ý Krumlov, Jan Oldrich de Eggenberg (1563-1634), cortesano de origen austriaco, quien durante sus viajes a España adquirió numerosos libros españoles que formaron la base de su colección. Siempre apuntaba dónde y cuándo había obtenido cada ejemplar y acompañaba su firma de una consigna (*Homines sumus*) o una cita que expresaba su juicio sobre tal libro.

Todo ello suponía un signo claro de que España seguía siendo una potencia de primer orden. La influencia de la monarquía española en Europa, en general, y en el Sacro Imperio Romano Germánico, en particular, seguía siendo considerable. Y es que en la pluralidad de estados en que Europa estaba dividida...

El rey de España seguía siendo considerado el más poderoso, como jefe de toda la Casa de Austria [...], el más distinguido representante de la contrarreforma católica [...] y el soberano de la más extensa superficie territorial que nunca un príncipe cristiano hubiese dominado.

Así también lo había expresado quince años antes, en 1602, el embajador veneciano Soranzo, quien señalaba que la clave de la grandeza de la monarquía española estaba en su dimensión europea:

La grandezza della Spagna sono senza dubbio li Stati che fuori di essa possiede quella Corona, li quali per nobilta, per grandezza, per comodita, per fertilita, per copia di gente, per quantita di forze e abbondanza di ricchezze prevalgono senza dubbio alla Spagna.

Sus dominios se extendían no solo a la totalidad de la península ibérica, sino también a los territorios del Rosellón, al norte de los Pirineos y al Franco Condado, todavía más septentrional, los cuales eran *como espadas dirigidas contra el corazón de Francia*, en palabras del marqués de Lozoya. Más al norte, sus posesiones alcanzaban el sur de los Países Bajos, cuyos límites variaban caprichosamente a tenor de la guerra. Hacia el este, se prolongaban también por Italia, concretamente por Milán y Nápoles y los reinos insulares de Cerdeña y Sicilia. Pero, además, sus territorios abarcaban tierras más allá del océano Atlántico, en el «nuevo mundo», y del océano Índico, en el Pacífico, en un novísimo y aún desconocido mundo. La extensión era tan impresionante que Cavazzi, al mencionar a Felipe III como rey de España, se apresuraba a añadir con admiración: «Rei tambien de Portugal e das suas dependencias, com inclusão portante das conquistas de Angola e da protecção do reino do Congo».

Entre todos estos territorios destacaban, por su gran significado para la monarquía española, los Países Bajos

españoles, situados al nordeste de Francia, y gobernados por los archiduques Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia como soberanos de aquellas tierras (1598-1621). Ciertamente, estos dominios, los más septentrionales de la monarquía española, suponían un sólido bloqueo a los inagotables afanes expansionistas franceses. Pero el cerco a tales pretensiones no se limitaba al norte, sino que se prolongaba hacia el sur con el ducado de Luxemburgo, que enlazaba directamente con el de Lorena y con el más meridional, el Franco Condado, todos ellos protegidos por el dispositivo militar español.

De este conjunto de territorios «barrera», que frenaba la expansión francesa, Alsacia y Lorena eran los ducados independientes de mayor importancia para el mantenimiento del poder y estrategia españolas. Muy especialmente, Lorena constituía un inmejorable aliado de España, pues permitía con facilidad el tránsito de los soldados de los tercios españoles en su camino de ida y vuelta a Flandes. Su pérdida podía obstruir los corredores militares españoles o, incluso, cerrar completamente estos trayectos vitales para España. Sin embargo, el mantenimiento de tan beneficioso aliado, como fue el duque Carlos IV de Lorena, resultó muy costoso a la corona española al encontrarse entre dos enemigos declarados de España, el reino de Francia y el Palatinado. Lorena, a pesar de los subsidios españoles y todo tipo de ayuda, no pudo sostener los constantes ataques y asedios que sufrió por parte de las tropas francesas. Aquel territorio, tan valorado por los planes expansionistas de la Francia de Richelieu, fue ocupado en 1635 y en 1641 por las tropas francesas

aprovechando las difíciles circunstancias por las que pasaba la autoridad del emperador. Carlos de Lorena intentó recuperar su estado desde el exilio, sirviendo en los ejércitos imperiales durante la Guerra de los Treinta Años. Después de la Paz de Westfalia, Francia adquirió la soberanía de la mayor parte de aquellos territorios, especialmente de Alsacia, al este de Lorena. Como las estipulaciones del Tratado de Westfalia sobre Alsacia y Lorena fueron confusas, esto determinó un alto grado de autonomía. Finalmente, para recuperar sus territorios, el duque de Lorena se vio obligado a un doble juego entre España y Francia, que acabaría de forma onerosa para él.

La monarquía española contaba también con aliados en Italia. Entre ellos destacaba el ducado de Saboya, cuya alianza pervivía a pesar de la muerte en 1597 de la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II, casada con el duque Carlos Manuel I de Saboya. El protagonismo del territorio de Saboya derivaba de su valiosa situación geoestratégica al pie de los Alpes y al norte de la república de Génova. Esta incomparable situación le permitía controlar los pasos alpinos y las comunicaciones entre los dominios españoles en Italia y el Franco Condado, desde donde se enlazaba con el ducado de Lorena y Flandes. A comienzos de la guerra, Saboya aún formaba parte de la órbita de Madrid, a pesar de que no faltaban motivos de roce tanto con Francia como con España.

Dentro de este cuerpo extraordinariamente extenso, existían también otros puntos geoestratégicos claves para la Monarquía, sin los cuales su política en Europa se hacía prácticamente imposible. Entre ellos destacaban al norte de

Italia Mantua y Monferrato, así como el valle de la Valtelina. Una ciudad de gran importancia para el sistema español fue Breisach, enclave estratégico fundamental del Imperio ya desde el siglo XVI. Su situación a orillas del Rin, entre las ciudades de Friburgo y Colmar, le había convertido en una llave que abría o cerraba el *camino español*, verdadero cordón umbilical de esta cadena de territorios y enclaves.

Algunos historiadores han visto en aquella inmensidad de territorios, demasiado vastos y numerosos bajo un solo cetro, las células cancerígenas de la decadencia de la monarquía hispánica, pues Castilla, corazón del Imperio, no podía dar vida a este cuerpo tan enorme. La monarquía española, sobreestimada y sobreestimándose a sí misma, era, sin embargo, pobre a pesar de todas las riquezas que arribaban en sus galeones. Y estas circunstancias eran conocidas en Europa. Sin embargo, aunque la producción propagandística holandesa contra España fue abundante desde el siglo XVI, las visiones negativas sobre la Monarquía española no aparecieron hasta la segunda mitad del siglo XVII. En las primeras décadas de la centuria, los visitantes destacaban de su grandeza. Una de esas voces positivas fue la del flamenco Jehan Lhermite, que viajó España y residió entre 1587 y 1602. Entre las páginas de sus *Pasatiempos* resalta claramente el esplendor de la corte, la opulencia de la nobleza, la magnificencia de El Escorial y su biblioteca, reflejando con ello la grandeza del Imperio.

La Pax Hispanica

Cuando en 1618 estalló la Guerra de los Treinta Años, España gozaba de un periodo de relativa paz desde 1609, año en el que el rey Felipe III había firmado la Tregua de los

Doce Años (1609-1621) con los «rebeldes» de las provincias holandesas. En realidad, aquella paz se había iniciado en 1598 con el tratado de Vervins y había continuado con el tratado de Londres en 1604.

El periodo de tranquilidad, que en Europa se conocería con el nombre de «Pax Hispanica», fue consecuencia de las ideas pacificadoras y de repliegue de Felipe III y el duque de Lerma, quienes se dispusieron a concluir los distintos conflictos en los que España estaba implicada. Desde entonces y hasta el inicio de la Guerra de los Treinta Años, la monarquía española siguió manteniendo su primacía político-militar mundial, pero no solo por la fuerza de las armas sino, sobre todo, por la ingente labor diplomática y de gobierno que desarrollaron algunas personalidades muy destacadas de la época.

Gracias a esta generación, el prestigio y la influencia internacional de España alcanzaron en aquel periodo su nivel más álgido, hasta el punto de que la cultura, la lengua —como se ha visto— o el estilo de vestir hispano se puso de moda en Europa. Este círculo, formado por hombres conocidos como los «procónsules» encarnó la oposición política a Lerma, al rechazar su estrategia de gobierno. Todos ellos consideraron que una actitud moderada y resignada minaba de alguna forma la reputación y prestigio de la Corona y, con ello, su seguridad.

Entre ellos, destacaron embajadores o virreyes en permanente contacto con la realidad exterior, a quienes unía la crítica a la Tregua de los Doce Años y a la falta de gobierno de la Monarquía. Los más sobresalientes fueron el marqués de Villafranca —gobernador de Milán a partir de

1615—; el duque de Osuna —virrey de Nápoles desde 1616—; el conde de Gondomar —embajador en Londres—; el conde de Oñate —embajador en Praga-Viena— y el marqués de Bedmar —en Venecia—. Estos procónsules eran defensores de una política activa de proyección y reputación. Fue precisamente el conde de Oñate quien gestionó la propuesta que se convertiría en el Tratado de Graz o de Oñate, según la cual Felipe III debía ceder amistosamente sus derechos en Centroeuropa al archiduque Fernando a cambio del control sobre Alsacia, que facilitaría mantener expedito el *camino español*. Su planteamiento consistía en abandonar cualquier aspiración o litigio en aquella parte de Europa, concretamente en Bohemia, para concentrarse en los problemas más cercanos. No era lo más prudente esgrimir antiguas leyes y aspiraciones sobre Bohemia ante el futuro emperador. Pero ello manifestaba que en la monarquía de España había hombres capaces, poseedores del claro conocimiento de aquellas tierras, nunca pisadas por Lerma.

A lo largo de 1617, esta generación combativa se mostró plenamente comprometida con el intervencionismo, dado que la moderación exterior permitida hasta entonces había creado y difundido la impresión de debilidad.

Fuera de España, la *Pax Hispanica* resultó ser un momento de calma al que siguió una gran tempestad. Existían fuerzas opuestas y contrarias en Europa que antes o después habrían de estallar. Entre ellas, y en primer lugar, la pujanza de una Francia que renacía tras las fatídicas guerras civiles religiosas. La corona francesa trataba de iniciar su liderazgo en Europa enfrentándose con cautela a la preponderancia indiscutible de la Casa de Habsburgo.

Asimismo, y en segundo lugar, los conflictos religiosos en Alemania podían estallar por el más mínimo pretexto; uno de los factores de mayor riesgo era la norma conocida como *reservatum ecclesiasticum*, que impedía a un príncipe eclesiástico la «protestantización» de su estado tras su conversión al luteranismo. El caso del arzobispo elector de Colonia Gebhard Truchsess supuso, como se ha visto, una grave amenaza de conflicto.

En este frágil contexto, anterior al estallido de la Guerra de los Treinta Años, España trató de mantener una serie de líneas programáticas de actuación en aquella Europa convulsa. Estos objetivos se dirigían en primer lugar a evitar en Europa y, sobre todo en el Imperio, una guerra de religión. Muy claramente lo explicó Felipe IV a su embajador en Viena, el marqués de Cadereita, para que con delicadeza y habilidad procurase sacar al emperador Fernando II del error de pretender la restitución de los bienes eclesiásticos:

Aunque no se puede negar que la resolución que el Emperador tiene de que absolutamente se ejecute la restitución de los bienes eclesiásticos, es digna de su piedad, no deja de ser disputable si conviene o no en la ocasión presente, siendo cierto que en esas provincias y en todas, la conversión de los príncipes es el medio que podría adelantar la religión, aunque fuese necesario cederles los bienes eclesiásticos. Y, al contrario, obligarles a que los restituyan, quedándose los príncipes en sus errores, aunque de suyo tiene piedad y justificación, obra contrarios efectos; pues podría ser que no se consiguiese en Alemania y que causase una guerra de religión, que sería tan larga y peligrosa como se deja considerar...

Aunque estas palabras de Felipe IV fueron escritas en 1631, la posición de España era bien clara en este punto desde el principio: había que evitar una guerra de religión en Alemania y, uniendo a todos los príncipes del Imperio, emplear las armas contra el enemigo exterior o infiel.

En segundo lugar, se debían estrechar las relaciones de amistad con la regente de Francia, María de Médicis, quien, tras el asesinato de su esposo el rey Enrique IV en 1610, abogaba por la celebración de los recíprocos matrimonios franco-españoles.

En tercer lugar, era preciso llegar a una paz estable con Inglaterra. Para ello el conde de Gondomar realizó un magnífico trabajo desde su embajada en Londres a partir de 1613. Gondomar logró, a través de su personal amistad con el rey de Inglaterra Jacobo I, evitar que el rey inglés interviniera en la Guerra de los Treinta Años en ayuda de su hija y su yerno Federico V del Palatinado; con ello evitó también los ataques ingleses al comercio atlántico ibérico. Cuando en 1624 Inglaterra declaró unilateralmente la guerra a España y al Imperio, Gondomar, retirado del servicio en 1622, fue sustituido en esa misión por el pintor y diplomático, Pedro Pablo Rubens, al servicio de Isabel Clara Eugenia en Bruselas. El 27 de marzo de 1625 murió Jacobo I y el nuevo rey Carlos I, desencantado con España, rompió la paz en la que tanto se había empeñado su padre y envió una escuadra contra Cádiz. El 10 de septiembre de 1628, Rubens, gran amigo de Buckingham, llegó a Madrid procedente de Flandes como intermediario para encauzar las negociaciones con Inglaterra. Desde Madrid partió hacia Londres como miembro del Consejo privado del rey Felipe IV. A pesar de las exigencias inglesas para que España devolviese el Palatinado, la eficaz intervención de Rubens logró que se firmara la paz.

En cuarto lugar, España deseaba la unión de todos los príncipes alemanes con el emperador y la alianza del Sacro

Imperio con España. Este último objetivo, quizá el más importante de todos, se debía a que, como escribió Domínguez Ortiz, «ningún monarca español, por muy amante que fuera de la paz, podía permitir el hundimiento de la rama austriaca de los Habsburgo, mucho menos si este desastre político se acompañaba del hundimiento del catolicismo en Europa Central». Esta fue la misión encomendada al diplomático don Diego Saavedra Fajardo.

Como base de su actuación, la corona española asumió la responsabilidad de la defensa de la fe católica. De ahí que solo estuviera dispuesta a dar y recibir apoyo de gobernantes católicos, al menos desde un punto de vista formal y como línea general a seguir en materia internacional. Pero, dado que su vecina más próxima no procedía con los mismos parámetros, España debió prevenirse frente a la actuación de Francia presidida por la razón de Estado como base de su política exterior. Precisamente sus relaciones internacionales se dirigieron a frenar el poder de los Habsburgo, aglutinando para ello a su alrededor a todos sus enemigos, ya fueran luteranos, calvinistas, musulmanes e, incluso, católicos, como fue el caso de Venecia o Saboya.

Junto a estos objetivos generales, basados en una política de prestigio y firmeza, la monarquía española defendió otras empresas necesarias para el desarrollo de su estrategia en Europa. En primer lugar, se propuso buscar la ayuda de los Habsburgo de Viena para su enconada guerra contra las Provincias Unidas y, en segundo lugar, luchó desesperadamente por mantener abiertos los corredores militares.

Además, después de la Tregua de los Doce Años, el peso de las motivaciones para la reanudación de la guerra había cambiado. Ni el compromiso de la cuestión religiosa ni el derecho de autodeterminación de los holandeses eran entonces las razones principales, sino «el predominio marítimo y colonial, que la pequeña república osaba disputar a España».

Tras la política pacifista del duque de Lerma en Europa y la suspensión de su proyecto de campaña contra el nido de piratas berberiscos en Argel, la Monarquía se vio enfrentada a la realidad del norte y centro de Europa. Dos personas alentaron esta intervención. Una de ellas fue la hermana de los emperadores Rodolfo y Matías, sor Margarita de la Cruz, abadesa de las Descalzas Reales de Madrid, y la otra, Baltasar de Zúñiga, cuya experiencia en aquellos escenarios hizo desviar los proyectos sobre Argel y sustituirlos por una decidida intervención en los asuntos de Bohemia.

Aquel vuelco en la política exterior fue consecuencia de un cambio determinante en la corte de Madrid, el ascenso de Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde de Olivares, a las estructuras más altas de la política de la Monarquía. En 1615, Olivares ya había logrado su incorporación a la corte como gentilhomme de la Cámara del príncipe Felipe y en 1618 había facilitado activamente la salida del duque de Lerma y sus colaboradores más cercanos, como Rodrigo Calderón, comenzando así su ascenso y consolidación. Para ello contó con un aliado de peso dentro de su propia familia, su tío Baltasar de Zúñiga.

La llegada de Baltasar de Zúñiga a la corte de España en 1617 y su incorporación al Consejo de Estado representó el

inicio de una nueva era en la política exterior de la Corona. Zúñiga pertenecía al grupo de «procónsules» y pronto destacó como experto en el funcionamiento del sistema de poder a través de instituciones como los consejos y las embajadas y de las variadas redes de influencia que recorrían toda Europa. Su crédito y autoridad se habían labrado a través de su buen hacer como diplomático, en sus misiones de embajador de España en la corte de los archiduques Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia en Bruselas (1599-1603), en París (1603-1606) y, sobre todo, en la corte imperial de Praga (1608-1617) con los emperadores Rodolfo II y Matías. Después de casi dos décadas de servicio, la labor diplomática de Zúñiga le había otorgado grandes conocimientos de Europa, sobre todo del Sacro Imperio Romano Germánico, y gran familiaridad con las sutiles relaciones establecidas entre las dos ramas de la Casa de Austria. Su experiencia diplomática le había convencido de la necesidad de preservar los territorios del emperador tanto del avance de la herejía como de la subversión en sus posesiones hereditarias. Asimismo, había comprendido que solo con su ayuda se podían asegurar los territorios españoles en Italia y los Países Bajos. Tales capacidades y experiencias eran muy necesarias en España y, por ello, muy solicitadas por la corte de Madrid. Gracias a esas cualidades, Zúñiga pudo abogar con todas sus energías a favor de una cooperación más estrecha con Viena, desviando el interés de los consejeros y del monarca de los asuntos del Mediterráneo hacia los del centro de Europa.

A su significativo prestigio de diplomático añadió el de consejero, que fue adquiriendo en gran parte gracias a su

creciente intervención en la política debido a un rey poco activo y a la habitual ausencia de Lerma en las reuniones. Consecuencia de esta inactividad del rey y su ministro, todos los consejos habían asumido mayores competencias y obtenido mayor control sobre ellas, lo cual favoreció el acrecentamiento de la influencia y autoridad de cada uno de estos consejos. Muy especialmente, el Consejo de Estado alcanzó mayor relevancia durante el reinado de Felipe III debido sobre todo a la gran notoriedad de sus miembros. A la realidad del prestigio de los consejos y sus miembros se oponía un obstáculo infranqueable: un sistema de gobierno de exasperante lentitud en la toma de decisiones como consecuencia de la dependencia del monarca. Los viajes peninsulares del rey, favorecidos por Lerma, provocaban que las disposiciones de gobierno adoptadas desde Madrid se retrasaran constantemente.

Además de consejero de Estado, Zúñiga llegó a ser presidente del Consejo de Italia y, finalmente, privado de Felipe IV. Sin embargo, fue su sobrino el conde-duque de Olivares quien se convirtió en el protagonista de la nueva política emprendida en la década de 1620. Aquello supuso un giro crucial para la historia de la monarquía española, que, aceptando el reto de la Guerra de los Treinta Años y de la guerra de Flandes a un mismo tiempo, desarrolló una gran ofensiva para conservar su hegemonía sobre Europa. Desde su regreso a España, Zúñiga fue el más ferviente defensor de la participación en la Guerra de los Treinta Años, con lo que sancionó una política exterior basada en la alianza dinástica de los Habsburgo. Sin embargo, no se trató de un gran plan basado en la guerra, sino en un complejo juego de

equilibrios de fuerzas apoyado en la diplomacia. Zúñiga y los demás consejeros convenían en que el único frente militar al que no se podía renunciar era el de los Países Bajos; para el resto de Europa, estos hombres de estado preconizaban un orden de paz y equilibrio garantizado por la tutela española. Pero la paz se volvió precaria, sobre todo desde que en 1624 el rey francés, Luis XIII, nombró primer ministro al cardenal Richelieu, el cual descubrió acertadamente que el verdadero problema de Francia no eran los hugonotes sino los Habsburgo. La Casa de Austria fue considerada por el ministro como la principal amenaza que confinaba a Francia por todas sus fronteras aislándola del resto de Europa. En aquella coyuntura, la línea del Rin era todavía inalcanzable para Francia y cualquier pretensión de influir o expandirse por los territorios germánicos era una quimera. Y lo sería mientras existiera aquel dique de dominios y señoríos al este de Francia, por donde los ejércitos de España iban y venían a tenor de sus necesidades camino de Milán o de Bruselas. Por el sur las posibilidades para Francia eran nulas, debido a los Pirineos y al Rosellón español, amenazando el sur de Francia y las comunicaciones con Italia. A excepción de los puertos de mar, el cerco era completo, hasta el punto de que algunos llegaban a afirmar que el auténtico corazón del imperio español era Francia.

Aquella decisión del gobierno de España de intervenir en Europa se sustentaba, desde mucho tiempo atrás, en la consideración de que las dos ramas de la Casa de Austria debían hacer en todo lo posible una política común. Había para ello claras razones dinásticas, también políticas (los enemigos Francia y el turco) y, cómo no, religiosas. La

defensa del catolicismo era obligación fundamental de la «Augustísima Casa de Habsburgo». Sin embargo, a pesar de todas estas razones, a partir de la década de 1630, y dado el proceso de los acontecimientos, en España muchas voces consideraban que esta unión proporcionaba más inconvenientes que ventajas, pues «el Imperio está que ni puede levantar gente, ni sustentalla, ni, con la que tiene, hacer la guerra».

En la toma de decisiones para la ayuda y sostenimiento del Imperio resultó crucial la labor de don Íñigo Vélez de Guevara y Tasis, V conde de Oñate, embajador de Felipe III ante el emperador. Sucesor de Zúñiga, Oñate abogaba por una rápida y decidida intervención. Él mismo había pedido que las unidades movilizadas contra Venecia, y que permanecían en Friuli, acudieran a Viena, pero remarcando siempre que el conflicto de Bohemia debía entenderse en clave de política constitucional, de rebelión de unos vasallos hacia su señor y no como un episodio confesional. De ahí que en un principio se decantase por no involucrar a la Liga Católica y aproximarse a los protestantes moderados. Se ha culpabilizado con frecuencia a Oñate de la improcedente intervención de España, porque además, de ajena al Imperio, su implicación supuso la reconquista católica a sangre y fuego. Esta visión extendida entre algunos historiadores no se corresponde con la del embajador, quien consideraba la perentoria necesidad de apoyar a Fernando a recuperar el trono de Bohemia, sobre todo después de que el Palatinado, viejo aliado de las Provincias Unidas, hubiera mostrado su interés.

Así pues, cuando la noticia de la defenestración de Praga

llegó a Madrid, en julio de 1618, los miembros del Consejo de Estado asumieron sin vacilar las tesis de Zúñiga y decidieron preparar el terreno para una posible intervención directa, ganando primero las voluntades mediante la concesión de socorros y asistencia y el envío de algunas tropas.

A mediados de julio de 1619, Felipe III ya había tomado la decisión de intervenir en Alemania, acudiendo en ayuda de sus primos los Habsburgo de Viena. La decisión fue clara:

Al rey de Hungría se puede escribir y decir la resolución que VM ha tomado de asistíros y ayudar al Emperador como la ocasión lo pide y el mismo Rey por su carta, pidiéndole muy encarecidamente asista personalmente al Emperador sin faltar un punto de su lado, pues lo requiere el Estado presente de la Casa de Austria y el beneficio público de nuestra Santa Religión Católica... Que el Rey no falte de la corte Imperial mientras durasen los alborotos presentes y vea si sin dar celos podría encaminar que el Archiduque Leopoldo asistiese a las armas.

En 1618 ya se había aprobado la asignación al emperador de un subsidio de 200.000 ducados. Más tarde se incrementó esta ayuda con otros 500.000. En 1619 la subvención ascendió a 3.400.000 ducados, abandonándose definitivamente el proyecto del duque de Lerma de enviar una expedición naval contra Argel. A todos estos auxilios remitidos al Imperio a lo largo de 1618 y 1619, se sumaría en mayo de este último año el envío de fuerzas experimentadas, incluidos 7.000 veteranos del ejército de Flandes, que atravesaron el Imperio para reunirse con las tropas imperiales destinadas a sofocar la revuelta de Bohemia. En marzo de 1621, a finales del reinado de Felipe III, unos 40.000 soldados españoles luchaban junto a los Habsburgo austríacos.

En los motivos de su intervención y de ayuda al archiduque Fernando se incluían no solo los lazos familiares y la afinidad de ideas políticas y religiosas, como sustentadores del amenazado catolicismo, también se basaban en argumentos de carácter estratégico. Quizá el más importante era el que trataba de garantizar la integridad y viabilidad de los corredores militares que unían la base española de Milán con Bruselas y Viena, es decir, mantener abiertas las vías que comunicaban las distintas y distantes posesiones de los Habsburgo. También era determinante evitar la caída de Bohemia en manos protestantes, teniendo en cuenta que si aquella corona pasaba a Federico del Palatinado, los electores protestantes serían mayoría en el Colegio Electoral de Alemania y tal circunstancia impediría que la dignidad imperial siguiera pasando generación tras generación a los miembros de la familia Habsburgo.

Asimismo, para el rey de España era sumamente importante quién de los Habsburgo podía llegar a ser emperador, pues, como poseedor de algunos territorios estratégicos dentro del Imperio, era vasallo nominal de este. Si el archiduque Fernando de Estiria obtenía la Corona imperial, España —por el Tratado de Graz— podía llegar a tomar posesión de Alsacia, territorio clave en el corredor militar entre Milán y los Países Bajos. En definitiva, la intervención española se aprobó teniendo en cuenta la necesidad de mantener el gran sistema imperial hispánico instaurado por Felipe II, que podría verse comprometido por el deterioro de la posición de los Habsburgo austriacos, cuyas consecuencias podían ser imprevisibles para las posesiones españolas en Europa.

La firme posición de España, plenamente apoyada por los archiduques en Bruselas, propició en buena medida, aunque no completamente, uno de los objetivos de la monarquía española: inducir a los príncipes católicos alemanes a superar sus diferencias y unirse al emperador y, al mismo tiempo, reactivar la Liga bajo la única dirección de Maximiliano de Baviera.

Las perturbaciones de la Pax Hispanica

En el norte de Italia: Mantua, Saboya y la guerra del Monferrato (1613)

Dentro de la estrategia global de pacificación de la Pax Hispanica, se incluía la denominada política de *quietud de Italia*, diseñada y promovida por el duque de Lerma. Esa *quietud*, que proponía la conservación de la hegemonía española en Italia y de sus frágiles equilibrios políticos, sufrió un duro revés debido al problema del Monferrato. En 1613, pocos años antes del estallido de la Guerra de los Treinta Años, un foco de agitación detonó en el norte de Italia, iniciándose una crisis en torno a la llamada «cuestión del Monferrato».

Cuando el 22 de septiembre de 1612 murió el joven duque Francisco II de Mantua con apenas veintiséis años, sus dominios incluían el marquesado del Monferrato, un territorio minúsculo que poseía gran valor estratégico por ser la puerta de la Lombardía española. Su única hija de apenas tres años, María, no podía gobernar en el ducado de Mantua porque allí, al contrario que en Monferrato, regía la ley sálica. Debido a ello, los dos hermanos de Francisco, ambos cardenales, aspiraron a la sucesión del ducado de Mantua. El mayor, el cardenal Fernando Gonzaga (1587-

1626), fue llamado a la sucesión, aunque tuvo que abandonar el capelo cardenalicio y contraer matrimonio para la conservación del ducado y perpetuación de la línea familiar.

Fue entonces cuando el duque de Saboya comenzó a activar la agitación, a pesar de ser aliado de la Casa de Austria desde el siglo xvi. Como en el Monferrato no regía la ley sálica, Carlos Manuel de Saboya se dispuso a reclamar los derechos legítimos de su nieta María. El cardenal Fernando solicitó el amparo tanto del emperador, soberano titular de Mantua y Monferrato, como de España, reconocido árbitro de Italia. Los objetivos de los Habsburgo de Madrid y Viena eran claramente incorporar ambos territorios a la Casa de Austria, ya que, a la muerte de los hermanos del difunto duque, era previsible la desaparición de la familia Gonzaga.

La disputa estalló cuando Carlos Manuel de Saboya decidió ocuparlo militarmente en abril de 1613 y se declaró, además, «Liberador de Italia», convocando a los otros príncipes de la península para acabar juntos con el «yugo» español. Evidentemente Carlos Manuel perseguía el engrandecimiento de su ducado a costa de aquellos territorios que alguna vez habían formado parte de él: Saluzzo, Ginebra, Monferrato. Tras diversos intentos fallidos de solución negociada, el prestigio de la monarquía española exigía poner al duque de Saboya en su sitio mediante una demostración de fuerza.

Fue el gobernador de Milán, Juan de Mendoza, marqués de Hinojosa, el más cercano a la zona de conflicto, quien a mediados de 1614 inició una serie de acciones militares que concluyeron precipitadamente un año después con la Paz de

Asti, el 21 de junio de 1615. La ausencia de una respuesta militar contundente por parte de Hinojosa suscitó duras críticas en las sucesivas sesiones del Consejo de Estado. Además, los artículos del tratado fueron considerados deshonorosos para la monarquía española y con ello se redoblaron los ataques hacia el gobernador de Milán. Así expresó el descontento Matías de Novoa:

En los capítulos pasados dejamos al Marqués do la Hinojosa concluida la paz de Aste, en lo aparente verdadera y en lo interior fingida; mal satisfecho el Rey católico; los Ministros de Estado y Guerra con poco gusto del suceso pasado; en opiniones el decoro y reputacion española.

La firma de aquella Paz de Asti motivó la sustitución de Hinojosa por don Pedro de Toledo, V marqués de Villafranca, que, aunque contrario al pacifismo de Lerma, resultaba necesario para recobrar la reputación perdida. Era Villafranca, en palabras de Novoa, «soldado antiguo y militar en ambas materias de mar y tierra, si bien más versado en las de mar, caballero de gobierno, de valor, atento á sus obligaciones y al salir bien dellas, de proceder inculpable».

Al mismo tiempo, Hinojosa fue despojado de su oficio de capitán general y se procedió a la apertura de un proceso que esclareciese lo ocurrido. En realidad, la débil actuación de Hinojosa había suscitado los recelos de la nueva generación de hombres de estado que rechazaba la política de Felipe III y el duque de Lerma. Por ello, consideraban muy necesario reducir a cualquier príncipe italiano que osara desafiar al monarca más poderoso del mundo. Y este era claramente el caso de Carlos Manuel de Saboya, hijo de uno de los héroes de la batalla de San Quintín, casado, como se ha visto, con la infanta Catalina Micaela, y cuyos hijos,

como Filiberto de Saboya, se habían educado en España. Un gobernante tan unido a España había desafiado a su benefactor.

Era necesario restablecer el equilibrio perdido en el norte de Italia. El proceder de Saboya cerraba para España los pasos occidentales de los Alpes, complicando enormemente la ruta entre Milán y Bruselas, y además dejaba estos mismos pasos alpinos abiertos para los ejércitos franceses, que así se veían con posibilidad de intervenir en Italia.

El osado duque de Saboya, alentado por la promesa de apoyo de la República de Venecia, se lanzó a la ofensiva. Contaba, además, con su ejército reforzado por 4.000 protestantes alemanes, reclutados por el conde de Mansfeld con el consentimiento de los líderes de la Unión, y por unos 10.000 voluntarios franceses al mando del mariscal Lesdiguières. La corte de París trató de este modo de atraerle a su lado con un doble beneficio para sus intereses.

La derrota de Carlos Manuel de Saboya frente al nuevo gobernador español en Lombardía, el enérgico y combativo Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, fue determinante. Villafranca dirigió eficaz y victoriosamente la campaña militar. Los tercios invadieron completamente el ducado de Saboya y derrotaron a las tropas de Turín primero en Asti y luego en Apertola. Asimismo, lograron la conquista de Vercelli, a finales de julio de 1617, de Salerio y Felizzano, y acorralaron a Carlos Manuel contra los Alpes. La Paz de Pavía en octubre de 1617 puso fin a la campaña y el Monferrato retornó a los duques legítimos de Mantua, en este caso a Fernando de Gonzaga, el hermano del difunto duque. Sin embargo, a pesar de su aplastante derrota, el

duque de Saboya, de gran habilidad e inteligencia política, logró afirmar su prestigio entre los príncipes independentistas italianos por haber resistido al poder de la monarquía española sin haber sido destruido del todo.

Los holandeses, limitados por la Tregua de Amberes, no llegaron a intervenir en apoyo del duque de Saboya. Fue una suerte, pues el Consejo de Estado español estaba plenamente decidido a reiniciar la guerra contra las Provincias Unidas si tal hecho sucediese. La paz se había salvado por un tiempo.

En 1626, tras la muerte de Fernando Gonzaga, sin hijos, le sucedió su hermano pequeño Vicente II, el cual murió al año siguiente también sin descendencia. Aquellas defunciones plantearon la reanudación del conflicto.

En las fronteras del Imperio: la guerra del Friuli, de Gradisca o de los uscoques (1615-1617)

Donde sí acudieron los holandeses fue en ayuda de Venecia, que desde finales de 1615 se hallaba en guerra con el archiduque Fernando de Estiria. La causa de aquel enfrentamiento se encontraba en los actos de piratería de los refugiados balcánicos cristianos de la costa de Dalmacia — los uscoques— patrocinados por los Habsburgo.

Se trataba de una población que, originaria de los territorios limítrofes con el Imperio otomano, en la costa oriental del mar Adriático, se había coformado como tropas de frontera al servicio del archiduque de Austria para proteger sus dominios de las incursiones turcas. Hasta 1547, los uscoques se dedicaban a atacar flotas otomanas bajo el dominio de corso, pero cuando Fernando y el sultán firmaron un acuerdo para el cese de hostilidades, debieron

buscar otra forma de vida. Entonces, y puesto que las ayudas prometidas por parte de Austria nunca llegaron, volvieron a dedicarse a la piratería. Su centro neurálgico fue el puerto de Senj, excelente base desde donde hacer incursiones a otros puertos y barcos, especialmente venecianos, del mar Adriático. Fue precisamente esta piratería contra Venecia la que desató el conflicto en el que los holandeses ayudaron a Venecia y España se alió con el archiduque.

Los preparativos de Venecia no se hicieron esperar. Su estrategia consistió en lograr disminuir las fuerzas españolas. Con ese objetivo, logró comprometer al ejército español de Milán en el conflicto de Monferrato cuando Carlos Manuel invadió en 1616 aquel pequeño territorio. Al mismo tiempo, las tropas venecianas consiguieron 4.000 soldados holandeses, junto con algunos voluntarios ingleses, que desembarcaron en la República italiana dispuestos a colaborar en su enfrentamiento contra Fernando de Estiria.

En este amargo conflicto, caracterizado por redadas, asedios, batallas y golpes en lugar de batallas campales, los comandantes generales de los ejércitos enfrentados, Pompeo Giustiniani al servicio de Venecia y Adam von Trautmannsdorf al servicio del archiduque Fernando, encontraron una muerte gloriosa en el campo de batalla, el primero en 1616 y el segundo en 1617.

Pompeo Giustiniani (1569-1616), apodado *Brazo de hierro* por los venecianos, fue un ejemplo de oficial «desertor», que, siendo maestro de campo al servicio de la monarquía española en Flandes, y más concretamente brazo derecho de Ambrosio Spinola, decidió mudar de «señor a quien servir» y pasó a los venecianos, quienes le ofrecieron mucho dinero

y la dirección de las tropas. Hijo y padre de soldados, Pompeo nació en Ajaccio en 1569 en una de las familias genovesas más ilustres de ascendencia militar. En 1587, el joven Giustiniani llegó a Flandes sirviendo al duque Alejandro Farnesio, que le nombró capitán de 500 soldados de a caballo. En estas mismas tropas se integró años después otro genovés, Federico Spinola. Como consecuencia de este encuentro, Pompeo se unió al proyecto que en 1601 Federico y su hermano mayor Ambrosio estaban preparando para invadir Inglaterra. Diferentes acontecimientos impidieron llevar a cabo el proyecto acordado entre Federico Spinola y Felipe II, por lo que Ambrosio aceptó en 1603 el encargo del archiduque Alberto de finalizar el sitio de Ostende iniciado dos años antes. Fue entonces cuando a Giustiniani se le concedió el gobierno del tercio de Ambrosio, destacando en las Jornadas de Frisia (1605 y 1606) contra las tropas de Mauricio de Nassau no solo como militar, sino también como la persona más próxima y de mayor confianza del marqués Spinola. Su conocimiento de primera mano de los acontecimientos políticos y militares del momento le llevaron a escribir el libro *Delle guerre di Fiandra*, que se publicó por primera vez en Amberes en 1609. De su veteranía y amplio prestigio en el ejército español de Flandes da muestra el hecho de su nombramiento por parte de Felipe III como miembro del Consejo de Guerra en 1611.

Sin embargo, la Tregua de los Doce Años había cambiado el panorama militar europeo; Flandes, que había sido durante décadas escuela de los más destacados militares, era, en los años inmediatamente posteriores a la tregua, un espacio de muy escasa actividad, reducido a un proceso

parcial de desmilitarización. El periodo de la *Pax Hispanica* produjo una paralización importante en las carreras de los numerosos militares que prestaban servicio a la corona española. Este proceso —iniciado en 1600 y acentuado a partir de 1610— produjo una intensa incertidumbre entre los soldados por falta de perspectivas de futuro.

En este contexto, a finales de 1613, Pompeo Giustiniani, maestro de campo del único tercio de italianos que permanecía en Bruselas, abandonó el ejército de Flandes atraído por la succulenta oferta de Venecia: la dirección de las tropas venecianas acompañada de importantes ingresos. Ante dichas circunstancias, Ambrosio Spinola se vio obligado a dar la noticia de la defección de Giustiniani al rey Felipe III:

Confieso que doy cuenta con extremo sentimiento mío de que un hombre que truje conmigo de Italia y, que he abonado tanto, haga ahora una tal acción de dejar el servicio de Vuestra Majestad... para ir a servir a venecianos y que se sabe cuan mal afectos han sido siempre a la real casa de Vuestra Majestad; en fin muchos días ha que venecianos le ofrecieron partidos y yo procure de mostrarle cuan mal le estaba tal mudanza y salió ahora con pedir licencia dando a entender que se quería ir a su casa [...] el archiduque Alberto no le dio licencia [...] por lo que será un maestro de campo que se ha ido del servicio de su príncipe sin licencia.

Para Spinola la mudanza de Giustiniani fue una ofensa personal, puesto que en cierta medida los cargos militares y la confianza depositada en él por el archiduque Alberto y Felipe III se debieron a su influencia y apoyo. Pero también constituyó un serio agravio para la corona española, pues la república de Venecia había intervenido en todos los conflictos apoyando a los enemigos de los Habsburgo: los rebeldes holandeses y al ducado de Saboya. Por ello, su partida fue juzgada como una injuria y su persona pasó a ser

considerada como desertor del ejército español.

Por si fuera poco, Giustiniani no marchó en solitario a Venecia. El afamado maestro de campo ofreció a la República «24 capitanes pláticos y de fiar» procedentes del ejército español en Flandes y un soldado genovés de gran prestigio: Octavio Mari. Con esta intensa actividad de captación, los diplomáticos venecianos lograban un doble objetivo: desequilibrar los ejércitos de los Austrias y hacerse con los servicios de militares experimentados. Aunque tales «negocios» tuvieron poco éxito entre los oficiales de alto rango del ejército español, la «compra» de soldados por parte de la República fue mucho más habitual en el ejército imperial.

En marzo de 1614, a su llegada a Venecia, Giustiniani junto a sus hijos y cuatro militares corsos, fue recibido por el dux Antonio Memmo. El generalísimo le nombró primero gobernador general de las tropas establecidas en Candía, en la isla de Creta, y poco después maestro de campo general de todas las tropas venecianas.

El ejército de Giustiniani estaba compuesto de fuerzas venecianas, de contingentes procedentes de los príncipes protestantes, asimismo de tropas auxiliares ofrecidas por los holandeses, concretamente 4.000 soldados reclutados por Ernesto de Nassau dirigidos por mar a la República. Frente a este ejército se alzaron las fuerzas imperiales al mando de Adam von Trautmannsdorf, (1579-1617), un veterano en la lucha contra la rebelión protestante de Stephen Bocskay en Hungría, cuya llegada a Gorizia el 27 de diciembre de 1615 cambió el rumbo de la guerra.

De 1615 a 1617 el ejército de la República de Venecia y el

del archiduque Fernando de Austria se enfrentaron en el territorio del Friuli —situado entre Venecia y Eslovenia— en Val Canale, llegando en la lucha a Monfalcone, en el Adriático, y también a Istria y Dalmacia. A los objetivos estratégicos de Venecia, consistentes en mantener el dominio en el golfo del Adriático, se oponía Austria al luchar por la conservación de sus territorios costeros. En 1615, el recrudecimiento del conflicto con los piratas uscoques en el Adriático, especialmente después del cruel asesinato de Cristofó Venier, capitán de barco veneciano, la República decidió reanudar la lucha en el Friuli contra el archiduque, tradicional aliado de los uscoques. El conflicto se ha denominado también la guerra de Gradisca, debido a que el enfrentamiento militar se produjo en torno a esta localidad situada en Istria. Estos dos años fueron vistos en Europa como una mera excusa veneciana para enfrentarse a los Habsburgo en una contienda no declarada abiertamente, inconclusa y muy costosa.

Las características del conflicto fueron muy similares a las de los Países Bajos, puesto que se trató también de una guerra de sitios. El primer avance del ejército véneto consistió en cercar la ciudad de Gradisca, en la que Pompeo Giustiniani, fiel a su forma de trabajar, se situó a la vanguardia para conocer la disposición del terreno y cubrir cualquier eventualidad, algo que había hecho de forma habitual en Ostende y Frisia.

Precisamente en Gradisca los ingenieros militares imperiales habían reconstruido las fortificaciones hasta el punto de resultar extraordinariamente eficaces para repeler cualquier agresión por férrea y tenaz que fuera. A pesar de

ello, Giustiniani llegó a expresar ante el Senado veneciano una afirmación realmente osada: que él podría tomar Gradisca en tres meses. Sin embargo, el sitio de Gradisca fue abandonado pocos meses después en la víspera de la Pascua de 1616. Para superar el *impasse*, Giustiniani había pasado al contraataque, recuperando posiciones estratégicas en las colinas entre Gorizia y Gradisca: el fuerte de Lucinico, el castillo de Vipolže, hoy en Eslovenia, y el fuerte de Farra, en el monte Fortin, donde él personalmente dirigió el asedio. El 10 de octubre de 1616, en un reconocimiento del terreno, Pompeo Giustiniani fue herido en la espalda por un disparo y trasladado al campo de Lucinico, donde murió al día siguiente. Aquella fue una pérdida lamentada incluso por el archiduque Fernando. Por su parte, Adam von Trautmannsdorf, que había establecido su cuartel general en Rubia, cayó bajo una bala mientras visitaba el campamento el 7 de junio de 1617.

En general para los venecianos, se trató de un conflicto destinado a complicar las actividades del ejército de Fernando en Bohemia más que de una contienda en la que se pusiesen todos los recursos en juego. O al menos así se entendió en Europa por las noticias del embajador español en Viena, quien al describir aquel enfrentamiento refirió que por ambas partes «se hacía la guerra muy flojamente».

El conflicto se extendió también al mar Adriático, donde una flotilla formada por doce barcos holandeses y diez ingleses trató de impedir que la fuerza naval española de Nápoles pudiera auxiliar al archiduque. La escuadra estaba financiada por el propio Pedro Téllez de Girón, III duque de Osuna, primer virrey de Sicilia y después de Nápoles.

Gracias a ella, se había dedicado a la guerra de corso — incluso atacando Túnez, nido de piratas berberiscos— con notables éxitos. El socorro de Osuna llegó a su destino desafiando a Venecia por el dominio del Adriático y logrando magníficas presas sin precipitar una ruptura con España.

La guerra terminó en 1617 con graves daños a la población y a los territorios implicados. Fue una contienda sin ganadores ni cambios territoriales, aunque las negociaciones para definir la frontera al norte de Venecia continuaron durante más de un siglo. La paz se firmó en Madrid el 26 de septiembre de 1617. Austria se comprometió a deportar a los uscoques y a costear una guarnición que mantuviera vigilado el puerto de Senj. Por su parte, Venecia garantizó los derechos territoriales, comerciales y marítimos austriacos en el Adriático.

La conjuración de Venecia, 1618

Nuevamente se había evitado por muy poco un conflicto general en Europa, aunque para España la tensión en el norte de Italia tuvo todavía un oscuro apéndice, una confusa intriga diplomática en 1618, conocida como la «conjuración de Venecia». Todo comenzó con una estampa inaudita. A mediados de mayo de 1618, los canales de Venecia se encontraron llenos de cadáveres y unos extranjeros muertos colgados por el pie delante del palacio ducal. El 18 de mayo, el Consejo de los Diez ordenó ahorcar a tres franceses: Nicolás Renault y los hermanos Dubouleaux. Asimismo, dos capitanes corsarios de la Serenísima República de Venecia, Jacques-Pierre y Langlade, fueron ejecutados en alta mar. Los mercenarios huyeron de la ciudad. Al día siguiente, el 19

de mayo, una turba exaltada recorrió las calles de la ciudad de Venecia, exasperada contra todos los españoles que encontraba a su paso. Su objetivo era rodear y asaltar la sede de la embajada de España, donde residía Alfonso de la Cueva y Benavides (1572-1655), I marqués de Bedmar, embajador de Felipe III en Venecia. Un mes más tarde, el 20 de junio, el Consejo de los Diez instigó al pueblo para que prendiera fuego a dos muñecos o monigotes que representaban a las autoridades españolas, concretamente a Osuna y a su secretario Francisco de Quevedo.

El enigmático episodio ha sido interpretado de muchas maneras. Por un lado, la justificación veneciana, e italiana en general, ha puesto el acento en la maquinación del duque de Osuna, quien, molesto por la firma de la Paz de Madrid y ante la continua oposición de Venecia, diseñó una conspiración para debilitarla y hacerse con su control. Según esta versión, Osuna, a quien se apodaba «Miedo del mundo», aprovechó la densa red de espías que Bedmar llevaba organizando en la ciudad desde su nombramiento en 1607 y, con la ayuda del marqués de Villafranca, embajador del Milanesado, urdió un complot que debía provocar una situación de caos e inestabilidad que favoreciera la intervención de la escuadra española que aguardaba en el Adriático. Para ello contrataron a varios corsarios franceses y holandeses que combatían al servicio de Venecia, algunos de ellos hugonotes, con el objetivo de ocupar los centros neurálgicos de la República, volar el poderoso arsenal y destituir —o asesinar, según versiones— al Dux para imponer un gobierno favorable a España. Los mercenarios debían, asimismo, sobornar a los compatriotas contratados

para luchar en las galeras venecianas mientras Bedmar se aseguraba la neutralidad de Francia y Gran Bretaña.

Los sucesivos retrasos que sufrió el plan desde el invierno de 1617 ocasionaron que terminara descubriéndose el 9 de abril de 1618 por la traición de uno de los conjurados. A partir del día 19 se desató una oleada de detenciones, muchas de las cuales acabaron con la ejecución de los implicados, varios de ellos de forma sumarísima, sin juicio previo, mientras otros morían asesinados en medio de los tumultos que se organizaron como protesta.

Desde el principio, tanto Bedmar como Osuna y su agente, espía o secretario, Francisco de Quevedo, negaron toda participación y responsabilidad en el asunto, y el propio Quevedo, en *Lince de Italia*, dirigido a Felipe IV en 1619, acusaba a Venecia de «chisme del mundo y azogue de príncipes» y de haber hecho un montaje para librarse de sus cercanos e irreconciliables enemigos. La leyenda cuenta que el célebre escritor se salvó del linchamiento huyendo de noche disfrazado de mendigo y esquivando a sus perseguidores gracias a su dominio del dialecto veneciano.

Hoy se tiene como cierto que la llamada *Congiura di Bedmar*, como así la llamaron en Italia, se debió a un montaje de los venecianos —que tenían larga tradición en este tipo de acciones— y concretamente a los senadores de la República de Venecia. Aprovechando el descontento por el atraso de sus pagas de un gran número de mercenarios holandeses y franceses, llegados al calor de la reciente guerra de Gradisca, orchestaron una campaña de incriminación del embajador español en Venecia, el marqués de Bedmar, y del virrey de Nápoles, el duque de Osuna,

como presuntos organizadores de un complot para derrocar a la República. Tanto Osuna como Bedmar eran claramente enemigos irreconciliables de Venecia y partidarios de una acción más contundente de España en Italia y, por lo tanto, contrarios al pacifismo de la corte madrileña.

Bajo su visión, la República «siempre ha tratado de dañar y debilitar el buen nombre de España», por lo que se habían labrado la hostilidad y animadversión de las autoridades venecianas, que consideraban imprescindible la salida de ambos del ámbito italiano.

La propagación de la noticia de la supuesta conjuración favoreció sus objetivos: Venecia se libró de los mercenarios inquietos, Bedmar tuvo que huir a Milán y de allí trasladado a la corte de Bruselas, y Osuna, obligado a retirar su amenazante escuadra de Brindisi, acabó siendo destituido, acusado de pretender proclamarse rey de Nápoles y encarcelado. Es cierto que el fogoso virrey de Nápoles tendía a actuar por su cuenta, sin consultar a su gobierno. En cualquier caso, pese a que en un principio toda Europa desconfió de la versión de Venecia, la conjura fue sobre todo una poderosa arma de propaganda contra España.

En la campaña propagandística intervino Paolo Sarpi, historiador que se opuso al pontificado romano en nombre de la República de Venecia, subrayando que el Papa y España eran los principales enemigos de Venecia. El cronista, después de resumir todos los informes jurídicos y todos los escritos propagandísticos elaborados anteriormente por los venecianos, insistía sobre el cuidado con que se ha de escribir el relato veneciano de la conjuración porque «Osuna, Bedmar y sus amigos franceses

intentarán de dar relatos que desmientan al veneciano». Con todo ello, trató de demostrar la verdadera existencia de una conjuración fomentada por España y algunos franceses.

Por su parte, Quevedo, ya en 1614, escribió «Sátira contra los Venecianos, bajo el nombre de una carta escrita al archiduque Ferdinando por los uscoques, quejándose de los venecianos». En ella constató que «Autorizaron las quejas, crecieron las calumnias contra Osuna, y alcanzaron suspensión a su necesidad preciosa». A la larga, la monarquía española perdió la batalla de la propaganda, un campo o instrumento de guerra que España nunca supo utilizar con la eficacia de sus enemigos.

Aquella versión veneciana de la conjura fue replicada en muchas obras literarias, entre las que destacó la del abate de Saint-Réal, un fraile saboyano enemigo de España, quien publicó *La conjura de los españoles contra la República de Venecia en 1618*. No fue hasta el siglo XIX cuando empezaron a aparecer las primeras visiones *alternativas*.

En definitiva, todos estos conflictos consiguieron perturbar la *Pax Hispanica*, pero no desembocaron en una confrontación europea. Sin embargo, parecían ser el preludio de la tempestad que se cernía sobre Europa al fraguarse cada vez con más radicalidad la escalada de tensiones entre católicos y protestantes y entre partidarios y adversarios de los Habsburgo.

España y su sistema clientelar

En 1990, John Elliott publicaba un trabajo que titulaba «La fórmula para sobrevivir: la monarquía española y su Imperio». En él explicaba con su clarividencia expositiva las

causas de la durabilidad del control monárquico sobre los distintos reinos que conformaban aquella inmensa monarquía. Desde el siglo xvi, solo Portugal y las Provincias Unidas fueron capaces de romper con ella. Para explicar este fenómeno, Elliott llamaba la atención sobre la necesidad de profundizar en los medios que habían permitido aquella pervivencia:

Su organización administrativa, su capacidad de coacción, y otros recursos más intangibles, como su capacidad para mantener la lealtad de sus súbditos a través de una combinación de persuasión ideológica y de la apelación a los intereses individuales y colectivos.

Todos estos procedimientos fueron de fundamental importancia para mantener la Monarquía intacta durante más de tres siglos. Uno de los cementos que dio consistencia a todos ellos —escribió Feros— fue la creación de un sistema clientelar que daba forma a instituciones e ideologías, sistema que no solo se desarrolló en el ámbito de los territorios peninsulares y dominios de la Monarquía, sino que también se urdió en territorios y países lejanos.

Ya desde el reinado de Felipe II, la monarquía española había desarrollado un sistema político para vincular a las grandes familias y nobles centroeuropeos a la política imperial de España. Esto no era una novedad, puesto que otras potencias procedían del mismo modo desarrollando prácticas similares para extender su sistema clientelar.

La monarquía española trató de integrar en su esfera de influencia a los consejeros del emperador, a los altos dignatarios de los países hereditarios de los Habsburgo, a los primogénitos de los linajes aristocráticos de mayor influencia y también a los más encumbrados militares. Se

buscaba atinar con los motivos —la *apelación a los intereses individuales*, que señalaba Elliott— que podían empujar a los aristócratas a entrar y «permanecer» al servicio de la corona española. La calidad de los oficios y asistencias que estos prestaban al soberano español era de carácter heterogéneo. Podían ser «servidores aficionados» o «inclinados», en el sentido de estar muy bien dispuestos hacia la Monarquía, o «confidentes». Estos últimos representaron los verdaderos pilares de la política española en la Europa central.

Existían diversos grados de vinculación entre estos fieles o «devotos» y el rey católico, todos ellos ventajosos para ambas partes. En general, los «muy devotos de Su Majestad» debían defender la reputación de su mecenas o benefactor, enviarle información valiosa y, ante todo, aprovechar sus posibilidades y capacidades para aumentar el poder del monarca y el suyo propio. Por otra parte, el soberano español recompensaba los servicios de sus fieles con una variada gama de favores y beneficios que incluía desde remuneraciones financieras, regalos u otorgamiento de las dignidades de las que disponía él mismo, o el emperador, hasta la concesión del Toisón de Oro. Además de estos favores, la pertenencia a la red clientelar española proporcionaba un sentimiento de protección y seguridad.

Durante el gobierno de Felipe III y Felipe IV, uno de los principales confidentes españoles en la corte imperial fue el gran canciller del reino de Bohemia, Sdenco Adalberto de Lobkowitz, quien mantuvo toda su vida una gran inclinación hacia España. Además de gran admirador de la cultura hispánica, fue un leal partidario del desarrollo contrarreformista. Por todo ello, Lobkowitz recibió grandes

y valiosos regalos de los monarcas de Madrid. Durante un viaje a España, Felipe II le regaló una cadena de oro con la medalla de su propio retrato, cuyo precio se estimaba en 1.000 ducados. Esta joya terminaría por convertirse para su propietario en el recuerdo principal del monarca más poderoso del mundo. El 29 de agosto de 1612 recibiría el Toisón de Oro, cuya concesión significaba no solo la pertenencia a una orden caballeresca y dinástica, la más elevada de la caballería europea, sino también y sobre todo a la estrategia imperial.

Lobkowitz fue una importante figura política tanto en Bohemia como en el imperio de los Habsburgo. Él y su esposa Polyxena Pernštejn estuvieron al frente del bloque «proespañol» o católico en la corte, opuesto a las facciones protestantes. El incidente de la Defenestración de Praga marcó un punto de inflexión en la fortuna de la familia, pues, aunque sus propiedades fueron confiscadas por protestantes rebeldes en 1618, la victoria Habsburgo en la batalla de la Montaña Blanca en 1620 dio como resultado la restauración de sus propiedades y aseguró que la familia continuara siendo muy influyente. Por todo ello, además de la concesión del rey Felipe III del Toisón de Oro, Fernando II le otorgó el título de «príncipe imperial» y se convirtió en el primer príncipe heredero Lobkowitz.

Pero si alguien destacó verdaderamente en Bohemia fue su esposa Polyxena Pernštejn (1566-1642), primera princesa Lobkowitz, hija de Vratislav de Pernštejn (1530-1582), canciller del reino checo, y de María Maximiliana Manrique de Lara y Mendoza (1538-1608), una mujer de la influyente nobleza española. Después de la muerte de su acaudalado

primer esposo, se casó con Sdenco Adalberto de Lobkowitz, en ese momento canciller del reino checo. Polyxena llevó a este matrimonio considerables propiedades y riquezas. Ambos alcanzaron gran influencia en la corte imperial de los Habsburgo, llegando a ser primera princesa Lobkowitz. Cuando en 1618, los ministros católicos del emperador fueron arrojados desde las ventanas del castillo de Praga en la famosa Defenestración de Praga, se refugiaron en el cercano Palacio de Lobkowitz. Así lo muestra una versión romántica de la actuación de Polyxena, recogida en una pintura posterior. En ella se muestra a Polyxena bloqueando la puerta del palacio contra una turba protestante, mientras los regentes maltratados se encogen detrás de ella; otra versión de los acontecimientos expone que Polyxena ocultó a los ministros bajo sus faldas.

La pertenencia a la red de relaciones de la monarquía española abría a los nobles centroeuropeos el camino no solamente a los favores otorgados por el rey español, sino también a los títulos y oficios de los que disponía el emperador. Felipe IV llegó a interceder directamente por la gratificación de algunos de sus propios clientes. Precisamente el título de príncipe del Imperio otorgado a Lobkowitz en 1624 por el emperador Fernando II se debió no solo a sus leales servicios a la rama austriaca de los Habsburgo, sino también a la monarquía española.

El rey Felipe III también fue proclive a expresar sus simpatías de una manera mucho más directa y espontánea enviando cartas y regalos. Con ocasión del nacimiento del primer y único hijo del gran canciller en 1609, Venceslao Eusebio Popel de Lobkowitz, Felipe III regaló a su mujer una

joya estimada en 4.000 o 5.000 escudos. Con este regalo quedaba patente la importante posición de los Lobkowicz en la red clientelar española.

Del mismo modo, unos años antes el monarca español había enviado un regalo a la mujer de Segismundo de Dietrichstein por el bautismo de su hija. El dinero gastado sobrepasaba notablemente el precio del mismo regalo comprado —1.000 florines— y no difería mucho del precio de la joya enviada en 1619 a la mujer de Alberto de Baviera, también por el bautismo de su hijo —6.000 ducados—. Igualmente, el soberano español mostraba su agradecimiento a las personas fallecidas que habían formado parte de su red clientelar. Mediante estas remuneraciones, el rey subrayaba la esperanza de que estas familias continuaran el camino del fallecido y ampliaran las filas de los clientes españoles.

También hubo frecuentes intercambios de regalos entre las dos ramas de la familia Habsburgo, como los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia o los mismos emperadores, que fueron agasajados por el rey de España. Entre ellos, el propio emperador Rodolfo recibió de Felipe III diversos caballos de pura raza española. También el príncipe elector de Sajonia, Juan Jorge I, en 1625-1626, recibió *«del rey de España (...) 6 corceles españoles»*.

Pero la nómina de los confidentes en el Imperio era considerable. Un buen número de príncipes alemanes recibían una pensión del rey de España, con el objetivo de mantenerlos en la órbita de los Habsburgo, y por ello fueron denominados «entretenidos». Un ejemplo de ello puede verse en el siguiente cuadro.

«Memoria de las pensiones que se pagan en Alemania por cuenta de la Embajada y de otros sueldos y entretenimientos que también se pagan allí».

PRÍNCIPES	PENSIONES
Elector de Maguncia	10.000 (florines de Alemania de a 7 reales y medio)
Elector de Colonia	10.000 florines, aunque de ordinario montan algunos centenares más porque hay obligación de pagárselos en Colonia y así crece o mengua la cantidad conforme corren los cambios.
Duque de Neoburgo y su hijo	12.000 florines anuales
Lantgravio Ludovico de Hassia	3.500 florines anuales
Obispo de Spira	2.000 florines anuales
Lantgravio Ludovico de Hassia	3.500 florines anuales
Conde Wolfango de Mansfelt	1.500 florines anuales
Conde de los Leones Rojos, mayordomo mayor del duque de Bauy	1.500 florines anuales
Cardenal Cleselio, obispo de Viena	3.000 escudos anuales, que hacen 4.500 florines
Barón de Mecao, camarero mayor del emperador	1.500 escudos anuales, total 2.250 florines
Barón Can, consejero de Estado del emperador	1.500 escudos anuales, total 2.250 florines
Coronel don Baltasar Marradas	1.000 escudos anuales, que hacen 1.500 florines

Así «montan cada año las dichas pensiones 51.000 florines que hacen al pie de 35.000 ducados de a once reales» Pero junto a los entretenidos, el rey de España afrontaba también otros pagos en la corte del emperador debido, sobre todo, a las nóminas de los trabajadores en la embajada.

Otros pagos del rey de España

BENEFICIADOS	PAGOS
Guillermo Rentz, factor de Augusta	30 escudos al mes
Secretario de la Embajada	30 escudos al mes
Secretario de las Lenguas	80 escudos al mes

Teniendo en cuenta esta sangría de dinero, el Consejo de Estado determinó que no hubiera más entretenidos o favorecidos por las pensiones y nóminas de España: «Demás de estos se entiende acá no hay razón que haya otros entretenidos».

Pero, por si esto fuera poco, el embajador don Luis Bravo, sucesor de Bedmar en la embajada, escribió sugiriendo se prometiesen también gratificaciones al visir turco por...

Lo que conviene ganarle, que esto se encamine por medio del embajador del Emperador que reside en Constantinopla dándole el Conde de Oñate el dinero que fuere necesario para ello [...] por la inclinación que muestra el dicho primer Visir a todas las cosas de S.M. cesárea y lo mucho le prometen hacer si tuvieren dineros [...] que habían menester luego 15.000 talleres para ganar algunos principales criados de Ministros grandes que no pueden esperar como sus Amos, y con este pequeño gasto se ahorrarían grandes sumas...

El reino de Dinamarca y las causas de su implicación en la guerra

El 10 de enero de 1620 se reunía el Consejo de Estado para tratar el contenido de las cartas llegadas a Madrid sobre materias de Alemania. Entre los temas que se debatieron se juzgó de suma importancia determinar «qué camino se podría tomar para reducir a Dinamarca en favor del Emperador»; cuando llegó el momento de la toma de decisiones, se resolvió «que su Alteza el Archiduque (Alberto) avise a V. M. qué forma le parece que podrá tener para dar a entender y hacer oficios con el de Dinamarca porque también ayude a la causa del Emperador pues es tan justa, o esté neutral».

Sin embargo, a pesar de los claros objetivos políticos de

Madrid, Dinamarca albergaba otros intereses y perspectivas debido a su configuración geográfica, política y social. A comienzos del siglo xvii su composición territorial era muy extensa, pues comprendía no solo la península de Jutlandia y Slesvig y las islas danesas, sino también Islandia, Noruega, Escania —en el extremo meridional de Suecia—, las islas Bornholm y Gotland y el ducado de Holstein en el Imperio alemán.

Quizá uno de los factores más significativos que modeló la política exterior de Dinamarca fue el expansionismo sueco de las primeras décadas del siglo xvii, por lo que el rey danés Cristian IV se vio obligado a enfrentarse a sus vecinos y a otros muchos peligros y dificultades provenientes tanto del sur y del oeste como del norte y del este.

Un monarca rico y poderoso: Cristian IV de Dinamarca

Uno de los muchos dones y habilidades que poseyó Cristian IV de Dinamarca fue su prolífico hábito de escritor. Gracias a ello, se conocen bien algunos de sus pensamientos y sentimientos. Cristian redactó numerosos diarios y casi 3.000 hojas de correspondencia escrita a mano, de ahí que las alegrías y tragedias de la vida del rey se hayan convertido en parte integral de la mitología histórica de Dinamarca. Incluso, hoy día, Cristian es venerado como una figura sobrehumana, un coloso con altas metas y enormes ambiciones; un hombre con un corazón grande pero frágil, que sufrió grandes decepciones en sus relaciones personales, así como en sus ambiciones políticas.

Durante su largo reinado, Dinamarca llegó a su cénit —o por lo menos muy cerca— de su poder e influencia en asuntos europeos. El rey tuvo mucha responsabilidad

personal tanto en el ascenso de Dinamarca como en su declive. Considerado como un todo, la trayectoria de Cristian IV fue un fracaso. Él mismo lo vio así en el lecho de muerte. Pero si resultó un fracaso, no fue por falta de energía. Cada aspecto de su reinado, tanto en la política exterior como interior, estuvo imbuido de una febril actividad, ya que el rey (y muy a menudo su Consejo también) trató de aumentar la autoridad del Estado en el interior y mejorar el prestigio del reino en el exterior. Quizá la mayor tragedia y expresión de este periodo en la historia danesa, en el medio siglo que terminó con la muerte de Cristian en 1648, se encuentra en que la reputación internacional de Dinamarca sufrió daños irreparables y que la «constitución» establecida por el padre y el abuelo del rey se derrumbó. El concepto de «Corona de Dinamarca» murió a medida que la relación entre Cristian IV y su Consejo pasó de una colaboración a una confrontación y amargura.

Los embajadores franceses Abel Servien y el conde d'Avaux comentarían que:

Aunque es el monarca más antiguo de la cristiandad, en los asuntos que lleva entre manos en estos momentos, no ha mostrado la sagacidad que suele encontrarse en aquellos hombres maduros como él. Está completamente distraído, gobernado solo por la pasión; no emprende las cosas con discreción o entendimiento, y toma cada una de sus decisiones con ceguera y temeridad.

La iniciativa y energía personal de Cristian IV eran admirables, pero dejaban mucho que desear a la hora de su aplicación al gobierno. Por desgracia para el rey, en su formulación de la política exterior y la materialización de la guerra, chocó con un Consejo poco indulgente hacia un soberano imprudente.

El monarca danés fue un auténtico rey guerrero y, además, le gustaba verse y considerarse así. Y ciertamente fue uno de los pocos soberanos europeos de su época, junto con Gustavo II Adolfo, que dirigió personalmente tropas en el campo de batalla. Disfrutaba de un buen combate. Gracias a sus cualidades marciales y a su incuestionable coraje físico, obtuvo el mayor elogio de sus contemporáneos. Cristian IV era un auténtico soldado y nadie que lo conocía dudaba de ello.

En la primera mitad de la década de 1620, Cristian IV y su reino gozaban de una posición y situación excelentes. Desde el punto de vista económico, los impuestos aduaneros cobrados a los navíos que cruzaban por el estrecho del Sund le dieron una gran autonomía fiscal, convirtiendo al rey danés en el tercer hombre más rico de Europa, después del duque Maximiliano I de Baviera, líder de la Liga Católica, y la duquesa Sofía de Mecklemburgo-Güstrow, madre del rey danés. Gracias a fortuna, la corte de Cristian IV se caracterizó por la magnificencia. En la política y sociedad del siglo xvii, el «esplendor en la corte» tuvo funciones vitales para un estado moderno. Era un patrón por el cual los visitantes extranjeros podían medir el poder y la sofisticación de la Monarquía, un reflejo visible de la majestad, imprescindible para impresionar a posibles aliados e intimidar a los enemigos. La cultura de la corte se había convertido en una verdadera empresa en el siglo xvii. Para mantener la reputación de su reino y su dinastía, para ser conocido como un gran soberano, Cristian tenía que seguir e, incluso, sobrepasar el ritmo de las cortes europeas de su tiempo.

Las causas de su entrada en la contienda

En la geopolítica danesa, la política del *dominium maris baltici* era fundamental. Por ello sus razones principales para involucrarse en la Guerra de los Treinta Años fueron, ante todo, intereses económicos relacionados con los estados germánicos que rodeaban el mar Báltico.

También fueron determinantes los objetivos políticos y dinásticos. La familia reinante, la Casa de Oldemburgo, era una estirpe de origen alemán que todavía tenía presencia relevante en el Imperio pues el rey de Dinamarca era duque de Holstein, y por lo tanto un príncipe imperial. Su objetivo consistía en consolidar su posición en Alemania para intimidar a su rival sueco, que aspiraba también a involucrarse en la Guerra de los Treinta Años. Junto a las causas políticas, existían otras religiosas no menos importantes. Para Cristian IV, un luterano ferviente y apasionado, el detonante fue la información que el rey y sus ministros recibieron sobre las actividades de varios sacerdotes dominicos y jesuitas que, entre 1622 y 1624, habían transitado de incógnito por Dinamarca y Noruega. Al menos, uno de los jesuitas, introducido en la corte real, y un comerciante de Hamburgo, infiltrado en Malmö, habían sido apresados distribuyendo publicaciones católicas y, por ello, acusados de espionaje. Aquel desafío, aunque no era una amenaza sustantiva a la integridad confesional de Dinamarca, fue suficiente para convencer a Cristian IV de las ambiciones políticas de los Habsburgo. Poco antes de que el comerciante fuera ejecutado en Malmö, el rey danés afirmó: «El Todopoderoso nos ha revelado milagrosamente este día del asalto católico a estas tierras».

La lucha por la hegemonía en Escandinavia y por el *dominium maris Baltici*

El expansionismo sueco había puesto en peligro el dominio del mar Báltico, que detentaba la corona danesa. El Báltico es un mar cerrado por tres estrechos daneses, el Skagerrak, el Kattegat y el Sund, de los cuales el último es la verdadera puerta de entrada y salida. Gracias a las aduanas establecidas en el estrecho del Skagerrak, en el Sund (en Elsinor) y en la entrada del Elba, los beneficios que Dinamarca extraía de los aranceles eran considerables. El peaje del Sund fue una de las más importantes fuentes de ingresos de la corona danesa. Sus pretensiones sobre el estrecho se vieron plenamente colmadas porque las dos orillas del angosto paso eran territorio danés. Por ello, podían argumentar fácilmente que el Sund no era más que un brazo de agua que discurría por sus tierras y que en modo alguno podía considerarse como paso marítimo internacional. De ahí la importancia del control de los estrechos que lo unían con el mar del Norte.

Esta situación privilegiada que hacía de Copenhague uno de los grandes puertos del norte de Europa suscitaba, sin embargo, muchas rivalidades por parte de los holandeses y de las ciudades de la Hansa. Efectivamente, el comercio con el nordeste europeo precisaba el paso del Sund, y primero la Hansa y más tarde ingleses y holandeses no tuvieron más remedio que ceder y pagar. Solo Suecia estuvo exenta del impuesto de aduana desde 1570. A pesar del peaje, el comercio con los puertos bálticos era lucrativo. Los barcos procedentes del oeste, especialmente holandeses e ingleses, intercambiaban los excedentes de grano de las extensas

tierras polacas y otros productos por artículos manufacturados. Suecia exportaba cobre y hierro de sus minas; Noruega, madera de sus extensos bosques; Finlandia fabricaba brea; y granos y ganado constituían las principales exportaciones danesas. Con el arribo de holandeses e ingleses a las orillas bálticas, llegó no solo un fuerte impulso económico al norte de Europa, sino también unas estructuras económicas de tipo occidental.

En aquel escenario báltico, las potencias ribereñas luchaban también por alcanzar una situación política preponderante. Al sudeste del mar, Polonia, uno de los estados más extensos de Europa, tuvo que enfrentarse a su acusada debilidad monárquica debida a las *Pacta Conventa* o restricciones a su poder que los reyes debían aceptar al subir al trono y a las maniobras para la elección de los monarcas. Sin embargo, todavía en el siglo xvii, Polonia, a pesar de ser una monarquía debilitada interiormente y rodeada de enemigos a lo largo de sus extensas e indefendibles fronteras terrestres, pudo enfrentarse simultáneamente contra sus vecinos e, incluso, vencer.

Los problemas en el área báltica no resultaban ajenos al Imperio, algunos de cuyos estados eran también ribereños y mantenían estrechas relaciones, sobre todo económicas, con los países escandinavos. El área báltica asimismo se vio afectada por los intentos españoles de estrangular el comercio holandés en aquel mar. Esta política comercial española acabará perjudicando a Dinamarca y Suecia, ya que los holandeses eran los principales abastecedores de sus respectivas cortes y aportaban la mayor parte de los derechos aduaneros que cobraba el rey danés.

Pero en aquel espacio marítimo en litigio, Dinamarca, dueña de los estrechos y unida a Noruega, pretendía reconquistar la situación preponderante que paulatinamente había ido perdiendo en el transcurso del siglo precedente. Al mismo tiempo que defendía su dominio del mar Báltico, trataba sobre todo de preservar su fuerte hegemonía en Escandinavia. Todo ello condujo a un grave conflicto contra Suecia, la llamada guerra de Kalmar (1611-1613), cuyo nombre se debió a que la operación principal fue la ocupación danesa del puerto sueco de Kalmar. Por la paz de Knäred, que puso fin a la contienda, Gustavo II Adolfo Vasa tuvo que pagar una suma considerable al rey de Dinamarca en concepto de daños de guerra.

Sus objetivos en el Báltico y en el sur de Suecia le llevaron a invertir, durante las dos primeras décadas de su reinado (1596-1626), aproximadamente un millón de táleros en la fortificación de Copenhague y Malmö y en las fortalezas situadas a lo largo de la frontera sueca. Las posibilidades de que se produjera un conflicto abierto parecían permanentes e inmediatas.

Desde el punto de vista constitucional, el rey de Dinamarca gobernaba con su Consejo de Estado, constituido por una élite aristocrática, que trataba de mantener la paz con Suecia y la no intervención en los asuntos continentales. Un rasgo decisivo en la independencia de gobierno de Cristian IV era su inmenso patrimonio que fue acumulando y que en 1618 estaba valorado en un millón de táleros, lo cual le permitía no depender de los impuestos que pudiera aprobar el Consejo de Estado. En 1625, su activo alcanzaba la cifra de 1,5 millones de táleros procedentes, sobre todo, de

los ingresos generados en las aduanas y de las satisfacciones de guerra por parte de Suecia.

Cuando estalló la contienda en Alemania, Cristian IV mantuvo al principio una actitud prudente, muy atento a los acontecimientos que podían repercutir en su ducado de Holstein. Su participación se limitó a permitir en 1618-1619 la intervención de una serie de oficiales de su ejército en las tropas de la Dieta de Bohemia y más tarde en las de Mansfeld, además de la concesión de algunos préstamos a Federico del Palatinado y a sus aliados en 1620. A pesar de su actitud prudente y su limitada intervención, el monarca danés se había implicado en la guerra de alguna manera. Su poder y su riqueza le habían convertido en una figura internacional relevante y, debido a ello, entraba en el engranaje político y mercantil de Holanda y Suecia.

Como gobernante del ducado alemán de Holstein, Cristian ejercía una notable influencia en el Círculo de la Baja Sajonia, influencia que trataba de ampliar, además de presidir la Dieta germánica. Su ambición se centraba muy especialmente en los obispados secularizados de Bremen, Verden y Osnabrück (al sudoeste de Holstein), no solo porque podría distribuirlos entre sus hijos menores, sino también como medio de establecer un control político y fiscal sobre los estuarios de los ríos Weser y del Elba. Sus objetivos en el norte de Alemania se fueron logrando: desde 1621 la ciudad de Hamburgo formaba parte del protectorado danés y en 1623 el heredero de Dinamarca recibió el nombramiento de obispo de Bremen-Verden. Así pues, hacia 1624, Cristian IV había alcanzado para Dinamarca un nivel de estabilidad y riqueza que pocos estados de Europa

disfrutaban. Ninguno podía competir con una posición financiera comparable, a excepción, irónicamente, de Baviera. Parecía que Dinamarca hubiera evitado intervenir en la Guerra de los Treinta Años.

La pendiente hacia la guerra

Desde febrero de 1621, los aliados de Federico del Palatinado, decididos a encontrar apoyos en los estados luteranos, comenzaron a explotar las rivalidades escandinavas y las ambiciones de Cristian en Alemania. El rey danés había llegado a afirmar en la asamblea del Círculo de la Baja Sajonia reunida en Segeberg, al norte de Hamburgo, que no quería luchar en solitario contra el emperador y que solo intervendría si contaba con el apoyo de Inglaterra. De este modo, Inglaterra se convirtió en el pundo de mira de la diplomacia del Palatinado y de todas las fuerzas protestantes.

La abstención de intervención en el Imperio por parte del rey danés comenzó a cambiar cuando en 1624 Holanda, Inglaterra, Brandeburgo y el Palatinado ofrecieron a Gustavo II Adolfo de Suecia el mando de un ejército aliado en Alemania. También solicitaron ayuda al rey de Dinamarca, apoyando sus peticiones en la necesidad de que para mantener el control del Báltico y la seguridad de su ducado de Holstein en Alemania era necesario frenar el dominio de los Habsburgo. Finalmente, fueron sus objetivos de orden geopolítico los que le arrastraron a encabezar un ejército contra el Imperio. También le persuadieron otras razones más pragmáticas, como las subvenciones nada desdeñables del cardenal Richelieu, artífice de la política francesa desde 1624, a las que se sumaron los apoyos

financieros de las Provincias Unidas e Inglaterra.

A comienzos de 1625, Dinamarca estaba completamente decidida a intervenir contra el emperador y los príncipes leales a los Habsburgo. Aquella era una buena noticia para la causa protestante, porque ni Francia ni Inglaterra —envueltas en problemas internos— ni Suecia —involucrada en la guerra contra Polonia— podían comprometerse en Alemania. Francia tuvo que replegarse de los conflictos europeos para ocuparse de la revuelta hugonote de La Rochelle en 1627. El 27 de marzo de 1625 fallecía el rey de Inglaterra Jacobo I y el 23 de abril del mismo año lo hacía el holandés Mauricio de Nassau. Así pues, y a pesar de su previa renuencia a participar en la guerra en solitario, Dinamarca resultó ser en 1625 el único contendiente capaz de hacer frente a los Habsburgo en el horizonte de la Guerra de los Treinta Años.

Suecia se prepara para la guerra: el escenario Báltico y la hegemonía sueca

Uno de los grandes y más decisivos protagonistas de la Guerra de los Treinta Años fue el reino de Suecia. A principios del siglo XVII era todavía un país pobre, escasamente poblado y con limitada participación en los asuntos internacionales. Sus territorios se extendían a la actual Finlandia y al helado norte del mar Báltico, de ahí que sus principales actividades se dirigían a dominar las riquezas proporcionadas por aquel mar.

La hegemonía sueca se debió en gran parte a la situación de los estados bálticos en aquel periodo, en el que aún no existía ninguna potencia predominante en el área. Su auge comenzó a partir de 1611 con la subida al trono de Gustavo

II Adolfo y se debió a varios factores: en primer lugar, a la consolidación del estado sueco llevada a cabo por Gustavo I Vasa, rey de Suecia de 1523 a 1560; en segundo lugar, al asentamiento del luteranismo; y en tercer lugar, a la centralización y modernización del país.

Pero, además, en la segunda mitad del siglo XVI, se produjo una fuerte expansión sueca por el Báltico. Las zonas más disputadas por Dinamarca, Suecia y Polonia, debido a su dinámico y lucrativo comercio, eran las provincias comprendidas entre la margen oriental del golfo de Finlandia y Lituania. A partir de 1560, Suecia logró sus primeras adquisiciones en territorios bálticos, las cuales se configuraron como la piedra angular del imperio que iba a construir durante el siglo XVII.

Cuando en 1611, el rey Gustavo II Adolfo heredó la Corona, Suecia no presentaba los signos o características de un estado en expansión a pesar de sus primeras aventuras. La escasez de población, que apenas ascendía a un millón y medio de habitantes, era un claro obstáculo, y el potencial económico de una sociedad nórdica mayoritariamente agrícola era muy precario. Para que Suecia pudiese asumir un importante papel en el Báltico, fue preciso una mejora favorable de su conyuntura, como así ocurrió en el segundo cuarto del siglo XVII.

Gracias a sus acertadas medidas en política interior, Gustavo II Adolfo consiguió implantar una monarquía administrativa fundada en la aristocracia, a la que dio una jerarquía. Logró también crear una nueva nobleza de servicio, a quien recompensó con concesiones de tierras. Promovió la educación y trató de organizar la Hacienda y de

atraer a los inversores y comerciantes extranjeros. Con todo ello, alcanzó un incremento de la prosperidad que facilitó el establecimiento de nuevas escuelas, hospitales, bibliotecas, etc. Así pues, su poder descansó sólidamente en su eficaz reforma de la burocracia y del sistema educativo. Pero a Gustavo Adolfo se le recuerda no tanto por estas medidas, sino porque su reinado se caracterizó por un permanente estado de guerra. A pesar de las mejoras y de la prosperidad, su pueblo tuvo que sufrir desgraciadamente una serie de contiendas —con Rusia, Dinamarca y Polonia— heredadas de su predecesor Carlos IX, y que él continuó para extender sus dominios en el este del Báltico.

En 1617, por la paz de Stolbovo, Suecia conquistó Ingria y Carelia a los rusos y las ocupó creando una serie de establecimientos coloniales con escandinavos deportados. Al mismo tiempo, los suecos trataron de convertir al luteranismo a los habitantes de aquella región, aunque la mayor parte se mantuvo fiel a la Iglesia ortodoxa. Tras sus conquistas rusas, Gustavo Adolfo se volvió hacia la guerra heredada con Polonia y conquistó Riga y Livonia a los polacos. Con estas conquistas, Gustavo Adolfo lograba su gran objetivo, ampliar su dominio por el mar Báltico.

El formidable poderío del rey de Suecia le hizo considerar la idea de participar en el escenario alemán. Su aspiración se vio apoyada por la diplomacia del elector palatino, que siempre había considerado a Gustavo Adolfo como un firme defensor de los postulados radicales reformistas. También las Provincias Unidas comprobaron que podían confiar en su capacidad para liderar una cruzada antihabsburgo. Con estos horizontes prometedores y

tentativas favorables, Gustavo II Adolfo fue preparando el terreno política y militarmente, aunque hubo de posponer su proyecto a la espera de un mejor momento. Era imprudente en 1625 abrir un nuevo frente, cuando mantenía todavía abierto el conflicto contra Polonia.

Las llamadas guerras polaco-suecas (1600-1629) le mantendrían luchando en suelo polaco durante cuatro años más, imposibilitando hasta 1630 su aspiración de acometer una campaña antihabsburgo. Su oponente, la mancomunidad de Polonia-Lituania, no era un adversario cualquiera. El reino de Polonia confinaba al sur con las tierras sacudidas por los perennes conflictos turco-húngaros, en los que se veía arrastrada con frecuencia; al este colindaba con Rusia y Ucrania; y al norte, con Suecia o con las posesiones suecas de la orilla meridional del Báltico. Tales dimensiones hacían de Polonia un gran estado, puente de unión entre el extremo norte y el sur, entre el este y el oeste, y por tanto clave en la política del este de Europa.

La estrategia de Gustavo II Adolfo consistió en aislar a Polonia del mar Báltico y convertirlo en un lago sueco. Para ello, trató de controlar su litoral, especialmente las ciudades y las desembocaduras fluviales que indudablemente favorecían su dominio del comercio. En la década de 1620, Gustavo Adolfo conquistó la región norte de Estonia y la región central de Letonia, incluyendo Riga, que fue duramente asediada. Las dos regiones fueron incorporadas al reino sueco, poniendo fin al dominio polaco sobre esta provincia, que se llamó a partir de entonces la Livonia Sueca (1629-1721), actual Letonia.

Conquistada la zona este del Báltico, Gustavo se dirigió a

ocupar la región del Vístula, concretamente la Prusia polaca y su puerto de Gdansk o Dánzig, la ciudad comercial más importante de todo el Báltico. Para esta nueva campaña, su estrategia consistió en obstaculizar la influencia de Polonia en aquella región oriental de Alemania. En 1626, Suecia alcanzó grandes triunfos al conquistar 17 ciudades —entre las que destacaron Pillau, en Prusia Oriental, y Elbing y Marienburg, en la Prusia Occidental polaca—. También recabó el apoyo de la población protestante sometida a Polonia. Sin embargo, las tropas suecas no pudieron ocupar el puerto de Dánzig ni tampoco conquistar el curso del Vístula. Y la principal causa fue que los polacos lograron contar en ocasiones con el auxilio de tropas del Imperio germánico. En 1628, por ejemplo, una parte del ejército de Albrecht von Wallenstein, al mando de Hans Georg von Arnim-Boitzenburg (1583-1641), sitió la ciudad protestante de Stralsund, aliada de Suecia. En respuesta, Gustavo II Adolfo envió tropas de apoyo que impidieron la rendición de la plaza. Aquel asedio frustrado fue una enorme contrariedad para Wallenstein y el emperador y el punto inicial de las hostilidades entre Suecia y el Sacro Imperio Romano Germánico.

En medio de imperiales y suecos, sin una clara definición de posicionamiento, se encontraba el general de las tropas imperiales, brazo derecho de Wallenstein, Hans Georg von Arnim-Boitzenburg, quien en realidad era un firme y devoto luterano. Había estado al servicio de Gustavo Adolfo de Suecia llevando a cabo una misión secreta ante el elector Juan Segismundo I de Brandeburgo, hasta lograr alcanzar las promesas de matrimonio de su hija María Leonor de

Hohenzollern con el rey sueco. Su fluctuante carrera política y militar le llevó después, atraído por Wallenstein, al servicio en el ejército imperial, donde logró rápidamente el rango de mariscal de campo y se ganó la estima de los soldados y del mismo Wallenstein. En 1631, Arnim abandonó el servicio imperial como consecuencia del Edicto de Restitución y la dimisión de Wallenstein y, sobre todo, del saqueo de Magdeburgo, y se integró en el ejército de Juan Jorge de Sajonia. Cuatro años más tarde, abandonó las fuerzas sajonas y se retiró del servicio activo. Tras ser capturado por los suecos en 1637, por intrigar contra Suecia, y haber escapado en 1638, Arnim se dedicó a la misión de liberar Alemania de la dominación extranjera, luchando hasta su muerte en el ejército imperial y sajón contra Francia y Suecia.

El asedio de Stralsund y otras diversas acciones convirtieron la guerra de Polonia en el preludio de la participación de Suecia en la Guerra de los Treinta Años. Antes de que se firmara la negociación de paz, las tropas polaco-lituanas, dirigidas por el general de campo Stanislaw Koniecpolski, apoyadas por las de Georg von Arnim-Boitzenburg, enviadas por Fernando II en ayuda del rey polaco Segismundo III, vencieron a los suecos en las cercanías de Sztum. La victoria de Trzciana, el 25 de junio de 1629, fue célebre porque en el combate los espectaculares húsares alados polacos pusieron en grave aprieto al rey Gustavo II Adolfo de Suecia, quien, a punto de ser capturado, tras recibir varias heridas fue socorrido por uno de sus hombres llamado Éric Soop.

Finalmente, el 25 de septiembre de 1629, el Tratado de

Altmark puso fin a la larguísima contienda polaco-sueca. Por las circunstancias finales de la guerra, las disposiciones del tratado obligaron a Suecia a evacuar el ducado de Prusia, a excepción de las ciudades costeras; sin embargo, le fue permitido mantener la posesión de la desembocadura del Vístula y la mayor parte de Livonia. Suecia obtuvo, además, el derecho a dos tercios de los aranceles de los puertos prusianos de Polonia, como Dánzig y Elbing, y los del ducado de Prusia por un periodo de seis años. Estos impuestos le sirvieron para financiar sus siguientes operaciones militares en la Guerra de los Treinta Años. El Tratado de Altmark, que establecía un sistema compartido de dominio en el Báltico entre Suecia y Polonia, se amplió en 1635 en el Tratado de Stuhmsdorf. Por él, Suecia cedió sus derechos en los puertos de Prusia a cambio de que Polonia le entregase la mayor parte de Livonia, incluyendo la ciudad de Riga.

Aquella contienda entre Polonia y Suecia tuvo sus derivaciones en la Guerra de los Treinta Años. Muchos polacos que habían participado en la guerra contra Suecia decidieron prestar sus servicios al emperador para continuar luchando contra los suecos en las guerras de Alemania. Se calcula que unos 600 húsares alados y 6.000 jinetes ligeros se integraron en las tropas de los Habsburgo. Entre ellos se encontraba uno de los grandes generales o «hetman» polacos de la historia, Esteban Czarniecki, héroe en la batalla de Tczew, el 7 de agosto de 1627. Al frente de estas tropas polacas participó en la batalla de Breitenfeld el 7 de septiembre de 1631. Su aventura en Alemania duró poco, ya que en 1633 regresó a su patria para luchar al servicio del

rey polaco Vladislao IV Vasa en la guerra de Smolensko entre Polonia y Rusia (1632-1634), a la que también acudió Juan Casimiro, hermano menor de Vladislao IV.

Gustavo II Adolfo Vasa de Suecia, un rey singular

Desde muy temprano, y hasta hoy, la figura de Gustavo II Adolfo de Suecia, el «conquistador del norte» o «el león del norte», ha sido sublimada hasta lo infinito. A su perfil de gran estadista que dedicó su vida a la noble causa de salvar para el mundo la libertad religiosa, de pensamiento y de conciencia, se unió también el de prototipo de rey-guerrero convertido en un héroe no solo nacional sino europeo. Su figura enaltecida puede encontrarse en múltiples textos laudatorios, algo muy común en gran parte de la literatura del siglo pasado:

Quando en 1611 murió el rey de Suecia, Carlos IX, le sucedió su hijo mayor, Gustavo Adolfo con el que se fue acercando la hora en que, a través de él, iba a cumplirse aquella misión, entre las naciones civilizadas, de salvar para el mundo la libertad religiosa y la libertad de pensamiento y conciencia. Gustavo Adolfo es la figura más grande de la historia sueca, venerada y amada como uno de los más nobles héroes, un genio en quien se mezclaban las cualidades de gran estadista y guerrero con la fe de un hombre dispuesto a sacrificar su vida por las causas más elevadas: la libertad religiosa. Gracias a la disciplina que inculcó en sus hombres, alcanzó triunfos resonantes destinados a llevar a su país al cumplimiento de su misión en la historia del progreso humano, y abrirle una era de gloria y de grandeza política, que sus recursos limitados habían hecho imposible anteriormente...

Sin embargo, la objetividad se ha impuesto en la investigación de las últimas décadas hasta ofrecer una imagen más fidedigna de aquel hombre singular, qué duda cabe, que desembarcó el 6 de julio de 1630 en Pomerania, en el norte de Alemania, cuando no había pasado ni un año

desde la firma del Tratado de Altmark. Gustavo II Adolfo tenía treinta y seis años y cruzaba el Báltico con sus tropas una vez más para una arriesgada aventura, quizá la mayor. Los combates en los frentes de Dinamarca, Polonia y Rusia le habían proporcionado gran experiencia militar. Pero además poseía un gran cúmulo de conocimientos teóricos extraído en su mayor parte de la *Ciropedia* de Jenofonte, una de sus lecturas favoritas.

Algunos de sus contemporáneos se vieron impresionados por las cualidades y personalidad del joven Gustavo Adolfo. Uno de ellos, Ludwig Camerarius, ministro del elector Federico del Palatinado, además de designar al rey de Suecia con el apelativo de «Gedeón», alabó sus virtudes sin medida ni cortapisas, escribiendo en una de sus cartas que «no encuentro palabras para alabar las virtudes heroicas de este rey: piedad, prudencia y determinación. No tiene parangón en Europa». Su exaltación no fue ocasional sino practicada con frecuencia en su época.

Otra de las características de su personalidad fue su independencia y falta de sometimiento a cuestiones de vasallaje. Por ejemplo, Gustavo Adolfo se negó a doblegarse ante las prácticas de dominio establecidas por los daneses, quienes, como poseedores de las llaves del Báltico, pretendían recibir el primer saludo de los navíos que circulaban más allá del Sund. A excepción de sus primeros años de reinado, Gustavo Adolfo rechazó y se opuso a tales exigencias.

En 1630, el momento parecía oportuno para dar el salto a Alemania. Los preparativos no se habían improvisado. Gustavo disponía de un ejército disciplinado y

experimentado en diversas contiendas y poseía importantes reservas de material de guerra, en especial cobre y hierro. Contaba, además, con el beneplácito del parlamento sueco, que le había otorgado el 12 de enero de 1628 plenos poderes para intervenir en Alemania. Esta decisión fue ratificada un año más tarde, tras la derrota del rey de Dinamarca en Alemania. Además, el desarrollo del conflicto alemán, que ya duraba diez años, se había extendido hacia el mar Báltico y amenazaba el comercio y la influencia de Suecia en la zona. Las islas danesas habían sido atacadas por el ejército imperial al mando de Wallenstein, y la ciudad hanseática de Stralsund había sido sitiada por los imperiales sin éxito. Asimismo, Mecklemburgo, un estado protestante al norte de Alemania, había caído en manos de Wallenstein, victoria por la que fue ascendido al título de «almirante del mar Báltico»; ese título y la aparición de una flota hispano-imperial en aquellos mares amenazaban el poderío sueco en el norte.

En vísperas de su viaje, Gustavo II Adolfo no contaba con una alianza formal en el Imperio, por ello su estrategia consistió en tratar de establecer vínculos con los enemigos de los Habsburgo en Alemania. Lo que sí obtuvo en 1629 fue el siempre prometido apoyo económico del cardenal Richelieu a todo aquel que declarase e hiciese la guerra a los Habsburgo. También disponía de los ingresos procedentes del Tratado de Altmark, que le sirvieron para financiar sus operaciones militares. Entre las potencias extranjeras, solo Rusia ofreció cierta ayuda práctica, consistente en licencia para exportar, libres de impuestos, grandes cantidades de trigo hacia Ámsterdam para ser vendidas con beneficio a Suecia.

Tras ultimar los preparativos, Gustavo II Adolfo pronunció una conmovedora despedida en mayo de 1630 al partir para Alemania ante los representantes de su pueblo reunidos en Estocolmo. El texto, a pesar de su claro carácter propagandístico, ha sido ampliamente utilizado como prueba de las nobles razones de su intervención en la guerra:

Hago un llamamiento al Dios todopoderoso, por cuya providencia estamos reunidos, para que sea testigo de que no es por mi propio deseo, ni por ningún amor a la guerra, que emprendo esta campaña. Por el contrario, el partido imperial me ha incitado desde hace varios años, no solo por la acogida que recibió nuestro emisario de Lubeck, sino también por la acción de su general para ayudar con su ejército a nuestros enemigos, los polacos, en nuestro gran detrimento.

Por otra parte, nuestro acosado yerno nos ha instado a emprender esta guerra cuyo principal objetivo es liberar a nuestros hermanos oprimidos de las garras del Papa, lo cual con la ayuda de Dios, esperamos hacerlo.

Gustavo II Adolfo no solo ofrecía conmovedoras palabras antes de emprender una contienda, también era frecuente que, al entrar en la batalla, interpelase a sus disciplinadas tropas para que cantasen himnos y, tras las victorias, diesen gracias a Dios. Curiosamente, su esposa, la reina María Leonor de Brandeburgo, decidió acompañar al rey a Alemania en 1631. Allí estableció su corte, en la ciudad de Maguncia y allí recibió la noticia del fallecimiento del rey de Suecia en la batalla de Lützen, el 6 de noviembre de 1632.

El apoyo de Inglaterra y Escocia a los «reyes de un invierno»

Muy distinta a la decidida intervención de Suecia en el conflicto europeo fue la del rey de Inglaterra Jacobo I, de la dinastía Estuardo. Cuando en 1603, el rey de Escocia subió al trono de Inglaterra, pareció cambiar el rumbo de la política

seguida por Isabel I Tudor. El nuevo rey, de talante pacificador y tolerante, decidió firmar definitivamente la paz con la España de Felipe III. Así, el Tratado de Londres, rubricado el 28 de agosto de 1604, marcó el final de la guerra anglo-española que duraba desde 1585. Ello contribuyó a la pacificación internacional instaurada por la *Pax Hispanica* y favorecida por la Tregua de los Doce Años hasta 1621. El talante de Jacobo I le llevaría también a intervenir como mediador en diversos conflictos internacionales y a abstenerse de participar, una vez superadas sus dudas, en la aventura en que se había embarcado su yerno Federico V del Palatinado al aceptar el trono de Bohemia.

La corona de Inglaterra se había convertido en el punto de mira, pues eran muchos quienes compartían el argumento de que el destino del protestantismo dependía del éxito de la causa de Federico en el Palatinado. En junio de 1621, los Comunes hicieron pública una declaración de apoyo a cualquier acción militar necesaria para defender «a quienes profesan auténticamente, en otras tierras, la misma religión cristiana que la Iglesia de Inglaterra [...] pues comparten sus dificultades como miembros del mismo cuerpo». Mientras que los Comunes trataban de crear una coalición basada en la alianza de Inglaterra y las Provincias Unidas, Jacobo I buscaba evitar que los problemas de su yerno generasen una guerra general. Aunque el monarca se había comprometido a restituir a Federico en su estado palatino, tras la invasión española en el otoño de 1620, esperaba conseguir este objetivo como parte de un acuerdo diplomático más amplio. En realidad, Jacobo insistía, paradójicamente, en considerar la cuestión del Palatinado

como una *affair* puramente alemán. Estaba convencido de que la mejor manera de preservar la paz era estableciendo una alianza estrecha con España, cuya base sería el matrimonio de su hijo y sucesor, el príncipe Carlos I de Inglaterra (1600-1649), heredero de Inglaterra, con la hija menor de Felipe III, la infanta María Ana de Austria (1606-1646), hermana del nuevo rey Felipe IV.

La posibilidad de aquel enlace —*the Spanish match*— que comenzó a planearse muy pronto favoreció el mantenimiento de la paz entre ambas coronas. Esto explica que tanto el rey de Inglaterra como el duque de Lerma permitieran que las negociaciones matrimoniales se alargaran durante casi una década. El enlace estuvo también apoyado por ministros y diplomáticos procatólicos, conocidos como el «Partido español», y por el nuevo embajador de Felipe III en Londres, Diego Sarmiento de Acuña, futuro conde de Gondomar, una de las personalidades más respetadas e influyentes de la corte inglesa. Sin embargo, esta alianza hispano-inglesa no fue en absoluto bien recibida en la Inglaterra protestante.

El pretendiente inglés, a pesar de haber padecido serias limitaciones en la infancia que le impidieron hablar y caminar hasta la edad de cinco años, resultó ser posteriormente un estudiante competente y un teólogo *amateur*, aunque arrogante y distante.

En diciembre de 1621, una junta especial creada en la corte española para analizar las posibles consecuencias del proyectado matrimonio afirmaba que la alianza hispano-inglesa traería importantes ventajas a la monarquía española:

Por la necesidad que tiene esta corona del Rey de Inglaterra, con la cual se compondrá lo de Alemania, se pondrá freno a Holanda y franceses, se asegurará lo de Flandes y las Indias, y juntas sus fuerzas marítimas (de que abundan más que otro príncipe de Europa) con las muestras se limpiará los unos y los otros mares de corsarios.

Durante varios años se llevó a cabo el proceso de negociación entre las diplomacias española e inglesa. El príncipe de Gales, Carlos Estuardo, cansado de esperar durante esos años, decidió ir en persona a la capital de España para presionar y cerrar las negociaciones. En febrero de 1623, el príncipe emprendió el viaje a Madrid acompañado del favorito de su padre, George Villiers, primer duque de Buckingham. Viajaron de incógnito hasta presentarse de improviso ante unos sorprendidos mandatarios españoles. Después de retrasar casi indefinidamente la respuesta por parte de la corona española, la expedición se sintió rechazada y regresó a Inglaterra despechada.

Un soneto dejó constancia de aquel viaje novelesco del príncipe Carlos, quien atravesó media Europa a lomos de su caballo impresionando a todo el mundo, especialmente en la capital de España. La aventura amorosa recorrió las calles y mentideros de Madrid, así como las estancias palaciegas. De todos los poemas españoles escritos en 1623 en respuesta a la visita de Carlos, el *Soneto frecuentemente atribuido al Conde de Villamediana y contrario a la proyectada boda de Carlos Estuardo, Príncipe de Gales, y la Infanta María, hermana de Felipe IV* fue el que más abiertamente criticó las negociaciones con Inglaterra. La obra censura con cierta dureza la posibilidad de un matrimonio entre Carlos y la infanta, pues ello supondría anteponer los intereses

materiales y diplomáticos del Estado a los de la Iglesia y la fe católica. Por lo tanto, es evidente que el autor del poema sopesaba que, a pesar de los considerables beneficios que podrían derivarse de una alianza dinástica con Inglaterra, era inaceptable moralmente el matrimonio de una infanta de España con un hereje. En ese sentido, el poeta, al igual que muchos tratadistas políticos de su época, hacía una distinción radical entre los conceptos de «razón de Estado» y «verdadera razón de Estado». Para lograr la máxima contundencia y claridad en el mensaje, el soneto lleva la cuestión a los extremos exponiendo que, de llevarse a cabo el enlace entre la católica y muy devota infanta María y el hereje príncipe de Gales, se haría, en la práctica, un trato con el diablo. Este fue el verdadero escollo al que tuvo que enfrentarse Carlos Estuardo para cerrar las capitulaciones con Felipe IV y el conde-duque de Olivares. Pero la tenacidad del joven príncipe hizo forzar de hecho la decisión del monarca, que, aun en contra de sus sentimientos, le prometió la mano de su hermana. En definitiva, el argumento del soneto se apoyaba en una opinión pública que consideraba incompatible conjugar la profesión de fe católica con la razón de Estado.

A la venida del Príncipe de Gales a casarse con la Infanta doña María.

Soneto

En hombros de la pérfida herejía
ved, Lisardo, que Alcides, o que Atlante,
el de Gales pretende (y su Almirante)
llegar al cielo hermoso de María.
El príncipe bretón, sin luz ni guía,
alega, aunque hereje, que es amante,
y que le hizo caballero andante

la hermosa pretensión de su porfía.
Juntos se han visto el lobo y la cordera,
y la paloma con el cuervo anida,
siendo palacio del diluvio el arca.
Confusión de Babel en esta era
donde la fe de España está oprimida
de una razón de Estado que la abarca.

Curiosamente, este poema tuvo equivalentes literarios bastante parecidos por parte del pueblo inglés. Tras el fracaso de las negociaciones, se desató en Inglaterra una virulenta propaganda antiespañola, sobre todo dirigida por el libelista Thomas Scott, que llegó a publicar nueve panfletos llenos de fobia contra España. En general, estos y otros libelos equiparaban a España con el Anticristo, advirtiendo que Inglaterra podía perder el favor divino al permitir que una infanta de España pudiera llegar a ser reina de Inglaterra.

El fracaso matrimonial contribuyó más tarde a la decisión de Carlos de luchar contra España en nombre de su exiliado cuñado Federico V. Buckingham negoció su matrimonio con una princesa francesa, también católica, Enriqueta María (1609-1669), hermana de Luis XIII, a quien había conocido al regresar de España. Aquel matrimonio fue visto con suspicacia en Inglaterra por sus cláusulas católicas. Tras la firma de la alianza matrimonial a favor de Francia, Inglaterra aprobó también el Tratado de Southampton el 17 de septiembre de 1625 con Holanda dando giro en sus relaciones que tendría graves consecuencias para España.

El 27 de marzo de 1625, el príncipe Carlos se convirtió en rey y en abril recibió a Enriqueta en Dover. Al cabo de un año, el monarca vio necesario devolver a Francia a los 4.000

sirvientes que habían acompañado a su esposa hasta Inglaterra. Sin ese cortejo, Enriqueta tuvo mayor influencia en la vida y política del rey.

En cuanto al futuro de la infanta María Ana de España, una vez fracasado el intento de matrimonio con Carlos de Inglaterra, la corte española buscó un nuevo pretendiente para la princesa. Las negociaciones matrimoniales entabladas con el emperador dieron por fin su fruto con la aprobación del enlace de María Ana con su primo Fernando III, rey de Hungría desde 1625, de Bohemia desde 1627 y futuro emperador. La rapidez que acompañó el casamiento por poderes tenía por objetivo mover a Fernando II a emprender una intervención militar en Italia y Flandes, algo necesario desde la óptica del gobierno de Madrid. La boda se celebró el 20 de febrero de 1631 gracias a los buenos oficios de Franz Christoph Khevenhüller, embajador imperial en Madrid de 1617 a 1631.

Durante sus primeros años de reinado, Carlos de Inglaterra intervino temerariamente en Europa. Sus objetivos militares —una genérica defensa del protestantismo, la restauración de Federico V del Palatinado e incluso el hundimiento de la hegemonía española— estaban totalmente fuera de sus posibilidades. Siguiendo estas quimeras, se unió a la Alianza de la Haya y cuando el Parlamento rechazó satisfacer o respaldar con dinero sus promesas de ayuda, lo disolvió y trató de forzar un préstamo de guerra. Así, lo que empezó como una mala aventura se convirtió en una gravísima crisis para su reino, que dio lugar a la denominada «revolución puritana».

También Escocia combatió decididamente en la Guerra

de los Treinta Años a favor de Federico V. Los escoceses habían establecido una conexión muy fuerte con la Alemania protestante a través de la persona de la princesa escocesa Isabel Estuardo, hija de Jacobo VI de Escocia y I de Gran Bretaña.

El alcance de tales implicaciones se pondría de manifiesto a partir de la coronación de Federico e Isabel Estuardo como reyes de Bohemia. Desde entonces, la dinastía Estuardo se vio arrastrada por los acontecimientos de Alemania. Cuando las fuerzas Habsburgo atacaron Bohemia y el Palatinado, muchos nobles escoceses acudieron en defensa de Isabel Estuardo y su familia. Era un hecho que bastantes casas escocesas servían en los principales centros de poder de los Habsburgo: Madrid, Bruselas y la corte del sacro emperador romano, lo cual significaba que aquellos nobles mantenían conexiones continentales más allá de las relaciones tradicionales con Francia y Holanda. Desde mediados de la década de 1620, un gran número de escoceses al servicio del Imperio cambiaron sus banderas y se alinearon en los ejércitos protestantes para promocionar la causa de la «Exreina de un invierno», Isabel de Bohemia. Sir Henry Bruce, gobernador imperial de Mikulov en 1620, abandonó su posición para levantar un regimiento a favor de Isabel Estuardo. Thomas Kellie publicó un manual militar después de servir en el ejército de Cristian IV en el que exhortaba a otros a unirse a la lucha por Isabel Estuardo. El mayor Robert Monro y el coronel Donald Mackay también decidieron luchar contra el enemigo de la hija de su rey y por el amor de Carlos I. Debido a su popularidad, Isabel fue llamada la «Reina de corazones», pero, a pesar de tantos

apoyos, la familia tuvo que emigrar a La Haya.

También el ejército de Cristian IV de Dinamarca pudo contar con un número elevado de oficiales y soldados escoceses. Además de los 300 oficiales —muchos más que los daneses y noruegos combinados—, el ejército danés llegó a reclutar 9.000 soldados escoceses en 1627, tropa que se sumó a los 2.000 movilizados por Donald Mackay para el ejército de Ernst von Mansfeld, pero que habían sido destinados a Dinamarca.

Años más tarde, cuando entre 1639 y 1652 las guerras civiles asolaron los tres reinos de la islas británicas, muchos veteranos escoceses del conflicto alemán se alinearon también en la lucha. Esto mostró cómo la Guerra de los Treinta Años tuvo repercusiones en los acontecimientos más allá no solo de los confines de Alemania sino también del periodo de 1618-1648.

La intervención indirecta de Luis XIII y Richelieu: la guerra «fría» o encubierta (1625-1635)

La posición de Luis XIII (1601-1643) en el conflicto alemán ha sido muy analizada por los historiadores. Desde 1617, el rey de Francia tuvo que combatir la rebelión de sus propios súbditos hugonotes y, por ello, comprendía y defendía la legitimidad que asistía al emperador para frenar con las armas la insubordinación de los bohemios. La posición de Francia era precaria y solo podía ofrecerse como árbitro para lograr un acuerdo diplomático que evitase la confrontación. Sin embargo, sus esfuerzos negociadores fueron inútiles. Tras el infortunio de su nefasta y prolongada guerra de religión (1562-1598), Francia se había debilitado considerablemente y debía concentrarse en los asuntos

internos, sobre todo, en los problemas derivados de la confrontación con los hugonotes. Fue durante ese tiempo, cuando Armand Jean du Plessis, duque de Richelieu (1585-1642), había comenzado su ascenso: en 1607 fue nombrado obispo y en 1622 había alcanzado el cardenalato. En 1616 inició su carrera política al acceder al Consejo de la regente María de Médicis, para finalmente convertirse en primer ministro en 1624. A partir de entonces, Richelieu estuvo trabajando junto al rey durante dieciocho años, hasta su muerte.

Desde el principio de su gobierno, y gracias a su enorme clarividencia, comprendió que el gran desafío de Francia pasaba por enfrentarse antes o después a los Habsburgo bajo su doble forma austriaca y, sobre todo, española. No en vano, la amplitud de los territorios de los Habsburgo amenazaba a Francia confinándola. Acaparado por los asuntos y preocupaciones interiores, Richelieu no pudo pensar en intervenir directamente. Pero aunque Francia no estaba preparada para una ofensiva militar, sí lo estaba para la actividad diplomática. Richelieu desarrolló una extraordinaria y orquestada diplomacia que obtuvo grandes éxitos. Uno de estos logros fue la negociación y firma de una alianza con Inglaterra, dirigida por el marqués de La Vieuville, ministro de Asuntos Exteriores, para restituir a Federico en Bohemia y ajustar los esponsales del príncipe Carlos Estuardo con Enriqueta María, hermana de Luis XIII. La corte de París también envió agentes y diplomáticos para negociar apoyos y subvenciones a cualquiera que mostrara enemistad hacia los Habsburgo. A los príncipes alemanes les ofreció subsidios y promesas de ayuda frente al emperador.

Asimismo, las generosas arcas francesas subvencionaron a Dinamarca para que luchara contra el enemigo común, los Habsburgo. Finalmente, Francia se dirigió a los holandeses, quienes aceptaron continuar la guerra contra España durante tres años más a cambio de un préstamo inmediato de 480.000 táleros y la promesa de nuevas cantidades. En definitiva, en esta orquestada campaña diplomática, los franceses revitalizaron la Liga de Lyon con la adhesión de Venecia y Saboya.

A pesar del brillante trabajo y del esfuerzo negociador con diferentes príncipes protestantes realizado por el duque de La Vieuville, este fue lisa y llanamente desposeído y sustituido por deseo de Richelieu. El propio cardenal, tras quejarse al rey de la nefasta administración de La Vieuville cuando este fue ministro de finanzas entre 1623 a 1624, logró no solo su destitución, sino también su encarcelamiento y exilio.

A pesar de la extraordinaria red diplomática francesa, Richelieu no pudo colaborar en la restauración de Federico en Bohemia, como le había requerido Camerarius en su demanda de apoyo para el elector palatino. Un caso más difícil, prácticamente imposible, para Luis XIII fue el de atender la solicitud de Maximiliano de Baviera para acogerse a la protección francesa y así independizarse de los Habsburgo. La solicitud no pudo ser atendida, puesto que la monarquía francesa no podía reconocer el título electoral concedido por el emperador a Maximiliano.

Estos impedimentos en Alemania y el apremio para que interviniera procedente de Venecia y los cantones protestantes suizos, como las Ligas grisonas (concretamente

los señores de la Valtelina, de cuya protección se había hecho cargo Francia en 1602), provocaron que Francia decidiera concentrar sus esfuerzos en Italia y no en Alemania. Pero el monarca francés, acosado por la revuelta encabezada por la reina madre María de Médicis, entre abril y agosto de 1620, y aplastada en la batalla de Ponts-de-Cé, se vio impedido una vez más a prestar su colaboración activa.

Cuando las tropas de los Habsburgo invadieron la indefensa Valtelina, las Ligas grisonas pasaron a la acción con apoyo de Berna, Zúrich y Venecia. Su seguridad y atrevimiento se saldaron con una derrota total que llevó a los Habsburgo a ocupar también un sector de los territorios de las Ligas grisonas. A partir de entonces, la «cuestión de la Valtelina» se convirtió en un tema de prestigio para Francia. Restablecida la situación interior, tras el acuerdo con los hugonotes del 9 de octubre de 1623, Francia pudo intervenir más en los asuntos europeos.

Aquella década de 1625 a 1635 fue conocida como el periodo de la guerra «fría» o «latente» entre Francia y España, durante el cual comenzó a hacerse patente la inevitabilidad del estallido de la guerra entre los dos países. Ambas potencias, conscientes de ello, no cesaron de llevar a cabo movimientos estratégicos con el fin de conseguir el mayor número de apoyos de cara a la guerra. Richelieu preparaba la hegemonía de Francia teniendo en cuenta que «los españoles aspiran al dominio mundial, como que, hasta ahora, lo único que lo ha evitado son lo disperso de sus dominios y lo escaso de su número».

Además de sus primeras intervenciones en Italia, en 1625, Francia se comprometió a ayudar financieramente al

rey de Dinamarca en su lucha contra el emperador. Su derrota produjo nueva alarma en Richelieu, quien, a pesar de la toma de La Rochelle en 1628 y del buen rumbo en los asuntos internos franceses, continuaba sintiendo el peligro de una Francia rodeada por los Habsburgo. Su situación interna no era todavía lo bastante sólida como para acometer una guerra abierta; por eso los principales esfuerzos de Francia en esta etapa se desarrollaron siempre en el plano diplomático. Sin embargo, en el transcurso de este decenio, el gobierno de Francia provocó varios enfrentamientos abiertos en zonas fronterizas, a veces a gran escala, con el objetivo de ejercer presión sobre su rival, asegurar las ventajas estratégicas y aumentar su propia influencia.

A finales de la década de los veinte y a principios de la de los treinta estas intervenciones se multiplicaron. En 1629, Francia comenzó a hostigar a las tropas españolas en un intento de expulsarlas del territorio de Alsacia, vinculado al Sacro Imperio Romano. Por su parte, en los primeros meses de 1630, el ejército del emperador Fernando II se apoderó de varias fortalezas pertenecientes al obispado de Metz, un protectorado francés. En 1632 Francia y España se enfrentaron abiertamente en el electorado de Tréveris, dando origen a una confusa contienda por el control del semindependiente ducado de Lorena. Estas intervenciones, sin declaración explícita de guerra, buscaban preparar el terreno para un conflicto abierto en toda regla.

En este periodo de preguerra entre Francia y España, no fueron los ejércitos sino los embajadores franceses los verdaderos artífices de una red de alianzas para aislar a la

Casa de Austria y con vistas a su exclusión y completa derrota. En esa orquestada campaña diplomática anthabsburgo, se firmaron numerosos acuerdos con los territorios más vulnerables para la monarquía española: los ducados de Saboya y Parma, las Provincias Unidas y los países protestantes de Alemania, que formaban parte de la Liga de Heilbronn, recuperada en abril de 1635. A esa liga se sumarían también los suecos después de haberla abandonado. Por el tratado de 17 de junio de 1630 y el del 8 de febrero de 1635, la osadía y temeridad de Francia se puso de manifiesto al negociar, incluso, con las Provincias Unidas. Ese mismo año, la diplomacia francesa procuró que Suecia firmara el tratado de Copiègne, pero los suecos rechazaron en un principio subordinar su esfuerzo bélico a los intereses franceses. Tras difíciles negociaciones, el 30 de junio de 1636, Oxenstierna aprobó el tratado de Wismar, por el cual Francia otorgaba un sustancial subsidio a su aliado sueco. También por el tratado de Rivoli, de julio de 1635, Richelieu consiguió formar una liga antiespañola con los príncipes de Saboya, Parma, Módena y Mantua.

Al mismo tiempo que completaba su extensa actividad diplomática, en octubre firmó un acuerdo con Bernardo de Sajonia-Weimar, aquel general, alemán de nacimiento, que había servido a las órdenes de Mansfeld y después de Gustavo Adolfo. Su talento y capacidad para la estrategia hizo que se le considerase como el mayor dirigente protestante en la guerra de los Treinta Años tras la muerte del rey sueco. En 1635, Bernardo pasó al servicio de Francia, mediante un acuerdo por el cual Luis XIII tomó a su cargo a los 18.000 hombres del ejército de Weimar. Fue entonces

cuando el cardenal Richelieu resolvió desafiar de forma directa al gigante hispano, que desde 1618 se encontraba en lucha abierta contra los países protestantes de Alemania y, desde 1621, contra las Provincias Unidas. Además, en 1634, Richelieu confiscó y ocupó por completo el ducado de Lorena y la ciudad de Heildeberg, capital del Palatinado, al mismo tiempo que respondió al llamamiento de varios príncipes señores de Alsacia, estableciendo guarniciones en algunas plazas alsacianas. El desafío a España aumentó cuando en marzo de 1635, Henri, duque de Rohan, ocupó el valle de la Valtelina, interrumpiendo así el camino español. Curiosamente, el duque había sido el dirigente de los hugonotes que habían mantenido en jaque al mariscal Luynes y al gobierno de París. Tras su rehabilitación, Rohan fue nombrado mariscal de Francia e investido con el gobierno de Nîmes y Uzès. En 1627, una nueva rebelión de los hugonotes les llevó a presentar su última batalla en el puerto atlántico de La Rochelle, en cuya defensa volvió a tomar parte el duque de Rohan. Aquella ocasión fue aprovechada por Carlos I, de Inglaterra, para enfrentarse a Francia enviando a Buckingham en ayuda de los rebeldes hugonotes de La Rochelle. Todo en vano. Con la caída del poderío hugonote en Francia, Henri se retiró a Italia, donde blandió la pluma para escribir su famoso tratado *Le parfaict Capitaine*. Sin embargo, en 1633, Richelieu decidió solicitar de nuevo sus servicios y Rohan regresó al servicio activo empuñando la espada en el conflicto de la Valtelina.

Fue el éxito militar de los Habsburgo en Nördlingen en 1634 y la severa derrota de Bernardo de Sajonia-Weimar a la cabeza de las tropas suecas lo que llevó a Francia a decidir su

intervención directa. Esta derrota protestante cambió muchas cosas, supuso el hundimiento de los suecos en la Alemania renana y danubiana y la defección del elector de Sajonia Juan José, quien, después de sus dudas y vacilaciones, firmó con el emperador las preliminares de Pirna el 24 de noviembre de 1634, confirmadas en la Paz de Praga el 30 de mayo de 1635.

4. EL SONIDO DE LAS TROMPETAS DE GUERRA

La guerra como problema alemán 1618-1629

Cuando en 1618 Johannes Kepler anunciaba que «El Dios de la guerra ha hecho sonar sus trompetas», advertía con palabras de Sofonías que llegaban días «de sonido de trompetas, de gritos de guerra contra las ciudades fortificadas y contra las desafiantes torres». El gran astrónomo y matemático era capaz de intuir la proximidad del huracán que se cernía sobre Europa gracias al universo de sonidos perturbadores que toda guerra arrastra consigo. Aquellos ecos poblaban especialmente las ciudades en vísperas de ser asediadas y los campos de batalla se llenaban ya del fragor de la lucha; una mezcla de gritos y órdenes de los comandantes, del tronar de la fusilería, del galopar de la caballería, del bramar de la artillería, del aullar de los heridos... En aquel torbellino del combate solo se alzaba con nitidez el sonar de las trompetas cuyos toques de guerra ordenaban los movimientos de la caballería y el final del combate.

Pero no solo Kepler intuía la guerra. Otros espíritus sagaces, como Quevedo, tuvieron la convicción —ya generalizada hacia 1615 en ciertos ambientes europeos— de la proximidad de una gran contienda. El escritor madrileño, perfecto conocedor de los entresijos de la política imperial española y de la situación italiana, participaba sin ninguna duda de esta creencia. Quevedo estaba al tanto de las tensiones entre los príncipes protestantes y católicos alemanes, y entre los primeros y el emperador de Austria y

de las consecuencias que estos enfrentamientos podían tener para el resto de Europa: una guerra religiosa en la que se verían envueltas las principales potencias europeas.

En el mes de mayo de 1618, tras una década de armonía insólita —la *Pax Hispanica*—, el estallido de la guerra gravitaba sobre Europa. Ciertamente en el horizonte de aquel periodo, densos nubarrones habían perturbado la estabilidad, pero los peligros y amenazas habían pasado como una tormenta sin dejar paso a una grave conflagración. Sin embargo, esas alteraciones eran el preludio de la dolorosa convulsión que se estaba fraguando en el Sacro Imperio Romano Germánico. En su epicentro convergían las disputas entre católicos y protestantes y entre partidarios y enemigos de los Habsburgo. Las discordias provocaron graves tensiones, y estas a su vez propiciaron la insurrección de Bohemia. Aquel reino supuso el ojo del huracán, el inicio de una confrontación abierta, de carácter político y religioso que, de estar localizada en sus comienzos, desbordó finalmente el ámbito alemán y el europeo.

Precisamente esta circunstancia ha servido para distinguir diversas fases o periodos de la guerra que facilitan la comprensión de tan larga contienda. Las cuatro etapas tradicionales del conflicto, que aparecen en muchos libros de historia (bohemia o palatina, danesa, sueca y francesa), han sido desestimadas por su inexactitud. Suecia, por ejemplo, mantuvo una participación muy activa hasta el final de la contienda y no solo durante el periodo sueco, y Francia intervino antes de 1635, sobre todo, como financiadora de los enemigos de los Habsburgo. Son sin duda más adecuados

los dos periodos que distingue Geoffrey Parker. El primero hasta 1629, en que el emperador luchó esencialmente contra «súbditos suyos con alguna ayuda foránea». En esa fase, el conflicto parecía enmarcado en un contexto exclusivamente alemán; incluso Cristian IV declaró en 1625 la guerra a los Habsburgo como duque de Holstein y no como rey de Dinamarca. Fue en el siguiente periodo, a partir de 1630, cuando el emperador combatió «sobre todo contra potencias extranjeras cuyos auxilios alemanes fueron, la mayoría de las veces, escasos en número y de recursos limitados». La intervención de Gustavo II Adolfo de Suecia en Alemania hizo transformar el carácter de la contienda, que a partir de entonces se internacionalizó.

En 1635, la espiral bélica se incrementó aún más cuando Francia declaró abiertamente la guerra contra España, lo que señaló la expansión del conflicto en toda su crudeza y el inicio de un duelo a muerte por la hegemonía europea. En este contexto, la contienda alcanzó proporciones mundiales, cuando los holandeses, apoyados por Francia, desafiaron abiertamente el dominio ibérico en América, sobre todo en Brasil, pero también en África y el lejano Oriente.

La Guerra de los Treinta Años ha sido considerada además como «guerra total», sobre todo a partir de la entrada de Francia en el conflicto y la intervención de su aliada sueca —la pesadilla del emperador— contra el Imperio hasta la Paz de Westfalia de 1648. Fue entonces cuando hubo una escalada bélica sin precedentes al extenderse los frentes de batalla a todas partes.

Según Peter Wilson, tres son los parámetros que deben considerarse para calificar el conflicto como «guerra total»:

por un lado, la capacidad de los contendientes para alcanzar la movilización de recursos humanos mediante el servicio militar universal; por otro, que su objetivo final sea la destrucción total del enemigo; y, finalmente, que se produzca la fusión entre los ámbitos civil y militar.

Si la magnitud de una guerra se manifiesta mejor a través del grado en el que se considera que ha superado los resultados precedentes y ha roto las normas aceptadas, fue a partir de 1635 cuando la contienda pudo alcanzar esos niveles. Se desplegaron mayores ejércitos, fruto de un incremento de la movilización, también obligatoria aunque no completamente universal. La destrucción total del enemigo no fue un efecto buscado en sí mismo; ninguno de los contendientes pretendía el exterminio físico del adversario, pero sí perseguía la destrucción de su modo de vida. Y es que los beligerantes tenían una teoría sobre la guerra que implicaba totalidad. Las operaciones militares se legitimaban a través del concepto cristiano de una guerra justa, definida por promover el bien y combatir el mal. La justicia de cualquier causa, como la propia verdad religiosa, se consideraba algo singular, no plural. Por consiguiente, solo un bando podía ser justo y tener el apoyo divino, el otro no. Así puede comprenderse la recriminación de Gustavo Adolfo a su cuñado Jorge Guillermo de Brandeburgo, quien, a pesar de sus intentos de neutralidad, se vio forzado a unirse a las fuerzas protestantes de Suecia en 1631:

Porque os digo claramente que no sabré ni oiré nada de «neutralidad»; su Excelencia debe ser amigo o enemigo. Cuando llegue a vuestra frontera deberá declararse a sí mismo, caliente o frío. La lucha es entre Dios y el diablo. Si su Excelencia está de parte de Dios, lo dejaré estar cerca de mí; si está del lado del diablo, entonces tendrá que luchar contra mí; no hay un

tercer supuesto, esto es así.

Consecuencia de todo ello fue la condena general de la neutralidad. Como no existía un claro derecho internacional, la posición de los países neutrales era muy ambigua y apenas estaba protegida. En realidad, no se concebía la neutralidad; se percibía como algo inmoral, puesto que permitía que la injusticia de los enemigos quedara impune frente a la justicia que se adjudicaba como patrimonio cada contendiente. Se toleró una especie de neutralidad benévola por la que el príncipe neutral debía permitir el tránsito de las tropas por sus posesiones y proporcionar alimentos y suministros. Existía la creencia general de que un beligerante tenía derecho a conducir sus tropas a través de un territorio neutral si, al hacerlo, no causaba daños (el derecho de *transitus innoxius*). También se reconocía una especie de neutralidad por conveniencia mutua. Así ocurrió con Hamburgo, Bremen y Lübeck, que actuaron como sedes para la diplomacia y las transacciones financieras de todos los principales contendientes.

La conducción de la guerra fue, sin duda, brutal y estuvo acompañada de numerosas atrocidades, incluida la masacre de soldados que huían del campo de batalla y de heridos en las fases finales de muchas batallas, así como la matanza de civiles durante los saqueos de ciudades. En Bohemia, los Habsburgo expropiaron sus territorios solamente a los nobles insurrectos y no al resto de la nobleza protestante. Sus oponentes adoptaron políticas similares. Los bohemios, por ejemplo, antes de ser derrotados, habían comenzado a confiscar propiedades de los enemigos católicos, y asimismo los suecos, los cuales proyectaron la redistribución de las

tierras confiscadas (conocida eufemísticamente como «donaciones»). Esta incautación afectó a importantes zonas de Alemania entre 1631 y 1634, aunque la mayor parte de dicha redistribución fue revocada tras la victoria de los Habsburgo en Nördlingen en 1634. Todo ello indica que las fronteras del mundo civil y militar prácticamente no existían, la guerra estaba omnipresente en sus vidas.

Además de la denominación de guerra mundial y guerra total, también ha sido considerada como la última gran guerra de religión. Este apelativo es bastante discutible por cuanto las cuestiones religiosas siguieron presentes en conflictos posteriores y porque en la guerra de 1618 a 1648 se mezclaron otros intereses muy distintos a la cuestión religiosa, como la lucha por la hegemonía o el dominio de los mercados.

La revuelta de Bohemia

Advierta bien el príncipe, escribió Saavedra y Fajardo, la capacidad de su mano, la ocasión y el derecho, para no abarcar sin gran advertencia más antorchas que las que le diere la sucesión o la elección legítima. Si lo hubiera considerado así el conde palatino Federico no perdiera la voz electoral y sus estados por la ambición de la corona de Bohemia.

En el libro de los emblemas de Diego Saavedra y Fajardo publicado con el título *Idea de un príncipe Político-Christiano*, el diplomático español trataba de ofrecer una obra útil para la educación del malogrado infante y heredero Baltasar Carlos. Su objetivo específico era enseñar al príncipe de la monarquía española a conducirse oportunamente a lo largo de su vida. Uno de los emblemas representa una serpiente (símbolo de la prudencia) enroscada alrededor del cetro (atributo del poder del rey) situado sobre un reloj de arena (alusión al paso del tiempo). En ambos lados, sendos espejos

reflejan la serpiente de frente (que significa el futuro) y de espalda (el pasado). El emblema enseña que un buen gobernante debe conocer el presente, recordar el pasado y penetrar el futuro. El príncipe ha de aprender del pasado, de los errores de los que ya no viven, para discernir el futuro y, al mismo tiempo, rodearse en el momento presente de fieles y sabios consejeros que le digan siempre la verdad. Aquellos avisos y advertencias sobre la prudencia, que formaban parte de la literatura e iconografía general de Europa, podían haber servido de llamada de atención a los príncipes en un momento de la historia en la que una simple rebelión territorial se iba a convertir en la chispa de una conflagración mundial con enormes repercusiones para Europa.

El punto de partida de aquel proceso puede situarse el 29 de julio de 1617, cuando Fernando de Estiria fue elegido y reconocido como rey de Bohemia. Doce meses después se encendió la mecha que iba a provocar primero la revuelta de Bohemia y con ella el estallido de la Guerra de los Treinta Años. Para algunos historiadores, la insurrección fue provocada por los intentos del emperador Matías de erradicar el protestantismo en aquellas tierras y sus medidas para imponer un control político total desde Viena. Particularmente sentida, según algunos historiadores, fue la presión que se llevó a cabo sobre los estados de Bohemia para elegir a Fernando de Estiria; para otros historiadores, en aquella elección no medió presión alguna.

Tras la coronación, aumentaron los motivos de suspicacia y desconfianza de la nobleza bohemia ante las formas de actuación de aquel monarca católico educado en

la Universidad de Ingolstadt, a 70 kilómetros de Múnich, regida por los jesuitas. Fernando resultó ser un rey exigente y severo, como los más firmes y leales luteranos y calvinistas, algo de lo que no podían sorprenderse sus opositores, pues ya como soberano de Estiria había mostrado su celo por el credo romano. Estos antecedentes hacían prever que más tarde o más temprano iban a surgir problemas en los territorios de la corona de Bohemia, donde la confusión religiosa era enorme y las sospechas hacia el nuevo monarca aumentaban con el paso del tiempo.

Aunque en 1617, en un gesto de tolerancia, Fernando reconoció la validez y vigencia de la *Carta de Majestad*, pronto iban a surgir discrepancias en la interpretación de alguna de sus cláusulas. El malestar creció cuando el gobierno ordenó la destrucción de los templos protestantes recién construidos de Hroby y Broumov. Estas ciudades pertenecían a prelados católicos y no estaban vinculadas por las concesiones de la *Carta de Majestad*. El nuevo rey, dispuesto a completar su programa de gobierno, desarrolló una serie de medidas, como la censura sobre la literatura impresa, la prohibición de utilizar el patrimonio católico para el pago de ministros protestantes y la concesión de los principales cargos públicos a sus servidores leales, disposiciones que provocaron considerable malestar.

En marzo de 1618, se convocó la Dieta de Bohemia para tratar los puntos más conflictivos de la *Carta de Majestad* y solicitar al emperador que depusiese su programa centralizador y benefactor del catolicismo. La Dieta, en la que estaban representados los caballeros, las ciudades y los aristócratas, se configuraba en realidad como un «foro»

donde los privilegiados planteaban sus demandas al rey. Reunida de nuevo en mayo de aquel año, el emperador Matías, en lugar de ceder ante sus exigencias, ordenó una vez más su disolución. La insurrección contra el enfermo emperador no se hizo esperar. La iniciativa partió del protestante Jindřich Matyáš, Enrique Matías, conde de Thurn (1567-1640), quien decidió aprovechar esos incidentes para provocar la ruptura con los Habsburgo. No en vano Thurn había intervenido en la redacción y publicación de la *Carta de Majestad* y había sido elegido por los estados de Bohemia como miembro del Consejo de los Diez, es decir, uno de los «defensores de la fe» para negociar con los católicos.

Los rebeldes habían elegido un buen momento para provocar el levantamiento inicial de Praga. El 23 de mayo de 1618, la ciudad se encontraba sin la presencia de las principales autoridades y gobernada solo por un Consejo de regencia formado por siete católicos y tres protestantes de Praga. El emperador Matías había pasado el invierno y la primavera en Viena, ciudad en la que también se encontraba el embajador español, conde de Oñate. Por su parte, Fernando de Estiria, absorbido por el problema de los uscoques y pendiente de su elección como rey de Hungría que le podría ascender con más derecho y fuerza al trono imperial, se ausentó de la corte de Praga con el canciller Lobkowitz.

Los rebeldes protestantes checos, en su mayoría de la nobleza bohemia, estaban preparados para una ofensiva. Llevaban años manteniendo contactos con otros protestantes europeos y, por ello, se encontraban muy bien

apoyados. La colaboración llegó, por una parte, de Bethlen Gabor (1580-1629), príncipe calvinista, procedente de una célebre familia de Transilvania y vasallo del sultán otomano; por otra, del elector Federico V del Palatinado y su ambicioso ministro Cristian de Anhalt, que habían logrado además un acuerdo con los hugonotes franceses. Con esos apoyos, la nobleza checa se dispuso a exigir una paralización de las medidas y el escrupuloso respeto a la *Carta de Majestad*. La respuesta del emperador fue taxativa: mantenimiento inamovible de las últimas disposiciones a las que ahora se añadía la prohibición imperial de reunión para los nobles sediciosos. A los dos días de haber recibido esta resolución firmada por Matías, el miércoles 23 de mayo de 1618, una delegación de la Dieta se encaminó a la Cámara del Consejo de Regentes, en el castillo de Hradcany en Praga, un extenso complejo palaciego en la orilla occidental del río Moldava, donde se hallaban varios de los regentes. Según el testimonio del médico y cronista Ondrěj Habervešl de Habernfeldu (1580-1645), en ese preciso momento, en la Cancillería de los gobernadores reales de Bohemia estaban dos grupos de enemigos cegados en una lucha sin cuartel. En el primero de ellos, se incluía a los representantes de los estados protestantes, enviados al Castillo por la Asamblea de los Estados para negociar una compensación por la violación de las libertades religiosas garantizadas por la *Carta de Majestad*; el segundo grupo estaba formado por los gobernadores reales de Bohemia o regentes acusados de violación de los derechos concedidos por la *Carta de Majestad*. Pavel Ricany, uno de los líderes del levantamiento, pronunció unas palabras solemnes en el viejo Palacio Real

de Praga:

Vosotros que estáis unidos por juramento al Papa, o sois incluso sus esclavos, sois vosotros quienes habéis cometido el crimen del que nos acusáis: sois vosotros los que habéis conspirado contra vuestro reino! Todo lo que hemos hecho ha sido de acuerdo con los derechos que nos han asignado, mejor dicho, que son innatos a nosotros! Vuestra gente ahora clama no solo libertad religiosa, sino también libertad política, y es posible que nosotros continuemos mirando en otra dirección? Sabed, pues, que vosotros, que habéis olvidado vuestra conciencia y vuestro juramento, que a partir de este momento estaréis engañados como hijos traidores de Dios y de vuestro pueblo.

Los duros intercambios de opiniones que tuvieron lugar no duraron mucho. Los dos oficiales reales más odiados Vilém Slavata de Chlum y Jaroslav Borita de Martinitz fueron arrojados desde una ventana del Castillo de Praga junto con el secretario. Aquello fue un acto simbólico que enlazaba con la práctica husita de 1419 y 1483. La historia checa ha recordado este suceso como la tercera defenestración. Los arrojados al vacío no lo fueron al azar, por el contrario, encarnaban a la nobleza terrateniente católica, que como los Dietrichstein, también conversos, se mantenían al servicio de los Habsburgo. Representaban, además, tanto al enemigo religioso como al propietario competidor. La caída tuvo un carácter trágico-cómico, pues, a pesar de los 20 metros de altura, se hundieron en un montón de estiércol y consiguieron huir para dar parte del hecho. Para la propaganda católica, las víctimas sobrevivieron a la caída de forma milagrosa.

Tras la Defenestración de Praga, los rebeldes constituyeron un gobierno provisional que declaró depuesto a Fernando, rey de Bohemia, inició el reclutamiento de un ejército para hacer frente al poder imperial y comenzó a

buscar ayuda exterior. Aquel acontecimiento resultó ser la chispa que encendió una terrible conflagración. Otras centellas habían salido del avispero centroeuropeo, y especialmente de las crisis sucesorias y fronterizas; pero mientras aquellas no prendieron, esta sí lo hizo y de modo insospechado, llegando a provocar no solo una hoguera en el Imperio sino un peligroso incendio que se extendió por toda Europa.

En un primer momento, el enfermo emperador Matías, abrumado por los hechos de desacato y rebeldía en sus territorios patrimoniales, no adoptó medidas drásticas que luego hicieran imposible la negociación. Esa pacífica respuesta se debió, sobre todo, a los consejos recibidos por el moravo Kerel Zerotin, Adam Valdstym y el cardenal Khlesl, partidarios de una solución diplomática.

Frente a esa decisión, el embajador español Oñate propuso al emperador iniciar los preparativos de una acción armada, antes de que los insurrectos organizaran su defensa, salvaguardando así Bohemia para el archiduque Fernando. Con este objetivo, a primeros de junio, Matías solicitó la ayuda de sus «primos» los Austrias de Madrid y las precisas asistencias al archiduque Alberto, soberano de Flandes. Aunque en principio pidió únicamente apoyo financiero, Oñate, en un informe de 6 de junio, requirió alrededor de 12.000 soldados de infantería. De hecho, el emperador no descartaba en ningún momento la negociación con los príncipes protestantes.

Ante los requerimientos de Oñate, el Consejo de Estado español vivió un momento crucial durante el mes de julio de 1619, al tener que decidir la oportunidad y conveniencia de

la intervención o no de España en los pantanosos asuntos centroeuropeos. Lerma era partidario de mantenerse a la expectativa, de no involucrar abiertamente a España en un conflicto que pudiera irse de las manos. Apoyado por Luis de Aliaga, su confesor y más tarde inquisidor general, Lerma trataba de inhibirse de los problemas europeos para centrar su atención y destinar los recursos a los compromisos más cercanos de la Monarquía: los del Mediterráneo. Como ya se ha visto, cuando estalló la rebelión de Bohemia, el gobierno español se hallaba preparando una gran expedición a Argel, la cual fue abandonada en favor del apoyo a los Habsburgo. Aquella decisión supuso el triunfo de los que consideraban que el futuro de la monarquía española se ventilaba en el centro y norte de Europa. Lerma comprendió que aquella desafección a sus planes significaba su próxima caída y que sus días de gloria habían pasado.

El hombre fuerte del Consejo de Estado era ahora Baltasar de Zúñiga, el cual, gran experto en la política centroeuropea, estaba completamente a favor de la intervención. Nadie, ni siquiera Lerma, podía oponerse a las poderosas razones de Zúñiga, del conde de Oñate —su sucesor como embajador en la corte imperial y, por ello, conocedor de primera mano de los hechos acaecidos— y Franz Christoph Khevenhüller, embajador imperial en Madrid de 1617 a 1631.

En el verano de 1618, mientras en la corte de Madrid se debatía sobre la ayuda al emperador, el conde de Thurn preparaba rápidamente la defensa de Bohemia fortificando los principales centros del sur y reclutando un pequeño ejército. Por su parte, Oñate, que consideraba la imperiosa

necesidad de frenar a los rebeldes, favoreció la detención del influyente cardenal Khlesl, el 20 de julio, partidario de la negociación, y decidió no licenciar las tropas acantonadas en el Friuli sino trasladarlas más cerca de Viena. El emperador Matías consiguió que Carlos Buenaventura de Longueval, conde de Bucquoy (1571-1621), general del archiduque Alberto en los Países Bajos, aceptara ponerse al mando de las tropas imperiales. Su gran experiencia adquirida al servicio de la monarquía española en la guerra de Flandes fue la causa de la propuesta del emperador. De origen flamenco, Bucquoy se había distinguido en la batalla de Nieuwpoort (1600), en el asedio de Ostende (1601-1604) y, sobre todo, como general de artillería en las campañas de Frisia con Ambrosio Spinola, sin olvidar su buen hacer diplomático al servicio de los archiduques.

Cuando ocurrió la Defenestración de Praga, Bucquoy estaba en Flandes y se vio obligado a dirigirse rápidamente a Viena, donde en agosto tomó el mando de las fuerzas imperiales levantadas para acabar con la revuelta. Sus logros en la primera campaña fueron más bien mediocres, pues, falto de soldados, suministros y dinero, estuvo cerca del desastre más de una vez. El 9 de diciembre, derrotado por el conde de Thurn en la batalla de Lomnice, no pudo levantar el sitio de la ciudad de Pilsen. Por si fuera poco, en pleno invierno, fue sorprendido por la fulgurante marcha del conde de Thurn hacia Viena.

Aquella efectividad del ejército bohemio se debió a la ayuda recibida no solo del Palatinado, sino también del duque de Saboya, quien ofreció a Federico V los servicios de varios contingentes entrenados en la guerra de Friuli. Entre

ellos se encontraban 2.000 mercenarios bajo el mando de Ernesto Mansfeld y de Bethlen Gabor. El primero, a pesar de ser hijo de Pedro Ernesto de Mansfeld (1517-1594), gobernador de los Países Bajos entre 1592 y 1594, mudó las lealtades de su padre y se convirtió en enemigo acérrimo de la monarquía española y de la dinastía Habsburgo. Pero sus adhesiones variaron sucesivamente a lo largo de su vida. Primero estuvo al servicio del ejército imperial en Hungría, donde ganó sus primeras experiencias militares. Más tarde sirvió al archiduque Leopoldo, del que se alejó con despecho alegando la ingratitud del príncipe. A pesar de sus primeros éxitos, pues su regimiento en apoyo a los rebeldes checos fue útil al ocupar la ciudad de Pilsen, estos no le acompañaron a partir de entonces en su carrera militar. Por ello, el historiador Fernando Negrodo lo describió como «un feroz condotiero, verdadero maestro en levantar ejércitos para conducirlos a la derrota».

Por su parte, Bethlen Gabor se convirtió en cabeza de la revuelta contra los Habsburgo en aquella región. Su objetivo era conseguir que la Dieta de Presburgo o Bratislava, reunida el 25 de agosto de 1620, le reconociera el derecho a la corona de Hungría.

La situación se hizo crítica cuando, el 20 de marzo de 1619, murió en Viena el emperador Matías. Meses después, los sublevados aprovecharon para declarar depuesto al rey de Bohemia, Fernando de Estiria, y el 22 de agosto los estados de Bohemia lo desposeyeron solemnemente y declararon vacante el trono. Pero todavía fueron más lejos y el 26 de agosto decidieron ofrecer la Corona al calvinista Federico V del Palatinado, dirigente de la Unión Evangélica.

Ya antes de la elección, uno de los principales colaboradores de Federico, Ludwig Camerarius, había sido enviado a Praga para acercar posiciones entre Heildelberg, la corte del Palatinado y los nobles bohemios.

Indeciso por naturaleza, Federico era suficientemente inteligente para darse cuenta de las enormes consecuencias que traería la aceptación del ofrecimiento de Bohemia. Sus consejeros se dedicaron nueve meses a debatir lo que debía hacerse. Si, por un lado, su madre y los oficiales del Palatinado le animaban a rechazar la Corona porque obviamente conduciría a la guerra, sus ministros más próximos, Anhalt y Camerarius, de gran influencia en Federico, le instaban a aceptarla. Parece que no hay razón para admitir la vieja historia de un elector intimidado o doblegado por su ambiciosa esposa inglesa ansiosa por ser reina.

El 28 de septiembre de 1619, desoyendo las recomendaciones de su yerno Jacobo I y de la propia asamblea de la Unión Protestante, el joven Federico V aceptó la corona de Bohemia. Pocos días más tarde con su esposa Isabel Estuardo, para ser allí coronado el 4 de noviembre de 1619.

La decisión de Federico fue enormemente arriesgada e imprudente teniendo en cuenta que precisamente los electores imperiales, reunidos en Fráncfort el 28 de agosto de 1619, habían elegido nuevo emperador del Sacro Imperio Romano Germánico a Fernando de Estiria, rey de Bohemia y también de una parte de Hungría. La elección, que estuvo guiada por el deseo y la esperanza de liquidar la crisis del Imperio, supuso un triunfo para los intereses de España, que

había trabajado arduamente en aquella designación. A partir de entonces, el incidente checo —antes solo de Estiria— se convirtió en un problema imperial que pronto trastornó a toda Europa.

Mientras sucedían estos acontecimientos políticos, la guerra continuaba su proceso. A finales de abril, Bucquoy recibió por fin refuerzos del archiduque Alberto: una fuerza de 7.000 soldados del ejército de Flandes, 6.000 de infantería —entre cuyos oficiales valones se hallaba el joven René Descartes— y 1.000 de caballería. Se dirigieron directamente a Viena y a su paso por Alsacia fueron puestos bajo el mando de Baltasar Marradas.

Era el momento clave, pues los rebeldes habían logrado extender su influencia al resto de países de la corona de Bohemia, es decir, a Lusacia, Silesia y Moravia incluso a la Alta y Baja Austria.

Con estos refuerzos, la fortuna de Bucquoy cambió y el 10 de junio de 1619 logró derrotar a Mansfeld en la batalla de Záblati, obligando a los bohemios a abandonar el sitio de Budweis, en Bohemia meridional. Aquello demostró la necesidad de importantes contingentes de tropas para dominar con un mínimo de garantías la situación.

Una vez asegurada la elección imperial, Fernando inició la preparación de una gran ofensiva para recuperar la corona de Bohemia en manos de Federico. Su estrategia le llevó a dedicar la primera mitad de 1620 a una constante actividad diplomática y, los meses siguientes, a formar y desplegar una gran fuerza militar. Iba a ser un duelo a muerte por la corona bohemía.

Federico no pudo contar con apoyos de entidad, solo dispuso de algunos subsidios de las Provincias Unidas y Venecia, que llegaron de forma intermitente y escasa. Los miembros de la Unión Protestante, divididos entre ellos por rivalidades internas, no le apoyaron. Hasta los príncipes protestantes del Imperio consideraron que su aceptación de la corona de Bohemia subvertía la constitución imperial. El único aliado que se implicó en el conflicto de forma sustancial fue el príncipe de Transilvania, Bethlen Gabor, interesado desde 1619 en la conquista de la Hungría habsburguesa. Gabor, junto a las tropas del conde de Thurn, había puesto sitio a Viena por segunda vez. Una vez más el asedio fracasó por la amenaza del rey católico Segismundo III de Polonia, que había penetrado en la Alta Hungría interrumpiendo las comunicaciones con el territorio transilvano. Gabor no dudó entonces en levantar el asedio a Viena, regresar a sus posesiones y aceptar, en enero de 1620, una tregua temporal propuesta por el emperador.

Al contrario que Federico, el emperador encontró aliados y pudo contar con la ayuda de su yerno Maximiliano de Baviera, los príncipes de la Liga Católica y Felipe III de España. El 8 de octubre de 1619, Fernando y el conde de Oñate firmaron el Tratado de Múnich con Maximiliano de Baviera, que había reorganizado la Liga Católica de príncipes alemanes. Aquel tratado tendría grandes consecuencias en el Imperio porque, a cambio de su ayuda militar, se prometió secretamente a Maximiliano la dignidad electoral correspondiente a Federico y los territorios del Palatinado que el ejército de la Liga pudiera ocupar, además del apoyo militar pleno de España. En la misma línea, al

elector de Sajonia se le prometió el territorio de las dos Lusacias a condición de no prestar apoyo a Federico, mantenerse leal al emperador y organizar un ejército para reconquistar dicho territorio a los sublevados. La causa de Fernando recibió también importantes subsidios del Papado, materializados en una ayuda de 400.000 escudos con destino a Viena entre 1619 y 1623; cerca de 350.000 a Múnich, capital de Baviera, y unos 16.000 al rey de Polonia, también aliado de los Habsburgo. A esto hubo que añadir la importante ayuda económica y militar de España.,

Fechas	Tropas de infantería	Tropas de caballería
Abril 1618	7.000 soldados valones	
Enero 1619	3.000 soldados valones	
Febrero 1619		1.000 caballeros
Abril 1619	6.000 soldados valones	1.000 caballeros
Octubre 1619	6.000 soldados napolitanos	
TOTAL	22.000 soldados	2.000 caballos

Así pues, el esfuerzo de los Habsburgo se vio coronado por el éxito al aglutinar un ejército de 25.000 hombres, que unía las fuerzas imperiales comandadas por Bucquoy y las de la Liga Católica al mando de Jean Tserclaes, conde de Tilly; no faltaron en aquel ejército imperial tropas valonas e italianas procedentes de la corona española.

El desafío de Federico tampoco fue bien visto por Luis XIII de Francia, que acababa de sufrir un intento de rebelión de sus propios protestantes hugonotes. La insurrección bohemia era un peligroso ejemplo para los rebeldes de Francia y, por tanto, algo insostenible e inadmisibles para la monarquía francesa. Pero no solo se abstuvo de cualquier colaboración, sino que envió al duque de Angulema a una misión muy especial: persuadir a los príncipes alemanes de

la Unión Protestante que retiraran cualquier apoyo a Federico. La misión, concluida en el Tratado de Ulm del 3 de julio de 1620, fue un éxito y consiguió evitar que el conflicto bohemio se transformara en una guerra civil alemana que enfrentara a la Liga Católica y a la Unión Protestante. De este modo, las tropas de la Liga dirigidas por Maximiliano pudieron ser empleadas en Bohemia.

Tampoco el rey Jacobo I de Inglaterra apoyó la causa de Bohemia y prosiguió su política de mantener buenas relaciones con España. Frente a la opinión pública inglesa y a las simpatías que despertaba la causa de su hija, el rey afirmó que no aprobaba la insurrección de Bohemia y que intentaría influir en los príncipes protestantes alemanes, principalmente en su yerno el elector palatino, para que no prestaran su ayuda a los rebeldes.

Lo que nadie se esperaba es que los nuevos reyes de Bohemia, y especialmente Isabel Estuardo, gozaran de tanta popularidad en su nueva corona como en Inglaterra y Escocia. En su país de nacimiento, Isabel despertaba grandes simpatías y adhesiones, hasta el punto de recibir importantes sumas de dinero recaudadas privadamente por algunos devotos de su causa. Los poetas John Donne y Henry Wotton sintieron gran adoración por Isabel Estuardo; Donne le dedicó el día de su boda unos versos llenos de entusiasmo:

Sé una nueva estrella que nos augure
Hechos maravillosos; y sé tú esos hechos.

Por su parte, Wotton escribió en 1620, poco antes de que sucediera la catástrofe, un famoso poema titulado «A nuestra señora, la reina de Bohemia», en el que comparaba a

Isabel con la rosa, la reina de las flores.

La estrategia diplomática y militar estaba tan bien orquestada hacia la causa Habsburgo que los reyes de Bohemia y todos sus partidarios tuvieron poco margen de respuesta y fueron derrotados en una batalla memorable cerca de Praga. El 8 de noviembre de 1620, en una pequeña colina llamada Montaña Blanca, se produjo el encuentro con el ejército de Federico, que, formado por unos 20.000 hombres, estuvo deficientemente dirigido por Thurn, Anhalt y Mansfeld. La batalla no duró mucho, menos de una hora. Las fuerzas de Federico, quien no había tenido tiempo de salir de Praga hacia el campo de batalla, retrocedieron hacia la ciudad en desbandada. Él mismo, al darse cuenta de la derrota, huyó precipitadamente con una larga comitiva. Su reinado había durado un año y cuatro meses. Por este motivo, Federico recibió el lisonjero nombre de «rey de un invierno» (*Winterkönig*) porque solo reinó en Bohemia durante un invierno.

Casi al mismo tiempo que la larga procesión conducía al rey Federico fuera de Praga hacia su peregrinación, Maximiliano de Baviera y Bucquoy entraban victoriosos por la puerta opuesta de la ciudad. Su primera visita fue a la iglesia capuchina en Pohorelec, una de las pocas que permanecían católicas, donde pudieron dar gracias a Dios por la victoria. Durante los siguientes dos días de negociaciones sobre las capitulaciones con los burgueses y nobles de Praga, el duque de Baviera dejó claro que el tiempo en que Bohemia dictaba condiciones a su monarca había terminado. Todas las peticiones hechas por los implicados en la rebelión para asegurar y confirmar sus

privilegios y libertades fueron directamente rechazadas. Desde su entrada en la ciudad, Maximiliano apareció como un triunfador con pocos reparos en su actuación.

Praga no se libró del saqueo. Los hambrientos soldados de los ejércitos imperiales y bávaros, como también los que quedaban de los estados bohemios, asaltaron literalmente las casas bien surtidas abandonadas por los nobles y burgueses en su rápida huida con Federico. También las viviendas sospechosas de haber pertenecido a los insurrectos fueron objeto de pillaje. El saqueo continuó durante días, incluso las casas y palacios de los católicos acomodados fueron dañados. Maximiliano y sus generales no solo fracasaron en prevenir el descontrol de sus tropas, sino también se aprovecharon de la situación. El propio saqueo de Maximiliano al salir de Praga se estimó en 1.500 carros llenos de dinero y piezas de arte. Ante este delirio, en febrero de 1621, los ciudadanos de Praga decidieron acceder al pago de 5.000 gulden semanales a los soldados con el fin de frenar la violencia. Grande fue el impacto que tuvo la batalla de la Montaña Blanca en la propaganda política y en la literatura de la época. Especialmente la desgracia de los «reyes de invierno» recorrió las cortes europeas y originó una gran literatura panfletista tanto a favor como en contra. La batalla de la Montaña Blanca fue ampliamente tratada en un buen número de relaciones de sucesos españolas. Es una de las batallas, como ha demostrado y relatado Chaline, con mayor número de testimonios de testigos presenciales. [Vid. ANEXOS, Capítulo 4, Anexo n.º 1: Relación de sucesos: la victoria de la Montaña Blanca, 1620.]

Pero, además de relaciones de sucesos, también se

esparcieron poemas y canciones. Un ejemplo de esta literatura fueron los siguientes versos anónimos, en cierta manera maliciosos, surgidos a consecuencia del desgraciado acontecimiento que vivió el «rey de invierno» de Bohemia, incapaz de mantener su nueva corona y sus antiguas posesiones, el Palatinado Renano.

POOR WINTER KING!

Oh, shame on you, poor Winter King!
What's this that you have done?
Is't not a very naughty thing
To snatch the kaiser's crown?

Now you will have to stay away
Alike from Rhine and Prague,
And more than that—shame and dismay

Your days and nights will plague.
Dear Fritz, good fellow, oh, come now,
Give up, give up the crown!
To hell, to meet your just reward,
Full soon you will go down.
So everyone who flies too high
Is sure to go amiss;
Presumption, aiming at the sky,
Must pay in hell's abyss.
Alas! dear Fritz, my gay young blood,
I think it well may be
A seasoned switch betimes had spared
This monstrous infamy.
Right well you knew, and all the world,
Right well they know this thing,
That Ferdinand alone can be
Bohemia's lawful king.
So come, dear Fritz, rouse up and go
To Ferdinand, your king,
And beg him graciously to show

Full pardon for your sin.
Give to your king what is his own,
To God what is his due,
So shall you for your sin atone
And act the good prince, too.

POBRE REY DE INVIERNO

¡Oh, qué vergüenza, pobre rey de invierno!
¿Qué es esto que has hecho?
¿No es una cosa muy traviesa
Para arrebatarse la corona al Emperador?

Ahora deberás mantenerte alejado
Igual del Rin que de Praga,
Y más que eso: vergüenza y consternación

Tus días y noches se verán afectados.
Querido Fritz, buen amigo, oh, ven ahora,
¡Renuncia, renuncia a la corona!
Al infierno, para encontrarte con tu justa
recompensa,
Muy pronto bajarás.
Así, los que vuelan demasiado alto
Seguramente les irá mal;
La presunción que apunta al cielo,
Se deberá pagar en el abismo del infierno.
¡Ay! querido Fritz, mi joven compañero,
Creo que esto puede ser bueno
Un cambio experimentado a tiempo te
habría salvado
De esta monstruosa infamia.
Bien lo sabías, y todo el mundo,
Bastante bien, ellos sabían esto,
Que solo Fernando puede ser
El rey legítimo de Bohemia.
Así que ven, querido Fritz, levántate y ve
A Fernando, tu rey,
Y suplicale gentilmente que te conceda

Perdón completo por tu pecado.
Dale a tu rey lo que es suyo,
A Dios lo que le corresponde,
Así tú expiarás por tu pecado
Y actuarás también como buen príncipe.

Una de las primeras disposiciones del emperador fue el nombramiento de Carlos de Liechtenstein, primero como plenipotenciario y en 1622 como gobernador general con

sede en Praga y con poderes ilimitados. Sus atribuciones le permitían adoptar una resolución sin necesidad de convocar la Dieta, y así lo hizo hasta 1627. Entre otras medidas, el nuevo gobernador despidió de las instituciones a las personas implicadas en la revuelta y las sustituyó por otras ajenas a ella. Los altos dignatarios ya no fueron inamovibles sino elegidos por cinco años. Así restauró el orden en la administración y en la ciudad de Praga. Asimismo, en noviembre de 1620, los ciudadanos de Praga tuvieron que deponer todas sus armas; además, las monedas con el retrato de Federico fueron retiradas de la circulación y se impuso la censura a la prensa.

Los líderes rebeldes fueron sometidos a vigilancia y una comisión de investigación aprobó una lista de acusados. El 20 de febrero de 1621, los cabecillas sediciosos fueron arrestados. Liechtenstein los llamó al castillo de Praga con el pretexto de anunciarles un nuevo decreto imperial, pero en su lugar fueron encarcelados 17 nobles en la Torre Blanca del Castillo, 42 burgueses en el Ayuntamiento de Praga y otros en arresto domiciliario. La suerte de los jefes insurrectos fue diversa. Cuando comenzaron los arrestos, el conde de Thurn ya había huido de la ciudad; por el contrario, a la espera de clemencia por parte del emperador, el conde Joaquín Andreas von Schlick había permanecido en Praga. Al comprobar el curso de los acontecimientos, Schlick decidió finalmente huir a la vecina Sajonia. Desgraciadamente para él, el elector Juan Jorge consideró su presencia como una amenaza para sus relaciones políticas y diplomáticas con el emperador y acabó por entregarlo. Un tribunal procedió a dar las sentencias que fueron enviadas al

emperador para su aprobación. Antes de tomar una decisión, Fernando II, angustiado por las dudas y su propia conciencia, decidió acudir antes a la basílica de Mariazell en Estiria. Según la historiadora Wedgwood, su indecisión se acentuó cuando llegó el día de firmar las sentencias de muerte; no siendo capaz de hacerlo, salió repentinamente de la sala del Consejo empapado en sudor. Parte de sus dudas e inseguridad remitieron después de haber hablado con su confesor, y pudo entonces sancionar las sentencias, aunque reduciendo el número de condenados a 28, entre los que se encontraba Schlick y el rector de la Universidad de Praga.

La ejecución de los insurrectos se llevó a cabo en la Ciudad Vieja el 21 de junio, la mayoría por decapitación. La represión tuvo un carácter de escarmiento principalmente. Aunque las penas que Fernando aprobó parecieron crueles, en realidad, solo fueron ejecutados 27 bohemios de los 43 condenados a muerte.

Aquel episodio generó el rechazo de los príncipes germanos protestantes, e incluso de algunos católicos. A partir de aquel acontecimiento, la corte de Praga comenzó a ser conocida como la «Corte de Sangre» o la «Corte Sangrienta», detracciones y murmuraciones que influyeron en el ánimo del emperador hasta el punto de cancelar otras sentencias similares de juicios posteriores y de otros sediciosos apresados. El emperador concedió a todos ellos la libertad antes de 1630.

Ciertamente, el 12 de junio de 1621 fue un día triste en Praga, pues una vez ajusticiados en la plaza de la Ciudad Vieja, sus cabezas fueron expuestas al pueblo en cestas de hierro colocadas en la torre del puente de Carlos. Cuenta la

tradición que allí permanecieron diez años como señal disuasoria para todos los que osaran embarcarse en otro levantamiento. Actualmente, en el suelo de la plaza, es posible observar un grupo de losas con 27 cruces blancas.

Hasta 1629, Fernando trató de estabilizar la dinastía y llevar a cabo una serie de cambios institucionales, pero dicha empresa consistió, sobre todo, en afirmar su autoridad en un movimiento hacia el «absolutismo». Sin embargo, como ha escrito Wilson, no debe enfatizarse demasiado en la centralización y modernización de los estados patrimoniales de los Habsburgo; no se crearon nuevas instituciones, sino que se produjeron modificaciones para reducir la posibilidad de oposición formal.

La nueva «constitución» proyectada para Bohemia se dirigía directamente a fortalecer el poder del rey y unificar sus posesiones. Sus primeras medidas se destinaron a eliminar la ambigüedad existente en la elección del monarca bohemio. A partir de entonces, la Corona dejaba de ser electiva —con todos los inconvenientes y trastornos que la elección llevaba siempre consigo— y se convertía en hereditaria, pasando en su totalidad al primogénito del rey, el heredero, quien además heredaría también el conjunto de los territorios patrimoniales de los Habsburgo de Viena, sin necesidad de confirmación por parte de la Dieta bohemia. Esta era una medida importante para enderezar el conflictivo legado, también en el Imperio, de la partición de la herencia, la cual producía una enconada lucha entre hermanos. Fernando añadió un codicilo a su testamento el 10 de mayo de 1621 introduciendo la primogenitura para asegurar a su hijo, el archiduque Fernando, la sucesión en

todas sus tierras. Pero incluso aquí, persistieron antiguas prácticas, ya que el emperador cedió las tierras del Tirol a su hermano Leopoldo V de Habsburgo, quien había sido gobernador a la muerte del archiduque Maximiliano en 1618. Asimismo, Fernando II abandonó el proyecto de convertir Austria en un reino en 1623, porque Leopoldo temió que esto pudiera disminuir su estatus dentro de la monarquía compuesta de los Habsburgo.

Decididamente, la monarquía en Bohemia se convirtió en hereditaria y se eliminaron las reclamaciones para la elección real. Los estados retuvieron el derecho a votar los impuestos, pero perdieron el de libertad de reunión o asamblea, así como el control de los grandes oficios de estado hereditarios.

Por otra parte, se impuso la supresión del protestantismo; en 1621 fue abolida la *Carta de Majestad* y se persiguió con ardor a los disidentes. Se rumoreó que el emperador había destruido el documento que Matías había firmado en 1609, pero en realidad, según se ha constatado, Fernando lo anuló e invalidó retirándole el sello imperial. Al mismo tiempo que el catolicismo se convertía en la única confesión oficial, con algunas dispensas para los judíos, se permitió la vuelta de los jesuitas para que extendieran el espíritu de la reforma católica.

El alcance de estas medidas fue la erradicación del protestantismo en Bohemia y Moravia durante más de siglo y medio. «Los países checos —ha escrito Pavel Stepánek— quedaron sometidos directamente a la Casa de Austria por un periodo de 300 años y en él se reintegraron a la confesión católica y, podría decirse, al mundo latino».

A pesar de que estas decisiones pudieran ser más o menos polémicas, todos los príncipes eran conscientes de que Fernando estaba actuando sobre territorios de los que era soberano. En general, en los estados patrimoniales o hereditarios de los Habsburgo, los poderes descansaban ahora en la gracia o merced de la dinastía, no en los derechos corporativos inalienables; el fuerte papel que había tenido la representación corporativa pasó a la administración. Este crecimiento de la burocracia llevó a que, incluso en el Tirol, una región que permaneció leal y escapó a los cambios, los campesinos necesitaron abogados que los representaran debido a que el gobierno se convirtió en más burócrata y técnico. En la misma línea, las Dietas perdieron su importancia porque la influencia real se trasladó a comités permanentes y asalariados.

Sin embargo, los ajustes institucionales fueron menos significativos que los cambios en las personas representativas. La rebelión había mostrado que el problema estaba no en los estados como tales, sino en su uso por los regímenes oponentes. Desde 1618, los estados se habían dividido en leales y, al menos neutrales, hacia los Habsburgo, según la proporción de adhesión de sus personajes más representativos. Y esta toma de postura se calibraba más nítidamente por la confesión religiosa adoptada. Fernando era claramente consciente de que los apoyos y la lealtad a su causa se encontraban mayoritariamente entre los representantes católicos. Estos, en general, habían permanecido más fieles que otras comunidades. A la hora de premiar la ayuda y el respaldo recibidos, utilizó la redistribución de las tierras conquistadas

para, por un lado, disminuir la base económica de sus opositores y, por otro, fortalecer a sus colaboradores. De este modo, las posesiones de los rebeldes fueron confiscadas y el rey las entregó a una nueva nobleza bohemia —de origen alemán, italiano, español y flamenco— que se unió a los nobles checos que habían permanecido fieles al bando imperial. Con estas actuaciones se acrecentó la germanización del país.

Pero la actuación de Fernando fue más allá de Bohemia. Mediante estos procedimientos y gracias a las victorias militares, Fernando pudo extender su patronazgo al resto de sus territorios patrimoniales. Como consecuencia de ello, promulgó «constituciones renovadas» para la Alta Austria (1625, revisada en 1627), Bohemia (1627) y Moravia (1628), que permanecieron en pie hasta la revolución de 1848.

Al examinar el significado de todos estos acontecimientos, muchos historiadores han visto en la batalla de la Montaña Blanca un punto de inflexión. Los favorablemente inclinados a los Habsburgo han argumentado que fue una victoria para el progreso, que terminó con la anarquía feudal e impidió a Bohemia deslizarse hacia «un futuro polaco». Sin embargo, para la mayoría de los checos fue un desastre nacional que dio comienzo a una «edad oscura» y a un declive cultural bajo el gobierno extranjero.

Para comprender el impacto de los acontecimientos militares, las consecuencias para Bohemia deben ser vistas en común con aquellas en el resto del Imperio. La situación en Bohemia era distinta solo porque el reino era parte de las tierras hereditarias de los Habsburgo, que permitieron a

Fernando más libertad de acción que en los territorios de Alemania. Las distinciones nacionales basadas en la lengua o en diferencias culturales no importaban en ningún lugar sino en la propaganda de la derrota de los rebeldes y más tarde en los escritos de aquellos que deseaban la independencia checa.

El verdadero significado de las victorias de 1620-1623 no consistió en la desaparición constitucional o en los cambios institucionales, sino en la redistribución del poder y riqueza hacia los que habían apoyado al emperador. Y estos eran en su mayoría católicos. Con todo, la redistribución de tierras y la propagación del catolicismo fue solamente parte de un programa mayor dirigido a estabilizar a la dinastía Habsburgo después de su declive bajo el emperador Rodolfo. En ese programa de estabilización no era importante si los oponentes hablaban checo o alemán. Aquellos que habían tomado las armas contra el emperador eran rebeldes que habían perdido sus derechos. A Fernando, sus victorias le convirtieron en un conquistador, con derecho a disponer de su propiedad como quisiera. Sin embargo, sus acciones fueron guiadas por lo que él entendía como la interpretación correcta de la constitución imperial y sus derechos como emperador. Sus mandatos y *ultimatums* fueron considerados como advertencias justas.

Las condenas no fueron uniformes, sino que dependieron del principio de haber permanecido dentro o fuera de la ley. Los castigos más apropiados eran decididos a través de la consulta con los electores y príncipes, o por tribunales legales en el caso de las tierras hereditarias. La distinción se debía al carácter diferente del estatus dual de Fernando. En

Bohemia y Austria, Fernando se consideraba a sí mismo como gobernante hereditario frente a sus súbditos, quienes podían perder sus vidas y propiedades. Fuera de estos territorios patrimoniales, su actuación frente a sus vasallos desobedientes se limitaba a la de emperador. De cualquier modo, Fernando no buscó la muerte de sus oponentes ni la destrucción de sus propiedades, sino la expropiación de esas propiedades y títulos para ser concedidos a vasallos leales convertidos así en apoyos firmes de su causa. El emperador tampoco trató de abolir estados, cualquiera que hubiera sido su papel en la rebelión.

La intervención de España: la guerra del Palatinado (1620-1623)

Cuando Federico y su familia huyeron de Praga, comenzó una auténtica peregrinación para ellos. Primero se dirigieron a Silesia, donde fueron recibidos fríamente por sus súbditos, y en diciembre de 1619 prosiguieron su viaje a Berlín, capital de Brandeburgo. Fue indicativo de su azarosa vida el lugar de nacimiento de cada uno de los trece hijos del matrimonio. Los tres primeros vinieron al mundo en la festiva y regocijante corte de Heidelberg, una de las más espléndidas de Europa, capital del Palatinado. El cuarto, nacido en 1621 en la corte de Praga, fue conocido como el príncipe Ruperto; capturado en la batalla de Vlotho por los imperiales, luchó más tarde en las guerras civiles en Inglaterra a favor de su tío Carlos I. El quinto hijo vino al mundo en la ciudad fortaleza de Kustrin, en Brandeburgo, residencia del margrave y elector Jorge Guillermo I, la cual era una de las más importantes ciudades militares de Alemania. Después de que Federico y su familia fueran

expulsados de Brandeburgo, en enero de 1621, los demás hijos del matrimonio nacieron en La Haya. La invasión del Palatinado por las fuerzas imperiales de Maximiliano I de Baviera y de Ambrosio Spinola y, sobre todo, el edicto imperial que privó formalmente del Palatinado a Federico en 1623 le obligaron a pedir asilo en las Provincias Unidas. Gracias a sus vínculos familiares —era nieto de Guillermo de Orange— pudo vivir allí como desterrado del Imperio el resto de su vida, antes de morir en Maguncia en 1632.

En su desdichada huida, parece que Federico desahogó su corazón comentando sus vicisitudes a uno de sus confidentes: «Ahora conozco lo que soy; hay ciertas virtudes que solo se adquieren en la desgracia y los príncipes no saben lo que son sino después de haberla experimentado». También su esposa, Isabel Estuardo, escribió una emotiva carta a su padre Jacobo I desde Breslau, ciudad de Silesia, el 13 de noviembre de 1620, exponiendo la dolorosa situación de la familia y la necesidad de la ayuda paterna:

Padre: No quiero importunar a Vuestra Majestad con una carta muy larga. El barón de Dona no dejará de informar a Vuestra Majestad de la desgracia que nos ha sucedido y que nos ha obligado a abandonar Praga y venir a este lugar donde Dios sabe cuánto tiempo nos quedará. Por lo tanto, suplico humildemente a Vuestra Majestad que proteja al rey y a mí, enviándonos socorro; de lo contrario seremos llevados a la ruina total. Solo de Vuestra Majestad y de Dios Todopoderoso, podemos esperar ayuda. Agradezco humildemente a Vuestra Majestad la declaración que os ha complacido hacer con respecto a la preservación del Palatinado. Os ruego, humildemente, que hagáis lo mismo por nosotros aquí y que nos enviéis socorros suficientes para defendernos de nuestros enemigos, de lo contrario no sé qué será de nosotros. Por lo tanto, ruego nuevamente a Vuestra Majestad que tenga compasión de nosotros, y que no abandone al rey en esta hora, cuando está en tal necesidad. En cuanto a mí, estoy resuelta a no dejarlo; porque si él perece, yo también pereceré con él. Pero

pase lo que pase, nunca, nunca seré otra, señor, que su humilde y obediente hija y sirviente,

ELIZABETH. Breslau, 13 de noviembre de 1620.

La invasión del Palatinado en 1620 vino precedida por las discusiones del Consejo de Estado en Madrid sobre la conveniencia o no de que el archiduque Alberto enviara desde los Países Bajos las tropas necesarias para ocuparlo. No todo fueron parabienes, algunos juzgaron negativamente el proyecto debido a las tensiones que podría generar en Alemania. Al final, triunfaron los argumentos de los defensores de la intervención militar. Los objetivos de la operación buscaban no solo beneficiar al emperador, sino también lograr condiciones favorables para el sistema imperial español. Los argumentos se centraban concretamente en: aliviar Fernando II de las muchas presiones que sufría; intentar que Maximiliano de Baviera empleara sus tropas para ayudar a Fernando a reconquistar Bohemia, inducir a los holandeses a solicitar la continuación de la Tregua de los Doce Años en condiciones más honrosas para España y, sobre todo, con la toma del Bajo Palatinado, lograr dominar el curso medio del Rin, uno de los mejores corredores para las comunicaciones militares entre Milán y Flandes.

Para formalizar la intervención, Felipe III buscó las alegaciones oficiales necesarias: la tradicional hostilidad del elector palatino a la causa de los Habsburgo, demostrada en su habitual protección de los refugiados calvinistas; la ayuda enviada a las Provincia Unidas en su lucha contra España; y el hostigamiento a las tropas españolas en su camino hacia los Países Bajos. Con estos argumentos, Felipe III escribió al

archiduque Alberto el 9 de mayo de 1620, comunicándole su aprobación para la ocupación del Palatinado.

En los meses siguientes, Spinola concentró en Luxemburgo un ejército de 25.000 hombres, que, finalmente, a primeros de septiembre se lanzó hacia el Palatinado Renano. El objetivo fue controlado en una rápida y triunfal campaña en 1620. Con ello, Spinola conquistó una parte de las tierras alemanas del Bajo Palatinado de Federico, debilitando con ello sus esfuerzos de guerra en Bohemia. Fue una operación relámpago que duró dos meses, en la que se tomaron 57 poblaciones o fortalezas, obteniendo el control del Rin, una de las principales vías de comunicación y comercio.

Tras la ocupación del Palatinado Renano en octubre de 1620 y la derrota de la Montaña Blanca el 8 de noviembre de aquel año, la Confederación bohemia se desintegró, las autoridades rebeldes tuvieron que exiliarse y los ejércitos derrotados se vieron obligados a buscar otros mandatarios a quienes servir. Mansfeld trató de ofrecer sus servicios a la Unión Protestante, Saboya, Venecia y también a las Provincias Unidas, pero sin éxito. Con 13.000 hombres, se replegó al Alto Palatinado, donde fue acosado durante cuatro meses por el ejército de 18.000 hombres dirigido por Tilly. Las circunstancias de Mansfeld eran desesperadas, pues estaba sin fondos para abonar sus pagas a los soldados y sus familias acompañantes y, por si fuera poco, se había puesto precio a su cabeza. El fin de la Tregua de los Doce Años y el deseo de las Provincias Unidas de apoyar a Federico fueron la oportunidad para Mansfeld, quien solicitó entrar al servicio holandés.

Por su parte, tras la victoria de la Montaña Blanca, el conde de Bucquoy pudo ascender rápidamente y, como recompensa material, el emperador le concedió varios estados en Nové Hradý, Rožmberk and Libějovice. Sin embargo, Bucquoy murió en el asedio de Neuhäusel el 10 de julio de 1621. Uno de sus comandantes, Torcuato Conti, al intentar recoger su cuerpo del campo de batalla fue capturado y más tarde liberado, reemplazando a Bucquoy como comandante de las fuerzas imperiales.

Si la fase bohemia de la guerra había concluido, se abrió un nuevo periodo, el llamado periodo palatino, debido a que el ejército Habsburgo tuvo que combatir contra la alianza de estados protestantes alemanes en la región de Westfalia, principalmente en el electorado de Colonia y los obispados de Münster y Paderborn, así como posteriormente en el Palatinado.

Estas nuevas circunstancias obligaron al duque de Baviera a formar, con sus inagotables caudales, un ejército de 14.500 hombres para ocupar y obtener mayores ganancias en el Alto Palatinado. Pero su verdadero objetivo era lograr el ambicionado título de elector prometido por Fernando. El emperador autorizó y apoyó sus operaciones en el Palatinado, pues no parecía legítimo ni oportuno que se inmiscuyera directamente en la confiscación de las tierras y títulos de Federico; con sus promesas a Maximiliano, esperaba castigar definitivamente al «rey de invierno».

En el Palatinado Renano, Spinola dejó una parte de sus tropas al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido como «el Segundo Gran Capitán», que se convirtió en general del ejército español en el Palatinado y Flandes.

Frente al ejército Habsburgo, se alinearon al servicio de Federico los ejércitos de Mansfeld, del margrave calvinista Jorge Federico de Baden-Durlach y del duque Christian de Brunswick. Este último, al servicio de Holanda, se dirigió al Palatinado con un rico botín, que Mansfeld planeaba usar para pagar a sus mercenarios. También se unió el margrave con un ejército de 11.000 hombres reclutados en sus tierras, como reacción a la presencia española en el Rin. Federico esperaba que la convergencia de estos tres ejércitos protestantes en sus dominios, que sumaban 40.000 hombres, constituyese una posición de fuerza de cara a las negociaciones para la suspensión de las hostilidades. Sin embargo, Tilly y Córdoba se apresuraron a presentar batalla antes de que pudieran concentrarse los tres ejércitos. En la batalla de Wimpfen (6 de mayo de 1622) el ejército de Baden-Durlach fue derrotado y se desintegró poco después. La batalla costó a las tropas de Tilly y Córdoba 1.800 bajas, entre ellas 114 españoles, y al ejército oponente, 5.000 muertos y 1.500 prisioneros. A partir de entonces se produjo una serie de victorias del bando Habsburgo conocidas como las famosas batallas del verano de 1622: Höchst (20 de junio), Fleurus (29 de agosto) y asedio y conquista de Heidelberg (del 23 de julio al 19 de septiembre).

Las derrotas que Tilly y Córdoba infligieron a las tropas de Federico no hicieron desaparecer su ejército, que seguía contando con una fuerza de 25.000 hombres. Pero Mansfeld, Cristian y Federico decidieron no arriesgar más en aquella campaña y se retiraron hacia Alsacia y Lorena. Sin enemigos cerca, las fuerzas imperiales fueron ocupando las fortalezas palatinas: el 19 de septiembre fue capturada Heidelberg, la

capital del Palatinado; el 2 de noviembre se rindió Mannheim y el 20 de marzo de 1623, siguiendo órdenes del rey de Inglaterra, los británicos rindieron la fortaleza de Frankenthal a Gonzalo Fernández de Córdoba.

Si la batalla de Wimpfen tuvo una gran repercusión para el Palatinado, la toma de Heidelberg supuso un gran impacto en toda Europa. El asedio a la capital del Palatinado duró dos meses y terminó con la conquista de la ciudad por parte de los ejércitos de la Liga Católica al mando del conde de Tilly y de González de Córdoba. La Biblioteca Palatina de la iglesia del Espíritu Santo, riquísima en manuscritos, fue respetada y regalada por Tilly al papa Gregorio XV. De la materialidad de su traslado a Roma se ocupó el duque de Baviera, quien dio la orden de su envío, no sin haber extraído antes, según lenguas malévolas, las obras más excepcionales y valiosas.

Finalmente, el Alto Palatinado fue ocupado por las tropas de Tilly y el Bajo Palatinado o Palatinado Renano, por el ejército de Flandes. Gonzalo Fernández de Córdoba se aseguró el acantonamiento de sus tropas en las ciudades más importantes, lo cual facilitaría y beneficiaría el tránsito por los corredores españoles, hasta la aparición, en la década siguiente, de las tropas del rey Gustavo II Adolfo de Suecia.

Las tropas protestantes de Ernst von Mansfeld y de Cristian de Brunswick fracasaron también en sus intentos de liberar Heidelberg. Finalmente, aconsejado por el rey de Inglaterra, Federico decidió anular el contrato con el ejército de Mansfeld y de Cristian de Brunswick, que se retiraron a las Provincias Unidas, donde lucharon por un tiempo contra España. En su camino hacia Breda, Fernández de Córdoba

intentó bloquearlos en la decisiva batalla de Fleurus (29 de agosto), en la que Cristián perdió toda su artillería además de su antebrazo izquierdo, que le fue amputado.

A finales de octubre de 1622, Mansfeld, con 6.000 hombres, fue enviado a la Frisia oriental a fortalecer una guarnición neerlandesa en Emden. Aquella región, especialmente la campiña, se arruinó tan rápidamente a causa de los saqueos sistemáticos de aquellas tropas que las Provincias Unidas decidieron prescindir de sus servicios; aquellas insubordinadas tropas de Mansfeld se adaptaban mal a disciplinado ejército holandés. El duque Cristian de Brunswick, tuvo una serie de roces y desavenencias con Mansfeld y partió hacia la Baja Sajonia, donde se encontraba el obispado de Halberstadt, que él mismo administraba. Allí tuvo que enfrentarse a Tilly en la batalla de Stadtlohn en el obispado de Münster (6 de agosto de 1623), donde sufrió una dura derrota. Su difícil situación le llevó a ceder sus derechos sobre el obispado de Halberstadt al rey de Dinamarca, su tío, antes de huir a las Provincias Unidas.

En 1623, la corona de Bohemia había quedado completamente afianzada en manos de Fernando y el Palatinado, ocupado por los ejércitos de los Habsburgo. La última resistencia de Federico V, apoyada por algunos príncipes de la Unión Evangélica, fue aplastada en 1621-1622. Llegaba el momento en que el emperador debía dar cumplimiento a sus promesas, suscritas en el Tratado de Múnich de 8 de octubre de 1619, a aquellos súbditos a quienes había solicitado adhesión, ayuda y colaboración. Uno de los problemas más complejos para el emperador fue acometer la promesa hecha a Maximiliano de Baviera de la

concesión del Alto Palatinado y la dignidad de príncipe elector, en compensación por su ayuda militar. Finalmente, en la Dieta de Ratisbona de 1623, Federico, conde palatino, se vio desposeído de la dignidad electoral y obligado a renunciar definitivamente a su electorado, que fue traspasado, junto con el título de príncipe elector, a la rama bávara de la Casa de Wittelsbach. En vano, sus partidarios negociaron a favor suyo en las Dietas de Mulhausen en 1627 y de Ratisbona en 1630; el emperador se mostró inflexible. Años después, Gustavo Adolfo logró recuperar parte del Palatinado, pero murió prematuramente. Aquella noticia afligió tanto a Federico, enfermo en Maguncia, que falleció poco después, el 29 de noviembre de 1632, a la edad de 37 años.

El emperador también hubo de cumplir sus promesas hacia el elector de Sajonia. Gran parte de las dos Lusacias, territorios de Bohemia, habían sido ocupadas el 3 de septiembre de 1620 por el ejército levantado por Juan Jorge de Sajonia con 8.300 soldados sajones y 3.000 milicianos. El elector había cumplido su compromiso con el emperador de actuar contra los rebeldes, bajo la promesa de traspasar aquellos territorios a Sajonia. Años más tarde, en la Paz de Praga de 1635, Fernando transfirió las Lusacias a Sajonia con algunas condiciones, entre otras, que los católicos gozaran de libertad. Aquello significó que las instituciones de esos territorios escaparon con sus privilegios intactos, gracias a las garantías que recibió el elector.

Hacia 1623, todos habían aprendido que cualquier movimiento en falso que afectara a Alemania podía no solo reavivar la guerra, sino convertirla definitivamente en un

conflicto europeo global. Pero, también, el aplastante triunfo de los Habsburgo había alertado a sus tradicionales enemigos de los peligros del eje Habsburgo-católico que unía Madrid, Múnich, Viena y Bruselas.

Dos problemas de la estructura imperial española: el remoto valle alpino de la Valtelina y el fin de la Tregua de los Doce Años (1620-1621)

En 1623, además de la Valtelina ocupada en 1620, España había conquistado el Bajo Palatinado o el Palatinado Renano, importante para la conexión entre sus posesiones italianas y los Países Bajos. El sistema español en Europa tenía un cordón umbilical en los llamados corredores militares. Estos se habían configurado como una necesidad ineludible para la monarquía española, tanto para enviar o recibir ayuda de los Habsburgo de Viena como para comunicarse con los Países Bajos.

Con el paso del tiempo, la estrategia de los enemigos de la monarquía española consistió en atenazar y amputar los corredores del sistema español, lo cual significó la necesidad de buscar caminos alternativos acordes con la situación política del momento. Aquello no era algo nuevo. Desde el siglo xvi aquella configuración multiterritorial exigía un enorme desafío de organización logística y así ocurrió también en el siglo xvii. El camino más occidental, que cruzaba Saboya, fue el primero utilizado. Estos pasos montañosos, recorridos por el duque de Alba en su fulgurante desplazamiento a los Países Bajos en 1567, y por el archiduque Alberto en 1595, a través de Turín, estuvieron controlados por el no siempre amistoso duque de Saboya.

Cuando este, con la ayuda de Francia, cercenó el camino

occidental, se puso en marcha el dispositivo para la utilización de los pasos de los Alpes centrales, a través del San Gotardo, que no ofrecían seguras posibilidades al estar en manos de los poderosos cantones suizos. En mayo de 1587, España había firmado un tratado con cinco de los siete cantones católicos suizos para usar el paso de San Gotardo. Este era el único camino práctico a través de la Suiza central y cruzaba los cantones católicos al este de los lagos de Lucerna y Zug y después, bajando por el valle de Reuss, llegaba hasta el Rin. Esta ruta comportaba vadear el turbulento río Reuss, crecido con las nieves fundidas durante el principio de verano, en la empinada garganta de Schöllenen, bajo Andermatt. Eran así frecuentes las muertes por ahogamiento en el paso durante los meses de abril y mayo. Desde allí, los soldados podían marchar a través de las posesiones austriacas amigas de Brisgovia y la Alta Alsacia y llegar al camino original del norte vía Lorena a Luxemburgo. Otro camino alternativo a través de la Suiza central era la vía del paso del Simplon hasta el alto Rin, pero esta ruta era larga y podía ser bloqueada por el cantón protestante de Berna. Todavía en 1604, el gobernador de Milán consiguió renovar el tratado con los cantones suizos católicos, a pesar de la contraria y obstinada influencia francesa en la zona.

Cuando las rutas por la Suiza central se fueron complicando, hubo que buscar alternativas hacia el este en los territorios de las Ligas grisonas protestantes (*Graubünden*). Los accesos controlados por estas Ligas, que no formaban parte todavía de la confederación suiza, parecían ofrecer la posibilidad de unir la Lombardía española y el Tirol Habsburgo, permitiendo el acceso

posterior a Alsacia, Lorena y finalmente a los Países Bajos. En este camino más oriental, existía un punto crucial, el valle de la Valtelina, que comunicaba directamente el lago Como con el río Inn. Ya en 1572 y 1607, los católicos de la Valtelina, que eran la mayoría, se habían rebelado contra los grisonos, sus dominadores protestantes. A partir de 1592, el conde de Fuentes, gobernador de la Lombardía española y, al parecer, con visible mano férrea, intentó negociar un permiso de tránsito para pequeños destacamentos de soldados españoles en la Valtelina. Sin embargo, en diciembre de 1601, el consejo de los grisonos concedió acceso exclusivo a los franceses y, dos años después, firmó un acuerdo similar con Venecia. En 1603, el conde de Fuentes tomó represalias, construyendo el Fuerte Fuentes en lo alto del lago Como para bloquear la entrada en Chiavenna. A pesar de aquellos esfuerzos, hacia 1610, España carecía de una ruta satisfactoria a través de los Alpes.

Pero los que más sufrían el control protestante del valle eran los católicos de la Valtelina, sometidos a los grisonos protestantes. En 1618 los habitantes católicos de aquel remoto valle se alzaron contra los protestantes, quienes redujeron a los sublevados y dictaron condenas tan severas que muchos tuvieron que huir a Innsbruck y Milán. La represión radicalizó a las víctimas, que organizaron una conspiración para expulsar a los protestantes del valle. El líder de la conjura, Giacomo Robustelli, que tenía vínculos con París, Roma y Madrid, solicitó el apoyo de los españoles. Su petición fue atendida por el nuevo gobernador de Milán, el duque de Feria, quien desplazó tropas para ayudar a los

rebeldes. En la tarde del 18 al 19 de julio de 1620, una fuerza rebelde de la Valtelina, apoyada por tropas austriacas e italianas, marchó primero hacia Tirano y después a Teglio y Sondrio. El ataque produjo la matanza y expulsión de casi todos los protestantes del valle e impidió nuevas incursiones, acabando con aquella situación. A partir de entonces, cerrado el corredor de los valles saboyanos, se abrió el de la Valtelina, que permitía el acceso al paso alpino del Splügen, y de ahí a los cursos altos de los ríos Rin e Inn, que afluyen a su vez al Danubio. A partir de entonces, el duque de Feria trató de ocupar y controlar el valle mediante la construcción de una cadena de fuertes que garantizaran la seguridad del tránsito. El territorio grisón era una auténtica encrucijada de caminos, pues por él pasaban los corredores militares que unían, por una parte, la Lombardía con el Imperio y los Países Bajos y, por otra, Francia con su aliada la República de Venecia. España convirtió este valle en un corredor seguro por donde transportar sus tropas a los distintos teatros de operaciones de Europa. Además, en ese preciso momento la importancia estratégica de la zona se incrementó debido a los acontecimientos que se estaban produciendo en el Imperio y al inminente fin en 1621 de la Tregua de los Doce Años.

Realmente, la audacia de Feria en la ocupación en 1620 del valle de la Valtelina y la brillante conquista del Palatinado por parte de Ambrosio Spinola dieron alas a una revitalizada hegemonía española.

Pero aquel remoto valle alpino seguiría dando quebraderos de cabeza al gobierno español. Esta vez fueron las presiones diplomáticas de Francia, a favor de las

exigencias de Venecia y las Ligas grisonas para forzar la devolución del valle. Estaba en juego el prestigio del joven Luis XIII, quien el 7 de febrero de 1623 formó la triple alianza conocida como la Liga de Lyon para expulsar a los Habsburgo de los territorios de las Ligas grisonas e imponer las pretensiones de Saboya sobre Génova y Monferrato. Olivares, nuevo ministro de Felipe IV, no consideró necesario el enfrentamiento con Francia por un remoto valle alpino y así aceptó que las tropas papales se hicieran cargo del valle durante el tiempo necesario para la retirada de las fuerzas españolas. Pero en 1624, tropas francesas y suizas invadieron los territorios grisones pretextando que, a pesar de lo acordado, las tropas papales no se habían retirado de la Valtelina. En la primavera de 1625, tras haber conseguido un firme control sobre los Alpes, Richelieu prometió enviar un ejército para colaborar con el duque de Saboya en el sitio de Génova. Finalmente, el asedio tuvo que ser levantado ante la llegada de Álvaro de Bazán, II marqués de Santa Cruz, al mando de una flota para proteger a la pequeña república frente a las tropas francesas al mando del condestable Lesdiguières y de Carlos Manuel de Saboya. La liberación de Génova fue plasmada en la obra pictórica de Antonio de Pereda y Salgado, *El socorro de Génova por el II marqués de Santa Cruz*, realizada en 1634, en la que se ve al dux de la república que sale a las puertas de la ciudad para recibir a don Álvaro de Bazán. La victoria hispano-genovesa permitió contrarrestar los avances que habían hecho franceses y saboyanos por el control de la Liguria italiana. Fue también una de las victorias españolas importantes que se produjeron en distintos frentes durante 1625. Estos triunfos

—que se reflejan en varios cuadros del Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro— contribuyeron a asegurar por unos años la hegemonía de España en aquellos territorios.

En marzo de 1626, Francia forzó de nuevo, por el Tratado de Monzón, la retirada provisional de las tropas españolas de la Valtelina, cuyo interés estratégico conocía bien.

La Valtelina, escribió Richelieu en 1626, es importantísima para los españoles, con vistas a la unificación de los estados de Italia y los de Alemania, lo que duplica las fuerzas de España, además, no solo para que Italia pueda auxiliar fácilmente a Alemania, por la que se puede ir hasta Viena con un ejército en diez días, saliendo de Milán; sino también para socorrer a Flandes con las mismas fuerzas italianas que, desde Milán, pueden conducirse a Flandes en veintidós jornadas. Por la Valtelina pueden ir al Tirol, del Tirol a Alsacia y de Alsacia a Lorena o al Franco Condado.

Finalmente, el gran perdedor de estos conflictos en el norte de Italia fue Carlos Manuel de Saboya. El duque de Saboya, aunque astuto y poco de fiar en política, en palabras de Martínez Laínez, era inteligente y bien educado, aficionado a los honores y el fasto. Dedicó notables esfuerzos a la arquitectura embelleciendo la ciudad de Turín, a la que dio un fastuoso aire barroco, de acuerdo con el triunfo de la Contrarreforma en su país. Pero su ambición le llevó a protagonizar una serie de guerras tan costosas e inútiles que dejaron arruinado a su territorio. En realidad, fracasó en todas sus empresas militares. Las guerras de Mantua-Monferrato iniciadas en 1610 acarrearón además una larga sucesión de pestes, malas cosechas y catástrofes de todo tipo. El soberano más guerrero de Saboya murió en 1630.

Cuando el problema de la Valtelina pareció sosegar,se,

emergió en el horizonte de los extensos compromisos y competencias de la estructura imperial española la cuestión del final de la Tregua de los Doce Años. Durante todo el curso de 1619, el Consejo de Estado se vio obligado a llevar a cabo constantes reuniones y numerosos debates para examinar y discutir sobre la conveniencia o no de prorrogar la tregua y en qué condiciones.

La guerra en los Países Bajos, que se prolongaba desde 1566, se justificaba tradicionalmente con diversos argumentos. En primer lugar, se alegaba que las siete provincias rebeldes eran parte de las posesiones patrimoniales de los Habsburgo de Madrid, al integrar la herencia borgoñona que Carlos V había transmitido a sus sucesores. Tanto Felipe II como Felipe III, al ser los legítimos soberanos, no solo tenían el derecho sino también la responsabilidad de reincorporarlas a su patrimonio. En segundo lugar, se auguraba mal futuro si España mostraba debilidad a la hora de sofocar la rebelión, porque podía servir de ejemplo a otros territorios contrariados e insatisfechos. Una tercera justificación se apoyaba en el argumento de que el mantenimiento de la guerra contra los holandeses «distrería» los esfuerzos de los enemigos de España, evitando así que se atacaran otros intereses hispánicos más cercanos.

Era frecuente que los tratadistas o proyectistas político-militares considerasen que la guerra lejos de la Península, o «fuera de casa», actuaba como «diversión» —al dividir las fuerzas enemigas— o mejor como muro de contención; así lo expresaba Zúñiga cuando escribía que, si no era posible frenar a la República, «lo único que conseguiremos es

perder, primero las Indias, después Flandes, después Italia y finalmente la propia España».

Cuando en 1619 se debatía en qué condiciones España estaría dispuesta a prorrogar la tregua o a firmar una paz definitiva, existía la convicción de que ya había pasado la oportunidad de acabar con la rebelión por la fuerza de las armas. Así lo exponía Zúñiga:

El tratar por fuerza de armas de reducir a la obediencia aquellas Provincias como estaban de antes, quien quiera que lo mirare atentamente sin pasión y considerare las fuerzas grandes de aquellas Provincias por mar y por tierra, el sitio de ellas tan fuerte y tan rodeado de la mar y ríos caudales y tan en comarca de sus confederados de Francia, Inglaterra y Alemania, y aquel estado en el punto en que se halla, y el nuestro en el que está, hallará que es tratar de lo imposible.

Sin embargo, la posible decisión de continuar la guerra perseguía alcanzar una serie de victorias en el campo de batalla que proporcionara a España una posición de fuerza desde la que poder firmar una paz definitiva con mejores condiciones. A finales de 1619, el Consejo de Estado decidió que no se prorrogaría la tregua a no ser que se incluyeran en ella una serie de cláusulas que España consideraba fundamentales: la aceptación, aunque solamente fuera nominal, de la soberanía española sobre las Provincias Unidas (es decir, España rechazaba ahora la concesión del humillante artículo uno de la tregua de 1609 por el que reconoció la soberanía de la República marítima); la tolerancia para la minoría católica holandesa, la reapertura del río Escalda para desbloquear comercialmente a Amberes y lograr así una mejora económica de los sufridos Países Bajos del sur; y, por último y sobre todo, la retirada de las ambigüedades de la tregua de 1609 que estaban provocando

graves daños a los intereses económicos y a las posesiones coloniales de España y Portugal.

Con el paso del tiempo, las pretensiones de España fueron disminuyendo. Durante un tiempo, continuó manteniendo oficialmente las dos primeras exigencias para llegar a un compromiso de paz; en 1628 todavía Olivares insistía, al resumir las razones para combatir contra las Provincias Unidas, en que «la cuestión puede ser reducida a dos puntos: religión y reputación», pero la realidad era la clave de las negociaciones estaba en el comercio neerlandés de ultramar.

La república holandesa se había convertido en el centro comercial de Occidente y Ámsterdam, en el puerto más dinámico y lucrativo, con una poderosa flota mercante superior a la de los demás países juntos. Sus buques dominaban el provechoso transporte del cereal excedente del Báltico hacia la Europa occidental y meridional; más de dos terceras partes de los barcos que atravesaban los estrechos de Skagerrak, Kattegat y Sund llevaban pabellón neerlandés.

Aquel poderío marítimo no solo había crecido sino también se había extendido gracias a la tregua. Pero lo que realmente preocupaba a la corona española era que las Provincias Unidas habían redoblado sus esfuerzos comerciales en América y el Extremo Oriente, además de potenciar la piratería en alta mar y los ataques directos a las colonias ultramarinas portuguesas y españolas. Pero lo más grave no eran las pérdidas económicas de la corona española; aquellos ataques directos a las posesiones portuguesas provocaban tensiones entre España y Portugal.

Los comerciantes lusos se cuestionaban la capacidad de España para proteger las posesiones ultramarinas portuguesas y su emporio comercial tradicional en Asia y América, con la consiguiente ruina de gran parte del tráfico portugués. Sin embargo, España se empeñó en la lucha por preservar el imperio marítimo portugués; algunas relaciones de sucesos así lo muestran:

Sucesos felices que por mar y tierra ha dado N. S. a las armas españolas en las Islas Filipinas contra el Mindanao, y en las de Terrenate, contra los holandeses, por fin del año de 1636 y principio del de 1637. Madrid por Diego Díaz de la Carrera, 1639.

Los neerlandeses, gracias a la creación de la Compañía de las Indias Occidentales, cuyos principales objetivos eran el Caribe, Brasil y Guinea, se habían introducido en el tráfico de esclavos, arrebatando a los portugueses varios enclaves en la Costa de Oro (actual Ghana). Por estas razones, cuando los Consejos de Portugal e Indias fueron consultados, llegaron a la conclusión de que la única forma de salvaguardar las posesiones ultramarinas de manos holandesas era reanudar la guerra. Solo la defensa de su propio país llevaría a los holandeses a reducir el gasto marítimo y comercial, restringiendo con ello los perjuicios a los intereses ibéricos en ultramar.

La Tregua de los Doce Años, aunque había traído la paz a las provincias de Flandes, no había significado un crecimiento económico, ni mucho menos un incremento de la «reputación de la Monarquía española». Al contrario, los términos de la tregua habían favorecido el auge de las Provincias Unidas en aquel periodo de tiempo. Muy perspicazmente, el historiador, soldado y diplomático Carlos Coloma escribió en 1620 un memorándum en el que

presentaba la realidad de la expansión holandesa durante la tregua y finalizaba con una estimación: «Mi opinión es, que si en doce años han conseguido todo esto, cabe imaginarse lo que harán si les damos más tiempo [...] Si continúa la tregua nos veremos condenados a sufrir todas las desventajas de la paz y todos los peligros de la guerra».

Además, entre los sectores productivos de España se había extendido la opinión de que la tregua había ocasionado efectos negativos, no solo el derrumbe del tejido industrial, sino también el rápido declive de las ciudades de Castilla, debido todo ello a las manufacturas extranjeras que invadían la península ibérica, los continuos envíos de oro y plata hacia Europa o la acentuada despoblación. Había cierta unanimidad que no podía obviarse y es que, en definitiva, solo debía prorrogarse la tregua si los neerlandeses se avenían a su renegociación. Como explica Alcalá Zamora, dentro de los planteamientos mercantilistas vigentes entonces, el éxito de Holanda consistía en la aniquilación económica de Imperio español y de la misma península ibérica, transformados en dependencias de los intereses comerciales de la burguesía holandesa, en mercados subordinados cuasicoloniales.

Tampoco las Provincias Unidas estaban interesadas en renovar la tregua, ni deseaban evitar a toda costa la reanudación de la guerra. Además, las circunstancias habían cambiado mucho desde 1609, fecha del inicio de la tregua y del triunfo de los partidos pacifistas de Lerma y Oldenbarnevelt. Una década después, ambos habían caído del poder y habían sido sustituidos por una generación más beligerante. Además, las victorias imperiales en

Centroeuropa confirmaron la conveniencia de reanudar la guerra contra los holandeses. También en las Provincias Unidas se había impuesto el partido probelicista de Mauricio de Nassau frente al más pacífico dirigido por Oldenbarnevelt. Precisamente, este y su amigo Hugo Grocio, eminente jurisconsulto y filósofo, padre del iusnaturalismo racionalista, fueron detenidos en 1618. Si bien Grocio logró escapar en mayo de 1619, Oldenbarnevelt fue condenado a muerte y ejecutado.



Ejecución de Jan van Oldenbarnevelt, grabado realizado en La Haya por Hillebrando Jacob en el año 1619. (AGS, MPD, 38/089).

En realidad, se aprovechó una controversia teológica entre dos profesores de la Universidad de Leyden para eliminarle. Uno de ellos, Arminio, no estaba de acuerdo con la doctrina ortodoxa de la predestinación, por lo que polemizó con Gomar. El fondo de su divergencia escondía una visión distinta de las relaciones entre la Iglesia y el Estado: Arminio consideraba que las autoridades civiles tenían derecho a arbitrar en asuntos eclesiásticos, a lo que se oponía rotundamente Gomar, que subrayaba el carácter divino de la organización eclesiástica, acusando a Arminio de criptopapismo y proespañol. Pronto estas controversias fueron utilizadas políticamente: en 1617 Mauricio de Nassau se declaró públicamente partidario de las ideas gomaristas y en 1618 se convocó el Sínodo de Dordrecht, que se pronunció en favor de la ortodoxia calvinista y de la no

injerencia del poder civil en los asuntos de la Iglesia (contrariando las tesis de Arminio). Finalmente, un año después, Oldebarnevelt fue ejecutado acusado de traición al fomentar las herejías arminianas y el papismo. El triunfo de Mauricio trajo consigo un eclipse del partido favorable a la paz y una preponderancia de los presupuestos calvinistas radicales, anticatólicos, antiespañoles y, por todo ello, tendentes a la no renegociación de la tregua atendiendo a los intereses hispánicos.

Aunque el archiduque Alberto, que seguía reclamando la paz, pudo mantener contactos hasta el último momento con mediadores del estatúder Mauricio de Nassau, en Madrid se descartaba ya la reanudación de la tregua, pues resultaba obvio que los holandeses no estaban dispuestos a hacer concesiones a España. La proximidad de la guerra exigía comenzar de nuevo a mover los pesados engranajes de la maquinaria bélica: reclutar hombres y recaudar dinero para el ejército de Flandes; preparación necesaria para reanudar las hostilidades en cuanto finalizase la tregua. En 1620, después de unos años manteniendo un presupuesto para un contingente reducido, los ingresos de la pagaduría del ejército de Flandes aumentaron hasta superar los 7 millones de florines destinados a cubrir las necesidades de algo más de 50.000 hombres. El 9 de abril de 1621, diez días después del inicio del reinado de Felipe IV, expiraba formalmente la Tregua de los Doce Años. España se había sumergido, sin saberlo, en una guerra que iba a durar veintisiete años y que marcaría de una forma fundamental las nuevas directrices y objetivos en materia de política internacional.

Fue en su lecho de muerte cuando Felipe III comprendió

su yerro como rey. Se ha dicho que fue un hombre bueno, piadoso y tranquilo, pero nunca quiso o supo ejercer las responsabilidades que, como gobernante del Estado hegemónico de la cristiandad, le correspondieron. Y por ello, le atormentaron los remordimientos en sus últimos días de vida. Aunque no le faltaron cualidades, su reinado se caracterizó por la inexistencia de una mano firme que dirigiera la nave del Estado.

Maximiliano de Baviera, de colaborador a gran beneficiario

Finalizada con éxito la campaña del Palatinado, el duque de Baviera recordó al emperador, su suegro, la promesa del Palatinado. Por fin, el 10 de enero de 1623 Fernando inauguró personalmente la reunión electoral en Ratisbona y expuso claramente su decisión de transferir los títulos y territorios palatinos a Maximiliano de Baviera, aunque el trasvase territorial solo se consideraba de forma temporal.

Aquella medida suscitó la oposición de cuatro de los seis electores. El de Tréveris y Maguncia rechazaron la propuesta alegando que violaba la Constitución; los electores de Sajonia y Brandeburgo tampoco la apoyaron, ofendidos como estaban por el acoso a los protestantes en los territorios Habsburgo, y su postura resultó, como otras veces, ambivalente. La propuesta solo recibió el apoyo del emperador, como elector de Bohemia, y del elector de Colonia, que no en vano era primo del duque de Baviera.

En aquel contexto se analizó y estudió la interesante propuesta de la gobernadora infanta Isabel Clara Eugenia, que consistía en forzar a Federico a abdicar en favor de su hijo de siete años, que sería educado en la corte de los

Habsburgo en Viena y casado con una hija de Fernando. Esta opción, promovida por España y apoyada por Inglaterra, no prosperó debido a la fuerte oposición del papa Gregorio XV.

La conferencia en Ratisbona finalizó después de seis semanas de deliberaciones con la aquiescencia de los príncipes allí representados. La propuesta recibió un asentimiento, debido a que ninguno de los electores disponía de capacidad militar para hacer frente a Maximiliano. Algunos electores, como Juan Jorge de Sajonia y Jorge Guillermo I de Brandeburgo, enviaron representantes sin plenos poderes para, en caso de necesidad, poder recurrir a esta estratagema legal. El 23 de febrero de 1623, se confirmó la deposición de Federico de su título de príncipe elector y fue transferido dos días después al duque de Baviera, quien además se anexó el Alto Palatinado y una tercera parte del Bajo Palatinado. Estas transferencias no fueron plenamente reconocidas hasta 1648. Más aún, estas cesiones alarmaron a muchos príncipes del Imperio, ya que ahora sentían que sus tierras y títulos podían estar sujetos al arbitrio del emperador.

El 5 de abril de 1623, Fernando II emprendió el viaje de regreso a Praga desde Ratisbona a través del Alto Palatinado. El principal motivo de su visita no consistía en conocer para mejorar la situación de sus súbditos; por el contrario, su objetivo era eminentemente financiero, se necesitaba dinero y era preciso lograr más rendimiento en la extracción de las contribuciones. En realidad, deseaba comprobar que la orden emitida el otoño anterior para la confiscación de todas las tierras de los participantes en la revuelta se había cumplido.

En total, 680 familias nobles de Bohemia se vieron afectadas por aquellas disposiciones, de las cuales 166 lo perdieron todo. Según Wilson, fue la mayor confiscación de tierras en Europa hasta 1945. El emperador se sirvió de estas tierras para pagar a los que le habían sido leales en la revuelta, conservando tan solo un 1,6 por ciento del total; este hecho explica por qué familias germanas, españolas, italianas y belgas recibieron territorios en Bohemia. El reparto de las tierras confiscadas supuso para algunos nobles checos un momento único, como ocurrió a Albrecht von Wallenstein, quien llegó a controlar una cuarta parte de Bohemia haciendo una carrera fulgurante al servicio del emperador.

La imperiosa necesidad de dinero para la guerra en Bohemia desató la inflación por todo el Imperio, especialmente en el sur. El emperador, en lugar de procurar reducir esta inflación y presionado para pagar las deudas de guerra, trató de congelar los precios de los alimentos y producir más monedas con menos plata. Para ello contrató acuñadores, uno de los cuales fue Carlos de Liechtenstein, quien posteriormente fue gobernador en Bohemia en vistas a su pacificación. Las acuñaciones llevadas a cabo por este financiero, que realmente buscaba su enriquecimiento, dieron como resultado monedas con una cantidad de plata extremadamente pequeña. Según algunas estimaciones, en aquellas fechas se produjeron unos 29,6 millones de florines adulterados, de los cuales la hacienda de Fernando solo llegó a recibir 6 millones escasos. Para la vida económica, el resultado fue contraproducente, pues muy pronto la gente dejó de emplear el dinero y recurrió al trueque. Además, a partir de septiembre de 1622, se pusieron a la venta las

tierras incautadas a los rebeldes. Muchos de los financieros que habían logrado enriquecerse compraron la mayor parte de ellas, pero en las transacciones acabaron pagando al emperador con la propia moneda devaluada. Por si fuera poco, estas monedas tampoco eran aceptadas por los campesinos cuando se les pagaba por los suministros despachados a las tropas. Los que verdaderamente se habían lucrado con esta medida habían sido los acuñadores. En enero de 1623, al comprobar la escasa efectividad de sus disposiciones, Fernando resolvió no renovar el convenio con los acuñadores, los únicos que habían sabido beneficiarse. En resumen, aunque algunos factores señalaban una recuperación rápida de la economía del Sacro Imperio, el reinicio de las hostilidades impidió su arraigo y continuidad.

Al mismo tiempo que diseñaba una política económica basada en las confiscaciones de los súbditos rebeldes y en la devaluación de la moneda, Fernando también proyectó el afianzamiento del catolicismo, al que consideraba de mayor lealtad que el protestantismo, en sus territorios patrimoniales, especialmente en Bohemia. Con este objetivo emprendió la transferencia de iglesias y escuelas protestantes a la Iglesia católica. Dentro de ese proyecto, en 1623 dispuso la confesión católica como requisito imprescindible para obtener la ciudadanía en Bohemia. En 1627 fue aún más lejos al establecer la conversión o emigración en un plazo de seis meses. Según datos ofrecidos por Wilson, entre 1598 y 1660, 150.000 personas aproximadamente abandonaron Bohemia y Moravia por motivos religiosos, la mayoría en la década de 1620; entre los nobles, se contabilizaron 300 familias que emigraron de un

total de 1.400. Si se contabilizan las salidas o expulsiones de los territorios bohemios y de las provincias austriacas, se calcula una cifra de alrededor de 350.000 personas, aproximadamente el 9 por ciento de su población. Como ha explicado Wilson, las medidas supusieron, en realidad, la destrucción de un modo de vida: mientras que hacia el final del siglo ^{xvi} tres cuartas partes de la población habían adoptado alguna forma de protestantismo, prácticamente toda ella era católica en el siglo ^{xvii}, al menos de manera oficial.

En este periodo, la población en los territorios de los Habsburgo disminuyó un 7 por ciento; la mayoría de los emigrantes se dirigieron a los principados luteranos de Sajonia y Hungría. El primero recibió a la mitad de los exiliados bohemios, pero prohibió la entrada a campesinos y burgueses empobrecidos. A partir de la década de 1630 abrió las fronteras pero con restricciones. Solo al finalizar la guerra, Sajonia permitió la entrada a todo tipo de emigrantes con el objetivo de facilitar la repoblación en las tierras de su electorado. Todos aquellos desplazados procedentes de Bohemia no encontraron una vida fácil, y fue precisamente este uno de los argumentos esgrimidos tanto por el rey de Dinamarca como por el de Suecia para justificar parcialmente sus intervenciones en el Imperio.

Maximiliano esperó a que los otros príncipes aceptaran de buen o mal grado sus nuevas adquisiciones para iniciar en 1628 reformas similares a las acometidas por Fernando II. A partir de entonces, el elector de Baviera fue aún más lejos que el emperador en sus medidas religiosas y en la abolición de los estados palatinos en 1629. La parte del Palatinado que

había sido ocupada por España no sufrió ninguna reforma.

Interpretación actual de la revuelta de Bohemia

En la actualidad, la revuelta bohemia es vista como una reacción al programa de estabilización del control que los Habsburgo trataron de ejercer sobre sus territorios. No puede hablarse de una revuelta nacionalista o de origen independentista. El hecho de que la mayoría de los beneficiados por la repartición de tierras y territorios fueran católicos se debe a que Fernando comprobó y, por ello, identificó la lealtad política de sus súbditos con el catolicismo que estos profesaban. Wilson ha explicado que para Fernando no era importante la lengua que se hablase en sus territorios patrimoniales, no hubo diferencia alguna en el trato que recibieron sus enemigos de habla germana que los de otras lenguas. Justamente la falta de un espíritu nacional en la Confederación bohemia fue una de las causas que explica la rápida desmoralización de sus adherentes.

El propio Anhalt señaló que un factor decisivo en la derrota de la Montaña Blanca había sido la insubordinación de las tropas rebeldes debido, sobre todo, a la falta de paga de los soldados. No obstante, tras la batalla, cuando Bucquoy saqueó algunos castillos de nobles bohemios, encontró grandes cantidades de táleros y florines que los líderes de la revuelta aparentemente fueron incapaces de extraer de sus dueños. Con ellos se puso de manifiesto la renuencia de muchos aristócratas bohemios a involucrarse en la revuelta debido a que existían más diferencias que puntos en común entre ellos; no compartían un lenguaje común, ya que en el reino de Bohemia se hablaban cinco lenguas: checo, alemán, eslovaco, polaco y serbio; tampoco se consideraban

racionalmente cercanos, llegando algunos rebeldes incluso a considerar que los checos de las provincias de Bohemia y de Moravia no tenían un origen común; finalmente, aunque todos eran protestantes, no compartían la misma doctrina, y cuando el calvinista Federico inició un programa iconoclasta en Praga, generó rechazo incluso en los protestantes. Tomando esto en consideración, las interpretaciones de la revuelta como un movimiento nacionalista checo son anacrónicas.

Un nuevo adversario de los Habsburgo: Dinamarca (1624-1629)

En 1624, cuando las fuerzas protestantes habían sido abatidas en todos los frentes abiertos, apareció una nueva potencia salvadora, el reino de Dinamarca, cuyo monarca era el rico y poderoso Cristian IV (1577-1648). Su dinero y genialidad le permitieron una actividad infatigable dirigida a la preparación de Dinamarca para la guerra. Parte de su ingenio se proyectaba en su afición por las edificaciones. Se puede decir que fue un rey constructor por antonomasia; este rasgo se manifestó tanto en sus políticas militares como en sus muchas contribuciones a la arquitectura real. En la primera mitad de su reinado fundó nuevas ciudades, como Cristianopel (1599), Varberg (1613) y Cristianstad (1614), edificadas explícitamente como fortalezas, y Glückstadt, que, aunque situada en un lugar indefendible, fue también vigorosamente amurallada. Durante su reinado y bajo su dirección, la ciudad de Copenhague comenzó también a ser fortificada en toda su extensión. Los bastiones y las baterías de su perímetro fueron reforzadas por la nueva ciudad de Christianshavn (1617), construida para proteger las

instalaciones navales en Bremerholm. Todas las nuevas fortificaciones se construyeron siguiendo las líneas del estilo de «la traza italiana» y, por lo tanto, estaban a la moda con los principios más avanzados de su época.

Pero más que las fortificaciones, lo que constituyó el elemento esencial para la seguridad del reino fue la flota. Cuando Cristian IV llegó al trono en 1596, tenía a su disposición un total de veintidós buques de guerra, solo nueve de los cuales podrían considerarse «de gran calado». El rey pronto remedió este problema. Aunque Dinamarca no carecía de constructores navales expertos, Cristian contrató a extranjeros de talento, como el escocés David Balfour, para supervisar la renovación de la flota. La construcción de barcos continuó durante todo el reinado, alcanzando un máximo durante la guerra de Kalmar y también durante la década de 1630. Hacia 1624, con una flota de 25 buques grandes y medianos y un total de más de 700 cañones, Cristian IV podía presumir de tener los navíos de guerra más intimidatorios del norte de Europa, como el monstruoso *Tre Kroner*, un navío de línea adquirido en 1632, que podía transportar más de 200 hombres.

La intervención de Dinamarca se vio forzada cuando en 1623 Gustavo Adolfo acordó participar en la guerra de Alemania con el apoyo de una alianza protestante general. Con este fin, el rey de Suecia solicitó un ejército de 40.000 hombres (en el que Inglaterra, Suecia y los príncipes alemanes protestantes debían contribuir con una tercera parte de las tropas) y bases en la Baja Sajonia. Además, Gustavo Adolfo exigió también el mando total de los ejércitos. Todo este poderío sueco alarmó a Cristian pues si

su rival conseguía un gran ejército y el apoyo de Holanda, el Báltico se convertiría en un lago sueco. Finalmente, en enero de 1625, Cristian se mostró dispuesto a intervenir, con la condición de que Inglaterra colaborase con 7.000 hombres para formar parte del ejército de invasión y que la misma Inglaterra organizara una maniobra de diversión en los Países Bajos. Estas peticiones llevaron a Jacobo I a impulsar una reunión o convención en La Haya. Pero la muerte de Mauricio de Nassau, y del propio Jacobo I, retrasó la conferencia.

Sin embargo, a pesar de no haber conseguido que las promesas políticas y financieras se convirtieran en realidad, nada detuvo ya a Cristian, que continuó adelante asumiendo el papel de defensor de la fe protestante y comenzando las hostilidades en su calidad de duque de Holstein. Con toda su fortuna personal, Cristian preparó un ejército de 20.000 soldados, que, comandado por el propio rey, Ernst de Mansfeld y Cristian de Brunswick, avanzó en junio de 1625, cruzando el Elba y dirigiéndose hacia el sur, a Hameln.

Cristian fracasó en sus cálculos de oportunidad. Si hasta entonces el principal enemigo había sido el ejército de Tilly, financiado fundamentalmente por la Liga Católica y acantonado en Westfalia y Hesse, en la primavera de 1625 apareció, por sugerencia de los dirigentes de la propia Liga, un nuevo ejército, el ejército del emperador. Aquel nuevo ejército, nacido en apoyo al de la Liga Católica dirigido por Tilly, favorecido por Fernando II y Maximiliano de Baviera, se iba a convertir en la fuerza imperial por antonomasia y en el protagonista de los campos de batalla del norte de Alemania durante los siguientes años.

El emperador confió el reclutamiento, organización y mando supremo de ese nuevo ejército a un noble checo, Albrecht von Wallenstein, cuya meteórica ascensión a la fortuna y la fama le habían ayudado a adquirir el título de duque de Friedland. Al mismo tiempo que extravagante y amante de la astrología, Wallenstein era ambicioso y perspicaz negociante que había obtenido considerables beneficios de la venta de las propiedades confiscadas en Bohemia. Consideraba al ejército bajo su mando como una especie de gran operación comercial. De hecho, proveyó a sus posesiones territoriales de fundidores de hierro, armeros, etc., con objeto de desarrollar a gran escala un sistema de contribuciones que sirviera para mantener a sus hombres bien pagados y armados. Gracias a los recursos obtenidos en sus nuevos dominios, así como a los préstamos concedidos por el banquero de Amberes Hans de Witte (1583-1630), Wallenstein contaba ya en el verano de 1625 con unos 30.000 hombres.

Los daneses, desconociendo la formación de dos ejércitos imperiales, avanzaron hacia el norte entrando en Magdeburgo y Halberstadt. Una vez informado de la nueva situación, Cristian, que se hallaba lejos de su patria, solo tenía dos alternativas, o enfrentarse a dos ejércitos, u organizar la retirada de sus tropas. Tomó esta última decisión y pudo evitar el desastre, debido curiosamente a la lamentable disputa entre Tilly y Wallenstein sobre los límites de su respectiva autoridad.

La necesidad de ayuda y colaboración urgente se hizo perentoria para Cristian. En el otoño de 1625 se reunieron en La Haya algunos representantes de la Gran Alianza —

Inglaterra, Dinamarca y las Provincias Unidas— para preparar la siguiente campaña contra los Habsburgo. La delegación inglesa, encabezada por el duque de Buckingham, concentró sus esfuerzos en el intento de conseguir que una parte de la carga económica recayera en sus aliados. Pero Jacob Ulfeld, el principal negociador danés, afirmó que la aparición del ejército de Wallenstein había cambiado por completo la naturaleza del problema, pues, si el teatro de la guerra se trasladaba al norte de Alemania, los daneses podrían verse obligados a firmar una paz por separado con el emperador. Ante aquella posibilidad, los aliados se comprometieron a pagar a Dinamarca 144.000 táleros mensuales y a que el ejército de Mansfeld se integrase en las fuerzas del rey danés.

El 9 de mayo de 1625, Cristian abandonó Dinamarca para dirigirse al frente en Alemania. Tenía a su disposición unos 20.000 hombres. Cristian pactó una alianza con su antiguo enemigo Gustavo II Adolfo de Suecia, quien se comprometió a ayudar a Dinamarca con una flota. Gracias a esta colaboración, poco tiempo después, un ejército y una flota sueco-danesa obligaron a Wallenstein a levantar el sitio de Stralsund.

En 1626, los aliados diseñaron una campaña ambiciosa. Mansfeld avanzaría por el Elba hacia Silesia, asolaría las posesiones de los Habsburgo y se uniría con Bethlen Gabor, así sus dos ejércitos unidos atraerían a las fuerzas de Wallenstein, que serían fácilmente derrotadas.

En abril de aquel año, el nuevo ejército imperial entró en acción, enfrentándose y derrotando a las tropas aliadas en el puente de Dessau, en el río Elba, el 25 de abril de 1626. La

derrota se debió, en gran parte, a la habilidad del poco experimentado Wallenstein, que supo esconder el número de sus hombres y tender a Mansfeld una trampa. En su huida a través de Silesia hacia Hungría, donde Bethlen Gabor los acogería, se vio perseguido por Wallenstein, quien dejó, efectivamente, el campo libre a la intervención danesa.

Cristian partió de Wolfenbüttel en agosto de 1626, confiado en que solo se enfrentaría al ejército de Tilly, comparable al suyo en calidad y fuerza, en su camino hacia Viena. Sus fuerzas constituirían uno de los brazos de un gigantesco movimiento de tenaza hacia los territorios de los Habsburgo; Mansfeld y Bethlen constituirían el otro. Cristian se hallaba en inferioridad de condiciones con respecto al número de hombres y cuadros de mando. Wallenstein había dejado una fuerza considerable en la Baja Sajonia y Tilly contaba con las ventajas de su reciente experiencia militar. Tras varios días de constantes escaramuzas en medio de la lluvia, Tilly consiguió arrastrar al ejército de Cristian a la aldea de Lutter-am-Barenberge y obligarle a emprender una batalla en campo abierto. Era el 27 de agosto de 1626. En el diario del monarca figuraba una lacónica anotación «hemos luchado con el enemigo, siendo derrotados. Ese mismo día me dirigí a Wolfenbüttel». La derrota de Dinamarca fue completa y sus pérdidas fueron aproximadamente de 6.000 muertos y 2.500 prisioneros. Las tropas encabezadas por Tilly y Wallenstein invadieron Dinamarca, ocupando y asolando los ducados de Schleswig y Holstein y toda la península de Jutlandia.

El otro gran brazo de la tenaza, el ejército de Mansfeld, se dirigió a Silesia y Hungría, donde esperaba recibir ayuda

de Bethlen Gabor. Sin embargo, su marcha se vio perjudicada por la aplastante derrota otomana frente a los persas en Bagdad, lo que obligó al príncipe de Transilvania a negociar la paz con el emperador en Bratislava a principios de 1627. Mansfeld tuvo que dirigirse a Venecia para ofrecer allí sus servicios; pero en el camino el veterano de guerra cayó enfermo en Rakowitza, cerca de Sarajevo, y allí murió el 29 de noviembre de 1626. Aquel suceso hizo que su ejército se disolviera.

Como consecuencia de la derrota general de Dinamarca, los príncipes del norte de Alemania abandonaron por completo a Cristian IV en su campaña en la Baja Sajonia. Tres años después de su entrada en la guerra, Cristian había continuado cosechando derrotas. Tras la de Wolgast en 1628, en Pomerania, los daneses tuvieron que huir por mar y el ejército imperial de Wallenstein pudo ocupar toda la zona norte de Alemania: Mecklemburgo, Pomerania y Jutlandia. Como consecuencia de estas conquistas, Wallenstein recibió del emperador el título de duque de Mecklemburgo y «general del mar Océano y el Báltico». Aquellas generosas remuneraciones, a las que se había visto obligado el emperador, hicieron que, a partir de entonces, Wallenstein comenzara a suscitar una enconada enemistad. Su ocupación del norte de Alemania ponía en peligro los intereses suecos en el Báltico, de ahí que Gustavo Adolfo de Suecia, en plena guerra polaco-sueca, negociara la unión de fuerzas con Dinamarca para defender la ciudad ribereña del Báltico Stralsund, sitiada por Wallenstein.

Stralsund, con una población de unos 15.000 habitantes, había mantenido malas relaciones con los duques de

Pomerania durante tiempo. Su actitud de rebeldía llevó a que en 1612 un ejército ducal ocupase la ciudad para imponer un control más efectivo; casi inmediatamente estallaron revueltas contra la nueva situación. Con todo, las querellas entre los duques y los magistrados no cesaron durante algunos años. En mayo de 1628, una parte del ejército de Albrecht von Wallenstein, al mando de Hans Georg von Arnim-Boitzenburg (1583-1641), sitió la ciudad protestante de Stralsund, aliada de Suecia. El asedio de Stralsund, que duró hasta el 4 de agosto de 1628, fue un fracaso para el general del bando Habsburgo debido a que la ciudad, emplazada en el mar Báltico, pudo recibir ayuda de Suecia y Dinamarca, a la que se sumó una participación importante de soldados escoceses. El fracaso de Wallenstein tuvo graves consecuencias. Puso fin a sus grandes victorias y contribuyó a su posterior declive y caída. Por el contrario, aquella derrota de los Habsburgo aseguró a los suecos una posición en el norte de Alemania que les facilitó su entrada en la guerra de los Treinta Años en 1630.

Finalmente, Cristian IV de Dinamarca cedió a la presión y se vio obligado a firmar unilateralmente el Tratado de Lübeck en 1629. El rey danés recuperó los territorios perdidos ante la Liga Católica y vio confirmados los derechos de peaje que tenía sobre la navegación del Elba. Como contrapartida, se tuvo que comprometer a no inmiscuirse en adelante en los asuntos de Alemania y a renunciar a los obispados de Sajonia.

El desequilibrio del sistema español: la guerra de Sucesión de Mantua en 1627

Mientras Dinamarca luchaba en el imperio, en España, la

política bélica del sexenio 1624 a 1630 se orientó a tres objetivos fundamentales: contener el expansionismo francés, que empezaba a amenazar ya directamente; reducir la rebeldía holandesa; y apartar a Inglaterra de la guerra del continente. Estos tres objetivos reclamaron la atención de Madrid con intensidad distinta en cada coyuntura y condujeron a variar los instrumentos y los recursos de la política.

Para España, la llegada al poder de Richelieu en 1624 supuso un cambio importante en sus expectativas políticas. Aunque en un primer momento, los Habsburgo continuaron su escalada victoriosa, la política de Richelieu y posteriormente de Mazarino afectaron considerablemente a España. A partir de entonces, la presión francesa no daría tregua a la monarquía española.

La guerra por la sucesión de Mantua constituye uno de los principales episodios de la escalada militar entre Francia y España y ha sido abordada en el contexto del conflicto general que asolaba Europa durante esos años. Fue para la monarquía española uno de los hechos que más desgaste causó no solo a su reputación sino también a sus recursos. De nuevo el *sistema español* en Italia se vio comprometido por la importancia estratégica del ducado y del marquesado de Monferrato.

Tras la primera crisis de 1613-1617 de los estratégicos territorios de Mantua y Monferrato, solucionada temporalmente gracias al gobierno de los hermanos Gonzaga, la crisis volvió a estallar en diciembre de 1627. A finales de aquel año, la muerte sin descendencia del duque de Mantua, Vicente II, titular de los dos ducados, provocó de

nuevo un conflicto sucesorio. Entre los posibles herederos se alzaba Carlos Gonzaga, duque de Nevers, quien además de ser el descendiente más directo estaba apoyado por la corona francesa; el otro posible heredero era un pariente de una rama menor, el príncipe César Gonzaga de Molfetta, que contaba con el respaldo de las dos ramas de la Casa de Austria.

El interés de Francia era enorme, pues, si el primer candidato tomaba posesión de su herencia, los ducados podían ser utilizados por los franceses como base de operaciones contra Milán, punto neurálgico en el sistema de corredores militares que discurría a través de la Valtelina hasta Europa central, o por el Rin hasta los Países Bajos. Felipe IV, por tanto, ordenó al gobernador de Milán, Gonzalo Fernández de Córdoba, que invadiese el Monferrato y sitiase la plaza de Casale, bastión casi inexpugnable. Según los planes de Olivares, la conquista de la fortaleza constituiría la mejor forma de recuperar el prestigio del ejército español y acallar las críticas de los enemigos de Olivares en la corte, agrupados en torno a Ambrosio Spinola. Cuando Spinola llegó a Madrid en enero de 1628 solicitando fondos para el ejército de Flandes o, en caso contrario, la paz con los holandeses, tuvo que sufrir directamente la enemistad de Olivares.

Spinola expuso claramente ante el Consejo de Estado que, si la guerra...

«... es defensiva, no se gana nada; y si es ofensiva y que las cosas corran bien, lo que se podía hacer en un verano será tomar una plaza [...] y vendrá a servir solo para la reputación, pero no para el fin de la guerra», por lo que era mejor poner fin al conflicto, pues con la Tregua, V. M. sale de todos los inconvenientes; se excusa de tan grandes y continuos gastos

que le causa esta guerra, y puede acudir a todo lo que ha menester la monarquía, dividida en tantas partes.

La difícil situación en el norte de Italia hizo que Felipe IV nombrase a Spinola gobernador del Milanesado para sustituir a Gonzalo Fernández de Córdoba. La desaparición de Spinola de Flandes fue un error porque era el único que reunía la autoridad, la competencia y los conocimientos militares y financieros adecuados para hacer frente a la extraordinariamente complicada situación en los Países Bajos. Los altos funcionarios de Flandes, como el marqués de Bedmar —ahora cardenal de la Cueva— se habían granjeado la enemistad de los naturales y el conde Enrique van den Bergh, que había quedado como comandante del ejército de campaña, pronto dio muestras de escasa lealtad ante las acciones que emprendía. La guerra de Sucesión de Mantua primó en los planes del gobierno de Madrid sobre Flandes.

El problema que rodeó aquella desafortunada operación fue, entre otras cosas, la falta de apoyo de Viena. Es más, cuando Gonzalo Fernández de Córdoba emprendió el sitio de Casale no contaba con la aprobación del emperador. Fernando II, presionado por Wallenstein y su segunda esposa, la emperatriz Leonor, favorable a la causa de su familiar Gonzaga, no pudo emitir una respuesta contundente, lo cual supuso una costosa prolongación del asedio. El retraso favoreció a Francia para intervenir en el conflicto. Cuando por fin el embajador en la corte de Viena Aytona logró convencer al emperador, ya era tarde. La amenaza francesa se dejó sentir enseguida, pues, una vez sofocada la revuelta de La Rochelle y firmada la paz con Inglaterra, Luis XIII dirigió personalmente sus tropas a Italia,

derrotando al duque de Saboya, aliado ahora de Madrid, y obligando a los españoles a levantar el sitio de Casale, algo muy peligroso, pues la amenaza francesa podía extenderse a Milán.

La derrota en Casale fue determinante, ya que debilitó sustancialmente las posibilidades de acción de los ejércitos de la Monarquía en Flandes y el norte de Italia. El fracaso de las operaciones militares en Mantua representó un duro golpe para la reputación española, muy dañada también en los Países Bajos, ya que el dinero previsto para cubrir las necesidades del ejército de Flandes había sido transferido al frente italiano, dejando aquellas provincias sin socorros y expuestas a un ataque de los holandeses.

Olivares, que había comenzado a recibir duras críticas desde diversos sectores, a partir de 1627 se vio aún más desacreditado por la guerra de Mantua, que supuso un derroche de vidas humanas y de dinero sin ninguna ventaja. Por si fuera poco, en septiembre de ese mismo año, España sufrió un gran desastre financiero cuando Piet Heyn capturó la flota de Nueva España en la bahía de Matanzas, Cuba, con un cargamento de 80.000 kilos de plata. Gracias a ese tesoro, los holandeses pudieron levantar un ejército de 128.000 hombres, dirigido por Federico Enrique de Nassau, que puso sitio a la importante ciudad de 'S Hertogenbosch, en Brabante, conocida en español como Bolduque, la cual se rindió a pesar de la contraofensiva hispano-imperial.

Por si fuera poco, en el invierno de 1629-1630, las Provincias Unidas completaron su avance rompiendo el bloqueo fluvial y expulsando a los españoles de todas las guarniciones del noroeste de Alemania, mientras en

América ocuparon Pernambuco.

En esta situación, Olivares ordenó reanudar la ofensiva contra Mantua y Monferrato, obteniendo por fin el apoyo del emperador, que llegó demasiado tarde.

En el horizonte del Imperio aparecieron otras amenazas más graves para Fernando. La firma de una tregua de seis años por Gustavo Adolfo de Suecia con el rey de Polonia, Segismundo III, le dejaba vía libre para intervenir en el Imperio. Además, Francia volvió a enviar tropas en defensa del duque de Nevers, lo que disuadió a Fernando, que temía verse involucrado en una confrontación militar de dimensiones desconocidas en Italia cuando debía hacer frente a la amenaza sueca.

La Paz de Ratisbona de 1630 determinó la cuestión de Mantua y Monferrato, que fue rápidamente liquidada por la vía diplomática. En el Tratado de Cherasco de 1631, en el que participó Mazarino como ministro del Papa, favoreciendo a Francia, se reconocieron los derechos hereditarios del duque de Nevers sobre los ducados y se otorgaron algunas compensaciones territoriales a Saboya y a Francia, quien ocupó rápidamente las plazas de Pinerolo y Perosa, de acceso directo a la Lombardía. España no solo no había ganado nada, sino que había perdido el terreno conquistado en 1625 en Flandes y la posibilidad de alcanzar una paz ventajosa con las Provincias Unidas.

Los problemas se acumularon para Felipe IV, pues, además de Mantua y los Países Bajos, los planes ambiciosos de Olivares en el Báltico traerían nuevas complicaciones.

España y sus planes en el Báltico

Hasta 1626 fueron años de triunfos para España, muy especialmente 1625, el *annus mirabilis* de la Monarquía. Felipe IV en un mensaje dirigido al Consejo de Castilla informaba satisfecho:

Nuestro prestigio ha crecido inmensamente. Hemos tenido a toda Europa en contra nuestra, pero no hemos sido derrotados, ni hemos perdido a nuestros aliados, mientras que nuestros enemigos me han pedido la paz. El pasado año de 1625, hemos tenido a nuestro cargo casi 300.000 hombres de a pie y de a caballo y en armas unos 500.000 hombres de las milicias, mientras las fortalezas de España se ponían en estado de defensa. La flota, que al subir yo al trono, solo tenía 7 barcos, se ha elevado en 1625 a 108 barcos de guerra marítima, sin contar los navíos en Flandes y las tripulaciones están formadas por los marinos más diestros que este Reino haya tenido nunca (...) Este mismo año de 1626 hemos tenido dos ejércitos reales en Flandes y uno en el Palatinado, y todo el poder de Francia, Inglaterra, Venecia, Saboya, Suecia, Dinamarca, Holanda, Brandeburgo, Sajonia y Weimar no ha podido salvar Breda de nuestras victoriosas armas.

En ese contexto triunfalista, Olivares comenzó a diseñar a partir de 1622 diversos planes mercantilistas en el Báltico que llegaron a ser denominados en su conjunto como el «proyecto nórdico». El objetivo consistía en establecer una serie de bases navales en aquel mar, en particular, en la costa septentrional de Alemania. Se buscaba favorecer una ruta que conectase el Báltico con la península ibérica, de modo que llegaran a España cereales, madera y suministros navales, que eran monopolio de los holandeses. Esto obligaba a desarrollar diversas maniobras diplomáticas para atraer a las ciudades de la Liga hanseática a una nueva gran red comercial dominada por los Habsburgo, con el mayor menoscabo posible al poderío comercial de Holanda.

En mayo de 1627, Olivares trató de acercarse a Wallenstein para concertar una serie de servicios en favor

de los intereses de España. El duque de Friedland, deseoso de contar con la ayuda y amistad de España, se puso a disposición del gobierno de Madrid. Desde España se le pidió que dispusiese de un puerto de la costa de Mecklenburgo para instalar en él una compañía comercial del Báltico y una escuadra que pudiera controlar los movimientos marítimos de los daneses. También se pretendía presionar a las Provincias Unidas, que todavía retenían el territorio imperial de Frisia oriental.

Para aquellos planes tan alejados del espacio ibérico, el gobierno de Madrid se sirvió de diversos agentes. Entre los más destacados estaba el barón D'Auchy, dedicado en aquel momento en Varsovia a la negociación de una alianza hispano-polaca y a evitar un acercamiento entre Polonia y Suecia. Otro de los agentes acreditados fue el noble valón Gabriel de Roy, cuyo perfil de mercader-espía fue valorado por Olivares para ser enviado al mar Báltico en 1626. Su misión consistía en inclinar a las ciudades hanseáticas para que contribuyeran a la creación de una armada imperial hispano-polaca en aquel mar, apoyado por el representante de Viena, el conde de Schwarzenberg. De Roy recorrió las ciudades de la Liga hanseática con el fin de atraerlas a la causa comercial Habsburgo. Algunas, como Hamburgo, se quejaron de las novedades introducidas en el comercio español. En general, las negociaciones no dieron resultados sustanciales. De Roy trató de gestionar en Lübeck la contratación de los 24 navíos prometidos a Polonia que formarían la escuadra hispano-polaca en el Báltico. Esta armada protagonizó un exitoso enfrentamiento con la marina sueca de Wismar en agosto de 1629. Sin embargo,

aquella flota, controlada cada vez más por Wallenstein, tuvo que permanecer en puerto, donde fue bloqueada poco después por los suecos, que en enero de 1632 se hicieron finalmente con Wismar y la flota hispano-polaca. Aquel final poco feliz se debió, sobre todo, a la escasez de recursos financieros propios con los que contaba España. En realidad, la Liga con los Habsburgo en el Báltico no prosperó porque cada socio quería que el otro pusiera más dinero y barcos, los cuales parecían ser más necesarios en otros lugares y contextos.

Sin embargo, para lo que sí sirvió el «proyecto báltico» fue para alarmar al rey Gustavo Adolfo de Suecia e impulsarlo a participar en la guerra de los Treinta Años.

La internacionalización definitiva del conflicto (1630-1648)

La entrada de Suecia en la guerra, hasta entonces un conflicto predominantemente imperial, puesto que el rey de Dinamarca había participado como príncipe del Imperio, convirtió la contienda en una guerra internacional donde las principales potencias iban a dirimir sus pretensiones utilizando el espacio alemán. Era una nueva dimensión de la conflagración.

La decisiva intervención de Suecia en la guerra (1630-1635)

A pesar de la frágil paz impuesta por el emperador en Ratisbona, las tensiones volvieron a Alemania, esta vez desde fuera, cuando apareció en el horizonte del mar Báltico un poderoso competidor de los Habsburgo: Gustavo II Adolfo de Suecia. Aquel reino del norte emergía como el

mayor enemigo protestante y el más poderoso militarmente. Sin embargo, durante la dilatada guerra de Suecia en Alemania hasta 1648, los enfrentamientos armados entre suecos y españoles fueron escasos y, lo que fue más importante, no desembocaron en guerra.

El 6 de julio de 1630, Gustavo Adolfo con un poderoso ejército, bien abastecido de artillería gracias a la importante producción de cobre y hierro de Suecia, desembarcó en Peenemünde (Pomerania), al norte de Alemania, momento estelar al que pocos dieron importancia.

El monarca sueco se presentó en suelo alemán por varios motivos. En primer lugar, porque las numerosas victorias de los ejércitos Habsburgo habían impuesto un orden en Alemania contrario al luteranismo y al protestantismo en general. El rey de Suecia era un devoto luterano que creía que Dios lo había llamado a ganar la libertad religiosa y política para Europa. Disponía de un ejército disciplinado, formado por soldados nacionales y no solo mercenarios, y de unas sustanciosas subvenciones ofrecidas por Richelieu, el cual, a pesar de su capelo cardenalicio, había diseñado un inteligente juego político-militar para socavar el poderío Habsburgo.

La intervención de Suecia en la Guerra de los Treinta Años llegó en una coyuntura oportuna, cuando todos —tanto católicos como protestantes— comenzaron a oponerse de forma taxativa a las nuevas directrices del emperador. Aquel rechazo se debió en gran parte a las campañas violentas de Wallenstein y sus maquinaciones para forzar al emperador a convertirlo en duque de Mecklemburgo después de relevar al legítimo duque, las cuales despertaron la sospecha y la ira

de los príncipes tanto protestantes como católicos.

En el verano de 1630, cuando Gustavo Adolfo había desembarcado en suelo alemán, los electores reunidos en Ratisbona exigieron al emperador renuente la inmediata destitución de Wallenstein. En su discurso, los electores expresaron su firme convicción de que toda la culpa de la miseria, la desgracia y la infamia, las crueles e innecesarias exacciones militares, que cada día aumentaban, se debían al nuevo duque de Mecklemburgo, general de las fuerzas imperiales, que había sido investido, sin el consentimiento de los estados, con poderes que nadie antes había ejercido. Además, se quejaban de que la numerosa soldadesca no servía más que para dilapidar y malograr los territorios del Sacro Imperio. Y, por si fuera poco, Wallenstein había librado la guerra contra aquellos a quienes nunca se había declarado la guerra. Al mismo tiempo, los impuestos, que nadie tenía derecho a solicitar sin el consentimiento de la Dieta, habían sido exigidos por voluntad del duque y extraídos del pueblo de manera implacable. Solo el electorado de Brandeburgo había proporcionado en los últimos años setenta millones de gulden, por no hablar de los terribles disturbios y destrucción que la guerra siempre llevaba consigo. Y finalmente, todos ellos se quejaron de la excesiva pompa y magnificencia que mantenían el duque y sus oficiales, con vestidos, utensilios de oro y plata y caballos costosos.

Pero no solo de los electores, también llegaron al emperador muchas protestas de otros príncipes y estados del reino. Un embajador del duque de Pomerania presentó al emperador un pliego lleno de quejas sobre el

comportamiento de las tropas de Wallenstein y de súplicas para la liberación de semejante carga militar:

El duque de Pomerania no duda que Su Majestad imperial recordará cómo ha suplicado en varias ocasiones contra las extraordinarias e indecibles penurias y extorsiones que desde hace casi tres años se han practicado sobre él y sus súbditos por las tropas acantonadas en aquel territorio y que aún continúan sin cesar; por lo que una vez más vuelve a solicitar con probidad y a pedir humildemente socorro. La carga se ha vuelto tan grande que ya no es posible soportarla. [...]

¡Y qué insolentes excesos e injerencias deliberadas en los cultos, despojos de iglesias, violación de las tumbas de los muertos, infracciones de toda clase de soberanía y autoridad, desarmando a nuestros súbditos y reduciendo nuestros ingresos como gobernantes!

Aquella situación de prepotencia de Wallenstein y la penuria humana que indudablemente traían sus ejércitos en aquellos estados impulsaron a los electores a acordar la destitución de Wallenstein, cuyo gigantesco ejército de más de 130.000 hombres quedó al mando de Tilly. Una consecuencia inmediata fue la bancarrota de Hans de Witte, principal agente financiero de la empresa militar de Wallenstein. La compañía sufrió un recorte presupuestario tan severo que obligó al licenciamiento del 70 por ciento de las tropas y, por tanto, a la reducción de su capacidad operativa.

Pero la Dieta no solo trató la destitución de Wallenstein, trajo también la paz entre el emperador y Luis XIII, la cual sirvió para que los franceses se retirasen de la lucha en el Sacro Imperio. Una retirada meramente presencial, pues Francia continuó de forma indirecta apoyando económicamente a Suecia. Aquella paz, sin duda muy precaria, fue mal acogida por el gobierno de España, que se sintió burlado por el emperador al emprender una paz

unilateral con el gran enemigo de los Habsburgo. A partir de entonces, se incrementó el recelo en la colaboración militar y política entre las dos ramas de la Casa de Austria, que determinó la suerte de la guerra de Mantua.

En este escenario, a su llegada a Alemania, Gustavo no fue recibido como un libertador sino más bien con desconfianza y recelo por parte de los príncipes protestantes del norte de Alemania. En general, todos ellos se mostraron reacios a aliarse con un monarca poderoso y además extranjero en contra del emperador. Los recelos provenían, particularmente, del elector Jorge Guillermo de Brandeburgo, dirigente de los calvinistas, y de Juan Jorge de Sajonia, cabeza de los luteranos, los cuales al mismo tiempo no mantenían buenas relaciones entre ellos. Ambos desconfiaban de cualquier injerencia extranjera, pero especialmente el de Brandeburgo, que temía las ambiciones territoriales del rey de Suecia en las costas del Báltico, demostradas sobradamente en las guerras precedentes. También otros príncipes protestantes de Alemania recelaban de la intervención sueca, pues creían que su motivo principal era tomar los puertos del norte de Alemania para controlar mejor el comercio en el Báltico. Por su parte, Juan Jorge de Sajonia desconfiaba de los calvinistas más que de los católicos y no deseaba enfrentarse directamente con el emperador.

Desde luego, aquellas precauciones de los príncipes y especialmente de su cuñado el elector de Brandeburgo, hermano de su esposa María, Leonor de Brandeburgo, contrariaron extraordinariamente a Gustavo Adolfo, como se percibe en sus cartas:

He recibido su explicación de los motivos por los que mi honrado cuñado intenta disuadirme de empeñarme en esta guerra. Confieso que había esperado una clase de embajada diferente, y dado que Dios me ha traído hasta aquí, y he llegado a esta tierra para ningún otro propósito que para liberarla de los ladrones y los estafadores que han plagado este territorio, y, en primer lugar y ante todo, para ayudar a su Excelencia en estas dificultades. ¿No sabe su Excelencia entonces que el emperador y sus seguidores no van a descansar hasta que la confesión evangélica esté completamente erradicada del Imperio, y que su Excelencia no tiene nada que esperar sino ser forzado a negar su credo o abandonar su país? ¿Cree que con oraciones y ruegos y tal clase de medios obtendrá algo diferente? Por el amor de Dios, pensar vosotros mismos y aconsejaros como hombres! No puedo volver, la suerte está echada, hemos pasado el Rubicón, *alea jacta est, transivimus Rubiconem*.

Jorge Guillermo tuvo que maniobrar entre las peticiones de ayuda de su ambicioso cuñado Gustavo II Adolfo de Suecia y sus propios consejeros protestantes, por un lado, y el conde Adam von Schwarzenberg, por el otro. Curiosamente, Jorge Guillermo dejó en manos de este canciller católico las grandes responsabilidades de gobierno de Brandeburgo-Prusia.

Con esta presión, y a pesar de sus intentos de neutralidad, Jorge Guillermo se vio forzado por Gustavo Adolfo a unirse a las fuerzas protestantes en 1631. Brandeburgo sufrió terriblemente durante la guerra, pues las tropas contendientes quemaron y saquearon por igual la región, provocando el alarmante descenso de la población. En 1632, tras la muerte de Gustavo Adolfo, Jorge Guillermo mantuvo la alianza con los suecos hasta después de la derrota de Suecia en la batalla de Nördlingen el 6 de septiembre de 1634. Fue entonces cuando el elector de Brandeburgo se retiró definitivamente del conflicto y firmó la Paz de Praga con el emperador Fernando II el 30 de mayo de 1635.

El saqueo de Magdeburgo (10 de mayo de 1631)

Gustavo Adolfo se quedó en el norte de Alemania durante algunos meses, hasta que finalmente los príncipes protestantes se convencieron, o mejor fueron convencidos, y se unieron a él. No solo Jorge Guillermo acabó apoyando las campañas de Gustavo Adolfo, también lo hicieron otros príncipes protestantes del Imperio movidos, en buena parte, por la pérdida de Magdeburgo el 10 de mayo de 1631 y la propagandística matanza de sus habitantes a manos de las tropas imperiales del general Tilly y del mariscal de campo

Gottfried von Pappenheim.

El saqueo de Magdeburgo fue propiciado por el levantamiento de la ciudad contra su soberano el emperador Fernando II. La población confiaba en que las tropas de Gustavo Adolfo, que se encontraban ya en el norte de Alemania, llegaran en su apoyo. La ciudad mantuvo la esperanza a pesar de que el rey de Suecia solo envió al coronel Dietrich von Falkenberg para dirigir la defensa de Magdeburgo. El saqueo estuvo precedido por un larguísimo asedio realizado por las tropas de Tilly y Pappenheim desde noviembre de 1630 al 10 de mayo de 1631. Finalmente, la renuencia de las tropas suecas, que nunca acababan de llegar, a prestar asistencia a la desesperada población de Magdeburgo convenció a los regidores de la ciudad de la necesidad de solicitar la paz. Pero la decisión, o no llegó, o llegó tarde al general Tilly. Cuando los sitiadores abrieron brechas en las fortificaciones, las tropas imperiales iniciaron la operación de asalto, logrando dominar la resistencia armada y abrir la puerta de Kröcken, por donde entró el resto del ejército. Hasta aquí las operaciones de sitio y asalto final se asemejaban a la mayoría de los asedios tan frecuentes en la Guerra de los Treinta Años. El saqueo y el consiguiente botín —considerado como una forma de compensar a las sufridas tropas sitiadoras— también formaban parte del desarrollo final de un asedio pero de forma controlada. Lo que exasperó las operaciones finales de asalto y toma de la ciudad fue la penosa situación de las tropas asaltantes, que después de tantos meses de asedio no habían recibido sus pagas; a ello se sumó la decisión de la propia guarnición de minar y prender fuego a varios puntos

de la ciudad; y no menos decisivo fueron las burlas de la guarnición a los soldados imperiales. Estos, impacientes y enfurecidos, comenzaron a saquear sin ningún control todo lo que pudieron, incluidos los depósitos de mercancías que aún custodiaba la ciudad y los objetos valiosos que encontraban a su paso. Una gran parte de la población fue exterminada, como también el coronel Falkenberg, que murió tiroteado.

En su descargo, Gustavo Adolfo afirmó que los habitantes de Magdeburgo no habían estado dispuestos a pagar los fondos necesarios para su defensa. Tampoco se decidieron a costear la práctica habitual conocida como *Brandschatzung* —término traducido como *dinero del fuego*—, que venía a significar el precio del rescate exigido por el ejército a una ciudad o plaza tomada a cambio de no incendiarla ni saquearla. Como contrapartida, el ejército ofrecía su garantía de que ninguna otra tropa del mismo bando volvería a someterla a estas exigencias. En definitiva, parece que las autoridades municipales no solo llegaron tarde a solicitar la paz, tampoco estuvieron dispuestas a pagar su defensa ni a negociar el precio del rescate de la ciudad.

El acontecimiento tuvo grandes repercusiones propagandísticas y de opinión pública. Para los Habsburgo aquella fue una victoria que había que celebrar. Sin embargo, pocos actos de la guerra conllevaron una condena tan unánime, sobre todo tras las descripciones hechas por algunos testigos. Uno de los testimonios más inquietantes que ha servido para reforzar la propaganda antihabsburgo fue el de Otto von Guericke, físico y jurista alemán que

logró escapar de la ciudad antes del saqueo. A su regreso fue elegido alcalde de Magdeburgo y se dedicó a la reconstrucción de la ciudad, que de 20.000 habitantes había quedado reducida a 5.000. Durante el asedio...

...algunos de los soldados y ciudadanos trataron de resistir aquí y allá, pero las tropas imperiales no paraban de traer más y más fuerzas, caballería también, para ayudarles, y finalmente consiguieron que la Krockenthor quedara abierta y dejara entrar a todo el ejército imperial y las fuerzas de la Liga Católica, húngaros, croatas, polacos, valones, italianos, españoles, franceses, alemanes del norte y del sur.

Así sucedió que la ciudad y todos sus habitantes cayeron en manos del enemigo, cuya violencia y crueldad se debió en parte a su odio común hacia los que se habían adherido a la Confesión de Augsburgo, y en parte a su resentimiento por la cadena de disparos y por las burlas e insultos que los de Magdeburgo habían lanzado contra ellos desde las murallas...

El acontecimiento tuvo también importantes consecuencias políticas y militares, pues dio como resultado la unificación de las fuerzas protestantes. Los príncipes electores decidieron entonces unirse al rey de Suecia. En febrero y marzo de 1631, se convocó el coloquio de Leipzig, una conferencia o deliberación celebrada entre luteranos y calvinistas alemanes en aquella ciudad con el fin de procurar una acción conjunta para impedir la ejecución del Edicto de Restitución de Fernando II. Allí se acordó mediante el *Manifiesto de Leipzig* convocar a todos los protestantes del Imperio a la formación de una alianza defensiva. En realidad, en el coloquio de Leipzig lo que se buscó fue unificar fuerzas frente al catolicismo. Por ello, allí acudieron el elector de Brandeburgo, acompañado del predicador de su corte, Johannes Bergius; el landgrave de Hesse Guillermo V con su predicador, Theophilus Neuberger; y el profesor Johannes Crocius, que enseñaba en la Universidad de Marburgo. Esos

teólogos, que pertenecían a la fe reformada, invitaron a los luteranos de Sajonia Matthias Hoë von Hoënegg, Polycarp Leyser y al predicador de la corte Heinrich Hopffner para tratar sobre los puntos de diferencia entre ellos. Los debates y deliberaciones, basados en la Confesión de Augsburgo, continuaron hasta el 23 de marzo. Aunque se alcanzó un acuerdo en algunos puntos, fue imposible una alianza total, debido sobre todo a la doctrina de la predestinación, que causó gran discusión y discordia. Por ello, se decidió finalmente no hacer más que una declaración definiendo los puntos divergentes.

Junto a la unificación de las fuerzas políticas protestantes y el acercamiento de las doctrinas discordantes, los avances del ejército sueco eran imparables. Desde su desembarco, fue extendiéndose por las regiones del noroeste de Alemania, que ayudaban a su financiación mediante contribuciones que pagaban los territorios que ocupaba. Suecia contaba, sobre todo, con la ayuda de la Francia de Luis XIII, quien, por el tratado de Bärwalde de enero de 1631, se había comprometido a enviarle un subsidio anual de un millón de libras tornesas a cambio del compromiso sueco de mantener un ejército de 30.000 hombres de infantería y 6.000 de caballería y abstenerse de actuar contra el catolicismo en aquellos territorios en los que estaba implantado. La indudable capacidad negociadora y diplomática de Gustavo Adolfo había obtenido también otro tratado, el de Fontainebleau, en mayo de ese año, con Maximiliano de Baviera, para prevenir posibles contingencias.

Sin embargo, las victorias sucesivas de Gustavo Adolfo en Pomerania, Sajonia, el Rin y Baviera, que le otorgaron el

control de gran parte de Alemania, alarmaron no solo al emperador, sino también a Richelieu y a toda Francia. El Imperio reaccionó ante la grave amenaza sueca en Pomerania con la formación de un nuevo ejército en el Imperio y la rehabilitación de Wallenstein, hasta su derrota en 1632. Tras cada victoria, las fuerzas de Gustavo Adolfo, en las que todos los príncipes protestantes tenían puestas sus esperanzas, procedieron del mismo modo que las fuerzas Habsburgo, es decir, mediante el aplastamiento y saqueo de las poblaciones alemanas a su paso. Estos procedimientos levantaron recelos entre los príncipes protestantes, muy especialmente el asalto y captura de la ciudad Frankfurt-am-Oder en abril de 1631, un precedente del saqueo de Magdeburgo por Tilly un mes después. Pero Magdeburgo pesó mucho más y los estados pequeños del norte de Alemania, y particularmente Guillermo V de Hesse-Kassel, decidieron establecer alianzas firmes con los suecos. La entrada de Tilly en el territorio de Sajonia forzó a Juan Jorge a unirse también a Suecia, pero siempre con desconfianza.

Con todos estos apoyos y subsidios, los suecos obtuvieron finalmente la primera gran victoria contra los Habsburgo en la batalla de Breitenfeld, al norte de la ciudad de Leipzig, el 17 de septiembre de 1631. Este triunfo de los protestantes supuso la primera gran derrota católica en la Guerra de los Treinta Años. Gustavo Adolfo demostró una excepcional habilidad como estratega, y su victoria alimentó las esperanzas protestantes. La derrota Habsburgo supuso también el desvanecimiento de todas las aspiraciones del emperador sobre el Báltico, donde perdió las posiciones que había conquistado.

Tilly se vio obligado a retirarse hacia el sur y las tropas suecas pudieron avanzar hacia el centro y el oeste de Alemania. Gustavo Adolfo con su ejército eligieron el camino hacia el sur a través del Rin. Esto implicaba el riesgo de un enfrentamiento con las tropas españolas que ocupaban el Bajo Palatinado en la zona oriental del río. Unos veinte kilómetros al sur de Mainz, los suecos hallaron una cabeza de puente española con aproximadamente 1.000 hombres en la orilla oriental. El 17 de diciembre, el rey cruzó el río, derrotó una unidad de caballería española que le atacaba, se apoderó de la ciudad y del castillo de Oppenheim, el cuartel general español de la zona.

El 15 de abril de 1632, Tilly fue derrotado de nuevo y herido mortalmente en la batalla de Rain, un pueblo bávaro cerca del río Lech. Como consecuencia de la derrota, las tropas quedaron desmoralizadas y sin dirección, por lo que Maximiliano de Baviera tuvo que ordenar una retirada inmediata para salvar al ejército. Lamentablemente para la Liga Católica, la mayor parte de la artillería pesada y de los pertrechos tuvieron que ser abandonados en el campo de batalla. Gracias a estas medidas, y sobre todo a las tormentas y ventiscas que bloquearon las comunicaciones, el grueso del ejército en retirada logró esquivar la persecución del enemigo y escapar de la aniquilación. Los ejércitos suecos se abrieron paso hasta el corazón de Baviera, amenazando también los territorios patrimoniales de los Habsburgo. Maximiliano se vio obligado a huir a Salzburgo, y el 17 de mayo de 1632 el rey de Suecia y el destronado «rey de invierno», Federico V del Palatinado, entraron triunfalmente en Múnich.

El resultado de aquellas victorias fue la ocupación y el control por parte del ejército sueco de una extensa parte de Alemania; desde sus cuarteles generales en Maguncia y Fráncfort llegaron, incluso, a realizar una breve invasión de Bohemia gracias a la alianza con Sajonia. Curiosamente los procedimientos de Gustavo Adolfo se asemejaban a los de los Habsburgo, al exigir rescates, préstamos y dinero a cambio de protección. Todo ello incrementó el recelo y el rechazo entre los propios protestantes hacia el rey de Suecia, sobre todo, ante las crueldades de las tropas suecas con los territorios neutrales, muchos de los cuales se vieron forzados a adherirse.

No solo el emperador y Maximiliano de Baviera se vieron amenazados desde la entrada de las tropas suecas en el escenario bélico, también se vio en peligro la presencia española en el Rin. El control del río era demasiado valioso en la estrategia de todos los contendientes. Por ello, la rápida marcha de Gustavo Adolfo a lo largo del Rin entre 1630 y 1631 puso en dificultad las posiciones del «camino español». Varias plazas españolas fueron tomadas por los soldados de Gustavo Adolfo.

La inquietante amenaza sueca llevó al emperador a solicitar más dinero y hombres a España. En 1632, también se vio obligado a llamar de nuevo a Wallenstein, quien desde Friedland se puso en marcha para comandar las fuerzas del emperador. La ayuda de España no se hizo esperar. Según las estimaciones de Ernst Hildegard, Wallenstein recibió de la monarquía española, entre mayo de 1632 y noviembre de 1633, 300.000 florines mensuales; en total, España pagó prácticamente un millón de florines a Wallenstein. Tras la

desaparición del duque de Friedland, estos subsidios españoles se pusieron a disposición del hijo del emperador, Fernando III, rey de Hungría, a condición del compromiso de emprender una maniobra de distracción contra Francia.

El éxito sueco y la extensión de sus conquistas se debieron en gran parte a los esfuerzos de Gustavo Adolfo por crear un ejército «nacional» y dotarlo de una potente artillería y una avanzada táctica de ataque. Con estos medios, el monarca sueco pudo vencer brillantemente en Breitenfeld y Lützen, pero en esta última batalla Gustavo Adolfo encontró la muerte.

La prematura muerte de Gustavo Adolfo

Fue al finalizar el año 1632, cuando los ejércitos del rey de Suecia comenzaron a sufrir la derrota. A mediados de noviembre, los suecos avanzaron hacia Lützen, en Sajonia, donde el general Wallenstein había establecido sus cuarteles de invierno para retirar allí sus tropas ante la llegada del frío. Gustavo Adolfo consideró aquel momento como una oportunidad para llevar a cabo un ataque sorpresa contra Wallenstein. Sus movimientos, sin embargo, fueron rápidamente detectados por el ejército imperial y, consecuentemente, el ejército sueco fue atraído a la batalla por un enemigo más potente, bien preparado y con refuerzos cercanos. El 16 de noviembre, católicos y protestantes lucharon en una de las batallas más cruciales en la Guerra de los Treinta Años.

La batalla de Lützen ha dejado una gran huella más por la muerte de Gustavo Adolfo que por las modernas tácticas ensayadas por él. Fue lamentable, como señala Guthrie, que Gustavo Adolfo tomara...

... el mando de los regimientos de Smaland y Gothland Oriental para efectuar un ataque improvisado. Cargó tan impetuosamente en la niebla que sus menos entusiastas jinetes del Smaland quedaron atrás —un acto inexplicable en un comandante tan experimentado—. Tratando de volver, se perdió también de su escolta y de su estado mayor, excepto por el duque Franz Albrecht de Sax-Lauenburg y dos asistentes.

Dándose la vuelta por completo se toparon de bruces con una partida de infantes Imperiales, probablemente uno de los destacamentos de mosqueteros. Estos dispararon hiriendo al rey en el brazo —su suerte se había acabado—. Aturdido, le dijo al duque Franz que lo sacara de allí. Lo intentó, aunque lo único que se encontraron fue una partida extraviada de coraceros Imperiales; el rey fue herido en la espalda por uno de los disparos de pistola. Luego ambos grupos se perdieron de vista en la niebla.

Cuando Gustavo Adolfo cayó de su caballo, Franz fue presa del pánico y huyó, gritando a todo el que se encontraba que el rey estaba muerto. Uno de los ayudas de campo permaneció con el rey y trató de subirlo a su caballo. Otra partida de coraceros los encontró. Gustavo Adolfo fue disparado en la cabeza y luego apuñalado repetidamente; el cuerpo fue desvalijado, joyas y ropa, llevándose también la casaca.

El análisis de esta batalla ha puesto de manifiesto que Gustavo Adolfo atacó con coraje pero temerariamente por delante de sus hombres. Algunos textos propagandísticos han señalado que antes de morir fue rodeado por soldados enemigos, quienes le exigieron su nombre. Se dice que Gustavo respondió: «Yo soy el rey de Suecia, y hoy sello con mi sangre las libertades y la religión de la nación alemana». Herido por arma de fuego en un brazo y la espalda, inmediatamente fue abatido por una docena de espadas.

El factor climático —la niebla en el campo de batalla— y el factor humano de aquel acontecimiento han llegado gracias a numerosas relaciones, cartas y avisos que, con distintas versiones de aquellos hechos, cruzaron por toda Europa. Según una de estas relaciones, la muerte de Gustavo

Adolfo había sido pronosticada por un astrólogo e interpretada incorrectamente por el propio monarca.

Al principio de los primeros encuentros de uno y otro campo, Inocencio Bucela, camarada del Piccolomini, conoció en tierra herido y muerto al Rey de Suecia y habiendo dado cuenta de ello a su coronel, fue con él y con otras diez personas a ver el cuerpo que aún estaba palpitando; y mientras trataban de retirarle, sobrevino una tropa enemiga, que les forzó a retirarse ellos. Esparciose luego la voz de esta muerte, pero suspendiose su crédito por la relación de algunos prisioneros que decían está herido el rey, pero que andaba en una carroza cerrada y detrás de su corneta o estandarte blanco; mas habiendo quedado accidentalmente preso en la batalla un Astrólogo entretenido de Su Alteza y rescatándose después de ocho días, trajo la nueva cierta de que el Rey había quedado herido de un mosquetazo en un brazo y dos pistoletazos en el pecho y de que había caído muerto en el campo. La muerte del rey ha verificado el pronóstico de un Astrólogo llamado David Erlisio de Estergard en Pomerania, el cual dijo los meses pasados que el Rey no había de volver a pasar el Albis (el río Elba) y él interpretando esto en su favor, creyó que se había de hacer Señor del Imperio, como entre sus Coligados estaba ya repartido, y dejar de volver a Suecia, donde no hay otra cosa que montañas asperísimas, mas Dios que es quien lo dispone todo, ha hecho que se salga vana esta su esperanza, y dándonos a entender que a él solo está reservada la disposición de los Imperios.

El narrador, enemigo de las fuerzas antiHabsburgo, describe despectivamente a Suecia utilizando una versión negativa de la orografía de aquel país: «Suecia, donde no hay otra cosa que montañas asperísimas».

Se ha dicho, con cierta razón, que aquel día Europa perdió uno de sus hombres más valerosos y singulares. La lucha continuó durante horas. A pesar de los refuerzos católicos contra las vacilantes tropas suecas, estas se recuperaron y lograron desbaratar al ejército imperial. Pero la victoria protestante llevó consigo un alto precio: murieron 15.000 hombres y, entre ellos, lo mejor del ejército sueco.

Pese a la desaparición de su rey, Suecia pudo mantener sus tropas en Alemania, gracias a la formación en 1633 de una liga que incluía a una serie de príncipes protestantes del centro y el oeste de Alemania. La Liga de Heilbronn se creó el 19 de marzo bajo la dirección del canciller de Suecia, Axel Oxenstierna. Su objetivo consistía en establecer una alianza con todos los príncipes alemanes protestantes para conseguir que todos ellos volvieran a gozar de la plena posesión de sus tierras y derechos. Para estos príncipes, el verdadero enemigo de la libertad alemana era el emperador y su aliada la Liga Católica. La guerra era inevitable y para ello la Liga de Heilbronn se propuso levantar un ejército formado por 44 regimientos de infantería —cada uno de 1.000 hombres—, 216 compañías de caballería y 12 regimientos de infantería para las guarniciones. El coste del proyecto se estableció en 15 millones de florines al año.

A partir de ese momento, los protestantes recuperaron el Palatinado y avanzaron hacia Alsacia, bloqueando el camino español. Con la ocupación de Alsacia, la estrategia de la Liga de Heilbronn consistió en cercenar las posibilidades de ayuda entre Madrid y Viena. España respondió con rapidez enviando desde Flandes un nuevo cuerpo de ejército al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba y desde Italia al denominado ejército de Alsacia, al frente del cual iba el duque de Feria. Esta última fuerza, formada en 1633, tenía como objetivo dejar abierto el camino a la expedición del cardenal infante don Fernando, que debía llegar a los Países Bajos con la mayor seguridad y brevedad posible. Pero no solo los suecos, también los franceses habían ocupado diversos puntos clave del camino español. Francia

controlaba zonas y poblaciones tan estratégicas como Breisgau, pero la ciudad más estratégica era Breisach sobre el Rin porque suponía el punto de unión entre el Imperio, Milán y Flandes. A finales de 1633, Feria cruzó los Alpes por la Valtelina con un contingente de 8.000 hombres y 1.300 jinetes españoles e italianos, a los que se sumó otro contingente de alemanes reclutado en el Tirol. Aquellas tropas, que se abrieron paso con dificultad, lograron liberar la plaza suiza de Constanza, que estaba siendo sometida por las tropas suecas del general Horn. La ciudad tenía un gran valor estratégico, bien advertido por el diplomático Saavedra Fajardo, «como quiera que sea, conviene no dejar perder a Constanza, llave de Alemania y de Italia». Tras la liberación de Constanza, Feria tomó Rheinfelden, una de las llamadas cuatro ciudades del Bosque, situada en el alto Rin, en la frontera con Suiza. Ante su negativa de rendición, la ciudad fue tomada al asalto. Gracias a la obra pictórica propagandística «La expugnación de Rheinfelden» de Vicente Carducho, se explica que la liberación de la ciudad no presentó grandes dificultades. Rheinfelden no solo carecía de un recinto de fortificaciones modernas al estilo de la traza italiana, sino que mantenía las altas murallas medievales que fueron fácilmente abatidas y asaltadas por las tropas del duque de Feria. Con la liberación de Breisach del asedio francés, se logró reinstaurar el control hispánico en la zona y afianzarlo con la toma de la ciudad.

Las conquistas de Feria tuvieron un gran eco en España y en Alemania, pero al final resultaron efímeras y aportaron poco al mantenimiento del corredor militar español. En 1638, Breisach volvió a caer en manos francesas tras seis

meses de asedio. Pero las acciones de Feria allanaron de manera inmediata la llegada de refuerzos del Franco Condado y ayudaron a los aliados alemanes a restablecer la situación anterior a la llegada de los suecos.

Aunque Olivares quiso que se considerase aquel año de 1633 como otro *annus mirabilis*, y así parecía conmemorarse en la sala de batallas del palacio del Buen Retiro, lo que sí debía haber rememorado, o al menos evocado, fue la muerte del duque de Feria en Múnich como consecuencia de una epidemia de tifus que afectó también a un gran número de soldados de sus tropas; aquello fue un duro golpe para el ejército de Alsacia. Otra contrariedad para los Habsburgo fue la conquista francesa de Nancy y de diversas localidades importantes de Lorena. En 1629, Gastón de Orleans, el díscolo hermano pequeño de Luis XIII, se refugió en Lorena, huyendo de Richelieu y, tres años después, se casó con la hija del duque lorenés Carlos IV sin pedir permiso al rey de Francia. Esta fue la excusa perfecta para que Richelieu lanzara una operación de castigo que llevó a la toma de Nancy en 1633 y la ocupación del país. El duque de Lorena, aliado de España, se vio obligado a huir de su propio territorio. Por si fuera poco, en 1634, los protestantes invadieron Bohemia, llegando hasta las murallas de Praga, y tomaron Landshut en Baviera. Las tropas imperiales, dirigidas por el rey de Hungría y de Bohemia, y futuro emperador, Fernando III, reconquistaron Ratisbona y Donauwörth, restableciendo el contacto entre Baviera y los territorios de los Habsburgo.

Fue ese mismo año de 1634 cuando el propio cardenal-infante don Fernando, hermano de Felipe IV, partió de Milán

hacia Bruselas al frente de un poderoso ejército con la misión de hacerse cargo del gobierno de los Países Bajos. Y, uniéndose a las tropas de Fernando III comandadas por el general austriaco Matthias Gallas, acudió al encuentro del ejército sueco-protestante. El 6 de septiembre se produjo en Nördlingen un enfrentamiento que parecía iba a ser decisivo en el curso de la guerra, y lo fue de alguna manera. La batalla duró dos días. La táctica del cardenal infante fue la clave del éxito al elegir una posición llave que dominaba el terreno, desde la cual sus tropas batieron al enemigo hasta derrotarlo. La fortificación de esta colina se debió a la ciencia poliorcética del jesuita padre Camasa, profesor de táctica en los estudios de San Isidoro de Madrid. Los suecos, debilitados por las rivalidades de sus jefes, perdieron en el campo 12.000 soldados, 80 cañones, 4.000 bagajes, 300 banderas. El general sueco Horn y otros tres comandantes cayeron prisioneros.

Durante el combate, las unidades suecas —las mejores y más modernas unidades militares de la Edad Moderna, según los principios teóricos de la «Revolución Militar»— se estrellaron dieciséis veces contra dos tercios —uno español y otro italiano—, que defendieron como un muro de hierro la colina fortificada cuya posesión decidió el desenlace de la lucha. Don Fernando de Austria se reveló como un notable táctico gracias a su estancia en Milán, donde completó su formación militar; por ello, se le ha considerado como el último de los grandes capitanes de la escuela hispano-italiana de arte militar.

El milagro de aquella victoria, a finales de 1634, alcanzada en gran parte por los tercios viejos del cardenal

infante don Fernando, frente a los veteranos regimientos suecos, pareció dirimir la guerra hacia una victoria de los Habsburgo de Madrid y Viena.

Uno de los efectos de la victoria católica fue la desunión aún más de sus enemigos. El canciller Oxenstierna, que dirigía la política sueca durante la minoría de edad de la reina Cristina, abandonó la Liga de Heilbronn, mientras Hesse-Darmstadt y, sobre todo, Sajonia pactaban con el emperador. Sin embargo, la victoria de Nördlingen significó mucho más para la monarquía española, pues fue la causa directa que llevó al inicio de la guerra abierta entre Francia y España.

Tras la victoria, el cardenal infante se dirigió a Flandes para retomar el gobierno que había dejado vacante la gobernadora Isabel Clara Eugenia tras su muerte en 1633. El recibimiento del triunfador de Nördlingen fue apoteósico.

La Paz de Praga (1635)

Hacia 1635 comenzaron a despertar los anhelos de paz, pues existía un verdadero deseo de alcanzar la pacificación de Alemania tras casi veinte años de guerras. La victoria de Nördlingen fue definitiva para el acuerdo de la Paz de Praga en mayo de 1635. Con la firma de esta alianza terminó una fase importante de la guerra, que había comenzado precisamente en aquel mismo lugar. Pero no solo aquella victoria, también la recuperación española sobre el Rin había propiciado la Paz de Praga, en la que las diferencias confesionales quedaron supeditadas a una realidad política mucho más pragmática. La verdadera preocupación de los príncipes alemanes ya no era tanto religiosa como política, y se resumía en la alarma que despertaba la creciente

intervención y ocupación de suecos y franceses en el Sacro Imperio. Esta situación facilitó la unión del ejército sajón y del reticente Maximiliano de Baviera con el ejército imperial.

En esa fecha, el prestigio de los Habsburgo y el peso político de los católicos checos se había consolidado. La llamada «facción española», que existía desde la época de los primeros embajadores en Praga, sobre todo con Guillermo de San Clemente, se había extendido y su posición, especialmente en Praga, se había afianzado aún más tras esa victoria.

El acuerdo establecía el mantenimiento de la Paz de Augsburgo y un compromiso para que las restituciones de los bienes eclesiásticos efectivas en 1627 se mantuviesen durante cuarenta años. Asimismo, estipulaba una amnistía general y la disolución de la Liga de Heilbronn y la Liga Santa. Por otro lado, el elector de Sajonia reconoció definitivamente la transferencia de la dignidad electoral y de los territorios palatinos al este del Rin al duque de Baviera y, a cambio, recibió los territorios de las dos Lusacias prometidas por el emperador antes de la batalla de la Montaña Blanca. Finalmente, se prohibió el mantenimiento de ejércitos privados y se invitó a todos los príncipes y estados alemanes a adherirse a la paz; así lo hicieron los más destacados, entre ellos el elector de Brandeburgo, a lo largo de los meses siguientes.

Todas estas disposiciones permitieron a los católicos mantener sus conquistas en el sur y garantizaron a los príncipes protestantes el mantenimiento de los territorios secularizados en el norte. Los acuerdos de la Paz de Praga tuvieron entre los protestantes un reconocimiento que no

había tenido la pacificación impuesta por el emperador en 1629 y fueron ratificados por la mayoría de los príncipes del norte de Alemania y respetados por los grupos luteranos del sur y las principales ciudades imperiales. Hubo excepciones, como la del landgrave calvinista Guillermo V de Hesse-Kassel, el más antiguo aliado alemán de Suecia, que se negó a unirse y fue atacado y expulsado de su territorio por un ejército mandado por el luterano Jorge II de Hesse-Darmstadt.

En 1636, el campamento sueco situado a las afueras de Maguncia y llamado Gustausburg fue conquistado por las tropas reforzadas imperiales, lo que supuso el preludio de la reconquista completa de Renania. El repliegue sueco llevó consigo la cesión de los obispados de Bremen y Verden, en el noroeste, a sus enemigos los daneses.

En 1635-1636, la situación en Alemania parecía orientarse hacia una solución definitiva, con la novedad, además, de que las diferencias religiosas parecían pasar a un segundo plano. Así, la era de Bohemia había llegado a su fin.

La Paz de Praga sirvió más o menos de base para una reconciliación en Alemania, sin embargo, no respondió a las expectativas de la España de Olivares ni de la Francia de Richelieu. Los objetivos de Olivares consistían en consolidar la posición española en la región renana, dado que prácticamente se había eliminado a los suecos de allí. Por su parte, Richelieu comenzó un programa lleno de acciones consumadas y de búsqueda de alianzas. Francia se estaba preparando para pasar de la guerra «encubierta» a la guerra «abierta». Cuando Francia declaró la guerra a España en 1635, se trató esencialmente de un enfrentamiento franco-

español, una lucha por la hegemonía de la política europea que iba más allá del conflicto en el Imperio, al que desplazó en su importancia, como lo prueba el hecho de que se dilatará en el tiempo hasta 1659, once años después de la firma del Tratado de Westfalia.

La participación directa de Francia en la guerra (1635-1648)

Aunque en repetidas ocasiones se ha señalado que el último periodo de la Guerra de los Treinta Años es menos conocido, por menos estudiado, fue José María Jover quien avanzó un estudio detallado de la situación política franco-española de aquel periodo. También Elliott se ocupó del tema.

Fue el 19 de mayo de 1635, cuando Francia declaró formalmente la guerra a España. Entre las razones que expresaba la declaración oficial se especificaba la obligación de Francia de proteger a su aliado el elector de Tréveris, apresado por tropas españolas en un ataque sorpresa que concluyó con la toma de dicha ciudad en marzo de aquel año. Asimismo, Francia declaraba la imperiosa obligación de hacer frente a la supuesta pretensión española de invadir Francia apoyando las aspiraciones al trono de Gastón de Orleans, hermano pequeño de Luis XIII y eterno conspirador contra Richelieu.

El elector de Tréveris, pensionado francés desde 1627 y protegido desde 1632, fue arrestado y encarcelado por las tropas de Flandes el 26 de marzo de 1635. Al mismo tiempo, las principales ciudades del electorado fueron ocupadas por tropas españolas: Philippsburg, Landau y la misma Tréveris. La captura de un gobernante y su capital, que estaban bajo

protección francesa, fue un desafío que ni Richelieu ni el rey Luis XIII podían ignorar.

Pero, en realidad, fue la batalla de Nördlingen, en la que las fuerzas hispano-imperiales destruyeron de forma aplastante al ejército sueco en 1634, la que motivó la decisión de intervención de Francia. Tréveris fue la excusa; la victoria de Nördlingen, la verdadera causa.

El 19 de mayo de 1635, el cardenal infante recibió en Bruselas la declaración de guerra de manos de un heraldo francés. Aunque la ruptura oficial con el emperador Fernando II se retrasó hasta la renovación del pacto franco-sueco de marzo de 1636, era una conclusión decidida de antemano.

Francia planteó a sus aliados una guerra de diversión con el objetivo de confundir y despistar al enemigo. En principio, Luis XIII deseaba intervenir lo menos posible en Alemania, a excepción de los territorios que limitaban con ella, sobre todo Renania y el suroeste germano, si bien financiaría ampliamente tanto al ejército sueco como sobre todo a las tropas protestantes de Bernardo de Sajonia-Weimar, de la misma forma que Felipe IV enviaba un importante subsidio anual al emperador.

Aquella declaración de guerra lo que inició fue un cambio de escala bélica que iba a incrementarse y a extender los frentes de batalla a todas partes, incluida la frontera pirenaica e Italia. Con aquella declaración de guerra por parte de Francia, todos percibieron que desde ese momento lo que estaba en juego era la hegemonía de Europa.

La guerra franco-española (1635-1640)

En lo que toca al rompimiento de esta última guerra, que fue el año de 1635, no me hallo con escrúpulo de haber sido la causa de él; pues, aún sin notificármela el Rey de Francia (como suele ser costumbre) me la rompió entrando en Flandes con grandes fuerzas, uniéndose con aquellos rebeldes y herejes contra mí.

Así se expresaba Felipe IV, en su correspondencia con sor María de Ágreda, manifestando sus sentimientos hacia la injusta «ligereza» de comportamiento del rey de Francia. Con estas afirmaciones a la religiosa, el rey pretendía mostrar su recto proceder ajustado a las condiciones de «guerra justa» y «guerra contra el hereje», en una Europa que ya no operaba bajo estos principios sino conforme a la mera razón de Estado. Como ha señalado Alfredo Alvar, Felipe IV fue un «rey providencialista», convenido aún de que los designios divinos marcaban el devenir de su reinado, en contraposición a la «política como obra de arte de la inteligencia humana» del cardenal Richelieu.



Grabado de Felipe IV, Biblioteca Nacional de Francia.

Ante aquella declaración de guerra a España, Felipe IV y Olivares trataron de conseguir que Viena se comprometiera en la contienda contra Francia. Fernando II, sin embargo, a pesar de la presión española, no publicó formalmente una

declaración de guerra contra Francia hasta marzo de 1636, momento en que participó de modo más activo en ayuda a las tropas de la monarquía española.

El conflicto entre Francia y España se libró de forma preferente en las fronteras con los Países Bajos, Italia y España. Inicialmente el enfrentamiento fue favorable a España, pero en los últimos años del lustro 1635-1640, los resultados comenzaron a ser muy negativos. Olivares se planteó la necesidad de realizar un supremo esfuerzo a pesar del desgaste de España. Para ello, había que actuar rápida y contundentemente antes de que la potencia demográfica y económica francesa se tradujera al terreno militar. Y la España de Olivares realizó aquel esfuerzo. Se gravaron fuertemente los juros, se acuñaron millones de ducados de vellón (con el peligro consiguiente de aumentar la inflación), se hizo que las cortes de Castilla votaran un tributo extraordinario de nueve millones de ducados, pagaderos en tres años. Y aun se tuvo que ordenar a la alta nobleza que organizara compañías a su costa y se aprestaran al servicio militar. Se trató de una exigencia que suponía revitalizar la dimensión feudal de la participación nobiliaria en la guerra. A partir de 1635 se incrementaron las peticiones del rey a la primera nobleza del reino, destinada a jugar un papel más activo en la formación de regimientos nobiliarios o coronelías. Pero esta contribución de las casas nobiliarias estuvo precedida de abundantes negociaciones y acuerdos entre la aristocracia y la administración real, la cual utilizaba todo tipo de medios y presiones, desde las amenazas hasta las recompensas, con tal de lograr su participación en el servicio solicitado por el rey. Gracias a ello, se puede decir

que el esfuerzo bélico de la aristocracia, valorado en su justa medida, no fue tan negativo como en un principio se creyó. En general, la nobleza apoyó el programa olivarista como pudo, unos más que otros y con mayor o menor medida.

En junio de 1635, Olivares comenzó a elaborar un proyecto dirigido a transformar aquella coyuntura desfavorable y aprovechar la ocasión que se presentaba para poner a Francia en su sitio. De esta forma, empezó a tomar cuerpo la posibilidad de invadir el país vecino mediante un ataque conjunto desde los dominios de la monarquía borbónica. El proyecto, nacido de la pluma de Marco Antonio Gandolfo, un ingeniero militar italiano al servicio de España, preveía un triple ataque de invasión de Francia: uno a través de los Pirineos y los otros dos desde Flandes y Milán. El proyecto se pondría en marcha en 1636 y se emplearían para ello tres ejércitos el primero desde Flandes al mando del cardenal infante, gobernador de los Países Bajos españoles; otro desde el Franco Condado dirigido por un general imperial; y el tercero al mando del propio rey de España, que invadiría Francia desde Cataluña.

Aquellos ambiciosos planes quedaron en nada debido tanto a la oposición catalana al proyecto como a los inconvenientes que producían los viajes de la corte a Cataluña. Sin la ofensiva desde el sur, la invasión total de Francia se fue desvaneciendo. Sin embargo, los esfuerzos realizados por el cardenal infante en el norte resultaron muy prometedores. En 1635, los ejércitos franco-holandeses trataron de invadir Flandes, pero fueron rechazados. Un año después, el 3 de julio de 1636, las tropas del cardenal infante, apoyadas por las fuerzas imperiales del príncipe Octavio

Piccolomini y Jean de Werth, cruzaron la frontera con Francia y tomaron inmediatamente la Chapelle y Châtelet; después atravesaron el río Somme el 4 de agosto y tomaron Corbie el día 15. Esta ayuda imperial continuó durante varios años y fue un verdadero refuerzo en el conflicto de Flandes, que se complicó enormemente.

En Italia, los franceses fracasaron en los ataques al Milanesado (1635-1636) y fueron desalojados de la Valtelina en 1637. El duque de Parma, aliado de Francia, hubo de hacer la paz con España. En los años siguientes, el marqués de Leganés conquistó buen número de plazas del ducado de Saboya, incluidas las dos más importantes: Vercelli en 1638 y Turín en 1639.

Muchas fueron las relaciones propagandísticas sobre estos acontecimientos tan celebrados en Madrid. Un ejemplo es la relación de la *Toma de Turín, corte de Saboya y felices victorias de las armas católicas contra las de Francia en el Piamonte, desde diez de marzo de este presente año de 1639 hasta veinticuatro de abril del dicho*, Sevilla, por Juan Gómez de Blas, 1639.

De gran circulación fue la *Segunda Relación de la gran batalla que ha tenido el infante cardenal en el socorro de Edin. Y la gran victoria que ha tenido Piccolomini y en Italia el príncipe Tomás y el marqués de Leganés en la toma de Trin*, Madrid, Juan Sánchez, 1639.

También en España los franceses fueron claramente derrotados en el cerco a Fuenterrabía el 7 de septiembre de 1638. Aquel día, después de haber soportado durante dos meses ininterrumpidos el asedio por tierra y mar de las numerosas tropas francesas del cardenal Richelieu, el

ejército de Felipe IV liberó del asedio francés a la ciudad fronteriza. Un número indeterminado pero reducido de guipuzcoanos, hombres, mujeres y muchachos, se enfrentaron a unos 18.000 franceses. El éxito de la liberación del cerco de Fuenterrabía, que se debió sobre todo al almirante de Castilla, al marqués de los Vélez, al marqués de Mortara, al de Torrescusa y al duque de Albuquerque, fue recogido por multitud de relaciones, panfletos, loas, etc., de carácter festivo y propagandístico para la monarquía de Felipe IV.

Un año más tarde, los franceses tomaron la fortaleza de Salses, que fue recuperada por el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, dos meses después. La recuperación de la fortaleza obligó a la incorporación de gran número de caballeros nobles en el ejército real. Las disposiciones publicadas en Barcelona en 1639 conminaban a «que todos los caballeros que tengan privilegio militar, sin distinción de personas, se incorporen al ejército que está en el sitio de Salses para defenderse de los franceses».

A pesar de estos primeros años de victoria, las dificultades se fueron acumulando, pues el ejército de Flandes tuvo que dividirse anualmente en dos cuerpos: uno para cubrir la frontera sur con Francia y el otro, la frontera norte con las Provincias Unidas. A pesar de tener que enfrentarse a esta doble amenaza, las tropas españolas lograron mantener a raya los asaltos del enemigo. Sin embargo, en 1637, no pudieron impedir la ocupación francesa de gran parte del ducado de Luxemburgo y del Franco Condado.

La pesadilla sueca en el Imperio

El 19 de marzo de 1636 el emperador declaró la guerra a Francia y el 30 de junio, Francia y Suecia suscribieron el Tratado de Wismar. Richelieu, que había intentado atraerse al servicio de Francia a los anteriores comandantes suecos, se había ganado a Bernardo de Sajonia Weimar. A partir de entonces, mientras España se enfrentaba a Francia, los suecos se convirtieron durante años en la pesadilla de las tropas del emperador en el este del Imperio. En aquella zona, aunque la actuación de Francia fue menor, los suecos obtuvieron mejores resultados.

El 4 de octubre de 1636, Johan Banér y Alexander Leslie infligieron una derrota total a las tropas imperiales (ampliadas desde la Paz de Praga con las fuerzas de Sajonia, Brandeburgo y Baviera) en Wittstock, ciudad en Brandeburgo, junto al río Dosse, y continuaron hasta ocupar el electorado de Brandeburgo, extendiendo hasta el Elba su control en la zona báltica de Alemania. Wittstock, donde los franceses no participaron directamente, supuso una gran victoria de las fuerzas suecas demostrando con ella su recuperación tras la derrota anterior en Nördlingen. A pesar de este sonado triunfo, los suecos se vieron obligados al año siguiente a retroceder hacia Pomerania.

En 1637 murió Fernando II y resultó ser un año desastroso para los Habsburgo de Madrid y Viena. En el frente que Francia había abierto en la frontera catalana, la negativa del principado a crear un ejército para su propia defensa llevó a una deshonrosa derrota de las fuerzas españolas participantes en el sitio de Leucata, un bastión estratégico en la costa mediterránea francesa. Se trataba de llevar a cabo una acción de castigo contra las posiciones

francesas en el sector oriental de la frontera pirenaica. El 27 de agosto las tropas españolas acuarteladas en el Rosellón, compuestas por 12.000 soldados de infantería al mando del conde Juan de Cerbellón y unos 1.200 caballos dirigidos por el duque de Ciudad Real, avanzaron hasta Leucata e iniciaron el asedio el 29 de agosto. Pero lo que se esperaba que fuera una expugnación rápida se convirtió en un asedio en toda regla, lo que permitió a los franceses organizar un ejército de socorro. La rapidez de la reacción francesa en convocar las milicias del Languedoc y reunir a las fuerzas de Henri Harcourt de Lorena con las de Charles de Schomberg facilitaron el desenlace. El 25 de septiembre, Federico, duque de Schomberg, al mando de un contingente de unos 15.000 infantes y 2.500 soldados de caballería, acampó entre Narbona y Leucata, muy cerca de los asaltantes. Tras el choque entre ambos ejércitos, las fuerzas francesas consiguieron liberar la plaza, obligando a las tropas españolas a replegarse a sus posiciones el 27 de septiembre.

estratégico y de prestigio, terminó en manos holandesas». Lo más positivo para España fue que una rebelión popular en la Valtelina puso una vez más aquel estratégico corredor en manos de los Habsburgo.

Entre 1636-1637 hubo intentos de paz por parte de Francia, anhelando obtener un respiro en la guerra que le permitiera ocuparse de los «croquants», revueltas populares al suroeste de Francia debidas a los impuestos. Pero las propuestas de los mensajeros de paz enviados por Richelieu fueron rechazadas por Olivares, que insistía en que Francia tenía que pedir «públicamente» la paz, pues la guerra había sido «públicamente» declarada por Francia. Aquella fue, sin lugar a duda, una ocasión perdida para la monarquía española.

En 1638, las fuerzas imperiales perdieron Rheinfelden y Breisach, lo cual permitió a los franceses controlar Alsacia y el curso del Rin, por lo que el camino español quedó cortado. A partir de entonces, la Monarquía tuvo que retomar las comunicaciones por vía marítima entre la península ibérica y Flandes, olvidada por largo tiempo debido a la mayor seguridad de la terrestre.

Lamentablemente para España, las tropas españolas tampoco pudieron impedir que Federico Enrique de Nassau recuperase la plaza de Breda y las Compañías de las Indias Orientales y Occidentales prosiguiesen sus conquistas en Brasil, el Caribe, Guinea, la India y el sureste asiático. Como explica Martínez Shaw, fue permanente la ofensiva holandesa contra las bases coloniales de las coronas española y portuguesa unidas desde 1580 bajo un mismo soberano, tanto en África (conquista de Elmina), Asia

(ataque a Macao, bloqueo de Filipinas, bloqueo de Goa, progresiva implantación en Ceilán, instalación en Taiwán en pugna con los españoles establecidos en Kelang y expulsados en 1641, ocupación de las Molucas y asedio de Malaca, sin contar con la sustitución de los portugueses en el comercio de Japón), como en América (instalación en Brasil, primero en la provincia de Bahía y más tarde en la de Pernambuco, saqueo de Surinam y ocupación de las islas de Curapo, Aruba y Bonaire, sin contar con el permanente hostigamiento al comercio español y lusitano).

Y, por si fuera poco, en 1639, la colosal armada española que se había ido desplegando para enviar a los Países Bajos, al mando del general Oquendo, fue severamente derrotada el 21 de octubre de 1639 ante las fuerzas navales holandesas en la batalla de las Dunas, una zona del canal de la Mancha así conocida por sus bajíos. Esta derrota supuso la reducción del poderío naval hispano en el mar del Norte, que había crecido considerablemente en los años anteriores gracias a la política del conde-duque de Olivares. El ministro español había enviado ochenta buques de guerra, la casi totalidad de los barcos disponibles al servicio de España, que fueron destruidos a excepción de una pequeña escuadra de barcos de Dunkerque que transportaba 9.000 hombres y alrededor de dos millones de ducados, que logró escapar a Flandes para auxiliar al cardenal infante. El desastre, ha señalado Ribot, tuvo una importancia bastante mayor que la de la Gran Armada contra Inglaterra medio siglo antes. Tras él, se incrementaron la superioridad naval neerlandesa y el aislamiento marítimo de los Países Bajos españoles.

Si Francia y Holanda hostigaban a la monarquía española

en diversos frentes, los suecos golpeaban con mayor fuerza a los ejércitos del emperador. El 14 de abril de 1639, el ejército de Johan Banér derrotó ampliamente a las fuerzas sajonas e imperiales al mando de Juan Jorge I de Sajonia al norte de Chemnitz, una ciudad de Sajonia en un terreno difícil y quebrado, por lo que el alcance del enfrentamiento resultó confuso. Los suecos lograron, además, capturar el tren de bagaje enemigo y, tras la batalla, ocuparon Pirna y avanzaron hacia Bohemia.

Los años funestos para la monarquía española y los Habsburgo (1640-1648)

1640 pasó a los anales de la historia como el *annus horribilis* para la Monarquía española, inaugurando además la funesta década de 1640. En abril de aquel año, fue España quien envió mensajeros a París para entablar negociaciones de paz con Francia y Holanda «con instrucciones de que todo podía ser sacrificado excepto Brasil y el monopolio de la influencia española en Italia». Pero era ya demasiado tarde. Aquel año, a los enfrentamientos en el norte de Italia y en los Países Bajos, donde se produjo la caída de Arrás y la mayor parte de Artois, se unieron la sublevación de Cataluña en mayo de 1640 y la de Portugal en diciembre del mismo año. Francia y sus aliados se mantuvieron a la expectativa esperando aprovechar de alguna manera aquella situación.

Las revueltas de Cataluña y Portugal, que hacían patente el descontento existente en el seno de la monarquía de Felipe IV, fueron un punto de inflexión que influyó poderosamente en el cambio de tendencia de la guerra; desde entonces, se inclinó definitivamente a favor de

Francia. España, obligada a multiplicar y diversificar aún más su esfuerzo militar y financiero, tuvo que retroceder en los diversos frentes. Si «durante ciento quince años, la monarquía española había conseguido convertir la guerra en una mercancía de exportación reservada a Italia, Francia, los Países Bajos, Alemania, incluso África del Norte, sin mencionar a América», ahora el escenario principal de la guerra estaba dentro de sus propias fronteras.

La rebelión en Cataluña se inició ante la necesidad de asistir al ejército reclutado en Castilla para la defensa de la frontera catalana. «Los habitantes del principado se vieron obligados a pagarlo en especie —comida, alojamiento y contribuciones— lo desearan o no». De este modo, mediante su aportación a la Unión de Armas promovida por Olivares, tuvieron que participar en el conflicto. Por su parte, el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, recibió autorización de Madrid para aprovisionar y pagar a las tropas, ignorando, en caso necesario, las normas y costumbres del Principado. A las enérgicas protestas de la Diputación por la inobservancia de las constituciones se sumó el trato denigrante que las tropas de la Corona recibían de los catalanes. Olivares ordenó la prisión de los sediciosos y, el 18 de marzo, Santa Coloma encarceló al diputado militar Francesco de Tamarit y a dos miembros del consell de cent, Vergó y Serra.

En esta espiral de desencuentro, se llegó al punto álgido en el que los regimientos reales, al pasar cerca de la ciudad de Gerona, sufrieron ataques por parte de la población rural. Las tropas respondieron arrasando hasta la última piedra de la villa de Santa Coloma de Farners el 14 de mayo, lo que provocó un levantamiento general de tres grupos sociales

diferenciados: en primer lugar, los campesinos pobres, conocidos como *segadors*, que bajaban todos los veranos de sus hogares en las montañas para trabajar en la siega de la llanura catalana; en segundo lugar, los propios habitantes de la llanura; y, en tercer lugar, las bandas de forajidos. Todos ellos marcharon hacia Barcelona, donde consiguieron entrar el 22 de mayo. Una vez dentro lograron liberar de la cárcel al diputado Tamarit y a Vergó y Serra. El 7 de junio, día de Corpus Christi, en el que entraban los *segadors* en Barcelona, vestidos de esta manera, se introdujeron en la ciudad más de quinientos hombres que sembraron la anarquía y asesinaron al conde de Santa Coloma en la playa. Aquel día fue llamado «Corpus de Sangre». En los siguientes, la sublevación derivó en una revuelta de campesinos contra los nobles y ricos de las ciudades, que también fueron atacados. Muy conocida fue la frase de Olivares que resumía su visión de los acontecimientos: «Sin razón ni ocasión los catalanes se han sublevado en una rebelión tan absoluta como la de Flandes». Cuando la oligarquía catalana fue capaz de recuperar parcialmente el control de la región, decidieron pedir ayuda al vecino y mayor enemigo de la monarquía española: el reino de Francia. El cardenal Richelieu no desperdició una oportunidad tan buena para debilitar a la corona española y apoyó militarmente a los sublevados. El 16 de enero de 1641 los rebeldes se declararon República independiente bajo la protección del país vecino. Pero el rey de Francia no se conformó con este acuerdo y el 23 de enero se transfirió el título de conde de Barcelona de Felipe IV a Luis XIII y se nombró un virrey francés que en poco tiempo llenó la administración catalana de conocidos profranceses. El

proceso político se concluyó con la declaración de la autonomía política del Principado con respecto a la corona española y la proclamación de Luis XIII de Borbón como su soberano.

Ante aquella situación, miles de catalanes descontentos se vieron obligados a huir de Cataluña y la mayoría no lo hizo a Francia sino a Castilla. El 16 de febrero, Pau Clarins, en nombre del gobierno, ordenó la expulsión no solo de los monjes castellanos de Montserrat sino también de los obispos castellanos que ejercían en Cataluña.

La separación de España duró doce años, que fueron traumáticos para Cataluña, mientras España continuaba la lucha para recuperar aquel territorio. La población de Cataluña y muchos nobles empezaron a percibir que estaban peor que antes de la sublevación contra España. A esto había que sumar la agresiva introducción de productos franceses en los mercados locales.

En 1642, en realidad, lo que había conseguido Francia era convertir el principado en una colonia militar y comercial muy útil. El condado fronterizo del Rosellón fue ocupado por los franceses de forma permanente y la guerra entre Castilla y Francia se trasladó a la frontera aragonesa con Cataluña. El pulso al conde-duque de Olivares había desembocado en una guerra cuyos gastos militares estaban financiando ahora en su totalidad los catalanes, justo la causa por la que iniciaron la revuelta. Todo ello generó una situación que más pronto que tarde llenó de desilusión a la población. Los separatistas descubrieron que los franceses eran menos respetuosos con sus privilegios y libertades que los mismos castellanos. La decepción dio lugar a nuevas

conspiraciones y complots contra los señores franceses «colonizadores». Una de ellas, en el Valle de Arán en 1643 terminó con el arresto y ejecución de todos los implicados, lo que supuso que los propios catalanes estaban ejecutando a sus compatriotas.

Cataluña permaneció bajo control francés hasta que el final de la Guerra de los Treinta Años y el enfriamiento del choque hispano-francés permitió a Felipe IV recuperar el territorio perdido. Conocedor del descontento de la población catalana con la ocupación francesa y aprovechando las débiles defensas tras una virulenta peste en 1650, un ejército dirigido por Juan José de Austria rindió Barcelona en 1651. Los catalanes aceptaron de buena gana las condiciones del hijo bastardo de Felipe IV. Parecía haber quedado claro que aquella aventura había convertido a Cataluña en una colonia francesa utilizada para colocar allí sus productos y para exprimir impuestos de guerra. Con todo, la paz no devolvió a Cataluña ni las tierras del Rosellón ni la Cerdeña, que se perdieron para siempre.

Si en enero de 1640 había sido Cataluña, en diciembre de ese mismo año Portugal se levantó contra Felipe IV. Fue el 1 de diciembre, cuando un grupo de conspiradores armados que formaban parte de la nobleza dio un «golpe de palacio». Los sediciosos irrumpieron en el palacio real de Lisboa, asesinaron al impopular Miguel de Vasconcelos e Brito, secretario de Estado de la virreina de Portugal, la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, a quien se puso bajo custodia. Sin apenas encontrar resistencia y, por lo tanto, de forma incruenta, se alzó el duque de Bragança como rey con el nombre de don Joao IV de Portugal, en lo

que se conoce como la «Restauração». No obstante, el supuesto rey de Portugal necesitaba obtener el reconocimiento de Europa. En primer lugar, se dirigió a Francia, una potencia fuerte y además católica. Pero las propuestas portuguesas no interesaron a Francia, que solo buscaba una rebelión que debilitase a España. Portugal esperaba negociar la boda de Catalina de Braganza con el joven Luis XIV, pero este objetivo tampoco prosperó. Luis no se uniría a una dinastía disidente de dudosa legitimidad que había perdido el reconocimiento de la Iglesia, sino que intentaría con éxito un matrimonio católico con una infanta española. Sin embargo, de forma indirecta y discreta sí apoyaría la autonomía portuguesa como freno al poder español. Aunque se formó un partido francés en las cortes portuguesas, fue sobre todo Inglaterra la que hizo sentir más su presencia en el nuevo Portugal.

Richelieu murió el 4 de diciembre de 1642 y no vivió para ver la victoria de Francia. Lo mismo sucedió a Luis XIII, que falleció el 14 de mayo de 1643 consumido por la tuberculosis. Como dejaba un heredero de solo cuatro años, el rey dispuso que gobernase un consejo de regencia encabezado por su esposa la española Ana de Austria y uno de los discípulos de Richelieu, Julio Mazarino. A pesar de la fuerte oposición que tuvo entre la nobleza, Mazarino se propuso, desde el primer momento, doblegar al rey de España, pues pensaba que, si Francia mantenía una fuerte presión militar sobre España durante unos cuantos años, Felipe IV tendría que rendirse en condiciones muy desfavorables. Mazarino era consciente de que el costo del esfuerzo para Francia sería muy elevado, pero confiaba en someter a España antes de que cualquier

protesta interior de importancia pudiera distraerle. Así, con aquella decisión política, Mazarino se dispuso a poner todos los medios para obtener el dinero y las tropas necesarias para lograrlo.

Desde 1635, la guerra «en casa» tuvo como escenario la frontera catalana y la frontera flamenca. En 1642, los franceses en su ayuda a los rebeldes catalanes, tomaron Salses y Perpiñán en la Cataluña al norte de los Pirineos. Sin embargo, también ese año, el ejército de Flandes, mandado por Francisco de Melo, logró la importante victoria de Honnecourt y recuperó las plazas de Lens y La Bassée. Pero al año siguiente, el 19 de mayo de 1643, el ejército francés venció a Melo en la batalla de Rocroi, en las Árdenas, cerca de la frontera con los Países Bajos. Rocroi fue desde muy pronto un triunfo magnificado por la opinión y la historiografía francesa, hasta el punto de convertirse, como señala Davide Maffi, en una de las batallas más sobrevaloradas de toda la historia militar. Ciertamente, fue la primera ocasión en que los tercios resultaron derrotados en una batalla a campo abierto, pero sus consecuencias no fueron tan decisivas como manifestó la propaganda francesa. Más que la derrota, el mayor problema fue que el dominio francés de Alsacia, Lorena y Tréveris desarticulaba el corredor español, lo que facilitó los avances posteriores de franceses y neerlandeses. Los primeros tomaron, entre otras, las plazas de Thionville (1643), Gravelinas (1644) o Dunkerque (1646); y los neerlandeses, Sas van Gent (1644) o Hulst (1645), en el Flandes zelandés. Con todo, los ejércitos españoles mostraron una gran capacidad de resistencia, que, entre otras cosas, impidió a los neerlandeses adentrarse

hacia plazas claves de los Países Bajos del sur, como Amberes o Gante.

En aquellas fechas de mediados de la década de los cuarenta, comenzaron a proponerse, tímidamente, negociaciones de paz en los Países Bajos. Una paz a la que se fueron aproximando los contendientes no solo por el agotamiento español, sino también neerlandés, iniciándose los primeros acercamientos en 1646.

También confluyó a los deseos de conciliación el hecho de que, en noviembre de 1643, el ejército francés del Rin, comandado por el mariscal Josias Rantzau, que había invadido Würtemberg y se dirigía hacia Baviera, sufrió una considerable derrota en Tuttlingen. Aquel descalabro se debió a un ataque sorpresa de las tropas imperiales de Baviera, Lorena y el ejército de Flandes, bajo el mando de Franz von Mercy, viéndose obligado a retirarse hasta el otro lado del Rin, en Alsacia, con pérdidas importantes.

Por su parte, la maquinaria militar sueca, gracias al nuevo mariscal de campo Lennart Torstensson, salió victoriosa en la segunda batalla de Breitenfeld, en Sajonia, el 23 de octubre de 1642, frente al archiduque Leopoldo de Austria y el príncipe Octavio Piccolomini. Breitenfeld supuso un triunfo, casi tan considerable como el logrado once años atrás por Gustavo Adolfo, que le permitió tomar la ciudad cercana de Leipzig y extenderse por los territorios de Sajonia, Bohemia y Moravia.

Afortunadamente para el ejército imperial, los suecos tuvieron que regresar a su país, requeridos por una nueva guerra con Dinamarca, la conocida guerra Torstensson o «Controversia de Hannibal», que duró de 1643 a 1645. Estos

nombres hacen relación a los generales que se enfrentaron en la contienda: Lennart Torstensson de Suecia y Hannibal Sehested de Dinamarca y Noruega. En el origen de este enfrentamiento estuvo la preocupación de Cristian IV ante el decidido avance sueco, por lo que negoció en secreto con el emperador y sometió a los navíos mercantes suecos a un control aduanero estricto en el estrecho del Sund. La reacción sueca fue fulminante, iniciando un ataque repentino y no declarado contra Dinamarca. Las tropas comandadas por Torstensson ocuparon todos los territorios daneses en el norte de Alemania y la provincia de Jutlandia. Dinamarca, cogida por sorpresa, fue incapaz de reaccionar adecuadamente. La guerra se dirimió en diversas batallas terrestres y marítimas para concluir con la derrota de Dinamarca y Noruega, que se vieron obligadas a firmar la Paz de Brömsebro en 1645. El tratado estipulaba la renuncia por parte de Dinamarca a diversos territorios, como Jämtland y Härjedal, las islas de Götland y Ösel y las diócesis secularizadas de Bremen y Verden. Asimismo, Dinamarca tuvo que eximir de aranceles a Suecia en el paso del Sund.

La guerra Torstensson llegó como una oportunidad para el emperador Fernando III, quien envió tropas en ayuda de los daneses, demostrando una vez más hasta qué punto el enfrentamiento confesional había sido casi superado. Pero las tropas tuvieron que regresar ante la amenaza de la invasión de Hungría en 1644 por el príncipe de Transilvania Jorge Rákóczi, aliado de Suecia y subvencionado por Francia y Turquía.

La guerra sueco-danesa, y la consiguiente salida de las

principales fuerzas suecas del Imperio, abrió la posibilidad de otra campaña contra los franceses que se encontraban debilitados y aislados. Maximiliano no tardó en aprovechar la oportunidad. Presionó a Fernando III para obtener apoyo, que se le otorgó en forma de un cuerpo militar bajo el mando de Hatzfeld. El 15 de abril de 1644, Maximiliano envió sus fuerzas bajo el mariscal lorenés Franz von Mercy a través de la Selva Negra contra el vizconde de Turena, que se había convertido en un excelente militar al servicio de Francia.

Mercy primero asedió Uberlingen en el lago de Constanza, que tomó el 11 de mayo, y el 20 de junio continuó avanzando hacia el oeste. El 26 de junio, Mercy apareció ante Friburgo-im-Breisgau con un ejército que no podía ser igualado por el de Turena, demasiado débil para enfrentarse en una batalla campal contra los bávaros. Su única posibilidad fue observar el sitio y caída de la ciudad el 28 de julio.

El cardenal Mazarino despachó inmediatamente refuerzos bajo el mando del duque Enghien, Luis II de Borbón-Condé, y en 1646 príncipe de Condé, con la esperanza de salvar a Friburgo; pero llegaron demasiado tarde. Los bávaros estaban bien atrincherados en las montañas alrededor de Friburgo-im-Breisgau. No obstante, Enghien decidió realizar un ataque frontal del 3 al 5 de agosto de 1644, por lo que la batalla fue también conocida como la «*batalla de los Tres Días*». Los enfrentamientos resultaron extraordinariamente sangrientos sin resultados claros. Los bávaros fueron expulsados de sus defensas y obligados a retirarse, pero a un precio muy alto para los

atacantes; la batalla se convirtió en una de las más sangrientas de toda la guerra, con alrededor de 8.000 bajas entre los atacantes y casi 2.500 entre los defensores. La batalla de Friburgo fue calificada por el general bávaro Johan Werth como la peor que había visto nunca: «En los veintidós años en los que me he visto implicado en la matanza de la guerra —afirmó—, nunca había habido un enfrentamiento tan sangriento». Friburgo, sin embargo, permaneció en manos bávaras, con las ventajas que poseía ese lugar por su cercanía a Breisach. Concluida la batalla, el general imperial Franz von Mercy decidió retirar su ejército más cerca de sus bases bávaras, repliegue que resultó un suplicio por el hostigamiento continuado de la magnífica caballería francesa, que logró capturar el tren de bagajes.

Los combatientes, conscientes de las negociaciones preliminares que se estaban desarrollando, iniciaban cada año las campañas con la esperanza de mejorar los resultados de cara a los acuerdos consiguientes.

1645 fue un *annus terribilis* para Fernando III. Los ejércitos imperiales sufrieron una nueva y severa derrota en el este, concretamente en Jancov o Jankau, a 60 kilómetros al sureste de Praga. Antes de la primavera, el ejército sueco, al mando de Torstensson, avanzó desde Sajonia hacia Bohemia con una fuerza similar a la de los imperiales, pero con una artillería superior. La batalla en campo abierto tuvo lugar el 24 de febrero de 1645. El resultado fue la derrota de las tropas imperiales al mando de Melchor von Hatzfeldt, con la pérdida de la mitad de sus hombres e incluso sus generales. El emperador Fernando III y su familia, que estaban en Praga, se vieron obligados a huir a Graz. Las fuerzas de

Suecia y Transilvania se prepararon para asediar Viena. Pero, una vez más, esta se salvó gracias a los turcos, quienes en 1645 decidieron entrar en guerra con Venecia por la posesión de Creta. En esta situación, los turcos no pudieron seguir prestando su ayuda a Rákóczy, líder de la Transilvania, quien se vio obligado a buscar la paz con el emperador. El 16 de diciembre de 1645 concluyó el tratado de Viena con Fernando. La tolerancia religiosa fue restablecida y garantizada en Hungría y Rákóczy consiguió amplios territorios. Así, Transilvania, un estado que carecía prácticamente de recursos para sostener las hostilidades durante un tiempo prolongado, había salido excepcionalmente bien parada de la Guerra de los Treinta Años.

Pero la defección de Transilvania no alteró la importancia crítica de la campaña de 1645, en la que se luchó de forma encarnizada. El emperador arriesgó todos sus recursos económicos y militares, el prestigio de su dinastía y su propia reputación como comandante de gran capacidad. Supuestamente, aquella fue otra de las batallas más sangrientas de la Guerra de los Treinta Años. Aunque los suecos perdieron casi 2.000 hombres, no fue nada comparado con las pérdidas imperiales, que incluían a toda la caballería bávara, unos 5.000 jinetes, y casi toda la infantería. Además, los suecos se apropiaron de prácticamente toda la artillería e hicieron 4.450 prisioneros, entre los que se encontraba el propio Melchor von Hatzfeldt, quien, después de ser capturado cuando su caballo cayó agotado, fue desvalijado y entregado a Torstensson.

El dramático cambio en la fuerza estratégica de los

suecos frente a los Habsburgo ciertamente ayudó a poner en marcha nuevos esfuerzos para llegar al final del conflicto. Fue precisamente esta derrota de Jankov la que convirtió en desfavorable el acuerdo final de paz para los Habsburgo. Y es que, efectivamente, a la par que se luchaba se negociaba, al mismo tiempo que sonaban las trompetas de guerra doblaban los tambores de paz. La guerra paralela a las negociaciones influyó directamente en el curso de estas últimas. Sin embargo, las variaciones fueron cada vez menores, pues las victorias franco-suecas resultaron abrumadoras.

Aunque en la batalla de Mergentheim, en mayo de aquel año, se confirmó la superioridad de Baviera sobre las fuerzas francesas en la región, la llegada de refuerzos suecos permitió a Turena pasar al contraataque. En la batalla de Allerheim, también conocida por «la segunda batalla de Nördlingen», el 3 de agosto de 1645, Werth y Mercy fueron derrotados y su ejército destruido por la acción combinada de las tropas de Suecia, Francia y Hesse. Por fin Francia obtenía una victoria de enorme importancia en el frente alemán.

Después de las derrotas de Jankov y Allerheim, el ejército Habsburgo prácticamente había desaparecido, y las tropas restantes eran incapaces de enfrentarse al avance arrollador de los suecos y sus aliados. El 6 de septiembre, Juan Jorge de Sajonia, siempre ambivalente y desconfiado, firmó un alto el fuego con Suecia en Kötzschenbroda y abandonó la guerra.



Después de la batalla, por Sebastian Vranck (Amberes, 1573-1647) y Jan Brueghel el Joven (Amberes, 1601-1678). Véanse las trompetas a la izquierda y a la derecha. El sonido de la trompeta de la izquierda está señalando el fin del combate, mientras los vencedores se dedican a conseguir los despojos de los vencidos.

Mientras tanto, en las negociaciones de Westfalia, Oxenstierna afirmaba que «el enemigo comienza a hablar con un tono más educado y agradable», porque, efectivamente, los representantes imperiales en la conferencia de paz se aprestaron a realizar importantes concesiones.

Por fin, en agosto de 1645, el emperador aprobó el sistema de representación en el Congreso concediendo la posibilidad de gozar de presencia efectiva a los príncipes y ciudades con representación en la Dieta imperial. Un mes después, el propio emperador se vio obligado a aceptar una serie de condiciones que mermaban su capacidad de influir en la Conferencia de paz: no favorecer a los católicos que vivían en territorios protestantes del Imperio e indultar a aquellos príncipes rebeldes para que pudieran asistir en persona a la conferencia. Todo podía negociarse con tal de conseguir el principal objetivo: asegurar la paz. El 29 de noviembre de 1645, llegó a Münster el conde Maximilian von

Trauttmandorff, colaborador del emperador y principal negociador, con instrucciones de hacer las concesiones necesarias para lograr la paz.



Maximilian von und zu
Trauttmandorff (1584-1650),
por Anselm van Hulle
(1601-1674).

El conde Trauttmandorff, que había concertado la Paz de Praga de 30 de mayo de 1635, era un diplomático experimentado en este tipo de negociaciones. En la Paz de Westfalia, el conde trabajó con decisión desde 1645 a 1647 y empleó un método de trabajo que se llamó *Trauttmandorff*. El 6 de junio de 1647, Trauttmandorff regresó decepcionado a la corte de Viena y fue sustituido al frente de la delegación imperial por el conde Johann Ludwig de Nassau-Hadamar, participante en las negociaciones en Münster desde 1645, quien logró finalmente conducir el congreso hacia la paz en 1648.

Al mismo tiempo que avanzaban las negociaciones de paz, persistía la guerra en Alemania. En diciembre de 1645, Torstensson, que durante mucho tiempo había tenido problemas de salud, renunció a su mando, siendo

reemplazado por Carl Gustav Wrangel. Al frente de las tropas suecas y con la ayuda de las fuerzas francesas mandadas por Turena, en el invierno de 1646-1647, Wrangel saqueó Baviera y Renania, lo que llevó a los obispos electores y otros príncipes católicos a pedir la paz. Sin embargo, el 17 de mayo de 1648, los suecos abatieron a Maximiliano de Baviera en Zuzmarshausen, obligándole a huir a Salzburgo.

Fue el estallido de la Fronda a finales de agosto de 1648 lo que hizo retroceder al ejército francés y convencer a Mazarino de la necesidad de firmar la paz. Al igual que en el caso de la monarquía española, las importantes revueltas internas sufridas por Francia manifestaban la enorme erosión sufrida por estas potencias y el desgaste y las tensiones originados por la guerra. Sin embargo, al final de la guerra, y a pesar del desgaste, este periodo final de la contienda fue un éxito para Francia.

En la cadena de desastres que afligió a las tropas Habsburgo en la última etapa de la guerra, la batalla de Lens, que tuvo lugar en Flandes el 20 de agosto de 1648, fue el punto final. Las tropas imperiales, conducidas por el hermano del emperador el archiduque Leopoldo Guillermo, en ese momento gobernador de los Países Bajos españoles, fueron barridas por Condé, repuesto con cierta renuencia en el mando del ejército francés por la regente de Francia y Mazarino.

En 1648, cuando las negociaciones de paz iban avanzando, los suecos —la continua pesadilla para las tropas del emperador— seguían luchando y obteniendo grandes victorias en el este del Imperio. La invasión de Baviera y la

caída de Praga por tercera vez, tras las de 1618 y 1631, demostraron hasta qué punto la guerra en Alemania terminaba con una exhibición de fuerzas de los ejércitos contrarios a los Habsburgo, especialmente el sueco.

La ofensiva final sueca en Bohemia se debió al resentimiento de Wrangel, al verse sustituido como comandante de las tropas por Carlos Gustavo, futuro rey de Suecia tras la abdicación de la reina Cristina. Sus celos le llevaron a dar un golpe final antes de ser reemplazado en el mando por el príncipe. El segundo cuerpo del ejército sueco, mandado por Königsmarck, puso cerco a Praga. Los suecos no pudieron ocupar la ciudad propiamente dicha, pero el 26 de julio tomaron la orilla, en cuyas escarpadas colinas se encontraba el castillo de Hradcany, y todas las grandes residencias de la nobleza. Los palacios fueron saqueados de nuevo, como en 1618, obteniendo grandes riquezas. Cuando Carlos Gustavo llegó a Praga después de aquel pillaje, organizó el cerco de la ciudad en la orilla derecha, pero la noticia de la Paz de Westfalia le llegó antes de que pudiera tomarla.

El camino hacia la Paz de Westfalia

Ya desde mediados de los años treinta habían comenzado los primeros acercamientos hacia la paz, aunque todavía débilmente. En aquellas fechas, algunas potencias y también algunas personalidades de relieve influyeron poderosamente en los deseos de paz y comenzaron a desarrollarse diversas iniciativas en la búsqueda del consenso. Las primeras tentativas de paz tuvieron lugar en 1635 protagonizadas por Venecia, Dinamarca y el Papado. El papa Urbano VIII (1623-1644) trató de reconciliar a los Habsburgo con su aliada

Francia. Fue él, precisamente, quien en 1634 lanzó la idea de un congreso que podía celebrarse en 1636 en Colonia; sin embargo, parece que Felipe IV rechazó aquella propuesta para no encontrarse allí con rebeldes y herejes. En general, las primeras iniciativas tuvieron escaso eco.

Ante estas dificultades, Fernando II intentó resolver el conflicto alemán unilateralmente convocando una reunión de los electores en Ratisbona en septiembre de 1636. Por su parte, el rey Cristian IV de Dinamarca se reunió al año siguiente con las legaciones imperial y sueca en Hamburgo para finalizar el conflicto, pero el resultado no fue satisfactorio.

A las primeras iniciativas de acercamiento hacia la paz, siguió una serie de reuniones preliminares celebradas en Hamburgo. Aquellos encuentros entre los delegados de los diversos países participantes en la guerra comenzaron a dar sus frutos. Fernando III autorizó a sus representantes a firmar, el día de Navidad de 1641, un compromiso con Francia y Suecia para celebrar un congreso de paz general, de acuerdo con las directrices propuestas desde 1634 por Urbano VIII. En ese documento se establecía que los participantes en el congreso no negociarían directamente sino a través de mediadores.

En 1642, la propuesta del embajador francés, conde d'Avaux, de reemprender los encuentros hizo avanzar las negociaciones. Así, el 1 de julio de 1643, se fijó el inicio de unas conversaciones de paz más formales en las ciudades vecinas de Osnabrück y Münster, en la región de Westfalia.

Además del agotamiento de los contendientes y del enorme esfuerzo realizado, que amenazaba con tener graves

consecuencias, influía también en el deseo de paz el relevo generacional. El emperador Fernando II había muerto en 1637 y fue sustituido por su hijo Fernando III. El cardenal Richelieu y el rey Luis XIII habían muerto en 1642 y 1643, respectivamente, y el conde-duque de Olivares había sido apartado del poder a comienzos de 1643.

A las conversaciones preliminares de Hamburgo siguió una reunión de representantes de los numerosos príncipes alemanes en Fráncfort entre 1643 y 1645. En aquel encuentro, Francia y Suecia propusieron conjuntamente en 1644 que Alemania volviera a la situación político-religiosa anterior a la guerra, además de ofrecerle compensaciones territoriales y otras garantías de paz de cara al futuro. La propuesta fue rechazada por los Habsburgo de Viena y Madrid, interesados en romper la alianza franco-sueca. Finalmente, el 23 de marzo de 1644 se inauguraron las conversaciones, aunque diversas dilaciones coyunturales hicieron retrasar el comienzo de las sesiones hasta 1645.

En aquella fecha trascendental se iniciaron dos largas conferencias internacionales en Münster y Osnabrück, dos ciudades alemanas separadas por 40 kilómetros. En la primera negociaron los católicos, incluidos Francia y España, y en la segunda se reunieron los protestantes, entre los que figuraban los suecos. La separación era una prueba de las dificultades que seguían planteando las diferencias religiosas.

El Congreso de Westfalia fue la primera de las conferencias generales en la que estuvo representada la mayoría de los poderes. En concreto, participaron hasta 16 estados europeos y 109 cuerpos diplomáticos diferentes. La

práctica de negociar en asambleas diplomáticas no fue, sin embargo, un procedimiento nuevo, como testimonio, por ejemplo, el Congreso de Cateau-Cambresis en 1559. Incluso el término «congreso» ya se encontraba en el vocabulario diplomático y la costumbre de neutralizar el emplazamiento o la ciudad donde se desarrollaba ya había sido establecida. A pesar de que, durante las negociaciones de paz, las partes implicadas se negaron a detener los combates, al menos se logró que las ciudades de Münster y Osnabrück fueran declaradas neutrales y, por tanto, protegidas frente a la contienda. Al mismo tiempo que impulsaban el desarrollo de las conferencias de paz mandando a sus embajadores y representantes, los príncipes contendientes enviaban a sus ejércitos a los campos de batalla para conseguir victorias militares y afrontar las negociaciones desde una posición más ventajosa. Esta situación alcanzó a un punto en que, según Schmidt, «llegó a popularizarse el dicho de que en invierno se entablaban negociaciones y en verano tenían lugar las batallas». Aquello significó que ninguna tregua general precedió al Congreso de Westfalia. Ni la propuesta del Papa ni la de los franceses de que una suspensión de armas debía necesariamente preceder a un congreso de paz tuvieron éxito.

Los resultados de las negociaciones en Münster y Osnabrück

Aquel estado de guerra, con sus efectos negativos sobre la población y la economía, obligaba, en primer lugar, a regular las relaciones internacionales para evitar en la medida de lo posible próximas contiendas. Así se expresaba en la introducción el Tratado de Osnabrück:

Cuando las divisiones y trastornos iniciados hace varios años en el Imperio Romano crecieron hasta un punto [...] que la guerra dio lugar a una gran efusión de sangre cristiana y la desolación de diversas provincias, hasta que por fin, a través de las mudanzas de la bondad divina, sucedió que ambas partes comenzaron a dirigir sus pensamientos hacia los medios de restablecimiento de la paz...

El Tratado de Osnabrück fue el primero de una serie de tratados multilaterales firmados en la Paz de Westfalia entre enero y octubre de 1648 que sentó las bases del nuevo orden internacional. El periodo de ocho o nueve años de negociaciones para la paz, que precedió al Congreso de Westfalia, permitió un gran número de precedentes jurídicos y casos de diplomacia y derecho que, con el tiempo, hicieron que fueran desapareciendo las alusiones clásicas, por ejemplo, a Suárez, Hugo Grocio, etc. Fue una época en que se comenzó a desarrollar la ciencia del derecho internacional sobre bases empíricas; en realidad, aquel periodo fue un auténtico laboratorio para los juristas de la segunda mitad del siglo XVII.

En Westfalia se trató de adoptar una serie de medidas que pudieran evitar en el futuro una confrontación similar, convirtiéndose, en este sentido, en el primer tratado de paz que pretendía regular el conjunto de la política europea. Hasta entonces, el Papa había ejercido con frecuencia una función mediadora o arbitral, pero en la nueva Europa inaugurada en Westfalia numerosos príncipes protestantes no aceptaban su autoridad. Era necesario formular algunos principios que rigieran las relaciones internacionales y estos fueron los de la soberanía de cada estado, la igualdad entre ellos, la obligada secularización de la política internacional y la necesidad de regular por medio del incipiente derecho

internacional las relaciones entre estados. La realidad posterior demostraría las dificultades de regular tales relaciones y evitar las guerras, pero no dejaban de ser unos principios de gran interés.

En realidad, Westfalia enterraba definitivamente los últimos vestigios de la cristiandad medieval encabezada por el emperador y el papa. El primero se vio apartado de su eminente papel anterior y la derrota de los Habsburgo sancionó la desaparición de lo poco que quedaba de la vieja idea imperial, convirtiendo al emperador en uno más de los soberanos europeos, despojado incluso de su primacía simbólica. Más aún, sus poderes quedaron prácticamente limitados a los que pudiera ejercer sobre sus dominios patrimoniales o sobre los reinos de Bohemia y Hungría.



Triunfo de la Paz en Osnabrück y Nüremberg. Alegoría de la Paz, 1649, por Johann Ebermeier.

En cuanto al Papado, los tratados supusieron la reducción del prestigio internacional de la Santa Sede, por cuanto privaron a la Iglesia de buen número de obispos, abadías y bienes en Alemania. Por ello, el papa Inocencio X

reaccionó con fuerza en el breve *Zelus domus Dei* de 1648, que declaraba nulos los tratados en todas las cláusulas contrarias a la Iglesia. Sin embargo, este rechazo no tuvo ninguna consecuencia, ya que la opinión papal en materias de ordenamiento internacional y de circunscripción territorial de las naciones había dejado de tener la influencia de épocas anteriores. Desde el punto de vista confesional, la guerra no había modificado gran cosa en Alemania, manteniéndose el predominio protestante en el norte y católico en el sur.

Entre las consecuencias más importantes de los Tratados de Westfalia estaba la profunda reorganización del poder en el seno del Imperio. Se enterraba lo que había sido hasta entonces el Imperio «Sacro Romano Germánico» y nacía lo que sería a partir de entonces la «Europa de los príncipes». Suiza también vio el reconocimiento formal de su independencia en el seno del Sacro Imperio Romano Germánico. Además, a partir de entonces, formarían parte del Imperio Suecia y Francia en virtud de sus adquisiciones territoriales. Los príncipes y ciudades libres del Imperio serían en adelante prácticamente soberanos, pudiendo pactar libremente en el terreno internacional, excepto en contra del emperador.

El poder de la Dieta imperial quedó aún más reducido de lo que estaba anteriormente. El número de príncipes electores ascendió a ocho, pues se restituyó el Bajo Palatinado o Palatinado Renano, con su categoría de príncipe elector, a Carlos Luis, hijo de Federico V, y se mantuvo la concedida al duque de Baviera, a quien se le confirmó la posesión del Alto Palatinado. En conjunto,

Alemania mantuvo un elevado número de soberanías, no inferior a 1.500.

En el ámbito del pensamiento y las creencias, el calvinismo obtuvo el reconocimiento que tanto le había costado, aunque no se hizo mención alguna a minorías como los anabaptistas, unitarios, hermanos bohemios y moravos, etc. El viejo principio de la Paz de Augsburgo —*cuius regio huius religio*—, que hacía depender el credo o confesión en cada territorio de la de su príncipe, permaneció teóricamente vigente. Sin embargo, hacia 1648, aquel principio parecía ya obsoleto al reconocerse la libertad de conciencia y el derecho a la práctica, todavía privada, a quienes no compartieran la confesión de su príncipe.

Cuatro ciudades imperiales —Augsburgo entre ellas— se vieron obligadas a admitir nuevamente la igualdad de cultos, así como el reparto paritario de cargos públicos. Los acuerdos sobre las tierras eclesiásticas del Edicto de Restitución, promulgado el 6 de marzo de 1629, y la Paz de Praga de 1635 fueron anulados. La fecha normativa para la regulación de las cuestiones territoriales en disputa —territorios secularizados, reserva eclesiástica, etc.— se estableció el 1 de enero de 1624, y no en 1552, lo que resultó muy favorable a los protestantes.

En el aspecto territorial, el emperador apenas sufrió pérdidas, a excepción de Lusacia, que quedó bajo el dominio del elector de Sajonia, y de sus posesiones en Alsacia —donde los derechos imperiales eran poco claros— y en el alto Rin, que pasaron a Francia. Lo que sí recuperó fueron todos sus dominios hereditarios, en su mayor parte ocupados por Suecia, y asimismo algunos valiosos señoríos a lo largo del

alto Rin ocupados por los franceses. El emperador, aunque perdió poderío en el Imperio, reforzó su autoridad política y religiosa sobre los territorios patrimoniales de los Habsburgo. En adelante, se orientaría preferentemente hacia la creación de un importante poder territorial y la expansión por el espacio balcánico, aprovechando el retroceso del Imperio turco. El Sacro Imperio, por su parte, se vería transformado completamente en su estructura y organización política-religiosa. En realidad, quedaría como «una confederación laxa de unidades independientes, que procurarían resolver sus diferencias mediante una serie de elaborados procedimientos constitucionales sin recurrir a la guerra».

El país más beneficiado desde el punto de vista territorial fue Suecia, al que, además de una fuerte indemnización de 5 millones de táleros pagada por el emperador, se le reconoció la posesión de la parte occidental de Pomerania, con la provincia de Stettin en la desembocadura del Oder, las islas de Rügen, Usedom y Wollin, y los obispados secularizados de Verden y Bremen, que había arrebatado a Dinamarca en la guerra Torstensson (1643-1645). Con ello Suecia consolidó y amplió su posición estratégica y mercantil en el norte de Alemania, al controlar las desembocaduras de los ríos Oder, Elba y Weser, y afianzó su hegemonía en el Báltico, que mantuvo durante décadas. Además, el rey de Suecia se convirtió en un príncipe alemán con derecho a ocupar un asiento en la Dieta imperial.

También el príncipe de Brandeburgo, gracias al apoyo francés, sacó beneficios territoriales. El elector no solo consiguió mantener el control sobre Pomerania oriental —

bastante más pobre que la occidental, que había correspondido a Suecia—, sino que recibió los estados de Magdeburgo, Halberstadt y Minden, que comunicaban sus dominios patrimoniales con los territorios renanos del ducado de Cleves, que también le pertenecía. Suecia y Brandeburgo resultaron ser los principales poderes en el norte de Alemania, iniciándose el proceso que acabaría convirtiendo al electorado de Brandeburgo, gracias a la fusión con el ducado de Prusia, en el potente reino de Prusia, que llegaría a ser uno de los grandes enemigos de Francia.

Con todo, la gran vencedora de Westfalia fue Francia. A pesar de los problemas internos de las Frondas, envió a los negociadores franceses el 14 de agosto de 1648 para que «firmaran la paz inmediatamente, y en casi cualquier condición que pudieran obtener, ya que es casi un milagro que entre tantos obstáculos podamos mantener en marcha nuestros asuntos, e incluso hacerlos prosperar; pero la prudencia nos dice que no debemos confiar en que este milagro dure indefinidamente».

Francia vio reconocida su posesión de los obispados de Metz, Toul y Verdún en Lorena, y obtuvo dos cabezas de puente al otro lado del Rin: Breisach y el derecho a establecer una guarnición en Philippsburg. De gran ambigüedad fueron las cesiones al rey de Francia de los derechos de la rama imperial de los Habsburgo sobre Alsacia: la Alta y Baja Alsacia y el protectorado sobre las diez ciudades imperiales agrupadas en una liga conocida como la «Decápolis alsaciana». Estrasburgo, en cambio, se mantuvo como ciudad imperial libre, convirtiéndose años después en uno de los objetivos persistentes de la política de

Luis XIV, hasta su anexión a Francia.

Al duque de Baviera se le reconoció su título electoral y sus conquistas territoriales del Alto Palatinado. A Juan Jorge de Sajonia también corroborada su conquista y concesión de la Lusacia. El duque de Wurttemberg, el landgrave de Hesse-Kassel y el margrave de Baden-Durlach, que habían perdido sus territorios en la Paz de Praga, fueron restaurados en sus antiguos dominios.

En el norte, la gran perdedora fue Dinamarca. Tras ser derrotada, fundamentalmente por Suecia, en 1645 se vio obligada a firmar la paz y a abandonar todas sus posesiones en el Báltico y Escandinavia. Precisamente por su intervención, no pudo ejercer de mediadora en el Congreso de Westfalia.

Con todo, la Paz de Westfalia no podía ser duradera. Fue, como diría más tarde el filósofo y lingüista alemán Friedrich Schlegel, «una paz de pura superficie, un ínterin, el preludio de otra paz que no ha llegado todavía».

La Paz de Münster (enero de 1648)

Uno de los tratados bilaterales que acompañaron las paces generales de Westfalia fue el firmado en Münster en el mes de enero de 1648 entre España y las Provincias Unidas. A pesar de no haber sido formalmente reconocido como un estado independiente, la república neerlandesa estuvo presente en las negociaciones de paz, sin que España se opusiera a ello.

En España, la mayoría de las voces eran favorables a la paz, pues la guerra contra las Provincias Unidas ya duraba ochenta años y había conllevado unos costes humanos y

monetarios altísimos. Además, para España era prioritario acometer la ofensiva contra los rebeldes catalanes y portugueses en la Península y continuar la guerra con Francia. Sin embargo, en las Provincias Unidas las voces estaban divididas: aunque la mayoría, incluida Holanda, la de mayor influencia, estaba dispuesta a iniciar las negociaciones, otras eran partidarias de proseguir la guerra. Las Siete Provincias coincidían en no iniciar las negociaciones si antes no se acordaba con el monarca español el reconocimiento internacional de su independencia y de su soberanía.

Una vez alcanzado este acuerdo, en enero de 1646, ocho representantes holandeses —dos de Holanda y uno de cada una de las otras seis provincias con plenos poderes para negociar— habían llegado a Münster para iniciar las conversaciones con los representantes españoles: Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda, y Antoine Brun, consejero del rey en el Consejo de Estado.

Durante las negociaciones, los representantes de la monarquía española como de las Provincias Unidas trabajaron y discutieron desde puntos de vista diferentes, que retrataban la cultura política de cada uno de ellos. Los plenipotenciarios esgrimían sus argumentos que se iban transformando durante el periodo de estudio. Estas discusiones, como bien ha señalado Manzano Baena, se insertaban en el marco más amplio de un ámbito cristiano que tuvo que reevaluar sus propios valores como consecuencia del proceso de confesionalización y de la Guerra de los Treinta Años.



La Paz de Münster. Los siete delegados de las Provincias Unidas a la izquierda, en su mayoría sentados, están presentando un tratado a los dos representantes españoles —de pie a la derecha de la mesa—, Saavedra Fajardo, que entrega unos papeles a Bracamonte. Grabador anónimo, impresor Hoeje, Rombout van den.

Transcurrieron casi dos años hasta que los representantes llegaron a un acuerdo satisfactorio para ambas partes que pusiera fin a las hostilidades. El tratado firmado en Münster el 30 de enero de 1648 se hallaba integrado por 79 artículos, a los que se añadió otro artículo particular referido a la navegación y el comercio entre ambos países. Para la validez del texto era preciso la ratificación del rey de España y de los Estados Generales de las Provincias Unidas; por ello, el documento fue enviado a La Haya y Madrid y firmado por ambas partes el 15 de mayo del mismo año. Aquel día se concluyó una de las guerras más largas de la historia de Europa, la guerra de los Ochenta Años.

El Tratado de Münster reconoció la independencia de las siete provincias del norte de los Países Bajos, estableciendo la división definitiva de estos. El sur católico, que agrupaba a

las diez provincias restantes, continuó formando parte de la monarquía de España, pues a pesar de varios intentos los holandeses nunca consiguieron expulsar a los españoles. El acuerdo fue más beneficioso en conjunto para las Provincias Unidas, que mantuvieron bloqueada la desembocadura del Escalda, lo que perjudicaba la prosperidad de Amberes en beneficio de Ámsterdam, y reconocía los derechos neerlandeses sobre las colonias portuguesas que habían ocupado antes de 1641 en Asia, África o el Brasil. El nuevo estado recibía además una franja territorial de seguridad, los llamados países de la Generalidad, que comprendía casi toda la zona entre el Escalda y el Mosa, además de algunas plazas más allá de tales ríos.

La Paz de Münster fue fruto de un interés mutuo de ambas potencias, que, entre otros objetivos, pretendían blindarse contra la injerencia francesa y británica, de ahí su temprano acuerdo. El tratado «creó las bases para un progresivo acercamiento entre ambas potencias avivado por mutuos intereses económicos y por la beligerancia de la Francia de Luis XIV». La consecución de aquella alianza entre una potencia católica y otra protestante no dejó de sorprender, dado que España y Francia, dos monarquías católicas, prosiguieron encarnizadamente la lucha hasta 1659.

La labor diplomática española en Westfalia

Los Tratados de Westfalia —tanto el firmado en Münster como el de Osnabrück— son voluminosos y llenarían más de cien páginas si se imprimiesen íntegramente. No contienen más que seis o siete artículos realmente importantes, y en su mayor parte están llenos de multitudinarias disposiciones

relativas a las tierras de la Iglesia sobre las que tanto tiempo habían estado luchando católicos y protestantes, y pequeños cambios territoriales entre los estados menores alemanes.

Sin embargo, el documento de la Paz de Westfalia fue un *best seller* internacional, con al menos treinta ediciones en un año. Pero aquel enorme interés, como explica Wilson, se fue disipando progresivamente hacia finales del siglo xvii, cuando Europa central entró en otra guerra de treinta años, contra Francia y el Imperio otomano. A pesar de ello, la memoria del primer conflicto se mantuvo viva mediante festividades anuales que celebraban la Paz de Westfalia y a través de un pequeño número de publicaciones dirigidas a un mercado popular. Tanto las ceremonias públicas como los libros y panfletos propagandísticos ofrecieron una interpretación ampliamente positiva del resultado de la guerra al preservar las libertades de los alemanes protestantes y reforzar la constitución imperial.

Pero si algo resultó trascendental en las reuniones y negociaciones de Westfalia no fueron los tratados sino la intensa y complicada labor diplomática. A Osnabrück acudieron los representantes de Suecia, donde se reunirían con los delegados imperiales y otros comisionados alemanes; mientras que los franceses acudirían a la ciudad de Münster, elegida para la reunión de los imperiales y sus aliados españoles por ser una población de mayores dimensiones y dotada de distinción. También se ha dicho que la celebración del Congreso de Westfalia simultáneamente en dos ciudades se debió a las diferencias religiosas y al fundado temor de los suecos con respecto a la indulgencia de Francia en las negociaciones de paz.

Pronto se hizo evidente la necesidad de que la delegación sueca en Osnabrück contara con un oficial de enlace y observador en Münster. Por ello, en junio de 1643, la regencia de Estocolmo, encabezada por el canciller Axel Oxenstierna, redactó las instrucciones para la persona designada. Fue propuesto Schering Rosenhane, gobernador de la provincia de Östergötland, de treinta y seis años, familia acomodada, emparentado con la poderosa familia Oxenstierna y cliente suyo, brillante y capacitado, culto, que hablaba varios idiomas, pero que carecía de experiencia previa en política exterior. Rosenhane fue uno de los primeros diplomáticos que llegó a Münster, a finales de agosto, con un gran séquito de asistentes, entre los que se encontraba Samuel Schiller, y sirvientes. Su homólogo francés, el residente destinado en Osnabrück hasta 1645, barón de Rorté, fue enviado posteriormente a Suecia en calidad de diplomático.



Publicación de la Paz de Westfalia. Estampa aguafuerte, grabado por Wenzel Hollar (1607-1677), Amberes, 1648. (Biblioteca Nacional de España).

La mayoría de las principales potencias contaba con un

par de representantes. Por regla general uno de ellos tenía una posición social más elevada —solía ser un aristócrata— y el otro, en cambio, era un avezado hombre de leyes. Así ocurrió con el conde Johan Oxenstierna, hijo nada menos que del canciller Axel Oxenstierna, y Johan Adler-Salvius, un «advenedizo» que había ascendido hasta su posición gracias a sus conocimientos y su gran habilidad.

Los franceses formaron un tándem similar: el conde Servien, el aristócrata predilecto del cardenal Mazarino, y el avezado conde d'Avaux, anteriormente embajador de Suecia. En calidad de protegido de los franceses, también formaron parte de su delegación un representante portugués y otro catalán.

Junto a estos cargos, asistió al Congreso un número variado de historiógrafos, es decir, personal experto en la historiografía y en los tratados de paz precedentes. Con la delegación francesa concurrió el historiógrafo Théodore Godefroy (1580-1649), como secretario de los embajadores del rey, para defender los intereses de Francia en las negociaciones de paz en Colonia y Münster. En realidad, su misión consistía en refutar todas las alegaciones españolas. Con este fin se llevó con él diccionarios de idiomas, así como sus memorias sobre las precedencias franco-españolas, las dobles bodas de 1612-1615 y versiones de los tratados de paz firmados entre ambas monarquías. También llevó consigo todas sus obras, las cuales adquirieron todo su potencial y significado en el contexto de las negociaciones de paz con otras potencias y particularmente con el principal enemigo del momento, la monarquía española. Desde París, su hijo se ocupó de hacerle llegar todo lo que le faltaba. Su

responsabilidad consistía en sostener las posiciones francesas recurriendo a «exemples par histoires et traictez» que los españoles «faisans des traictez de paix n'ont pas voulu que l'on ait parlé dans les traictez des places qu'ils s'estoyent réservé par les traictez précédens, bien qu'elles eussent esté usurpées». En sus memorias, declaró que su presencia se debió al hecho de que los diputados del emperador y del rey de España mandaron también especialistas para aconsejar a los embajadores durante las negociaciones. En este caso, la historiografía real formó parte del aparato diplomático, ofreciendo a través de las experiencias del pasado la casuística política que necesitaban los embajadores. Godefroy participó en el Congreso de Münster como ayudante al plenipotenciario en los tratados de paz. El delegado del emperador Maximiliano von Trautmansdorff lo elogió como un «buen testimonio de la participación académica en la guerra diplomática» por su consistencia y gran juicio en las deliberaciones. La diplomacia necesitaba no solo expertos sino también conocimiento de idiomas y Godefroy además hablaba muy bien el alemán y sabía «perfectamente el derecho, la historia y las costumbres de Alemania». Pero él juzgaba que en las negociaciones era mejor la lengua latina «para evitar las dudas que pueden nacer del significado de las palabras, al hacer el rey el tratado en francés, y el emperador en alemán, que son dos idiomas diferentes, y no tienen nada en común el uno con el otro». La misión de Godefroy no fue exitosa habida cuenta de que su calidad de abogado y de historiógrafo resultó ser «*de trop petite considération parmy les allemands et les espagnols*». En Münster, Godefroy alcanzó

a la vez el cenit de su carrera y su decadencia. Murió en esa ciudad en 1649. Su obra más importante fue *Le Cérémonial de France* (1619), un trabajo que se convirtió en un clásico sobre el tema de las ceremonias reales, y que fue reeditado por su hijo en una extensa edición en 1649. Con su trabajo y actuación, él fue un clarísimo ejemplo de que los historiógrafos reales habían dejado de ser apologistas de la paz para convertirse en sus secretarios y garantes.

Cuando comenzaron en Münster las negociaciones en toda regla, llegaron los representantes de la república de Holanda para solucionar sus diferencias con España. Ya en enero de 1642, el capitán general de la república, Federico Enrique, príncipe de Orange, había instado a los Estados Generales a que nombraran plenipotenciarios y formularan sus condiciones, pero hasta octubre de 1645 no se llegó a una decisión sobre los delegados y sus instrucciones. La misión holandesa partió hacia la conferencia de paz en enero de 1646.

Además de los representantes de las potencias involucradas en el conflicto, también acudieron al Congreso de Westfalia diplomáticos en calidad de mediadores. En realidad, la materia de la mediación ocupó gran parte de la atención de los negociadores. Hubo numerosas ofertas de buenos oficios y mediación por parte de algunas potencias neutrales, como Dinamarca, Venecia, Inglaterra, el Papado y muchos estados menores. En Münster también se contó con la presencia de dos mediadores generales de talento y dotados de una buena dosis de paciencia: Aloise Contarini, de Venecia, y el nuncio papal Fabio Chigi, que se convertiría en Papa en 1655 con el nombre de Alejandro VII. Chigi fue

una persona literalmente dotada y afable. Por cuestión de principios, sin embargo, se negó a tratar con «herejes», cuestión que ninguno, tampoco los franceses, fueron capaces de resolver.

En Osnabrück, los mediadores serían los embajadores daneses, aunque estos nunca llegarían a desempeñar sus funciones. En general, el personal mediador trajo muchas desavenencias y disputas que obligaron a buscar soluciones. Entre otros problemas, la delegación francesa tuvo que hacer frente a diversas ofertas de mediación que podían romper la alianza franco-sueca; asimismo, supuso un problema la negativa del Papado a mediar entre los poderes católico y protestante; o la delicada tarea de expulsar a Dinamarca como mediadora en Osnabrück por haberse convertido en beligerante. Quizá este último caso fue el más espinoso, pues Dinamarca, al final, no pudo obtener representación. Tras la fulminante contienda de Suecia contra Dinamarca en la guerra Torstensson, su posición de medianera en el congreso no se sostenía, ya no era neutral al haber entrado en guerra contra Suecia. Pero, además, había sufrido una derrota aplastante y su peso internacional se había reducido. Cristian IV tuvo que retirar a sus embajadores y quedarse fuera de las negociaciones de Westfalia.

Dentro de cada delegación se producían disputas constantes entre los delegados «aristócratas» y los «eruditos». El líder incontestable de los representantes imperiales era el conde Trauttmansdorff, responsable y protagonista en última instancia de la obtención de la paz. Schering Rosenhane fue el primer sueco que se reunió con él y, en su informe de diciembre de 1645, pintó un maravilloso

retrato verbal del conde. Rosenhane, residente, no embajador, tenía mucho más en común con la categoría de los colegas «eruditos» que con la de los aristócratas. En sus relaciones con los dos embajadores suecos, Oxenstierna y Salvius, tuvo la suficiente habilidad para mantener un equilibrio entre ambos.

Desde el principio, España participó activamente en las reuniones, como lo señaló el propio Felipe IV:

Don Felipe por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon [...] Por quanto por lo mucho que deseo encaminar el reposo y tranquilidad de los subditos, y habitantes de las Prouincias de los Países Baxos, para que descansen de tan larga y cruel guerra [...], y auiendose de comun, y mutual concierto escogido y señalado la villa de Münster en Westfalia, para el congreso, y negociación de la dicha paz, he hallado por conueniente de assistir [...] al dicho congreso, y especialmente con los Estados de las Prouincias libres de los Países Baxos Vnidos...

La asistencia de Felipe IV a las negociaciones de Westfalia se hizo a través de sus representantes. En principio, no participó ningún monarca, duque o señor eclesiástico de manera directa, sino que aquella labor fue emprendida por un amplio cuerpo de diplomáticos que trabajó con la supervisión de los diferentes monarcas, príncipes y consejos de los distintos estados. Entre los plenipotenciarios que acudieron a Münster y participaron en las negociaciones de paz se encontraba Diego de Saavedra y Fajardo, sin duda la personalidad más experimentada, nombrado para esta comisión el 11 de junio 1643. Saavedra poseía una gran experiencia personal después de treinta años en el manejo de asuntos políticos y al mismo tiempo un enorme bagaje de lectura y erudición desde la época de las aulas de Salamanca. Su labor comenzó en Italia, donde dio

sus primeros pasos hasta llegar a ser agente del rey en Roma en 1631. En 1633 fue particularmente destacable su misión diplomática ante el duque de Baviera, atrayéndole a la causa imperial. Asimismo, resultó de gran interés su constante comunicación política con Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, embajador en Inglaterra, Roma y Alemania, y con Sancho de Monroy, marqués de Castañeda, también embajador en Alemania y Francia. En 1643, Saavedra dejó vacante su cargo de agente del rey en Roma para dirigirse a Münster, adonde también acudieron Antoine Brun y el obispo de Cambrai, considerados representantes de segunda categoría.

Para Saavedra, aquel nombramiento le llegaba con casi sesenta años y supuso la culminación de su carrera diplomática. Partió de Madrid el 27 de junio, pasó por París, donde intentó reunirse con Ana de Austria después de la muerte de Luis XIII, pero parece que fue la misma reina quien se negó a recibirlo. Tuvo que detenerse algunas semanas en Bruselas a causa de una enfermedad y, finalmente, casi cuatro meses después llegaba a Münster el 6 de noviembre de 1643. Los objetivos de su acción diplomática en el congreso fueron revelar las verdaderas intenciones de los franceses ante sus aliados e intentar un trato que beneficiara al máximo los intereses de Felipe IV.

En mayo de 1644, Rosenhane mantuvo una conversación con d'Avaux, quien, entre otras cosas, le recomendó visitar al jefe de la delegación española, Saavedra. Fue en aquellas conversaciones cuando los españoles descubrieron el nivel de dependencia que tenían los suecos de las subvenciones galas y no al contrario, como parecía desprenderse de la

marcha de la guerra.



Retrato de Diego de Saavedra y Fajardo, por Fernando Selma, 1791, Retratos de españoles ilustres.

Al inicio de las negociaciones, Saavedra tendía a expresarse con cierta autoridad y altivez, una actitud que por otra parte era propia de la antigua postura hegemónica que había mantenido la Monarquía española en Europa, por lo que aprovechaba «todas las oportunidades para proyectar la reputación de su rey». Así lo demostró, por ejemplo, en abril de 1644, cuando rechazó participar en la procesión del Corpus Christi realizada en honor de la paz, únicamente para no encontrarse con el embajador de Francia; o bien en la celebración del *Te Deum* por la elección del Papa en octubre de ese mismo año, cuando la comitiva española se colocó en el lugar más preeminente de la iglesia en detrimento de la francesa.

Saavedra mostró su descontento ante la llegada a Münster de las delegaciones portuguesa y catalana —Luiz Pereira de Castro y el catalán Josep Fontanella, que estuvo acompañado por su hermano, el poeta y dramaturgo catalán Francesc Fontanella—, unos súbditos de la Monarquía que se atrevían a comparecer en el congreso bajo la protección de

los embajadores franceses. Tanto Saavedra como los otros plenipotenciarios españoles trataron de evitar que fueran recibidos y se les diera audiencia. Saavedra también se indignó con la actuación del nuncio Fabio Chigi, que, lejos de mantenerse neutral y ejercer como mediador en el conflicto, mostraba un trato preferente hacia la política francesa. Todo aquello hizo que Saavedra llegara a escribir que los congresos acabaron siendo reuniones infructuosas y nada productivas, donde lejos de negociarse la paz, se afilaban las armas de guerra.

Por si esto fuera poco para el diplomático, Saavedra había sido nombrado ministro plenipotenciario y no embajador, lo que significaba que su función pasaba por asistir y ajustarse a las indicaciones de Manuel de Moura y Corte Real, marqués de Castel-Rodrigo, y en ningún caso podía negociar ni acordar por iniciativa propia con los demás representantes. Poco a poco esas suspicacias fueron calando en el ánimo de Saavedra, que cada vez se sentía más cuestionado tanto desde Madrid como desde la misma delegación de Münster, por lo que empezó a expresar su voluntad de abandonar el congreso y volver a España.

Tiempos son en que es favor quitar las ocasiones de negocios. Ninguna cosa deseo más que verme fuera de ello, donde solo trate de lo eterno [...] Y como la desconfianza de mi toca vivamente a mi reputación, vivo tan afligido y fuera de mi que si S M no me manda salir de aquí, es cierto que no podré vivir mucho.

A la frustración por la falta de una negociación fructífera con las otras partes implicadas se sumaron los problemas relacionados con las plenipotencias, la precariedad económica, la falta de confianza del gobierno de Madrid y las tensas relaciones con su antiguo amigo lorenés Antoine

Brun. Saavedra depositó sus esperanzas en la llegada de Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda, como cabeza de la delegación española en Münster. Además de las buenas relaciones, pensó que la presencia de un embajador con plenos poderes agilizaría su regreso a España. El conde llevaba un despacho del rey en el que se ordenaba a Saavedra su regreso a Madrid, debido a las quejas que había recibido del emperador por el comportamiento de su ministro, pues parece se había extralimitado en la defensa de los intereses españoles, atribuyéndose títulos y funciones que no estaban en su poder, y utilizando un tono improcedente para dirigirse a los ministros que representaban al Imperio. Esta actitud, lejos de aunar las fuerzas de ambas potencias, solo contribuyó a crear nuevas tensiones entre las dos casas de Austria, un hecho que Felipe IV no podía tolerar.

La llegada del conde de Bracamonte, una figura rígida y poco amigable, no solo no llenó sus expectativas, sino que afrentó aún más a Saavedra:

No le he hecho visita [al Conde de Peñaranda] de la cual no haya salido arrepentido de haberla hecho por la aversión que he hallado en S. E. No he dicho cosa que o no le ha parecido bien o no me la haya contradicho con palabras poco decentes a mi persona y puesto. De mí no ha querido informarse de nada y casi todo lo que le propongo de servicio de S M lo desaprueba.

En julio de 1645, Saavedra fue sustituido como dirigente de los plenipotenciarios españoles por el conde de Peñaranda. Aunque incómodo bajo su mando, don Diego permaneció en Münster hasta que, finalmente en marzo de 1646 y después de dedicar tres años a los infructuosos negocios que se debatían en Münster, el conde de Peñaranda

entregó a Saavedra la disposición real para volver a Madrid, hecho que puso punto final a su carrera diplomática, y así lo hizo en abril de 1646.

Saavedra había dejado de gozar del favor real. Toda su labor por fortalecer los vínculos con Suecia, apoyada y reiterada hasta cierto punto por Peñaranda, y su alianza francesa quedaron en nada, mejor dicho en meros «Chateaux en Espagne». Así podrían denominarse en gran parte las visiones sublimes de un pensador político de lo más imaginativo pero no manifiestamente realista.

El relevo de Saavedra por Gaspar de Bracamonte supuso la emergencia de un personaje clave de la política española, nacional e internacional, especialmente desde 1645, en que fue nombrado plenipotenciario español para los Tratados de Westfalia. Ya entonces se quejaba el conde en carta al marqués de Castel-Rodrigo de «la falta de instrucciones y de órdenes con que en todo caminaban los españoles y de los perjuicios que esto causaba a la monarquía de España». Peñaranda escribió gran número de cartas e informes sobre la marcha de las negociaciones, y también una interesante relación en la que hace una valoración de la paz que resulta muy significativa. Su relato está teñido de melancolía y de pesimismo, aunque con resquicios de esperanza en una regeneración. Está presidido por la constatación de que los borrascosos años anteriores a la paz fueron desdichados para la monarquía española. En su relación expone la convicción de que la paz con Holanda, aunque se firmara en unos términos que significaban el reconocimiento de una derrota, era una necesidad para que la Monarquía pudiera volcar gran parte de sus energías en la recuperación o

reincorporación de Cataluña, al fin y al cabo, mucho más próxima, por muchas razones, al centro de la Monarquía.

Se ha dicho que España fue una hegemonía frustrada en 1648, pues la Guerra de los Treinta Años supuso el naufragio de sus principales objetivos programáticos. Primero, fracasó en su proyecto de mantener la integridad de la península ibérica, desarticulada por la sublevación de Cataluña y de Portugal. Fracasó también en su objetivo de unir al duque de Baviera con el Imperio, porque este firmó el 30 de mayo de 1631 un tratado con el rey de Francia en París con la ayuda del nuncio de su Santidad. Y aunque Baviera regresó al seno del Imperio gracias a la hábil negociación de Saavedra Fajardo, llegó a la Paz de Westfalia por libre e independiente. En tercer lugar, se malogró también el objetivo de mantener en el Imperio una dirección militar única con un solo frente prioritario: Holanda. En cuarto lugar, fracasó en su objetivo de unir el Imperio porque los intereses particulares de los príncipes protestantes prevalecieron sobre los generales. Con la Paz de Westfalia, Alemania quedó despedazada, dividida en 350 estados soberanos con la consiguiente carga explosiva para el futuro de dicha paz. En definitiva, «fracasó la Europa posible y surgió la Europa de los nacionalismos, que ha perdurado hasta el día de hoy».

La Paz de Westfalia como «lugar de la memoria» en Europa

La Paz de Westfalia conllevó no solo considerables cambios territoriales; también culminó, como ya se ha visto, el proceso de independencia, que duró ochenta años, de la nueva República neerlandesa, y reconoció oficialmente la

soberanía de una nueva entidad política, Suiza, en forma de confederación. Todo ello representó un giro crucial en la historia de Europa.

Lo que hizo la Paz de Westfalia excepcional fue su carácter innovador, ya que supuso la apertura hacia una serie de realidades abiertas al futuro. La principal fue el nuevo orden establecido por Westfalia en Europa, que conllevó la secularización de la política internacional. De una comunidad armónica de naciones liderada por el Papado y el Imperio, se pasó a una estructura europea integrada por estados nacionales laicos y soberanos: de la Europa del Sacro Imperio Romano Germánico y del Papado, se pasó a la «Europa de los príncipes». A partir de entonces, para la resolución de los conflictos se emplearía el sistema de acuerdos multilaterales fundamentados en los principios de soberanía, igualdad y equilibrio entre las potencias. Pero el tan deseado concepto de equilibrio no apareció hasta más tarde. «El tratado de Westfalia, ha escrito Ribot, no habla en ningún momento de equilibrio europeo, pero parece evidente que este no había dejado de ser una referencia ideal». La gran aportación de Westfalia fue el reconocimiento implícito de una comunidad internacional que comenzaba a intervenir en asuntos de interés general, el principal de los cuales era el mantenimiento de la paz después de la terrible experiencia de la Guerra de los Treinta Años. Es decir, Westfalia supuso el primer intento de coordinación internacional de la Europa moderna; a partir de entonces puede hablarse por primera vez de una esfera pública y de un derecho público europeo. La gran congregación de agentes y embajadores de diversa

procedencia en las ciudades de Münster y Osnabrück creó esa nueva esfera pública que modificó la visión de la política tenida hasta entonces. La libre circulación de libelos y folletos entre la población informando sobre los diferentes puntos de la conferencia indica claramente que las negociaciones no eran ya consideradas como secreto sino un asunto público abierto a todos.

A pesar de estos aspectos positivos e innovadores, sin embargo, como analiza Heinz Duchhardt en su trabajo sobre «La Paz de Westfalia como *lieu de mémoire* en Alemania y Europa», no es posible encontrar en los estados implicados en Westfalia un reconocimiento, un *lugar de la memoria*, que pudiera plantearse en la actualidad como antecedente de unidad europea. Duchhardt señala que apenas existen puntos de referencia para una cultura de la memoria válida para toda Europa; no existen acontecimientos o personalidades de relevancia paneuropea que puedan apoyar o acelerar el proceso de integración europea. Muchos han lamentado este «déficit de un mito» europeo. Obviamente solo los acontecimientos con connotaciones positivas podrían llegar a ocupar la función de *lieux de mémoire*.

Aunque la Paz de Westfalia fue un acontecimiento político de innegable importancia, ello no significa que tuviera ni llegara a tener un eco positivo en la conciencia colectiva. La Paz de Westfalia fue en muchos aspectos un compromiso; dejó muchos problemas sin resolver y fracasó en la construcción de una paz duradera para Europa.

En Alemania, la Paz de Westfalia siempre ha tenido dificultad en conseguir una aceptación general. Sin duda, suministró un sólido establecimiento de la ley constitucional

del viejo Imperio y proporcionó durante siglo y medio una base legal para todo el conjunto del Imperio. Solo en ciudades protestantes como Augsburgo, Núremberg o Lindau celebraron la Paz de Westfalia por el otorgamiento de la igualdad religiosa. Las ciudades católicas, como Münster, vieron en el Tratado de Westfalia un documento «protestante» que había inferido al catolicismo una herida de la que nunca se recobraría. En definitiva, para el Imperio, la Paz de Westfalia llevó al comienzo de un periodo desastroso determinado por el control exterior por parte de sus vecinos más poderosos, y representó la victoria del particularismo y del regionalismo sobre una política centralizadora. Hay pocas posibilidades para que la Paz de Westfalia pueda ni siquiera empezar a ser un genuino *lieu de mémoire* nacional.

Por el contrario, para los Países Bajos, que firmaron su independencia definitiva en enero de 1648, la Paz de Münster, junto con otros acontecimientos, ha tenido siempre un peso emocional muy asociado al mito. En los centenarios de 1748 y 1848, la paz fue considerada como un acontecimiento de suprema importancia simbólica para la historia nacional de los Países Bajos, uno de los pilares fundamentales de la historia de la nación y siempre celebrado como tal, incluso, en 1948.

En cuanto a Francia, podía haber tenido verdaderos motivos para mantener la Paz de Westfalia como verdadero *lieu de mémoire* nacional. Las concesiones territoriales de 1648 estaban legalmente y políticamente fuera de toda duda. Los historiadores franceses del siglo XIX otorgaron una importancia fundamental a la Paz de Westfalia —en aquello

que afectaba a la historia nacional— porque estaba asociada a la adquisición de una provincia importante, Alsacia, y representaba el triunfo sobre sus vecinos del este del Rin.

Para España y Suecia, la Paz de Westfalia no fue considerada de forma positiva. En España, por ejemplo, se ha visto como un punto bajo en la historia de la nación, apto en el mejor de los casos para constituir un *lieu de mémoire* negativo; o en Suecia, donde las sucesivas generaciones, debido al coste de sus éxitos, se han visto inclinadas a considerar la Paz de Westfalia como el punto de inflexión hacia su decadencia en la historia.

En conclusión, Westfalia no dio paso a un periodo de paz completa en Europa, pues Francia y España prosiguieron las hostilidades hasta 1659 con la firma del Tratado de Paz de los Pirineos, y los conflictos en el Báltico también se prolongaron hasta 1660-1661 con la firma de los Tratados de Oliva, Conpenhague y Kardis. Y es que, a pesar de los avances conseguidos en Westfalia en materia de relaciones internacionales, tal y como señala J. Elliott «en la segunda mitad del siglo xvii, la civilización europea fue y siguió siendo una civilización militar, cuyo estado natural era la guerra». Si los Tratados de Münster y Osnabrück pretendieron sentar las bases para acabar con la preponderancia de los Habsburgo, fracasaron en su objetivo, pues facilitaron el relevo de la hegemonía, que cambió de cuño, a la Francia de Luis XIV.

En definitiva, la gran aportación de Westfalia fue el reconocimiento implícito de una comunidad internacional que comenzaba a intervenir en asuntos de interés general, el principal de los cuales era el mantenimiento de la paz

después de la terrible experiencia de la Guerra de los Treinta Años.

5. LA MAQUINARIA BÉLICA

Los engranajes de la maquinaria bélica

Lo que se pretendía era dar ejemplo a los demás Capitanes debajo de cuya mano y gobierno estaban grandes ejércitos y provincias, y darles un aviso de cómo se habían de portar y amplificar el crédito y llevar adelante el lustre de la monarquía...

Así, en pocas palabras, Matías de Novoa, en su *Historia de Felipe III y Felipe IV*, resumía los puntos neurálgicos sobre los que se construía la verdadera maquinaria bélica de la monarquía española. A saber: capitanes profesionales bajo cuyo gobierno se encontraba gran número de soldados encuadrados en extensos ejércitos. Con ese instrumento, puesto a punto en todas las materias, y bien dirigido por la excelente actuación de los capitanes, la monarquía española sería capaz de amplificar su crédito y acrecentar su lustre y reputación.

Sin embargo, a pesar del enorme esfuerzo de la Monarquía en la mejora de su maquinaria bélica, instrumento de sus líneas programáticas defensoras del *statu quo*, estas fueron desafiadas por estados europeos mucho más beligerantes, como las Provincias Unidas y Francia. La formidable actividad bélica que estas y otras potencias europeas generaron a lo largo del siglo XVII tuvo como consecuencia un desarrollo continuado y una modernización progresiva de los engranajes de la maquinaria bélica. Y lo hicieron de manera más solvente y efectiva que hasta entonces, es decir, de modo más destructivo.

A lo largo de la contienda, los gobiernos trataron de

formar ejércitos cada vez más profesionales y competitivos, tanto en número de hombres como en su grado de instrucción o profesionalización; al mismo tiempo procuraron el progreso e incremento del armamento, en número, calibre y capacidad ofensiva, desarrollando la habilidad y la destreza en su uso; asimismo, trataron de intensificar la agudeza e ingenio para optimizar los recursos estratégicos y tácticos que tantos interrogantes ofrecían en el momento crucial de la batalla o asedio; sin olvidar la transcendencia de la empresa logística, tratando de diseñar y gestionar bases más efectivas que el simple sobrevivir — malviviendo— sobre el terreno en el que el ejército operaba.

Además, estos ejércitos que luchaban constantemente en distintos escenarios se habían convertido en escuelas donde se formaban y entrenaban miles de combatientes que, a su vez, adiestraban y transmitían sus experiencias a las nuevas generaciones.

Debido a la larga duración de la Guerra de los Treinta Años, se puede hablar de, al menos, dos generaciones de militares, generales o maestros de campo, cuyo relevo se produjo aproximadamente en la década de los treinta. Asimismo, durante aquellos treinta años de contienda, los ejércitos asistieron a ensayos y experimentos en los métodos de reclutamiento, en los sistemas estratégicos y tácticos, así como en los procedimientos logísticos y armamentísticos. Todo ello condujo a decisivos progresos, invenciones y efectos en el desarrollo del arte militar, que muchos historiadores han calificado este periodo bélico, incoado en la centuria anterior, como de «Revolución Militar». Según los análisis de algunos estudiosos militares de esta época, la

guerra se transformó debido a tres factores dependientes entre sí: por un lado, al crecimiento del número de los combatientes en los ejércitos; por otro, al desarrollo de un tipo especial de fortificación; y, finalmente, al incremento en el uso de las armas de fuego.

El reclutamiento de soldados

El crecimiento del número de combatientes durante la Guerra de los Treinta Años fue un hecho. Los medios empleados por los gobiernos para allegar hombres al ejército fueron variados y se utilizaban en función del número —según los soldados que necesitaba un gobierno— y en función del tiempo, acorde con el plazo marcado por dicho gobierno. Los reclutamientos normalmente se iniciaban al principio de cada campaña, es decir, antes de la primavera, para estar en disposición de acometer las nuevas operaciones militares al comienzo del verano.

Entre los sistemas empleados, algunos gobiernos desarrollaron ya entonces la imposición del servicio militar. Dinamarca y Suecia emplearon sistemas de reclutamiento obligatorio, con los que alistaron a la mayoría de sus poblaciones rurales; sin embargo, aquellos métodos estaban todavía lejos de ser verdaderamente «universales». Asimismo, los rebeldes bohemios convocaron en junio de 1618 a uno de cada diez hombres, a lo que siguió un reclutamiento general en septiembre. Por su parte, todos los territorios alemanes tenían milicias territoriales que alistaban aproximadamente a uno de cada diez varones, lo que representaba el 2,5 por ciento de la población total; el resto de los varones debía estar disponible, en teoría, en caso de emergencia. Durante toda la guerra, las milicias fueron

muy utilizadas, a menudo como una manera encubierta de reclutamiento. Al mismo tiempo, un gran número de voluntarios calificados, según Wilson, con la errónea etiqueta de «mercenarios» se unió a las fuerzas regulares. Por ejemplo, el 10 por ciento de los varones escoceses adultos luchó en el continente durante la guerra, sobre todo dentro de las tropas danesas y suecas, pero también en el ejército imperial, además de otros escoceses que sirvieron en Francia, Polonia y Holanda.

Con todo, el factor «número» pero sobre todo el factor «tiempo» obligaron a emplear el llamado sistema de reclutamiento por comisión, reclutando por diversos procedimientos más o menos «voluntarios» a todo hombre disponible para la guerra. En la época de la Guerra de los Treinta Años resultaba muy difícil reunir en poco tiempo un ejército numeroso con soldados experimentados que fueran además súbditos del príncipe respectivo. En estas condiciones, la opción más rápida era recurrir a los profesionales de la guerra, expertos en el manejo de diversas armas, que abundaban en ciertas zonas de Europa consideradas como buenos «mercados de soldados», tal era el caso de Alemania, Suiza o los Balcanes.

Aunque, en general, los soldados se enganchaban en función de la soldada, también lo hicieron por cuestiones políticas, culturales y religiosas. Por ello, la mayor parte de los combatientes que lucharon en aquella contienda — incluso en el ejército sueco— eran mercenarios voluntarios y procedían, normalmente, como ha señalado Parker, de tres grandes zonas: las montañas, las ciudades y las propias regiones en guerra. Los territorios subalpinos de Alemania,

Austria y los cantones suizos siempre habían sido zonas de abundancia de reclutas y esa situación no parece haber variado durante todo el siglo XVII. Muchos soldados procedían también de las ciudades, donde los ecos de la guerra llegaban más directamente, y de los principales escenarios de la contienda, cuya cercanía con el combate favorecía el reclutamiento.

La edad de los reclutas, fijada generalmente por los gobiernos locales, solía establecerse alrededor de los veinte a cuarenta años, aunque podía tener variaciones. La edad media de esos hombres en el momento del alistamiento era de veinticuatro años; sin embargo, una cuarta parte se enganchaba antes de cumplir los veinte. En el ejército de la monarquía española, las órdenes para el reclutamiento de soldados especificaban una edad entre quince (a veces dieciséis o diecisiete) y cuarenta años. En la década de 1640, la edad límite se extendió con frecuencia hasta los cincuenta e, incluso, a los setenta para los soldados veteranos en algún caso concreto.

Los motivos que impulsaban a los hombres jóvenes a alistarse voluntariamente eran variados. Una buena parte se enganchaba debido principalmente al hecho de haber sufrido algún tipo de adversidad. En general, los reclutadores solían conseguir mayor número de hombres en épocas de malas cosechas, escasez de alimentos y precios elevados y, sobre todo, cuando se recrudecían los conflictos políticos o religiosos. Esas circunstancias calamitosas conducían a muchos jóvenes a alistarse; en momentos determinados llegó a considerarse la vida en el ejército más llevadera que la vida civil. Una vez enganchados, recibían ropa nueva y

múltiples promesas de enriquecimiento basadas en el botín que podía obtenerse de saqueos y capturas, todo ello más atractivo que un futuro oscuro, incierto y sin trabajo, con riesgos ciertos de pillaje y bandidaje, con la miseria pisando los talones a todos aquellos que debían pagar impuestos. De este modo, aunque la paga del soldado era más bien escasa, y sobre todo incierta por los habituales retrasos, los soldados consideraban más seguro integrarse en el ejército en la Alemania desgarrada por la guerra que proseguir la vida civil.

Los testimonios personales de algunos mercenarios señalan como motivos de su alistamiento no solo la soldada y el botín, sino también la búsqueda de gloria y el atractivo de pertenecer a un grupo exclusivo que incluso alumbró un vocabulario propio. Para otros también contaban la emoción y el peligro, sin olvidar a aquellos que se unían al ejército por su condición de arrendatarios cuyo señor les obligaba a alistarse cuando hacía un llamamiento.

Un caso muy significativo es el de los, aproximadamente, 25.000 escoceses que defendieron la causa protestante en Alemania durante la guerra. Muchos eran hombres sin contrato, desacomodados y desempleados; otros eran delincuentes locales a quienes las autoridades enviaban al ejército. A algunos les movía la curiosidad, otros marchaban al frente por lazos de amistad o camaradería con sus oficiales e, incluso, por vínculos familiares. Fue un hecho muy significativo la estrecha relación de amistad y de parentesco entre soldados y oficiales. En 1631, muchos de los escoceses que el marqués de Hamilton llevó consigo para servir en el ejército de Gustavo Adolfo se llamaban de la

misma manera que su coronel y, por ejemplo, varios miembros de la familia Leslie de Aberdenshire lucharon juntos. El miembro más destacado de la familia Leslie fue Alexander, que luchó junto a Banér en la famosa batalla de Wittstock (4 de octubre de 1636), restaurando la influencia primordial de Suecia en el centro de Alemania. Banér, en su informe de aquella batalla a la reina Cristina, expuso que:

[Mis soldados] habrían caído en desorden total si el mariscal Leslie con las cinco brigadas de infantería que tuvo con él durante la batalla, no nos hubiera socorrido justo a tiempo, atacando y haciendo retroceder a cuatro brigadas de la infantería del enemigo.

Robert Monro, otro escocés al servicio de Suecia —que escribió la primera historia de un regimiento en lengua inglesa— mencionaba una serie más completa de motivaciones a la hora de alistarse, como la pretensión de conocer mundo y vivir diversas aventuras y experiencias militares bajo las órdenes de alguno de los comandantes más prestigiosos. Asimismo, añadía como motivo para participar en la guerra su interés por defender no solo la fe protestante sino también los derechos y el honor de Isabel Estuardo, la «reina de un invierno» de Bohemia. En más de un pasaje de sus Memorias, *Monro his expedition with the worthy scots regiment called Mackays*, el autor explicaba que la razón principal que le impulsaba a luchar era la «causa de Bohemia» y una fuerte motivación religiosa; esta última era la causa de que «tan pocos de nuestra nación se vean impulsados a servir a estos potentados católicos».

Sin embargo, hubo otros escoceses (e ingleses) que lucharon en los ejércitos católicos, especialmente al servicio de Francia; incluso, algunos como el capitán Sidnam Poyntz, oficial que dejó también un interesante relato de su

experiencia, mudaron de facción más de una vez. En general, como James Turner confesó, no se daba importancia al cambio de lealtades:

I had swallowed without chewing, in Germanie, a very dangerous maxim, which military men there too much follow; which was that, so we serve our matter honestly, it is no matter what master we serve; so without examination of the justice of quarrel, or regard of my duties to either prince or country, I resolved to go with that ship I first reencountered.

Solo los comandantes podían hacer su propia elección entre las lealtades políticas y religiosas enfrentadas. Sin embargo, se cumplían con facilidad las palabras de Richelieu de que «*la lealtad es simplemente una cuestión de fechas*». Los soldados podían optar a la hora de engancharse en los ejércitos de uno u otro contendiente, pero su capacidad de decisión era menor que la de los oficiales, quizá por las necesidades perentorias de supervivencia. La indecisión era particularmente habitual en las tropas luteranas, porque sus líderes políticos, como Juan Jorge de Sajonia, durante la mayor parte de la guerra resaltaron la importancia de mantener la lealtad al emperador católico. Aunque es difícil confirmar los motivos íntimos que los impulsaban a la lucha sirviendo a uno o a otro contendiente, parece que algunos lo hicieron por convicción, como es el caso del general luterano Hans Georg von Arnim, que cambió de bando con mayor frecuencia que otros durante la guerra por su propia conciencia y no por obtener algún beneficio. En realidad, en 1626, Wallenstein le ganó para su causa y el ejército imperial, donde pronto alcanzó el rango de mariscal de campo obteniendo la estima del general y de sus soldados. La amistad de Wallenstein así como su espíritu religioso tolerante fueron las causas que le condujeron a una carrera

político-militar muy inconstante. Este caso no fue único, la conciencia del deber y la firmeza de convicciones se mostraron también en otros oficiales de alta graduación, como Turner y Monro.

Pero no todos los soldados del ejército eran voluntarios. Muchos se enrolaban contra su voluntad. En Suecia y Finlandia, las tropas se formaban mediante un sistema de reclutamiento conocido como *Indelmingsverk*, un antecedente de la conscripción, pues obligaba a cada comunidad a aportar un determinado número de soldados. La mayor parte de los reclutados eran campesinos, por lo que su marcha solía causar un profundo impacto demográfico y económico. La larga estancia de los ejércitos suecos en los campos de batalla alemanes desde 1630 a 1648 convirtió la necesidad de hombres en un problema continuo, porque con el paso del tiempo todos los varones adultos disponibles se encontraban ya en el frente, habían muerto o estaban tullidos.

Otros países siguieron tratando de conseguir hombres mediante el sistema de levas, apelando a miles de estratagemas para reclutar voluntarios. Cuando estos eran escasos, los gobiernos recurrían al expediente de enviar a los criminales a prestar el servicio militar; la escasez de reclutas obligaba a cerrar los ojos a los requisitos establecidos, hasta el punto de que los castigos por delitos menores, como el robo y el asalto, podían ser conmutados a cambio de alistarse. De hecho, eran tan pocos los miramientos que las cárceles se convirtieron en una fuente lucrativa de reclutas.

Los ejércitos españoles, por ejemplo, recibieron con cierta regularidad aportaciones de prisioneros a quienes se

habían perdonado las penas a cambio de su destino en las tropas de campaña. Muy particularmente se enviaron desde la Península al frente de guerra soldados procedentes de los presidios portugueses y gallegos. En el caso de Galicia, el intento de Olivares de impulsar la contribución de los territorios periféricos al esfuerzo militar de la corona se inició con una política de levas destinada a enviar reclutas a Flandes. Esta situación se agravó tras el estallido de la revuelta portuguesa en 1640, que obligó a desguarnecer los presidios gallegos en favor de los frentes de guerra. Ya desde la década de 1630, con una demografía estancada y un servicio militar voluntario cada vez menos atrayente, la escasez de soldados voluntarios obligó a sortear a los hombres para ir a la guerra, práctica que se inició hacia 1634 y se convirtió a partir de entonces en un procedimiento común, complementario a las levas voluntarias.

Además, en la década de 1630 hubo un cambio generacional. Los «señores soldados viejos y pláticos», que habían dominado los campos de batalla los últimos 130 años, iban a ser rápidamente reemplazados por bisoños que veían en el servicio forzoso al rey no una fuente de honor y promoción social, sino una obligación poco deseable.

El esfuerzo reclutador no implicaba sostenibilidad en el tiempo y, mucho menos, aumento a largo plazo. A pesar de que el crecimiento de los ejércitos ha sido estimado como condición o elemento clave de la «Revolución Militar», algunos historiadores, entre ellos Simon Adams, han llegado a preguntarse si realmente hubo tal acrecentamiento en la primera mitad del siglo XVII. Mucho más claro es el incremento en la segunda mitad de la centuria, cuando en

las guerras de Luis XIV se alcanzaron cifras desconocidas hasta entonces. Aquella magnitud se debió, sobre todo, a los esfuerzos de la administración de los estados por asumir las extensas operaciones de reclutar y abastecer sus ejércitos, sin abandonar la contrata lucrativa de mercenarios multinacionales.

Según las cifras aportadas por Wilson, el número total de combatientes en el Imperio alcanzó en 1632 los 250.000 y es probable que todavía hubiera alrededor de 183.000 hombres cuando la guerra terminó dieciséis años después. El número máximo de efectivos llegó a representar alrededor del uno por ciento de la población antes de la guerra. Aunque estos números no alcanzaron las impresionantes cifras de los ejércitos de Luis XIV, en la segunda mitad del siglo XVII, sin embargo, fueron importantes para la época.

Pero una cosa era el número de efectivos de una entidad política concreta y otra distinta el volumen de los ejércitos de campaña. Las tropas en acción eran inferiores en número debido sobre todo a las dificultades logísticas, particularmente, a la provisión de alimentos. Durante la primera mitad del siglo XVII, y concretamente en la Guerra de los Treinta Años, los ejércitos debían mantenerse básicamente del terreno que pisaban. La falta de líneas de suministro, que se desarrollarían posteriormente, obligaba a las tropas a transportar por sí mismas necesidades básicas en los trenes de bagajes. La logística no solo determinaba el número de efectivos en campaña, también dictaba los movimientos de las tropas debido a las necesidades alimenticias, particularmente de la caballería. Para garantizar una alimentación básica, los ejércitos se dividían

en las marchas, de modo que transitaran por caminos distintos en busca de forraje para los caballos. Las zonas bien comunicadas permitían el suministro durante más tiempo, pero las tropas debían volver a separarse y dispersarse cuando abandonaban esos territorios. La situación logística empeoraba si, en caso de retirada o huida, las tropas practicaban la quema y destrucción de los campos a su paso para obstaculizar el suministro a sus enemigos perseguidores. Estas restricciones, insalvables aún en la primera mitad del siglo xvii, marcaron el tamaño medio de los ejércitos de campaña en, aproximadamente, 50.000 hombres. Las circunstancias cambiaron en la segunda mitad del siglo xvii, pues la mejora de los sistemas de abastecimiento, gracias a la puesta en marcha de redes de depósitos conectadas por líneas de suministro, propició que el número de soldados en campaña se incrementara.

Al mismo tiempo, a lo largo de la contienda hubo cambios sustanciales en los ejércitos con relación a la permanencia de las tropas reclutadas. Era más difícil volver a alistar hombres en la primavera que mantener los soldados durante el invierno. Este fenómeno, que se constata claramente hacia 1565-1566 en tiempos de guerra, así como a partir de 1649-1650 también en tiempos de paz, se había ido consolidando a lo largo de la Guerra de los Treinta Años. Al final de la contienda, ya se vislumbra esta permanencia, debido a la cual los gobernantes comenzaron a centrarse en el mantenimiento de tropas permanentes a gran escala, algo que los turcos ya habían establecido desde la segunda mitad del siglo xvi. También los suecos utilizaron ampliamente tropas permanentes, por lo cual el ejército de Gustavo

Adolfo ha sido considerado como una de las primeras y mejores fuerzas armadas estables de aquella época. Muchos historiadores han estimado el mantenimiento continuado de un ejército como un rasgo característico de un Estado absolutista, en el que el enfrentamiento entre príncipes territoriales sirvió como instrumento para afirmar el centralismo y, en definitiva, el absolutismo.

Durante la Guerra de los Treinta Años, lo que resultó realmente innovador fue el continuado esfuerzo reclutador, y por lo tanto financiero, de las potencias en una guerra que parecía no tener fin. Gracias a ese inmenso esfuerzo, los ejércitos movilaron cifras de soldados que se mantuvieron entre límites más o menos homogéneos.

En el inicio de la contienda, los checos, al tratar de reunir un ejército cercano a los 20.000 hombres, pusieron la base de los contingentes necesarios de los contendientes para tener ciertas posibilidades de ganar en el campo de batalla. Pero la capacidad de reclutamiento de un estado como Bohemia era escasa, así que al inicio de la ofensiva el ejército de Thurn solo pudo contar con unos 12.000 hombres procedentes de la nobleza local y de contingentes de mercenarios. A ellos se sumaron otras unidades más pequeños levantados por estados menores. Un ejemplo de ello es el de los 2.000 mercenarios suizos reclutados por Ernesto de Mansfeld y el de 3.000 soldados reclutados por Silesia bajo el mando del margrave de Jägerndorf, el duque Juan Jorge de Hohenzollern (1577-1624), comandante militar al servicio de los estados bohemios en 1618.

Estas cifras superaron numéricamente, en un primer momento, al ejército imperial de 14.200 combatientes bajo el

mando del conde de Bucquoy, quien tuvo que abandonar su objetivo de marchar directamente a Praga y esperar refuerzos en Budweis y Krems, villa austriaca a la orilla del Danubio, donde pasaron el invierno. Así, al comienzo de la campaña, el ejército imperial movilizó con dificultad hombres, por su débil posición financiera, frente al ejército protestante. Pero, aparte de este breve temblor, señala Parker, desde 1625 hasta 1648, la corte imperial llevó adelante constantes operaciones de reclutamiento y movilización para poner en combate a contingentes de aproximadamente 50.000 hombres.

Por su parte, el ejército de Flandes, que operaba como la fuerza militar de la monarquía española en el norte y centro de Europa, ascendía por lo regular a unos 70.000-80.000 combatientes. Al inicio de la Guerra de los Treinta Años, concretamente en mayo de 1619, la monarquía española envió al emperador un contingente de 7.000 veteranos procedentes del ejército de Flandes, que atravesó el Imperio hacia Viena. Dos años más tarde, en marzo de 1621, la ayuda española se incrementó en varios miles de soldados para luchar junto a los Habsburgo austriacos.

En la década álgida de 1636 a 1646, Davide Maffi ha estimado que el ejército de Flandes llegó a alcanzar cifras que nunca disminuyeron de 60.000 hombres:

En 1643, uno de sus peores momentos, el ejército de Flandes podía contar con una fuerza aproximada de 77.000 hombres. A pesar de que la derrota del ejército en campaña en la batalla de Rocroi, el 19 de mayo de 1643, había causado enormes bajas en los tercios españoles, no había producido ni el colapso del ejército de Flandes ni su desaparición.

Aunque meses después de la derrota, el ejército presentaba una merma significativa, a finales de año, el ejército de Flandes volvía a mantener 77.000 hombres.

En general, los efectivos de los ejércitos protestantes y de los ejércitos imperiales se nutrían de las contribuciones de hombres procedentes de los diversos estados que apoyaban a uno u otro de los contendientes. En la década de 1620 y, concretamente, en 1624, 6.000 soldados fueron levantados en Inglaterra y organizados en cinco regimientos a las órdenes de los comandantes conde de Oxford, Southampton, Essex, Morton y Willoughby.

Asimismo ejércitos como el de Gabriel Bethlen, que contaba con 5.000 húngaros y 1.000 mercenarios alemanes, era una contribución muy bien valorada por Mansfeld y Anhalt. Si a ellos se sumaban los rebeldes húngaros antiHabsburgo, el número de hombres que podía sumarse a los ejércitos protestantes podía llegar a ser aproximadamente de 35.000.

Número de hombres del ejército de Flandes (1636-1659)

AÑO	INFANTERÍA	CABALLERÍA	TOTAL
Febrero 1636			69.703
1637	65.000 (90,2 por ciento)	7.000 (9,8 por ciento)	72.000
Enero 1639	60.242 (81,2 por ciento)	13.973 (18,8 por ciento)	74.215
Diciembre 1639	77.455 (87,9 por ciento)	10.617 (12,1 por ciento)	88.072
Enero 1640	76.933 (87,1 por ciento)	11.347 (12,9 por ciento)	88.280
Noviembre 1643	53.776 (79,1 por ciento)	14.202 (20,9 por ciento)	67.978
Diciembre 1643	63.422 (82,8 por ciento)	14.197 (17,2 por ciento)	77.619
Julio y agosto 1644	48.874 (79,2 por ciento)	12.786 (20,8 por ciento)	61.660
Noviembre 1644	61.986 (82,2 por ciento)	13.321 (17,8 por ciento)	75.307
Abril y mayo 1645	55.201 (76 por ciento)	17.395 (24 por ciento)	72.596
Enero y febrero 1646	53.010 (76,2 por ciento)	16.647 (23,8 por ciento)	69.657
Febrero 1647	53.724 (82,1 por ciento)	11.734 (17,9 por ciento)	65.458
Noviembre 1647			64.765

En 1648, cuando se firmó la Paz de Westfalia, los adversarios de Fernando III —Francia, Hesse-Kassel y, sobre todo, Suecia— tenían desplegados en el Imperio unos 130.000 hombres. Los imperiales con sus escasos aliados solo disponían de una fuerza de 70.000 hombres en total.

Como ha señalado Parker, hoy tales concentraciones de soldados armados en Europa serían insignificantes, pero en el siglo XVII no tenían precedente.

El abastecimiento y los problemas logísticos

En el sistema logístico de la primera mitad del siglo XVII no existían líneas de abastecimiento. Había que transportarlo todo, comprar en los mercados locales o vivir sobre el terreno, es decir, extraer la manutención de los

propios habitantes y tierras. Evidentemente, las posibilidades logísticas de los ejércitos dependían de una buena financiación. Combinando la financiación directa, el crédito, los contratistas y las contribuciones, los gobiernos eran capaces de mantener una adecuada provisión para algunos contingentes pequeños o fijos estacionados. Un ejemplo muy ilustrativo, señalado por Parker, es el de los 2.000 soldados ingleses y escoceses que pasaron el invierno de 1627-1628 defendiendo el nuevo baluarte de Christian IV en Glückstadt. Para su sostenimiento, recibieron 313.000 kg de pan, 33.000 kg de queso y 36 barriles de mantequilla, 8 barriles de cordero y 7 de vaca, 8 barriles de arenques y 9.000 kg de beicon, 37 barriles de sal, 1.674 de cerveza. Aquella era una dieta bastante razonable.

La mayor parte de los estados europeos optaron por establecer contratos privados de provisión. «Un ejército marcha sobre su estómago» sería la máxima de Napoleón, que resume muy bien el principal problema logístico que tenía cualquier ejército. Alimentar y alojar grandes números de tropas era una cuestión difícil de gestionar, pues requería procedimientos organizativos complicados que exigían una estructura estatal avanzada. En casi toda Europa, la administración militar recurrió a empresarios particulares, a través del sistema de los asientos, para proveer mejor a sus soldados. Con ello se buscaba flexibilidad y ahorro y se evitaba tener que crear una administración burocrática, permanente y duradera que, a fin de cuentas, tardaría varios siglos más en desarrollarse por completo y satisfactoriamente. El eterno problema de fondo fue la falta de dinero, que por desgracia lo padecía el soldado, quien en

múltiples ocasiones, no llegaba a cobrar sus pagas. Esta era una fatalidad para el soldado difícil de solucionar, pero que todos los ejércitos padecían.

Cuando el ejército entraba en acción o estaba de tránsito, era frecuente que fallaran los sistemas normales de aprovisionamiento. Durante el siglo XVII no existían líneas de abastecimiento y los gobiernos eran incapaces de abastecer a las tropas lejos de sus bases logísticas, de ahí que fuera necesario transportar todos los suministros posibles. Para ello se buscaba el acceso a ríos navegables, y en caso contrario se procuraban caballos y carros, los llamados bagajes, vehículos resistentes de cuatro ruedas capaces de transportar hasta siete toneladas de mercancías. Normalmente era difícil encontrarlos en número suficiente en los pueblos, por ello, cuando los ejércitos se alejaban de las corrientes fluviales de Alemania, las dificultades se incrementaban. Un ejemplo de la longitud y extensión de los recursos que las tropas arrastraban con ellas es el caso del ejército de Mauricio de Nassau, quien durante la campaña de 1602 reunió 3.000 carruajes para acompañar a 24.000 hombres. Precisamente esa maquinaria logística enorme, con sus carruajes y artillería imponentes, imposibilitaba a cualquier beligerante que sus unidades pudiesen maniobrar rápidamente para conseguir en poco tiempo resultados decisivos.

En el momento en que se acababan los géneros capaces de ser transportados, comenzaba el abastecimiento sobre el terreno, basado en el famoso principio de la financiación de la guerra en Europa *bellum se ipse alet* (la guerra debe nutrir la guerra), bien comprando en los mercados lo preciso, bien

esquilmando las zonas por donde pasaban.

En 1567 don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, marchó hacia Flandes con tres tercios de infantería de unos 3.000 hombres cada uno y uno de caballería compuesto por 1.500 jinetes. Esta fuerza relativamente pequeña transportaba una serie de recursos en sus trenes de bagajes, pero también estaban previstas diversas compras y almacenes en las «etapas» establecidas a lo largo del camino, tanto al atravesar territorios del Imperio como a través de países aliados. Esta previsión permitió al ejército del duque llegar a su destino convenientemente.

Un buen abastecimiento era extraordinariamente importante, como bien observó y consideró alguna vez con amargura el cardenal Richelieu, «la Historia sabe de muchos más ejércitos arruinados por la necesidad y el desorden que por los esfuerzos de sus enemigos».

Hasta el mejor ejército sueco tenía que vivir sobre el terreno. Los ejércitos de Gustavo Adolfo y del general imperial Wallenstein, que llegaron a veces a sumar varias decenas de miles de hombres cada uno, se movían como gigantescos estómagos acuciados por la necesidad de subsistir más que por cualquier otra consideración estratégica. Muchas unidades errantes recorrían comarcas que, tras su paso, necesitaban un tiempo considerable para recuperarse, por lo que estaban también obligados a no pasar, al menos con determinada frecuencia, por los mismos lugares. Los asedios, que significaban penalidades y sufrimientos para los sitiados, suponían una fuente no menor de problemas para los sitiadores, que esquilman la región circundante a la plaza sitiada y, una vez agotados los

recursos de aquella, debían desplazarse cada vez a mayor distancia de su campamento para obtenerlos. Todo ello supuso la devastación y el hambre en extensas regiones de Europa central, obligadas a mantener a sus expensas grandes masas de hombres y ganado que además, y sobre todo en el caso de los suecos, precisaban moverse continuamente para no perecer de hambre, extendiendo con ello la devastación.

Los soldados de la Guerra de los Treinta Años sufrieron normalmente las grandes deficiencias logísticas, pero también los campesinos y habitantes de las zonas en las que operaban los ejércitos soportaron las consecuencias de este incipiente sistema de abastecimiento. Como Samuel Rawson Gardiner señala, para los habitantes de una población, un ejército acuartelado en su localidad con la misión de defender su región era una carga casi tan pesada como la de un ejército invasor. Además, esos ejércitos se componían de mercenarios foráneos que, con frecuencia, robaban el forraje y todo lo que necesitaban; y como no había hospitales o estaciones de primeros auxilios, los enfermos y heridos llenaban las casas de los habitantes de la población... Todos ellos eran ingredientes de una situación realmente desastrosa.

Una consecuencia de los problemas logísticos, de la que Grimmelshausen deja constancia, era el «aborrecimiento entre soldados y campesinos» y entre los niveles inferiores del escalafón militar y los comandantes. En la novela *El aventurero Simplicissimus*, todo ello asume la apariencia de un sueño:

En la copa de cada árbol había sentado un caballero y en vez de con hojas,

las ramas estaban decoradas con toda suerte de tipos de hombres, algunos de ellos llevaban picas, otros mosquetes, pistolas, alabardas, gallardetes, tambores y pífanos [...] Las raíces estaban formadas por personas del pueblo llano, como jornaleros, artesanos, campesinos y tantos otros, que daban al árbol su fuerza y renovaban su vigor cuando este se había perdido [...]. Se quejaban de los que estaban sentados en el árbol y tenían buena causa para ello ya que toda la carga recaía sobre ellos y los apretaba con tanta fuerza que todo el dinero era exprimido de sus bolsillos e incluso de sus cofres, cerrados con siete llaves.

En 1640, cuando la guerra llegó a la Península, el gobierno de España ya había dado los pasos necesarios para establecer una administración militar centralizada, sobre todo en lo referente al reclutamiento. La monarquía española fue uno de los pocos estados que mantuvo un sistema de reclutamiento centralizado y controlado directamente por la administración. Para el suministro, sin embargo, debido a la falta de liquidez, hubo que acudir a sistemas de aprovisionamiento privado, muchas veces mejor controlados que los administrados directamente. A pesar de ello, los contratos privados no estuvieron libres de problemas o fraudes, aunque sí permitió cierto ahorro y una mayor adecuación y previsión del gasto. Hacia 1640, la cuantía del gasto militar, que se acercaba al 90 por ciento del total, indica la extensión e importancia de estos asientos de provisión, empleándose el resto en el mantenimiento de la Casa Real, la diplomacia, las pensiones y otros gastos menores.

Los recursos financieros

En 1595, don Bernardino de Mendoza señalaba, en su tratado «Teoría y práctica de la guerra», que «el triunfo será de quien posea el último escudo». Aquella aseveración recordaba y confirmaba la sentencia muy difundida de que:

pecunia belli nervus est (el dinero es el nervio de la guerra). Su experiencia en los Países Bajos adquirida durante los años 1567-1577 le había enseñado que las tropas a sus órdenes se aferraban con intransigencia a que les liquidaran sus estipendios precisamente en oro, rehusando la plata y, por supuesto, el vellón. Por ello escribió que «el triunfo será de quien posea el último escudo», esto es, alcanzarán la victoria aquellos que posean refulgentes acuñaciones áureas. Años después, don Bernardino de Mendoza no hubiera sido tan preciso, escribió Felipe Ruiz, pues entonces los reales, o las piezas que se obtenían con su refundición, eran pálidas acuñaciones argénteas corrientemente aceptadas.

Contratistas militares

Los gobiernos necesitaron enormes y constantes recursos financieros para mantener la incesante actividad militar. Tales recursos fueron especialmente necesarios para el reclutamiento masivo y continuo que se hizo a través de contratistas militares. Los frecuentes alistamientos de hombres, así como el mantenimiento de ejércitos cada vez más extensos, hicieron necesaria una interminable movilización de recursos para la guerra. Debido a que la economía de los diversos gobiernos implicados en la guerra no tenía capacidad para contratar y equipar directamente a ejércitos masivos, la mayor parte de la carga financiera se transfirió a los «coroneles-empresarios». Fue así como apareció la clase de los «empresarios militares», que adelantaba el dinero en nombre del gobierno. Gracias a sus propios recursos financieros o crédito personal, estaban capacitados para reclutar, armar, equipar, pagar y alimentar a unidades de infantería y caballería. Cuando necesitaban

hombres, los gobernantes firmaban un contrato con uno de estos empresarios especificando el número de hombres que debía conseguir, la duración del contrato y el lugar del servicio, etc. Estos se hacían responsables del levantamiento de los reclutas requeridos y de suministrarles armas y provisiones, así como de transportarlos al destino señalado. Los contratos con gobernantes extranjeros incluían a veces algunos reembolsos por tales gastos o se hacían acuerdos para el transporte o el abastecimiento de víveres. Los gobiernos locales eran los que otorgaban o no las licencias para reclutar en determinadas áreas, al mismo tiempo que autorizaban el número y las edades de los potenciales reclutas.

Los empresarios se convirtieron en un mecanismo para diversificar los costes y la carga administrativa de la guerra. En general, estos empresarios permanecieron fieles a su señor, y también sus soldados reclutados. Los empresarios eran conscientes de que tales tropas eran una valiosa posesión, por ello evitaban malgastarlas en aventuras mal concebidas o mal respaldadas. Al mismo tiempo sabían que el obtener ventaja militar sobre fuerzas enemigas les permitía ocupar territorios y conseguir la recaudación bajo licencia de «impuestos militares» —contribuciones—. También, como reembolso de su «inversión» en el ejército, podían recibir algunas sumas de dinero señaladas por el gobernante como recompensa. Asimismo, estos empresarios se dedicaban a planes de inversión que podían ser financieramente lucrativos, al beneficiarse de las provisiones de vestuario, equipo y alimentación a sus propios soldados. Además, como sus compañías o regimientos les pertenecían

en propiedad, tenían derecho a vender la unidad a otros especuladores si deseaban abandonar el «negocio de la guerra». Así pues, en la Europa de la primera mitad del siglo XVII, el reclutamiento y el aprovisionamiento militar llegó a estar altamente comercializado.

Durante la mayor parte de la Guerra de los Treinta Años, se cree que hubo aproximadamente un centenar de este tipo de empresarios, número que aumentó hasta 300 en los años de más intensa actividad bélica, entre 1631 y 1634. Durante todo el conflicto, se calcula que hubo unos 1.500 empresarios militares, que financiaban la movilización de unidades y regimientos para cada uno de los combatientes enfrentados.

El equipo, la alimentación y el vestuario se vendían por encima del costo habitual a las tropas alistadas; tales enseres eran generalmente abonados mediante descuentos o deducciones del salario del soldado. De hecho, muchos contratistas eran dueños o tenían inversiones en fábricas privadas para la producción de armas y armaduras. Este acceso directo a la producción redujo aún más los costes para los coroneles empresarios, los cuales también podían aumentar sus ganancias mediante otros mecanismos menos legales, como el de recibir los sueldos de los soldados muertos, una práctica conocida en todos los ejércitos y denominada «la soldada de los muertos». En los tercios españoles eran famosas las listas de las compañías infladas con falsos soldados llamados «santelmos» o «soldados de clavo», gracias a los cuales los capitanes cobraban las pagas de estos soldados inexistentes.

Todas estas prácticas se utilizaron para compensar los enormes costos de reclutar, equipar y mantener una unidad,

compañía o regimiento en estos ejércitos de la época moderna. Era un mercado volátil, de grandes riesgos, que podía ser recompensado con grandes ganancias, pero también podía llevar fácilmente a grandes deudas y a la bancarrota.

Hubo también reclutadores que no buscaron acumular grandes fortunas y prefirieron no correr tantos riesgos. Por ejemplo, los empresarios de origen suizo y también los escoceses evitaban invertir sus fortunas personales y no acometían el levantamiento de soldados sin un aval o pago inicial por parte de los gobernantes. Las operaciones más racionales y menos arriesgadas de estos empresarios resultaron menos vulnerables o expuestas a la quiebra.

A Escocia llegaban contratistas extranjeros procedentes, sobre todo, de Suecia, Dinamarca y Francia. Algunos empresarios militares con fortunas podían levantar varios regimientos a la vez, pero por lo general, al llegar a Escocia, los coroneles reclutadores se dispersaban en diferentes áreas para no competir entre sí. No obstante, como ha expuesto Worthington, también hubo escoceses al servicio de los Habsburgo. El autor demuestra que no solo Francia o los Países Bajos del norte proporcionaron las conexiones más fuertes entre Escocia y el continente, también hubo empresarios militares escoceses que obtuvieron grandes beneficios al servicio de los Habsburgo de Viena o Madrid. En la década de 1630, algunos de ellos reconsideraron su posición y se pusieron al servicio de la causa de la escocesa «Reina de un invierno», Isabel Estuardo y su familia.

Entre los reclutas escoceses no era infrecuente que algunos procediesen de la aristocracia, pues la guerra era

una práctica común entre los hijos más jóvenes de la nobleza. Estos reclutas de clase alta se alistaban como «caballeros voluntarios» y, casi siempre, recibían un puesto de suboficial y un salario con el que podían vivir holgadamente como bisoños de un oficial experimentado. El objetivo era ganar bastante dinero durante el servicio para comprar la comisión de oficial que le permitiera, posteriormente, alcanzar los rangos más altos.

Aquellos empresarios reclutadores, cuyo objetivo era atraer al mayor número posible de soldados, no eran excesivamente exigentes con los hombres que se acercaban a engancharse. Solo se les requería un mínimo de salud y disposición para someterse a una dura disciplina, pero por lo demás no había muchas restricciones. Incluso, no era necesario mostrar experiencia previa en combate o un registro criminal limpio, como se ha visto.

La nueva unidad reclutada debía ser equipada por el contratista, pero el costo del suministro y de las armas, como ya se ha visto, era deducido de la soldada de cada uno. Formada la unidad era conducida a su destino, donde se la equipaba. El equipo no se facilitaba antes para ahorrarse las de aquellos que desertaban o enfermaban por el camino. A pesar de las fáciles promesas hechas por el contratista en el periodo del reclutamiento, durante la campaña resultaba bastante poco probable que la paga del soldado llegase realmente a sus manos. No existía en el ejército el concepto de salario regular y, por ello y por el encarecimiento del coste de la vida, prácticamente ningún soldado llegaba a hacerse rico. Lo hacía imposible también la práctica de deducir del salario del soldado el costo del mantenimiento

del soldado: alimentación, ropa y sustitución de los equipos desgastados o deteriorados.

El servicio militar finalizaba, bien después del tiempo establecido en el contrato con el gobernante, o bien cuando el soldado era herido, asesinado o capturado. Si el soldado tenía la fortuna de sobrevivir en aquella Europa convulsa, podía llegar a convertirse en sargento o suboficial, los cuales podían ganar el doble de sueldo que un simple recluta. Algunos suboficiales, al compartir las ganancias de la compañía o del regimiento, llegaban a obtener ingresos más significativos en el servicio del ejército, pero la mayoría de las veces los soldados ahorraban muy poco dinero en el curso de sus carreras.

Los empresarios militares solían reclutar para los gobernantes mediante contratos privados. Hubo también varios intentos con éxito de formar ejércitos completos por este procedimiento, con un «contratante general» que reclutaba cuerpos de numerosos regimientos para un gobernante necesitado. El ejemplo más destacado de esta forma de delegación militar fue Wallenstein, que organizó en dos ocasiones todo un ejército imperial (en 1625 y 1631-1632), pero existieron también otros empresarios de gran calibre, como el conde de Mansfeld al servicio de Federico V, el marqués de Hamilton al servicio de Suecia y el duque de Sajonia-Weimar al servicio de Francia.

Los Habsburgo de Viena tuvieron que lidiar durante la Guerra de los Treinta Años con dos problemas militares de enormes proporciones. Por un lado, debían evitar la amenaza permanente de agresión o ataque de los otomanos contra el propio Imperio y Occidente y, por otro, combatir

por mantener los intereses políticos y religiosos ante tanta fragmentación en el Imperio y las ambiciones de estados vecinos.

En 1635, las disposiciones del Tratado de Praga y los acuerdos entre el duque Maximiliano I de Baviera y el emperador Fernando II sirvieron de base para la creación del ejército imperial. Según Hubert Salm, aquel ejército fue el resultado de las fuerzas combinadas de los estados aliados. Fruto de este acuerdo, la totalidad de las tropas estarían bajo la autoridad directa del emperador y con la dirección militar del teniente general como representante o delegado del emperador. A esta alianza se sumó el ejército del elector Maximiliano de Baviera, el ejército sajón bajo el mando del elector Juan Jorge I de Sajonia y los ejércitos del distrito de Westfalia. Con su creación también se establecieron las condiciones de las futuras operaciones militares.

La financiación de esta alianza [Reichsarmee] no fue nada fácil y solo pudo mantenerse utilizando una amplia gama de ventajas y oportunidades de recaudación de dinero. Debido a la patente incapacidad de los Habsburgo de Viena para incrementar sus recursos financieros estableciendo o aumentando los impuestos regulares, se vieron obligados a acudir a diversos expedientes, a los subsidios exteriores y, sobre todo, a los empresarios militares particulares.

Entre los diversos medios utilizados se contaba con la práctica establecida de vivir sobre el terreno: *bellum se ipse alet*. El elevado coste del enganche de mercenarios y su mantenimiento supuso una enorme carga administrativa y de presión sobre los gobiernos. Por ello, los monarcas contendientes y la nobleza combatiente buscaron exportar

los costos de la guerra a la población rural y a las ciudades enemigas. Al mismo tiempo, también trataron de ganar acceso a nuevos mercados, nuevas tierras y nuevos súbditos, y con ellos, nuevos impuestos. En este sentido la guerra no se financiaba a sí misma, sino que se reproducía o se retroalimentaba a sí misma.

Otro recurso fue el botín. En las fronteras de Austria, por ejemplo, las tropas locales se sostenían mediante el pillaje, que se convirtió en una especie de recompensa. Fueron numerosos los ejemplos de saqueo para lograr los despojos a lo largo de la guerra. El botín formaba parte de las promesas hechas a los soldados al engancharse en el ejército; era una forma de resarcirse de las penalidades de la guerra y era contemplado como justificado en el caso del asalto a una ciudad o fortaleza asediada que se había negado a rendirse al inicio del sitio. Para las guerras más largas en Italia o con Francia, la Dieta imperial podía proveer algunas tropas. Otras eran levantadas con ingresos de las tierras hereditarias de los Habsburgo y con préstamos al Imperio proporcionados por los Fugger. Las finanzas de los Habsburgo fueron tan precarias durante la Guerra de los Treinta Años que Fernando II se apoyó esencialmente en contratistas privados para sostener su empresa bélica.

Subvenciones y subsidios

Otros medios de allegar recursos para la guerra consistían en atraer a la causa la colaboración de diversos estados a través de subsidios exteriores. El Sacro Imperio logró fondos provenientes de la Santa Sede y de España. Las contribuciones comprometidas por el Papado tuvieron inmensa importancia tanto para el emperador como para la

Liga Católica. El papa Paulo V (1605-1621) y el clero italiano, así como su sucesor Gregorio XV (1621-1623), fueron grandes patrocinadores de la Liga Católica. Si en el pontificado de Paulo V, los flujos de dinero que se enviaron de Roma, en un periodo de dos años y medio, alcanzaron unos 625.000 florines, durante el mandato de Gregorio XV, Roma aumentó su generoso apoyo al emperador, pues incrementó los pagos mensuales negociados por su predecesor, pero con la condición de que otorgara el nombramiento de elector palatino a Maximiliano de Baviera. La Santa Sede había puesto sus esperanzas sobre todo en la Liga, debido probablemente a los grandes éxitos de 1622, bajo las órdenes de Tilly. Las cantidades enviadas por Gregorio XV son difíciles de valorar a causa de la disminución en el precio de las monedas entre el verano de 1621 y el otoño de 1622. Mientras que el escudo se mantuvo estable como la moneda en la cual el dinero pontificio llegaba a los banqueros, el gulden (o florín neerlandés) experimentó una depreciación rápida. A pesar de este problema, los subsidios de Gregorio XV llegaron a alcanzar la cantidad de 1.239.000 florines en buena moneda, y 700.000 florines en moneda mala de aceptar.

Frente a sus predecesores, el papa Urbano VIII (1623-1644) en los primeros años de su mandato retiró casi por completo su ayuda financiera al emperador y a la Liga; solo a partir de diciembre de 1631, ante la aparición de Suecia en el horizonte de la guerra, renovó su concesión. Entre 1631 y 1635, la contribución de Roma alcanzó unos 550.000 talers, moneda que había adelantado al florín por su valor.

Además de los pagos hechos por la Curia, el emperador y

el Sacro Imperio también pudieron confiar en la ayuda de los Habsburgo de España. La monarquía española ya estaba involucrada financieramente en el contexto de la guerra imperial, pues en los años 1618 a 1620 tropas reclutadas por el ejército español de Flandes participaron en el conflicto entre Bohemia y el Imperio. El conde Oñate, embajador de España en la corte imperial, canalizó importantes cantidades de dinero y provisiones de tropas a Fernando II, que en julio de 1620 recibió a más de 12.000 hombres financiados por España.

La contrapartida de España para el envío de los subsidios fue la sempiterna esperanza de lograr inclinar al emperador y al Sacro Imperio a colaborar en su enfrentamiento con las Provincias Unidas. A pesar de la generosa ayuda —solo entre 1632 y 1633 España envió un millón de florines—, tanto Fernando II como su hijo Fernando III trataron de eludir dicho compromiso para evitar una posible ruptura con el norte de los Países Bajos o con Francia.

Debido a los reveses permanentes en las negociaciones con el Sacro Imperio y a la falta de confianza en la credibilidad del emperador, las concesiones se fueron reduciendo masivamente después de los grandes envíos de los años 1635-1636, en los que España remitió ¡3,5 millones de florines! Finalmente, a partir de 1641, la monarquía española, embarcada en graves problemas internos, limitó drásticamente su colaboración.

Hasta mayo de 1635, año en que Francia declaró oficialmente la guerra a la corona española, parecía que el papel de España en la Guerra de los Treinta Años había sido pasivo. Sin embargo, su política de mantenimiento del *statu*

quo en Europa le llevó a una diligente actividad (militar, financiera y diplomática), actuando allí donde podía esperar lograr sus objetivos: Bohemia, el Palatinado, Mantua... Finalmente, y después de evitar la guerra abiertamente con la Francia de Luis XIII, las dos potencias terminaron inmersas en un grave conflicto a partir de 1635, sin que Viena interviniera en respuesta a la ayuda prestada por España durante tantos años. A partir de 1635, España siguió el ejemplo de otros países europeos y se involucró directamente en la guerra.

Solo la capacidad de España para conseguir dinero con sus propios recursos y solventar sus cuantiosas deudas de guerra podía ser el motor de su resistencia. En general, las tropas de la monarquía española habían cobrado siempre en oro, pero hacia 1607-1610 empezaron a aceptar reales de plata. Sin embargo, nunca había plata suficiente en Castilla para pagar las tropas multinacionales; por ello, la Monarquía tuvo que acudir a un expediente o estratagema que a la larga debilitaría su economía. Para sufragar los considerables gastos de guerra, la Monarquía optó por una operación clave que tuvo que sufrir con paciencia Castilla y que consistió en retirar y sustituir la plata castellano-americana, enviada al norte de Europa para el pago de los ejércitos, por la moneda de cobre para el consumo interior. Desde el reinado de Felipe III, Castilla se vio inundada de mala moneda de cobre, y con la plata se pagaba la guerra del norte. Con este sistema de pago disminuyeron los motines en el ejército, pero la producción se hizo poco competitiva en comparación con la del resto de Europa.

Sin embargo, la monarquía española presentaba

problemas estructurales. Uno de los principales inconvenientes consistía en ser, a diferencia de Francia, una «monarquía compuesta» (una unión de diferentes reinos y principados cuyos representantes perseguían sus propios intereses). Solo la protección militar de todo el reino unió a los diversos territorios con Castilla, el corazón mismo de la monarquía. Las diferencias entre Castilla y Francia estaban también en otro nivel. Debido al estado casi permanente de guerra, la población de Castilla había estado obligada a pagar considerables impuestos desde la década de 1570. Aunque los recursos de las colonias americanas eran importantes, los ingresos de plata se redujeron constantemente desde 1600, lo que significaba que la población castellana, estimada en unos 7 a 8 millones de habitantes, debía cargar con la mayor parte de los gastos del Imperio.

También la monarquía española se sirvió de los contratistas privados que asumieron en la guerra el abastecimiento de partes enteras del ejército y fueron compensados en efectivo o con privilegios lucrativos. Los nobles terratenientes responsables del reclutamiento de soldados, entre los que se encontraban sus propios agricultores, fueron pagados por el costo de esos «gravámenes» con el gobierno sobre ciudades, derechos de jurisdicción e impuestos. A diferencia de Francia, que no fortaleció a la nobleza pues veía en ella una amenaza, en España, la aristocracia tuvo un papel importante para el Estado porque sus miembros asumieron la decisiva tarea del endeudamiento de un país que en sí mismo era apenas solvente.

El aumento de la fiscalidad y el recurso al crédito

La guerra exigió a todos los estados tal incremento de recursos financieros que los gobernantes tuvieron que buscar medidas para crear y estabilizar sus sistemas de impuestos regulares. Uno de los casos más claros fue el de los territorios patrimoniales de los Habsburgo y el Sacro Imperio.

El emperador tuvo graves problemas financieros. Las ayudas exteriores de la Santa Sede y de España resultaron claramente insuficientes tanto para al ejército imperial como para el de la Liga Católica. Además, los dominios de los Habsburgo en el siglo **xvi** y principios del **xvii** carecían de un sistema tributario plenamente desarrollado, lo que impedía el cobro de ingresos fiscales regulares. El problema residía en el rechazo que suscitaba la concesión de impuestos para el Imperio y el emperador por parte de los múltiples príncipes de la dividida Alemania. La tentativa de restituir las obligaciones militares a los círculos imperiales no resolvió el problema, puesto que en su mayoría estaban paralizados por rivalidades confesionales y principescas.

Sin embargo, a lo largo de la guerra, los súbditos de los Habsburgo sufrieron una carga impositiva irregular que creció inexorablemente a través de contribuciones y mecanismos forzosos. Se establecieron impuestos sobre la propiedad, los productos (especialmente el vino), los bienes de lujo y también sobre la nobleza y la salud, lo que desembocó en la revuelta de la Austria Interior en 1635.

Por fin, en la Paz de Praga de 1635, los estados acordaron pagar impuestos regulares de guerra en lugar de contribuciones forzosas. Con la recaudación de estos

impuestos, se logró socorrer a la mayor parte de las guarniciones imperiales, pero los ingresos no alcanzaron para hacer posible una guerra ofensiva. Los ejércitos de campaña tuvieron que ser financiados, aunque parcialmente, mediante ingresos procedentes de las tierras hereditarias de los Habsburgo.

Como consecuencia de todo ello, a lo largo de la contienda, el crecimiento constante de las sumas necesarias para la defensa y la guerra de los Habsburgo resultó ser al final un elemento acelerador en el desarrollo de un sistema financiero y fiscal más eficiente. Porque, como todo soberano sabía, el poder reunir el dinero necesario para los gastos de guerra era siempre decisivo en la victoria y la derrota. Ello significó el comienzo de una nueva época en el ámbito de poder de los Habsburgo de Austria.

Por su parte, el esfuerzo bélico y financiero de la monarquía española fue enorme desde la llegada de Felipe IV al trono en 1621 y tuvo en 1635 un punto de inflexión. Hasta entonces, ese esfuerzo se había concentrado en los Países Bajos y en el apoyo militar al emperador, tanto en Bohemia como en el Palatinado. Para ello, Felipe IV, desde su entronización, había incrementado las demandas a las cortes y ciudades castellanas y había conseguido aumentar aún más su ya considerable contribución fiscal mediante ruegos, amenazas y sobornos. Castilla ya no daba más de sí. Si en tiempos de Carlos V y Felipe II había sido el pulmón que había socorrido y sustentado a la Monarquía, ahora presentaba una economía a remolque y una población al menos estancada. La población de la corona de Castilla representaba un tercio de la población del reino de Francia,

así que por mucho que se incrementara la presión fiscal no podía competir con un rival mucho más poblado.

Con estos objetivos, en la década de los veinte, Olivares había procedido a elaborar una serie de reformas que en aquellas fechas parecían tener grandes perspectivas. El único remedio de la Monarquía era solicitar una participación más activa a los otros territorios de la Monarquía, más aún cuando algunos de ellos (Portugal en Brasil y África, Cataluña y Navarra en los Pirineos, y el mismo Flandes) estaban siendo defendidos en parte con los recursos y los soldados que se enviaban desde Castilla y los reinos italianos. Así pues, el conde-duque formuló en la década de 1620 el proyecto de la Unión de Armas, que consistía en una defensa y una contribución solidaria entre los diversos reinos y señoríos, algo que en principio parecía bastante lógico pero que chocaba con la administración desde el reinado de Felipe II que estaba mayoritariamente en manos de castellanos, lo que hacía que las élites de los demás reinos se identificaran menos con la política imperial.

Para el mantenimiento del ejército, Olivares trató de abolir el impuesto de los millones y sustituirlos por un repartimiento, administrado localmente, que sostuviera una fuerza activa de 30.000 soldados de infantería, cuyo coste era de 6 ducados por hombre y mes.

Aquellos años de reformas, 1621-1623, que Marañón llamó la «etapa entusiasta», fue un periodo de firme optimismo entre los gobernantes y también entre los súbditos. El entusiasmo se reflejó en la correspondencia de muchos cortesanos que, como Andrés de Almansa, se congratulaban por aquellos felices principios de la guerra,

esperando igual prosperidad y ventura en los finales. Por ejemplo, puede verse en esta de Andrés de Almansa del 31 de agosto de 1621: «Gloriosa corre la felicidad en el gobierno desta Monarquía; siglo de oro es para España el reinado del Rey, nuestro Señor, Felipe IV prometiendo tan felices principios y prósperos fines».

Muchos han extendido este periodo hasta 1625, año conocido como el *annus mirabilis* o año de la euforia por las tres grandes victorias en Breda, Bahía y Cádiz. Gracias a esta etapa, Felipe IV recibió el título de «el Grande» y «el rey Planeta». Incluso en 1627, la respuesta de Felipe redactada por Olivares a las críticas del Consejo de Castilla presentaba un balance que resultaba excesivamente positivo. Las finanzas aparecían por primera vez casi libres de cargas debido al decreto de enero de 1627, que había reducido los gastos del rey y de su casa, la justicia había recobrado su integridad y, lo que es más importante, las fuerzas de la Corona contaban con 300.000 hombres pagados por el rey y con medio millón en la reserva militar; la armada, formada en un primer momento con 7 buques en servicio, contaba en 1625 con 108 barcos de guerra en el mar. «Hoy mis armas, se jactaba el rey, tienen reputación. Mis enemigos me estiman. Mis aliados viven seguros».

Pero en 1627 la suerte comenzó a cambiar. Como consecuencia de las sustanciosas subvenciones concedidas al emperador y a distintas personalidades del Sacro Imperio, la reanudación del conflicto con las Provincias Unidas a partir de 1621 y la activa participación española en la guerra de Mantua (1628-1631), los gastos aumentaron disparatadamente en un momento de contracción económica

que vino a provocar la bancarrota de 1627, la quinta en setenta años.

A partir de 1628, los recursos españoles se vieron invariablemente afectados por las garras de la guerra. Como escribió Quevedo: «El quitarle Mantua a quien la heredaba, comenzó la guerra que nunca se acaba». La intervención en Mantua vino a ser su primera confrontación militar con la Francia de Luis XIII. La entrada de España en la guerra de Mantua en 1628 significó el momento de inflexión en el ministerio de Olivares, que socavó el éxito de su programa de reformas. Según la opinión de Elliott, «la guerra de Mantua de 1628-1631 resultó desastrosa para España por todos los conceptos» y fue «la más seria equivocación de la carrera política de Olivares».

En agosto de 1628, el Consejo de Hacienda tenía un déficit de dos millones de ducados y, para mayor desgracia, aquel año no arribó la flota de Nueva España por haber sido capturada en Matanzas por los enemigos de la Monarquía. El 1 de septiembre de 1628, Felipe IV emitió un Decreto en el que reconocía la situación:

La estrechez de mi hacienda ha obligado a buscar medios con que acudir a los gastos precisos, que por defensa común y conservación de mis reinos se ofrecen...

La necesidad de transferir dinero a Flandes y el Imperio hizo inexcusable acudir a nuevos mecanismos de crédito. Entre ellos, se hizo preciso ampliar y diversificar el número de prestamistas, lo cual llevó a Olivares a utilizar a los hombres de negocios de origen judeo-converso portugueses. No se trató de una sustitución sino de una extensión. La Corona siguió contando con el flujo de capitales ofrecido por

los banqueros genoveses, pero las dificultades por las que atravesaban las ferias del norte de Italia y la preponderancia alcanzada por Ámsterdam como nuevo núcleo internacional de retribuciones animaron a Olivares a abrirse a las casas de préstamos portuguesas. La bancarrota de 1627 no supuso, como tantas veces se ha repetido, el definitivo desplazamiento de los hombres de negocios genoveses. Los banqueros de la república siguieron ocupando el lugar principal hasta la década de 1640 y, en muchos casos, colaboraron de forma activa con sus homólogos portugueses, que, gracias a su amplia red de contactos, tenían mayores facilidades para realizar provisiones de fondos en los Países Bajos, escenario principal del esfuerzo militar de la Corona. Para Herrero Sánchez, no fueron los efectos negativos de las bancarrotas de 1607 y 1627 —que dejaron indemnes a las firmas más poderosas— sino la desaparición biológica, entre 1639 y 1644, lo que explicaría la retirada de los genoveses. Pero, frente a lo ocurrido a principios del reinado de Felipe III cuando los banqueros más veteranos fueron sustituidos por nuevas firmas, para la década de 1640, la monarquía española había dejado de ser atractiva y los capitales genoveses parecían encaminarse hacia otras plazas.

A pesar de esta diversificación y de un aparente aumento del número de prestamistas, la capacidad crediticia de la Monarquía descendió dramáticamente a lo largo de la crítica década de 1640. Tras la siguiente bancarrota de 1647, todos los intentos por volver a involucrar a los genoveses tradicionales fracasaron. Su desinterés por las nuevas consignaciones y sus dificultades para operar de manera

autónoma en las dinámicas plazas del norte de Europa pusieron de relieve las limitaciones de la república de Génova para cubrir con eficiencia su función de socio capitalista del conjunto.

Junto a la búsqueda de nuevos prestamistas, la corona española recurrió también a la devaluación de su moneda hasta tal punto que esta se quedó efectivamente sin valor, y las fuerzas españolas tuvieron que vivir de los saqueos y el botín. La quiebra de 1627 afectó de forma muy importante a todo el sistema financiero internacional y despejó el terreno para el crecimiento de los imperios mercantilistas del Reino Unido y los Países Bajos, los cuales habían establecido ya la primera empresa con cotización bursátil de la historia, desplazando el poder económico de Europa hacia Ámsterdam. Al final de la guerra de los Ochenta Años, España seguiría buscando prestamistas, pero ahora entre sus antiguos enemigos.

No obstante, los grandes problemas financieros estaban aún por venir y llegarían a partir de 1635. Tras la declaración de guerra del rey francés, Felipe IV se vio obligado a buscar recursos económicos y humanos en grandes cantidades. No era nada nuevo. Desde finales del siglo XVI, el número de soldados españoles que debían ser alistados en los tercios, las armadas y los presidios alcanzaba el número de 50.000 hombres, cifra no superada hasta después de 1635 con la declaración de guerra de Francia. Cincuenta mil hombres representaban el 0,67 por ciento de la población de España y el 3 por ciento de la población masculina en edad de ser reclutada.

Aunque Felipe IV había presumido en la comunicación

dirigida al Consejo de Castilla de tener en armas 300.000 hombres, en realidad únicamente contaba con unos 160.000-170.000 soldados efectivos para enfrentarse a un número similar del ejército francés. Aquella fuerza militar española, a la que había que añadir 70.000 hombres en el ejército de Flandes y unos 15.000 en la península ibérica de reserva o con servicio de guarnición, fue distribuida en 1635 de la siguiente forma: a Alemania se enviaron 30.000, a Milán 23.600, a Nápoles 10.000 y a Cataluña 16.000.

Fuerzas españolas	Número de hombres
Ejército de Flandes	70.000
Ejército de reserva en la península ibérica o de guarnición	15.000
Fuerzas estacionadas en Alemania	30.000
Fuerzas en Nápoles	10.000
Fuerzas en Cataluña	16.000
TOTAL	141.000

Effectivos de las fuerzas españolas hacia 1635.

El esfuerzo de la monarquía española por movilizar recursos materiales iba a ser enorme, pues debía lograr financiar el mantenimiento de un ejército completamente equipado para asegurar su operatividad en el momento preciso. Para ello, había que tener en cuenta los últimos quince años de duro y continuado empuje militar y los diversos frentes de lucha, que constituían una auténtica sangría tanto para las arcas del Estado como para su reserva demográfica de hombres jóvenes. El inicio del enfrentamiento directo contra Francia exigió exprimir un poco más las escasas energías que quedaban en el cuerpo hispánico.

Pero el esfuerzo no fue unilateral. Tanto España como

Francia se vieron envueltas en una espiral bélica que supuso un incremento sin precedentes de los ingresos de todo tipo. Aunque el soberano no podía alterar la fiscalidad sin el consentimiento de sus súbditos, ni podía enajenar el patrimonio regio, entendido en sentido amplio, el rey pasó a reclamar a sus súbditos ingresos de todo tipo.

Para la extracción de impuestos, el soberano necesitó apelar a la fórmula de *imperiosa necesidad*, un argumento que, en nombre de un bien mayor, le permitió forzar el sistema administrativo de forma excepcional. Sin embargo, todo príncipe necesitaba una red de agentes para llevar a cabo el cobro de impuestos sobre el terreno. En aquellas fechas, ni Felipe IV ni Luis XIII disponían de una administración directa con fuerza suficiente para realizarlo. Así, para sostener una guerra que no parecía tener fin, los equipos de gobierno de ambos monarcas debieron buscar ampliar sus bases fiscales y poner en pie una administración que hiciera posible la consecución de los nuevos ingresos. Tanto en Castilla como en el resto de la Monarquía las exigencias reales continuaron llegando de forma imperiosa y desordenada. Hacía falta más crédito donde comprometer el reintegro de los nuevos préstamos dados por los banqueros para pagar a las tropas. Esta nueva fiscalidad no solo se tradujo en más dinero, sino también en hombres.

Pese a los esfuerzos de propaganda de ambos gobiernos, la política fiscal levantó una firme oposición, aunque no uniforme ni social, ni territorial, ni políticamente. Entre los descontentos había diversas y contradictorias razones para la insumisión desde la oposición frontal a las nuevas políticas fiscales, pasando por el temor a un incremento de

la autoridad regia que marginara a los poderosos locales, hasta el deseo de controlar en su propio beneficio la nueva acumulación de recursos. Ambas potencias estimularon la oposición e insumisión en los territorios de su rival, buscando así distraer los recursos dirigidos a la guerra, lo que aún complicó más la geopolítica imperial.

En 1635, cuando estalló la contienda, era un momento de máxima debilidad para los equipos gubernativos. Felipe IV disponía de una base fiscal en gran parte agotada después de haber hecho frente a diversos conflictos. Richelieu había logrado imponerse en 1631, tanto a los partidarios de la paz con España como a los que pedían la autonomía de los hugonotes, pero sus recursos parecían igualmente agotados, y además una parte importante de los católicos franceses desconfiaban de una guerra contra un reino católico para apoyar a los protestantes alemanes y suecos. Por su parte, la nobleza, que en Francia tenía una importante proyección territorial, consideraba al cardenal como un advenedizo y su política como un acto de tiranía, ya que la nueva fiscalidad estaba basada en clientes —llamados también «criaturas»— de Richelieu.

Aunque con el tiempo, la autoridad de los gobiernos a uno y otro lado de los Pirineos se había ido agrietando, sin embargo habían logrado mantener la estabilidad y recaudar más recursos para la guerra. Ya en 1624, la monarquía española se había visto sacudida por diversas algaradas y conspiraciones. Precisamente en aquella fecha tuvo lugar un motín de carácter urbano en la Ciudad de México al deponer al virrey conde de Gelves; también en 1631 hubo una sucesión de tumultos en defensa de los privilegios fiscales en

Vizcaya (La Machinada de 1631). Mucho más grave fue una conspiración nobiliaria en Flandes —la Fronda belga— en 1632, que entregó una parte importante de Limburgo a las tropas de las Provincias Unidas.

La Francia de Richelieu tuvo que superar problemas más graves todavía y lo hizo gracias a la incompetencia de los sublevados y de la diplomacia española. Desde revueltas nobiliarias (la del duque Montmorency en 1632, la del conde de Soisson en 1640-1641), que implicaban insurrección armada de la nobleza malcontenta, hasta la preparación de atentados contra su vida o la de su rey, como el del marqués de Cinq Mars en 1642.

Pero no solo los poderosos habían comenzado a resistirse a la política regia, también el desorden era creciente entre los grupos más vulnerables. En ambas monarquías estallaron motines campesinos y urbanos contra las medidas fiscales y contras las exacciones de los ejércitos. En Castilla los inicios del reclutamiento forzoso también generaron turbaciones sociales provocadas por el incremento del fenómeno de la huida de los soldados forzados que afectó decisivamente al orden público, pues muchos de los prófugos se transformaron en bandoleros.

Fue en 1640 cuando el malestar popular y la ruptura de negociación del poder central con las élites estallaron en dos grandes insurrecciones que debilitaron decisivamente al gobierno de la monarquía española: la catalana y la portuguesa. Estos movimientos fueron mucho menos unánimes y populares de lo que presentó su idealización por las historiografías decimonónicas, aunque mostraron el limitado apoyo que la Monarquía obtuvo en ambos

territorios, lo que habla de una ruptura de facto de sus lazos con una élite que ya no se sentía suficientemente recompensada por su servicio.

1640 fue un año verdaderamente catastrófico para la Monarquía, pero tras las dos grandes insurrecciones se desataron otros movimientos en diferentes puntos de la Monarquía. En 1647, Nápoles, la ciudad más populosa de la monarquía española, escapó al control real al producirse una típica revuelta urbana iniciada como un movimiento antifiscal. También en Palermo, capital de Sicilia, ocurrió algo parecido. Por ventura para la monarquía española, la propia radicalidad política y social de ambos movimientos, especialmente el de Nápoles, dirigido por el famoso pescador Masaniello (1620-1647), facilitó el establecimiento de la moderación y el acuerdo y negociación con los representantes de la Monarquía. La guerra contra Francia también provocó diversos motines urbanos en Andalucía, consecuencia del malestar causado por el reclutamiento y el desabastecimiento de la población. Las necesidades eran tan considerables que, además del cobro de los impuestos, desde 1628 se había reforzado *la venta de gracias*, muy solicitadas por la propia élite y también por todos aquellos que tenían capacidad adquisitiva y deseaban ascender. Así, las rebeliones urbanas se redujeron a motines y algaradas. Fueron los bandoleros los que más se opusieron a la disciplina fiscal.

En Francia, la muerte de Luis XIII y de Richelieu habían dejado el poder en manos de la reina Ana de Austria y su ministro, el cardenal Julio Mazarino (1602-1661). La poca legitimidad del gobierno facilitó la formación de un frente

unido y opuesto a su política, formado por la gran nobleza y dirigido por el gran Condé, el vencedor de Rocroi. A este frente se unieron los juristas, las élites urbanas y los grupos populares, que protagonizaron un periodo de desórdenes conocido como las Frondas, que se inició en 1649, casi al finalizar la Paz de Westfalia. Aquel movimiento de gran inestabilidad redujo la capacidad militar de Francia. Sin embargo, los rebeldes triunfadores no fueron capaces de definir un proyecto común, debido a los intereses contradictorios de cada uno de ellos. Su única solución fue buscar la estabilidad en la reina y Mazarino, así que, afortunadamente para la monarquía francesa, la Fronda se desintegró en 1654, casi a la misma velocidad que se había formado.

Como concluye Ruiz Ibáñez, ambas monarquías superaron las rebeliones y sobrevivieron, aunque profundamente transformadas y con una novedad, la emancipación de Portugal. Se había demostrado que Castilla ya no bastaba para sostener la Monarquía; por ello, fue necesario incrementar el papel y el peso de las élites de otros territorios en la administración de la Monarquía en las décadas que siguieron. Al final, la fiscalidad se tradujo en Castilla, los reinos italianos y Francia en un incremento muy significativo de lo que el rey podía obtener «legítimamente» de la población. Los procesos se realizaron a través de procedimientos distintos. En Francia, de forma directa con la creación de intendencias; en Castilla, de forma indirecta, al permitir que la élite lo gestionase bajo la supervisión de los intendentes. El resultado para la población fue el mismo: la obediencia al poder regio se había ampliado y la legitimidad

política de las entidades jurisdiccionales territoriales se había reducido drásticamente en términos relativos. Que el reino de Francia triunfara y la monarquía española saliera derrotada no debe ocultar que ambas potencias transitaban en la misma dirección de consolidar a medio plazo un poder real más presente, más directo y más ejecutivo.

Los ejércitos Habsburgo y sus aliados

El ejército de Wallenstein, general imperial y empresario militar

De los empresarios militares que operaron en la Guerra de los Treinta Años, y especialmente al servicio de los Habsburgo, el más destacado fue Albrecht von Wallenstein (1583-1634), cuya participación e iniciativa durante la primera mitad de la contienda fue crucial. Alrededor de este general de origen checo giró la actividad bélica durante todo ese periodo. Tras ser educado en la universidad protestante de Altdorf, entre 1600 y 1602 viajó por Alemania, Francia e Italia. Allí asistió a una serie de conferencias en Padua y Bolonia y conformó su gusto por el arte barroco y la arquitectura italiana. Fue en 1604 cuando comenzó a servir en el ejército, en un contingente bohemio contra los húngaros, y así continuó el resto de su vida, luchando en el ejército imperial durante treinta años. Dos hechos marcaron su futuro: su conversión al catolicismo en 1606, lo cual le facilitó la amistad de los Habsburgo, y su matrimonio en 1609 con una viuda checa acaudalada, Lucrecia Nekšova, propietaria de inmensas haciendas en Moravia. Este último acontecimiento le permitió reunir una gran fortuna personal, muy particularmente cuando ella murió en 1614.

A partir de 1617 inició su carrera al servicio directo de

Fernando de Estiria, levantando a su costa una fuerza mercenaria de 180 coraceros y 80 mosqueteros, para luchar contra Venecia en la guerra del Friuli. Durante la rebelión de Bohemia, Wallenstein, poco partidario de la ineficiencia política y militar de sus compatriotas nobles, permaneció leal a los Habsburgo. Aunque los rebeldes confiscaron sus propiedades, logró levantar un regimiento de a caballo que desempeñó un papel destacado en las campañas de 1619-1621. Wallenstein supo aprovechar inmensamente la victoria de Fernando en Bohemia. Poco a poco logró ser nombrado miembro del Patrimonio de los Príncipes del Imperio (7 de septiembre de 1623), príncipe de Friedland (12 de marzo de 1624), y finalmente duque de Friedland, concesión que fue acompañada del derecho de acuñación de moneda (13 de junio de 1625). Además, en 1623, Wallenstein se casó con su segunda esposa, Isabella Katharina (1601-1655), hija de Karl von Harrach, el consejero más poderoso del emperador. Gracias a su influencia y sus posesiones en el nordeste de Bohemia, llegó a ser nombrado gobernador de aquel reino.



Jardines del Palacio de Wallenstein en Praga. En la actualidad, la mayor parte del palacio sirve al Senado checo como sala de reunión y oficinas.



Albrecht von Wallenstein como duque de Friedland, anónimo.

Junto a sus cargos y títulos, Wallenstein obtuvo el espléndido negocio de la acuñación de moneda, que le daría el complemento necesario para ser un gran empresario de guerra. Para ello, se hizo socio de un gremio o hermandad que recibió el derecho exclusivo de emitir monedas a la mitad del valor nominal anterior (que pronto redujo a un tercio) en Bohemia, Moravia y Austria. Con la especulación de esta acuñación rebajada compró, a mitad de precio de su

valor real, unas sesenta propiedades expropiadas a los nobles rebeldes que habían sido ejecutados o desterrados. En Praga obtuvo unas tierras extensas en las que, después de haber derribado 23 casas, una fábrica de ladrillos y tres jardines, comenzó a construir en 1623 su magnífico palacio con sus característicos jardines de paredes altas y magníficos abovedados.

La gran oportunidad de Wallenstein llegó con el estallido de la guerra danesa (1625-1629). Fernando, contrariado por tener que depender excesivamente de la Liga Católica dirigida por el duque Maximiliano I de Baviera, accedió fácilmente a la propuesta de Wallenstein de levantar un ejército imperial independiente de 24.000 hombres —30.000 hombres según algunas otras propuestas— sin cargos para el tesoro Habsburgo. Pero su generoso ofrecimiento llevaba consigo una contrapartida: el derecho a extraer impuestos de los territorios ocupados, lo cual llevó al general a ser un empresario independiente del emperador. En realidad, Wallenstein trató siempre de no poner en peligro la economía y las posibilidades financieras de los territorios ocupados por él, para poder construir un sistema de contribuciones con el que pagar durante años un gran ejército.

Desde entonces, Wallenstein se convirtió en un verdadero *señor de la guerra*, un empresario o, también, si se quiere, un *condottiero*, que dirigía independientemente su propio ejército gracias a su agente financiero Hans de Witte (1583-1630). El famoso banquero flamenco se hizo cargo del equipamiento y pagas de las tropas mediante préstamos adelantados en dinero efectivo, para ser reembolsados más

tarde gracias a la imposición de contribuciones forzosas en los territorios conquistados. Con anterioridad, el banquero había sido uno de los hombres clave de la financiación del emperador, pero en 1622 se puso completamente al servicio de Wallenstein y los dos crearon un consorcio que se hizo cargo de todas las cecas de Bohemia, Moravia y la Baja Austria. En ellas se acuñaban monedas con menos plata pero con el mismo valor nominal, lo que produjo grandes beneficios, así como un periodo de inflación para la población conocido como el *Kipper und Wipper*.



Casa de la Moneda.

Hans de Witte, como banquero y comerciante de Wallenstein, se dedicó también al desarrollo y expansión del principado de Friedland y de su palacio en Praga. Cualquier necesidad del duque de Friedland, él la atendía rápidamente, logrando enorme éxito en todas las gestiones y asuntos económicos. Pero el agente financiero de Wallenstein debía adelantar el dinero en efectivo para todo, especialmente para el equipamiento y pagas de los soldados, cantidades cuyo reembolso obtenía más tarde mediante los impuestos y tributos de las regiones conquistadas. Ocho años más tarde, el 11 de septiembre de 1630, cuatro semanas después de la

destitución de Wallenstein, Hans de Witte se suicidó debido a las altísimas deudas contraídas. El banquero más poderoso de su tiempo se lanzó al pozo de su casa en Praga y se ahogó. Durante esos años, y gracias a los préstamos logrados por Witte, Wallenstein pudo reclutar miles de soldados mercenarios para sus campañas. De ahí que su sistema de contribuciones como medio esencial para armar a las tropas no perdió su importancia y fue continuado por sus sucesores en los rasgos más esenciales.

Johann Reichgraf von Altring o
Aldringen, comandante en el
ejército Habsburgo.



Desde 1625, Wallenstein se convirtió en la máxima autoridad militar de todas las fuerzas imperiales en el Sacro Imperio Romano, con el general Johann Reichgraf von Aldringen (1588-1634), como segundo comandante. Fue en 1627 cuando, tras expulsar de Silesia a las fuerzas protestantes, el emperador le concedió el ducado de Sagan en Silesia.

En el cenit de su trayectoria, Wallenstein parecía seguir más sus intereses personales que los asuntos de estado. De

hecho, en 1629-1630, se constató en las deliberaciones del Consejo de Estado de España que el duque de Friedland se inclinaba más a hacer negocio que ayudar al rey de España, pues al acabar la guerra de Mantua ofrecía las prestaciones de su ejército por la exorbitante cantidad de un millón y medio de escudos anuales. A ello contribuía su imagen de comandante imperturbable, de gesto reposado, sin sobresalto, que desprendía de toda su persona una corriente de seguridad, de autoridad que imponía a cuantos a él se acercaban.

Al mismo tiempo que la guerra contra Dinamarca fraguó su fortuna, sus grandes victorias contra los daneses forjaron, paradójicamente, una enconada oposición y conspiración a su alrededor, promovida por aquellos que lo consideraban un general desleal. En 1630, el emperador destituyó a Wallenstein y este se retiró a sus posesiones de Bohemia. Fue entonces cuando realmente pretendió unirse a Gustavo Adolfo ofreciéndose a reclutar un ejército pagado por él mismo para atacar a los Habsburgo, pidiendo como contrapartida ser nombrado gobernador de todas las regiones que conquistara. Pero el rey sueco rehusó los ofrecimientos y peticiones de Wallenstein. En realidad, las causas del rechazo creciente hacia él y sus hombres en el Imperio procedían de los actos arbitrarios de sus mercenarios, del enriquecimiento sin piedad a expensas de la población de la mayoría de los comandantes de su ejército y, sobre todo, del sistema de autogobierno de Wallenstein, tan difícil de conciliar con las tradicionales normas legales y derechos soberanos. El 23 de diciembre de 1633, el propio conde de Oñate, al escribir al rey de España desde Viena

explicando los yerros de «Friedlant», expone que ha...

... hablado largo y hartas veces con el duque de Equembergh que concluye con decir que Friedlant quiere que el Emperador le comunique cuando se le propusiere y resuelva conforme a su dictamen; y que él trata, resuelve y ejecuta sin avisarlo a Su Majestad Cesárea ni esperar su respuesta ni aun decir los motivos que tiene; y que esto no se puede sufrir.

Los celos se incrementaron con relación a sus posibles intenciones, sobre todo cuando aposentó su ejército a más de dos mil millas de las sedes del emperador, haciendo elucubrar sobre su propósito de crear un Estado propio.

Las dificultades del emperador tras las derrotas frente a los suecos en Breitenfeld y en el río Lech, en la que murió Tilly, le obligaron a volver a llamar a Wallenstein. El general checo atacó a Gustavo Adolfo, saqueó Sajonia y luchó en la batalla de Lützen. Un año después, en 1633, volvieron a aparecer las sospechas del emperador hacia Wallenstein, pues se le reprochaba haber manifestado pocos arrestos en la lucha y haberse ofrecido como árbitro en las negociaciones entre católicos y protestantes, concretamente con Sajonia, Brandeburgo, Suecia y Francia. Al no obtener el apoyo suficiente y al ver su poder debilitado, asumió la ofensiva contra suecos y sajones, consiguiendo su última victoria en Steinau, ciudad a medio camino entre Fráncfort y Leipzig, en octubre de aquel año de 1633.

La desconfianza de Fernando II hacia Wallenstein fue incrementándose debido a su actuación ambivalente y a su temor a los riesgos de su posible cambio de bando. Acusado por sus adversarios de querer constituir un poder personal, a comienzos de 1634 el emperador decidió retirarle de nuevo el mando de sus ejércitos y le declaró traidor a la causa de los Habsburgo, condenándole a muerte. El general, con la

esperanza de reunirse con el ejército sueco comandado por Bernardo de Sajonia-Weimar, el 23 de febrero de 1634 se dirigió junto con unos cientos de soldados leales desde Pilsen hacia Cheb o Egra, ciudad checa en la frontera con Alemania. En la noche del 25 de febrero, invitado junto con sus generales a una fiesta en un palacio de dicha ciudad y cuando Wallenstein se encontraba en su aposento, tres de sus generales (Trcka, Ilow y Kinsky) fueron asesinados por soldados enviados por el emperador. Luego, un oficial inglés, Walter Deverax, con seis soldados dragones, atravesó con una lanza el cuerpo de Wallenstein, que murió cuando tenía cincuenta años. Sin embargo, como es sabido, el duque de Friedland estaba minado por tres graves enfermedades, alguna de ellas tal vez en fase terminal: la gota, que le agarrotaba las articulaciones y le producía dolores insoportables; la sífilis, que había contraído en sus campañas en Hungría; y la intoxicación crónica producida por el tratamiento de mercurio que absurdamente se pensaba curaba la sífilis. Estas enfermedades habían hecho de Wallenstein un hombre con un lamentable estado físico y mental.

Saavedra y Fajardo no solo describió admirablemente el error craso cometido por Fernando II al conceder tanto poder a Wallenstein, sino también y, al mismo tiempo, expresó su sentimiento y admiración hacia aquel general:

No ha de probar el corazón del hombre la grandeza y gloria de mandar absolutamente, porque, abusando de ella, después la usurpa y, para que no vuelva a quien la dio, le pone acechanzas y máquinas contra él. No consideró bien esta política (si ya no fue necesidad) el Emperador Fernando II, cuando entregó el gobierno absoluto de sus armas y de sus provincias, sin recurso a Su Majestad Cesárea, al duque de Friedlan. De

que nacieron tantos peligros e inconveniente y el mayor fue dar ocasión con la gracia y el poder a que se perdiese tan gran varón.

Muchos han sido sus biógrafos y muy variadas las interpretaciones sobre aquel hombre, sin duda, uno de los más grandes generales de la Guerra de los Treinta Años. A su fama de gran estratega militar y genio financiero se añadía la consideración popular de hombre extraordinariamente ambicioso, arrogante, áspero y sin escrúpulos, indiferente a las verdaderas motivaciones religiosas y guiado por las observaciones e informaciones astrológicas. La obra de Geoff Mortimer intenta refutar estas proposiciones sesgadas sobre Wallenstein, reservando solo las más favorables. Por su parte, el historiador militar B. H. Liddell Hart no solo atribuyó a Friedrich Schiller la fama de Wallenstein, como un hombre caracterizado por contradicciones internas, sino que él mismo sentenció que Wallenstein fue «un hombre que en un mundo amante del misterio destacó como el más insondable de los rompecabezas humanos».

La figura de Wallenstein es el paradigma de cómo se fraguaban los empresarios militares de la época. Solían ser altos oficiales del ejército dedicados a la recluta, organización y dirección de tropas mercenarias con fines lucrativos. El papel de estos empresarios de la guerra fue decisivo, también en la construcción de los estados en Europa, pues su poder llegó a ser inmenso. Administraban las finanzas de la guerra, las necesidades logísticas, la oferta y reclutamiento de soldados mercenarios, la compra, y por tanto impulsaban el desarrollo del armamento y de las fortificaciones. Con el tiempo, el papel de los empresarios

militares fue siendo sustituido por los propios estados, que de modo paulatino fueron incrementando su capacidad de levantar, organizar y pagar sus ejércitos. Como consecuencia de ello, se produjo un aumento del control estatal, que condujo a una mejora gradual de la disciplina y al descenso del saqueo y la destrucción injustificada.

Los ejércitos de la Liga Católica y de Baviera

Otro de los ejércitos más importantes de la guerra fue el de la Liga Católica comandado por Johann Tserclaes, conde de Tilly, una figura que curiosamente ha destacado por sus convicciones personales en tiempos turbulentos en los que operaban muchos condotieros sin escrúpulos. Nacido en 1559 de una familia católica de Brabante, pronto sobresalió en la guerra contra los holandeses al servicio de notables maestros de campo como Alejandro Farnesio. Pero su verdadero aprendizaje lo realizó en los campos de batalla húngaros contra los turcos y, sobre todo, bajo la bandera Habsburgo en la Guerra de los Treinta Años. Las causas por las que luchó demuestran que fue acertado su apodo: «el monje con armadura», pues además de ser católico y de costumbres austeras, tuvo un carácter imperturbable, leal y ajeno a las ambiciones personales.

En 1618, cuando tenía sesenta años, a petición de Fernando II, Tilly encabezó el ejército de la Liga Católica para hacer frente a la rebelión de Bohemia. En diciembre de 1619, Tilly comenzó en Würzburg la formación de un ejército confederado cuya fuerza se fijó en 21.000 hombres de infantería y 4.000 de caballería, al que Baviera proporcionó la mayor contribución al ofrecer 7.000 soldados. Con esta aportación, el duque Maximiliano I ponía en pie el

ejército bávaro, uno de los pocos que lucharon a lo largo de toda la Guerra de los Treinta Años, primero como parte de la Liga Católica y luego como ejército independiente después de la Paz de Praga. Estos ejércitos confederados del Imperio, a los que se sumaron soldados de España y los Países Bajos, fueron comandados hasta 1621 por Ambrosio Spinola como capitán general, con el conde de Bucquoy al frente del ejército del emperador y Tilly al mando del ejército de la Liga Católica. Tilly se enfrentó en las cercanías de Praga al ejército de 20.000 checos y mercenarios bajo el mando de Cristian de Anhalt. Este fue su primer gran triunfo, la victoria de la Montaña Blanca el 8 de noviembre de 1620.

Junto a Tilly, luchó también en aquella batalla de la Montaña Blanca Gottfried von Pappenheim, quien al mando de la caballería fue herido gravemente y abandonado en el campo creyéndolo muerto. Su enorme experiencia —destacó en todas las campañas hasta su muerte en 1632— fue aprovechada por el ejército de la Liga Católica. Cuando en 1626 Maximiliano de Baviera lo llamó para someter una peligrosa rebelión en la Alta Austria, Pappenheim aplastó en pocas semanas la revuelta. A partir de entonces, sirvió a las órdenes de Tilly en la guerra contra Dinamarca. Participó en los asedios de Wolfenbüttel, desalojando a su príncipe con la esperanza de obtener la soberanía de aquel territorio y en el sitio de Magdeburgo, junto a Tilly. Ambos han sido acusados de salvaje crueldad en esta masacre que la propaganda ha amplificado extraordinariamente. Pero parece una acusación poco ajustada, pues se sabe que, decepcionado de Wolfenbüttel, Pappenheim pretendió la rentable soberanía

de Magdeburgo, y difícilmente podría sostenerse que destruyera deliberadamente la fuente de la riqueza que anhelaba.

En 1630, la llegada de Gustavo Adolfo a los campos de batalla centroeuropeos puso fin a la cadena ininterrumpida de victorias del ejército del conde de Tilly y de Pappenheim. El primer gran descalabro del general Tilly fue la derrota de Breitenfeld, el 7 de septiembre de 1631, en la que fue herido. Por su parte, Pappenheim fracasó en la táctica, aunque supo cubrir con eficacia y habilidad la retirada del ejército.

Tras la recuperación y reactivación de su ejército, Tilly volvió a enfrentarse a los suecos unos meses más tarde, el 15 de abril de 1632, en la batalla de Rain, a orillas del río Lech. Herido mortalmente por una bala de cañón en la pierna y trasladado a la retaguardia, no pudo esta vez recuperarse de sus heridas y murió a sus setenta y tres años. Su segundo en el mando, Johann Aldringen, sustituyó a Tilly al frente de las tropas de la Liga Católica hasta su muerte, en la batalla de Landshut el 22 de julio de 1634.

La desaparición de Tilly fue seguida de la de Pappenheim. Sus operaciones de gran alcance y movilidad contra la retaguardia del ejército de Gustavo Adolfo sirvieron para detener la llegada de refuerzos al ejército sueco. Nombrado mariscal de campo en el servicio imperial, fue llamado para unirse a Wallenstein y ayudarle en Sajonia contra los suecos. Cuando apareció con sus jinetes en medio de la batalla de Lützen, su furioso ataque tuvo éxito en un primer momento. Casi al mismo tiempo en que murió Gustavo Adolfo en la batalla, Pappenheim fue herido mortalmente en otra parte del campo y falleció en el camino

a Leipzig.

Spinola y el ejército de Flandes: la campaña del Palatinado

Otro de los ejércitos que tuvo un papel crucial, especialmente en la década de 1620, fue el ejército de Flandes. Este ejército junto con el de Milán constituían la fuerza en la que se fundaba el poder militar de España, eran como dos pilares sobre los que se asentaba toda la proyección político-militar de la monarquía española en Europa. En aquella década, el ejército de Flandes tuvo un gran protagonismo y un momento de gloria particularmente cuando fue dirigido por el genovés Ambrosio Spinola, marqués de los Balbases (1569-1630), uno de los grandes generales y estrategas al servicio de los Habsburgo de Madrid. Su labor no se limitó al mando militar sino que se extendió al gobierno político de los Países Bajos españoles, colaborando con los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia y coordinando, al servicio de la monarquía española, las actuaciones al más alto nivel político y diplomático de la época.

Como maestro de campo general de los ejércitos de Flandes, Spinola había destacado en las Jornadas de Frisia (1604-1606), que favorecieron la firma de la Tregua de los Doce Años (1609-1621), y en la campaña del Palatinado (1620-1623), que supuso una decidida intervención de España en las guerras de Alemania.

La entrada del ejército de Spinola en el Palatinado, para iniciarla en el verano de 1620 como sanción a su elector Federico V, fue un proyecto que, aunque rubricado por el archiduque, había sido elaborado completamente por el marqués de los Balbases, debido al estado de salud de

Alberto. La operación fue perfectamente planeada por el general y minuciosamente analizada por el Consejo de Estado en Madrid. La propuesta describía el modo de llevar a cabo la campaña, las plazas que se pretendían tomar, el número necesario de soldados para defenderlas y mantenerlas posteriormente, así como los medios para su sostenimiento. La explicación de la campaña manifestaba una significativa claridad de ideas con respecto a los objetivos y un conocimiento previo del estado y calidad de las fortificaciones, así como del número de soldados que defendía aquellas plazas convertidas en el objetivo del ejército de Flandes.

Se trataba de ir directamente al corazón de los territorios de Federico V del Palatinado en respuesta a sus acciones en Bohemia el año anterior. No se esperaba una fuerte resistencia porque no existía un ejército suficientemente preparado y potente. Pero, en caso de reacción y obstrucción por parte de alguno de los principados protestantes vecinos, el proyecto disponía tomar también diversas plazas en esos territorios:

La entrada que se hace cuenta de hacer con dicho ejército es ir a Idelbergh que es la residencia ordinaria del Palatino, procurar ocuparla y lo mismo todas las demás y si los príncipes protestantes vecinos como son el duque de Virmenbergh, marqués de Badem y otros de aquel distrito tomaren las armas contra el ejército de Vuestra Majestad y pareciere entonces conveniente se procurara ocupar también lo que se pudiese de sus estado.

En general, la empresa planeada por Spinola en el Palatinado apostaba por una campaña rápida, sin largos asedios, puesto que las ciudades no poseían grandes fortificaciones. Una vez ocupadas las posesiones de Federico en el Palatinado, las ventajas estratégicas y los beneficios

territoriales eran inmensos. Todo ello supondría obligar al ejército de la Unión Evangélica a dividir sus efectivos o dar por perdidas las plazas con la merma de reputación que ello supondría.

Con todas estas ventajas, el Consejo de Estado aprobó el proyecto y confirmó el envío de 600.000 escudos más, considerando los beneficios y facilidades de la campaña y dado que el duque de Baviera y la Liga Católica habían decidido dar su apoyo, «cosa que no se ha visto en otras ocasiones», y el resto de príncipes amigos de Alemania «están a la mira de lo que aquí se hace».

La mayor parte de la financiación del ejército de Spinola para las campañas del Palatinado fue obtenida en Italia, y especialmente de las compañías genovesas, principales interlocutoras entre las casas matrices radicadas en Génova y la Real Hacienda española. Como proveedores de fondos para la Monarquía, fueron en aquellos años insustituibles.

El duque de Feria gestionó el envío del primer millón de escudos concedido en enero a Flandes. A esta cifra se sumó la de 600.000 escudos, que se obtendrían mediante los hombres de negocios de Madrid y Génova, aunque el costo en esta última ciudad fuese más alto, «*por lo que importa la brevedad*». Las gestiones personales de un agente en Italia lograron apresurar la financiación: «Con los 600.000 escudos de Milán y los 500.000 que envío ahora y otros 500.000 que tendremos presto de Nápoles y 400.000 que aguardo de Sicilia [...] habrá presto ahí buena suma de dinero».

Los resultados del esfuerzo realizado por la hacienda española para el ejército de intervención en el Palatinado fueron positivos. A principios de 1620, se había conseguido

firmar un nuevo asiento por importe de 3,6 millones de escudos con los hombres de negocios genoveses en Madrid: Carlos Strata, Jacome y Agustín Justiniano y Lelio Imbrea. Entre febrero de 1620 y julio de 1621, según las cuentas del pagador general Tomás de Mendieta, lo cobrado por letras ordinarias y extraordinarias para el ejército alcanzó la cifra de 4.452.976 escudos. También se recibieron los pagos para los gastos de la construcción de 20 bajeles para la Armada de Ostende, que ascendieron en ese periodo a 265.392 escudos. Estas cantidades suponían haber recibido las provisiones ordinarias de 150.000 escudos mensuales, que en los 17 meses de la relación ascendían a 2.550.000 escudos, más los 1.600.000 escudos comprometidos en mayo de 1620 y 400.000 escudos adicionales en 1621.

A pesar de este esfuerzo realizado por la hacienda española, a nadie se le escapaba que una vez ocupado el Palatinado se podrían recaudar allí las contribuciones habituales del señor de las tierras. Estos cobros, junto a diversas confiscaciones realizadas en el territorio ocupado, supusieron para Felipe III unos ingresos de 1.059.120 escudos en un año.

La gran dificultad con la que se tuvo que enfrentar Spinola a la hora de levantar el ejército no fue solo el problema habitual de escasez de dinero, en esta ocasión un segundo contratiempo vendría a demorar la entrada del ejército en el Palatinado. No había hombres suficientes para reclutar. En Alemania, la escasez de voluntarios dispuestos a ir a la guerra se debía a las reiteradas reclutas realizadas por los ejércitos de la Unión y del emperador en los años precedentes; en la zona valona había ocurrido algo similar,

pues de allí había salido tanto el ejército de Juliers como el de socorro enviado al gobernador de Milán en el Monferrato. Por todo ello, ya no era tan fácil y rápido reunir un buen número de soldados como lo había sido con anterioridad a la Tregua de los Doce Años, cuando la mayor dificultad consistía en obtener dinero para pagar esas levas.

En 1620, los objetivos de reclutamiento para el ejército de entrada en el Palatinado se centraban en aumentar los tercios existentes:

El tercio ordinario de infantería que esta acá de la misma nación (borgoñón) que es del barón de Balançon que tiene ahora mil hombres se crecerá hasta 3.000, y el duque de Arescot hará un regimiento de alemanes de 12 compañías y al regimiento viejo del conde de Embdem se acrecentarán dos compañías con que quedarán en 12, y uno de los tres tercios ordinarios de valones que es Mos. de Gulsin se rehará hasta 3.000 hombres y se levantarán 4 compañías más fuera de tercio.

Sin embargo, estas previsiones nunca se cumplieron. El tercio del barón de Balançon, que contaba con algo menos de 1.000 hombres, no pudo ser completado y, a lo largo de la campaña, se deshizo completamente. El tercio del duque de Arescot en la muestra de 1621 solo ascendía a 1.500 soldados; y el tercio de Mos. De Gulsin, provisto de 3.000 valones, en realidad salió en campaña con poco más de 1.000 hombres.

De los soldados prometidos de Italia no llegaron a Flandes más que la tercera parte. Los napolitanos del tercio del marqués de Ballon sumaron menos de 2.000 soldados al salir de Milán y, debido a los enfermos y desaparecidos por el camino, no se pudo crear un tercio nuevo; su remanente se unió al tercio de italianos de Marcelo del Iudice. Asimismo, Gonzalo Fernández de Córdoba llegó al norte con

solo dos compañías procedentes de Nápoles, y Diego de Oliveira se presentó con un tercio tan poco nutrido que se disolvió en 1621 y sus hombres se repartieron entre los tres tercios de españoles existentes.

También el tercio que llegó de Portugal, formado por gente procedente de los presidios, arribó disminuido y en muy malas condiciones, particularmente los que hicieron el viaje por mar hasta Dunkerque en abril de 1620. De los tres mil hombres esperados, solo llegaron 1.000, entre ellos muchos enfermos que tuvieron que permanecer en Dunkerque hasta su restablecimiento.

Por si fuera poco, los que llegaron a Flandes no tenían ropa ni calzado y mucho menos algún conocimiento militar previo. Por lo tanto, fue necesario proveer a todos de una «equipación» completa de ropa: «Vestidos enteros de casaca, calzón, jubón, dos camisas, medias calzas, zapatos y sombrero», que, aunque iba a cuenta de sus sueldos, suponía un desembolso inicial para las finanzas del ejército español. Lo mismo ocurrió en agosto de 1620 con los soldados españoles de Gonzalo Fernández de Córdoba procedentes de Italia, a quienes hubo que suministrar 400 vestidos enteros.

Estaba claro que el largo camino desde Italia a Flandes hacía que muchos soldados llegasen agotados y enfermos y resultasen poco efectivos a corto plazo, ya que por lo general la mayoría de ellos no podía entrar directamente en campaña y necesitaba antes, al menos, un mes de reposo. El reposo era también imprescindible a la llegada del invierno. Así lo comprendieron los comandantes no solo tras las agotadoras marchas por los corredores españoles, sino también después de una dura campaña. En 1623, don

Gonzalo de Córdoba trató de «dar algún reposo a los soldados», materia de gran importancia. Así lo hizo, disolviendo el ejército el 23 de diciembre de 1621, enviándolo a las antiguas guarniciones con mucho miedo a que se le deshiciese».

Todo ello, hacía poco rentable desde el punto de vista económico el reclutamiento lejano, pues los que marchaban por el camino español desde Milán iban pagados hasta Borgoña, y desde allí era el ejército de Flandes el que debía hacerse cargo de sufragar los costes. En cambio, para la leva en los territorios circundantes se contrataba un precio con los capitanes o coroneles asentistas, que se empezaba a pagar cuando se «recibía» la tropa en la plaza y fecha previamente señaladas.

La campaña del Palatinado exigió también la recluta de 4.000 nuevos soldados de caballería. La opción de transferir cierto número de soldados españoles de infantería a caballería, sugerida por el Consejo de Estado, no fue bien recibida en Bruselas, donde se alegaba que la caballería vieja española, aunque escasa, era la mejor que había tenido nunca el ejército español; por ello, bajaría su calidad si se le sumaba tal número de gente nueva. Esta prestigiosa caballería tenía la fortuna de cobrar directamente, a diferencia del resto de soldados del ejército, de las finanzas de los Estados Generales, por lo cual sus pagas mensuales — 10 escudos— llegaban íntegras y con regularidad a sus cobradores. Esta era la razón, en opinión del archiduque Alberto, de que permaneciese en buen estado, pues «está acomodada, armada y muy bien puesta a caballo y (son) soldados viejos; por otra parte, la infantería española no está

tan lucida como por lo pasado por haberse ido durante la tregua gran parte de los soldados viejos».

En conjunto, el número total de soldados levantados para entrar en el Palatinado en el verano de 1620 distaba mucho del esperado y del reclutado para entrar en Juliers en 1614. En la ocasión de Juliers se lograron 15.000 hombres, número que no alcanzó el ejército del Palatinado, escaso también en soldados «viejos» o veteranos con experiencia en campaña.



Dos grabados de Ambrosius Spinola. (Marchese genuez. Herkunft; Span. General; Feldmarschall).

La campaña del Palatinado comenzó tarde no solo por los problemas económicos de la hacienda española y los aprietos en el reclutamiento de soldados, también surgieron dificultades de tipo político, concretamente con la Liga Católica. El 3 de julio de 1620, el duque de Baviera había concertado con los príncipes calvinistas vecinos el Tratado de Ulm (en alemán *Ulmer Vertrag*), gracias a la mediación del embajador francés, el duque de Angulema. En sus capitulaciones se establecía «que cada uno pudiese asistir al amigo y tener paso por los estados ajenos sin hallar

impedimento ni hacer hostilidad». Por el Tratado de Ulm, firmado entre representantes católicos y protestantes, la Unión Evangélica declaró su neutralidad y abandonó su apoyo a Federico V del Palatinado. El acuerdo enojó extraordinariamente al gobierno de España, pues, aunque estipulaba la prohibición de la entrada de las tropas protestantes en la zona oriental, dejaba libre al ejército de la Unión para penetrar en los Países Bajos.



Kirchberg, según un grabado de *Topographia Germaniae*, obra de Matthäus Merian, el Viejo.

A pesar del contratiempo que supuso la retirada del duque de Baviera y de la Liga Católica, el ejército de Flandes siguió adelante con el proyecto. Entre los meses de agosto y noviembre, Spinola tomó y ocupó unas cincuenta ciudades, fortalezas, castillos y poblaciones amuralladas en el Palatinado. Pese a que el ejército de campaña de la Liga Protestante sumaba 24.000 combatientes, Spinola, con una fuerza inferior, desorientó a sus comandantes con hábiles maniobras de diversión y logró ocupar los puntos clave del electorado.

La campaña fue prácticamente incruenta. No se produjo ninguna batalla campal, a pesar de la emboscada de Alsheim el 10 de septiembre de 1620 y la toma de Kirchberg. Tampoco hubo asedios largos y costosos. Un oficial español comparó la campaña palatina con «una cabalgada por los alrededores de Toledo».

Las campañas del Palatinado terminaron en abril de 1623 con la toma de la ciudad de Frankenthal por las tropas de Guillermo Verdugo, hijo de Francisco Verdugo, quien había destacado ya en la batalla de la Montaña Blanca y llegó a ser conde del Imperio con tierras en Bohemia.

En las jornadas del Palatinado, Spinola dispuso de buenos colaboradores que formaban parte de su «estado mayor». Entre ellos destacó Gonzalo Fernández de Córdoba y Cardona (1585-1645), príncipe de Maratea desde 1624 y conocido como «el segundo Gran Capitán», que permaneció como general al lado de Spinola en el Palatinado y Flandes de 1621 a 1623.

Otro gran veterano que formó parte del «estado mayor» de Spinola fue Juan VIII conde de Nassau-Siegen (1583-1638), quien, perteneciente a una importante familia protestante, militó en el ejército holandés en la guerra de Juliers en 1610. Sin embargo, en 1613 se convirtió al catolicismo, lo cual supuso un gran escándalo para su familia. A partir de entonces, formó parte de las fuerzas españolas durante la Guerra de los Treinta Años, acompañando a Spinola en su invasión del Palatinado en 1620 con cinco compañías de caballos.

Otro de sus generales fue Claude de Rye, barón de Balançon (1576-1648), héroe del asedio de Ostende (1601-1604), donde perdió una pierna que fue sustituida por una de madera. En la campaña del Palatinado se distinguió con su tercio de infantería borgoñona en la defensa de Alzey en noviembre de 1620. Balançon estuvo también presente en la batalla de Fleurus (1622), en el asedio de Bergen-op-Zoom (1622) y en la toma de Breda (1624).

No menos destacado entre los generales de su estado mayor fue Ernesto, conde de Isenburg (1584-1664), quien en la invasión del Palatinado estuvo a cargo de cinco compañías de caballería. Posteriormente, con su regimiento de infantería alemana de 1.400 hombres, tomó parte en la batalla de Fleurus (1622) y en los asedios de Bergen-op-Zoom (1622) y Breda (1624). En 1633 llegó a ser maestre de campo general del ejército de Alsacia del duque de Feria y participó en la batalla de Rocroi (1643). El conde de Isenburg permaneció al servicio de la monarquía española hasta su muerte en 1664.

Una figura singular que también formaba parte de aquel selectivo «estado mayor» fue el polifacético militar, historiador y diplomático Carlos Coloma de Saa (1567-1637), marqués de Espina. Su dilatada carrera política, militar y diplomática en Flandes le llevó a distintas misiones. En 1620 fue nombrado maestre de campo general del ejército español que se disponía a invadir el Palatinado a las órdenes de Ambrosio Spinola. Posteriormente fue embajador en Londres y en 1624 participó en el sitio de Breda. Se le concedió el mando del ejército de Flandes hasta ser sustituido por el cardenal infante, asumiendo posteriormente el mando del ejército de Lombardía. En general, todos ellos fueron militares de gran talla, algunos de los cuales, protagonistas en muchas de las campañas de Flandes y Alemania, incluido el asedio de Breda, en el que fueron retratados por Velázquez en su famoso cuadro de *Las Lanzas o Rendición de Breda*.

A partir de 1621, con la muerte de Felipe III y del archiduque Alberto, muchas cosas cambiaron para Spinola.

El gobierno de Olivares, valido de Felipe IV instalado en la corte española de 1622 a 1643, marcó la política exterior de la Monarquía y también la de Flandes. Con el paso de los años, Spinola fue puesto en entredicho por el conde-duque de Olivares y decidió ir a Madrid en 1628 para solicitar los fondos pendientes destinados al ejército de Flandes. Cuando ese mismo año estalló la guerra de Sucesión de Mantua (1628-1631), el gobierno de España nombró a Spinola gobernador del Milanesado, y sin regresar a Flandes se puso en marcha hacia Génova, donde desembarcó en septiembre de 1629. Pero los reveses políticos, la caída en desgracia delante de sus enemigos, la pérdida de su fortuna y la imposibilidad de conseguir la compensación que había reclamado para sus hijos, hicieron que su salud se resintiera. El 25 de septiembre de 1630, Spinola murió durante el sitio de Casale en la guerra de Mantua. España perdió a uno de sus mejores generales de todos los tiempos.

El ejército de Alsacia

Entre 1628 y 1632, la monarquía española comenzó a dar muestras claras del agotamiento progresivo de sus medios humanos y financieros. En 1629, la estrategia española fracasó en Hertogenbosch en la frontera de Holanda. En 1632, la campaña en Flandes fue completamente desfavorable debido a que el ejército del estatúder Federico Enrique consiguió capturar a lo largo de la ribera del Mosa plazas tan significativas como Venlo, Roermond, Strelen, Maestricht y Limburg. El caso de Maestricht, el 23 de agosto de 1632, fue el más doloroso para España. Y lo fue, sobre todo, porque en el momento de la rendición de la plaza había en las inmediaciones de la fortaleza hasta tres ejércitos

católicos —el ejército de Flandes, a cargo del marqués de Santa Cruz; el ejército del Palatinado, dirigido por don Gonzalo de Córdoba; y el ejército imperial del general Pappenheim, destinado a su socorro—, sin que por ello se consiguiese nada positivo, como expuso el rey en su correspondencia:

He visto dos cartas vuestras de los 27 del pasado y entendido por una de ellas la pérdida de Mastrique, de lo cual quedo con mucho displacer como lo pide el suceso, principalmente por haber sido a los ojos de tan numerosos ejércitos, como el mío y el de Pappenheim. A mi tía escribo me avise qué causas hubo para no haber intentado con mis armas lo que intentó Pappenheim con las de su cargo, en que se juzga acá que hay culpa. Y habiéndose informado muy bien de lo que en esto ha pasado, me lo avisaréis con toda claridad y distinción, porque si en esto se hubiere faltado sería preciso hacer demostración.

A finales de septiembre de 1632, tras la noticia de Maestricht, el Consejo de Estado decidió que Alemania debía constituir el centro neurálgico de los esfuerzos militares de las dos ramas Habsburgo, porque allí estaba también la clave para resolver la situación de Flandes y de Italia. Solo la fortaleza y el poderío de las dos casas Habsburgo unidas podrían socavar la fuerza de sus enemigos.

Cuando Francia ocupó el ducado de Lorena en 1633 y el emperador Fernando II se vio en apurado trance a causa de los avances de Gustavo Adolfo de Suecia, Olivares decidió reunir una fuerza poderosa. La crítica situación para los Habsburgo y la del propio duque de Baviera, amenazado en sus territorios por el ejército sueco, hizo que Madrid buscara diversas soluciones tanto a sus problemas en Flandes como a los del Imperio. La estrategia consistió en atraer a Wallenstein, con una cantidad cercana al millón de escudos, para incrementar el ejército en Flandes con 30.000 infantes y

5.000 caballos. Aquellas decisiones fueron comunicadas por el rey a la gobernadora de los Países Bajos Isabel Clara Eugenia:

Con ocasión de haber entendido la pérdida de Mästrique [...] me ha parecido decir a vuestra Alteza que escribo a fray Diego de Quiroga y a Jacques Bruneau hagan instancias con el emperador y con el duque de Mecklenburg para que se engruese el ejército de Pappenheim hasta 30.000 infantes y 5.000 caballos para efecto de que se mantenga en la Frisa [...] Y que para sustento del uno y otro ejército mandaré proveer con efecto y puntualidad hasta un millón.

La persona elegida para llevar a cabo esta negociación ante Wallenstein fue el secretario y regente del Consejo de Italia, Ottavio Villani. La misión de representar las mismas peticiones ante el emperador y sus ministros en Viena recayó en el marqués de Castañeda, embajador de Felipe IV en la corte de Viena. Villani debía convencer a Wallenstein de que este cediese parte de sus tropas imperiales para servir en Flandes. El peligro que corrían los Países Bajos por la unión entre franceses y holandeses hacía necesaria la presencia de uno o más ejércitos imperiales para la campaña de 1633, hasta llegar a un número cercano a los 50.000 hombres. Para lo cual se proveerían hasta ciento veinte mil escudos al mes.

El rey informó de estas negociaciones al padre Quiroga, confesor de su hermana María, reina de Hungría, que residía en la corte de Viena, con el fin de que hiciese instancias ante el emperador para que facilitara las negociaciones.

Informada también la gobernadora de los Países Bajos, esta expuso al rey sus dudas sobre el éxito de tales negociaciones, pues la situación del Imperio, con los ejércitos suecos campeando libremente por su suelo, no

ofrecía el momento más oportuno para solicitar tropas imperiales y trasladarlas a Flandes:

Mientras el sueco quedare en Alemania y las Armas del emperador estuvieren ocupadas con él, no hay apariencia que pueda venir de allá ejército tan copioso como vuestra Majestad desea, ni que se permita al conde de Pappenheim que vuelva por acá con las que tiene a cargo.

En Milán, el regente Villani se entrevistó con el cardenal infante don Fernando, quien revisó y amplió las instrucciones dadas por Felipe IV, reiterando y reforzando los tres argumentos principales por los cuales Viena debía ayudar a la monarquía española en Flandes. La primera razón involucraba directamente al Imperio, pues si los holandeses salían victoriosos en los Países Bajos controlarían, en colaboración con Francia, los electorados eclesiásticos tan importantes para la Casa de Austria. El segundo argumento incluía las obligaciones de sangre y amor que las ramas de los Habsburgo de Madrid y Viena se profesaban; y el último hacía hincapié en el propio beneficio que el emperador alcanzaría tanto en su reputación como en lo referente a la utilidad y conveniencia.

Si la cantidad destinada para las fuerzas armadas solicitadas se considerase insuficiente, podría Villani, en colaboración con la infanta Isabel, sumar esa cantidad a los 50.000 florines destinados a las ayudas que el rey entregaba a Wallenstein para que con ellas se comprometiese al envío de las tropas solicitadas. Incluso, en el hipotético caso de que el emperador no quisiera socorrer a Felipe IV «a cosa tan justa, tan debida y que a él tanto le conviene como al socorro de Flandes, pidiendo este a costa de S M», el cardenal infante propuso aprovechar el dinero con el que hasta el momento se socorría al emperador para negociar

con Wallenstein el modo de levantar ese ejército.

Junto a las negociaciones de Villani en Viena con el fin de lograr un ejército imperial en los Países Bajos, se vio necesario iniciar otras con los duques de Parma, Módena y Florencia para que aportaran tropas al ejército de Flandes. Las negociaciones en Italia fracasaron, a pesar de las buenas ofertas que hizo el rey de España. Y es que, como escribía Feria, «mientras los franceses tuvieran pie en Italia y el Papa se mostrase tan mal afecto como lo hace a las cosas de su Majestad, nunca se podrá esperar otra cosa de los príncipes de Italia».

Desgraciadamente, también las negociaciones de Villani en Viena se malograron, pues la solicitud de Felipe IV de un ejército imperial para una importante campaña de reconquista contra las Provincias Unidas chocó con los proyectos, también ofensivos, que el emperador tenía para la campaña de 1633. Por su parte, Wallenstein se dispuso a ofrecer ayuda solo para el viaje de don Fernando por tierras imperiales, para lo cual comprometió dos regimientos que se estaban formando en el Tirol, más el ejército que Aldringen mantenía en Alsacia y Suabia. La respuesta a la negativa del emperador hizo que Felipe IV escribiera una carta muy dura quejándose abiertamente de la actitud imperial y amenazando con la suspensión de los subsidios que aportaba:

Será bien que el emperador y sus ministros entiendan [...] que con 50.000 florines al mes y lo que cuestan puestos en Alemania se pudieran mantener en el Rhin más de 10.000 infantes [...]. Podría ser conveniente que digáis al príncipe de Equemberg, en confianza, que sin acudirme el emperador en ocasión tan apretada parece dureza grande que hallándome al pique de perder enteramente los estados de Flandes, espere ni proponga

la continuación de los 50.000 florines de socorro al mes.

Tras las negativas de Wallenstein y el emperador, nació el proyecto, ideado por el duque de Feria, de formar un ejército de Alemania o del Palatinado que pudiese defender el Franco Condado, conservar el Tirol, ayudar al emperador para, junto a las fuerzas del duque de Baviera, liberar Renania de enemigos y, en caso necesario, acudir con rapidez en socorro bien de Flandes, bien de Italia. Esta fuerza comenzó a ser denominada el ejército de Alsacia al compás de su reclutamiento, porque su principal objetivo era mantener abierto el corredor de Milán a Flandes, el «camino del tercio», para sostener la lucha contra los rebeldes holandeses y, al mismo tiempo, ayudar al emperador. Con este objetivo, el duque de Feria, partidario de la unidad de acción entre los tronos de la Casa de Austria, procuró perpetuar el acuerdo con los grisones por el que estos dejaban paso libre a las tropas españolas.

Aquellos años de 1628 a 1632 fueron críticos. Todos pusieron sus esperanzas en el ejército de Alsacia. La gobernadora de los Países Bajos se dirigió al duque de Feria para saber si podría también socorrer al Franco Condado, porque ella no estaba en condiciones de defenderlo desde Flandes.

A finales de septiembre de 1632 se decidió la marcha del duque de Feria a los Países Bajos. La ausencia del gobernador de Milán no era la mejor solución para la corte de Madrid, por el vacío que ocasionaría su partida de Milán. Pero en septiembre de 1632, debido a la situación crítica y la avanzada edad de la gobernadora de los Países Bajos, no había más posibilidad que la elección del duque de Feria

para el gobierno de las armas de Flandes. Desde la ausencia de Ambrosio Spinola, a mediados de 1631, el cargo había estado cubierto por el marqués de Santa Cruz, pero un año después solicitó licencia al rey para poder volverse a España. En Madrid se pensó que el mejor sustituto era Gonzalo de Córdoba, que se encontraba en los Países Bajos después de haber tenido que abandonar el Palatinado. Pero «el segundo Gran Capitán» no aceptó, de modo que el cargo de gobernador del ejército de Flandes seguía vacante, un cargo que ya había consumido a varias de las principales cabezas militares de la monarquía española, como Santa Cruz, Gonzalo de Córdoba, Carlos Coloma. Mientras tanto, se cubrió de modo interino con la persona del marqués de Aytona hasta la llegada del duque de Feria.

El ejército de Alsacia, destinado a la defensa de los territorios de la monarquía española, en especial de los Países Bajos, debía pacificar el sur de Alemania, mantener abiertos los corredores militares y garantizar el necesario viaje del cardenal infante don Fernando a Flandes. Una vez formado en Milán, se dispuso a intervenir directamente en Alemania. Al mando del duque de Feria, aquel ejército de Alsacia acudió en socorro del amenazado duque de Baviera y liberó varias ciudades ocupadas por los ejércitos protestantes durante el año 1633, aunque su influencia no fue en modo alguno determinante.

En conclusión, la monarquía española conservó hasta el final de la guerra grandes capacidades militares, a pesar de su desgaste; sus ejércitos no fueron inferiores cuantitativa y cualitativamente a los de sus rivales y, como ha demostrado Davide Maffi, no fue un gigante paralizado por su inútil e

incapaz conservadurismo, destinado inevitablemente al desastre final.

Los ejércitos enemigos

Durante la Guerra de los Treinta Años, ha escrito Wilson, no se dio de forma significativa una demonización general del enemigo. Existía el concepto de enemistad y, por supuesto, la guerra no estuvo exenta de violentas invectivas sectarias, pero tampoco hubo una división clara entre los combatientes basada en cuestiones éticas, lingüísticas o incluso religiosas. La mayoría de las críticas eran selectivas y había diversos grados de enemistad. Por ejemplo, al comienzo del conflicto, la Unión Protestante y los bohemios distinguían entre unos pocos católicos malvados, normalmente identificados como «jesuitas españoles», a quienes culpaban de causar la guerra, y la mayoría, a quienes no tenían intención de dañar «siempre que vivan de manera pacífica e inocente según la constitución». La diferencia entre amigo y enemigo se vio difuminada por el concepto del enemigo interno que estaba literalmente dentro de cada uno. El clero de todas las confesiones recordaba con frecuencia a los vecinos que eran ellos, debido a sus pecados, los verdaderos culpables del conflicto. Desde el principio, se organizaron días fijos de oración y penitencia que se extendieron, después de 1620, por los territorios tanto católicos como protestantes. Se esperaba que el vecindario reservara dos horas para rezar un día determinado de cada mes. En realidad, esto representaba un elemento de movilización cuyo objetivo era el enemigo en el corazón de cada feligrés, no invasores que verdaderamente amenazasen sus hogares. Los sermones exhortaban a los feligreses a

reflexionar sobre sus propias conciencias y a efectuar un cambio de actitud que se manifestaría en una mejora externa de la moral pública, lo que aplacaría la ira de Dios. Los días de rezo y penitencia también eran la respuesta común frente a un desastre «natural». No fue hasta la Paz de Westfalia cuando apareció el verdadero estatus jurídico del enemigo, el *iustus hostis*. Hasta entonces, las guerras de religión habían sido extremadamente disruptivas para la vieja Europa, en última instancia por el estatus que se le atribuía al enemigo, descrito a menudo como un infiel o un bárbaro y por ello merecedor de ser aniquilado. Esta categorización moral del enemigo estaba íntimamente relacionada con la presunción que cada parte beligerante tenía de estar luchando por la *iusta causa* (que, como tal, lo permitía todo). En cambio, a partir de Westfalia, hubo un cambio de atención desde las motivaciones de la guerra (*iusta causa*) hasta las condiciones de la misma. Con Westfalia nació la figura del «enemigo político», como categoría jurídico-política, al cual se le reconocían derechos y deberes: el derecho, por ejemplo, a entrar en guerra (*ius ad bellum*) y el deber de la justa conducta en la guerra (*ius in bello*), que implicaba el reconocimiento del enemigo como un igual con los mismos derechos. Pero también Westfalia estableció que el único que podía determinar al enemigo era el Estado.

El formidable ejército de Gustavo Adolfo de Suecia

Se ha dicho que el rey de Suecia modernizó su ejército siguiendo el modelo de los holandeses y que condujo sus tropas, como sincero luterano, cantando himnos al compás de la marcha hacia la guerra, pidiendo oraciones dos veces al día a todo el ejército y asignando pastores a cada regimiento.

Esta condición hizo al ejército sueco respetado y temido. También dio a las tropas suecas una disciplina y un carácter inusual en el campo de batalla.

La clave del éxito militar de Gustavo fue su completa reforma del ejército en aras de su mayor profesionalización. Según diversos historiadores, el rey de Suecia transformó unas fuerzas militares semif feudales, organizadas por paisanos reclutados localmente y mal entrenados, en un ejército nacional formado por soldados bien adiestrados asegurados por la conscripción. Gustavo Adolfo hizo hincapié en la disciplina militar y en el entrenamiento de los regimientos, libres de las viejas formaciones de los cuadros de infantería y reorganizados en formaciones lineales flexibles. La mayor parte de estos cambios habían sido avanzados ya por Mauricio de Nassau. El rey de Suecia desarrolló las innovaciones de los holandeses fuera del contexto geográfico de las tierras neerlandesas y logró maximizar su potencia en el campo de batalla de las grandes planicies de Polonia y Rusia.

En 1630, el ejército de Gustavo Adolfo que desembarcó en Alemania contaba con 30.000 soldados de infantería y 6.000 de caballería y tenía características propias que le hacían muy diferente de las tropas que luchaban en el continente, con la posible excepción de los holandeses. Entre otras particularidades, había reorganizado sus fuerzas en unidades tácticas y administrativas de 408 hombres.

Aquellos hombres tenían que sobrevivir en tierra extranjera. Para ello, Gustavo Adolfo desarrolló el único modo posible de supervivencia: vivir sobre el terreno que pisaban, así se convirtió en uno de los mejores ejemplos del

sostenimiento de un ejército fuera de sus territorios. No era algo nuevo, pues ya lo había adoptado en 1628, ni lo sería en el futuro, dado que fue también asumido por sus sucesores.

Ante la marcha y extensión de las tropas suecas por toda Alemania, las poblaciones de tránsito se vieron obligadas a entregar suministros y facilitar alojamientos gratuitos a los suecos. Aunque algunas ciudades abrían sus puertas al ejército sueco esperando las compensaciones y subvenciones francesas prometidas, otras se vieron duramente forzadas a estas contribuciones. Un caso concreto fue el de la ciudad de Núremberg, que en el verano de 1632 tuvo que abastecer de pan al ingente número de tropas suecas por un valor superior al subsidio prometido, y apenas realizado, por Richelieu. El coste total de las ocupaciones suecas resulta incalculable, debido a la gran cantidad de exacciones indirectas de las que se nutría, por lo que se puede concluir que fue Alemania la que soportó prácticamente todo el gasto. La contribución de Suecia y Finlandia a la campaña del Imperio disminuyó paulatinamente hasta alcanzar una vigésima parte de la que fue en 1630 y ello justificaba las vacilaciones de los estados alemanes al apoyo a Gustavo Adolfo.

En segundo lugar, Gustavo Adolfo imprimió una serie de cambios en el reclutamiento. Sus ejércitos comenzaron a adquirir caracteres nacionales al reclutarse sus tropas entre sus propios vasallos en una proporción de uno de cada diez hombres. Aunque ya desde el reinado de Gustavo I Vasa (1523 a 1560) se había establecido el principio del reclutamiento de un ejército casi nacional, la principal innovación aportada por Gustavo Adolfo fue el hecho de que

las unidades pasaron de ser temporales a ser permanentes.

Los oficiales fueron reclutados entre la nobleza y la caballería entre los campesinos voluntarios, que a cambio conseguían la desgravación de impuestos y recibían la seguridad de la exención del reclutamiento para sus hijos y herederos. La infantería fue extraída de la población trabajadora en edad de portar las armas —de dieciocho a treinta años— mediante repartimiento del número necesario de hombres —uno de cada diez— con la ayuda de las autoridades locales. De este reclutamiento obligatorio se eximía a los transportistas y a los fabricantes de municiones. A este núcleo de soldados nacionales se añadieron mercenarios alemanes. Pero lo que caracterizó a este ejército fue su sometimiento a una disciplina estricta, como consecuencia de una férrea instrucción de los soldados, la eficiencia de los oficiales de cara a sus ascensos y el comportamiento moral. Se prohibió el alcohol, la prostitución y la blasfemia. En aquel ejército, donde los salmos sustituyeron a los himnos marciales, reinaba una especie de fervor religioso.

Hubo aspectos de organización realmente notables, como la creación de depósitos de suministros o el aumento del número de cirujanos en las filas del ejército y la mejora y dotación de los hospitales militares.

En tercer lugar, destacaron sus innovaciones en el armamento y la artillería. Aunque estas han sido explicadas pormenorizadamente y valoradas exhaustivamente, valga una breve mención, sobre todo, por lo que se refiere al mosquete, que se acortó y ganó en ligereza, al mismo tiempo que se suprimió la horquilla. Gustavo también refinó y

regularizó la pólvora para cada arma con su calibre. La empaquetó en cartuchos ya medidos, consiguiendo mejores índices de fuego y mayor precisión. El empleo del cartucho permitió cargar de una sola vez la pólvora y las balas, de ahí la velocidad de tiro de los mosqueteros, de tres a cuatro veces más rápidos que los mosqueteros imperiales.

En cuanto a la artillería, Gustavo comprendió el papel del choque en el combate y trató de maximizarlo arrastrando cañones de buen calibre al campo de batalla para sostener a su infantería mientras esta maniobraba. También la utilizó en los tiroteos, en lugar de mantenerla únicamente en posición estática en la batalla o en los trabajosos trenes de artillería, que se desplegaban principalmente contra fortificaciones. Su logro de fuego masivo de un cañón móvil fue posible gracias a la larga experimentación hecha sobre el pesado cañón *Murbracker*, que entonces dominaba en el servicio sueco (y alemán). Se redujo el peso y el número de caballos o bueyes necesarios para transportarlos, y así se incrementó su movilidad. Con el objetivo puesto en alcanzar mayor movilidad de la artillería, Suecia consiguió producir un cañón de hierro de 4 libras (7,24 kg.), que podía ser transportado de un sitio a otro del campo de batalla según las necesidades y el desarrollo del combate. Algunas piezas llegaron a ser aún menores, de 1/2 a 3 libras, y podían ser fácilmente trasladadas por un solo caballo o a mano por un grupo de dos o tres hombres dentro del llamado «regimiento de pistolas» o «regimiento de cañón. En 1629, se fabricaron series de cañones de pequeño calibre y de gran movilidad. Eran piezas de corto alcance que podían ser arrastradas por un par de caballos, utilizando un carro de dos ruedas, y por

lo tanto capaces de maniobrar fuera de los caminos. Las piezas ligeras viajaban siempre por delante, junto con la infantería y la caballería para un rápido despliegue. Tales piezas eran desplegadas delante de sus líneas de infantería para proporcionar fuego de acoso y algunas de ellas alcanzaron niveles de fuego que superaron las cifras de los mejores mosqueteros.

Junto a la artillería ligera, también se desarrolló la artillería pesada, para la cual Gustavo Adolfo ajustó los calibres en 6, 12 y 24 libras. El transporte de los cañones pesados se realizaba mediante los trenes de asedio, donde cada pieza era transportada por grandes equipos de animales de tiro, o por barcazas cuando era posible a lo largo de los ríos.

En suma, los cambios de tamaño y peso y la estandarización del calibre y las municiones permitieron a Gustavo desplegar la primera auténtica artillería de campo de la era de la pólvora. En opinión de algunos historiadores, este logro representó nada menos que una «Revolución Militar». Aunque así fuera, aquellos progresos no fueron universalmente reconocidos por los contemporáneos como una revolución: después de su muerte, incluso el ejército sueco a veces volvió a usar armas más grandes por ser más adecuadas a las operaciones de asedio que dominaron las guerras de mediados del siglo xvii en Europa. No fue hasta un siglo después, gracias a las innovaciones de Federico el Grande, que estudió y apreció el ejemplo sueco de la centuria anterior, cuando la artillería de campaña se convirtió en estándar en todos los ejércitos modernos.

Otros progresos atribuidos a Gustavo Adolfo estuvieron

relacionados con las innovaciones tácticas. La principal consistió en restablecer el antiguo principio de concentración de la fuerza en un punto elegido de superioridad en el campo de batalla. Su innovación consistió en concentrar el fuego sobre objetivos bien seleccionados, lo cual supuso una práctica altamente efectiva y novedosa.

Mosqueteros de la
Guerra de los Treinta
Años. Grabado.



En cuanto a los avances en la infantería y caballería, el rey de Suecia reformó la primera incrementando la proporción de mosqueteros sobre los piqueros en una relación de dos a uno, con variaciones, de modo que hubo más hombres en cada brigada —la principal formación sueca— capaces de hacer fuego contra el enemigo y, por tanto, con mayor poder de golpear.

También se buscó la movilidad de los mosqueteros y piqueros. Para los primeros se adoptó en los mosquetes la llave de rueda —mecanismo de fricción para disparar un arma de fuego— y, para los segundos, se acortó la pica a 3,35 metros frente a los 4 y 5 metros que medían con anterioridad. Todo ello hizo más ligeros y maniobrables a los piqueros y también a los mosqueteros que los protegían. Pero no solo se llevó a cabo la mejora técnica, también se acometió la preparación y entrenamiento de los

mosqueteros y artilleros.

Pero quizá los principales avances radicaron en las nuevas divisiones tácticas. La brigada, como se ha dicho, constituyó la principal formación sueca. Su uso, como unidad militar de tamaño superior al de un regimiento, fue iniciado por el rey Gustavo Adolfo el Grande de Suecia en 1628. En esa fecha organizó su infantería en compañías de 150 hombres, con cuatro compañías formando un batallón (600 hombres), ocho compañías un regimiento (1.200 hombres) y tres regimientos una brigada (3.600 hombres); cada brigada ostentaba un estandarte de un color distinto. La agrupación de regimientos por brigadas permitió un uso más ágil, flexible y adaptado a las circunstancias.

En general, para explicar los avances tácticos suecos se ha utilizado la contraposición con las «viejas» formaciones de los cuadros de infantería densos, propios de los sólidos y menos móviles tercios españoles, que tantas victorias habían logrado hasta entonces. Todavía en la Guerra de los Treinta Años, la mayoría de los ejércitos se organizaban en cuadros o batallones ordenados en diez filas —y, por ello, denominados de «orden profundo»— con piqueros en el centro y arcabuceros a los lados. Ante su vulnerabilidad al fuego enemigo, se concibió la noción del «orden estrecho». Los batallones se extendieron en largas líneas de tres o cuatro filas de hombres, entremezclando piqueros y mosqueteros. La disposición extendida, articulada y flexible permitía extender la línea de fuego e incrementar su cadencia al disparar por turnos. Esta táctica del fuego continuo se conseguía fácilmente porque después de disparar las filas delanteras se arrodillaban y esto permitía a

las filas interiores y traseras no solo tener más claros sus campos de fuego, sino también estar siempre listas para repeler un ataque con sus mosquetes cargados. Así pues, las líneas de infantería de «orden estrecho» otorgaron al ejército sueco una mayor maniobrabilidad táctica, y el pequeño cañón de hierro, colocado delante de la infantería, aumentaba la potencia de fuego en ataque o defensa.

Aunque en un combate sueco, el arma principal y el peso decisivo lo llevaba la infantería, la caballería era también crucial. En general, su despliegue en el campo se realizaba de forma más tradicional en las alas de la infantería, desde donde podían, mediante acciones ofensivas, atacar a la caballería enemiga y explotar sus brechas o flancos traseros o más expuestos. Gustavo Adolfo aprovechó su experiencia, extraída de las guerras polaco-suecas (1621-1629), para modelar su caballería sobre el magnífico caballo polaco, que, bastante desconocido en la Europa occidental, todavía dominaba la guerra de la Europa oriental. Efectivamente, Gustavo Adolfo había comprobado cómo los suecos, montados en caballos más pequeños, no podían luchar contra la caballería polaca en igualdad de condiciones. Los polacos, armados con largas lanzas o kopias, montaban en grandes caballos de batalla y solo utilizaban sus pistolas antes de atacar al galope. Igualmente, debido a que muchos jinetes suecos solo llevaban una pistola, (los reitres alemanes, por ejemplo, portaban invariablemente dos), la caballería sueca era incapaz de ejecutar la táctica de la «caracola» con la efectividad de sus oponentes.

Después de varios años evitando enfrentamientos de caballería a gran escala, Gustavo Adolfo diseñó un nuevo

modelo para mejorar la efectividad de su caballería. El tamaño medio de los caballos hacía imposible que el jinete vistiera una pesada coraza, así que Gustavo Adolfo despojó de su armadura a los soldados de caballería que de este modo ganaron más libertad de movimientos. Asimismo, reemplazó la pistola de bloqueo de rueda por el sable. Y suprimió las caracolas habituales destinadas a realizar las primeras descargas de fuego contra el enemigo. Gustavo Adolfo puso el acento en la caballería de choque y la velocidad en lugar de la potencia de fuego, entrenando a los caballos para trotar y galopar hacia el enemigo. Así sacó partido a la conocida «ferocidad militar sueca» y a la capacidad de perseguir al enemigo derrotado.

Todas estas ventajosas reformas tardaron, sin embargo, muchos años en aplicarse, incluso en el ejército sueco. Algunas investigaciones han demostrado que la caballería sueca nunca abandonó por completo las evoluciones de la caracola hasta la década de 1680.

En definitiva, el ejército sueco fue uno de los primeros en emplear técnicas modernas de combate, como, por ejemplo, la combinación de armas mediante la coordinación de ataques por parte de la infantería con el apoyo de la artillería y las unidades de caballería. Asimismo, Gustavo Adolfo fue también pionero en reemplazar su antigua guardia de oficiales superiores por nuevos profesionales a los que promovió y entrenó personalmente.

Sin embargo, a pesar de esta continuada labor de reforma en el ejército, Gustavo Adolfo confiaba más en la diplomacia que en la guerra para proteger y consolidar su reino del norte. De este modo recuperó las provincias bálticas de Suecia con una indemnización enorme que apaciguó a Dinamarca y puso fin a la guerra de Kalmar (1611-1613). También mediante negociaciones con Moscovia en 1617, logró anexionar algunas partes de Finlandia al imperio sueco en ese año. Cuando en 1620 firmó la paz con Polonia, lo hizo brevemente para reagruparse y capturar Riga al año siguiente.

En definitiva, el ejército sueco ha sido y sigue siendo considerado como uno de los primeros y mejores ejércitos permanentes de aquella época. Unas fuerzas armadas entrenadas y disciplinadas, con un espíritu de ferviente luteranismo y cierto patriotismo, que consiguió invertir la dirección de la guerra que hasta entonces había favorecido a

los Habsburgo. Gustavo Adolfo de Suecia, gracias a su nuevo modelo de ejército, su visión estratégica y sus bien ensayadas tácticas, intervino decisivamente y con éxito en Alemania, aunque solo durante dos años, hasta su prematura muerte en 1632. Pero sus reformas y sus generales continuarían aquella serie de éxitos.

El pequeño ejército de Hesse-Kassel o de la «princesa de Hierro»

Un capítulo de la guerra de gran interés fue el protagonizado por la princesa Amalia Isabel, esposa del landgrave calvinista Guillermo V de Hesse-Kassel (1602-1637), el más antiguo aliado de Suecia en Alemania.

Tras la firma del Tratado de Praga en 1635, Guillermo firmó un acuerdo con Francia, por lo que fue considerado enemigo del Sacro Imperio Romano Germánico. Atacado y expulsado de su territorio por el ejército del luterano Jorge II de Hesse-Darmstadt, hubo de partir al exilio con su familia. Además, al no poder pagar la deuda externa, que ascendía a 2,5 millones de florines, perdió una parte de sus posesiones.

En 1637, tras la muerte de Guillermo, su esposa Amalia Isabel (1602-1651), calvinista convencida, regresó con sus hijos del exilio a Kassel para luchar por los derechos de su primogénito. Este fue nombrado como nuevo landgrave con el nombre de Guillermo VI, pero su minoría de edad obligó a Amalia a encargarse del gobierno. Conocida como la «*princesa de Hierro*», sus principales designios fueron la restauración de Hesse-Kassel, la incorporación de Hesse-Marburgo en el territorio de su hijo, que fue vehementemente disputado por la rama rival de Hesse-Darmstadt, y el reconocimiento oficial del calvinismo en

Alemania, un postulado que no había sido incluido en la Paz de Augsburgo (1555) ni en la Paz de Praga (1635).

Para tales objetivos, la regente no solo mantuvo una astuta política diplomática de colaboración con Suecia y Francia, sino que preparó un ejército de 20.000 hombres con el apoyo económico de Richelieu. Ya anteriormente, su esposo el landgrave Guillermo V había comenzado a formar un ejército de mercenarios pagados por los territorios ocupados, como Frisia oriental, y por subsidios suecos y franceses, que habían convertido a Hesse-Kassel en uno de los pequeños estados antihabsburgo más importantes.

El 6 de marzo de 1645, las fuerzas de Amalia invadieron el norte de Hesse-Marburgo contra el luterano Jorge II de Hesse-Darmstadt, iniciando un conflicto dentro de la Guerra de los Treinta Años, conocido como *la «guerra Hessiana»*, que duraría hasta 1648. El ejército de Amalia logró imponerse al de Jorge II de Hesse-Darmstadt; finalmente, con la Paz de Westfalia, se anularon los acuerdos de 1627 y Hesse-Kassel logró mantener la posesión del norte de Hesse-Marburgo. Fue precisamente aquel ejército la piedra angular del éxito de Amalia, de ahí que algún historiador la haya denominado una «condotiera femenina».

Amalia también logró en Westfalia el reconocimiento de la igualdad del calvinismo con el luteranismo y el catolicismo en los estados del Sacro Imperio Romano Germánico. Antes de morir en 1651 pudo dejar el gobierno en manos de su hijo, el landgrave Guillermo VI.



Amalia Isabel de Hesse-Kassel por Ludwig von Siegen (1642).

En la última década, la historiografía alemana ha sido consciente de haber sobrevalorado en exceso el papel de la condesa o landgravina Amalia Isabel en la Paz de Westfalia al haberla considerado como una de las figuras más influyentes en el juego diplomático. Su fuerte posición se debió a la alianza con Suecia, que al mismo tiempo le permitió obtener importantes concesiones territoriales. Estudios posteriores, y entre ellos el de Kerstin Weiland, han matizado esta visión y han concluido que la influencia de Hesse-Kassel ha sido sobrestimada. La regente actuó con extrema reserva en el plano político; sus proposiciones en el Congreso de la Paz fueron constitucionalmente moderadas y se ocupó, sobre todo, de los intereses particulares de Hesse, como la restitución de los territorios ocupados y el pago de «satisfacciones». El resultado del Congreso de la Paz demostró la débil posición del landgraviato debido a su afiliación confesional y a una agotadora disputa de herencias con Hesse-Darmstadt. Por ello, no se puede hablar de

ganancias territoriales sostenibles y significativas, solo consiguió mantener y consolidar la posición anterior al conflicto armado.

Las fuerzas de la Francia de Richelieu

Se ha dicho hasta la saciedad que el triunfo francés se debió a la personalidad y la táctica de Richelieu y que en el momento de su muerte, el 4 de diciembre de 1642, este había logrado realizar completamente su programa iniciado en abril de 1624 cuando entró al servicio del rey en el Consejo Real. Desde aquel momento, Armand Jean du Plessis (1585-1642) ofreció al rey una misión llena de ambición:

Procurar la ruina del partido hugonote, humillar el orgullo de los grandes, sujetar a todos los súbditos a su deber, y elevar el nombre de su majestad entre naciones extranjeras a su reputación legítima.

Las ideas políticas de Richelieu dieron a Luis XIII un instrumento poderoso que le serviría para emerger como gran soberano tras la Guerra de los Treinta Años. El ejército francés, comandado por grandes capitanes, como el duque de Rohan, quien había luchado a favor de los hugonotes en La Rochelle en 1628, el vizconde de Turenna y el príncipe de Condé, obtuvo numerosas victorias, como lo demuestra la larga lista de triunfos franceses: Avins y la Valtelina en 1635, Tornavento en 1636, Leucata en 1637, La Rota en 1639, Casale y Turín en 1640, Wolfenbüttel en 1641, Kempen y Lérida en 1642, Rocroi en 1643, Friburg en 1644, Allerheim (o 2.^a de Nördlingen) y Lhorens en 1645, Zusmarshausen en 1647 y Lens en 1648. Sin embargo, a pesar de estos grandes personajes y sus victorias militares, los historiadores están desmitificando esta versión.

Para comprender el esfuerzo militar francés a partir de

1635, hay que tener en cuenta las consideraciones del historiador David Parrot, quien explica cómo se fraguó el mito, la creencia de que Richelieu reformó el ejército francés durante los años de su gobierno, logrando una transformación en tamaño, organización, disciplina y tácticas que llegó a anular la superioridad del ejército español e hizo posible la victoria francesa en Rocroi. El mito, basado en los escritos del propio Richelieu, sus *Memorias* y su *Testamento Político*, ha servido para crear y desarrollar una interpretación que estuvo lejos de la realidad.

Los antecedentes son, sin embargo, diferentes si se tienen en cuenta los casi desastrosos primeros años de guerra y la sorprendente falta de un progreso militar real durante el ministerio de Richelieu. El cardenal no había previsto una guerra a gran escala, subestimó la resistencia y capacidad militar de las fuerzas Habsburgo y apenas intentó transformar los ejércitos franceses para acometer la nueva dimensión del desafío militar tras 1635.

Los que aceptan la versión de una guerra cuidadosamente planeada por Richelieu se basan en que trató de aumentar el tamaño del ejército de forma espectacular en los primeros meses de la guerra. Sin embargo, la cifra utilizada de 120.000 efectivos —que supuestamente se incrementó hasta incluso 175.000 hombres para toda la guerra— es completamente errónea, dice Parrot, ya que esta y las demás están basadas en estimaciones previas a las campañas y no se corresponden a soldados efectivos sino a unidades de pago.

Según las muestras o revistas, el ejército francés en 1635 apenas ascendía a 60.000 infantes y entre 8.000 y 9.000

jinetes. Es verdad que otros 50.000-60.000 soldados fueron reclutados durante la campaña, pero sirvieron sobre todo para compensar las enormes pérdidas sufridas entre la tropa por muerte, enfermedades y heridas y, sobre todo, por la alta desertión. La utilidad de estas levass fue enorme porque, aunque no incrementaron significativamente el tamaño total del ejército, sí facilitaron que el ejército no desapareciera.

En los años siguientes, gracias al esfuerzo realizado para mantener levass constantes, el ejército francés pudo alcanzar los 80.000 o 90.000 hombres pero durante cortos periodos o en los llamados «picos álgidos». Durante los «picos normales», es decir, durante la mayor parte de la contienda, se calcula que el ejército francés contaba con 70.000-75.000 hombres, una fuerza sustancial proporcionada con respecto a los 40.000-45.000 hombres que mantenía Francia antes de 1635. Esos números pudieron alcanzarse sin ninguna reforma concienzuda de los mecanismos de reclutamiento y tuvieron una directa consecuencia en el esfuerzo militar. Y es que la guerra desde 1635 tuvo cinco o seis teatros de operaciones simultáneos, extendiéndose desde la frontera con Flandes hasta la fachada atlántica de los Pirineos occidentales. Por tanto, la mayoría de los distintos cuerpos de ejército franceses eran pequeños, incluso para los estándares de la Guerra de los Treinta Años.

El cuerpo de ejército destacado en Italia en 1635, por ejemplo, tenía oficialmente 10.000-11.000 infantes y 1.000 jinetes. Durante la mayor parte de cada campaña y en cualquier frente, casi todos los comandantes realizaron operaciones militares con menos de 10.000 soldados. Esto se demuestra, por ejemplo, en la batalla de Honnecourt, el 26

de mayo de 1642, cuando las tropas de Francisco de Melo se enfrentaron con las del mariscal de Francia De Guiche, que ascendían a 10.000 hombres.

Con el paso del tiempo, la caballería fue ganando protagonismo en los enfrentamientos debido a la necesidad de combinar la ocupación de extensos territorios con la exigencia de tácticas asociadas con campañas de movimientos rápidos, sorpresas y razias en territorio enemigo. La caballería se había convertido en el cuerpo que lograba las victorias y por ello la proporción del número de jinetes se incrementó, llegando a un tercio e incluso a la mitad del total de las tropas en muchos ejércitos. Cuando en 1636, el ejército de Flandes invadió el noroeste de Francia, la proporción de sus fuerzas era de 10.000-12.000 infantes y 13.000 jinetes.

En la caballería francesa no ocurrió lo mismo, pues solo pudo alcanzar el 10 por ciento de los efectivos totales y raramente sobrepasó el 20 por ciento. En la mayor parte de los teatros de operaciones, durante el ministerio de Richelieu, la caballería francesa siempre resultó insuficiente ante sus enemigos.

Si Francia, a pesar de tener mayor población y recursos que sus enemigos y aliados, fue incapaz de levantar grandes ejércitos, esto se debió a dos razones o factores fundamentales. En primer lugar, a la enorme deuda estatal que se incrementó a partir de 1635, agravada por intereses económicos de ministros y clientelas y una red de financieros que gestionaba préstamos a gran escala con elevados intereses. Pero la debilidad fiscal era un tema común a todos los estados europeos a excepción de las

Provincias Unidas. En general, los gobiernos tuvieron que administrar sus ejércitos con enormes dificultades financieras, a las que se unían el despilfarro, la corrupción y los problemas logísticos; era casi imposible hacer llegar el dinero a los soldados y que estuvieran regularmente abastecidos y pagados.

En Francia, el modelo de los empresarios militares alemanes no cuajó debido al recuerdo de la mala experiencia que conllevó este sistema en las guerras de religión durante la segunda mitad del siglo xvi. Desde entonces, la corona francesa evitaba ceder el control del reclutamiento y mantenimiento de las tropas a empresarios militares; sin embargo, tuvo a sueldo tropas mercenarias extranjeras —e incluso ejércitos enteros, como el del duque de Sajonia-Weimar—, que llegaron a conformar el 20 por ciento de las fuerzas en armas. Pero a los súbditos del país no les fue permitido invertir en la guerra con un contrato explícito. Y esto fue perjudicial para Francia, según Parrot, puesto que la Corona no era capaz de financiar un ejército sostenido de forma directa. Así, «la realidad fue una desastrosa mezcla de participación estatal y privada (no reconocida), lo que impidió obtener los beneficios de ninguno de los dos sistemas, pero sí las desventajas de ambos».

Otra característica propia del ejército francés que complicó la creación de grandes ejércitos era la peculiar situación de la oficialía. La Corona, al mismo tiempo que rechazaba la contratación militar oficial, no aceptaba la idea de que los oficiales poseyeran los derechos de propiedad sobre las unidades militares o sus soldados. Como en otros estados europeos, Francia detentaba una cultura que

otorgaba preeminencia social y estatus a la nobleza militar y el gobierno francés trató de explotar esa demanda de empleos oficiales entre la élite francesa. Aquellos que aspiraban al mando de una compañía o regimiento debían contribuir con sus propios recursos a la recluta y avituallamiento de sus tropas. Cuando la Hacienda Real no podía hacer frente a los pagos del ejército, se presionaba a los oficiales para que adelantasen ellos más dinero con el fin de sostener las unidades. Pero estos pagos forzosos no eran parte de una «inversión». En teoría el capitán o coronel era un simple empleado real, al igual que sus propios soldados. Si aceptaba este estatus de «empleado» y rechazaba adelantar su propio dinero y crédito para sustentar su unidad, entonces la unidad corría el riesgo de desaparecer debido a la desertión y podía ser «reformada»: los soldados restantes serían redistribuidos entre otras unidades y el oficial al mando y sus subalternos serían licenciados sin compensación alguna. Si esto sucedía, era más fácil, y más barato, otorgar nombramientos a nuevos oficiales con crédito y disposiciones para ello.

Esta práctica tuvo consecuencias ruinosas para la efectividad del ejército francés. Detentar el mando militar era un servicio muy gravoso a los oficiales, por ello solían desempeñarlo durante una o dos campañas antes de retirarse del servicio y de que los costes se hicieran demasiado onerosos o que sus unidades fueran disueltas. Esta situación llevó a una gran corrupción, puesto que todos trataban de recuperar, tanto como les fuera posible, la «inversión» realizada. Así, los fraudes en las muestras, la apropiación indebida de fondos destinados a sus soldados o

extorsiones para obtener dinero de la población local formaron parte de la vida militar habitual. Cuanta más alta era la oficialidad, el gobierno más esperaba que utilizase su propio crédito para cubrir la incapacidad de la Hacienda. Aunque hubo excepciones, la mayoría de los capitanes y coroneles limitaron los riesgos tanto como fuera posible: las campañas empezaban tarde, se evitaban las operaciones costosas y un modesto éxito militar podía ser la excusa para acabar la campaña prematuramente.

A pesar de ello, el ejército francés contó con oficiales militares competentes y profesionales, especialmente en los permanentes y elitista «régiments entretenus», que ofrecían la posibilidad de construir una carrera militar y servir a la cabeza de tropas experimentadas y veteranas.

En la cultura militar francesa existía una serie de consideraciones sobre el comportamiento de la oficialía. Todo se excusaba, hasta las malas prácticas financieras, pero nunca en combate, es decir, cualquier acto de desobediencia o cobardía podía ser pasado por alto, menos en el campo de batalla. Además, como han señalado también Jonathan Israel y Davide Maffi, antes de rendirse, el gobernador de una plaza fortificada debía oponer una debida resistencia, en caso contrario se consideraba un delito grave que merecía la pena capital.

En general, aquel sistema, que impedía a los oficiales tener el derecho de propiedad de sus tropas reclutadas al mismo tiempo que explotaban sus recursos financieros, contribuyó a corroer la profesionalidad y la disciplina militar. Como consecuencia de ello, la mayoría de los oficiales sirvieron en el ejército un tiempo demasiado corto

como para adquirir las cualidades profesionales basadas en la experiencia. Por su parte, los altos mandos optaron, asombrosamente, por el absentismo del ejército. Así se deduce del gran número de edictos y proclamas con largas listas de infractores, en su mayoría oficiales franceses ausentes durante las campañas.

El gobierno de Richelieu trató de salir al paso de estos problemas con una administración militar centralizada. A pesar de la hipótesis de algunos historiadores que señalan que su gobierno realizó una revolución en la administración militar, según Parrot, no hay indicios de ello. Fueron los llamados *commissaires des guerres* los que se encargaron de la organización de la disciplina, pagos, suministros y equipamiento del ejército. A partir de 1635, el número de estos comisarios fue en aumento, aunque con el único objetivo de obtener beneficios de la venta de dichos oficios. Este cuerpo no conllevó una administración más efectiva. Pocos comisarios fueron capaces de enfrentarse a los problemas de disciplina, corrupción y extorsión de los regimientos. Su connivencia con los mandos militares favoreció la prosecución de las muestras fraudulentas y apropiación indebida de fondos.

La evidencia del fracaso en el control administrativo del ejército llevó a Richelieu a apoyarse en los *intendants d'armée*, medida que obtuvo una mejora muy limitada. Los intendentes tuvieron una capacidad reducida para resolver las exigencias logísticas más esenciales de los cuerpos del ejército, como el suministro regular de las raciones diarias de pan y municiones. Los contratos de suministros eran negociados de forma centralizada entre los ministerios de

guerra y finanzas y contratistas a gran escala. Los comandantes en los teatros de operaciones no tenían una implicación directa en estos contratos ni en la elección de los contratistas —los *munitionnaires*— ni en los términos negociados. Cuando estos contratos fracasaban o se atrasaban, Richelieu confiaba en sus propias clientelas para resolver los fallos de los contratos, los cuales trataban de atender las necesidades más acuciantes. Estas soluciones «personalistas» para problemas del gobierno, característica del ministerio de Richelieu, tuvieron éxito algunas veces, si bien más a menudo llegaron muy tarde o fracasaron.

Por todo ello, expone Parrot en sus conclusiones, el éxito de las tropas francesas en Rocroi fue excepcional e inusitado. Lo mejor del ejército lo constituía un núcleo de oficiales veteranos y también de soldados cuya firmeza y determinación estaban fuera de cuestión. Esta élite aceptó el liderazgo de un inexperto militar de veintiún años, el duque de Enghien, cuya espontaneidad y flexibilidad táctica se convirtió en el rasgo distintivo de su posterior carrera. Con todo, el ejército había sido objeto de una reforma superficial durante el gobierno de Richelieu. La expansión militar, condicionada por el rechazo a los empresarios militares y a los recursos financieros y organizativos que podían aportar, generó tensiones debilitadoras. El compromiso resultante entre un ejército más grande, teóricamente integrado por empleados del rey, y la coerción sobre estos para contribuir al mantenimiento y salvaguardia de sus tropas tuvo un impacto pernicioso en la moral, la profesionalidad y la efectividad del mismo. Rocroi fue una victoria alcanzada no por un transformado ejército «moderno» que derrotó a la

«retrógrada» organización de su enemigo hispánico, sino por un extraordinario giro en la fortuna de la guerra, explotado con coraje, tenacidad y un liderazgo inspirador.

Fue en la década de 1660 cuando Luis XIV y sus ministros de la guerra, a través de una serie de reformas militares, lograron crear la majestuosa maquinaria militar francesa de finales del siglo XVII.

Los recursos humanos: generales, capitanes y soldados. ¿«Falta de cabezas»?

No puede un rey militar en todas partes personalmente; más puede y debe enviar generales que manden con las obras, y no con la pluma.

Así escribía Quevedo (1580-1645) en su *Política de Dios y gobierno de Cristo*, alentando a los monarcas a ponerse al frente de sus tropas y, en caso necesario, a enviar sus mejores generales.

Sin embargo, eran sabidos los riesgos que corrían los monarcas al ponerse al frente de sus ejércitos, los cuales, además, eran difícilmente sustituibles. Durante la Guerra de los Treinta Años, tanto Gustavo Adolfo como Cristian IV personificaron el ideal del rey guerrero, pero el primero murió comandando sus tropas en la batalla de Lützen en 1632, mientras que el segundo perdió un ojo cuando se encontraba al mando de la flota danesa. Otros gobernantes acompañaron también a sus ejércitos, como Federico V del Palatinado, y algunos incluso tomaron el mando en alguna ocasión, como lo hicieron el emperador Fernando III, Juan Jorge de Sajonia y Maximiliano de Baviera. La presencia real no fue algo extraño en las guerras europeas del siglo XVII. También el rey de Francia Luis XIII salió con sus tropas y el propio Felipe IV acudió a la frontera catalana.

Monarcas y gobernantes necesitaban apoyar su política militar en un buen abanico de nobles o «cabezas militares» dotadas para la guerra y dedicadas a ella. Pero esa nobleza debía demostrar no solo su cuna, también debía manifestar la virtud o virtudes propias para la guerra. En el debate suscitado en aquel tiempo en el ámbito de la monarquía española sobre los dos conceptos —la cuna y/o la virtud—, los escritores bien experimentados, tanto en la pluma como en la espada, se decantaron por dar prioridad al segundo aspecto. El capitán Flaminio della Croce resumía la nobleza en una entrega personal a la guerra, dejando a un lado los hechos valerosos de los antepasados. También el barón de Auchy se situaba en las mismas posiciones al desacreditar a los nobles únicamente influyentes por el pasado familiar y no por su consagración a las armas.

Porque son muchos más los que viven holgazanes i contentos con la vanidad de la sangre que los que salen generosos por no querer degenerar. Porque al fin la nobleza no es principio necesario de virtud, ni el nacimiento grande fuente de acciones grandes ni astro de generosas influencias, pues la procreación natural la virtud ni lo es el traer origen de gente ilustre. Ventura si sigue la nobleza verdadera la que cada uno se adquiere por virtud propia, a que se desea que sirva de estímulo la que se halla granjeada por los pasados para que con su imitación se procure conservarlas.

Auchy devolvía una vez más el debate sobre el ser nobiliario a sus términos más estrictos y, por tanto, más conflictivos, los que contraponían la sangre a los méritos personales en una cuestión tan delicada como era la defensa de la Monarquía.

En las décadas de 1620 y 1630 estaba clara la distancia entre la sangre y la guerra, que era la misma que separaba a la nobleza de cuna del mando militar. En 1624 Lanario y

Aragón podía decir con toda naturalidad que «la reputación y buen nombre del capitán general tiene el ejército unido si esto nace de su virtud, porque ni la sangre ni autoridad la da si no es el valor y el esfuerzo».

También Tomás de Rebolledo, en su versión de Osonandro editada en 1635, explicaba que «no son del todo necesarias en el capitán la nobleza del linaje ni los bienes de fortuna».

Aquella consagración a las armas fue cada vez más necesaria para la política militar de España en Europa, pues fue a partir de 1632 cuando la Guerra de los Treinta Años invirtió su tendencia. La llegada de Suecia a los campos de batalla del centro de Europa puso en entredicho el continuado éxito militar de los Habsburgo. Desde entonces aquellas victorias se hicieron más dificultosas y, por tanto, más excepcionales. Asimismo, el cambio generacional de los gobernantes, y sobre todo de los generales y capitanes que iniciaron la contienda en 1618, hizo que ya el conde-duque de Olivares recurriera a un lamento continuado sobre la escasez de generales experimentados o cualificados, lo que él denominaba «falta de cabezas». En realidad, se trató de uno de los argumentos o excusas más recurrentes del ministro para justificar ante el rey Felipe IV los reveses militares sufridos a partir de entonces.

¿Existieron en realidad escasos militares cualificados en los ejércitos de la monarquía española de la primera mitad del siglo xvii?

El tema sugiere el debate entablado sobre la realidad o no de esta «falta de cabezas». Para González de León, hubo realmente en el ejército de la Monarquía una considerable

«falta de cabezas», pero, aunque ofrece su interpretación de las posibles causas, no proporciona datos de tal afirmación. Según sus palabras:

Dentro de este proceso de lenta desintegración, el año de 1609 representó una fecha clave, ya que con la firma de la Tregua con las Provincias Unidas se produjo una nueva desmembración del ejército, comenzando la imparable decadencia de la maquinaria militar hispana. En ese año, la reducción de los efectivos del ejército provocó el retiro de muchos veteranos de las posiciones de mando, con la pérdida irreparable de numerosos elementos cualificados que no fueron reemplazados en los años siguientes. Se produjo una verdadera falta de cabezas, por lo que no sorprende que durante los años posteriores a 1621, cuando volvió a estallar la guerra en los Países Bajos, se intentara cambiar las cosas, buscándose desesperadamente un equilibrio entre profesionales y cortesanos. Se procuró reconstruir los cuadros de mando del ejército intentando reintroducir oficiales expertos, pero sin resultados aparentes. De hecho, el devenir del ejército fue bien distinto. La crisis militar que ratificó la salida de Ambrosio Spinola, y que motivó las rivalidades intestinas entre los altos cargos del ejército, conllevó toda una serie de notables derrotas a finales de la década de 1620.

La tesis de González de León suscitó un vivo debate, comenzando por Davide Maffi, quien refutó gran parte de su planteamiento, y apoyado por Antonio Espino, quien defendió su trabajo algo más tarde. Para Maffi, y la mayoría de los historiadores, el fin de la supremacía española en los Países Bajos en su largo desafío contra Holanda y Francia se debió fundamentalmente a la ruina financiera de la Monarquía. A ella se sumó la crisis demográfica causada por las epidemias que asolaron los territorios peninsulares e italiano y la adversa coyuntura económica. Sin embargo, González de León ha ofrecido una interpretación muy diferente, al afirmar que los oficiales hispanos fueron los que llevaron a sus hombres al desastre. La oficialidad del ejército

de Flandes, en la fase más trascendental dentro de la lucha por la supervivencia de la monarquía, se mostró totalmente inadecuada, incapaz de poder hacer frente a los más preparados y altamente capacitados oficiales que estaban en servicio en los ejércitos rivales, condenando inevitablemente a España a su derrota y hundimiento gracias a su ineptitud.

Un año más tarde, Espino López redimió el trabajo de González de León en otra reseña en la que expuso, paso a paso, las aportaciones del libro sin hacer ninguna crítica al paradigma propuesto por González de León.

En la década de 1630, fue desapareciendo una primera generación de militares muy notable, en la que se incluían el gran estratega Ambrosio Spinola, muerto en el sitio de Casale el 25 de septiembre de 1630; el duque de Feria, fallecido en Múnich el 11 de enero de 1634 Carlos Coloma, militar y diplomático, que murió en Madrid en noviembre de 1637. También en 1632 sucumbieron el conde de Tilly, Gustavo Adolfo de Suecia y, en la misma batalla de Lützen, Gottfried von Pappenheim, sin olvidar a Wallenstein, asesinado el 25 de febrero de 1634 y a Johann Graf von Aldringen, muerto en la batalla de Landshut el 22 de julio de 1634. En 1638 murió el general alemán Bernardo, duque de Sajonia-Weimar con treinta y cuatro años (1604-1638), al servicio de la causa protestante. Una de las muertes más precoces fue la de Christian de Brunswick, que falleció por enfermedad en 1626 a la edad de veintisiete años. Tiempo antes había recibido una grave herida, por la que tuvo que ser sometido públicamente a una amputación del brazo izquierdo en medio de una fanfarria de trompetas. Pronto se acuñó una medalla con la inscripción «*Altera restat*»,

(«todavía tengo el otro») con el que continuó luchando.

Algo similar al cambio generacional entre los comandantes militares ocurrió con los mandatarios. Federico V, elector del Palatinado, murió el 29 de noviembre de 1632. El emperador Fernando II falleció en 1637 y le sucedió su hijo Fernando III, que viviría hasta 1657. De los que iniciaron la contienda, solo algunos sobrevivieron a la Guerra de los Treinta Años, entre ellos Christian IV de Dinamarca, que pereció en 1648; Maximiliano I de Baviera, que expiró el 27 de septiembre de 1651; y el príncipe elector Juan Jorge I de Sajonia, que vivió hasta 1654. La siguiente generación, protagonista de las últimas décadas de la Guerra de los Treinta Años, ha tenido quizá menor repercusión historiográfica, como ya se ha dicho, por menos estudiada. Este periodo se caracterizó por un enfrentamiento continuo entre oponentes más equilibrados, pero también por una mayor planificación por parte de los generales de las campañas que debían desarrollar. El éxito exigía llevar a cabo campañas estratégicas, en las que las batallas, los sitios, las maniobras y la logística desempeñaban un papel cada vez más importante, anticipando la dimensión operacional de la guerra.



Retrato del duque Christian de Brunswick, sobrino de Christian IV de Dinamarca. Presenta una ortopedia en el brazo izquierdo.

A la muerte de Gustavo Adolfo de Suecia, los comandantes suecos Gustavo de Horn (1592-1657) y Johan Gustaf von Banér o Banier (1596-1641) tomaron el mando de los ejércitos suecos y destacaron en los campos de batalla alemanes, al mismo tiempo que Axel Oxenstierna tomaba el mando del gobierno civil. Desde 1630, Horn desarrolló una brillante carrera militar, cuya única gran derrota fue la batalla de Nördlingen, en la que fue hecho prisionero. Banér murió el 10 de mayo de 1641, posiblemente de una cirrosis hepática causada por su consumo excesivo de alcohol. También formaron parte del recambio generacional sueco Leonard Torstensson (1603-1651), mariscal sueco que ganó la batalla de Jankov, cerca de Praga, y Carlos Gustavo Wrangel, general y almirante sueco (1613-1676).

En el ejército imperial, el recambio vino de la mano del general Matthias von Gallas (1589-1647), vencedor junto al cardenal infante don Fernando de la batalla de Nördlingen (1634); Johann von Werth (1594-1652), general de caballería que luchó a favor de los Habsburgo desde 1620 hasta el final de la guerra; Ottavio Piccolomini (1599-1656), general y

diplomático italiano que fue alternando sus servicios entre las dos ramas de los Habsburgo; Franz von Mercy (1597-1645), de origen lorenés, llegó a ser general comandante de las tropas bávaras; y Raymond conde de Montecuccoli (1609-1680), general italiano al servicio de los Habsburgo y cuya carrera militar en la Guerra de los Treinta Años le sirvió para plasmar su experiencia en varios tratados de guerra.

Entre los comandantes del ejército francés que aparecieron en el horizonte de la segunda parte de la Guerra de los Treinta Años hubo algunos de ellos que mostraron excepcionales capacidades de mando, como Harcourt, Guébriant y Turenne. Aunque todos ellos sufrieron a menudo el desamparo financiero y logístico por parte de Richelieu, comprometieron su propio capital económico y reputacional en estrategias arriesgadas en la guerra. El primero, Henri de Lorraine, conde de Harcourt (1601-1666), estuvo muy ligado a la guerra entre Francia y España, en el Pirineo catalán y en el norte de Italia. Salió victorioso en la batalla de Leucata (en el Pirineo) y Chieri (en el Piamonte) en 1637 y llegó a rendir la ciudad de Turín en 1640. Entre 1645 y 1647 fue virrey de Cataluña.

Por su parte, Jean-Baptiste Budes, conde de Guébriant (1602-1643), luchó al frente del contingente francés de 1638 a 1639 en el ejército de Bernardo de Saxe-Weimar y con brillantez en el asedio de Breisach en 1638. A la muerte de Bernardo, recibió el mando de su ejército. Gracias a sus victorias en Wolfenbüttel, el 29 de junio de 1641, y en Kempen en 1642, llegó a ser nombrado mariscal. Sin embargo, fracasó en la empresa de invadir Baviera junto a Torstensson y, finalmente, murió por heridas el 17 de

noviembre de 1643.

Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena (1611-1675), fue uno de los generales franceses de la Guerra de los Treinta Años que tendría mayor fortuna posterior al convertirse en ministro de la guerra de Luis XIV. Su ventura se inició gracias a la derrota definitiva que infligió, junto al ejército sueco de Wrangel, a los alemanes en Züsmarshausen, lo que significó el final de la Guerra de los Treinta Años.



Retrato ecuestre de Enrique de la Tour d'Auvergne-Bouillon, vizconde de Turena, como mariscal de Francia, por Adam Frans van der Meulen.

A diferencia de otros generales como Luis II de Borbón-Condé, Turena trató de evitar los ataques frontales, pues prefería utilizar maniobras antes de la batalla para colocar a sus oponentes en una situación de desventaja. Asimismo, al contrario de las decisiones habituales de la mayoría, nunca trató de finalizar las campañas con una batalla decisiva, sino que realizaba sus planes estratégicos con buen juicio, habilidad y paciencia, teniendo claro los objetivos de la campaña. Un claro ejemplo de ello fue la conducción de la batalla de Turchkeim en la campaña para la expulsión de los imperiales de Alsacia. Asimismo, Turena, consciente del problema —antes mencionado— de la relación entre la

autoridad real y los oficiales, contribuyó eficazmente a mejorar e intensificar dicha relación. A todo ello cooperó su carácter más definido por su constancia y meditación que por su brillantez. Contrariamente a la experiencia general, dicho carácter fue experimentando con el tiempo una transformación hacia el ímpetu y la fogosidad. En sus primeros años rara vez se aventuraba a dar una batalla, excepto cuando la victoria estaba casi segura, pero la confianza que le dieron sus victorias le confirieron la capacidad de diferenciar lo difícil de lo imposible.

Junto a Turena, también destacó Luis II de Borbón, duque de Enghien y príncipe de Condé (1621-1686), vencedor de Rocroi (1643) y de la segunda batalla de Nördlingen (1645), en la que derrotó al ejército bávaro, donde el conde Franz von Mercy, el último gran militar de los Habsburgo, perdió la vida. Condé hizo inscribir en su tumba la siguiente inscripción «*Sta, viator; heroem calcas*» («Detente, caminante; pisas a un héroe»).

A partir de 1635, cuando muchos de estos generales de los ejércitos franco-suecos luchaban contra el Imperio, España lo hacía contra los franceses. No solo el relevo generacional se hacía indispensable, también era preciso reactivar el prestigio del oficio de las armas. A partir de 1640, la difícil situación, también peninsular, hizo disminuir la consideración de la población hacia el ejército. Esa reputación fue desapareciendo no solo entre las clases nobiliarias, sino también entre las populares. Cuando el conde-duque mandó organizar un ejército para someter a los catalanes recientemente sublevados, ni uno solo de los grandes señores de Castilla —los duques de Medinacelli, de

Pastrana y del Infantado, el conde de Oropesa...— osó abandonar sus heredades para encabezar los tercios cuya coronelía el rey les había encomendado. Nada de esto quiere decir, evidentemente, que la monarquía española careciese de comandantes aptos. Uno de ellos era Diego Felípez de Guzmán, marqués de Leganés, primo de Olivares y partícipe en acontecimientos clave, como la victoria de Nördlingen. Leganés llegó a desarrollar una de las carreras más completas al servicio de la Corona como diplomático y hombre de guerra y de gobierno. El napolitano Carlo Andrea Caracciolo, marqués de Torrecuso, sirvió desde 1631 como maestro de campo en la campaña del duque de Feria en Alemania, asistiendo a la liberación de Constanza, al socorro de Breisach y a la expugnación de Rheinfelden; también estuvo en la batalla de Nördlingen (1634) y en 1635 en el asedio franco-saboyano a la ciudad de Valenza del Po. En este asedio protagonizó una intrépida hazaña que lo inmortalizó, al abrirse paso entre las trincheras sitiadoras y llegar a la plaza donde socorrió a la extenuada guarnición con abundancia de víveres y municiones. No solo eso. Su proeza se completó al regresar con sus hombres sanos y salvos cruzando de nuevo entre las líneas sitiadoras. Carlo Andrea sirvió también en Fuenterrabía y Salses; pero su caída se hizo patente a partir de la batalla de Lérida por sus marcadas diferencias con Leganés.

Junto al italiano Caracciolo, también el portugués Felipe da Silva sirvió como comandante de las fuerzas españolas en Cataluña, donde conquistó Monzón en 1643 y Lérida en 1644. Así pues, en realidad, la falta de cabezas fue en ocasiones más figurada que real, y el remedio podía resultar

peor que la enfermedad.

Los ejércitos mercenarios

La mayor parte de las guerras en Europa en el siglo xvii se libraban con fuerzas mercenarias que, reclutadas por un tiempo determinado, debían volver a sus casas tras las campañas e incorporarse a la vida civil. A partir de la Guerra de los Treinta Años, aunque el proceso de reclutamiento fue prácticamente el mismo, sí hubo una transformación importante y es que el mercenario lo era hasta la muerte o hasta el final de la guerra. Este tipo de ejército mercenario se convirtió durante el periodo de la Guerra de los Treinta Años en el instrumento decisivo del conflicto.

Semejante ejército no puede considerarse un elemento del sistema militar de un estado; más bien, los servicios de un ejército de este tipo estaban a disposición de cualquiera que pudiera reunir los medios necesarios para pagar las tropas. Gran número de soldados se reclutaban en el mercado mercenario europeo, particularmente alemanes y suizos. Los ejércitos de todos los contendientes eran multinacionales, y, por ello, el cronista veneciano Marino Sanuto los llamó ejércitos «*arca de Noé*».

Al principio de la guerra, la nacionalidad no desempeñó ningún papel en la elección del «empleador», el carácter multicultural de muchas asociaciones mercenarias se convirtió en una característica especial del sistema militar en la Guerra de los Treinta Años. El recurso a los mercenarios extranjeros no carecía de ventajas, tales como la rapidez, la profesionalidad o la mayor efectividad que podía derivarse del alejamiento de sus naciones de origen.

En el ejército de los Países Bajos existían seis grupos nacionales distintos: españoles, italianos, borgoñones, británicos, alemanes y tropas de los propios Países Bajos. Sin embargo, la gran mayoría de ellos eran súbditos del rey de España, pues, además de los españoles, borgoñones y de los Países Bajos, también lo eran los italianos reclutados en Lombardía, Nápoles o Sicilia. Como señalaba Bernardino de Mendoza (1540-1604), el rey podía reunir bajo su mando soldados de diversas naciones que eran además súbditos suyos:

En este punto ha hecho nuestro Señor a vuestra alteza tan poderoso príncipe que tiene reinos y muchas provincias donde podrá formar gruesos ejércitos de una nación, o diferentes, siendo todos sus vasallos...

Los mercenarios, en el sentido pleno del término, eran por tanto escasos en el ejército de Flandes antes de 1640. Entre estas nacionalidades destacaba la importancia de los españoles, no solo en cuanto a su presencia sino también por su número y el papel destacado que desempeñaban en el orden de batalla, siempre situados en el ala derecha, que implicaba mayor riesgo. A comienzos de la Guerra de los Treinta Años, aún pervivía fuertemente el prestigio de aquellos soldados experimentados alabados por Sepúlveda en el siglo anterior:

Los españoles, cuyo gran valor y habilidad para hacer la guerra son de sobra conocidos no solo de ti, sino de todos los hombres, como para tener que explicarlo con mi discurso y palabras. No es necesario buscar en las viejas historias el testimonio de sus valerosas y esforzadas hazañas, en todo momento realizadas, ni alabar la gesta de Sagunto o recordar la gloria de Numancia, en la cual, como es sabido, cuatro mil españoles resistieron durante catorce años a un ejército de cuarenta mil...

Sin embargo, España siempre tuvo escasa densidad demográfica para abastecer sus múltiples y continuas

necesidades militares. Por si fuera poco, la mayoría de los soldados conocidos genéricamente como españoles procedían de la corona de Castilla, lo que hacía imprescindible recurrir a otras naciones. No solo en el ejército de Flandes, también en los ejércitos de la Monarquía levantados para la Guerra de los Treinta Años, la mayoría de ellos eran súbditos del rey, bien procedentes de España, Italia (de Milán, Nápoles o Sicilia) o Países Bajos (los borgoñones, identificados a veces como valones o flamencos). En el ejército español de los Países Bajos en enero de 1621 había un 29 por ciento de españoles; 21,2 por ciento de italianos; 14,2 por ciento de valones; 13,2 por ciento de alemanes; y 6,5 por ciento de irlandeses además de un 16 por ciento de gente del país. Los auténticos mercenarios extranjeros eran los suizos y los alemanes, aunque a veces estos últimos eran aliados al estar integrados en unidades concedidas por el emperador. En 1621, los alemanes reclutados por los ejércitos españoles procedían sobre todo de zonas cercanas a los Países Bajos, como la región del Rin o los estados católicos de los obispos de Münster, Colonia o Tréveris. Los alemanes fueron los que más mercenarios aportaron a todos los ejércitos. Muchos de ellos no habían hecho otra cosa que combatir, lo que explica que al terminar la Guerra de los Treinta Años Alemania se convirtiera en la principal zona de reclutamiento de otros países.

Otras naciones tuvieron un papel marginal en los ejércitos españoles: suizos, grisonos, irlandeses, escoceses, franceses, corsos o albaneses aportaban tropas ocasionalmente y en cantidades escasamente significativas,

lo mismo que los súbditos de diversos príncipes italianos o alemanes aliados de España.

Fuera del ejército de la monarquía española, un ejemplo de la multitud de nacionalidades unidas en un regimiento de infantería fue el del mariscal de campo teniente Gilles de Haes (1597-1657), que en el otoño de 1644, parcialmente equipado con armamento por el elector de Baviera, se nutrió de mercenarios italianos que se unieron a los 534 alemanes, otros 218 italianos, 54 polacos, 51 eslovenos, 43 borgoñones, 26 griegos, 24 loreneses, 18 dálmatas, 15 franceses, 15 turcos, 14 checos, 11 españoles y 5 húngaros, 2 escoceses, 2 sicilianos y 1 irlandés.

Este no era un caso excepcional. Existen numerosos ejemplos en la documentación de aquella época que manifiestan la multinacionalidad de muchas unidades militares, así como la movilidad de los mercenarios y de sus comandantes. Bernhard Kroener, por ejemplo, conduce al lector a través de la impresionante actividad viajera del soldado escocés Andreas Melvill (Andrew de Melville), quien, durante el siglo xvii, sirvió en casi todas las partes de Europa.

Esta plurinacionalidad se reveló como vehículo de propagación de la lengua. Las tropas eran políglotas, pero la vida comunitaria en el ejército favoreció especialmente el desarrollo de un lenguaje militar que llegó a hablarse por toda Europa. Es sabido que el francés aportó algunos términos relativos al armamento como *arquebus*, *artillerie*, *cartouche* y *pique*, así como palabras que designan el frente y la retaguardia *avant-garde*, *arriere-garde*. La lengua italiana contribuyó con términos como *bastione*, *battaglione*,

infanteria, moschetto, scaramuccia, sentinello y squadrone. El castellano participó con palabras como *amotinarse, casco, guerrilla, merodear, tercio* y una cuantas con la terminación -ada, como *armada, retirada, escalada y emboscada*. Los alemanes aportaron términos relativos al rango y a las instituciones, como *admiral, advokat, barón, dekret, president y senator*.

Además de un gran número de nacionalidades diferentes, la mayoría de los regimientos mercenarios también incluían miembros de las más diversas clases sociales y agrupaciones. Ya no era exigencia previa para entrar en el ejército el hecho de haber nacido libre. El 52 por ciento de los soldados mercenarios era de procedencia urbana, a pesar de que la mayoría de la población era rural (casi el 90 por ciento). Estos porcentajes indican que los campesinos tenían más responsabilidades derivadas del agro y de las familias que les imposibilitaba considerar las oportunidades que ofrecía la vida militar; de hecho, pocos se sentían atraídos a abandonar sus casas para ganarse el sustento como mercenarios.

En general, no faltaban soldados en el mercado europeo, aunque en ocasiones, como en el reclutamiento realizado por Ambrosio Spinola para la guerra del Palatinado, hubo escasez y dificultades. El espectro de los que elegían la vida de mercenario era muy amplio: desde jóvenes de origen urbano, jornaleros y asalariados, estudiantes, hasta grupos socialmente marginados, como delincuentes o vagabundos. La decisión de incorporarse al ejército de mercenarios venía determinada, sobre todo, por las necesidades de subsistencia, aunque también existieron otras razones, como los deseos de aventuras y, en muchos casos, el fervor patriótico y

religioso. La gran duración del conflicto condujo al empobrecimiento y la ruina del pueblo, por ello, como escribió Parker, tras la actividad bélica «la mayoría de los soldados no sobrevivieron en la vida civil».

Solo los monarcas, emperadores, príncipes y las ciudades eran capaces de intervenir en la constitución, organización y conservación de poderosos ejércitos mercenarios. El mecanismo consistía en ofrecer a un coronel o capitán la formación de un cuerpo de tropas al mismo tiempo que se le proporcionaban los privilegios necesarios: la patente de oficial, la «carta de aprobación», así como la llamada «carta del artículo». La «carta de aprobación» o entrega, a menudo conocida como «papel de entrega», se usó para determinar el número de soldados por reclutar, así como el lugar del pago y de la entrega de los hombres reclutados y el número de unidades dentro del cuerpo que debía formarse con aquellos nuevos soldados. Por otra parte, «la carta del artículo» tenía como objetivo regular las relaciones jurídico-sociales dentro del regimiento.

La aparición de gran número de dirigentes mercenarios durante la guerra se debió a la perspectiva de compensaciones posteriores por parte del «empleador» y a las diversas oportunidades de enriquecimiento que el curso de la guerra podía ofrecerles.

Era también misión del empresario llevar a cabo la importante tarea de divulgar y propagar la operación de reclutamiento en un área determinada para atraer a los posibles combatientes. Esta labor consistía sobre todo en llamar la atención de los jóvenes y para ello atravesaban a menudo por las ciudades músicos, flautistas y tamborileros.

Un comisario de campo consignaba entonces los nombres y procedencias de aquellos que deseaban engancharse. Tras ser alistado, el soldado recibía una pequeña compensación económica en mano con la que debía trasladarse hasta el punto de encuentro o lugar de la muestra. Se trataba de un dinero para el viaje, aunque el auténtico cometido era incentivar el reclutamiento y a la vez utilizarlo en las marchas. A menudo se encontraban a mucha distancia del lugar de la muestra o plaza de reclutamiento o reconocimiento, de tal manera que el mercenario que se alistaba tenía que marchar durante varios días hasta llegar a su destino. En principio, aquel que aceptaba el *laufgeld*, es decir, el dinero para la marcha, ya era mercenario, aunque no hubiera jurado todavía el *artikelsbrief*, una especie de código de leyes de los mercenarios. Se supone que no siempre se hizo buen uso del *laufgeld*, ya que era difícil controlar si cada persona que lo recibía se presentaba en el lugar de la muestra. Renhard Baumann ha señalado que el abuso se mantuvo dentro de unos límites normales, puesto que para los *lansquenets* siempre había sido una obligación de carácter moral el presentarse en la plaza de reconocimiento, un cumplimiento que se fundamentaba en las normas sociales y en la propia identidad de los mercenarios. Sin embargo, es muy plausible que para los soldados de la Guerra de los Treinta Años estas consideraciones morales podrían haber tenido menor importancia, debido a la indigencia generalizada en que se vivía muchas veces y la necesidad de sobrevivir. No obstante, es dudoso que fuera ventajoso a los potenciales soldados huir con el dinero de la marcha. Este fondo solo

alcanzaba para unos días, mientras que las promesas del reclutador, así como la experiencia del alojamiento de los soldados en casas de ciudadanos y granjeros, sugerían a una persona desesperada la posibilidad de ser aprovisionada durante un largo tiempo si se inscribía en el ejército. Así, la mayoría terminaba por acudir a la plaza de reclutamiento.

Y ponderando riesgos y beneficios de la vida en el ejército, aunque pueda parecer paradójico, la vida como soldado ofrecía a veces más seguridad, ya que la muerte podía sorprender a todos por igual, siendo civil o mercenario, debido al hambre, las enfermedades y la violencia. En el transcurso de esa concentración, se distribuían las armas y el equipo a las tropas recién reclutadas. También se procedía al ritual que, como entrada simbólica en una comunidad, era realizado por el comandante o su representante, el comisionado. Para el reconocimiento de determinados mercenarios, se formaban tupidas filas y dejaban en el medio libre una calle por la que pasaban aquellos que se tenían que enfrentar al yugo. El yugo era una estructura o armazón consistente en dos alabardas clavadas en el suelo sobre las que descasaba una lanza. Quien pasaba bajo el yugo, entraba simbólicamente a través de la puerta de entrada en una nueva comunidad con costumbres propias, usos, derechos, obligaciones y riesgos. Tras el reconocimiento, se procedía directamente a la lectura solemne de la «carta del artículo» o *artikelsbrief* y a su juramento por parte de los soldados. El *artikelsbrief* cumplía dos funciones. Por una parte, el juramento representaba una promesa de fidelidad de los mercenarios hacia el «señor de la guerra» y, por otra, los combatientes se obligaban al

cumplimiento de un determinado reglamento. Aunque los contenidos de la «carta del artículo» variaban parcialmente, desde el siglo XVI se había introducido una reglamentación o normalización establecida en la Dieta de Spira de 1570. En general, el reglamento del *artikelsbrief* contenía disposiciones sobre la disciplina de los mercenarios, como, por ejemplo, la aceptación del mandato judicial y de la autoridad de los prebostes y los recaudadores de impuestos o la obligación de no alejarse de las tropas sin permiso de los coroneles. Al mismo tiempo, el *artikelsbrief* representaba un código de honor, dado que se incluía, por ejemplo, la prohibición de las blasfemias y la protección de iglesias y mujeres. Además, contenía disposiciones sobre el derecho del soldado, tales como el del botín, pero también algunas restricciones como la prohibición de llevar a cabo una hermandad o la reunión de soldados sin permiso de los coroneles. Con este juramento obligatorio, que vinculaba definitivamente el mercenario a la tropa, se daba por finalizado aquel ritual que duraba varios días.

Los sueldos de la tropa se pagaban generalmente de acuerdo con directrices definidas con precisión. Cada soldado recibía una cierta suma fija mensual, aunque de hecho la regularidad era poco habitual; en cambio, los oficiales resultaban siempre mejor pagados. El soldado mercenario, además del sueldo, recibía otros medios adicionales de sus «señores de la guerra». Entre ellos figuraban la provisión de alimentos, herramientas y suministros, así como los alojamientos necesarios.

En los territorios donde se establecían las tropas, el abastecimiento se proveía bajo la máxima de que «la guerra

debía suministrar a la guerra»; con este sistema se lograba casi siempre contribuir al sostenimiento de las unidades. Pero en la vida de los mercenarios hubo periodos en que no recibían ningún pago, entonces la vida se convertía en algo tan problemático que fue llamado *Gartzzeit* («tiempo de cocción»). Pero cuando recibían sus salarios pendientes y eran pagados y despedidos al final de una campaña, cobraban su deducción, generalmente un salario de medio mes. Muchas veces, por el contrario, el dinero y los suministros necesarios no alcanzaban para el mantenimiento de las tropas despedidas, que se veían obligadas a organizar sus propias provisiones hasta la siguiente campaña. En ocasiones, los gobiernos salieron al paso obligando a la población civil, mediante órdenes oficiales, a pagar impuestos para subvenir a las necesidades de estos soldados vagabundos. Con frecuencia, la población civil prefería ese desembolso a la violencia de bandas de soldados armados y vagabundos que afligieron tremendamente a las zonas rurales.

El mayor peligro para la vida de los soldados en la guerra, aparte de la lucha constante, fue el de las numerosas plagas y epidemias. Hoy se sabe que en el curso de la contienda perecieron más soldados por epidemias que por las consecuencias de las batallas y asedios. El tifus, la disentería y el escorbuto eran compañeros permanentes de las asociaciones mercenarias. Tales plagas surgían una y otra vez en los campos militares y masacraban ejércitos enteros, especialmente en el caso de largos asedios.

Los saqueos y la devastación constante de estas fuerzas mercenarias fueron decisivas para el desarrollo de una

profunda hostilidad de la población contra la guerra y, especialmente, contra ellas. Por encima de todo, las inseparables colas en la retaguardia de las unidades, que incluían las familias de los mercenarios y otras personas que buscaban beneficiarse de las necesidades del entorno (mercaderes, prostitutas, etc.), causaban innumerables disturbios, robos y ataques, favorecidos por el caos en la zona circundante. Los campesinos organizaron su propia resistencia frente a estas multitudes saqueadoras, que en ocasiones estaban en connivencia con la población local.

En abril de 1623, las tropas de Tilly habían recibido licencia para saquear como parte de su paga, e incluso habían irrumpido en hospitales, ayudando a esparcir epidemias por la campiña. De mayor consideración fue el saqueo de Magdeburgo llevado a cabo por los soldados de Tilly y Pappenheim en mayo de 1631, que mereció la reprobación de todos los gobiernos.

Los mercenarios, que vivían asociados en agrupaciones y disponían de su propio patrimonio y su propia jurisdicción, llegaron a convertirse en el principal enemigo de los civiles. Sus atrocidades —basta con pensar en su creatividad aterradora a la hora de inventar nuevos métodos de tortura— causaron un rechazo masivo por parte del pueblo a las fuerzas armadas más allá del final de la guerra y durante mucho tiempo después.

Con objeto de conocer mejor a estos mercenarios, conviene abordar su investigación en la línea historiográfica aportada por John Keegan, quien, en su estudio sobre *El rostro de la batalla*, eligió como protagonistas a los soldados «en el punto de máximo peligro», es decir, entre el miedo, el

ruido, la violencia, el valor, las explosiones, la confusión, etc. Es preciso analizar tanto las actitudes como las motivaciones de los combatientes, la importancia de ciertos códigos de conducta culturales, la naturaleza y la mecánica del mando, los altibajos en el rendimiento de los hombres, los factores que inciden en su desempeño, el impacto de la innovación tecnológica en el armamento, la captura de prisioneros, las heridas y su tratamiento, etc. Analizando estos factores antropológicos, psicológicos y culturales, se puede comprender mejor el mundo de los mercenarios.

Para Wedgwood, los grandes ejércitos de la Guerra de los Treinta Años, que resultaban normalmente de alianzas oportunistas, estaban fuera del control de cualquier Estado. La idea de un ejército nacional permanente estaba todavía en su infancia, de hecho es uno de los conceptos que la Guerra de los Treinta Años engendró. La mayoría de los soldados mercenarios, procedentes de toda una gama de diferentes países y de dudosa lealtad, incluso en el mejor de los casos, merodeaban cambiando de bando, dependiendo de quién pagara mejor. En realidad, muchos de estos ejércitos eran bastante serviles y levantaban enormes recelos tanto por su comportamiento —vivían sobre el terreno sin importarles el dueño— como por su tamaño y composición; por ello, eran muchos los que, en uno y otro bando, deseaban su pronta disolución.

Dentro del mundo de los mercenarios, existieron grupos a los que se denominaron los «hermanos de Merode», dedicados a la delincuencia y cuyos antecedentes podían encontrarse en los famosos «frabutes» del ejército de Flandes. Este era el criminal soldadesco por excelencia de la

guerra de Flandes. Aquella plaga del siglo ^{xvi} reunía a todo tipo de criminales que campaban por los Países Bajos españoles y a los que se los llamaba *boute-feux*, *voleurs*, *brigants*, *vributres*, *meurtriers*, *larrons de bois...* y también *vrijbouter* en holandés y *freeboter* en inglés, según aparecen denominados en los avisos públicos o *placards*, que las autoridades publicaban en tablones en los pueblos para advertir a los verdaderos soldados, campesinos y villanos de las penas que caerían sobre los criminales. Muchos de estos malhechores eran soldados o gente vinculada de algún modo a la milicia que recurría a la delincuencia para aliviar sus bolsas, maltrechas por la falta de paga, a pesar de las duras penas con las que el robo y la extorsión estaban penadas, generalmente con la horca.

La disciplina, al igual que las miras de los oficiales a la hora de enrolar indeseables en sus compañías, varió mucho según la época y el ejército. Ya en el último tercio del siglo ^{xvi} los *frabutes* eran habituales en las tropas que luchaban en Flandes. Así, por ejemplo, las fuerzas del duque de Alençon, hermano del rey de Francia, que en 1578 hizo campaña contra los españoles en el sur de los Países Bajos, estaban repletas de bandidos atraídos por el aroma del fácil botín. El sacerdote católico Claude Haton, que escribió unas interesantes memorias sobre la época, describió a las tropas de Alençon reunidas en Montereau, antes de partir, en los siguientes términos:

Todos eran vagabundos, ladrones y asesinos, hombres que renunciaron a Dios junto a las otras obligaciones terrenales que tenían. Estos matarifes eran los restos de la guerra, acribillados por la viruela y propios para la horca. Muriendo de hambre, salen a los caminos y campos para el pillaje, saqueo y ruina de la gente de las ciudades y aldeas, quienes caen en sus

garras en los lugares donde se aloja.



Placant de 1615 publicado en Bruselas contra los *frabutes* y otros tipos de delincuentes (Universidad de Gante).

No solo no desaparecieron durante la Tregua de los Doce Años, sino que, en 1607, 1609, 1613 y 1615, los archiduques Alberto e Isabel tuvieron que promulgar edictos contra ellos.

Según el capitán Alonso Vázquez, sargento mayor de la Milicia de Jaén, que combatió en Flandes y escribió una de las mejores crónicas de la guerra, define a los *frabutes*, de forma breve, como «soldados sin sueldo que viven de robar». Pero luego explica que:

Es bien se entienda que frabutes son como bandoleros o forajidos, gente de mal vivir y facinerosos que viven entre soldados sin querer asentar sus plazas por andar licenciosamente robando y haciendo mil atrocidades; y aunque son indignos del nombre de soldado, algunos se lo llaman, lo cual no es así, ni lo puede ser aquel que no tiene plaza ni sueldo, ni sirve debajo de bandera.



Soldados saqueadores en un granero, por Pieter Codde, 1635.

Vázquez refiere que los *frabutes* eran tolerados y encubiertos por los oficiales y gobernadores de las plazas fuertes y también por los campesinos, unos porque se beneficiaban de sus rapiñas y otros por temor a perder sus vidas:

Es gente libre y suelta y que viven a su albedrío, no con más fundamento que el arrimo y amparo de las guarniciones o compañías que están en una plaza, donde suelen recogerse gran cantidad dellos, y salen a robar a los caminos, haciendo (como dicen) a toda ropa, sin respetar amigos ni a enemigos, y de lo que hurtan parten con los capitanes y con el Gobernador de la plaza o villa donde se recogen porque los dejen vivir en ella. Suelen hacer grandes correrías o pecoreas de importancia, ganando prisioneros de calidad, perturbando a los pobres labradores a que no trabajen; y para que lo puedan hacer, se lo pagan, y los tienen tan sujetos y atemorizados, que muchas veces los encubren en todos los Países Bajos, por temor de no perder sus haciendas y sus vidas, como muchas veces los privan dellas siempre que no les dan la asistencia que quieren y han menester para conservarse en tan mal estado como se ha escrito.

No todos los oficiales se dejaron corromper por los bandidos; es conocido el caso del coronel Francisco Verdugo, gobernador interino de Frisia durante catorce años, que, según cuenta Vázquez, imponía terribles castigos a los *frabutes* que sorprendía robando: «Todos los que [...] podía

haber a las manos los hacía ahorcar a vista de su fuerte y echarlos en el mar».

En cambio, a los soldados que aprehendía en la misma actividad criminal, los dejaba ir en libertad a cambio de su paga de un mes. De ahí que, según Vázquez:

Sentían mucho esto los frabutes, y más cuando les hizo poner alrededor (y por otras partes) de su alojamiento muchos escritos en que les decía que a hombres que no tiraban ni recibían sueldo no merecían ser tratados como soldados, y que por eso y por la libertad con que vivían los hacía ahorcar como a ladrones y que el que quisiese reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, lo admitiría, y el que irse a su tierra le daría pasaporte y dineros para el camino, con tal que no sirviese a los Estados rebeldes. Muchos hubo que lo aceptaron por gozar esta comodidad y se iban a sus casas; a los demás hacía la guerra con mucho rigor.

Parece que la mano dura de hombres como Vedugo y la determinación de las autoridades lograron acabar en gran medida con la plaga de los *frabutes*, ya que no hay demasiada constancia de tropelías obradas por ellos a partir de la reanudación de la guerra en 1621, y hasta 1648. Sin embargo, los *frabutes* encontraron unos dignos sucesores en los llamados «hermanos de Merode», de los que habla profusamente Hans von Grimmelshausen —soldado en el bando protestante— en su novela *El aventurero Simplicissimus*, que publicó en 1668, ya retirado, convertido al catolicismo y como magistrado de una villa:



Dos soldados seguidos de su paje abusan de un pobre anciano y una mujer en un cuadro invernal, por el flamenco Pieter Snayers.

Y aquí tengo que dar alguna información acerca de estos hermanos de Merode, porque debe de haber unos cuantos, sobre todo aquellos que no tienen experiencia en la guerra, que no saben nada de ellos, pues no sé de ningún escribiente que haya incorporado a su obra sus usos y costumbres, sus derechos y privilegios, aunque a todos conviene saber qué tipo de gremio es este; no solo a los generales sino también a los simples campesinos.

Según cuenta Grimmelshausen, los hermanos de Merode se llamaron así no porque merodeasen, sino porque llegó a ser habitual en Alemania referirse a los soldados que marchaban sin orden ni concierto, sin acudir a sus cuarteles, como los del regimiento de Merode. El autor de *El aventurero Simplicissimus* es en extremo despectivo, con su sorna habitual, hacia estos hermanos de Merode:

Es esta una gentuza comparable únicamente a los gitanos, no solo porque estos vagabundean delante, detrás, al lado y en medio de los ejércitos, sino porque poseen parecidos usos y costumbres. Se les ve en invierno yacer a montones como las perdices, detrás de los setos, a la sombra o al sol, según el tiempo, o también alrededor del fuego, fumando o ganduleando, mientras que en cualquier lado un honrado soldado de las compañías sufre calor, sed, frío y toda clase de miserias.

Grimmelshausen cuenta que los hermanos de Merode se dedicaban indistintamente a la rapiña, al asesinato y a la

destrucción, y que vivían sin oficiales ni disciplina militar. No hacían guardias, no cavaban trincheras; tampoco participaban en las batallas ni en los asaltos, pero siempre reclamaban su parte del botín:

El alguacil y el corregidor son la peor peste para ellos —escribía el autor—, porque cuando las hacen muy gordas, les adornan pies y manos con cadenas de plata o incluso les colocan un collar de cáñamo en el cuello y los cuelgan.

Diversas pinturas han reflejado estos asaltos a la población civil. La representación del flamenco Pieter Snayers *Dos soldados seguidos de su paje abusan de un pobre anciano y una mujer en un cuadro invernal*, la de Sebastián Wranckx (1573-1647) *Soldados atacando una granja*, o la de Pieter Codde (1599-1678), en 1635, *Soldados saqueadores en un granero*.



Soldados atacando una granja durante la Guerra de los Treinta Años,
por Sebastian Wranckx, 1620.

Sin embargo, también los civiles embestían a los soldados. Muchos saqueos por parte de las tropas acababan en enfrentamientos con campesinos o burgueses armados que lograban repeler la agresión. A veces los mismos civiles atacaban directamente a los contingentes, bien para impedir

que los soldados se hospedaran en sus poblaciones y sus casas, algo frecuente en la época, bien para vengarse de los ejércitos invasores si habían sido especialmente cruentos con la población civil.

Ni siquiera el final de la Guerra de los Treinta Años puso fin a esta plaga. No fue hasta finales del siglo XVII, cuando la disciplina militar, acompañada con un incremento en la regularidad de las pagas, logró acabar con estos bandidos disfrazados de soldados.

La vida del soldado mercenario

Junto a la complejidad de la formación y mantenimiento de los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años, se desarrollaba la vida del soldado mercenario con sus miserias pero también grandezas, porque evidentemente no todos eran bandidos ni hermanos de Merode. Cuando en 1997 Parker se preguntaba quiénes eran aquellos soldados mercenarios, aventureros, viajeros y trotamundos que hicieron de la guerra su modo de vida, los datos de aquellos hombres, a pesar de los numerosos registros existentes en diversos archivos europeos, eran insuficientes y los estudios no permitían generalizaciones.

En la actualidad parece que se ha avanzado considerablemente en un conocimiento más profundo como consecuencia de los descubrimientos de memorias de soldados y de otros escritos contemporáneos de los hechos. En un meritorio estudio, Geoffrey Mortimer consiguió identificar más de 70 testimonios de testigos presenciales de la Guerra de los Treinta Años. Muchos de ellos no fueron escritos por civiles; otros que pretenden ser relatos de civiles podrían no serlo o podrían corresponder a testigos que

presenciaron solamente algunos de los hechos.

Indudablemente, los relatos de los testigos han influido en todos los estudios históricos referidos a los soldados que lucharon en la guerra y a su mundo. Muchos testimonios hacen hincapié en el aspecto externo de los soldados, muy relacionado con el vestuario que se les concedía al llegar a la unidad. Es posible, a juzgar por las representaciones de la época y por los vestuarios militares que se conservan en varios museos, que al menos en la primera fase de la guerra a los soldados se les permitió muchas veces vestir como quisieran. Sin embargo, estaban obligados a portar algún distintivo para que en el fragor de la batalla no se enfrentasen a los propios camaradas.

El modo de vida, dependiente en gran parte del grado de organización y mantenimiento de los ejércitos, se conoce mejor gracias a que en los últimos años se han publicado algunos diarios, relaciones y memorias de la guerra en Alemania. En 2007 se editó el diario del abad Mauricio Friesenegger (1640-1655), del monasterio benedictino de Andechs, en Baviera, que reproduce la dura vida de las tropas alojadas en el monasterio. En el manuscrito se describen los acontecimientos ocurridos en sus alrededores, tanto en la villa de Erling como en la Montaña Santa (Heiligenberg), lugar de emplazamiento del monasterio, llamado así por haber sido lugar de peregrinaciones. El diario relata desde las atrocidades cometidas por los mercenarios tanto extranjeros como alemanes —ocupaciones, saqueos, incendios y destrucción—, hasta la terrible situación que sufrieron debido a los desastres naturales, plagas de ratas y lobos, hambre, disentería y peste,

proporcionando una imagen casi apocalíptica de aquel tiempo. En aquel monasterio se alojaban, relata el abad, «cerca de mil personas, todas las habitaciones llenas, uno apoyado en el otro. Era invierno, y sin horno, sin camas y sin pan en tres o cuatro días, mientras los hambrientos soldados siempre nos pedían pan».

Gracias a este tipo de memorias manuscritas personales es posible reconstruir la verdadera vida del soldado mercenario. En 1988, Jans Peters descubrió el diario de un mercenario de la Guerra de los Treinta Años. Este descubrimiento hizo posible seguir paso a paso la vida del soldado Peter Hagendorf, quien entre 1625 a 1649 recorrió más de 22.500 kilómetros a través de Italia, Alemania, el Flandes español y Francia. Se sabe que Hagendorf estuvo en la toma de Magdeburgo, donde fue herido gravemente. Luchó principalmente en el regimiento de Pappenheim, desde 1627 hasta que el regimiento fue disuelto, pero fue también reclutado a la fuerza por Suecia, una práctica común en la Guerra de los Treinta Años.

El relato vívido de Hagendorf es único porque no solo es una narración completa de la vida de un soldado común durante la guerra, sino que también registra el lado humano de la campaña, incluyendo la muerte de sus dos esposas y de casi toda su familia a excepción de uno de sus hijos. La vida de este soldado mercenario se caracterizó ante todo por un solo factor: la inestabilidad en todos los ámbitos de su vida. Marchas a territorios lejanos se alternaban con largos asedios, y a la abundancia en la alimentación seguían días y semanas duras sin prácticamente nada que llevarse a la boca. El mercenario podía cambiar con frecuencia y relativa

facilidad del bienestar a la pobreza y viceversa. Su estado de salud también mudaba a menudo, pues el hambre, las epidemias y, naturalmente, las heridas amenazaban continuamente su vida. Pero no solo él, la familia que llevaba consigo padecía también esa inseguridad y fragilidad. En el periodo de tiempo que cubre su diario fallecieron su primera mujer y 8 de sus hijos. Consta en su diario que uno de ellos, Christoff Melchert, del que se sentía muy orgulloso, sobrevivió.

A pesar o precisamente debido a esa inestabilidad, se pueden registrar algunos elementos típicos de la vida de un mercenario. En primer lugar, sus distintos alistamientos. Probablemente, todavía como civil, Hagendorf se trasladó en 1624 o 1625 desde el lago Constanza, pasando por los Alpes, a Italia para poder ser reclutado en el ejército veneciano. Su empleo finalizó cuando al cabo de unos meses el ejército se desmovilizó, consiguiendo después volver a ser reclutado, pero esta vez en Parma. Cuando volvió a desengancharse, se encontró sin dinero y se vio obligado a mendigar. Por esta razón cruzó los Alpes de nuevo y pudo ser reclutado por el ejército bávaro. Durante los siguientes veintidós años permaneció sirviendo ininterrumpidamente como soldado. Esto significa que Hagendorf estuvo ya al servicio de ejércitos permanentes, un indicio del carácter de transición de esta época.

Otro elemento significativo de este periodo de cambio es la elección que Hagendorf hace de las palabras que emplea. Si en algunos pasajes designa todavía a los combatientes de la antigua tradición de los «lansquenetes» como siervos y a la tropa como pueblo, también se encuentran las nuevas

denominaciones de «soldado» y «ejército».

Estos mercenarios, que se unían por contrato con el empresario militar mediante la paga o soldada, sin importarles la causa de la guerra, debían ser aceptados por aquellos que los contrataban. Para Hagendorf, su «señor de la guerra» desde 1627 fue la Liga Católica bajo las órdenes de Maximiliano de Baviera. El conde de Pappenheim, como empresario de mercenarios, fue el vínculo entre los soldados y la Liga, y el mismo Pappenheim, como coronel y comandante de regimiento, fue el que dirigió a los soldados. Los verdaderos motivos que llevaron a Hagendorf a engancharse en el ejército permanecerán siempre inciertos, pues no dejó testimonio de ello. Sin embargo, un pequeño indicio de su motivación se aprecia a través de un detalle que anotó sobre su alistamiento en el regimiento de infantería «Pappenheim» en Ulm en 1627. Pudo ser reclutado debido a su estado andrajoso. Estaba sufriendo, por tanto, una gran penuria económica, y probablemente este *laufgeld* le sirvió, sobre todo, para sobrevivir. Una vez llegado a la plaza de reconocimiento, su vida cambió, puesto que dejó escrito: «Parece que todo va bien, situado en el alojamiento, he devorado y bebido». De ahí que los motivos de Hagendorf pudieran ir acordes con las aspiraciones de cualquier mercenario: en primer lugar, proteger o guardar su vida y, en segundo lugar, el botín y la soldada. Ambas fuentes de ingresos eran esenciales para sobrevivir, ya que sin dinero no se podía subsistir.

El paraje de reconocimiento militar era un lugar a menudo de larga estancia, ya que estaba pensado realmente como estación intermedia antes de la marcha al campo de

batalla. Sobre su reconocimiento en 1627, el autor del diario deja constancia de que entre el reclutamiento y la marcha al campo de batalla pasaron casi tres meses (del 3 de abril a San Juan, 24 de junio). Sin embargo, no ha dejado detalles de cómo transcurrió ese tiempo.

Hagendorf no describió su juramento. No debió de ser importante para él, posiblemente porque se daba por hecho, quizá también porque las disposiciones no siempre eran efectivas. Él se hizo eco de algunas blasfemias en los juegos de azar, como las que sucedieron en Fridland a finales del verano de 1640. Tampoco se podría hablar de la protección de las mujeres en la mayoría de los casos. El propio Hagendorf informó de cómo se había llevado a una guapa jovencita como botín de Landshut. No obstante, hay también ejemplos de duras medidas disciplinarias en las tropas. Durante su época sueca la moral de lucha de los mercenarios se había rebajado. En el otoño-invierno de 1633, el regimiento rojo de los suecos, al que Hagendorf pertenecía en esa época, se encontraba en Straubing. En su diario describe cómo algunos mercenarios se habían alojado en los pueblos circundantes y no habían seguido al regimiento porque hacía mucho frío. Cuando el comandante general Kalle se dirigió a aquellos hogares y les preguntó por qué estaban allí, sin obtener contestación [...], ordenó disparar a muerte a siete de ellos. Es de suponer que esta medida no había perdido eficacia, ya que Hagendorf dedicó al suceso mucho espacio en comparación al breve informe de su vida. Lo que indica que las medidas disciplinarias fueron extremas en caso necesario. Debido a ello, Hagendorf, que se había obligado por el *artikelsbrief* a no alejarse de las tropas sin

permiso de los coroneles, mantuvo durante algún tiempo un permiso o pasaporte de este tipo.

Hagendorf, como en general los soldados mercenarios, se hacía acompañar de su mujer e hijos. Es de sobra conocido cómo con los ejércitos se desplazaba un número impresionante de personal auxiliar que, al igual que la «Madre Coraje», vivía de la guerra dando apoyo logístico. El grupo más extenso lo constituían las mujeres, aunque también había varones adultos, como vendedores, y un buen número de adolescentes. Asimismo, acompañaban al ejército numerosos campesinos reclutados periódicamente para servir de zapadores y personal de transporte. De esta forma, un abigarrado número de taberneros, vendedores, mujeres y niños formaban lo que se ha denominado la *impedimenta*, un «superfluo número de mujeres y niños que acompañaba a los ejércitos». Estos acompañantes, especialmente los niños, que a veces servían como pajes a uno o dos soldados, podían llegar a aumentar en un 50 por ciento el coste del abastecimiento de las tropas, con lo que se constituía en «una de las principales causas de la carestía del ejército». Sin embargo, las acompañantes femeninas de las fuerzas armadas eran consideradas de mayor utilidad, como así lo expresaba Turner:

Como la mujer fue creada para ayudar al hombre, las mujeres resultan de gran ayuda en los ejércitos para sus maridos, en especial para los de más baja condición [...]. Ellas abastecen, compran y preparan la carne para ellos cuando están de servicio o recién llegados de él, obtienen leña para el fuego y lavan sus ropas [...]. Son sobre todo útiles en campamentos y cercos y se les permite (no debe denegárseles) que se alejen unas leguas del campamento para comprar vituallas y otros bienes necesarios.

Las mujeres contribuyeron al esfuerzo de la guerra de

maneras muy diversas. En campaña, prestaban servicios de apoyo a los ejércitos en el campamento. En los hogares, cuando los hombres marchaban a la guerra, ellas ayudaban a minimizar el impacto de su ausencia en los pueblos y comunidades disgregadas y deshechas. Las mujeres se hicieron cargo de las actividades económicas locales y defendieron los intereses de sus familias. Pero ¿cómo fue la vida de las esposas de los generales que se atrevieron a vivir en los campamentos? Uno de los casos analizados por la autora es el de Cristina Oxenstierna, esposa de Gustav Horn. En la primavera de 1631, Horn escribió a su esposa pidiéndole que viajara al Sacro Imperio Romano Germánico con sus dos hijos para que la familia estuviera junta y pudiera acompañarle en las campañas. A pesar de las protestas de sus familiares, que le insistían en dejar en Suecia a los dos niños (la mayor, Agneta, de 20 meses y el menor, Axel, de apenas 6), Cristina Oxenstierna se embarcó con ellos para dirigirse al puerto de Wolgast en Pomerania, donde Gustav Horn se reunió con ellos y los condujo a Neumarkt, lugar en el que estaba acampado el ejército. Según el relato de Agneta Horn, el tiempo que pasaron en el campamento militar estuvo lleno de dificultades y sufrimientos para la familia, especialmente cuando su madre contrajo la disentería o «fiebre del campamento». Ante la gravedad de la enfermedad, Gustav Horn envió a su esposa y a los niños a la ciudad de Stettin, ocupada por los suecos, para que se recuperara. Tras una breve visita a su familia, Horn regresó al frente de batalla. Sin embargo, Cristina murió el 8 de agosto de 1631 a la edad de veintidós años y los niños quedaron abandonados durante un tiempo.

En los momentos críticos de la batalla o en las derrotas, las mujeres que acompañaban al ejército corrían también grave peligro, pues podían ser capturadas junto con los bagajes. Así ocurrió en la famosa victoria sueca de Jancov el 24 de febrero de 1645. Cuando las fuerzas imperiales se lanzaron en plena batalla contra las tropas enemigas, se toparon con los trenes de abastecimiento. Entonces frenaron el ataque, se apoderaron de los bagajes y capturaron a las mujeres que cuidaban de ellos. Aquella presa fue de gran importancia porque entre el grupo de prisioneras estaba Beata de La Gardie, la esposa del comandante sueco Lennart Torstensson. Afortunadamente para las cautivas, los suecos contrataron y las mujeres pudieron ser rescatadas.

Gracias a los testimonios personales se puede reconstruir no solo la vida en los campamentos, también en la batalla y en las marchas. En cuanto al soldado de la monarquía española, aunque existen también algunos testimonios personales, falta todavía mucho por conocer. Según I. A. A. Thompson, dado el papel fundamental de la guerra no solamente en la historia política de la Monarquía, sino también en la historia de la economía y la sociedad españolas, lo curioso es lo poco que en realidad sabemos del soldado del Imperio. Existen estudios institucionales de los tercios, y varios autores, como Raffaele Puddu, fundándose en fuentes esencialmente literarias, se han aproximado al estudio de la ideología militar; pero de la economía, de la sociología y de los orígenes geográficos del soldado español no sabemos más que generalidades.



De gran interés ha resultado el estudio de la vida del capitán Alonso Noguerol, que, basado en un expediente personal de archivo, expone cómo fue la vida de este soldado que luchó en Italia y Alemania al servicio de la monarquía española en el primer tercio del siglo XVII (1622-1634). A través de estos «papeles», que Noguerol llevaba siempre consigo, se puede conocer su trayectoria militar, sus ascensos, las acciones en las que participó y murió (Nördlingen), así como la opinión que de él tenían sus superiores. El expediente personal es, además, una fuente de primera mano para conocer el funcionamiento y estructura de los tercios, los traslados de oficiales y sus funciones específicas en un momento crítico para la maquinaria militar de la Monarquía.



Portada de la obra de Bonièrès.

En definitiva, la maquinaria militar fue el instrumento óptimo en manos de los gobernantes para adquirir y consolidar espacios de poder, pues, como escribió Carlos Bonièrès, barón de Auchy, del Consejo Supremo de Guerra de su Majestad: «Con arte militar se adquieren y se conservan los Imperios y con él hallan las demás (materias) seguridad a su subsistencia y a su ejercicio: siendo la Militar, entre lo humano, la más Noble».

El debate historiográfico de la «Revolución Militar»

Los imponentes cambios que se produjeron en el arte de la guerra en Europa a lo largo de los siglos XVI y XVII han sido englobados en el término «*Revolución Militar*».

Este concepto historiográfico, concebido por Michael Roberts en el año 1956 y que ha llegado hasta hoy día, apareció incluyendo el estudio de los progresos y adelantos en la capacidad de hacer la guerra de los estados europeos en los siglos XVI y XVII. Roberts, centrado en los estudios del periodo comprendido entre 1560 y 1660, observó innovaciones y repercusiones bélicas de tal envergadura que le movieron a formular el término de «revolución». El historiador entendió que los cambios organizativos, tácticos,

operativos y tecnológicos emprendidos por holandeses y suecos, junto con el incremento del número de efectivos, el empleo de nuevas estrategias, la profesionalización creciente del militar, el aumento del coste de la guerra y la mayor incidencia de sus consecuencias tuvieron importantes efectos políticos en el ámbito de la administración estatal. Estos progresos, al necesitar mayor incremento en el suministro de dinero, hombres y provisiones, produjeron a su vez nuevas demandas de índole fiscal y financiera que, necesariamente, impulsaron la creación de nuevas instituciones estatales. Así, según Roberts, «el moderno arte de la guerra tornó posible y necesaria la creación del Estado moderno».

Pero no solo eso, los nuevos ejércitos ya permanentes, organizados, adiestrados y pagados por las monarquías centralizadoras, permitieron que el poder europeo se expandiera por todo el mundo. Su éxito fue tal que, a partir de entonces, el estilo militar de Europa fue imitado por todos los imperios del planeta, lo cual tuvo grandes consecuencias en los procesos históricos.

Este concepto de «Revolución Militar», utilizado para expresar un cambio radical en la organización, estrategia y armamento de los ejércitos europeos durante la Edad Moderna, y sus consecuencias a nivel político, social y económico, se mantuvo sin objeciones durante dos décadas. El impacto de la obra de Roberts fue debido en gran medida al apoyo recibido por Georg Clark en su obra *War and Society* en 1958.

Fue al cabo de veinte años, cuando diversos historiadores comenzaron a rebatir en un intenso debate algunas

cuestiones como la periodización de la «Revolución Militar», sus progresos y alcances y qué estados europeos fueron los pioneros en ella. Según estos historiadores de los años setenta-ochenta, Roberts había prestado poca atención a la evolución naval, aspecto especialmente resaltado por M. Duffy, quien expuso que la revolución militar terrestre fue paralela a una revolución simultánea en el mar, que vio su mayor desarrollo en el crecimiento de la marina real británica. Otro aspecto revisado por Duffy fue el de las repercusiones de la «Revolución Militar». El incremento de los problemas administrativos y logísticos planteados no solo por el reclutamiento de un mayor número de soldados, sino también la necesidad de incrementar la construcción de fortalezas y de barcos de guerra condujeron a una revolución de los estados europeos ya en el siglo XVIII. Con todo ello, M. Duffy estableció que la «Revolución Militar» tuvo repercusiones mucho más allá de 1600.

Por su parte, Geoffrey Parker, achacó a la interpretación de Roberts su infravaloración de la importancia de la guerra de sitio a inicios de la época moderna. Parker defendía la importancia de la nueva modalidad de fortificación abaluartada —la *trace italienne*— como respuesta a la evolución de las armas de fuego de asedio. La necesidad de defender las propias fortificaciones y de sitiar las del enemigo trajo como consecuencia la obligación de contar con un número cada vez mayor de tropas, armas y municiones, lo que llevó a guerras más largas y, lo que es peor, menos resolutivas. Al mismo tiempo, consideró exageradas las repercusiones de las reformas realizadas en el ejército sueco, omitiendo los cambios producidos en los

ejércitos de Francia o de los Habsburgo. En el debate, Parker trató de demostrar la relación entre las imponentes innovaciones militares de Occidente y el auge mundial de los europeos en aquel periodo, apogeo que se transformaría en dominio efectivo de la mayor parte del planeta hasta el siglo XIX. La base de su trabajo fue una revisión del concepto desarrollado por Roberts, incidiendo en aquellos aspectos objetados.

En la década de los noventa, una segunda serie de historiadores volvió a retomar el debate alrededor de algunas de sus premisas. Simon Adams, por ejemplo, trató sobre el incremento numérico de los ejércitos, considerado como una clave de la «Revolución Militar». Adams puso reparos a algunas afirmaciones de Parker, como, por ejemplo, a la magnitud de las tropas en campaña y el volumen total de los ejércitos, los cuales debían ser inferiores por la sencilla razón de que las fuentes incrementaban el número de tropas del enemigo para magnificar una victoria o para justificar una derrota. Según Adams, los dos factores que Parker aducía para explicar el incremento de las tropas, —el declive de la caballería y la extensión del nuevo tipo de fortificaciones, se deben a la influencia de las campañas de la guerra de los Países Bajos— por él estudiadas, factores que no se dieron ni en la Guerra de los Treinta Años ni en la guerra civil inglesa, dos conflictos coetáneos. Para Adams, quien afirmó que los instrumentos de guerra ejercieron menos influencia que las ideas, fue la política en la época de la Guerra de los Treinta Años la que condujo al incremento de las fuerzas armadas. Según esta lógica, la decisión política de los Borbones en

Francia a partir de 1635 y no el aumento del número de fortalezas explicaría el crecimiento de su ejército, que se convirtió en la base del «imperialismo» galo, sustituyendo al de los Habsburgo como fuente de tensión política y, por lo tanto, militar.

No menos importante fue el estudio de la tecnología militar, que ha llevado a examinar su repercusión en la evolución del «arte de la guerra», lo cual ha suscitado fecundos debates dentro de la «Revolución Militar». En esta línea, sobre el desarrollo y avance de la tecnología militar, el equipo y armamento han sido estudiados con relación al combatiente y a su efectividad en la batalla, y también a su incidencia económica como consecuencia de la aceleración en su fabricación. Fue la obra de William McNeill en 1982 la que marcó un hito al tratar en profundidad algunas de estas cuestiones vinculadas entre sí, como la tecnología civil, la capacidad de producción de armamento, los métodos de adquisición de los recursos militares, los modelos de organización militar y política, la demografía, la disponibilidad de recursos sobrantes, el volumen de transporte y velocidad desplazamiento, la capacidad de innovación, el adiestramiento de la fuerza y el control político de los ejércitos.

Este debate de la «Revolución Militar» se desarrolló con gran éxito a nivel historiográfico. Los artículos clave sobre la «Revolución Militar» moderna, incluso los de Roberts y Parker, fueron publicados por Clifford Rogers en 1995. Este historiador militar, inmediatamente después de la victoria estadounidense frente a Iraq en la primera guerra del Golfo, rescató este concepto que tantas controversias generaba en

la historiografía militar moderna y lo adaptó a la coyuntura del momento. Rogers señaló que una «Revolución Militar» era un fenómeno que se manifestaba cuando se producían cambios sistémicos importantes en la esfera cultural, política, social, demográfica o económica y se articulaban de tal forma que lograban transformar completamente el Estado, la sociedad y su relación con la guerra. Rogers sostenía que a lo largo de la historia se habían producido varias revoluciones de este tipo, pero que en el siglo xx su ritmo se había acelerado de tal forma que era difícil discernir entre periodos de estabilidad y cambio revolucionario. A partir de entonces, el concepto «Revolución Militar» adquirió cierta notoriedad en el mundo anglosajón para explicar —de la misma forma que lo haría el término «Revolución en los Asuntos Militares (RMA)» pocos años después— las transformaciones militares que se estaban produciendo en los ejércitos occidentales a causa de la aplicación de las nuevas tecnologías de la información en el ámbito de la defensa. El debate ha ido mucho más lejos y ha producido más de lo que los historiadores modernistas esperaban.

A partir de finales de los años ochenta y durante la década de 1990, el éxito del concepto y significado fue aprovechado por diversos historiadores que lo aplicaron en sus estudios sobre diversas fuerzas armadas europeas, como, por ejemplo, L. Jespersen, J. Lindegren y O. Rian en sus análisis sobre el ejército de los países escandinavos. También M. D. Feld y H. L. Zwitter lo utilizaron para el estudio del ejército de los Países Bajos; David Eltis lo implementó en la investigación de las fuerzas armadas de Inglaterra (1995),

John Lynn a las de Francia (1997) y David A. Parrot a los ejércitos de la época de la Guerra de los Treinta Años.

Entre los estudios más recientes de la «Revolución Militar» aplicados, puede señalarse el trabajo de Olaf van Nimwegen sobre las fuerzas armadas holandesas y la «Revolución Militar». Precisamente, el ejército holandés ha estado desde el principio en el centro de todos los debates sobre la revolución táctica, estratégica y de organización de la época moderna. Las fuerzas holandesas que tantos quebraderos de cabeza causaron a la corona española se transformaron a finales del siglo xvi, de una banda de mercenarios no fiable, en una fuerza disciplinada con capacidad para enfrentarse al poder de España. Bajo el liderazgo de Mauricio de Nassau (1567-1625) y su primo Guillermo Lodewijk (Guillermo Luis de Nassau-Dillenburg, 1560-1620), se logró una revolución táctica que tuvo un profundo impacto en la batalla. Sin embargo, la estructura organizativa del ejército holandés permaneció sin cambios y la república holandesa siguió dependiendo de mercenarios y empresarios militares. No fue hasta la segunda mitad del siglo xvii cuando los holandeses, bajo el mando de Guillermo III de Orange (1650-1702), capitán general de la Unión, introdujeron cambios revolucionarios en la organización militar y establecieron un eficiente ejército permanente. Estas fuerzas armadas lograron resistir los formidables ataques de Luis XIV. Así, las reformas holandesas fueron copiadas por los ingleses, pues no en vano Guillermo III se había convertido en rey de Inglaterra.

Algunos historiadores han aplicado los estudios de la «Revolución Militar» al caso de los ejércitos hispánicos —

olvidado por Michel Roberts— y han reivindicado el protagonismo insoslayable de los ejércitos de la Monarquía. Varias publicaciones han demostrado la visión errónea y carente de sentido de algunos enfoques y perspectivas de la historiografía tradicional, que ha necesitado subordinar la capacidad militar de España para poder subrayar el auge y las innovaciones militares de estados como Holanda o Suecia. De este modo, la historiadora hispanista Lorraine White trató de plantear si la Iberia del siglo xvii merecía permanecer en la periferia o ser incorporada al centro del debate de la «Revolución Militar». Para ello analizó, como caso de estudio, la guerra luso-castellana de 1640 a 1668, aplicando ciertos aspectos de la teoría Roberts-Parker (estrategias y tácticas, tamaño y composición de los ejércitos) y las precisiones más recientes de la teoría de la «Revolución Militar» aportadas por David Parrott y John Lynn.

En los últimos años, uno de los historiadores más reivindicadores del ejército de la monarquía española ha sido Davide Maffi, quien en su obra *En defensa del Imperio*, aunque no se centra en la Guerra de los Treinta Años propiamente dicha, ofrece una visión imprescindible para entender el funcionamiento de los ejércitos de la Monarquía en el siglo xvii y sus principales hechos de armas en esa Europa en guerra. Maffi ha tratado de demostrar la inconsistencia de alguna de las tesis más aceptadas sobre la «Revolución Militar», entre ellas la clásica visión de los ejércitos de la monarquía española en la época de la Guerra de los Treinta Años como:

Un mastodonte jurásico contrapuesto a las más «modernas» fuerzas

armadas de Holanda y Francia, un paquidermo inmóvil incapaz de modificar sus estructuras de combate y mando, frente a enemigos que supieron aprovechar los cambios introducidos —a partir de las primeras décadas del siglo xvii— en el arte de la guerra y, por esto, inevitablemente destinado a la derrota final. Un cuerpo de oficiales totalmente incompetente, inepto y compuesto en gran parte por cortesanos coléricos y vanidosos divididos entre sí por profundas enemistades, digno más de una comedia brillante que de los campos de batallas.

Como escribe Maffi, esta ha sido una visión artificial que nunca ha sabido tener en cuenta las grandes capacidades de recuperación y transformación de las fuerzas armadas de la Corona. El ejército de la monarquía española demostró, durante este largo conflicto, poseer aún unos recursos inesperados y saber enfrentarse victoriosamente a sus enemigos en varias ocasiones hasta casi el fin de la guerra. En realidad, la maquinaria bélica de España fue condenada a la derrota final por el progresivo agotamiento hacendístico y demográfico y no por deméritos inherentes a su propia estructura.

El debate de la «Revolución Militar» sigue dando sus frutos y el concepto se ha extrapolado más allá de la época moderna y contemporánea, y en las últimas décadas ha vuelto a ser resucitado y empleado en la denominada «revolución militar» posmoderna.

Estrategia y táctica

El interés por la «Revolución Militar» ha llevado a muchos historiadores a indagar en aquellas nuevas tácticas que aparecieron en el contexto de las guerras del siglo xvii y que tantos frutos dieron posteriormente en las guerras napoleónicas. Solo a partir de ellas, en los ejércitos de principios del siglo xix se comenzó una forma de operar

basada en el empleo de grandes unidades en acciones de atrición y maniobra, y en las que el volumen de fuego era el elemento primordial, pues el objetivo básico era infligir la máxima destrucción al oponente. Este modo de luchar permitía optimizar los vastos recursos que brindaba la llamada «Revolución Militar». Pero en el siglo xvii todavía faltaba mucho tiempo para llegar a las características de las contiendas de principios del siglo xix.

Las operaciones militares de los ejércitos europeos durante la Guerra de los Treinta Años no trataban de inferir la destrucción de las fuerzas enemigas, sino de garantizar — con la ocupación de algunos puntos clave en un determinado territorio, como fortalezas o ciudades— la apertura de negociaciones con el enemigo partiendo de una posición de ventaja.

Precisamente en la Guerra de los Treinta Años, esas largas maniobras hacían imposible acometer un rápido desarrollo de la ofensiva o «guerra relámpago», como se denomina hoy. Entre los factores que demoraban esa acometividad estaba la climatología, el mal estado de las vías de comunicación, llenas de barro, piedras, etc., que no permitían fácilmente el traslado de la artillería a pesar de las cureñas, etc.

El factor que más cercenaba la conducción rápida de la guerra en general y de las campañas en particular era, sin duda, el de las fortificaciones, ya que ningún ejército deseaba dejar a sus espaldas sin conquistar una ciudadela enemiga. Las fortificaciones adoptaron el nuevo sistema de fortaleza bastionada provista de artillería conocido como *la trace italienne*. Este modelo, emplazado sobre todo en las

fronteras, se difundió en las primeras décadas del siglo ^{xvi}, se consolidó en el siglo ^{xvii} y fue fundamental en el proceso de la revolución militar. Estas construcciones impedían indudablemente conducir las campañas de manera rápida. Como explica Anderson, la proliferación de estos nuevos baluartes, que se popularizaron prontamente por toda la Europa occidental, hacían prácticamente imposible a cualquier ejército la pronta y rápida ocupación de un territorio, obligándoles a conquistar el país palmo a palmo.

Las ciudades más estratégicas y, por tanto, más expuestas de Flandes y Alemania aceleraron la construcción de fortificaciones pertrechadas de poderosos bastiones con el objetivo de disuadir a los posibles atacantes de aventurarse en un asedio. La guerra de sitio obligaba a los atacantes a desangrarse por la duración que suponían y a los sitiados, a morir de hambre o rendirse. Sin embargo, era frecuente que al abrigo de las noches las guarniciones de estas fortalezas hicieran peligrosas incursiones contra las líneas de aprovisionamientos, bloqueando las operaciones.

Uno de los asedios más largos fue el de Ostende en la guerra de los Ochenta Años, que duró desde el 5 de julio de 1601 al 20 de septiembre de 1604. El sitio de Ostende ha sido, sin duda, uno de los más narrados y recreados por los cronistas de la época, tal vez por su larga duración y la dureza y dificultad de su expugnación.

Entre los asedios más cortos, y en el contexto de la guerra hispano-francesa, se encuentra el sitio de Leucata, que duró del 27 de agosto al 29 de septiembre de 1637, algo más de un mes. En el mismo contexto bélico, el asedio de Salses, cuya duración se extendió desde el 15 de septiembre

de 1639 al 6 de enero de 1640, es recordado sobre todo por la importancia de las fortificaciones y la final rendición francesa. Según lo pactado con el comandante Roger de Bossost, a las ocho de la mañana las tropas francesas se rindieron, más de 800 soldados franceses salieron de Salses, 300 de ellos enfermos y abandonando a los muertos.

Era impensable, como se ha dicho antes, que un ejército avanzara dejando atrás obstáculos de esta naturaleza, que podían no solo bloquear sino paralizar totalmente los sistemas de suministros de un ejército invasor. El control de estos centros fortificados garantizaba también un punto de apoyo donde poder retirarse en caso de necesidad, aprovechando su artillería para detener las maniobras de un adversario y obligarle a presentar batalla en condiciones de absoluta inferioridad, con sus flancos hostigados por el fuego de los cañones.

La guerra se transformaba así en una extenuante lucha de desgaste, donde la victoria la alcanzaba el contendiente que disponía de los mayores recursos en hombres y dinero. Este tipo de combate tratando de erosionar al oponente empleaba las conocidas «tácticas fabianas» llamadas así por su inventor Quinto Fabio Máximo, político y militar romano (218-202), quien, consciente de la superioridad militar de los cartagineses y del tremendo ingenio de Aníbal, su jefe supremo, diseñó una guerra de desgaste que tenía como objetivo explotar las vulnerabilidades estratégicas del cartaginés: la falta de líneas de abastecimiento eficaces y el ansia de sus soldados de una campaña rápida. Con tales tácticas, el enemigo podía prolongar *sine die* la lucha. Este fue el caso de las Provincias Unidas, que supieron imponerse

en su guerra contra España porque dispusieron de mejores recursos y condiciones naturales y supieron aprovecharlas en su favor. Muy especialmente emplearon la diplomacia para aliarse con otras potencias y alargar así el conflicto. Los diversos enemigos obligaron a España a emplear sus fuerzas en varios frentes a la vez, lo que le impedía concentrar toda su potencia contra ellos.

Otra táctica no menos efectiva, utilizada también por las tropas españolas, consistía en arrastrar al enemigo a un deterioro progresivo de sus reservas. Debido a la gran superioridad en hombres y medios de los que disponía España hasta mediados de la década de los treinta, los ejércitos de la Monarquía se podían permitir llevar a cabo una guerra sustancialmente defensiva, y con menos riesgos, fundada en el lento y progresivo agotamiento de sus adversarios. Solo los estados con recursos escasos trataban de buscar un enfrentamiento en campo abierto para frenar su progresivo deterioro debido a las tácticas de desgaste que suponían los pequeños encuentros. En general, los altos mandos trataban de evitar el recurso a la clásica batalla campal para no arriesgar su maquinaria bélica, tirando por tierra en un solo día el resultado de años de extenuantes operaciones. Solo acometían el riesgo en condiciones claras de superioridad y, por tanto, de seguridad.

En 1638 en Lombardía, Francisco de Melo, que sustituyó en el mando del ejército al enfermo marqués de Leganés, recibió precisas instrucciones de no poner en peligro con un combate arriesgado la reputación y las ventajas conseguidas con la toma de Breme y Vercelli. En Flandes, en diversas circunstancias, los capitanes generales fueron apremiados a

que evitaran empeñarse con sus fuerzas en empresas temerarias, como en ocasión de la campaña de 1644. Efectivamente, Francisco de Melo fue señalado como responsable de la derrota de Rocroi por haber emprendido una acción considerada como no necesaria.

Esa estrategia de abandonar los objetivos no necesarios había sido adoptada en diversas ocasiones. La cúpula militar hispana se caracterizó por la prudencia cuando en 1647 los generales abandonaron a su destino la ciudad de Lens, al considerar que esa plaza no valía el riesgo de un choque contra un ejército enemigo superior. Lo mismo había hecho el duque de Amalfi tres años antes, cuando decidió que por la defensa de Gravelines no merecía la pena poner en peligro el entero dispositivo militar español en Flandes.

Las decisiones tácticas fruto de la prudencia de los altos mandos militares españoles, bien contrastadas con su «estado mayor», no eran fruto de irresolución o falta de coraje o de baja calidad del mando militar, como han manifestado algunos historiadores, sino una tendencia general de los ejércitos europeos que preferían evitar arriesgar sus hombres ante enfrentamientos inciertos y de resultados dudosos. Los holandeses se retiraron muchas veces cuando vieron que el ejército español se disponía en orden de batalla. Y es que era demasiado frecuente que una batalla campal finalizara en incertidumbre o duda:

Dicen se ha sabido —escribió Quevedo— por aviso de confidente de Francia, que en la Champaña se dieron batalla a todo trance el cardenal de la Baleta y el conde de Beimar, generales del ejército de Francia, con el conde Galasso, general del ejército imperial; que fue grande la mortandad y que estaba dudosa la victoria. Que había muerto en la batalla el cardenal de la Baleta y que el conde de Beimar quedaba herido y prisionero de

alemanes y el general del emperador, Galasso, preso en poder de franceses. Esperase correo para saber la verdad.

Algunos conceptos fueron muy explotados en la Guerra de los Treinta Años, entre ellos, la llamada «guerra de diversión». Se trataba de una estrategia de ataque indirecto a los intereses de un enemigo para desviarlo de procedimientos más agresivos de invasión y ocupación. Un ejemplo muy claro fue la guerra de diversión planeada por Richelieu contra España. El ministro francés, en su intento de crear dificultades en el interior del reino, ayudó a los catalanes en su rebelión contra el gobierno de Madrid; con ello perseguía un objetivo claro, que España se retirara de la contienda en el norte de Europa.

Cuando en diciembre de 1640 los portugueses se levantaron contra el gobierno de España, una vez más Richelieu envió ayuda a los insurgentes. La estrategia de diversión tuvo su efecto. Felipe IV no tuvo más remedio que desviar su atención de la guerra europea para centrarse en los problemas en el interior. Richelieu logró los resultados esperados al impedir que la monarquía española pudiera llevar a cabo cualquier política ofensiva.

Formaba parte de la estrategia de diversión el uso de tácticas y astucias en las campañas, utilizadas ampliamente por Ambrosio Spinola en el Palatinado. Eran frecuentes sus prácticas de simulación, dirigiendo su estrategia hacia un punto determinado para luego encaminarse al opuesto sorprendiendo al oponente. Un neoestoico Bernardino de Mendoza ya defendía la utilidad de este recurso, lo que demuestra que dicho uso presentaba reparos pero al mismo tiempo su aprobación estaba muy extendida.

La batalla campal

Solo en ocasiones de comprobada superioridad o en condiciones de necesidad vital, el «estado mayor» de un ejército afrontaba el riesgo y accedía a lanzar sus fuerzas contra el enemigo en batalla en campo abierto. Era el último recurso para desbloquear una situación, socorrer una plaza de importancia vital o evitar un desastre de proporciones mayores. Así, a principios de 1646, Felipe IV autorizó a sus generales en Flandes a presentar batalla solo para proteger Gante. Hechos de armas como los de Casale (1640), Rocroi (1643) Lens (1648) tuvieron lugar solo para intentar desbloquear una plaza sitiada cuya pérdida podía traer consigo graves consecuencias.

De hecho, dada la lentitud con la cual se movían los ejércitos de aquel tiempo, era demasiado difícil, por no decir que imposible, obligar a entablar combate a una fuerza enemiga empeñada en evitar de cualquier manera el contacto. El duque de Saboya, a lo largo del año 1637, evitó por todos los medios enfrentarse en campo abierto con las fuerzas superiores del marqués de Leganés, limitándose a impedir su actitud ofensiva con unas maniobras defensivas de elusión. Se consideraba un gran triunfo táctico la defensa inteligente que llevase al adversario a retirarse evitando el choque frontal, cuyo resultado era muchas veces incierto, imprevisible y escasamente decisivo.

Las batallas en campo abierto resultaron ser escasas en la Guerra de los Treinta Años si se compara con el número de asedios y otras acciones militares. Y esto fue así debido a la dificultad de aprovechar bien las victorias con la persecución del enemigo hasta el final y el aprovechamiento de la

artillería, armas y los despojos. Muchas veces el vencedor de una batalla campal podía encontrarse paralizado y obligado a asediar una cadena de plazas fuertes que, debido al complejo sistema de fortificaciones, demoraba la agilidad de la campaña y concedía tiempo al enemigo para recuperarse de la derrota.

Al evitar las batallas campales, los ejércitos se dedicaban sobre todo a diversas operaciones ligadas a la duración de los asedios, lo que comúnmente se ha llamado la «pequeña guerra», «guerra menor» o «guerra secundaria», como, por ejemplo, los encuentros entre forrajeadores de los dos bandos, las patrullas, los ataques a las líneas de abastecimiento, las correrías en territorio enemigo, los asaltos nocturnos, la destrucción de los cuarteles de invierno, etc., acciones que mermaban y podían desgastar al enemigo.

La guerra de sitio

Los Estados entendían que la mayor ganancia en la guerra estaba en la expansión territorial, de ahí que la máxima ambición política de las potencias era, como ha escrito Rodríguez Hernández, conquistar territorios y defender los propios, «porque la riqueza principal en esta época todavía provenía de la tierra». Así, la conquista de territorio y su defensa, la cual se lograba con la ocupación física del espacio, hizo que la estrategia se dirigiera más a la toma de las fortificaciones, que aseguraban eficazmente dicha ocupación, que a las grandes batallas campales decisivas, que, como se ha visto, entrañaban grandes riesgos.

Existían reglas bien precisas y codificadas para la guerra de sitio. Con la llegada de los sitiadores a la vista de la plaza,

se hacía una primera llamada a los defensores para que se rindiesen, permitiéndoseles salir y abandonar la posición sin problemas y con la prerrogativa de llevar sus armas y sus bienes frente a los adversarios, que les rendían los honores de guerra.

En caso de respuesta negativa, se iniciaba el asedio propiamente dicho: los sitiadores comenzaban a batir la fortaleza, así como a construir las líneas de bloqueo y las galerías para acercarse a las murallas con la mayor protección posible. Cuando los sitiadores lograban abrir una brecha, requerían por segunda vez la rendición, ofreciendo en esta ocasión, generalmente, dos opciones a los defensores: o la posibilidad de salir con el honor de las armas, o convertirse en prisioneros de guerra, lo cual era más habitual.

Un caso de rendición con honores se dio en Mannheim en 1622, donde tropas inglesas defendían esta y otras ciudades del Palatinado. En Mannheim, el comandante inglés Horace Vere, con una guarnición de 1.400 hombres, sin dinero ni provisiones, tuvo que defender una fortaleza muy extensa. Reducido hasta el extremo, se vio obligado a retirarse a la ciudadela, pero, sin ayuda exterior, hubo de capitular a finales de septiembre de 1622 y, marchando con los honores de la guerra, se retiró a La Haya. Sin embargo, parece que también se hicieron prisioneros de guerra.

Si, abierta la brecha, los sitiados se negaban a abrir las puertas de la plaza, esta podía ser tomada al asalto y sus defensores, así como también sus habitantes, pasados por las armas. Esto ocurrió en el asedio a Heidelberg, capital del Palatinado, llevado a cabo por el ejército hispano-imperial

del conde de Tilly y Gonzalo Fernández de Córdoba y Cardona, que duró entre el 23 de julio y el 19 de septiembre. Finalmente, fue tomada al asalto el 16 de septiembre de 1622, pero el castillo se rindió tres días después.

En estos casos, podía darse plena libertad a la tropa para saquear impunemente los bienes de los vecinos a título de recompensa por las dificultades padecidas durante las semanas o meses de asedio. Algunos episodios de brutalidad fueron frecuentes en la Guerra de los Treinta Años, como la toma y saqueo de Magdeburgo y Würzburg en 1631, casos muy estudiados, sobre todo el primero, por haber sido muy controvertidos. Parece que en Flandes, Milán y Cataluña no se registraron estos episodios y la ya recordada devastación de Tirlmont (1635) se presentó como un hecho excepcional. El saqueo de Tirlmont por parte de las tropas francesas supuso una verdadera oleada de indignación en España. Multitud de relaciones, cartas y memorias del suceso se extendieron como un reguero de pólvora concitando críticas, censuras y reproches contra los franceses, los cuales, sin tener en cuenta la neutralidad de la vecindad de Lieja:

Vinieron marchando hacia una villa que se dice Tirlmon (Tillemont), que confina con el país de Lieja que es neutral: entráronla, quemáronla, saqueáronla, y las crueldades que en ella hicieron particularmente con mujeres, personas eclesiásticas, frailes, monjas, fue tal, que apenas se hace tal cosa de las naciones más bárbaras del mundo: dejó las torpezas y deshonestidades, que no perdonaron a niñas de ocho, nueve a diez años.

El recurso a esta práctica inhumana era poco frecuente sobre todo entre españoles y holandeses, los cuales preferían hacer prisioneros a los soldados de las guarniciones tomadas por asalto y pedir posteriores recompensas o intercambio de prisioneros. En realidad, una resistencia insuficiente o una

capitulación sin combate eran consideradas deshonrosas y el gobernador de la plaza y sus oficiales podían ser procesados y ejecutados por cobardía, un hecho que no resultó infrecuente en el transcurso de la guerra. Por ello, era preciso evitar las rendiciones indebidas o apresuradas, dado que podían derivar en graves penas o represalias a los vencidos por parte de la justicia militar de sus propios gobiernos. Se reconocía que una guarnición había cumplido con su deber y podía rendirse cuando los sitiados habían consumido las municiones, o el enemigo ya había abierto una o más brechas, o después de haber rechazado por lo menos un asalto general.

La gran difusión de las fortificaciones abaluartadas, fruto del sistema de la *trace italienne*, llenó gran parte de Europa, especialmente cerca de las fronteras, de un número impresionante de fortalezas artilleras. Esto obligó a los contendientes a desangrarse en una larga, y a veces estéril, guerra de sitios. Una plaza bien defendida podía resistir durante meses, acabando con los recursos humanos y materiales de los sitiadores. La toma del fuerte de Schenkenschans en 1636 supuso enormes gastos y numerosas bajas, lo que imposibilitó a los holandeses participar en la campaña del año siguiente. La defensa de Gravelines en 1644 mermó la capacidad ofensiva del ejército francés, que no pudo proseguir la ofensiva y tuvo que detenerse. El sitio de Salses en 1639 costó a los españoles más de 12.000 bajas.

La obstinada resistencia de una guarnición podía hacer muy difícil la vida de los sitiadores y conducirlos a un verdadero desastre con la llegada de los socorros y la

destrucción casi total de los trabajos y de las fuerzas asaltantes, como ocurrió, solo por citar algunos ejemplos, en Fuenterrabía en 1638 y en Casale en 1640. La plaza española de Fuenterrabía fue asediada entre junio y septiembre de 1638 por las tropas francesas comandadas por Enrique II de Borbón-Condé (príncipe de Condé) y Henri d'Escoubleau de Sourdis. Aquellas tropas compuestas por 27.000 hombres y varios barcos de guerra asediaron el puerto y ciudad de Fuenterrabía durante dos meses, disparando 16.000 proyectiles dentro de la ciudad amurallada, donde solo quedaron como supervivientes trescientas personas, la mayor parte mujeres y niños. La ciudad quedó virtualmente destruida pero no se rindió.

Pero, los asedios no siempre acababan siendo el cementerio de los ejércitos; en varias ocasiones las plazas amenazadas, a pesar de la existencia de una fuerte guarnición, ofrecieron solo un simulacro de resistencia, abriendo enseguida sus puertas a los sitiadores. Episodios de esa índole tuvieron lugar en varias ocasiones en los dos bandos. En Breme, por ejemplo, en 1638 su fortaleza se rindió en solo dos semanas, hecho que costó la vida a su gobernador, Montgaillard, que fue decapitado por orden de Richelieu; la ciudad de Hulst en los Países Bajos capituló en 1645 cuando todavía tenía los almacenes llenos de víveres; y Furnes (Veurne), cerca de Dunkerque, abrió sus puertas a los pocos días de que se iniciara el asedio en 1646. Las causas de esta escasa resistencia se pueden atribuir, según Maffi, a la habilidad de los sitiadores, que consiguieron apoderarse de las murallas externas o abrieron rápidamente una brecha, impidiendo de hecho la prosecución de la defensa.

Aunque los combates ofrecían grandes márgenes de creatividad que espoleaban a soldados y oficiales para alcanzar el honor y las recompensas estipuladas por acciones heroicas, los movimientos y operaciones de los ejércitos, especialmente en la guerra de sitio, estaban muy reguladas por una serie de procedimientos tendentes a la expugnación de una fortaleza.

El primer paso para la expugnación de una ciudad sitiada era bloquear el acceso de ayuda exterior, evitando que entraran en el recinto refuerzos, víveres o municiones. Un segundo paso consistía en atacar la plaza por el punto más débil, para lo cual se iniciaban las obras hasta lograr abrir una brecha, eligiendo cuidadosamente la zona más vulnerable. El tercer paso radicaba en buscar el sistema de ingeniería más acertado para la expugnación. En este tipo de acciones se trataba más de acertar con la obra de ingeniería necesaria y con su modo de hacer que de cuestiones estrictamente militares. Y es que, como explicaba el maestro de campo Lelio Brancaccio, «no hay instrumentos en la guerra más necesarios ni con que se hagan obras de mayor importancia que es el azadón y la pala». De esta circunstancia se derivaban quejas de los soldados «porque los hombres quieren en la guerra servir de soldados» y no excavar trincheras ni túneles y mucho menos mover toneladas de tierra, operaciones que no estaban entre sus actividades habituales. Para esta tarea estaban los zapadores, encargados de la preparación del combate ofensivo en el sitio de plazas. Las trincheras realizadas en zigzag hacia el enemigo debían permitir que al menos hubiera en ellas una fila de tres piqueros cuando se produjera un ataque. Con la

tierra extraída de cavar las trincheras, se hacían glacis para frenar al enemigo. En terrenos arenosos, pedregosos o húmedos, había que apuntalar las paredes y elevarlas con parapetos de maderos, fajinas y gaviones.

Fruto de su experiencia personal, Brancaccio explicaba que la victoria de los sitiadores se ganaba palmo a palmo, centímetro a centímetro:

Mucho más segura es en nuestros tiempos una pequeña trinchera o un estrecho reducto que no era en los pasados los altos reparos, las multiplicadas torres y los reduplicados fosos, pues nosotros con un pequeño reducto adonde puedan estar seguros 50 mosqueteros defendemos y aseguramos 400 pasos de trinchera. Y el capitán que se valiese de semejantes fortificaciones atacando una plaza podrá estar seguro de llevar la empresa a su deseado fin.

Con todo, algo sorprendente en los asedios era la presencia de civiles interesados en presenciar el desarrollo del sitio. El historiador Brian Sandberg expone que, para muchos europeos de la época moderna, las batallas y especialmente los asedios eran todo un espectáculo.

Civilians would gather together to enjoy a good siege, as the women of the countryside around Le Pouzin did during the siege of the French town in 1628. Indeed, people were so familiar with violence that it was omnipresent, even in their comedy. In this contradictory perception, war was a spectacle and a menace at the same time.

El arte de «contar» las batallas

Hace ya algunos años, el historiador británico Michael Howard argumentaba que se deberían buscar las raíces de la victoria y de la derrota lejos del campo de batalla, acudiendo al análisis de los factores políticos, sociales y económicos, que nos descubrirían por qué están constituidos los ejércitos como lo están y no de otro modo y por qué sus jefes los conducen como lo hacen y no de otra manera. Sin embargo,

como ha escrito Espino López, en sus palabras se echa en falta el análisis de un cuarto factor: el cultural, porque los ejércitos se organizan de determinadas maneras y sus oficiales los dirigen de forma diligente o ineficaz a causa, también, de su formación.

Aunque en la actualidad ha habido importantes estudios y publicaciones de diversas batallas de la Guerra de los Treinta Años, y algunas magníficamente realizadas, todavía es posible ahondar en el método que facilite el conocimiento de lo que ocurrió en el campo de batalla y más allá.

Además de suscribir lo expuesto por Howard y Espino López, el análisis de las batallas debe tener en cuenta una serie de factores que faciliten comprender en profundidad si la batalla fue decisiva tanto en el curso de la contienda como en las negociaciones de los tratados de paz y en las relaciones internacionales posteriores. Muchas batallas aplastantes por uno de los combatientes resultaban después poco efectivas debido a diversos factores. Otras que parecieron victorias resultaron dudosas o sin consecuencias. Cuando esto ocurría, la propaganda se encargaba de generar una visión determinada, muchas veces sesgada a favor de uno de los contendientes.

Para ello, conviene analizar, en primer lugar, la capacidad combativa de los beligerantes tanto por el número de hombres y armas como con relación a sus innovaciones técnicas, estratégicas, tácticas y logísticas teniendo en cuenta, sobre todo, las novedades, «invenciones» o progresos que aportaban cada uno de ellos. En segundo lugar, interesan los resultados de la batalla y de la persecución de los vencidos por los vencedores, en el

número de muertos, heridos, huidos y prisioneros. En tercer lugar, no menos importante es el análisis del factor humano en el combate, cualquier dato de aquellos que sobrevivieron o sucumbieron en el campo de batalla (heroísmo, camaradería, sentimientos, etc.). En cuarto lugar, conviene acometer el análisis de la predicación y las arengas. Es sabido que, en las horas previas a la batalla, los capellanes o predicadores que acompañaban al ejército concienciaban a las tropas de la importancia de su actuación. También un análisis de las arengas antes y en medio del combate ayudaría a calibrar los sentimientos en aquellos momentos decisivos. En la batalla de Fleurus, el 29 de agosto de 1622, Gonzalo de Córdoba, cabalgando entre las filas, arengó a sus soldados apelándoles al orgullo de glorias pasadas y a no bajar la guardia ni pensar que aquel enfrentamiento era cosa hecha.

Finalmente, un análisis completo llevaría a estudiar el impacto de la batalla en la población como consecuencia de la derrota del ejército enemigo o, a la inversa, de su victoria. Con todo, hay que tener en cuenta que muchas batallas han sufrido interpretaciones parciales o sesgadas debido a la propaganda contemporánea, interpretaciones que con el tiempo han echado raíces y han llegado a nuestros días. Un ejemplo de un gran impacto a corto y largo plazo fue el causado por el asedio a Magdeburgo el 20 de mayo de 1631, impacto de tan largo alcance que resulta vivo en nuestros días.

Por ello, conviene realizar análisis ponderados de las batallas en general y no tanto de los movimientos de las distintas unidades y sus momentos estelares en el combate,

ni siquiera de las grandes hazañas de los héroes militares. Por el contrario, conviene explicar los aciertos que llevaron a la victoria: la ventaja geográfica, explicada mediante mapa, la superioridad numérica, la estrategia elegida, los avances tácticos, logísticos y armamentísticos, sin caer en el modelo explicativo de los cronistas de la época.

Para el estudio de las derrotas, es interesante la posición de Geoffrey Regan en su obra *Historia de la incompetencia militar* (1989), en la que estudia las causas de los fracasos examinando diversos factores humanos y técnicos, como la ineptitud del alto mando militar, la falta de preparación, el exceso de confianza, los errores de intendencia o la escasa información sobre el oponente o sobre el terreno. En su análisis señala que las derrotas causadas por dichos factores ocasionaron grandes pérdidas humanas y materiales.

Un análisis historiográfico de los estudios sobre las batallas en las dos últimas décadas llevaría a reseñar el auge de la literatura de la guerra, debido en gran parte a un público cautivo, muy interesado en estos estudios militares. La historia militar, en general, y de las batallas, en particular, tienen diversos ámbitos de lectores asegurados.

Existen en inglés, menos en español, algunos diccionarios de batallas de todos los tiempos que resumen las principales notas distintivas de cada una. Aunque son una base imprescindible, el historiador militar debe ir más allá, hasta exponer todos los factores que hicieron posible los resultados.

Para la Guerra de los Treinta Años, una de las mejores obras sobre las batallas de aquella contienda son los dos volúmenes del libro clásico de William P., Guthrie, *Battles of*

the Thirty Years War: From White Mountain to Nördlingen 1618-1635, Westport, 2002, traducida al castellano por Ediciones Salamina. Y del mismo autor *The Later Thirty Years War, From the Battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport, 2003, libro que no ha sido traducido.

Algunas batallas han sido especialmente estudiadas y analizadas como consecuencia de sus repercusiones y, sobre todo, de la cuantiosa documentación que han dejado. Entre ellas, la primera gran victoria de los Habsburgo, la batalla de la Montaña Blanca, y la batalla de Lützen, cuya singularidad e importancia fue debida a las novedades aportadas por los suecos en el arte de la guerra y a la muerte de Gustavo Adolfo de Suecia en la batalla.

Sobre las campañas de los tercios españoles existe una floreciente literatura en castellano, a cuya cabeza está Hugo Álvaro Cañete con su trabajo sobre la guerra del Palatinado. También ha trabajado con otros autores el ejército de Alsacia y la intervención española en el Rin en la campaña 1633-1634. La obra resultante analiza el ejército del duque de Feria y sus campañas en los años inmediatamente anteriores al viaje del cardenal infante.

Otro autor que ha seguido la senda del estudio y análisis de la batalla ha sido Julio Albi de la Cuesta, muy interesado por los tercios españoles. Albi ha examinado en dos volúmenes algunas batallas llevadas a cabo por los tercios del cardenal infante: en el primer volumen estudia la actividad bélica de don Fernando entre 1632 y 1636 y en el segundo de 1637 a 1641.

En la misma línea de análisis de batallas concretas, hay que señalar los estudios de Esteban Rivas, quien ha

examinado tres grandes batallas de la Guerra de los Treinta Años: la batalla de la Montaña Blanca de 1620; la de Fleurus, de 1622; y la de Tuttlingen, de 1643. La de Fleurus ha sido considerada tanto un episodio del conflicto bohemio de la Guerra de los Treinta Años como un enfrentamiento de la guerra del Palatinado —también en el marco de la Guerra de los Treinta Años—, o incluso una batalla desarrollada en el marco histórico de la guerra de los Ochenta Años, en el avispero de Flandes y las Provincias Unidas.

De todas ellas, una de las batallas más determinantes de la contienda fue la de Lützen, que tuvo lugar en una población cercana a Leipzig, en Sajonia, el 16 de noviembre de 1632. La considerable repercusión de esta batalla se debió a que tanto la batalla de Lützen como la anterior de Rain, además de causar la desaparición de los grandes generales, Gustavo Adolfo, Pappenheim y Tilly, tuvieron gran significación porque pusieron de manifiesto las innovaciones tácticas de Gustavo Adolfo. El general sueco asumió la estrategia de un arriesgado ataque frontal en combinación con el despliegue de una gran parte de su ejército en un movimiento por los flancos, que iba a tener similitudes con las tácticas posteriores del duque de Marlborough en la batalla de Blenheim, años más tarde (1704), o con las de Federico el Grande en Leuthen (1757). El discípulo de Gustavo Adolfo, Johan Banér, también empleó una estrategia similar cuatro años después en el combate de Wittstock.

Varias relaciones reproducen vívidas descripciones de la batalla, como la de Octavio Piccolomini en su carta al duque de Feria, fechada en Lützen el 24 de noviembre de 1632:

A 16 de noviembre de 1632 sucedió la Batalla entre la gente Imperial y el Rey de Suecia, cuyo suceso no me detendré a contar distintamente a V. Ex. Solo diré que se combatió siete horas en la más sangrienta y cruel manera que se ha visto jamás en Alemania y tan obstinadamente que si no viniera la noche no quería rendirse un campo al otro un punto: al que me encuentro quedó muerta casi toda la caballería y perdido el cañón, más en el progreso de la refriega aventajándonos los católicos fue forzoso al enemigo y a nosotros por respecto de la noche retirarnos dejando en nuestras manos las piezas de artillería. Retiramonos a Lisech y registrando el campo se hallaron muertos infinitos de una parte y de otra de que este gentilhomme, Inocencio Barchela, mi camarada, dará más cumplida relación a V. E. En la revista del campo corría la voz que el Rey de Suecia era muerto, y otros decían que había quedado herido: no hace mucho que se supo de cierto, de lo cual sabiendo cuanta utilidad resultaría a la casa de Austria, y por cumplir yo con mis obligaciones, he querido despachar a posta este mi camarada, para que como he dicho pueda dar distinta cuenta de todo; no lo pudiendo hacer yo por cinco mosquetazos que tengo en el cuerpo, y cinco también en las armas, y haberme muerto entre las piernas cuatro caballos con la mayor parte de mis oficiales: quedó muerto el buen soldado Papenain y el coronel Camargo, hemos cogido hasta sesenta banderas y cornetas. Dios guarde a V. E.

Según Piccolomini, cuando los coraceros suecos encontraron el cuerpo de su rey y lo llevaron a la retaguardia, esto supuso un duro golpe moral para las tropas, tanto que el avance de Suecia se detuvo. Piccolomini aprovechó la ocasión y así, «blandiendo el collar del rey, que le había dado Martinelli, cargó anunciando a gritos la muerte de Gustavo Adolfo. La línea protestante volvió a retroceder al otro lado del camino». Los suecos consiguieron entrar en Lützen y hostigar a las formaciones imperiales de Colloredo, a quien Piccolomini envió refuerzos. La situación imperial —según Cañete— se vio salvada «*in extremis* por la llegada de los refuerzos, enviados por Piccolomini».



El general Piccolomini en el sitio de Presnitz, 1641, por Pieter Snayers. Museo de Historia Militar de Viena.

Aunque reivindicada la victoria por Suecia, el desenlace de la batalla no fue claro, pues ambos ejércitos tuvieron un número similar de bajas —entre 5.000 y 6.000 hombres— si bien también ambos ejércitos manipularon los resultados en función de sus intereses. Fue una contienda confusa y sangrienta en la que los suecos, a pesar de todo, llevaron ventaja gracias a Bernardo de Sajonia-Weimar. Lo que estuvo claro fue la muerte de Gustavo Adolfo, un hecho que costó tiempo creer en Europa.

Cuando las nuevas procedentes de Alemania llegaron a Milán, el duque de Feria escribió gozoso al rey el 8 de diciembre de 1632, felicitándole porque las cosas relativas a su causa iban a mejor tras la buena noticia de la muerte del rey sueco en el campo de batalla.



La batalla de Lützen, 1632, por Pieter Snayers.

Otra de las «famosas» batallas fue la de Rocroi, el 19 de mayo de 1643; una victoria francesa que ha sido calificada de «extraordinario giro en la fortuna de la guerra». La victoria fue objeto de una intensa propaganda. La explicación del mito de Rocroi puede residir en lo que se ha denominado «el triunfo de la propaganda» llevada a cabo por una Francia cuya monarquía había sido sacudida por la reciente muerte de Luis XIII, con un heredero menor de edad y bajo una regencia disputada. En esa difícil situación, Francia encontraría en la victoria del 19 de mayo un espaldarazo de confianza en sí misma y un augurio de grandes triunfos futuros. Quizá el alivio por ver alejarse una formidable amenaza también contribuyó a la exultación con que se celebró el triunfo. Solo un año antes, el 26 de mayo de 1642, en Honnecourt, ese mismo ejército español había batido completamente a las fuerzas francesas, hasta el punto de haber logrado hacer cundir el pánico en París. Todo ello puede explicar la exageración del alcance y transcendencia del triunfo.

Al analizar la capacidad militar de los contendientes, y a

pesar de las divergencias en la consideración de los efectivos de uno y otro lado, parece posible que cada uno pudiese reunir unos 23.000 hombres, la tercera parte de ellos de caballería, y que Francisco de Melo alcanzase una ligera superioridad, poco significativa. En cuanto a la artillería, el ejército de Francisco de Melo contaba con 18 piezas y sus contrarios, con 14.

Al analizar el desarrollo de la batalla a través de los diversos testimonios que han sobrevivido se puede recomponer vívidamente el desarrollo del enfrentamiento. Uno de los momentos más cruciales fue el estallido de alegría de los soldados de los tercios pensando haber ganado la batalla de Rocroi. Según Vincart, «estando así los escuadrones y los batallones de la vanguardia del ejército enemigo, rota la caballería, empujando la infantería hecha pedazos y ganada la artillería, los soldados de Su Majestad echando los sombreros por alto en señal de victoria».

Precisamente, en los últimos años, esta batalla ha sufrido revisiones. Los frutos estratégicos de Rocroi fueron nulos a todos los efectos, por lo que se comprenden los juicios de Stradling y Parrott sobre la importancia desmedida que se ha venido atribuyendo a la batalla. De mayor trascendencia que su resultado fue la capacidad de resistencia que España seguiría mostrando hasta finales de siglo frente a múltiples enemigos, tan acertadamente analizada por Black y Storrs.

Todo ello ha llevado a una nueva interpretación de la batalla debida a Wilson. El autor cifra las pérdidas hispanas en 3.500 efectivos, además de los prisioneros, mientras que las francesas rondarían las 4.500. Tras aquel enfrentamiento, Wilson calcula que la suma de los soldados del ejército

hispánico estarían en torno a unos 70.000. La muestra realizada del ejército de Flandes en noviembre de 1643, conservada en el Archivo General de Simancas, arrojó una cifra de 77.737 efectivos entre oficiales y soldados, ascendiendo el contingente español a 5.935 hombres — curiosamente, muy numeroso para haber sido liquidado en la batalla de Rocroi, como la historiografía proclive a la decadencia de la Monarquía se empeña en afirmar—. Según el autor, la verdadera significación de Rocroi para Francia fue el afianzamiento de la regencia de Ana de Austria durante la minoría de edad de Luis XIV y del valimiento de Mazarino, lo que retrasó el estallido de la Fronda unos cuantos años. El combate más bien significó poco para la presencia de las tropas de Felipe IV en Flandes. Esta no había sido la primera derrota sufrida por el ejército de Flandes y hasta 1647 sus contingentes tuvieron que continuar dividiéndose en dos frentes, el del sur y el norteño, para frenar o atacar a franceses y holandeses, respectivamente. En definitiva, como ha escrito Wilson, «Rocroi debe su lugar en la historia Militar a la propaganda francesa».

Solo con datos bien contrastados será posible derrotar la fuerza de los viejos clichés sobre la decadencia militar de España, destinada inevitablemente, como ha señalado Maffi, a la catástrofe en su épica lucha contra adversarios más «modernos», como las Provincias Unidas y Francia, dotados de los más avanzados sistemas militares.

6. EL IMPACTO DE LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS

En los comienzos de la segunda década del siglo XVII, Virgilio Malvezzi vaticinaba que, dadas las circunstancias políticas del Imperio, la situación de Alemania era tal «que jamás gozaría de una paz que no fuese la que le diere el cansancio de las guerras». Hacia 1630, aquella fatiga era ya una realidad y muchos pensadores y escritores debatían sobre la extremada prolongación de la contienda. El profesor de Lovaina Nicolás Vernulesz consignaba que el estado de violencia, iniciado en el pasado remoto, se había hecho permanente, sin que se vislumbrara posibilidad de cambio en el futuro. En las décadas de los treinta y cuarenta, toda una generación de europeos no había conocido otra cosa que el conflicto, la paz solo podía concebirse en los deseos. Arraigada en el pensamiento la sensación de guerra perpetua, el flamenco declaraba que «no hay cosa tan fácil como emprender una guerra [y] tampoco la hay más difícil que portarse bien en ella y acabarla felizmente».

El historiador Peter Wilson, que ha analizado las percepciones de los contemporáneos sobre la Guerra de los Treinta Años, ha demostrado que su duración incrementó el impacto de la contienda. Solo dos de los principales actores al comenzar la conflagración gobernaban todavía en 1648 — Maximiliano de Baviera y Juan Jorge de Sajonia—, y toda una generación creció conociendo únicamente el conflicto. Por ello, las percepciones tienen que ponerse en contexto. La duración del conflicto lo convirtió en un elemento más de la

vida cotidiana, lo que pone de manifiesto la variedad y ambigüedad de las experiencias e impresiones de aquellos coetáneos. La guerra tiene, sin duda, un lugar prominente en las memorias contemporáneas, si bien es posible encontrar ejemplos en los que apenas se menciona o, de hecho, no provoca un impacto apreciable en la vida del autor. Los encuentros con soldados no siempre fueron negativos. Una monja católica señaló que «aunque los suecos nos visitaban a diario, siempre se comportaban con nosotros de manera correcta y honorable. Aunque parecían terribles, tan pronto como nos veían y hablaban con nosotras se convertían en corderitos pacientes y tiernos».

En resumen, las percepciones individuales a menudo no se corresponden con la visión amplia o con el análisis histórico del impacto demográfico y material del conflicto. Sin embargo, el legado general fue un sentimiento de miedo y pérdida, y la guerra se recordó como un verdadero desastre.

Para el historiador Jay M. Winter, es preciso acometer el estudio de la guerra en diversos niveles, desde el horizonte de los políticos hasta el de los generales, sin olvidar el estudio de la guerra desde la posición de los soldados y desde la de los civiles. Es necesario evaluar el profundo impacto causado en el conjunto de la población militar y civil, tanto en lo referente a sus condiciones anímicas como a sus circunstancias en la vida cotidiana (hambre, heridas, enfermedad, miedo, etc.). Finalmente, siempre debe estudiarse el periodo de la posguerra evaluando los resultados del conflicto mediante un balance de las aportaciones de la contienda para cada uno de los

adversarios y cómo marcó la memoria colectiva de cada país beligerante.

Pues bien, en la primera mitad del siglo xvii, nadie tomaba en cuenta ni aludía o reflejaba los efectos profundos y duraderos que la guerra traía consigo. Para muchos significaba el desamparo, la destrucción y la muerte. Pero existía un arraigado y antiguo argumento de que la paz prolongada ablandaba la fibra moral de la sociedad, que, de este modo, cedía al relajamiento de las costumbres y se volvía indolente y corrompida; la guerra, en cambio, concentraba y movilizaba la energía, sacaba a la luz muchas de las buenas cualidades del ser humano y, en general, tenía un efecto tónico y purificador.

Como no existía un claro derecho internacional, la posición de los países neutrales era muy ambigua y apenas estaba protegida. En realidad, no se concebía la neutralidad; se percibía como algo inmoral frente a la justicia que cada contendiente se adjudicaba como patrimonio. Se toleró una especie de «neutralidad benévola» por la que el príncipe ajeno al conflicto debía permitir el tránsito de las tropas por sus posesiones y proporcionar alimentos y suministros. Existía la creencia general de que un beligerante tenía derecho a conducir sus tropas a través de un territorio neutral si, al hacerlo, no causaba daños (el derecho de *transitus innoxius*). También se permitió una especie de «neutralidad por conveniencia mutua» o «utilitarista». A las ciudades de Hamburgo, Bremen y Lübeck por su actuación como capitales para la actividad diplomática y financiera de los principales países beligerantes.

Tampoco las fronteras estaban definidas con claridad;

más que auténticas líneas de demarcación, eran zonas de contacto entre países vecinos. Los oficiales de esas áreas fronterizas protagonizaban frecuentemente actos de amenaza y avasallamiento que, por lo general, no provocaban la intervención formal de los países implicados. En una época de tanta violencia, los incidentes de este tipo constituían un trasfondo turbador en las relaciones internacionales, que en contadas ocasiones, llegó a poner en peligro la paz entre los estados. Un ejemplo fue la frontera húngara entre los Habsburgo de Austria y el Imperio otomano, escenario de incesantes escaramuzas y enfrentamientos armados.

Las consecuencias de la guerra condujeron al desarrollo de una importante literatura testimonial, de la que muchos textos descriptivos han llegado hasta nosotros. Como ha quedado cristalizado en esas relaciones, diarios y cartas, tras la llegada de la paz definitiva, el 11 de agosto de 1650, una gran multitud de niños y niñas que solo conocieron la guerra se reunieron para celebrarlo junto a sus familiares, vecinos y amigos. Escenas como estas probablemente debieron de verse en la mayor parte de los pueblos y ciudades de Alemania, aunque no fue posible en algunos lugares como Linden. Según explica Parker, las nueve familias campesinas que vivían en esta pequeña aldea de Rothenburg sufrieron los abusos de los soldados del ejército sueco cuando una tarde de 1634 estos llegaron para exigir alimento y practicar uno de los ejercicios preferidos por las tropas: la expoliación. No obstante, la peor parte se la llevaría la mujer de Jorge Rösch, a quien «violaron y persiguieron gritando por la aldea». Así, desde 1640 los

campesinos abandonaron Linden y no fue hasta el año de 1690 cuando once familias volvieron a poblar sus tierras.

La gran cantidad de documentos que se han conservado de la Alemania del siglo XVII prueban que, en efecto, casos como el ocurrido en esta aldea debieron de producirse en casi todas las ciudades alemanas. La veracidad de estos datos es para los especialistas algo casi irrefutable. Advierten, sin embargo, que existe un gran número de fuentes locales que especularon de manera excesiva sobre la devastación económica, moral y de vidas humanas en la guerra. Este es el caso, por ejemplo, del *Simplicissimus* de Juan Jacobo Cristóbal von Grimmelshausen (1660) y también del *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* de Gustavo Freytag.

Saber, pues, con total certeza cuál fue «el impacto global» de la Guerra de los Treinta Años en la Alemania de la época y sus territorios colindantes es en extremo complicado. Los horrores de la conflagración han estado presentes en la memoria colectiva durante siglos. Millones de personas murieron y algunas de esas regiones quedaron despobladas. Partiendo del destino de un contemporáneo sueco, Peter von Englund describe cómo la guerra moldeó no solo la cultura, la sociedad y la historia de Europa, sino también a la gente que fue arrastrada por aquel torbellino.

Consecuencias demográficas

La guerra llevó directamente a la muerte tanto a soldados como a civiles, aplazó los matrimonios y los nacimientos, causó hambrunas, destruyó medios de vida, interrumpió el comercio y obligó a un gran número de personas a emigrar.

Para algunos historiadores, la pérdida de población y los

desplazamientos producidos por la contienda fueron proporcionales a la devastación sufrida durante la Segunda Guerra Mundial.

En el año 1618, vivían en Alemania doce millones de personas. Entonces vino la gran guerra [...] En 1648, solo quedaban en Alemania cuatro millones.

Así comenzaba la ópera antibelicista *Simplicius Simplicissimus*, que Karl Amadeus Hartmann (1905-1963), escribió a mediados de la década de los treinta del siglo xx. No solo siglos después, también los contemporáneos de aquella contienda fueron conscientes del impacto demográfico de la Guerra de los Treinta Años en Alemania y, en general, en Europa; así lo expresaba desde su perspectiva De Noris:

Las Guerras de Alemania [...] en poco tiempo se expandieron tanto como para llevar a la ruina toda aquella grande provincia, de una forma tan sangrienta, con tantos sacrilegios, con tanta desolación en los pueblos y tantas revoluciones de Estados, como no volvió a pasar por siglos en toda Europa.

Como consecuencia de los enfrentamientos llevados a cabo, el nivel de población anterior a la guerra no se volvió a recuperar en algunas regiones hasta cien años después. Toda la dimensión de la tragedia demográfica que la guerra trajo consigo se puede reconstruir fácilmente consultando las estadísticas de población de la época. A falta de una precisa y fiable información censal, los historiadores han extrapolado la experiencia de regiones bien estudiadas a otras. Según las conclusiones de Günther Franz presentadas en *Der Dreissigjährige Krieg und de Deutsche Volk* (1940), las pérdidas de población fueron enormes, entre el 25 por ciento y el 40 por ciento y en algunas regiones hasta del 50 por

ciento, pero variaban dependiendo de los territorios. Sin embargo, estas estimaciones hoy en día son consideradas totalmente exageradas. En opinión de Marcus Cerman, el impacto de la Guerra de los Treinta Años sobre la población ha sido sobreestimada. Especialmente en Bohemia, donde una variedad de fuentes del periodo en torno a 1651 sugiere que no hubo un parón en el comportamiento conyugal y que algunos fenómenos deberían atribuirse a la emigración relacionada con las condiciones económicas más que a una acción directa del conflicto sobre la población.

Está claro que el número de muertos y heridos en combate o no ha sido recogido o ha sido objeto de informes poco fiables. Por lo general, los vencedores inflaban las cifras para incrementar el alcance de la victoria y los vencidos trataban de minimizar los resultados disminuyendo su repercusión. De todas formas, incluso dejando un generoso margen para el error estadístico, es evidente que los riesgos de la vida militar fueron altos y algunos ejemplos lo confirman. Según varios historiadores, aproximadamente una cuarta parte de los soldados franceses moría cada año, lo que supuso un total de 600.000 hombres en el periodo de 1635 a 1659. Pero la mayor parte de la mortalidad no se debía ni mucho menos a las acciones bélicas. El historiador francés Jacques Dupâquier, gran especialista en demografía histórica, sugiere que uno de cada diez soldados moría en la batalla, y que por cada uno que moría en acción, tres sucumbían de heridas o accidentes y seis de enfermedades. Sin embargo, las valoraciones a este nivel pueden subestimar los números de los que morían en conflicto. Algunos testimonios obligan a pensar que la proporción de muertos

en algunos enfrentamientos fue considerable. En junio de 1633, el escocés James Turner, que servía en el ejército sueco en Alemania entre 1632 y 1639, se horrorizó de la carnicería que resultó de la batalla cerca de Hammeln, en la que se derramó mucha sangre.

Se estima, generalmente, que la parte vencedora podía perder el 15 por ciento de sus hombres y la parte de los vencidos el 30 por ciento en muertos y el 20 por ciento en prisioneros. Si las pérdidas en las batallas eran altas, en los asedios podían llegar a alcanzar cifras aún más elevadas, especialmente si la fortaleza terminaba por ser asaltada. En este caso los vencedores podían esperar perder el 20 por ciento de su fuerza y los vencidos el 50 por ciento. Después del asalto a la ciudad de Fráncfort del Oder por los suecos en 1631, hubo tantos muertos —los imperiales perdieron 3.000 hombres y el ejército sueco, 800— que los paisanos que iban a enterrarlos no pudieron hacerlo por el excesivo número de ellos. De ahí que pasaran seis días antes de que hubieran sido inhumados todos y «al final fueron arrojados en montones en el interior de grandes pozos, más de cien en cada tumba».

A pesar de estos testimonios, y precisamente por ellos, existe una gran dificultad para establecer datos sobre cuántos soldados murieron y cuántos sobrevivieron al conflicto, sobre todo teniendo en cuenta que muchas de las cifras sobre los miembros de los diversos cuerpos militares no proceden de datos de archivo, sino de apreciaciones más o menos aproximadas presentes en las obras de autores de la época que posteriormente se han ido repitiendo tomándolas como válidas. Partiendo de esta premisa, los datos que se

poseen son demasiado escasos o faltos de detalle para permitirnos establecer *ratios* y modelos de comportamiento. Sin embargo, de algunas batallas de la época sí se pueden extraer datos concretos. Por ejemplo, en la batalla de Montijo en mayo de 1644, de un cuerpo de unos 5.700 soldados, las pérdidas llegaron a alcanzar más de la quinta parte, un 22 por ciento.

Aunque las cifras no son demasiado precisas, en Alemania y en Europa centro-oriental, la Guerra de los Treinta Años supuso pérdidas que se repartieron de forma desigual, si bien en algunas zonas, como Pomerania, Meklemburgo y Württemberg, llegaron e incluso superaron el 40 por ciento de la población. No obstante, las valoraciones han tendido a moderarse. Si hace tiempo se pensaba que Alemania pudo perder entre la mitad y dos terceras partes de su población, hoy se considera que esta se contrajo solo entre un 15 y un 20 por ciento, disminuyendo de 20 a 16-17 millones de habitantes. En Brandeburgo seguramente se llegó al 50 por ciento, y en otras regiones incluso a dos tercios como Bohemia. Berlín contaba con 12.000 habitantes en 1618 y en 1638 solo quedaban 7.500.

En definitiva, si estas matizaciones han dejado desfasadas las terribles cifras que señalaban que la población alemana se redujo a 4 millones, también en las últimas décadas se ha hablado mucho del mito desarrollado por la historiografía sobre la furia y destrucción de la guerra.

Esta imagen ha sido creada en parte por las numerosas crónicas y testimonios personales que se han conservado de personas que sufrieron en su propia carne los efectos de la guerra. Todos ellos, junto a la literatura e imágenes de las

terribles consecuencias sobre la población, han conformado una significativa historia social de la Guerra de los Treinta Años que generó mucho impacto en los siglos xix y xx. El debate entre los historiadores se ha centrado en la fiabilidad de algunas de estas fuentes y, en consecuencia, se ha puesto en tela de juicio el alcance y extensión de la destrucción causada por los acontecimientos sucedidos en Alemania entre 1618 y 1648.

En 1620, cuando Mansfeld partió de Bohemia hacia el Palatinado y de Alsacia hacia los confines de Frisia con un ejército sin paga y sin soldada, se inició una guerra paralela despiadada y sin cuartel. A partir de entonces, Alemania fue constantemente atravesada en todas las direcciones por ejércitos y soldados, en general, famélicos y lisiados, extraídos constantemente de otras tropas disminuidas y cuyas marchas iban siempre acompañadas por filas de bagajes y municiones a las que seguían buen número de mujeres —algunas de ellas prostitutas, niños y comerciantes, procedentes de toda Europa. En aquel contexto es fácil imaginar a la inefable «Madre Coraje» arrastrando, desde 1620 a 1646, su carro por toda Europa: desde Polonia a Baviera, desde Moravia al corazón de Alemania, sin dejar de pasar por Italia. Para estos acompañantes y sobre todo para los soldados que vivían sobre el terreno, la violencia se convertía en un recurso para sobrevivir. Los nuevos reclutas también aprendían enseguida:

Aprendí tantas artimañas y desarrollé un sentido especial para no dejar escapar una oportunidad que nunca carecí de un caballo, ropa, carne o dinero, hice tan buen uso de los que aprendí que durante todo el tiempo que serví en Alemania no volví a sufrir las calamidades que padecí el primer año y medio.

Gran parte de la destrucción de vidas y bienes civiles fue causada por los soldados mercenarios. Las aldeas eran presas especialmente fáciles para los ejércitos merodeadores. Los que sobrevivieron, como el pequeño pueblo de Draais, situado cerca de Mainz en una colina frente al Rin, tardarían casi cien años en recuperarse. Tras ser ocupado por las tropas del general Ambrosio Spinola en 1620 durante su campaña en el bajo Palatinado, fue más tarde larga y duramente ocupado por las fuerzas suecas desde 1631 hasta 1635 como resultado de la batalla de Breitenfeld.

En 1639, por ejemplo, en Meklemburgo, tras el paso de los ejércitos imperiales y suecos, tan solo se encontraban «pueblos destruidos, caminos cubiertos de matorrales» y, debido a ello, campos sin cultivar invadidos por animales salvajes, lobos, corzos, etc. Entre 1618 y 1648, en el obispado de Kammin (Pomerania) —ha escrito Bercé— el número de campos cultivados pasó de 5.000 a 489, con el consiguiente deterioro y disminución de la producción y los intercambios. Ni las tierras ni la producción artesanal o textil, nada quedaba a salvo de los ejércitos depredadores; su flujo y reflujo impedían la regularidad de los intercambios y desembocaba en la contracción de la producción.

Pero, a pesar de todo ese reato de calamidades infligidas por las tropas, el alcance y la extensión de la destrucción han de ser mejor estudiados, analizados y sopesados al ofrecer datos y porcentajes.

Consecuencias humanas: epidemias, hambrunas y desplazamientos

Claramente la enfermedad epidémica no fue exclusiva de los periodos de guerra, sino que estuvo presente en Europa

durante varias décadas antes de 1618. Entre los siglos xvi y xviii, en el mundo occidental el nivel de mortalidad por contagio de epidemias se situaba entre el 70 por ciento y el 80 por ciento de los afectados. La peste, por su carácter letal, era la más temida, pero otras muchas epidemias y enfermedades —el tifus, la viruela, la disentería, el paludismo, etc.— se abatían sobre la población del siglo xvii, lo que suponían gravísimas amenazas a su existencia.

Durante el periodo de la Guerra de los Treinta Años, hubo pestilencias de varios tipos en Alemania y en los territorios circundantes, tanto entre los combatientes como entre los civiles. Aquel periodo de 1618 a 1648 supuso una fase dramática demográficamente, que estuvo ligada con todos los males asociados a los cuatro jinetes del Apocalipsis: peste, hambre, guerra y muerte. Sin embargo, como explicó Dupâquier, parece demostrado que la guerra en sí misma ocasionó menos pérdidas que otros factores más mortíferos. A pesar de algunos episodios particularmente atroces, el conflicto causó gran número de fallecimientos debido especialmente a las epidemias, en una época en que los desplazamientos de los ejércitos y de la población que huía se convertían en verdaderos canales de propagación.

Existe constancia, ha escrito Parker, de tres ejemplos de contagio debidos a los movimientos militares: la *peste de Milán* de 1630-1631, que fue llevada a Italia por las tropas alemanas enviadas por el valle de la Valtelina para combatir en la guerra de Mantua; un segundo caso, el de la peste que se extendió por el sur de Alemania en 1631-1634 al paso del ejército sueco; y otro tercer caso, el del ejército otomano de Hungría que sembró la peste a lo largo del recorrido que

solían seguir sus refuerzos por el valle del Danubio.

Así pues, desde 1628 y durante la década de los treinta, una gran oleada catastrófica se cernió sobre Europa, afectando sobre todo al norte y centro de Italia y a Francia. Según Carlo Cipolla, solo aquella epidemia eliminó a 1.100.000 habitantes.

El caso concreto de la *peste de Milán* o «plaga italiana» fue enormemente mortífera. Después de la guerra de Mantua, la mitad norte de la península italiana padeció una epidemia de peste bubónica que duró varios años. En abril de 1631, el gobernador español de Milán se quejaba de que «la peste ha dejado tan disminuida de gente [a esta provincia] que no se podrán hacer reclutas». Lo que no sabía entonces es que, en 1633, la peste se cobraría también su propia vida y la de gran parte de su ejército.

Para las tropas que se movían por Europa, el riesgo de contraer algún mal no era remoto, y una vez contraída la enfermedad se convertían en agentes portadores que transmitían y difundían las epidemias. Ejemplos de soldados que vagaban en solitario por Europa hubo muchos. Beltrán Campana, nacido en Bruselas en 1612, donde aprendió el oficio de barbero, marchó a los veinte años al Piamonte como soldado, después estuvo en Cataluña, Milán, Venecia, Roma, Viterbo; en 1651 fue apresado deambulando por España como extranjero y pobre. Precisamente, la afluencia de soldados de distintas nacionalidades propiciaba la transmisión de enfermedades y no solo los movimientos de tropas o los cambiantes frentes de batalla. A todo ello se sumaron los desplazamientos de las poblaciones civiles y el hacinamiento de los refugiados en las ciudades, que

provocaban aún más el contagio.

La información sobre las numerosas epidemias se encuentra generalmente en crónicas locales, registros parroquiales y registros de impuestos, que a menudo son incompletos y pueden ser exagerados. Las crónicas y relaciones de sucesos muestran que cuando los ejércitos imperial y danés se enfrentaron en Sajonia y Turingia durante 1625 y 1626, la enfermedad y la infección en las comunidades locales aumentaron. Las narraciones locales se refieren repetidamente a «enfermedad de la cabeza», «enfermedad húngara», y una enfermedad «manchada» identificada como tifus. Durante el fracasado asedio de Núremberg en 1632, civiles y soldados en los ejércitos imperial y sueco sucumbieron al tifus y al escorbuto. Dos años más tarde, mientras el ejército imperial perseguía a los suecos derrotados en el suroeste de Alemania, las muertes por epidemias fueron extremadamente altas a lo largo del Rin, sobre todo por peste bubónica, la más agresiva de todas. A partir de 1634, Dresde, Múnich y comunidades alemanas más pequeñas, como Oberammergeau, registraron un gran número de víctimas de plagas. En las últimas décadas de la guerra, tanto el tifus como la disentería se habían hecho endémicas en Alemania.

En cuanto a las heridas recibidas en combate, era bien conocido que la esperanza de vida dependía de la procedencia del arma. Las heridas por arma blanca cicatrizaban con facilidad, no así las infligidas con arma de munición. En el siglo xvii la cirugía todavía no había conseguido despegar como ciencia, pero los mejores cirujanos, sin duda, se encontraban en el ejército. Y ello se

demuestra por el grado de supervivencia de los soldados heridos. En muchas ocasiones, las amputaciones eran un éxito. Todo dependía de cómo y dónde hubiera sido infligida la herida. Lesiones de cortes y pinchazos de espada y pica podían cicatrizar solas —aunque debían ser limpiadas y vendadas—. Las heridas de bala eran más problemáticas. Una herida de cañón era invariablemente fatal. Las que afectaban a brazos y piernas podían ser tratadas con amputaciones. A la hora de juzgar por el gran número de exsoldados que sin miembros o articulaciones sobrevivían muchas veces pidiendo en las calles, las operaciones debieron de ser sorprendentemente efectivas. Un caso que ha llegado hasta nosotros fue el del hermano Lawrence, nacido en 1610 en Herminenil, ducado de Lorena. Su pueblo y su parroquia fueron destruidos por un incendio durante la Guerra de los Treinta Años, en la que luchó como joven soldado. En uno de los enfrentamientos recibió una fatal herida en el nervio ciático que le dejó lisiado y con dolores crónicos para el resto de su vida, que pasó en un monasterio de forma edificante. Una visión de estos tullidos o lisiados de guerra, licenciados del ejército, ha llegado hasta nosotros gracias a los dibujos y grabados del artista lorenés Jacques Callot (1592-1635), quien se propuso denunciar las miserias de la guerra en su patria natal.

Otro de los caballos del Apocalipsis fue el hambre.

Dicen que la terrible guerra ha acabado. Pero aún no hay indicios de paz. Por doquier hay envidias, odios, avaricia; es la guerra que hemos aprendido [...] Vivimos como animales, comiendo forraje y grasas. Nadie habría imaginado que algo así fuera a pasarnos. Mucha gente dice que no hay Dios.

Así escribía la familia Bible, del pueblo suevo de

Gerstetten, el 17 de enero de 1647. Se trataba de uno de los pasajes más emotivos que se documentan de la Guerra de los Treinta Años. En aquella fecha, muchos de los territorios del ya derrotado Imperio germánico, como Suabia, Baviera y Austria, sufrirían todavía durante veinte meses más las terribles consecuencias de este conflicto. La familia Bible, como ella misma expresa, pasó hambre, un hambre atroz, que se rememora en muchos pasajes de la época de forma descarnada. En Calw, un pastor vio a una mujer mordiendo la carne de un caballo muerto del que también se estaban alimentando un perro hambriento y algunos cuervos. En Alsacia los cuerpos de los criminales fueron arrancados de la horca y devorados. Tanto bellotas, como hierbas y pieles de cabra eran cocinados en Alsacia; gatos, perros y ratas fueron vendidos en el mercado en Worms. En Fulda y Coburg, cerca de Fráncfort y el gran campo de refugiados, los hombres caminaban con el terror de ser asesinados por aquellos enloquecidos por el hambre...

Pero no solo los civiles pasaron hambre, también, y mucha, los soldados. Sin embargo, la fuerza de las armas facilitaba a las tropas conseguir las provisiones y alimentarse más deprisa que a los pobres campesinos. Desde el principio, los soldados del Imperio tuvieron serias dificultades para encontrar alimentos para ellos y forraje para los caballos en Bohemia y Hungría:

Aquí estamos —escribió Bucquoy al archiduque Alberto— cada día trabajando en los forrajes y en desvalijar este pobre reino que no nos proveamos aquí de las cosas que hemos menester si no es a fuerza de garras y a costa de sangre no es posible que esta busca se haga con la orden que fuera bien y así no habrá que maravillar que estos bohemios no nos tengan por buenos economos en la dispensación de su hacienda a la

cual vamos dando cavo harto aprisa.

La guerra provocó también un grave problema de desplazamientos de unas regiones a otras, tanto de las tropas en persecución o soslayo del enemigo, como de la población civil que huía buscando no solo refugio y salvaguarda de las hordas depredadoras mercenarias, sino también el necesario alimento cotidiano. El mejor ejemplo es el del soldado mercenario Hagendorf, cuyo recorrido, más de 22.500 kilómetros entre 1625 a 1649 a través de Italia, Alemania, el Flandes español y Francia, es indicativo de la movilidad de las tropas. Por su parte, el granjero Caspar Preis, de Hessen, estaba tan atemorizado por el paso de las tropas de ambos bandos que el crujido de una hoja le hacía salir de casa; el zapatero Hans Heberle explicaba que él y su familia habían abandonado no menos de 30 veces su casa durante la guerra para estar a salvo.

Consecuencias económicas

Si las consecuencias demográficas han sido revisadas y matizadas y las secuelas humanas puestas en su contexto, las implicaciones económicas han sido y siguen siendo muy difíciles de calcular. Hasta el final del siglo XIX dominaba la teoría de que la Guerra de los Treinta Años fue un golpe paralizante para la economía de Alemania. Con posterioridad se difundió la idea, ampliamente repetida, de que Alemania ya estaba en crisis antes de 1618 y que la guerra fue solo el golpe final a una economía tambaleante. Sobre esta base, se materializaron dos corrientes diferenciadas.

La primera, encabezada por el profesor emérito de la Universidad de Princeton Theodore K. Rabb, no niega que la

guerra fue una calamidad, pero señala la evidencia de que en Alemania no existía una unidad económica y que antes del conflicto la situación económica del Imperio era muy diferente entre los diversos espacios que lo componían. Para esta corriente, los efectos de la guerra son inciertos, sobre todo debido a las características políticas del Imperio, cuyos efectos sobre la economía ya antes del conflicto fueron importantes: las enemistades, la diversidad y la desunión obstaculizaron la actividad económica conjunta, aunque las actividades locales de los príncipes estimularan el comercio de forma diferenciada en cada estado.

La segunda corriente es la de Gustav Freytag, que considera que la guerra fue una catástrofe para el campo y un descarrilamiento de la vida cotidiana. Esta segunda visión ha sido duramente criticada por la exageración del nivel destructivo provocado por la guerra y por considerar que la situación previa al conflicto ha sido presentada de forma demasiado favorable.

La guerra indudablemente causó serias dislocaciones tanto a las poblaciones de Europa central como a sus economías. No se pueden calcular con precisión las consecuencias económicas a largo plazo que trajo consigo la guerra, pese al tradicional argumento que hace hincapié en los beneficios técnicos indirectos que se derivan de la guerra. Algunos historiadores han afirmado que el costo humano de la guerra pudo haber mejorado el nivel de vida de los que sobrevivieron. Por ejemplo, según Ulrich Pfister, Alemania fue hacia 1500 uno de los países más ricos per cápita de Europa, pero dejó de serlo hacia 1600. Luego, se recuperó durante el periodo 1600-1660, en parte gracias al

choque demográfico de los treinta años de guerra.

Desde el punto de vista historiográfico, el debate europeo sobre la «crisis general del siglo XVII» entró también en crisis antes de llegar a Alemania. En 1982, Helmut G. Koenigsberger animó a los historiadores alemanes a participar en dicho debate, pero, con todo, es muy difícil situar el efecto económico del conflicto en una economía general o mundial. Se han realizado estudios económicos parciales o locales de las repercusiones del conflicto, pero no existe un estudio a mayor escala.

En el curso de los últimos años, se ha intentado explicar la Guerra de los Treinta Años desde la perspectiva de la historia económica. En 2001, señalaba Axel Gotthard que los resultados de la investigación han sido más completos para los primeros doce años del conflicto, puesto que desde hace mucho tiempo están mejor estudiados que la segunda parte de la guerra. En los últimos años se investigan intensamente los años finales de la guerra, quedando prácticamente desatendido el *centro*, es decir, el periodo entre 1630 y 1644. Para el periodo anterior a la Paz de Praga (1635) comienza a verse la luz; los primeros años después de esta paz permanecen casi en la oscuridad.

El debate historiográfico ha planteado algunas cuestiones a tener en cuenta, y es que, después de la batalla de la Montaña Blanca y el saqueo y pillaje de Praga, comenzó en Bohemia un desajuste económico considerable. La guerra indudablemente, al producir un impacto sobre las rutas comerciales y los mercados y ferias locales, llegó a trastocar durante largo tiempo la vida económica del país. Pero no solo en Bohemia, la crisis de la economía en Alemania, así

como en el Mediterráneo a consecuencia de la guerra incidió de forma negativa en importantes áreas mercantiles mediterráneas, como Venecia. Como se ha señalado muchas veces, la hora del Mediterráneo había pasado y de ello se beneficiaba la actividad mercantil de las economías del noroeste.

Durante la guerra, los soldados habían dejado sus pueblos y abandonado sus tierra o talleres y esta ausencia sostenida en el tiempo tuvo una enorme repercusión en las economías rurales y urbanas. Como consecuencia de ello, desde los jefes de mayor rango a los soldados rasos participaron todos en el embargo y captura de bienes y dinero a la población civil, constituida principalmente por ancianos, mujeres y niños. Pero dar de comer a los soldados de todos los ejércitos que llegaron para luchar en Alemania y el Imperio durante treinta años no podía hacerse exclusivamente a base de pillaje. El comercio indudablemente se vio afectado por la gran demanda de provisiones, vituallas y pertrechos de todo tipo, víveres, vestidos, bastimentos, etc. El grueso de los suministros de un ejército debía obtenerse localmente. Satisfacer las demandas del abastecimiento de las tropas puso en juego tanto al personal militar como al civil en las comunidades locales. Estas relaciones tuvieron un gran impacto en las economías rurales y urbanas de Alemania y en la capacidad de los civiles para preservar simultáneamente su seguridad física y su alimentación. A primera vista, la magnitud de las demandas militares sobre la economía civil parece suficiente para explicar las dificultades civiles y el hambre; sin embargo, los 210.000 soldados que se estima había sobre el

terreno a finales del conflicto suponen aproximadamente el 2 por ciento del total de la población de Alemania antes de la guerra. Martin van Creveld ha calculado que, en las áreas agrícolas relativamente bien desarrolladas de Europa, alimentar a un ejército de 60.000 hombres en marcha requería una proporción relativamente pequeña de la producción agrícola del territorio por el que transitaban. Especialmente, no resultó difícil al inicio del conflicto, cuando los soldados estaban a menudo dispersos y separados, abarcando un espacio físico extenso. Así ocurrió con los 20.000 hombres que Ambrosio Spinola llevó al Palatinado en 1620. Aquel ejército no tuvo graves problemas de aprovisionamiento al dejar a una o dos compañías en las villas y ciudades ocupadas con el fin de mantener el control sobre cada una.

Una práctica común de la guerra que experimentaron muchas zonas fue la recolecta de las consignaciones que debían pagar a los ejércitos mientras operaban en su área. La población local debía financiar la guerra en especie o en contribuciones. Las contribuciones han sido un aspecto poco conocido en este periodo, porque no estaban reglamentadas y eran percibidas por las tropas como exigencias al filo de las batallas y asedios. La leva de contribuciones daba ocasión y justificación a los soldados para practicar una guerra de corso, en la que los efectos inmediatos eran el pillaje y los incendios. Las contribuciones o «*branschatzung*» se llegaron a denominar también como «dinero de fuego» debido al modo en que en muchas ocasiones eran obtenidos. Este sistema de tasas que debían pagar los pueblos y villas se convirtió en muchas ocasiones para las tropas —y en

especial para el ejército del Imperio— en el pilar financiero de la guerra.

La capacidad destructiva de los ejércitos en esta contienda fue extraordinaria, pero hay que descartar la guerra como la causa principal de la crisis económica de este periodo. La destrucción que provocó el conflicto fue algo local o puntual en determinadas zonas, y compensado, en gran manera, por el estímulo económico que supusieron las demandas para el equipamiento y la manutención de las tropas y el pago por otros servicios, que muy probablemente compensaran las pérdidas.

Ciertamente, un factor que contribuyó a la devastación fueron los incendios y la deforestación. Durante la guerra, ciudades, fortalezas y pueblos sufrieron incendios como consecuencia de los asedios, asaltos y saqueos de las tropas, pero la desolación alcanzó también a los campos y cultivos y, por extensión, a los bosques. No debió de ser fácil olvidar los numerosos incendios que han transmitido escritores, pintores y grabadores mediante textos, pinturas y grabados. Por ejemplo, en las crónicas de la ciudad de Altlandsberg, al este de Berlín, se recogió un incendio que en 1632 destruyó totalmente la ciudad, y con ella también el exconvento de los Siervos de María. Del convento, hoy permanecen solo los cimientos en la Klosterstraße. En Erfurt, de lo que fue el convento de la misma orden no existe nada. Aunque en 1629 había sido incluido en el «Edictum Ferdinandeum» para ser restituido a la Iglesia católica, en 1642 fue destruido por los suizos y las piedras utilizadas para construir una nueva fortificación. Fueron las regiones de la Alta y Baja Renania las que más padecieron este tipo de acciones durante la

guerra.

Retrato de Johann t'Serclaes von Tilly, por Pieter de Jode. Abajo puede leerse: Pet. De Ioden Sculp., Ant. van Dyck Pinxit.



Uno de los pintores que mejor testimonió el fenómeno de los incendios y la destrucción fue Sebastian Vrancx (1573-1647). En sus representaciones son frecuentes escenas de asaltos, saqueos, vejaciones y todo tipo de acciones violentas por parte de las tropas. En el *Saqueo de van Wommelgem* (Museo Kunstpalast Düsseldorf) se observa una torre o castillo en llamas. Curiosamente, en el retrato de Johann t'Serclaes von Tilly, realizado por Pieter de Jode, aparecen las llamas de un incendio, muy probablemente el de Magdeburgo.

La guerra provocó también la deforestación en Europa central. Después de la Guerra de los Treinta Años, las condiciones de los bosques en muchas regiones eran desoladoras, con bajas existencias volumétricas y de poco valor. Áreas degradadas, prácticamente desarboladas, se convirtieron en un paisaje común del centro de Europa. El final del siglo XVII fue el comienzo de un periodo de cambio

acelerado para el manejo forestal que atravesó una etapa de transición intensa para adaptarse a dichos cambios. Una consecuencia «feliz» de la Guerra de los Treinta Años fue la aparición del concepto de «desarrollo sostenible». El término tiene su origen en Alemania, cuando la escasez de recursos económicos llevó a la introducción de principios de sostenibilidad en la administración forestal. La expresión fue acuñada por primera vez por el sajón Hans Carl von Carlowitz, jefe de la Guardia Forestal del electorado de Sajonia. La crisis de la madera para combustible se convirtió en una seria preocupación para el monarca Augusto II el Fuerte —elector de Sajonia y rey de Polonia—, pues amenazaba la industria de la plata que precisaba de su uso para la fundición de metal. Precisamente este problema fue el que condujo a Carlowitz al desarrollo del nuevo concepto en el cuidado y mantenimiento de los bosques. Sus amplias experiencias le llevaron a publicar en 1713 su famoso libro *Sylvicultura Oeconomica, oder hausswirthliche Anweisung zur wilden Baum-Zucht*, un tratado sobre instrucciones de limpieza para la cría de árboles silvestres. Fue en esta obra en la que se formuló por vez primera el concepto de *Nachhaltigkeit* o «sostenibilidad».

CONCLUSIONES

Las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años fueron de tal magnitud que según algunos historiadores no hubo otra igual hasta la Primera y Segunda Guerra Mundial. En ella se involucraron gran número de gobiernos y, por ello, afectó a numerosos países tanto desde el punto de vista político, económico y financiero, como demográfico y social. La Guerra de los Treinta Años y la Paz de Westfalia transformaron la política europea, especialmente en el Imperio, al emerger lo que algunos historiadores han denominado la Europa de los príncipes. Asimismo, la guerra influyó extraordinariamente en el terreno económico; provocando el colapso de las zonas rurales donde se acantonaban las tropas, también se produjeron avances en la «tecnología de la guerra» y en el desarrollo de la «industria» —asociada a ella— del cobre, hierro, abastos, caballerías, transportes, etc. En el sector financiero, la guerra supuso el endeudamiento de casi todos los gobiernos contendientes. Pero si algo han destacado los historiadores alemanes ha sido la grave disminución demográfica producto de muchos factores, entre los que no fueron menores las epidemias.

La guerra afectó al arte en diversos y variados sentidos: tanto por lo que se refiere a los saqueos y al expolio de muchas ciudades tras los asedios y asaltos finales, como a la influencia que tuvo la guerra en arquitectos que impulsaron las fortificaciones de cientos de ciudades, en pintores y grabadores, como Sebastián Wranx y Jacques Callot, y

escritores, como Quevedo o Lope de Vega. También afectó a la ciencia y a la música, porque influyó en científicos, como Johannes Kepler, y en compositores, como Heinrich Schütz en la corte de Dresde, etc.

Por otra parte, la guerra impulsó el desarrollo de la información y la transmisión de noticias por toda Europa. La publicística utilizó crónicas, relaciones de sucesos y las primeras gacetas o periódicos. Pero también recurrió pródigamente al arma de la propaganda dirigida a través de panfletos y libelos contra el enemigo.

Por lo tanto, las múltiples implicaciones de la guerra exigen estudios e investigaciones interdisciplinares. De ahí que en el campo de la historiografía no puede haber conclusiones definitivas, sino todo lo contrario. Además de la ingente bibliografía y masa documental en archivos europeos, últimamente digitalizados en la web, los estudios sobre este periodo histórico y la misma Guerra de los Treinta Años no hacen más que incrementarse con el tiempo. Análisis, tesis y argumentos desde numerosos y diversos enfoques y puntos de vista, además de iluminar, también divergen y complican. Las numerosas aportaciones en conjunto son de tal envergadura, tanto en calidad como en cantidad, en extensión y en profundidad, que no ha sido posible recogerlas en su totalidad en un trabajo de síntesis como este.

Una de las cuestiones historiográficas que ha sido resaltada por diversos historiadores es la diferencia del grado de conocimiento y profundización que todavía se tiene de la primera y segunda parte de la Guerra de los Treinta Años. Ya en 2001, Axel Gotthard llamaba la atención

sobre la existencia de datos más completos de investigación con relación a los primeros doce años del conflicto. Y explicaba cómo el periodo de 1618 a 1630 estaba mejor tratado que el siguiente, de 1630 a 1648. Aunque a partir de 2001 se ha avanzado considerablemente en la investigación de los años finales de la guerra, todavía hay mucho que profundizar y conocer sobre el periodo central de la contienda. Asimismo, también existe un diferente grado de conocimiento con relación a los países involucrados en la contienda.

En el desarrollo de la Guerra de los Treinta Años y en la intervención de los diferentes actores implicados, parece claro que el principal objetivo de los contendientes fue ampliar y consolidar espacios de poder político y económico. Esto no obstaculizaba que las afinidades de los beligerantes se alinearan, en principio pero no siempre, alrededor de motivaciones confesionales que fueron perdiendo sus perfiles con el desarrollo de la guerra. En aquella época se entendía que la cohesión unificadora de un estado era producto de esa afinidad confesional. Aunque la vinculación a la Unión Evangélica o a la Liga Católica se realizó en función de tales identidades religiosas, las pretensiones de los príncipes se enmarcaban en intenciones claramente políticas: extender sus dominios a otros territorios, adquirir nuevas áreas de influencia política y económica, incrementar su preponderancia en el Sacro Imperio, en Europa e, incluso, más allá de Europa. Hubo algunos príncipes cuyas decisiones se movieron en las fronteras de estos objetivos políticos y motivaciones religiosas, como el protestante Juan Jorge, duque de Sajonia, que permaneció en

un espacio ambivalente al considerar la lealtad constitucional como factor determinante de su postura por encima de su credo. O como Francia, que procedió astutamente a lo largo de la contienda hasta llegar a una clara intervención directa en la guerra que dejaba a un lado las motivaciones confesionales y apostaba no solo por determinadas conquistas territoriales sino, sobre todo, por alcanzar la hegemonía en Europa. Como consecuencia de estas aspiraciones de ampliación y consolidación de poder, los europeos vivieron durante prácticamente todo el siglo XVII en un permanente estado de conflictividad generado por las interminables rivalidades territoriales, políticas, económicas y religiosas entre los estados.

El estallido de la Guerra de los Treinta Años en 1618 significó el primer conflicto armado de dimensiones europeas, mundiales e, incluso, totales. Hasta 1629, la contienda parecía enmarcada en un contexto exclusivamente alemán, pues incluso Cristian IV de Dinamarca, al declarar la guerra a los Habsburgo, lo hizo como duque de Holstein y no como rey de Dinamarca. No fue hasta 1630, con la llegada de Gustavo Adolfo de Suecia al norte de Alemania, cuando el conflicto se internacionalizó. La declaración de guerra hecha por Francia a España en 1635 señaló la expansión del conflicto en toda su crudeza, comenzando el duelo a muerte de la corona francesa por despojar a la monarquía española de su hegemonía europea. Los holandeses se unieron a Francia para lanzar un ataque contra los ejércitos españoles en el sur de los Países Bajos. La contienda alcanzó proporciones mundiales desde el momento en que el desafío holandés al dominio ibérico comenzó a ser productivo en

América, particularmente en Brasil, pero también en África y el lejano Oriente. Además del carácter mundial de la guerra, algunos historiadores, como Peter Wilson, han considerado la posibilidad de calificarla como «guerra total», sobre todo a partir de la declaración de guerra de Francia a España en 1635, cuando se produjo un cambio de escala bélica que iba a incrementarse y a extender los frentes de batalla a todas partes, incluida la frontera pirenaica e Italia. En aquella fecha se alcanzó el máximo apogeo de la guerra. Por un lado, se desplegaron mayores ejércitos, fruto de un incremento de la movilización, tanto en Centroeuropa como en la guerra franco-española; por otro lado, la destrucción y la devastación llegaron a extremos nunca vistos hasta entonces, lo que supuso un impacto bélico de dimensiones superiores a las precedentes.

En aquel contexto, las fronteras del mundo civil y militar prácticamente no existían, lo que significaba que la guerra estaba omnipresente en las vidas de todo el mundo. Como consecuencia de ello, se ha calculado que las pérdidas humanas alcanzaron unas cifras aproximadas de 1,8 millones de personas integradas en los ejércitos, mientras que el total de fallecimientos relacionados con la guerra en el Imperio fue, probablemente, de unos cinco millones, el 20 por ciento de la población de preguerra. Esta cifra es relativamente alta si se compara con el 5,5 por ciento en la Primera Guerra Mundial y el 6 por ciento en la Segunda Guerra Mundial. La intervención danesa, aunque solo duró once de los treinta años, comportó el fallecimiento del 20 por ciento de todos los varones adultos, mientras que la participación sueca acabó con el 30 por ciento de los hombres en edad adulta de

ese país. Hoy día los historiadores han matizado mucho las cifras de la devastación en Alemania, teniendo en cuenta que se ha atribuido a los románticos del siglo XIX, concretamente a Gustav Freytag, la visión del conflicto como cataclismo. En realidad, estas visiones contribuyeron a la forja de la identidad alemana en el siglo XIX. Aunque actualmente se ha demostrado que todo ello han favorecido a la creación y pervivencia de un mito, lo cierto es que algunos historiadores nacionalistas no desean ni permiten que esa imagen sea enterrada.

Si la magnitud de una guerra se manifiesta mejor a través del grado en el que se considera que ha superado los resultados precedentes y ha roto las normas aceptadas, según palabras de Peter Wilson, la Guerra de los Treinta Años pudo o no pudo haber sido una verdadera guerra total. Sin embargo, fue sin duda un conflicto de gran envergadura que tuvo un impacto profundo y unas consecuencias duraderas. Así pues, frente a los conceptos de «guerra mundial» y «guerra total», quizá sea preferible hablar de conflicto internacional, concepto que aúna todas las pretensiones globalizadoras, cuya extensión o prolongación alcanzó otros espacios transoceánicos donde se dirimían también intereses europeos.

La Paz de Westfalia ha estado en el centro de las investigaciones y debates, sobre todo tras el aniversario de los 350 años de aquel tratado. En 1648, la firma de la Paz de Westfalia se cerró con una solemnidad llena de confianza en una paz duradera y perdurable, pero lamentablemente no fue capaz de cerrar todas las heridas entre los estados y ni siquiera evitar los nuevos enfrentamientos emprendidos por

Francia, el país triunfador de Westfalia, el nuevo árbitro de Europa. El fracaso de Westfalia seguía vivo cuando más de un siglo después, concretamente en 1795, Kant publicó el *Proyecto para la Paz perpetua*. En este libro, al igual que los infatigables diplomáticos negociadores en Münster y Osnabrück, el filósofo demostraba su confianza en el progreso para terminar con el antagonismo y la oposición, que para él eran los motores de la historia. Su propuesta consideraba que la paz era un futuro inevitable, porque el desarrollo del derecho de gentes permitiría superar la continua situación de hostilidad que relacionaba a los estados. Sin embargo, la clarividencia kantiana no pudo evitar que, pocos años después, Europa se desangrara en una nueva sucesión de grandes guerras a lo largo de la centuria decimonónica.

Todavía a principios del siglo xx, los historiadores consideraban la Guerra de los Treinta Años como la gran guerra de Alemania, pero el estallido de la Primera y Segunda Guerra Mundial hizo cambiar las perspectivas. La nueva visión llevó a la convicción de que la larga Guerra de los Treinta Años fue el verdadero germen de otra más grande y terrible (la de 1914-1918) en Alemania. Estos historiadores han señalado que los efectos de aquel trauma se dejaron sentir aún en el siglo xx. Y ello ha contribuido a que exista todavía en Alemania la percepción de que la Guerra de los Treinta Años fue el mayor desastre de su historia por encima de las dos guerras mundiales.

Por último, y no menos importante, está la correcta interpretación del papel de España en la contienda. Sobre la intervención de la monarquía española todavía se repiten

explicaciones sesgadas derivadas de la falta de suficientes investigaciones y análisis en profundidad. Sí existe, y cada día se incrementa, un mayor número de estudios que arrojan luz sobre hechos y cuestiones concretas. Gracias a la progresiva puesta al día de estos y otros trabajos, está claro que el mantenimiento de la hegemonía de la monarquía española pasaba por la unión dinástica con los Habsburgo de Viena, de ahí el decisivo apoyo de España en hombres y dinero para consolidar el Imperio y, sobre todo, los territorios patrimoniales de los Habsburgo. España envió gran cantidad de recursos al emperador a la espera de que, una vez estabilizada la situación de la «rebelde» Bohemia, Viena actuase de la misma manera en el conflicto que España mantenía con las «rebeldes» Provincias Unidas, otro indómito e ingobernable territorio patrimonial de los Habsburgo de España, que además formaba parte del Sacro Imperio. Durante la Guerra de los Treinta Años, las ayudas y contribuciones no fueron recíprocas, asunto que resultó de gran «sentimiento» en la corte de España. Todo ello requiere aún mayor investigación que confirme con datos numéricos precisos el grado de implicación de la Monarquía en las guerras de Alemania desde el punto de vista financiero y de recursos humanos, y el alcance del apoyo del emperador en los conflictos que mantenía la corona española en los Países Bajos y en Italia.

Finalmente, no menos decisivo ha sido el debate sobre las causas que señalaron el desplome de la monarquía española en la guerra, con diversos frentes abiertos, incluso dentro de la propia «casa». Parece claro que un punto de inflexión fue la quiebra española de 1627, que condujo a la catástrofe de

1640. El difícil equilibrio se rompió con el deterioro progresivo de la situación económica española y con la recuperación francesa tras el final del conflicto interno con los hugonotes. La guerra cambió de signo y la disputa religiosa cedió frente al juego de intereses económicos y políticos. ¿Fracasó España en la Guerra de los Treinta Años? El éxito o el fracaso son conceptos relativos —ha escrito Ricardo García Cárcel—, que siempre dependen de los suelos de los que se parte y de los techos a los que se aspira. España, que indudablemente ansiaba conservar su hegemonía, no logró mantenerla y tuvo que cedérsela a Francia. Por tanto, a pesar de sus grandes victorias iniciales, perdió las últimas batallas y no salió triunfadora de esta larga contienda.

Epílogo. APROXIMACIÓN AL DEBATE HISTORIOGRÁFICO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

La Guerra de los Treinta Años y sus múltiples y variadas implicaciones —geográficas, políticas, diplomáticas, militares, económicas, sociales, religiosas, etc.— han motivado que sea uno de los campos más estudiados y debatidos de la historiografía moderna.

Al emprender este tipo de trabajo historiográfico, el problema principal al que se enfrenta un historiador es, sin duda, la existencia de una ingente bibliografía que exige una mínima sistematización para poder conocerla o abarcarla mínimamente. Esta dificultad ya la experimentó y expuso Geoffrey Parker en la primera edición de 1984 de la obra *La Guerra de los Treinta Años*, escrita en colaboración con nueve autores especialistas en la materia. Y aquel problema no ha hecho más que aumentar con el paso del tiempo.

Actualmente, con solo escribir en inglés el término *Thirty Years War 1618-1648* en la base de datos JSTOR (*Journal Storage* o Digital Library of Academic Journals, books and primary sources), aparecen más de 97.351 resultados, lo que explica el reto inmenso que supone acceder a toda la producción bibliográfica de esta contienda, no solo en inglés o alemán sino también en las diversas lenguas de los territorios implicados o afectados por la guerra. Incluso sobre un solo personaje, como fue el general Wallenstein, el historiador Holger Mannigel ha señalado que se han escrito más de 2.000 títulos. En los últimos años han

salido varios volúmenes académicos sobre este conflicto, lo cual amplía aún más la inmensidad bibliográfica; pero es buena noticia porque la dimensión del tema requiere investigadores que vean el conflicto desde numerosos ángulos para poder entenderlo mejor.

Para una sistematización clara de la bibliografía, se ha optado por incluir la producción más relevante y estructurarla en dos secciones: estudios generales y estudios monográficos publicados sobre la Guerra de los Treinta Años. Este capítulo, evidentemente, no tiene pretensiones de totalidad, sino poder servir de base para futuras investigaciones y estudios, especialmente en España.

Los estudios generales

Los clásicos de los siglos XVIII y XIX

Ya en el siglo XVII hubo significativos intentos de escribir la historia de las guerras de Alemania. La *Historia General* de Louis de Haynin, señor de Cornet (1582-1640), escrita en 1628, incluía los nombres de cada uno de los conflictos para definir lo que estaba ocurriendo en Europa, a saber: *Histoire generale des guerres de Savoie, de Boheme, du Palatinat, et Pays-Bas, depuis l'an 1616. jusque celuy de 1627.*

También en el siglo XVII, la obra del pensador luterano Samuel von Pufendorf (1632-1694) sobre la constitución del Sacro Imperio Romano Germánico supuso uno de los discursos político-jurídicos más célebres e importantes de la historia constitucional de Europa y del derecho público germano, que serviría como fundamento a los estudios posteriores. Aquel discurso sirvió de modelo para el desarrollo del Estado moderno en el sistema político europeo

y fijó, históricamente, las libertades y derechos de la comunidad como también las limitaciones del soberano. Su obra puso en el punto de mira la visión constitucionalista del Imperio y los problemas que se derivaron de la Guerra de los Treinta Años. Su experiencia y conocimiento de la contienda que vivió cuando era joven hizo que fuera uno de los primeros, como ya se ha señalado, en denominar aquel conflicto como la *Guerra de los Treinta Años*.

Pero el verdadero debate historiográfico sobre la contienda se inició en el siglo XVIII, cuando se acometió la necesidad de dirimir las causas que abocaron a Europa a aquella lucha sin cuartel. El debate se inició con la influyente obra de Friedrich Schiller, *Historia de la guerra de los Treinta Años*, donde ofrecía la visión de una guerra religiosa entre católicos y protestantes. Gracias a este estudio, publicado en 1791, y a la dramática trilogía sobre *Wallenstein*, que vio la luz entre 1797-1799, Schiller fue considerado como uno de los mejores representantes del movimiento literario del siglo XVIII alemán *Sturm und Drang*, cuya inspiración partió de Herder.

En diciembre de 1788, Schiller, en su conferencia inaugural «¿Qué significa y con qué fin se estudia Historia Universal?», inició específicamente la investigación de fuentes documentales para su *Historia de la Guerra de los Treinta Años*. Dos años antes había redactado *La Historia de la independencia de los Países Bajos*, para la que también examinó a fondo materiales y documentación de archivo. Pero el verdadero origen de su obra, *La Guerra de Treinta Años*, estuvo en un encargo que le hicieron en 1789 para publicar una obra concreta destinada a mujeres de alta

condición social. En aquel primer trabajo, el autor expuso con gran intensidad la tragedia, el dolor y el sufrimiento de la nación alemana. Desde su inclinación hacia el protestantismo, subrayó el carácter religioso, más aún confesional, del conflicto, así como el papel de los individuos involucrados en él. Por la larga duración de la contienda y por tratarse de un hecho muy reciente en su época, el autor reconoció que no había podido escribir con la debida imparcialidad y sin pasión.

Como conclusiones de sus investigaciones, Schiller expuso que la Guerra de los Treinta Años acabó otorgando por primera vez un reconocimiento a Europa como unidad de estados interdependientes. En realidad, la obra no trata solo de la nación alemana, sino de la historia de Europa. Schiller tomó la antorcha de la cultura como medio para reconciliar la confrontación y la desertización producidas en gran parte del continente por esta guerra en la que perecieron cientos de miles de combatientes.

Schiller refiere que la guerra es un teatro, un escenario de excesos, calamidades y vejaciones, y la describe con expresiones como «arroyos de sangre» y también con sustantivos como espanto, horror, miedo y brutalidad.

Entonces empezó una escena tan sangrienta, que ni la historia tiene expresiones con qué describirla, ni la poesía pinceles con qué retratarla, la inocente infancia, la senectud abandonada, la juventud, el sexo, el estado, la belleza, nada puede desarmar la furia del vencedor.

En el libro segundo incluye todo tipo de descripciones de crueldades y violencias: desde el escenario sangriento de las batallas, hasta las formas de venganza más crueles, pasando por los desórdenes de las tropas y las bandas destructoras

con su voracidad y pillaje hacia la población civil. Sin embargo, las interesantes representaciones visuales que introduce en el texto son escenas que muestran las causas o los efectos, pero no la crueldad de la destrucción.

La obra se divide en cinco libros, en los que aparecen, sobre todo, los principales actores de los distintos estados alemanes y de los territorios patrimoniales de los Habsburgo. El primer libro muestra los orígenes de la guerra con el cisma religioso y político, la creación de la Liga Evangélica y las discrepancias internas entre las diferentes direcciones protestantes, el surgimiento del calvinismo y la doctrina de Zwinglio, hasta la guerra de Bohemia. Entre las causas de esta revolución, Schiller señala el interés de los príncipes alemanes por lograr la independencia frente al poder imperial y por obtener las fundaciones religiosas (abadías y obispados) y disfrutar de los bienes eclesiásticos. Todo ello indujo a los príncipes alemanes protestantes a seguir la doctrina de Lutero y a «excitar en sus reinos la apariencia de esta íntima convicción». Sin embargo, unas veces prestaban juramento a la doctrina de Lutero y otras la abandonaban por la de Calvino, y así repetidamente. También señala cómo oradores evangélicos polémicos «alimentaban el fanatismo [...] y el aguijón de su celo impuro envenenando todavía más un odio que era tan irreconciliable entre las dos iglesias». En el segundo libro se perfilan algunos de los protagonistas más determinantes de la contienda, como Gustavo Adolfo, Fernando II, el general bávaro Tilly, el entonces conde de Wallenstein o el general Pappenheim; sin olvidar algunos acontecimientos, como el terrible sitio de Magdeburgo. En el tercero, Schiller resalta la

humanidad de Gustavo Adolfo, el gran rey de Suecia, sus grandes triunfos en el Rin y su muerte, en la batalla de Lützen (1632). En palabras de Schiller, «Gustavo perdió, tal vez por una excesiva prudencia, la ocasión de terminar la guerra con más prontitud». También aparece el conde Piccolomini, como un excelente y bravo militar, así como los comandantes Goetz y Terzdi, personajes de relieve en el drama schilleriano de Wallenstein. El cuarto libro contiene de forma detallada la conspiración y el asesinato del general Wallenstein, quien «deslumbrado con el resplandor de una corona, no vio el abismo que se abría a sus pies». Schiller alabó «la libertad de su alma y su talento que le hicieron superior a las preocupaciones sobre los partidos de religión [...]». Por esto se puede decir que Wallenstein fue más que un rebelde, un hombre obligado a rebelarse».

También ensalzó sus grandes valores, como la prudencia, justicia, firmeza y valor. Pero le incriminó la carencia de «las virtudes más dulces del hombre», las que adornan al héroe y que son, para un general, señor o soberano, garantía del amor de sus vasallos. En el quinto y último libro, el epílogo de la guerra, Schiller describe una Europa devastada, arrasada, en un escenario de anarquía e impunidad hacia los derechos del ciudadano y la pureza de las costumbres, en donde «los hombres llegaron a embrutecerse como en el primer estado de la naturaleza». En este final, la lucha, hasta entonces centrada en el espacio alemán, se convirtió en disputa entre Francia y España para dirimir la dirección del continente. La paz, firmada en Münster y Osnabrück el 24 de octubre de 1648 y que concluyó definitivamente con el tratado de Westfalia, fue según el autor «una obra de

sabiduría humana, creada a fuerza de destrucción», en la que se fijó la suerte de los estados europeos.

Su trabajo apareció por primera vez entre 1791-1793, en tres partes. En 1802, se vio obligado a reelaborarlo y reducirlo, y esta segunda versión es la que se ha publicado posteriormente en diversas ediciones. Schiller se reveló como un gran historiador y su obra pasó a ser objeto de estudio de los alumnos de Historia en diversas universidades alemanas. La traducción al español tuvo como objetivo dar a conocer a militares y políticos la ciencia de la guerra, por lo que resulta sorprendente que un texto así hubiese sido dirigido, en un principio, al ocio femenino.

La brillante obra de Schiller encontró una receptiva audiencia tanto en su época como en fechas posteriores. En la actualidad sigue teniendo reconocimiento y vuelve a ser reeditada una y otra vez, lo cual es una clara muestra de la historia identificada con el nacionalismo alemán. En sus páginas, se equiparó la verdadera esencia de lo alemán con el protestantismo encarnado en Lutero y, por tanto, contrario al mundo católico romano. Así, a partir de Schiller, el buen alemán, ha escrito Negredo del Cerro, se distinguió por ser antipapista y antiaustriaco, visión rechazada por muchos, especialmente por Baviera, que siguió manteniendo su fidelidad a Roma. El problema se soslayó potenciando el papel pangermánico de Múnich e, incluso, creando una historiografía de corte hagiográfico en torno a la Casa de los Wittelsbach, dinastía noble alemana que proporcionó gobernantes a Baviera y al Palatinado Renano, y que se puede rastrear hasta bien avanzado el siglo xx. Schiller veía que Alemania, en el umbral del siglo xix, no estaba

representada en la gran política internacional, a pesar de su formidable cultura. De ahí que muchas de sus obras tuviesen un cariz hagiográfico con relación a las figuras históricas o de exaltación a momentos estelares en el surgimiento del país, todo ello con un notable trasfondo de erudición intelectual.

Las circunstancias de la vida profesional de Schiller dieron un giro radical cuando Goethe apoyó con insistencia su candidatura para que ocupara un puesto de profesor de Historia en la Universidad de Jena. Esta ciudad se convertiría en el lugar del nacimiento del idealismo alemán y en donde se desarrollaría la comprensión schilleriana de la teoría histórica. Para Schiller, la historia es el campo de trabajo de la humanidad entera y uno de los medios más efectivos para reforzar el espíritu de comunidad. El establecimiento pionero de esta disciplina como ciencia en la universidad alemana llevó, de alguna manera, a popularizar sus contenidos, de ahí sus tareas y preocupaciones como historiador. El trabajo histórico provocó en Schiller el sentimiento satisfactorio de hacer algo útil: «Es necesario aprender historia, pues como quiera que se interprete, esta pertenece al saber necesario acerca de la realidad en la que nos encontramos». La Ilustración, la filosofía kantiana y Schiller comparten inicialmente la tesis del progreso lineal de la historia, con retrocesos o momentos de decadencia, pero en donde el hombre interviene libre y creativamente. Según esta concepción, el principio de libertad propicia la autorrealización del hombre, una existencia histórica capaz de humanizarse.

La otra obra de Schiller, *La trilogía de Wallenstein*, tuvo

también una extraordinaria acogida, pues en pocas semanas se vendieron siete mil ejemplares y hubo de reimprimirse. Tras múltiples ediciones, fue habitual que el libro se encontrara en las bibliotecas de la mayoría de las familias cultivadas de Alemania. En la extensa tragedia de Wallenstein se representa y personifica el conflicto de forma efectiva como una parte de la humanidad. Schiller pone generalmente toda su confianza sobre el hombre destinado a perfeccionarse; sin embargo, la obra de Wallenstein es la excepción, ya que el azar en la vida humana parece señalar un destino trágico.

En el ámbito de la teoría política y en la literatura dramática universal, esta obra es teatro y metateatro. Schiller profundizó en los estudios históricos para conocer la máquina política y el colorido local de la guerra y las conjuras. Pero, según Safranski, el peso del poeta era mayor que el del verdadero científico de la historia. A Schiller no le interesaba tanto «investigar la verdad histórica, sino dar a los caracteres experimentales del drama un trasfondo histórico que pareciera verosímil». El efecto teatral de lo probable era más importante para él que la verdad histórica. Si alguien, no obstante, criticaba la fidelidad histórica a los hechos, le respondía en el epílogo de la redacción escénica del texto que prefería «la emoción de sus espectadores, producto de una invención osada, que todo el rigor histórico». En un momento indica que «la historia en general es solo un almacén para mi fantasía y los objetos han de aceptar aquello que llegan a ser en mis manos».

Su trabajo, comenzado en 1793, llegó al escenario en octubre de 1798 cuando la primera parte de la obra, titulada

El campamento de Wallenstein, se estrenó en Weimar. En diciembre del mismo año acabó de redactar la segunda parte, *Los Piccolonini*, que se estrenó en enero de 1799 también en Weimar y finalmente; la tercera parte, *La muerte de Wallenstein*, vio la luz en marzo, en la misma ciudad, con enorme éxito. Las tres partes se imprimieron conjuntamente por primera vez en Tubinga en 1800.

La obra constituye una gran representación de aquel periodo de guerra con sus luchas confesionales en el que aparece la figura de Wallenstein de un modo más exacto y definido psicológicamente del que dibujó en la *Historia de la Guerra de los Treinta Años*, sobre el que dirá «amaba con pasión la guerra que era su elemento».

El valor de la obra de Schiller estriba, sobre todo, en el nacimiento de las corrientes nacionalistas alemanas. Ya desde 1500 se desarrolló en Alemania un fuerte nacionalismo en el que confluyó también la obra de Cornelio Tácito: *Germania*. Aunque Tácito no viajó nunca a Germania, se trata de una obra etnográfica basada en autores anteriores (esencialmente, César, Estrabón, Diodoro Sículo) y de información que el propio autor recabó de comerciantes y comandantes militares establecidos en ambas orillas del Rin. Es una obra breve, consta de cuarenta y seis capítulos y se nutre de datos más o menos exactos (y refundidos de fuentes anteriores), recogiendo los diversos pueblos que se podían insertar bajo el apelativo «germano», sus costumbres, sus posibles orígenes y sus contactos con Roma. Tácito llegó a la conclusión de que, a pesar de su barbarie, en ellos aún se pueden encontrar las viejas virtudes de la austeridad, la valentía y la dignidad, que, en su

opinión, los romanos de su época habían perdido. Son estos valores los que, sin saberlo Tácito, serán repetidos y a su vez reelaborados sin cesar al cabo de casi quince siglos para construir la génesis del pueblo alemán.

La importancia de la obra de Schiller, que ha sido considerada equivalente a la obra histórica de Shakespeare para el mundo de habla alemana, no debe hacer olvidar otros trabajos decimonónicos clásicos sobre la contienda. Un ejemplo es la obra de Ranke (1795-1886), quien en 1839-1847 escribió su *Historia de Alemania en la época de la Reforma*, donde acometió un estudio de las políticas, polémicas e intrincadas relaciones entre las cortes principescas alemanas. En 1869, en plena madurez, publicó una única obra biográfica, *Historia de Wallenstein*.

A la sombra de Ranke, que introduce la importancia del método y de las fuentes en la historia, otros clásicos decimonónicos comenzarían a dar gran valor a la investigación archivística. La búsqueda de documentos permitiría establecer los hechos y proceder a reconstruir una imagen real y verdadera, objetiva, del pasado tal y como realmente sucedió. Así el historiador ofrecería un relato histórico que fuese una reproducción conceptual, científica del propio pasado, libre de juicios valorativos, independiente y ajena a las opiniones y creencias particulares del profesional, lo que resumió en sus palabras: «Que sea el pasado el que hable, el historiador no tiene boca». La defensa de esta actitud imparcial hacia la historia le granjeó la admiración de sus colegas contemporáneos y posteriores, sobre todo al resistir al fuerte empuje de las corrientes nacionalistas alemanas.

A partir de entonces, los historiadores de la Guerra de los Treinta Años comenzaron a rastrear archivos y documentos. Un ejemplo es el libro de Moriz Ritter (1840-1923) titulado *La Historia de Alemania durante la Contrarreforma y la Guerra de los Treinta Años (1555-1648)*, cuya publicación fue en Stuttgart en 1889. Su trabajo de archivos y su tratamiento de la documentación le permitieron una recogida de información enorme sobre la variada y abundante correspondencia de la famosa Casa de los Wittelsbach. Así llegó a publicar tres volúmenes de *Cartas y documentos sobre la historia de la Guerra de los Treinta Años* muy útiles para la investigación.

Un caso similar fue el de Antonín Gindely (1829-1892), un historiador austrohúngaro que utilizó masivamente documentación española, siendo uno de los historiadores pioneros en consultar el Archivo General de Simancas. Su magna obra *Historia de la Guerra de los Treinta Años* apareció en 1884 publicada por Gutman en dos volúmenes y hoy se encuentra digitalizada.

Tanto las obras de Gindely como de Ritter están aún vigentes y su perspectiva o acercamiento confesional se ha mantenido en los trabajos posteriores del historiador jesuita Robert Bireley (1933-2018), profesor emérito de la Universidad de Loyola en Chicago y recientemente fallecido. Bireley ha sido un gran especialista en la Contrarreforma y en la diplomacia europea. Sus primeros trabajos se centraron en la tradición anti-maquiavélica para comprender la Contrarreforma, la cultura barroca y la política y la diplomacia del siglo XVII. En general, sus trabajos sobre *The Refashioning of Catholicism, 1450-1700* y *Religion and Politics*

in the Age of the Counterreformation van en esta línea.

Entre la producción francesa, hay que citar los dos volúmenes del historiador francés Émile Charvériat (1826-1903), *Histoire de la Guerre de Trente Ans* (1878), el primero dedicado al periodo palatino y al danés y, el segundo, al periodo sueco y al francés, que marcó un punto de inflexión en su época. Más novedoso fue el trabajo de carácter social del también historiador francés Gustav [Freytag \(1816-1895\)](#), *Le Peuple allemand à l'époque de la Guerre de Trente Ans*, publicado en 1901, que consideró el conflicto como una terrible catástrofe que dejó una huella profunda en la conformación de la idea de Alemania.

Otro clásico del siglo XIX fue la obra del prolífico historiador inglés Samuel Rawson Gardiner (1829-1902), *The Thirty Years War*, publicada en 1883 y centrada sobre todo en la génesis de la guerra.

Ninguna de estas obras clásicas ha sido traducida al español, lo cual representa una notable carencia para el desarrollo de los estudios sobre la contienda desde la visión de la monarquía hispánica.

Las obras de referencia de la primera mitad del siglo XX

En la primera mitad de siglo XX, el debate historiográfico de la Guerra de los Treinta Años se centró, fundamentalmente, en las motivaciones que tuvieron sus principales protagonistas para emprender o participar en la contienda. Asimismo, los historiadores expusieron la importancia global de los factores religiosos, económicos y diplomáticos, al mismo tiempo que, de forma periódica, se revisaba el alto grado de destrucción humana y material que

produjo la guerra y sus consecuencias a largo plazo.

En este debate, la producción británica de principios del siglo xx resultó ser muy fecunda. Entre los principales autores destacó Veronica Wedgwood (1910-1997), quien recogió y continuó la tradición de Schiller. Su obra clásica *The Thirty Years War*, publicada originalmente en 1938 (vid. edición de 2005), ha tenido gran impacto debido a su gran maestría en el modo de documentar las causas del conflicto y a su claridad al exponer el desarrollo de la contienda y de las batallas. La razón de esa repercusión se ha debido, en gran parte, a que sus biografías e historias narrativas han sido escritas de forma clara y entretenida, a caballo entre la obra popular y la erudita o académica. En general, sus trabajos ilustran vivamente los cambios políticos y los ajustes dinásticos. La autora incide en la propagación implacable de la guerra, extendiéndose a España y Suecia, hasta llegar a un mundo de pesadilla, de hambre, enfermedad y destrucción imparables. Aquella contienda fue un cataclismo para Europa, especialmente para el Sacro Imperio, absolutamente devastado, pero también se vieron afectados de un modo u otro todos los estados europeos de alrededor. La obra de Wedgwood, a pesar del tiempo transcurrido desde su publicación, sigue viva como obra de referencia.

Otra aportación de la primera mitad del siglo xx es la obra de Georges Pagès (1867-1939) *La Guerre de Trente Ans*, que, publicada en 1939 y traducida al inglés en 1970, fue recibida como una buena introducción a la materia. De igual modo, a mediados de siglo apareció la obra de Sigrid Henry Steinberg (1899-1969) sobre la Guerra de los Treinta Años y

el conflicto por la hegemonía europea, un librito de 128 páginas pero con gran impacto porque ponía en cuestión la tesis de Freytag. También a mediados de siglo, en la década de los sesenta, la obra de Fritz Redlich supuso una nueva dirección al centrarse en las consecuencias económicas de la guerra. Para ello estudió principalmente el ejército mercenario y sus actividades de saqueo y pillaje y al mismo tiempo analizó el papel de la nobleza en el crecimiento económico, como agente reclutador y empresario militar en tiempos de guerra.

La producción bibliográfica de la segunda mitad del siglo xx

La historiografía de la Guerra de los Treinta Años cobró nuevos impulsos a partir de la segunda mitad del siglo xx, pues comenzó a ser abordada desde muy distintos ángulos. Algunos autores, entre ellos el historiador francés, ya citado, del periodo de entreguerras George Pagès y también Steinberg, consideraron la contienda como una gran guerra europea, quizá su primera guerra general o «mundial». Asimismo, se enfocó no solo como la lucha de los emperadores Fernando II y Fernando III contra sus súbditos rebeldes, sino también como la búsqueda francesa de unas fronteras seguras, una política que había de durar más allá de la Guerra de los Treinta Años y extenderse durante el reinado de Luis XIV. La guerra también fue estudiada desde las múltiples tentativas por parte de diversos gobernantes y sus consejeros, de promover o frenar la Contrarreforma católica, extirpar el calvinismo dentro y fuera de los territorios alemanes o proteger el luteranismo frente a ambos.

Desde estas perspectivas y en la línea de trabajos

generales de la contienda, surgieron diversos estudios en las décadas de los setenta, ochenta y noventa. A principios de los años setenta hizo su aparición la obra del historiador Josef Polisěnsk'y (1915-2001), cuyo trabajo estuvo más orientado a la dimensión socioeconómica que a la política y militar. La escuela marxista de Polisěnsk'y puso el énfasis en la interpretación económica, que este historiador resumió en un choque de dos modelos de sociedad: la monarquía feudal española y la república comercial holandesa. Sin embargo, este enfoque no ha calado demasiado frente a una interpretación, todavía en aquellos años mayoritaria, que antecede los conflictos constitucionales del Imperio y la crisis de autoridad del emperador como causa principal. Sobre este tema existen estudios muy exhaustivos por parte de autores germanos, encabezados por Martin Heckel, que han alcanzado gran éxito entre historiadores anglosajones.

En 1977 apareció la obra de George Livet *La Guerra de los Treinta Años*, afortunadamente traducida al español, la cual no deja de ser, a pesar de su indudable calidad, una síntesis dirigida a los universitarios franceses.

A finales de la década de los setenta se fue abriendo paso el enfoque esencialmente social, y bajo esta visión aparecieron las dos obras de Herbert Langer, *Cultural History of the Thirty Years War* y *The Thirty Years' War*. Este último trabajo, publicado en 1980, es un ejemplo de historia social de la guerra, pues se centra no en las complejas luchas políticas o militares de la época, sino más bien en un enfoque esencialmente social. Analiza la vida cotidiana del soldado en el campamento, las canciones, la poesía y la literatura que se desarrollaron alrededor de la guerra, y la

interacción, por lo general violenta, entre campesinos y soldados. La obra revela la dureza, la crueldad y la miseria de la vida durante aquella contienda sin fin.

También en 1980, Eberhard Straub publicó un trabajo titulado *Pax et imperium*, con interesantes aportaciones a la historia de la monarquía española y donde se analiza el papel y la influencia de Suecia en la región báltica. La obra de Straub fue evaluada favorablemente por J. Elliott en su artículo «A question of reputation? Spanish foreign policy in Seventeenth century». Al mismo tiempo, se ha convertido en un clásico para los estudios del Báltico, siendo citado junto con los de Ródenas y Alcalá Zamora como obra de referencia. Desgraciadamente no existe traducción del alemán a ninguna otra lengua.

En 1984 aparecía una de las obras más representativas sobre esta contienda, dirigida por Geoffrey Parker, que intentó analizar la Guerra de los Treinta Años a la luz de los acontecimientos europeos y coloniales adicionales. El libro ha supuesto un hito en la historiografía de la guerra en general. La obra publicada en 1984, y editada en español en 1988, ha resultado ser una de las pocas posibilidades de conocer el conflicto en castellano, gracias también a sus reediciones de 2004 y la más reciente de 2014. En las reseñas escritas a raíz de la última edición, se vuelve a valorar el estudio de los principales escenarios bélicos y sus protagonistas. Se trata del compendio (la segunda edición inglesa aumentada y revisada) de un laborioso trabajo de investigación que, aunque firmado por Geoffrey Parker, han llevado a cabo numerosos especialistas, como Simon Adams, Gerhard Benecke, Richard J. Bonney, John H. Elliott, R. J. W.

Evans, Christopher R. Friedrichs, Bodo Nischan, E. Ladewig Petersen y Michael Roberts. La aportación de todos ellos — en palabras de Parker— va integrada en el texto «al relatar, analizar y explicar, en su respectivo lugar, los acontecimientos y procesos que, todos juntos, conforman el conflicto».

En la obra de Parker, la monarquía hispánica tiene un papel mucho más activo que en otras obras generales, aunque desde una perspectiva, según Negredo del Cerro, demasiado fatalista. En realidad, el trabajo coordinado por Parker es un análisis bien tratado de toda la guerra, con especial atención a los aspectos políticos y diplomáticos y también estructurales. Es significativo y acertado su interés por situar la guerra en el contexto internacional, al analizar los acontecimientos del Medio Oriente, de Asia y de la Europa colonial, lo cual explica los procesos de la Europa central. Entre las valoraciones de la obra está la de Ronald Asch, para quien el trabajo de Parker es una buena contribución en la que ha cooperado un importante número de autores que han considerado la guerra como un conflicto de toda Europa.

Más allá de la obra de Parker, otras publicaciones más sintéticas han arrojado también luz al conflicto. Se trata del librito de Peter Limm *La Guerra de los Treinta Años* (1984), que apenas cuenta con 134 páginas pero cuya estructura y claridad son dignas de encomio. Todavía más sintético es el de la Guerra de los Treinta Años de Stephen J. Lee (1991), de tan solo 73 páginas, en las cuales estudia los motivos de los participantes, sus ganancias y pérdidas, así como los aspectos militares, religiosos, sociales y económicos de la

guerra.

En 1985 apareció la obra de Günter Barudio titulada *La Guerra Teutónica, 1618-1648*, en la que se estudia la contienda desde distintos ángulos, partiendo de las libertades de las casas principescas en el Imperio, la vida de los mercenarios, así como la de aquellos que mudaron su credo, la rapacidad de los «señores» y la resistencia de las «clases bajas». La obra recoge también mucha documentación de archivo y, algo muy valorable, bibliografía en más de diez idiomas.

En la década de los noventa, concretamente en 1992, salió a la luz la obra de Johannes Burkhardt, que supuso un análisis minucioso de las condiciones estructurales del Sacro Imperio Romano Germánico y sus elementos constitutivos, los cuales convirtieron la Guerra de los Treinta Años en un «ejercicio de construcción del Estado». Se iniciaba así un nuevo enfoque y temática que iba a servir de referencia a numerosas contribuciones en el futuro. La obra no es un relato cronológico sino temático del conflicto, al estudiar las estructuras políticas que llevaron al Imperio, como resultado de la contienda, a ser uno de los más importantes estados europeos. Es particularmente interesante el capítulo sobre la propaganda y los panfletos contemporáneos.

En 1994, el historiador Munck planteó en su *Europa del siglo XVII* que el principal problema con que se encontraban los historiadores de esta contienda era la escasez de trabajos sobre las implicaciones directas del conflicto en el ámbito local. Según él, los estudios de este tipo eran insuficientes y aislados, por ello se debía completar el panorama con diversos análisis sobre una misma región, pues resultaba

difícil comprender lo que sucedió por debajo del enrarecido nivel de la alta política dinástica. Todavía sabemos poco, añadía, sobre la realidad administrativa y económica de muchos territorios del Imperio, las actitudes populares y el impacto de la guerra en los grupos sociales inferiores, la situación interna de importantes ciudades, como Stettin o Magdeburgo, o sobre los efectos concretos de campañas tales como la de los suecos en Sajonia desde 1635.

A partir de entonces, algunos historiadores se centraron en el desarrollo de estudios monográficos sobre regiones y localidades concretas dentro del Imperio alemán. Gracias a estos trabajos se obtuvieron análisis más precisos sobre el particularismo territorial que constituyó ese rasgo tan característico del Imperio en el transcurso de la guerra y después de ella. Muchos de estos estudios han puesto de relieve las líneas de fuerza y los aspectos positivos de la maquinaria imperial, incluso más allá de 1648. Las interpretaciones sobre el Imperio, escribió Munck en los años noventa, han subrayado su importancia como una estructura válida para la coexistencia de pequeños estados y la autonomía local.

Uno de los trabajos que, a pesar de no haber sido traducido al español, ha tenido resonancia en España es el de Ronald Asch, *The Thirty Years War: The Holy Roman Empire and Europe*, publicado en 1997. Su autor, al mismo tiempo que ha fundamentado el conflicto en su contexto central europeo, ha hecho hincapié en las dimensiones políticas más que religiosas o socioeconómicas de la contienda. La obra es una concisa monografía sobre la guerra en la Europa central, en la que incluye el papel que jugaron España y Francia en

el conflicto.

En cuanto al impacto de la guerra, no hay que olvidar dentro de la bibliografía general de la segunda mitad del siglo xx la obra de Bernhard Stier y Wolfgang von Hippel, «War, Economy and Society», que supuso un buen análisis del impacto de la guerra y de su recuperación después de 1648. Muy valorada fue la incorporación de las últimas aportaciones a su investigación.

En 1997 apareció el libro de Henry Bogdan *La Guerre de Trente Ans, 1618-1648*, inspirado en las obras de G. Pagès (1949), V. L. Tapie (1989) y G. Parker (1984) y también en los volúmenes publicados por H. Sacchi (1991). Bogdan propone, según sus propias palabras, una nueva historia de la Guerra de los Treinta Años. Se trata de una síntesis de factura muy clásica sobre la dimensión europea de la contienda. Acomete en doce capítulos el relato cronológico de los principales hechos diplomáticos y militares del conflicto. Una de las mayores aportaciones de su trabajo es el recurso a una gran cantidad de bibliografía inaccesible, gracias a sus conocimientos lingüísticos.

A este panorama general de la Guerra de los Treinta Años, habría que añadir los estudios de los problemas de los estados colindantes del Imperio: la sempiterna rivalidad entre Dinamarca y Suecia o las disputas entre Suecia, Polonia y Moscovia; y de mayor importancia, la pugna de intereses estratégicos y comerciales sobre el Báltico en que se vieron envueltos, entre otros, holandeses e ingleses; también los estudios sobre las rivalidades oceánicas centradas en las posesiones del Imperio español; y, sobre todo, en la guerra franco-española. Ante todos estos

conflictos tan profundamente interrelacionados, la frontera húngara otomana permaneció relativamente tranquila después de 1606, pese a que los movimientos de independencia transilvanos dirigidos por Bethlen Gabor, aliado con frecuencia con los estados beligerantes del norte, crearan constantes problemas a los Habsburgo.

Con todo ello, parece indiscutible que no existe una única explicación de las causas y consecuencias de la Guerra de los Treinta Años que pueda hacer justicia a lo que fue, de hecho, un conflicto múltiple y a veces muy inconexo.

A partir de 1998, con el aniversario del final del conflicto, aparecieron muchos trabajos de investigación sobre la contienda y la Paz de Westfalia. Uno de ellos que merece destacarse es el editado por Klaus Bußmann y Heinz Schilling titulado *1648: War and Peace in Europe*. La obra, particularmente rica en la historia cultural, recoge en tres volúmenes las aportaciones de un gran número de historiadores que pusieron al día, al final del siglo xx, casi todos los temas relevantes de la guerra.

La situación del debate historiográfico en los últimos decenios

Desde el año 2000, el debate historiográfico ha dejado atrás los estudios confesionales de la contienda, así como las cuestiones políticas y económicas, para dedicarse más a los temas sociales desde las nuevas perspectivas historiográficas que centran sus análisis en la historia del hombre común. Un ejemplo de ello es la obra de Johannes Arndt, *La guerra de los Treinta Años, 1618-1648*, que apareció en 2009. Aunque se trata de una síntesis y una puesta al día básica y al mismo tiempo moderna dirigida a un lector general, profundiza en la dimensión social del conflicto analizando la experiencia

del hombre común, del soldado y del campesino.

En esa misma línea, siguiendo las nuevas corrientes historiográficas, en 2013 apareció la obra del historiador del Renacimiento y la Europa moderna Lauro Martines *Un tiempo de guerras. Una historia alternativa de Europa 1450-1700*. Aunque no referida exclusivamente a la Guerra de los Treinta Años, el libro trata los conflictos desde abajo, es decir, desde los soldados, los campesinos y, en definitiva, las víctimas de las contiendas. El autor refleja lo que se ha dado en llamar las «miserias de la guerra», una perspectiva rica en matices que recupera la dimensión humana de las contiendas narradas desde la experiencia del combatiente, del hombre rural o del habitante de la ciudad asediada. Para Martines, las guerras del siglo xvii, y particularmente la Guerra de los Treinta Años, estuvieron teñidas por el hambre, las iglesias saqueadas y las aldeas incendiadas, los campos devastados, los hombres torturados y las mujeres y niños violados. Martines escribe una historia no solo desde abajo sino desde las víctimas, ofreciendo así una imagen de la guerra que obliga a revisar la historia construida solamente a partir de las crónicas y los relatos oficiales.

También en 2009 apareció la obra de Wilson *La tragedia de Europa*, la cual ha demostrado con creces ser la más completa hasta ahora. En sus mil páginas, estudia desde los prolegómenos del conflicto —donde se analizan los acontecimientos políticos previos no solo del Sacro Imperio sino también de Flandes, Francia, Italia, la monarquía española y la Europa del norte y del este, así como del Imperio turco— hasta la contienda propiamente dicha. Su longitud se debe al análisis del complejo lienzo de la historia

política europea desde 1618, encuadrando los hechos y conectando lo sucedido en Praga con Madrid, Londres, París, Estocolmo... Su valor estriba en el análisis de la guerra en un contexto geográfico total y no solo en el ámbito del Sacro Imperio. El libro presenta la guerra más en un sentido político que religioso y considera el conflicto como un acontecimiento autónomo de magnitud e importancia intrínseca y no tanto como una parte de procesos económicos o políticos más amplios. Además de lograr dar un nuevo enfoque a los enfrentamientos militares, lo cual añade un enorme interés al libro, ofrece también varios estudios sobre los acuerdos a los que se llegó internacionalmente para obtener la paz, las consecuencias y costes de la guerra y finalmente sobre cómo se vivió la contienda a todos los niveles. Como señala el resumen del propio libro, la obra de Wilson es un estudio magistral de todas las dimensiones de la lucha titánica que supuso la Guerra de los Treinta Años. Por ello, hará falta mucho tiempo para superar esta obra.

La Tragedia de Europa es la primera gran historia general de la guerra en inglés desde el libro dirigido por Geoffrey Parker en 1984. La obra de Wilson parece haber transformado el sistema de enseñanza de la guerra en las universidades anglófonas. El libro trata de ofrecer un reto metodológico al presentar la meta-pregunta ¿cómo se escribe una historia general accesible de un fenómeno «histórico tan complejo»?

La obra de Tryntje Helfferich *The Thirty Years War*, publicada también en 2009, propone una perspectiva no tanto europea sino más bien una lucha sobre el orden

religioso y político dentro del Sacro Imperio Romano Germánico en el que intervinieron otros poderes. La autora, especializada en las relaciones entre religión y política y en la historia militar europea del siglo XVII, ha sabido trazar, según Wilson, el papel de la religión en el contexto del conflicto. Centrado también en la cuestión religiosa ante el desafío de la Guerra de los Treinta Años, el libro de Forclaz analiza las respuestas y comportamientos de autoridades, religiosos, clérigos y también fieles de la Iglesia, inmersos en el horror de la Guerra de los Treinta Años, ante un mundo de violencia y desestructurado.

Otro nuevo punto de inflexión más reciente en la historiografía de la Guerra de los Treinta Años es el libro coordinado por Peter Schröde y Olaf Asbach *The Thirty Years' War*, en el que veinticinco estudiosos ofrecen un balance de la situación actual de los estudios sobre la contienda. Se trata de una obra reciente, publicada por Ashgate en 2014, y muy rica, pues abarca tanto cuestiones tradicionales como otras menos conocidas o menos exploradas del conflicto. Los temas se centran en el Sacro Imperio Romano Germánico antes de la guerra, los escenarios y teatros del conflicto, las cuestiones religiosas y políticas, las experiencias y las condiciones materiales en época de guerra, los objetivos y metas de los combatientes, el impacto y las consecuencias duraderas de la contienda y de la Paz de Westfalia.

Una de las contribuciones más importantes de esta obra es el debate historiográfico sobre la idea de «los intentos fallidos de negociación de la paz» y la noción de la inevitabilidad de la guerra. Dos capítulos diferentes (15 y 22)

tratan sobre la Paz de Augsburgo (1555) y la Paz de Praga (1635) y utilizan específicamente el término «*failed settlement*» el acuerdo fallido para debatir el éxito de estos dos acuerdos de paz. Martin Espenhorst señala en su capítulo sobre la Paz de Praga que hubo dos mil acuerdos de paz «intergubernamentales» entre 1450 y 1789, ninguno de los cuales dio lugar a una paz duradera.

Otros capítulos del libro (19-21) cubren aspectos como las condiciones materiales y la experiencia de la guerra, sin olvidar el papel que jugó la propaganda en el conflicto. Mientras que unas contribuciones sugieren solamente la importancia de la propaganda, otras como, por ejemplo, el trabajo de Partel Piirimäe sobre Suecia indican que Gustavo Adolfo fue retratado por la propaganda en dos diferentes, y aparentemente contradictorias, interpretaciones del papel de Suecia en la guerra. A nivel internacional, Suecia y Gustavo Adolfo se retrataron como guerreros bíblicos con una misión divina para salvar la causa protestante; mientras que a nivel nacional, el rey y sus partidarios se centraron en la razón política de la guerra, restando importancia a las dimensiones religiosas. Del mismo modo, en su trabajo sobre la primera fase de la guerra (1618-1629), Ronald G. Asch menciona cómo el emperador católico Fernando II trató de presentar los primeros compases de la contienda en términos seculares, como una lucha entre un gobernante y sus súbditos rebeldes, con el fin de disipar los temores de los protestantes moderados en el Imperio y evitar conflictos futuros. En el capítulo «La experiencia de la guerra», Sigrun Haude, gracias al análisis de un diario de la época, realiza un estudio del miedo y la indefensión de la gente en su lucha

por sobrevivir a las vicisitudes de la contienda.

Esta obra, al analizar muchas y diversas facetas de la guerra, ha puesto al día los estudios y temas tratados en las últimas décadas. Se considera de un trabajo muy útil que demuestra cómo las diferentes interpretaciones han dado lugar a una historiografía que sigue floreciendo.

Estudios monográficos

A la hora de sistematizar la producción historiográfica de temática concreta y analizar sus aportaciones, hemos optado por resaltar algunos de los temas más debatidos en las últimas décadas, siguiendo cronológicamente la Guerra de los Treinta Años.

Causas e internacionalización de la contienda

Desde muy pronto, uno de los temas que más atrajo la atención de los historiadores fue el de las causas de la contienda. Los estudios historiográficos tradicionales ofrecieron la visión de una guerra estrictamente confesional, una continuación de los conflictos generados por la reforma protestante desde el primer tercio del siglo xvi.

Las interpretaciones de la irrupción de los credos protestantes en Europa han sido muy variadas. Arnold Toynbee afirmó que el protestantismo fue una rebelión del norte de Europa y cuyos jefes germánicos se opusieron a la concepción romana del bien común, pues la tradición germánica no era la del sur de Europa. Sin embargo, desde hace ya muchos años se ha planteado claramente que la Guerra de los Treinta Años es mucho más que un conflicto entre católicos y protestantes y se ha señalado que en el ojo del huracán se hallaban, ante todo, motivos políticos más

que religiosos.

Gutmann, por ejemplo, en su artículo sobre las causas de la Guerra de los Treinta Años, utilizó el concepto «precondiciones» para intentar comprender el inicio del conflicto. Según el autor, aquella contienda nacería por una cuestión religiosa y por el ejercicio del poder imperial entre los Habsburgo y sus vasallos bohemios. Es decir, lo que plantea es una guerra civil en sus inicios, en la que pronto se vieron implicadas las diferentes potencias europeas, pues estuvo en juego el mismo papel del Imperio o, como señala Brightwell (1938-1979) el «sistema español» en el continente.

Por su parte, Jesús Pérez-Magallón ha señalado que «estamos ante un enfrentamiento descarnado y sin máscaras entre potencias *terrenales* que pretenden bien reafirmarse y ampliar su poder, bien desplazar el poderío de otros: Suecia, Francia y el imperio austriaco, el imperio hispánico, Inglaterra y otras entidades territoriales aspiraban a preservar su integridad y, de paso, ayudar a destruir al enemigo».

Si la tendencia hasta ahora se ha dirigido a infravalorar los motivos religiosos en la contienda y primar las causas políticas, en 2014 ha vuelto a abrirse el debate sobre si la Guerra de los Treinta Años fue o no una contienda religiosa. El historiador Cornel Zwiwerlein se ha preguntado por esta cuestión con relación a otras guerras occidentales. Señala, por ejemplo, cómo las guerras de religión francesas fueron tratadas durante mucho tiempo, desde los años sesenta hasta los ochenta, exclusivamente como «guerras civiles», lo que llevó a Denis Crouzet a convertirse en el investigador que

finalmente «volvió a poner la religión en su sitio en las llamadas guerras de religión francesas». Algo similar ha ocurrido con la Guerra de los Treinta Años, dado que muchos historiadores también han negado la importancia religiosa en esta contienda. Sin embargo, si existe algo así como una «guerra de religión o guerra religiosa» moderna, la Guerra de los Treinta Años tiene que ser una, dice el autor, si no, ¿qué otra guerra debe coincidir con esa definición?

Al estudiar las causas de la contienda también se han examinado los desencadenantes de la conflagración. Aunque la chispa de la guerra estuviera en un conflicto de obediencia entre el emperador y sus súbditos que condujo a la Defenestración de Praga de 1618, su conversión en un conflicto internacional de gran envergadura, para muchos historiadores, se debió a factores exógenos. En el manido debate —como dice Wilson— sobre si la guerra fue evitable, Bahlcke sintetizó que las disputas alemanas podrían haberse reconducido si no hubiera sido por la intervención de potencias extranjeras, comenzando por la monarquía española.

Dicha sugerencia cuenta con una potente tradición fuera del ámbito germánico conocida como «*International War School*», de origen inglés. En esta tendencia se incluye la respetada obra de Wedgwood, ya citada, y también se inscriben los trabajos de Parker o N. M. Sutherland. Frente a la tradición germana de una única Guerra de Treinta Años con varias fases, esta escuela ha inscrito esos conflictos en un contexto general de conflictividad europea, que no tendría su centro en las guerras de Alemania sino en la

lucha de los Habsburgo y Francia por la hegemonía continental. Sutherland, por ejemplo, comienza su trabajo hablando del mito indestructible de la Guerra de los Treinta Años, poniendo en duda tanto sus orígenes en 1618 como su finalización en 1648.

Finalmente, como unificación de todos los postulados anteriores, la escuela que más predicamento tiene en la actualidad es la que define la Guerra de los Treinta Años como una «guerra de construcción estatal». Se basa en los trabajos de Johannes Burkhardt, quien estima que la cadena de conflictos que asoló Europa durante esas décadas se debió al hundimiento del orden universal medieval tanto desde arriba como desde abajo. Es decir, que, por un lado, las monarquías se enfrentaron entre sí para dirimir su posición en el nuevo orden estatal, que prescindía del Papado y del Imperio como autoridades superiores. Por otro lado, dichos estados se enfrentaron a un ciclo de revueltas internas que manifestaba las tensiones sobre el modelo a seguir y las resistencias al monopolio de la autoridad y la violencia.

La tesis de Burkhardt resulta tan sugerente y ambiciosa como discutible por su misma generalización. En el caso de la intervención española en la guerra, sus móviles no parecen relacionados con una pretensión de reforzamiento estatal sino más bien con el afianzamiento de unos vínculos dinásticos de naturaleza más tradicional, de enorme importancia para la monarquía española. Dentro de la tradición de la «*International War School*», resultaba imprescindible encarar el papel de la monarquía española en estos acontecimientos. Parker se encargó sobre todo del gran conflicto de Flandes, que a partir de 1621 se convirtió en un

frente colateral de la Guerra de los Treinta Años; por su parte, uno de sus discípulos, el malogrado Peter Brightwell (1938-1979) se ocupó en la década de 1970 de la intervención española en Alemania. Sus artículos, frecuentemente citados, tienen el mérito de reconstruir con detalle el proceso de toma de decisiones en el Consejo de Estado español y el papel central de Baltasar de Zúñiga en dichas discusiones, pero, como se ha dicho, con esta documentación se pierde fácilmente el contexto general en el que se sitúan.

Poco después apareció el *Pax et Imperium* de Eberhard Straub, obra que sigue siendo de referencia, en el que se evalúa en detalle la alianza familiar entre las cortes de Madrid y Viena en la primera mitad de la Guerra de los Treinta Años. Mientras que los antecedentes del conflicto y la naturaleza de la colaboración dinástica son soslayados, la obra es importante sobre todo para la fase posterior a 1623.

Por tanto, estas dos últimas obras iniciaron el debate de que la Guerra de los Treinta Años tal como sucedió, con tanta longitud temporal y crudeza, se debió en buena medida a la implicación española, que era la potencia hegemónica del momento. Esta afirmación lleva consigo muchas imprecisiones en lo que se refiere a la caracterización del sistema de poder español, sus móviles y mecánica. Tales carencias deben atribuirse a que la historiografía hispana sobre la política exterior de la primera mitad del siglo xvii ha sido bastante limitada hasta fechas recientes.

Los Habsburgo de Viena

Los estudios sobre los Habsburgo de Viena en el conflicto, especialmente aquellos que tratan de los emperadores Fernando II y Fernando III, son numerosos y

extensos y con el tiempo se han ampliado en muchas y variadas direcciones.

Diversos historiadores se han visto atraídos por el magnetismo del emperador Fernando II y, por ello, existen biografías coetáneas escritas en vida del personaje. Ya en 1638, un año después de su muerte, su confesor el jesuita William Lamormaini compuso un libro apologético del emperador en latín titulado *Ferdinandi II. Romanorum Imperatoris Virtutes*. El breve volumen se convirtió en un clásico barroco que fue utilizado por otros escritores. Concretamente apareció en la conclusión de los *Annales Ferdinandeï*, libro escrito por Franz Christoph von Khevenhüller, quien llegó a ser consejero y diplomático al servicio del emperador y embajador en España. Estos primeros trabajos de carácter laudatorio y apologético apelaban implícitamente a la glorificación de Fernando II.

En el siglo XIX, también Friedrich Hurter en su *Historia del emperador Fernando II* mantuvo un tono similar. Por lo general, los historiadores de aquella centuria se alinearon en dos direcciones: unos siguieron la orientación nacionalista y otros la liberal o protestante, como es el caso de Felix Stieve en su *Biografía general alemana*. Estos últimos reconocían a menudo las cualidades personales de Fernando, pero lo representaban con un carácter esencialmente pasivo, dependiente de sus consejeros, en particular de los eclesiásticos, y constreñido por una excesiva religiosidad. No obstante, un gobernante de esas cualidades no hubiera podido conseguir todo lo que él hizo.

Otros le han retratado como un aspirante a tirano que intentó suprimir las libertades germanas. Todavía hoy se

pueden encontrar estas descripciones ocasionalmente en trabajos de historia europea o alemana o de la Guerra de los Treinta Años. Sin embargo, algunos estudios más recientes, como el de Dieter Albrecht, *Fernando II (1619-1637)*, publicado en Múnich en 1990, han ofrecido un retrato más ecuánime. También los trabajos de Friedrich Edelmayer, experto en la historia del Sacro Imperio en los siglos XVI y XVII y en los emperadores Fernando II y Fernando III, han tenido una amplia consideración en la historiografía.

En las últimas décadas se han elaborado tres extensos estudios biográficos sobre el emperador Fernando II: las dos obras de Robert Bireley y la de Thomas Brockmann. Siguiendo el orden de publicación, el primer estudio de Robert Bireley sobre Fernando II y Guillermo Lamormaini, su confesor jesuita, apareció en 1981 y trata del periodo de 1624 a 1637. En la línea de estudios sobre la influencia de los capellanes de la corte y la política de Contrarreforma en general, el trabajo explora la relación entre Fernando y Lamormaini durante la Guerra de los Treinta Años, y confirma la idea de que la influencia política de un confesor de la corte podía ser crucial. Bireley muestra cómo Lamormaini planeó la restauración del catolicismo en Alemania y documenta en detalle su influencia sobre Fernando, su conflicto con el primer ministro del emperador y sus relaciones con otras figuras importantes de Viena y Roma.

Por su parte, el libro de Thomas Brockmann sobre las ideas de Fernando II, *Dynastie, Kaiseramt und Konfession*, es más reciente, de 2011, pero solo cubre los años de 1618 a 1630 y no la vida completa del emperador.

El segundo libro de Bireley sobre el emperador Fernando II, publicado en 2014, vino a llenar un vacío, al menos provisionalmente según palabras del autor, y rescatar su puesto en la historia europea. El libro es quizá el más completo hasta ahora, por ser el más reciente y por ello también el más citado últimamente. Esta obra sobre Fernando II y el emperador de la Contrarreforma es un estudio biográfico que analiza la niñez y juventud del futuro emperador (1578 a 1598), sus primeros años en la Austria Interior (1598-1608), sus pasos como sucesor del emperador Matías y los problemas iniciales en el Imperio: la rebelión en Bohemia (1618-1621) y su aplastamiento, lo que le condujo a un periodo de consolidación y expansión (1621-1628). Las posteriores extralimitaciones (1628-1631) y, como consecuencia, los reveses sufridos en 1631-1632 no impidieron la recuperación (1632-1634) y su asentamiento posterior hasta su muerte en Viena el 15 de febrero de 1637.

Para el autor, Fernando restauró el prestigio del oficio imperial después de un periodo de declive durante los reinados del débil emperador Rodolfo (1576-1612) y de Matías (1612-1619). La obra ofrece la imagen de Fernando II como actor principal en la Guerra de los Treinta Años y uno de los gobernantes más trascendentales en la consolidación de la dinastía Habsburgo, gracias a la ascensión de su hijo Fernando III al trono imperial.

Pero la investigación sobre Fernando II no solo se ha centrado en su política y religiosidad, también se ha estudiado su imagen en el contexto de la Contrarreforma y el Barroco. En ese sentido, hay que citar a teřpan Vacha y concretamente su trabajo sobre la iconografía de la

representación monárquica del emperador Fernando II.

Las naciones europeas en guerra

La historiografía presenta también una temática muy floreciente que podríamos denominar las naciones europeas en guerra. En realidad, se refiere a una producción actual casi ilimitada en todos los territorios que pertenecieron al Sacro Imperio, pero también en aquellos estados que intervinieron en la contienda, como Dinamarca, Suecia, Italia, España, y en los que no intervinieron directamente, como es el caso de Inglaterra, Polonia, etc. Una producción en muchas y diversas lenguas que resulta imposible abarcar.

Para un estudio de esta producción historiográfica en el Imperio, hay que contar con un extraordinario número de publicaciones tanto generales como regionales y también locales. R. J. W. Evans, en su análisis historiográfico del Sacro Imperio Romano Germánico (SIRG) (1495-1806), en el prólogo a su edición española de *La Monarquía de los Habsburgo*, señalaba que la investigación sobre el SIRG, durante los últimos cuarenta años más o menos, se ha transformado de tal forma que es casi irreconocible. Después de haber sido algo menospreciado por su falta de entidad política, por el caótico conjunto de innumerables principados y pequeños estados que carecían de poder, el Imperio ha sido rehabilitado totalmente por la historiografía más reciente. Ahora, incluso, está siendo aclamado por algunos como un modelo de resolución de conflictos de forma pacífica en el centro de Europa que, a la larga, fue capaz de reducir las tensiones religiosas creadas por la división confesional del siglo XVI y de proteger a sus miembros más débiles de sus poderosos vecinos. Algunos

historiadores han extraído, además, ciertas lecciones de la historia del Sacro Imperio Romano Germánico para el presente. La estructura de las múltiples capas federales del antiguo Imperio y su sistema de toma de decisiones colectivas se han presentado como un modelo para una Europa multiétnica amante de la paz, precursora de la Unión Europea. Otros historiadores han descrito el Reich como la primera nación-estado alemán, una configuración política basada no en el poder y la expansión sino en los derechos y las libertades.

Un trabajo reciente que ha ofrecido nuevas perspectivas sobre el Sacro Imperio Romano Germánico es el de Joachim Whaley, profesor de la Universidad de Cambridge. El autor analiza la historia de Alemania desde las grandes reformas de comienzos del siglo xvi hasta la disolución del Sacro Imperio en 1806. En su extenso trabajo de dos volúmenes rechaza la idea de un largo periodo de declive y muestra cómo las instituciones imperiales se desarrollaron en respuesta a las crisis de los siglos xvi y xvii, especialmente la Reforma y la Guerra de los Treinta Años. El autor analiza la Guerra de los Treinta Años como un conflicto constitucional esencialmente alemán, desencadenado por los problemas de la dinastía Habsburgo y prolongado por las intervenciones de las potencias extranjeras.

En cuanto a la historiografía de los escenarios de la contienda, y siguiendo el curso de la guerra, los estudios sobre la rebelión de Bohemia han sido muy prolíficos. De gran interés supone el libro de varios autores coordinado por James R. Palmitessa, profesor de la Western Michigan University, en el que se recogen diversas aportaciones de

historiadores checos sobre la historia de Bohemia de los siglos XVI y XVII y que reflejan las líneas de investigación en las universidades checas. Algunos de los trabajos relacionados con el periodo de la Guerra de los Treinta Años son: «La llegada del archiduque Fernando del Tirol a Bohemia y su corte»; «¿Tolerancia o coexistencia? Relaciones entre los grupos religiosos desde el siglo XV al XVII»; «Las transformaciones religiosas de los hermanos bohemios en la época moderna» o «La emigración de la población del sur de Bohemia antes y después de la Guerra de los Treinta Años», etc.

En 1998 salió un libro conmemorativo editado por Michal Sronek y Jaroslava Hausenblasová sobre la ciudad de Praga durante la Guerra de los Treinta Años. La obra ha resultado ser una notable publicación histórico-artística, con versiones en inglés y alemán, que reproduce la «*Gloria y Miseria*» de Praga en el difícil periodo de la contienda. Al ser una publicación conmemorativa del levantamiento y aplastamiento de aquella capital, los editores llevaron a cabo una edición muy cuidada con excelentes ilustraciones históricas que incluyen reproducciones de documentos de época, obras de arte, arquitectura, grabados históricos, dispositivos técnicos, etc., y todo ello ampliamente comentado.

Los historiadores checos no solo se centraron en Praga y en la gravedad de los acontecimientos de 1618 a 1620, también han estudiado otros muchos temas, como la situación de las ciudades de Bohemia bajo la administración del emperador durante la Guerra de los Treinta Años o la segunda ocupación de Praga en 1648.

En España la rebelión ha sido conocida gracias a los trabajos de Chudoba, los ya citados Brightwell y Straub, M. S. Sánchez, Antonio Feros y González Cuerva, o a las aportaciones recogidas en el volumen colectivo coordinado por Martínez Millán y González Cuerva. En general, la rebelión de Bohemia ha sido estudiada desde las posiciones mantenidas por los miembros del Consejo de Estado y de otros órganos de gobierno de la corte de España, analizando las tensiones entre quienes se mostraban decididos a una seria colaboración con los Habsburgo austriacos, como Zúñiga, o los que rechazaban una intervención y colaboración militar, como el duque de Lerma o el confesor Aliaga. Un personaje tan decisivo en los primeros momentos de la guerra, Baltasar de Zúñiga, fue bastante ignorado durante mucho tiempo. En su época y en el entorno de su sobrino Olivares, la imagen de Zúñiga fue la de una «eminencia gris», en palabras de González Cuerva. Esta imagen se transformó en el siglo xx gracias al trabajo de Hugh Trevor-Roper, quien dibujó un perfil de Zúñiga en la *Historia del Mundo Moderno* de la Universidad de Cambridge que cristalizó, fijando un retrato que en lo sustancial ha pervivido hasta hoy. Su figura difundida en el mundo anglosajón le caracteriza como un ministro experimentado, cabeza del «partido de la guerra», opuesto al valimiento «pacifista» del duque de Lerma. Gracias a su experiencia e influencia, la monarquía hispana se embarcó en la Guerra de los Treinta Años desde 1618, y en la reanudación de la guerra en Flandes desde 1621. Zúñiga representó, por tanto, un giro político frente al pacifismo imperante en los años anteriores.

Sobre las relaciones de Bohemia con la monarquía española en los siglos *xvi* y *xvii* hay que acercarse al hispanista checo Josef Forbelský, quien ha presentado una interesante y sugestiva visión de esta etapa crucial de Bohemia dentro de la historia y la cultura de los países de Europa durante la Guerra de los Treinta Años.

Analiza el levantamiento checo, la batalla de la Montaña Blanca, la guerra con todos sus horrores y el golpe político, religioso y social que provocó la derrota de los estados checos. Examina también el tema de los exiliados y el flujo de emigrantes para sustituirlos, todo lo cual supuso cambios trascendentales en la historia política, económica y social de Bohemia. Para estudiar esta etapa, el autor se sirvió de un distinguido general del ejército de los Habsburgo nacido en España, Baltasar Marradas (1560-1638), el cual estuvo en la mayor parte de los campos de batalla europeos de la primera mitad del siglo *xvii* hasta llegar, siguiendo sus movimientos, a la época en la que fue comandante provincial de Bohemia. A través de las difíciles relaciones de Marradas con Wallenstein, se estudian también los vínculos entre las dos ramas de la dinastía Habsburgo, la evolución del Imperio y la política entre bastidores durante la Guerra de los Treinta Años.

Por lo que se refiere a la conquista del Palatinado, hay que remitir al libro de Hugo Álvaro Cañete sobre *Los Tercios de Flandes en Alemania, 1620-1623*, donde plantea la conquista del Palatinado como una maniobra de distracción. Durante dos años y medio las tropas de Ambrosio de Spinola y Gonzalo de Córdoba llegaron a dominar aquellas tierras del Rin mediante una sucesión de golpes de mano, asedios y

batallas que culminaron con la pacificación temporal del territorio y su continuidad en manos españolas. Una de las mayores aportaciones del libro, y de la colección en general, son los mapas a color y los croquis de batallas, como las de Mingolsheim, Wimpfen, Höchst y Fleurus. La importancia de esta última batalla ha llevado a los estudiosos a examinarla detenidamente, como así lo ha hecho Esteban Rivas. La conquista del Palatinado por los españoles ha sido considerada y planteada por historiadores alemanes como una invasión y una etapa de recatolización.

Muy estudiada ha sido la figura del «rey de invierno», Federico V del Palatinado y de su esposa, Elizabeth, hija del rey de Inglaterra Jacobo I, quienes se vieron obligados a huir de Bohemia y de sus estados del Palatinado para refugiarse en los Países Bajos. Quizá el trabajo más representativo es el de Brennan C. Pursell, quien en su biografía de Federico resucita dos factores de la historiografía del siglo XIX: el constitucionalismo y el libre albedrío humano. El autor sitúa el constitucionalismo en el centro de los acontecimientos, en lugar de las confesiones religiosas. Basándose en la correspondencia política y personal de Federico del Palatinado, Pursell trata de interpretar las decisiones de Federico analizando las expectativas y disyuntivas que tenía. Desde la perspectiva del «rey de invierno», el autor sostiene convincentemente que la guerra se entiende mejor como un conflicto constitucional en el que se entrelazan factores religiosos y políticos y no simplemente como una lucha entre las potencias protestantes y católicas.

En cuanto a los estudios sobre Polonia en aquella época de convulsión, los trabajos, en general, a los que hemos

tenido acceso tratan de las relaciones diplomáticas, políticas y económicas con diversos estados europeos, Francia, Suecia y España, pero también con el Imperio otomano y Rusia. En muchos casos, los estudios se extienden a toda la época moderna, como es el de las relaciones de Polonia con Francia, o con Suecia y Rusia o con el Imperio otomano.

Por lo que se refiere a los vínculos entre los Habsburgo y los Vasa de Polonia, uno de los principales especialistas, Miguel Conde Pazos, escribía en 2012 que la historiografía española apenas ha prestado atención a las relaciones entre la monarquía hispánica y Polonia, y por ello los trabajos en general son escasos. Quizá más privilegiados han sido los estudios centrados en el siglo *xvi* sobre las alianzas y embajadas de Carlos V y su hijo Felipe II. Para las relaciones entre Polonia y España en el siglo *xvii*, hay que acudir a otros estudios de Cezary Taracha y Conde Pazos sobre aspectos concretos de esos contactos como, por ejemplo, embajadas, levas de polacos, etc. En los últimos años han visto la luz los trabajos de R. Skowron dirigidos a estudiar las relaciones de Polonia con España, sobre todo, en lo que se refiere a la política báltica. Al mismo tiempo, un tema que ha denotado gran interés es el de la opinión y la imagen que se tenía de España en Polonia tanto en el siglo *xvi* como *xvii*.

Un estudio más allá de los trabajos sobre las relaciones diplomáticas, políticas o económicas es el estudio de Jerzy Maron sobre los «Aspectos militares de la Guerra de los Treinta Años en Silesia».

La posición de Inglaterra con relación a la Guerra de los Treinta Años ha sido estudiada por Leticia Álvarez Recio a través de un análisis sobre el tratado político anticatólico de

Thomas Scott, en el cual sitúa muy bien la Inglaterra de la década de 1620. Muchos ingleses protestantes no vieron con buenos ojos la alianza entre España e Inglaterra. Al contrario, consideraron que su monarca debía comprometerse de forma más activa con el calvinismo europeo. La oposición se acentuó después del estallido de la crisis de Bohemia, cuando Jacobo I, lejos de apoyar al elector palatino Federico V frente al Imperio de los Habsburgo, adoptó una posición neutral en la Guerra de los Treinta Años. En octubre de 1623, el sentimiento anticatólico alcanzó su punto más álgido después de que el príncipe Carlos llegara a Londres tras un viaje fallido a Madrid para conocer a su prometida. Muchos londinenses interpretaron su retorno como una victoria sobre España y pidieron un cambio en las relaciones anglo-españolas. Fue en este ambiente cuando Thomas Scott, uno de los panfletistas más populares del momento, escribió el tratado político *Vox Regis* (1624). En esta obra, Scott desarrolla muchos de los argumentos que se habían utilizado en el Parlamento de 1624 con la intención de convencer al monarca para que modificara su política religiosa y diplomática. Junto a la crítica anticatólica, Scott introduce un profundo debate sobre el papel de los ciudadanos en el gobierno y aboga por un modelo político más interactivo, en oposición a la defensa que se hacía desde la Corona de doctrinas como la razón de Estado y el derecho divino de los monarcas. De este modo, Scott vincula anticatolicismo y conciencia cívica, moldeando su discurso de acuerdo con la tradición humanista.

La ruptura con la monarquía hispánica en 1625-1630

llevó a Inglaterra a participar de algún modo en la Guerra de los Treinta Años. Thomas Cogswell, en su libro *Blessed revolution*, examina los antecedentes de la intervención militar inglesa en aquella contienda. Para ello, estudia la crisis palatina de 1624 que obligó al rey Jacobo I a abandonar su programa de política exterior basada en una alianza dinástica anglo-española a favor de una política más agresiva contra los Habsburgo. El autor destaca la importancia vital del Parlamento, una institución que en 1624 iba cobrando mayor protagonismo oponiéndose a los proyectos de la monarquía española, hasta tal punto que la opinión pública inglesa celebró jubilosamente el colapso de la negociación anglo-española.

Por lo que respecta a la historiografía italiana, los estudios sobre los conflictos relacionados con la Guerra de los Treinta Años son cada vez más extensos y cualificados. Entre las publicaciones de carácter general, hay que citar la obra de Gregory Hanlon sobre Italia en la época moderna 1550-1800; asimismo, el estudio de González Cuerva sobre Italia y la Casa de Austria en los inicios de la guerra; y el de Rivero Rodríguez sobre Italia en la monarquía hispánica.

Con todo, tres son los temas más estudiados por la historiografía italiana: los conflictos en el norte de Italia y en las fronteras; el servicio y adhesión de los príncipes italianos, bien a la Casa de Habsburgo, bien a la corona de Francia; y, últimamente, no hay que olvidar los análisis del impacto de la guerra en los distintos territorios italianos.

Algunas investigaciones se han centrado particularmente en el estudio de aquellos conflictos asociados a la Guerra de los Treinta Años, cuyos prolegómenos se encontraron en la

llamada guerra de Gradisca o guerra del Friuli. Un tema crucial para España, Francia e Italia fue la guerra de Sucesión de Mantua y, más aún, las difíciles relaciones con los habitantes y los enfrentamientos en el valle de la Valtelina.

Junto a la conflictividad desarrollada en las fronteras o por la sucesión de los estados italianos, otra de las materias más estudiadas ha sido las relaciones diplomáticas y bélicas entre los centros de poder italianos y las cortes de Viena y Madrid. Sobre ello, hay que destacar, por ejemplo, el estudio de Daniela Frigo en torno a la política y diplomacia en Mantua o el de Alice Raviola sobre las relaciones de Madrid, Viena, Mantua y Turín. Una obra clave para comprender el papel de España en Italia es la de Davide Maffi *En defensa del Imperio*. También la de Marino Viganò sobre las fortificaciones emprendidas en la Lombardía durante el reinado de Felipe III, sin olvidar la obra de Gianvittorio Signorotto sobre el Milán español durante el reinado de Felipe IV. Las relaciones con Venecia han sido examinadas por Troyano Chicharro a través del estudio del embajador español don Alonso de la Cueva Benavides, marqués de Bedmar, quien estuvo en Venecia como diplomático durante más de doce años. La obra se sirve de la «relación» elaborada por el diplomático granadino para el rey Felipe III en la que expone tanto la organización político-institucional de esta república italiana, como los aspectos relacionados con la fuerza militar, las finanzas, etc., durante la primera mitad del siglo xvii.

Por lo que se refiere a las relaciones con Saboya, estas fueron tensas y prolongadas. El estado saboyano, como

«portero de los Alpes», era de vital importancia por su decisiva posición geoestratégica, lo que hizo de él un importante aliado tanto política como diplomáticamente para las cortes de España y Francia. A través de una serie de fortalezas —incluidas el Piñerolo y Turín, la capital—, el Piamonte controlaba los pasos occidentales alpinos más importantes sobre el Mont-Cénis y el Mont-Genèvre, y a través del valle del Susa que se extendía hacia el oeste de la capital.

La posición de Saboya en el norte de Italia significaba que tanto Francia como España harían todo lo posible por ganar el favor del ducado y ello permitió a los sucesivos duques jugar un papel decisivo en las ambiciones rivales de los grandes estados. Incluso la retórica rivalidad franco-española proporcionó oportunidades a Saboya para su situación en la península italiana y más lejos. Sobre el ducado de Saboya hay que destacar el libro de Toby Osborne *Dinastía y la Diplomacia en la Corte de Saboya. La política cultural en la Guerra de los Treinta Años*. Se trata del primer estudio en inglés del ducado de Saboya durante el periodo de la Guerra de los Treinta Años. Más que un análisis del papel militar o geoestratégico del ducado, trata de tres puntos o hilos entrelazados: las ambiciones dinásticas de la dinastía de Saboya; los intereses familiares de una élite en el servicio ducal; y el papel singular desarrollado por uno de los miembros del clan: el abate Alessandro Scaglia (1592-1641), quien emergió como uno de los diplomáticos más reconocidos de Europa. La vida de Scaglia es el tema central del libro, ofreciendo nuevas perspectivas no solo políticas y diplomáticas dentro de la corte de Saboya, sino también

sobre la cultura diplomática de la Europa del siglo XVII. Para el mantenimiento de las lealtades de este ducado fue de gran importancia la labor diplomática de los embajadores españoles, especialmente del conde la Roca.

Asimismo, otra cuestión abordada es el fenómeno de las adhesiones o lealtades de los príncipes italianos, bien a la Casa de Habsburgo o, por el contrario, bien a Francia y sus satélites. Un caso excepcional fue el de la Santa Sede. En relación con los estudios llevados a cabo sobre el Papado y su papel en el conflicto, dos son los grandes temas que se han abordado en las últimas publicaciones. Uno es la diplomacia pontificia y su imbricación con las distintas cortes europeas. En ese sentido, resulta de enorme interés el análisis que hace Pavel Marek sobre la diplomacia española y la papal en la corte imperial de Fernando II. El trabajo aborda la influencia de España y de la Santa Sede en la corte de Viena y Praga y se basa en unas fuentes concretas: las relaciones o documentos informativos que enviaban los embajadores españoles y los nuncios papales. Gracias a estos expedientes es posible comprender las decisiones de ambas potencias católicas con respecto a los acontecimientos que sucedían en la Europa central antes y durante el periodo convulso de la Guerra de los Treinta Años.

Pero quizá de mayor relevancia son los trabajos orientados a estudiar los objetivos, proyectos y actuación de la Santa Sede durante el periodo de guerra, al ofrecer o retirar su apoyo a la Casa de Austria y la Liga Católica. Uno de los trabajos más significativos es el de Koller sobre el papel de la Santa Sede al principio de la Guerra de los Treinta Años. Para ello analiza la política internacional del

papa Gregorio XV (1621-1623), encaminada a la reconquista del catolicismo en Europa, para la cual puso en marcha su gran proyecto universalista de la *propaganda fide*. Su sucesor, Urbano VIII (1623-1644), mantuvo la firmeza de la Santa Sede en la defensa de la confesión católica, si bien su apoyo a los planes políticos de la Casa de Austria fue mucho más restringido que el que había concedido el papa Alessandro Ludovisi. Poco pudo hacer la Santa Sede en la Paz de Westfalia, su posición desde el punto de vista «temporal» quedó muy debilitada si se compara con los tiempos en que arbitraba los conflictos entre las potencias. Quizá el mejor estudio sobre el papel de la Santa Sede en la Paz de Westfalia, aunque ya antiguo, es el de Konrad Repgen. En cuanto a la posición de Venecia durante la guerra de los Treinta Años, muchos y variados son los temas estudiados.

Entre ellos destacan los dedicados a la guerra del Friuli, la diplomacia veneciana y al incidente diplomático la conjura de Venecia. Finalmente, también ha sido abordado el tema del impacto y consecuencias de la guerra en algunos estados de Italia.

La entrada formalmente de Francia en la Guerra de los Treinta Años ha dado lugar al interés creciente de los historiadores por conocer las diversas causas e implicaciones de la política de Luis XIII y Richelieu antes y después de 1635 y los medios bélicos y materiales con los que contaban.

En la historiografía relativa a la participación y entrada en la guerra de Francia, resulta imprescindible el libro de David Parrott sobre el ejército del cardenal Richelieu. Se trata de un detallado estudio de la organización militar

francesa que ofrece una nueva interpretación de los dos ejércitos enfrentados —el de la monarquía francesa y el de la monarquía hispánica— y demuestra lo mal preparada que estaba Francia para enfrentarse a España. El trabajo contradice con abundantes pruebas documentales la visión de un ejército francés modélico, siempre victorioso frente al ejército hispánico, modelo que la historiografía decimonónica francesa logró propagar. Esta obra, que indirectamente ayuda a comprender la verdadera situación de la monarquía de Felipe IV en unos años críticos, desgraciadamente, salvo honrosas excepciones, ha sido poco tenida en cuenta en España. Sin embargo, debido a sus muchas e interesantes aportaciones, la obra de Parrot ha ido entrando en nuestro país a través, sobre todo, de sus artículos en la revista *Desperta Ferro*.

En España han sido muy abundantes los trabajos dedicados a la literatura polémica que despertó la declaración de guerra de Francia a España. Asimismo, se han estudiado las posibles estrategias del conde -duque de Olivares frente a Francia. También ha interesado el estudio comparativo más amplio de los dos modelos políticos de Francia y España.

La monarquía hispánica en la Guerra de los Treinta Años

A pesar de los considerables avances historiográficos sobre la Guerra de los Treinta Años, todavía se conocen poco en España las investigaciones y aportaciones que se llevan realizando sobre esta contienda. Como ha señalado Negredo del Cerro en 2016, hoy por hoy, en España solo puede consultarse en castellano media docena de monografías, alguna de las cuales, como la de Livet (2008),

no dejan de ser, a pesar de su indudable calidad, una síntesis pensada para los universitarios franceses. En español todo queda reducido al libro de Parker y a unos pocos artículos muy específicos que han ido apareciendo a partir de 2000, pero que no tienen la entidad suficiente como para propiciar un nuevo enfoque global del conflicto. Sin embargo, habría que señalar como una aportación relevante las contribuciones recogidas en los tres volúmenes titulados *La Dinastía de los Austria: Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, editados y coordinados por Martínez Millán y González Cuerva. Se trata de una obra gigantesca de más de 2.200 páginas en la que participan sesenta y nueve historiadores cuyos trabajos tratan de analizar en su conjunto la historia de la familia Habsburgo, en la que las cortes de Madrid, Viena y Roma, con su peculiar funcionamiento, ayudan a entender mejor algunas de las claves de la historia moderna europea. Se ha dicho que una de las señas de identidad de la Casa de Habsburgo fue su capacidad para dividirse en distintas ramas familiares que gobernaron diferentes territorios, consecuencia de la división territorial entre los hijos. Dependiendo del momento, Madrid, Viena, Praga Bruselas, Graz o Innsbruck fueron sede de cortes de los Habsburgo. La obra muestra claramente que las relaciones entre estos centros fueron más allá de las embajadas y el contacto diplomático formal. Existió una tupida red de lealtades familiares, facciones cortesanas, religiosos, séquitos de reinas e infantas, que se encargaron de vincular las distintas cortes y buscar puntos de acuerdo en la creación de una política dinástica.

Entre las aportaciones españolas generales a la Guerra de

los Treinta Años, hay que señalar la obra dirigida por Miguel Avilés Fernández que ha sido publicada en 1986 como el volumen XVIII de la *Gran Historia Universal*, un manual, sin duda, todavía útil.

El debate sobre los proyectos de la monarquía hispánica de convertirse en monarquía universal fue acometido por Quintín Aldea Vaquero en su artículo «España y Europa en la guerra de los Treinta Años». Al exponer las causas generales que llevaron a la monarquía hispánica a luchar en la Guerra de los Treinta Años, explica que:

Jamás pasó por la mente de los rectores de la política española de este tiempo la idea de restaurar la unidad política de Occidente, o sea, la de crear la monarquía universal, concepto incompatible entonces con el creciente vigor de los nacionalismos imperantes. Pero sí lucharon por algo más profundo, más humano, más trascendente y, en definitiva, más europeísta: su unidad espiritual.

Es absolutamente cierto que hasta épocas muy recientes, como escribió Negrodo del Cerro, no se ha imbricado la historia de la monarquía española con la del resto de participantes en la Guerra de los Treinta Años. Todavía en febrero de 1989, R. J. W. Evans, en el prólogo a su edición española de *La Monarquía de los Habsburgo*, llamaba la atención sobre esta circunstancia y el profundo desconocimiento que de esta época se tenía por una gran parte de la historiografía internacional. Y la razón de este desconocimiento es que la historiografía española del conflicto sigue siendo insuficiente; por ello, quizá, en general se prescinde sin más de las escasas pero aprovechables aportaciones españolas. Es necesaria una renovación historiográfica sobre el tema que debe incidir principalmente en el papel del esfuerzo de Madrid hacia

Centroeuropa.

La obra más reciente es *La Guerra de los Treinta Años* de Negrodo del Cerro, cuyo objetivo es ofrecer una visión sintética de la Guerra de los Treinta Años, sin competir con las grandes obras en otras lenguas, como los tres volúmenes de Sacchi o el inconmensurable trabajo de Wilson, que ha sido traducido en 2018 al español. El estudio de Negrodo se explaya en la composición del Sacro Imperio Romano Germánico o en las motivaciones suecas y su modo de reclutamiento y, cómo no, en la estructura de la monarquía española o el funcionamiento de los tercios. También pretende contribuir al debate historiográfico sobre el papel de la política exterior diseñada desde Madrid en el devenir de las relaciones internacionales del siglo xvii. En su análisis historiográfico, Negrodo se pregunta por qué la Guerra de los Treinta Años ha interesado tan poco a la historiografía española y analiza las consecuencias de este abandono para la visión global de la guerra.

Una interesante aportación que puede llevar a descongelar el interés de los historiadores modernistas hacia este conflicto es la publicación conjunta de John Elliott y Fernando Negrodo de la correspondencia del conde-duque de Olivares con el cardenal infante, que permite constatar las profundas conexiones entre el conflicto flamenco y la guerra en Alemania, dimensión no siempre valorada en su justa medida.

Por su parte, Stradling, en su análisis del sistema imperial hispano, ha considerado que la guerra de Sucesión de Mantua, y la Paz de Cherasco en abril de 1631, que puso fin al conflicto, fue un momento de inflexión en la compleja

situación internacional que afectó enormemente a la monarquía hispánica. Fue a partir de entonces cuando España cambió su percepción hacia Francia, reconoció que el enfrentamiento era inevitable y decidió acometer una serie de previsiones ante esa posible contingencia.

Con respecto a la visión antiespañola alimentada por una parte de la historiografía europea, Negrodo del Cerro ha señalado que, además de la producción alemana y austriaca, también la checa —aunque con posterioridad ha variado sustancialmente— consideraba la idea de que la independencia de Bohemia fracasó tras la derrota de la Montaña Blanca por la opresión española, una constante alimentada desde los tiempos de Comenius, el padre de la pedagogía y pastor luterano.

En la misma línea de la visión antiespañola, Poliřsenský llegó a escribir que «las causas de todas las desgracias vinieron, aun antes de 1618, de España». Con ello se sintetizaba la idea de que las libertades de Bohemia hubieran triunfado y, con ellas, un estado-nación checo de no ser por la intervención de las tropas de la monarquía católica en apoyo de Fernando II. Pero esta visión antihispana no siempre ha sido así, pues en 1906 Martin Hume aportó un capítulo sobre los asuntos españoles en el volumen cuarto —coordinado por lord Acton y escrito por varios autores— de la obra colectiva *The Cambridge Modern History*. En una de sus reseñas ya se manifestaba el deseo de prestar mayor atención y profundización a la actuación de la monarquía española y en temas tales como el Estado y la decadencia de España en medio de la brillantez de su arte y literatura.

Tras los Tratados de Versalles y el surgimiento de

Checoslovaquia en 1919, la concepción emotivamente antihispana fue variando y, de hecho, corresponde a los historiadores bohemios los intentos más sólidos de reubicación de la verdadera dimensión de lo español en Centroeuropa.

Esa nueva concepción se ha visto precisamente en el estudio de Edelmayer, quien, a través de numerosos y fundamentados estudios referentes a las relaciones entre la península ibérica y el Sacro Imperio —aunque la mayoría centrados en el periodo anterior a la Guerra de los Treinta Años—, ha venido a cubrir un enorme vacío tras la obra pionera de Chudoba sobre *España y el Imperio*.

En la actualidad, la historiografía ha concluido que la monarquía española fue clave tanto en el aspecto bélico como en el financiero y religioso. Es verdad que la producción historiográfica dedica más atención a la primera mitad de la guerra (1618-1634), que culminó en Nördlingen (1634), y a la declaración de la guerra franco-española en 1635, que a la segunda, a partir de esa fecha. En la última fase, 1635 a 1648, la participación de los príncipes alemanes y la situación de Bohemia pasaron a segundo plano, quedando reducida al denominado periodo «francés», que se sustancia en pocas páginas cuando, en realidad, los años 1635-1642 son el momento crucial del conflicto y en los que se dirime la resolución final. Por ello, debido a la menor información que se posee, hoy en día todavía es difícil valorar adecuadamente la segunda fase de la contienda.

Los ejércitos

En los últimos años, se ha desarrollado considerablemente la aproximación al estudio de los

ejércitos y las batallas, y especialmente de sus protagonistas, comandantes y soldados. Pero también se ha experimentado un creciente interés por el conocimiento de la vida cotidiana en la guerra, tomando como fuente y documentación diarios, memorias y crónicas de comandantes, soldados y ciudadanos. Los descubrimientos de estos documentos privados, algunos de los cuales son estremecedores, han llevado a enriquecer la historia cultural y la historia social de la época de la contienda al permitir el estudio del conflicto a un nivel individual. Un ejemplo es el de Geoff Mortimer sobre los relatos de los testigos de la Guerra de los Treinta Años. Se trata de un notable estudio en el que el autor ha tratado de identificar más de 70 testimonios presenciales de la Guerra de los Treinta Años. Muchos de ellos parece que fueron escritos por soldados; otros que pretenden ser relatos de civiles podrían no serlo o corresponder a testigos que presenciaron solamente algunos de los hechos. El autor trata la guerra a un nivel individual utilizando fuentes personales —diarios privados, memorias y crónicas de soldados y civiles que registraron sus propias experiencias y las de sus familias y comunidades—. Para el autor, la Guerra de los Treinta Años fue la primera gran guerra paneuropea y, hasta el siglo xx la más terrible por el grado de devastación. Sin embargo, el mito, la propaganda y la controversia histórica han oscurecido su verdadera naturaleza. Mortimer, en su intento de comprobar y confirmar la devastación de la guerra, asegura que la ruina y la despoblación de Alemania fueron consecuencia de las tropas que saquearon, violaron y quemaron repetidas veces el país, torturando a civiles para obligarlos a revelar sus

objetos de valor ocultos y cortar cualquier resistencia.

Existen muchos testimonios de testigos oculares de aquella contienda como Grimmelshausen, ya citado, y Johan Michaelis Moscherosch (1601-1669), que han dejado plasmado el retrato de unos soldados que hicieron la guerra como los combatientes más brutales y sin principios jamás conocidos en Europa, dirigidos por oficiales tan incompetentes como corruptos. En esa línea de los testimonios, la obra de Philip Vincent *Las lamentaciones de Alemania*, publicada en 1638, incluye un informe sobre el «miserable estado de Alemania» escrito por el refugiado G. R. Weckerlin, que es un verdadero catálogo de horrores y atrocidades. Vincent viajó de Nueva Inglaterra a Alemania en 1636 y a su regreso en 1638 publicó los resultados de su periplo en un extenso y espantoso relato ilustrado sobre las crueldades cometidas durante la Guerra de los Treinta Años. Entre las atroces narraciones relata el asedio de Heidelberg y ofrece una descripción espeluznante de los extremos a los que fue reducida la ciudad.

En cuanto al estudio de los grandes generales, algunos historiadores no hispanos han planteado la cuestión de por qué se ha dedicado mayor estudio y conocimiento a los generales no católicos. Si Federico Enrique de Orange-Nassau o Bernardo de Sajonia-Weimar eran tan grandes estrategas, ha escrito Chaline, ¿cómo debe considerarse, por tanto, a los que les vencieron en batallas como Kallo o Nördlingen? Quizá por ello, el autor se aplicó en el estudio del conde de Bucquoy, sobre el que realizó una notable aportación.

Sobre los soldados en la Guerra de los Treinta Años,

pueden verse los trabajos de Parker, alguno de ellos de carácter divulgativo. Para el estudio de los soldados de la monarquía hispánica, el estudio más representativo es el de Martínez Ruiz, aunque su análisis excede el marco de la guerra de la primera mitad del siglo xvii. Un tema planteado hace tiempo es el análisis de las diversas nacionalidades en los ejércitos de mercenarios. El tema ofrece muchas posibilidades de acercamiento, y una de ellas es el estudio de los irlandeses al servicio de la corona española acometido por Eduardo de Mesa. Su artículo sobre los «Soldados de “naciones” para la armada del mar Océano» ofrece un estudio sobre el servicio prestado por el exilio irlandés a la monarquía hispánica durante los primeros cuarenta años del siglo xvii. Para ello, analiza las compañías de irlandeses de los tercios embarcados que llegaron a operar contra los asentamientos piráticos holandeses en el Nuevo Mundo. Pero quizá los análisis más profundos han sido acometidos por I. A. A. Thompson, quien en *El soldado del Imperio* ofrece una muy completa aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro.

Las batallas y asedios y otras operaciones militares han cobrado en los últimos años un interés creciente, debido a las nuevas metodologías de aproximación a la batalla donde están muy presentes la importancia del espacio, la estrategia y las tácticas, junto con la elaboración de mapas de aproximación y cronogramas, así como también la narración de las condiciones humanas de los soldados y sus mandos. Entre las batallas de la Guerra de los Treinta Años que más atención han despertado están la batalla de la Montaña Blanca, y las de Lutzen, Breitenfeld y Honnecourt. Los

grandes combates siguen atrayendo a los historiadores de corte militar, algunos como el de Wittstock, victoria sueca sobre el Imperio en 1636, sigue siendo objeto de gran interés. Para la monarquía española, además de la batalla de Fleurus de 1622, tuvo gran resonancia la batalla de Nördlingen de 1634 y, por supuesto, la derrota de Rocroi de 1643. Los historiadores franceses siguen analizando su victoria en Rocroi y los españoles, la desmitificación de aquella derrota española.

En cuanto a la producción historiográfica sobre los ejércitos europeos que contendieron en la Guerra de los Treinta Años, cuatro han sido los más estudiados: el ejército austriaco imperial, el ejército de la monarquía española, el ejército sueco y el ejército francés, sin olvidar el ejército bávaro. En esos contextos geográficos, los temas más examinados han sido el reclutamiento y la composición de los ejércitos, las estrategias y tácticas durante la contienda, así como los grandes generales y estrategas, su liderazgo y sus aportaciones a la denominada «Revolución Militar».

Cuando Parker escribía en su libro de *La Guerra de los Treinta Años* sobre el significado de aquella contienda, exponía que había sido en todo momento un tema de discusión entre historiadores y políticos y que el debate había sido siempre muy vivo en torno a tres puntos: uno militar, otro económico y un tercero político. En cuanto al primero, señalaba las tradicionales historias militares, escritas desde puntos de vista nacionalistas, que ensalzaban a los heroicos generales. Sin embargo, en las últimas décadas, la producción biográfica de los grandes estrategas ha cambiado de registro y se ha presentado desde

presupuestos y metodologías nuevas. Algunos de los comandantes más estudiados han sido, sin duda, Wallenstein y Gustavo Adolfo de Suecia, sin olvidar a Mansfeld, Coloma y, últimamente, después de una larga carencia, Spinola, etc.

Junto a las biografías militares, también han sido estudiados los aspectos empresariales y financieros de la guerra. Sobre el papel de los empresarios militares en la contienda, han destacado las obras de Redlich y Parrot.

Los medios propagandísticos

Uno de los temas de investigación sobre la Guerra de los Treinta Años que ha crecido exponencialmente ha sido el estudio de los recursos propagandísticos de los Estados. Un tema floreciente que sigue dando abundantes frutos.

La cuestión de la propaganda se desarrolló también en la primera mitad del siglo xx, siendo un exponente de ello Elmer A. Beller, quien se interesó no solo por la propaganda en general en la Guerra de los Treinta Años, sino también por los papeles impresos sobre la contienda en la Inglaterra de aquella época, así como por las caricaturas del «rey de invierno» en Bohemia.

Ya en 1985, el historiador Paas acometió un increíble trabajo de búsqueda, catalogación, explicación y utilización de los papeles propagandísticos o impresos volantes, «*broadsheets*», publicados en Alemania entre 1600 y 1770. La obra consta de once volúmenes y es conocido su impacto, dado que nunca nadie había dado importancia a los panfletos por no haber sido considerados como «verdadera literatura», algo que también ha ocurrido en España con las relaciones de sucesos. Sin embargo, los panfletos fueron, al

fin y al cabo, el mejor medio para conocer los acontecimientos o las noticias del momento. Muchos autores vieron en estos papeles la posibilidad de publicar su producción literaria, lo cual hizo aumentar su valor. Los once volúmenes tratan de reproducir cada panfleto publicado en Alemania en el siglo XVII, aunque también se han incluido algunos grabados impresos fuera de Alemania pero relacionados temáticamente con ella. En la obra se observa que uno de los momentos de la producción panfletaria más determinante fue el año 1632, fecha de la muerte de Gustavo Adolfo de Suecia; la producción fue tan extensa que el autor le dedicó un volumen entero. Cada uno de los volúmenes contiene reproducciones de gran número de panfletos y hojas volanderas extraídas de bibliotecas y archivos no solo de Alemania sino de todo el mundo: Austria, Chequia, Dinamarca, Francia, Países Bajos, Polonia, Suecia, Suiza, Reino Unido y Estados Unidos. Cada volumen lleva un estudio introductorio. Por ejemplo, en el volumen cinco, «Los comienzos de la intervención de Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años», o en el volumen seis, «1632, el final de la campaña de Gustavo Adolfo de Suecia», se hace referencia continua a los panfletos reproducidos en el volumen, lo cual facilita su análisis y visualización al mismo tiempo.

Tales estudios y otros muchos demuestran que los papeles impresos y libelos crearon indudablemente el mito de Gustavo Adolfo, pero también transmitieron una favorable visión de los generales protestantes, mucho mejor estudiados que los católicos, quienes recibieron un halo de superioridad sobre estos últimos.

Desde la década de los ochenta y noventa se inició una gran fascinación por las cuestiones propagandísticas. Los miles de folletos, panfletos, relaciones de sucesos, etc., que han llegado hasta nosotros ofrecían un fructífero campo de estudio. Las publicaciones han sido muy variadas, desde los trabajos referidos a acontecimientos puntuales en la Inglaterra de Carlos I, a la Alemania en guerra, la Paz de Westfalia, con sus repercusiones propagandísticas y de opinión pública, hasta las publicaciones sobre papeles anticatólicos y antijesuiticos, sin olvidar los trabajos referidos a la francofobia.

La Paz de Westfalia

En 1998 se conmemoraron los 350 años de los acuerdos de Westfalia, que constituyeron un capítulo de gran importancia en la génesis del Estado moderno o «Estado nación», como lo llaman otros. Aquella efeméride trajo consigo un gran número de obras de investigación, múltiples exposiciones, congresos y conferencias, etc., en toda Europa.

En España, se hizo eco de la conmemoración el número monográfico de la revista *Pedralbes* sobre la Paz de Westfalia publicado en 1999, el cual trató de ofrecer una idea de las nuevas perspectivas y enfoques historiográficos que aportó dicho centenario. El coordinador de los trabajos, el historiador Sánchez Marcos, señalaba que los conceptos claves para explicar las nuevas perspectivas de la investigación se centraban sobre todo en el europeísmo, el irenismo y el dinamismo de Alemania. Precisamente estas ideas son las que se encuentran en la reconstrucción social de la memoria de la Paz de Westfalia llevada a cabo especialmente entre 1996 y 1999. Una reconstrucción en la

que, respondiendo a una enorme fascinación por el pasado, desempeñaron un destacado papel las grandes exposiciones conmemorativas.

Otra de las publicaciones que aparecieron en España como consecuencia de este aniversario fue *350 Años de la Paz de Westfalia (1648-1998)*. En realidad es una buena contribución a la construcción de la Unión Europea que reunió las aportaciones de 18 historiadores y académicos sobre los acontecimientos anteriores y posteriores a la firma del Tratado de Paz. Aquella paz no solo resolvió una parte de los conflictos entre las potencias europeas mediante la firma de tratados internacionales, sino que también, y por primera vez a partir de ella, se intentó establecer un nuevo orden europeo a través de las negociaciones celebradas en un congreso de paz multilateral, aspectos que para los europeos de hoy tienen una especial vigencia.

En esta línea, se ha puesto de manifiesto que aquellos tratados de paz influyeron poderosamente en la historia de Europa, pues se abandonó la noción de Sacro Imperio Romano Germánico gobernado por un emperador y dirigido espiritualmente por el Papa. A partir de entonces, comenzó a desarrollarse el concepto moderno de Europa como comunidad de Estados independientes. Esto significó tanto el nacimiento del concepto de «Estado-Nación» como el nacimiento de la legitimidad de las «Naciones» para gobernar su territorio con soberanía plena, sin interferencias externas en materias de política o religión, en contraste con la época anterior. Así, nació un nuevo orden internacional en el que los propios Estados debían resolver sus problemas de soberanía y ser los reguladores de los conflictos

internacionales mediante instrumentos de moderación y coordinación.

Antes de la Paz de Westfalia los Estados no tenían ni bien definidas sus fronteras ni el monopolio sobre el uso de la fuerza, por lo que la situación de guerra ininterrumpida era la norma habitual en términos de relaciones internacionales. Por el contrario, después de la Paz de Westfalia los Estados diseñaron un territorio definido, una población estable y una soberanía que les otorgaba una autoridad exclusiva que no permitía ninguna interferencia externa en la esfera de su jurisdicción territorial. Esta soberanía les concedía el uso de la fuerza en la defensa de sus intereses. Tras la Paz de Westfalia, se instauró el sistema de congresos internacionales entre las grandes potencias para la resolución de los conflictos, creando el concepto de legitimación de acción conjunta, precursor del presente sistema institucional internacional.

Abierta a los nuevos planteamientos y sujeta a una revisión profunda, la historiografía española, según los especialistas, ha pasado con relativa prisa y brevedad por las negociaciones de Westfalia, a pesar de disponer de importantes fuentes documentales. Los diversos trabajos han tratado de estudiar las posturas de la diplomacia española, las negociaciones y los embajadores españoles en Westfalia, las dificultades internas y los resultados. Pero España, en aquellos años de Westfalia, estaba volcada en el análisis de la crisis interna; por ello, los nuevos estudios han revelado, según López Cerdón, una situación mucho más compleja, en la que la periodización, a través de la coyuntura, los grupos de poder y los presupuestos ideológicos son fundamentales.

No es, por tanto, posible entender la posición española entre 1643 y 1648 ni como una prolongación de la etapa de Olivares, cuya sombra personal e historiográfica se proyecta sobre buena parte del siglo, ni como una manifestación más de una decadencia, real, sin duda, pero mucho más relativa para los contemporáneos que para nosotros.

También aquel año del 350 Centenario del Tratado de Westfalia aparecieron en la historiografía alemana algunas publicaciones sobre la trascendencia que tuvo la Guerra de los Treinta Años en la memoria colectiva, tema que fue acometido tanto por Duchhardt como por Mannack en 1998. El primero estudió, sobre todo, la Paz de Westfalia como «lugar de la memoria» en Alemania y Europa y, el segundo, la recepción de la Guerra de los Treinta Años y la Paz de Westfalia en la literatura del siglo XVIII al XX.

Más allá de la conmemoración de 1998, las recientes publicaciones aparecidas sobre Westfalia han seguido estudiando los orígenes y las estructuras del Congreso de Münster y Ösnabruck, los gobiernos participantes, sus delegaciones y sus objetivos. Así lo ha abordado la obra de Dereck Croxton sobre *Westfalia, la última paz cristiana*, publicada en 2013, donde también examina el inicio, las negociaciones, especialmente con Alemania, así como el grado de satisfacción de los embajadores y las innovaciones de la Paz de Westfalia.

Por su parte, Peer Schmidt, en su trabajo sobre la Paz de Westfalia ha señalado la posibilidad de que la Guerra de los Treinta Años hubiera finalizado en 1635. Pero el acuerdo de Praga suscitó un gran recelo en el cardenal Richelieu, quien consideró esta paz como una amenaza para las fronteras

francesas y para la posición de Francia en Europa. El mismo autor, que ha estudiado las consecuencias del Tratado de Westfalia, llega a comparar el Reich derivado de los acuerdos de Westfalia con una república. Por su parte, T. Munck califica al Sacro Imperio Romano Germánico después de Westfalia de «imprecisa confederación», de la que el emperador no sería más que la cabeza representativa». Algunas aportaciones recientes sobre la Paz de Westfalia son las obras de Westphal y Teschke y la de Lucien Bély sobre la Europa de los Tratados de Westfalia.

Las consecuencias de la guerra

El denominado periodo de posguerra también ha sido objeto de estudio al considerar las muchas y diversas consecuencias que llevó consigo el conflicto. A principios del siglo xx, los historiadores consideraron la Guerra de los Treinta Años como la gran contienda de Alemania. La Primera Guerra Mundial, sin embargo, hizo cambiar las perspectivas. Una nueva visión llevó a la convicción de que la prolongada guerra de 1618 a 1648 fue el verdadero germen de otra más grande y terrible en Alemania, la de 1914-1918.

Algunos historiadores británicos y alemanes de las últimas décadas definen la Guerra de los Treinta Años como «una catástrofe sin precedentes para el pueblo alemán»; otros la dibujan muy significativamente como «el trauma de la nación alemana, cuyas consecuencias se han dejado sentir todavía en el siglo xx»; y un tercer grupo de historiadores, fijándose en los efectos que la guerra generó en la población, la describen «como una guerra, síndrome de violencia, hambre y enfermedad, que invadió todos los aspectos de la vida, de forma indefinida, y se convirtió en una realidad

diaria».

Historiadores como Parker, Schmidt y Burckhardt reflejan que la población alemana todavía percibe aquella contienda junto a las calamidades y catástrofes que le acompañaron como el mayor desastre de la historia de Alemania, por delante de las dos Guerras Mundiales, el Tercer Reich y la peste negra.

La guerra ha sido repetidamente descrita como un periodo de devastación prolongada durante el cual los ejércitos marcharon y lucharon a lo largo y ancho de Alemania durante treinta años. Sus operaciones, tomando y retomando ciudades y arrasando los campos ya devastados, supusieron para la población una verdadera plaga, una cadena de rapiña y despojos, que dejó una economía tan exhausta que costó décadas, incluso centurias, recuperar.

Robert Ergang, que ha seguido el rastro del desarrollo de esta imagen popular en su pequeño y bien argumentado libro *The Myth of the All-Destructive Fury of the Thirty Years War* (1956), expone que esta visión se generó a principios del siglo XIX, la cual sustituyó a los retratos más moderados escritos por Pufendorf en el siglo XVII y Schiller en el siglo XVIII. Ergang atribuye a los románticos la visión del conflicto como cataclismo y a su interés por los cuentos de terror, así como a la propagación de la novela *Simplicius Simplicissimus*, de Grimmelshausen o los testimonios de Philip Vincent en *Las lamentaciones de Alemania*. También explica Ergang que esta popularidad del mito de la catástrofe en Alemania y su posterior publicidad se debió en gran medida al trabajo, muy difundido, de mediados del siglo XIX de Gustav Freytag (1816-1895): *Pictures from de German Past*,

que contribuyó a la forja de la identidad alemana al ofrecer un buen análisis de su historia en la que su autor hacía hincapié en la idea del carácter folklórico como determinante en la historia. En su obra aparecían narraciones sensacionales de tortura sádica, matanzas y canibalismo, las cuales forman parte de la imagen que perdura de la guerra. En realidad, el mito consideraba cómo «la Guerra de los Treinta Años cayó repentinamente sobre una próspera y floreciente Alemania, que frenó su desarrollo nacional» y afirmaba también que la guerra «destruyó la civilización material e intelectual de Alemania de modo tan completo que los daños no pudieron ser reparados durante siglos». Con respecto a la pérdida de vidas, se afirmó que el conflicto había devorado a la mitad de la población o, incluso, tres cuartas partes de ella. Estas opiniones se convirtieron en consideraciones habituales de la Guerra de los Treinta Años tanto dentro como fuera de Alemania. Una y otra vez los historiadores declararon que todas las desgracias de Alemania en los dos siglos posteriores a 1648 fueron los resultados directos de aquella contienda. Algunos incluso afirmaron que la guerra destruyó la pureza racial del pueblo alemán. Aunque esto es ahora reconocido como un mito por la mayoría de los historiadores, hay quienes se niegan a permitir que muera. Por ejemplo, en Alemania ha sido defendido por miembros de la escuela nacionalista de historiadores. También en algunos círculos el mito sigue circulando en su totalidad o en parte. Es ilustrativo lo que escribió un historiador en 1948: «A partir de 1648 durante cien años, y tal vez más, la civilización alemana desapareció». El mito sigue flotando en la mayor parte de

los relatos de la Guerra de los Treinta Años contenidos en las diversas historias de Alemania publicadas en ese país y en Inglaterra durante las últimas dos décadas; todas ellas están coloreadas por la ficción en mayor o menor grado.

Varios historiadores han reaccionado ante esos extremos del discurso del mito, particularmente Steinberg, asegurando un auténtico rechazo a esa imagen tradicional de la Guerra de los Treinta Años como terrible desastre. También el historiador Dietrich Schafer (1845-1929), por ejemplo, resumió sus puntos de vista con estas palabras: «Recientemente, sobre la base de varias observaciones, se han expresado dudas de que la destrucción y la despoblación fueron tan grandes como se ha supuesto».

Más recientemente, otros historiadores han intentado ofrecer aproximaciones más equilibradas señalando las atrocidades, algunas por cierto muy bien documentadas, pero demostrando al mismo tiempo su singularidad y excepción y no su frecuencia y reiteración. Por el contrario, estos historiadores indican que las verdaderas cargas y extorsiones de la guerra fueron, sobre todo, los pesados impuestos y las contribuciones militares que la población tuvo que pagar con cierta regularidad. Lo que está claro es que el impacto del conflicto resultó ser diferente de un lugar a otro, por ello es difícil conseguir una visión general y uniforme de las consecuencias de la guerra en la población. Mientras que la ciudad de Hamburgo resurgió durante la guerra al experimentar un crecimiento demográfico del 50 por ciento en la primera mitad del siglo XVII, la ciudad de Augsburgo fue, por el contrario, una de las poblaciones más golpeadas durante la guerra, pues su población disminuyó a

la mitad o probablemente perdió más del 60 por ciento. Variaciones similares se dieron a nivel local. Günther Franz identifica que el número de casas destruidas y abandonadas al final de la guerra en Weimar —Jena, parte de Sajonia— iba desde un 25 a un 75 por ciento, según el área.

Actualmente, y de modo general, parece comúnmente aceptado que la población de Alemania en su conjunto disminuyó significativamente durante el periodo de guerra alrededor de un tercio, pero esta proporción tiende a oscurecer los porcentajes locales. Poco a poco se han incrementado los estudios e investigaciones de la Guerra de los Treinta Años desde la perspectiva local. Por ejemplo, el trabajo de Franz antes señalado está basado en un gran número de estudios locales llevados a cabo en la primera mitad del siglo xx; también se ha basado en la investigación sobre los efectos de la guerra en ciudades o áreas concretas desarrollada por historiadores locales durante mucho tiempo. Sin embargo, el nivel y la profundidad de los trabajos más recientes representan un cambio cualitativo y un nuevo enfoque dirigido a los estudios más en detalle, lo cual refleja el creciente interés por el concepto de la microhistoria. En su conferencia de inauguración en un reciente congreso significativamente titulada *The Thirty Years War in Close-up*, Krusenstjern y Medick resumían el método que habían adoptado en sus «intentos de acercarse a la experiencia social y diaria de la Guerra de los Treinta Años desde la perspectiva de una nueva aproximación local y regional o microhistórica».

Desde esta perspectiva, el mito de la visión catastrófica ha venido a ser superado. Pero quizás como ningún otro

conflicto en la historia alemana, la Guerra de los Treinta Años ejemplifica una conflagración ampliamente definida por un sufrimiento inmenso, y es por ello que ofrece un magnífico ejemplo para el análisis del sufrimiento como categoría emocional. Algunos autores ya citados, como la historiadora C. V. Wedgwood o el oficial Günther Franz, emplearon un marco político de referencia a los acontecimientos más recientes de la historia alemana. Sin embargo, ese marco interpretativo tendía excesivamente a simplificar el papel de las víctimas y de los responsables. De hecho, ahora se reconoce que la mayoría de los sufrimientos durante la Guerra de los Treinta Años se relacionan solo indirectamente con el conflicto militar y directamente, en cambio, con el desastre económico, el hambre y la enfermedad.

Los «historiadores del sufrimiento» se enfrentan actualmente a grandes dificultades metodológicas que intentan superar mediante los métodos de la microhistoria, los llamados «trabajos del ego» (la egohistoria) y de los testimonios personales. Teóricamente, la exploración de William Reddy del «sentimiento exagerado» durante la Revolución francesa puede ofrecer un buen marco analítico para comprender la aflicción durante la Guerra de los Treinta Años. En aquella contienda, se desarrolló una enorme sensibilidad hacia el sufrimiento que se extendió a toda la población aquejada o no por los padecimientos, y ello contribuyó al cese de las hostilidades en Münster y Osnabrück. Los aspectos destructivos de la guerra fueron también evidentemente uno de los principales factores en la política de algunos participantes; por ejemplo, en los últimos

años de su vida, Wallenstein, al igual que muchos otros generales y terratenientes, adoptó iniciativas individuales a favor de la paz para poder salvaguardar sus propias posesiones. Con todo, estos historiadores han explicado que los mecanismos del sufrimiento emocional asumieron un papel explicativo central en la comprensión de la Guerra de los Treinta Años.

Entre la población más castigada estuvieron las mujeres y los niños. El papel de la mujer en los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años ha interesado a historiadores como Mary Elizabeth Ailes, quien ha analizado los diversos roles que las mujeres suecas desempeñaron en aquel conflicto sangriento y prolongado. Su estudio considera las experiencias tanto de algunas esposas de oficiales de alto rango, como de las campesinas que siguieron a los ejércitos y permanecieron en los campamentos en aquellos tiempos de conflicto y agitación.

Junto a los estudios demográficos y sociales, también se ha analizado el impacto económico y social de la guerra, que ha sido valorado de formas radicalmente diferentes. Algunos historiadores han afirmado que aquella contienda debilitó una economía en rápido crecimiento y tuvo enormes efectos devastadores; otros defienden, por el contrario, que los treinta años de conflicto no tuvieron apenas consecuencias económicas adversas.

Sobre este último tema, un punto de inflexión fue el libro que editó Theodore Rabb en 1964 con las aportaciones de la mayor parte de los especialistas de aquella contienda, dividido en dos grandes capítulos. El primero centrado en las interpretaciones de las causas generales, la naturaleza y los

efectos de la Guerra de los Treinta Años, y el segundo dedicado a las interpretaciones sobre los principales protagonistas participantes en la contienda. Entre las aportaciones sobre los efectos económicos, cabe destacar de la obra colectiva la de Gustav Freytag, *The German catastrophe*, y la de Theodore Rabb, *The economic effects of the war reviewed*.

Por último, los pronunciamientos o juicios finales sobre los objetivos y logros de los políticos implicados en la guerra son poco uniformes. Los más estudiados han sido Gustavo Adolfo de Suecia, Wallenstein y Richelieu. Pues bien, la mayoría de los analistas no alemanes conceden poderes de previsión y prudencia casi divinos a dirigentes políticos como Oxenstierna y Richelieu, y despachan a sus aliados alemanes como incompetentes, sin principios y egoístas. Los estudiosos alemanes, por lo general, invierten la imagen.

Después de siglos de debate, todavía no es posible, por desgracia, ofrecer un veredicto bien establecido sobre los puntos centrales de la contienda. Pero, en cualquier caso, los historiadores se enfrentan ahora a más datos que antes y, por tanto, está justificada una visión nueva en cualquiera de las controversias intelectuales.

En definitiva, la amplitud de los estudios historiográficos ha confirmado que la Guerra de los Treinta Años fue el mayor conflicto bélico del siglo XVII. En él se enfrentaron dos concepciones contrapuestas del hombre, del mundo y de la vida. De él se derivó una nueva mentalidad y un nuevo concepto de Europa tras la Paz de Westfalia, la cual consagró los principios de soberanía y tolerancia religiosa — entre católicos y protestantes, en ambas direcciones— en el

vocabulario político occidental.

ANEXOS

CAPÍTULO 1

Anexo n.º 1

Soneto de Lope de Vega a la muerte de Gustavo Adolfo (versión 1634).

El sucesor del gótico arrogante
que fulminó dos veces Carlos Quinto,
en blanco armado, aunque de sangre tinto,
del Sacro Imperio presumiose Atlante. 4
Estaba el mundo en acto circunstante,
si bien el voto universal distinto,
cuando cayó de tanto laberinto
con breve plomo el ínclito gigante. 8
Mesurose el león de España,
el ave del imperio paró las sacras plumas
y el gran Melquisedec doró la llave.
Que suelen de olas infinitas sumas, 12
pensando, altivas, contrastar la nave,
nacer montañas y morir espumas.

Anexo n.º 2

Soneto de Quevedo a la muerte de Gustavo Adolfo de Suecia.

Rayo ardiente del mar helado y frío,
y fulminante aborto, tendí el vuelo;
incendio primogénito del yelo,
logré las amenazas de mi brío. 4
Fatigué de Alemania el grande río;
crecile, y calenté con sangre el suelo;
azote permitido fui del cielo
y terror del agosto señorío. 8
Y bala providente y vengadora,
burlando de mi arnés, defensa vana,

burlando de mi arnés, defensa vana,
me trujo negro sueño y postrer hora.
Y, despojo a venganza soberana, 12
alma y cuerpo, me llora quien me llora;
el que los pierde, ¿qué victorias gana?

CAPÍTULO 3

Anexo n.º 1

Despedida de Gustavo II Adolfo de Suecia en Estocolmo, mayo de 1630.

Hago un llamamiento al Dios todopoderoso, por cuya providencia estamos reunidos, para que sea testigo de que no es por mi propio deseo, ni por ningún amor a la guerra, que emprendo esta campaña. Por el contrario, el partido imperial me ha incitado desde hace varios años, no solo por la acogida que recibió nuestro emisario de Lubeck, sino también por la acción de su general para ayudar con su ejército a nuestros enemigos, los polacos, en nuestro gran detrimento.

Por otra parte, nuestro acosado yerno (el príncipe elector Juan Segismundo I de Brandeburgo, padre de su esposa, la princesa de la Casa de Hohenzollern, María Leonor de Brandeburgo) nos ha instado a emprender esta guerra cuyo principal objetivo es liberar a nuestros hermanos oprimidos de las garras del Papa, lo cual con la ayuda de Dios, esperamos hacerlo.

Pero como el cántaro que va diariamente al pozo se romperá en algún momento, así será conmigo; pues aunque por el reino de Suecia he pasado ya por muchos peligros y he visto gran derramamiento de sangre, y he llegado hasta ahora —gracias a la graciosa protección de Dios— sin daño corporal, pero llegará el momento en que todo haya terminado para mí y deba decir adiós a la vida. Por lo tanto, he deseado antes de mi partida veros a todos, de lejos y de cerca, súbditos y estados de Suecia, reunidos alrededor de mí, para que juntos nos encomendamos unos a otros, en cuerpo y alma, en la esperanza de que sea su voluntad que después de esta vida fatigosa y angustiosa, nos reunamos de nuevo en la vida celestial y eterna que nos ha preparado.

En especial os encomiendo a vosotros, consejeros del reino, al Dios Todopoderoso, deseando que nunca falte vuestro buen consejo, para que

mantengáis vuestro oficio y rango para el honor de Dios y para que su santa palabra permanezca sin mancha para nosotros y nuestros descendientes en la patria, para que la paz y la unidad puedan rebrotar y florecer y el descontento, la discordia y la disensión sean desterrados, y que vuestros consejos puedan traer seguridad, tranquilidad y paz a la patria. Por último, esforzaros por educar a vuestros hijos a respetar las leyes en todos los sentidos y a servir y fortalecer el gobierno del reino. Este es el deseo de mi corazón.

A los caballeros también os encomiendo ardientemente al Dios Altísimo, con la esperanza de que mantengáis vuestras tradiciones y de que vosotros y vuestros descendientes podáis recobrar y difundir por todo el mundo la imperecedera fama de los godos, nuestros antepasados, cuyo ya famoso nombre ahora, por desgracia, se olvidó hace tiempo, si bien, casi despreciado por los extranjeros, pero cuyo espíritu ya se ha reavivado durante mi reinado en vuestra conducta varonil, vuestro infalible coraje y vuestros sacrificios. Que nuestros descendientes se gloríen una vez más en el poder de sus antepasados, que sometieron varios reinos y gobernaron cientos de años en favor del reino. Que su nombre vuelva a ganar fama eterna y sea temido por los reyes y los príncipes y podáis obtener renombre universal. Esto, por lo tanto, os deseo.

A vosotros los pastores, al despedirme, recordad vuestro deber de exhortar a vuestros oyentes (cuyos corazones están a vuestro cuidado) para que sean fieles y leales a sus gobernantes y cumplan su deber obediente y alegremente. Fortaleced a vuestras ovejas, para que vivan en paz y concordia, y no se desvíen de los consejos de los impíos. Pero no basta con que les instruyáis en estas materias; es mi deseo que vayáis delante de ellos con rectitud irreprochable, no ofendiendo a nadie, de modo que no solo por vuestra enseñanza y predicación, sino también por vuestro ejemplo, puedan llegar a ser un pueblo útil y pacífico.

A vosotros, burgueses, deseo que vuestras chozas se conviertan en grandes mansiones de piedra, vuestras barcas en amplias naves y que el bálsamo pueda atenuar vuestros sufrimientos. Este es mi deseo de despedida para vosotros.

Por lo demás, ansío que vuestros campos reverdezcan y multipliquen sus frutos; que vuestros pechos se desborden y vuestra prosperidad y bienestar crezcan y aumenten, de modo que podáis cumplir vuestras obligaciones con gozo y no con suspiros. Por encima de todo, os encomiendo, a todos y cada uno, en alma y cuerpo, al Dios Todopoderoso». [Robinson, James Harvey,

Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions, vol. 2, Boston, Ginn and Company, 1906, pp. 207-209.]

CAPÍTULO 4

Anexo n.º 1

Relación de sucesos: la victoria de la Montaña Blanca, 1620.

La Famosa vitoria que el Emperador de Alemania, Ferdinando de Austria [...] ha tenido contra el Conde Palatino, y rebeldes y mal contentos de aquellos estados, junto a la villa de Praga, lunes nueue de Nouiembre [...] de mil y seiscientos y veinte: refierense assi mismo las famosas presas y muertes de Principes, Caualleros, Capitanes [...] que los nuestros hizieron en los enemigos.

[Málaga, en casa de Juan Regné, 1620.

Colección Biblioteca Universitaria de Sevilla.

Anexo n.º 2

Testimonio de Otto von Guericke tras el saqueo de Magdeburgo el 10 de mayo de 1631.

El general Pappenheim seleccionó un número de su gente en las murallas de la ciudad nueva, y la llevó de allí a las calles de la ciudad. Von Falckenberg [el embajador de Gustavo Adolfo, que había traído un poco de ayuda a la ciudad sitiada] recibió un disparo, y los incendios se fueron extendiendo a diferentes barrios; entonces sí que todo había terminado para la ciudad, y cualquier resistencia era inútil. Sin embargo, algunos de los soldados y ciudadanos trataron de resistir aquí y allá, pero las tropas imperiales no paraban de traer más y más fuerzas —caballería, también— para ayudarles, y finalmente consiguieron que la Krockenthor quedara abierta y dejara entrar a todo el ejército imperial y las fuerzas de la Liga Católica, húngaros, croatas, polacos, valones, italianos, españoles, franceses, alemanes del norte y del sur.

Así sucedió que la ciudad y todos sus habitantes cayeron en manos del enemigo, cuya violencia y crueldad se debió en parte a su odio común hacia los que se habían adherido a la Confesión de Augsburgo, y en parte a su resentimiento por la

cadena de disparos y por las burlas e insultos que los de Magdeburgo habían lanzado contra ellos desde las murallas.

Entonces no hubo más que golpear y quemar, saquear, torturar y asesinar. Muy especialmente, cada uno de los enemigos se dedicó a empeñarse en asegurarse un gran botín. Cuando una parte de los merodeadores entraba en una casa, si su amo tenía algo que ofrecer, podía comprar un respiro y protección para él y su familia hasta el próximo hombre, que también quería algo. Solo cuando todo se había entregado y no había nada más para ofrecer era cuando empezaba el verdadero problema. Entonces, con golpes y amenazas de disparos, puñaladas y ahorcamientos la pobre gente estaba tan aterrada que si hubiera tenido algo más que ofrecer lo habría traído adelante tanto si estuviera enterrado o escondido en un millar de castillos. En esta frenética rabia, la grande y espléndida ciudad que había permanecido como una justa princesa en la tierra, era ahora, en su hora de necesidad más extrema y de angustia indecible y aflicción, entregada a las llamas, y miles de hombres, mujeres y niños inocentes, en medio de un estruendo horrible de gritos desgarradores, fueron torturados y ejecutados en tan cruel y vergonzosa manera que las palabras no bastarían para describirlo, ni lágrimas para llorarlo [...].

Así, en un solo día esta ciudad noble y famosa, el orgullo de todo el país se incendió y consumió; y el resto de sus ciudadanos, con sus mujeres y niños, fueron tomados prisioneros y arrastrados fuera por el enemigo con un ruido de llantos y lamentos que se podía oír desde lejos, mientras que los residuos y cenizas de la ciudad fueron llevadas por el viento a Wanzleben, Egeln, y a lugares aún más distantes.

*Además de todo esto, cantidad de mobiliario de casas suntuosas e irremplazables, así como propiedades y bienes muebles de todo tipo, tales como libros, manuscritos, pinturas, recuerdos de todo tipo, que el dinero no podía comprar, o bien fueron quemados o llevados por los soldados como botín. Las mejores prendas ornamentales, tapicerías, telas de seda, cordones de oro y plata, ropa de todo tipo y otros artículos de uso doméstico fueron comprados por los cantineros del ejército por una simple canción y vendidos por todo el arzobispado de Magdeburgo y en Anhalt y Brunswick. Cadenas de oro y anillos, joyas y todo tipo de utensilios de oro y de plata podían ser comprados por soldados comunes por una décima parte de su valor real ...». [Robinson, James Harvey (ed.), «The Destruction of Magdeburg», *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the**

Anexo n.º 3

Carta de Gustavo Adolfo de Suecia a su cuñado el elector de Brandeburgo.

He recibido su explicación de los motivos por los que mi honrado cuñado intenta disuadirme de empeñarme en esta guerra. Confieso que había esperado una clase de embajada diferente, y dado que Dios me ha traído hasta aquí, y he llegado a esta tierra para ningún otro propósito que para liberarla de los ladrones y los estafadores que han plagado este territorio, y, en primer lugar y ante todo, para ayudar a su Excelencia en estas dificultades. ¿No sabe su Excelencia entonces que el emperador y sus seguidores no van a descansar hasta que la confesión evangélica esté completamente erradicada del Imperio, y que su Excelencia no tiene nada que esperar sino ser forzado a negar su credo o abandonar su país? ¿Cree que con oraciones y ruegos y tal clase de medios obtendrá algo diferente? ¿Por el amor de Dios, pensar vosotros mismos y aconsejaros como hombres! No puedo volver, la suerte está echada, hemos pasado el Rubicón, alea jacta est, transivimus Rubiconem. No busco mi propio provecho, ni ganancia en esta guerra, excepto la seguridad de mi reino; no puedo obtener nada más que gastos, duros trabajos, problemas y peligros para la vida y la integridad física. He encontrado una razón suficiente por la que he llegado hasta aquí, que Prusia ha enviado dos veces ayuda a mis enemigos y ha intentado derrocar me; después de esto han tratado de apoderarse del puerto del este, lo que hizo suficientemente claro qué tipo de planes tienen contra mí. A pesar de ello tiene su Excelencia, el elector, razones, y ha llegado el momento de abrir los ojos y enfrentar la situación, en lugar de actuar como representante, más bien sirviente, del emperador en su propia tierra; «qui se fait brebis, le loup we mange», «que se hace oveja el lobo que comemos».

Ahora es su oportunidad, ya que su territorio está libre de las tropas del emperador, para guarnecer y defender sus fortalezas. Si no quiere hacer esto, que me dé una sola plaza fuerte, Custrin, por ejemplo, y la defenderé, y usted puede persistir en la indolencia que su maestro desea ¿Qué otra estrategia hay abierta? Porque os digo claramente que no sabré ni oiré nada de «neutralidad»; su Excelencia debe ser amigo o enemigo. Cuando llegue a su frontera debe declararse a sí mismo, caliente o frío. La lucha es entre Dios y el

*diablo. Si su Excelencia está del lado de Dios, dejadlo estar cerca de mí; si está del lado del diablo, entonces tiene que luchar contra mí; no hay un tercer supuesto, esto es así. Usted debe comprometerse a transmitir esta comisión fielmente a su Excelencia, pues no tengo a nadie a quien yo pueda comisionar para enviarle a él....». [Robinson, James Harvey, (ed.), *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions*, vol. 2, Boston, Ginn and Company, 1906, pp. 209-211.]*

Anexo n.º 4

Informe-descripción del comienzo de la Guerra de los Treinta Años por un historiador inglés contemporáneo, John Rushworth.

En 1618, cuando estalló la Guerra, Jacobo I de Inglaterra estuvo profundamente interesado en negociar el matrimonio de su hijo y heredero Carlos con una princesa española. Cuando España e Inglaterra habían dejado de lado sus diferencias, el fuego prendió entre los estados y príncipes protestantes de Alemania y la Casa de Austria. Aquellas alteraciones afectaron a los asuntos de la mayoría de los príncipes cristianos, especialmente de los dos gobernantes más poderosos. La causa católica y la Casa de Austria lograron la participación del rey de España, la dinastía más soberana de esta coalición. El rey Jacobo se vio también atraído tanto por el interés común como por el particular: por la confesión que profesaba y por los estados de su yerno, el elector palatino, que se convirtieron en el factor principal de aquellas guerras y en el más desafortunado. Todo aquello fue considerado de gran interés para toda la cristiandad, y el asunto dependió en gran parte del rey de Inglaterra al ser el príncipe protestante de mayor poderío. Pero el proceder de este rey estuvo completamente dirigido por la nefasta coalición con España.

Las gruesas nubes se acumularon en el cielo alemán; los celos y los descontentos surgieron entre los católicos y los evangélicos o luteranos, de la Confesión de Augsburgo. Ambas partes recurrieron a confederaciones y realizaron asambleas; unos, mediante la ventaja del poder, buscaron invadir y obtener tierras, los otros trataron de mantenerse firmes y defenderse. La potencia de la Casa de Austria, dedicada a la extirpación de la reforma, se volvió formidable. El viejo emperador Matías adoptó a su primo alemán, el archiduque Fernando, como hijo y sucesor para ser elegido y coronado rey de

Bohemia y Hungría, pero reservándose para sí el ejercicio del poder real mientras viviese.

Las esperanzas de los jesuitas en el rey Fernando se vieron cumplidas. El Papa exhortó a los católicos a celebrar un día de jubileo e implorar la ayuda de Dios en las grandes ocasiones de la Iglesia. En respuesta a esta celebración, el elector de Sajonia recordó que era entonces el centenario de la oposición de Martín Lutero a las indulgencias papales, que fue el primer comienzo de la Reforma Protestante. Con lo cual ordenó una solemne fiesta de tres días para dar gracias y orar a Dios para mantener en paz la pureza de la Palabra y la correcta administración de los sacramentos. Los profesores de las universidades de Lipsick y Wittemberg, las ciudades imperiales de Franckford, Worms y Noremburg, y los calvinistas también, observaron los mismos días de jubileo contra la Iglesia romana, y se gastó mucho oro y plata en el extranjero en memoria de Lutero, a quien llamaron santo [...].

Los problemas de Bohemia surgieron por primera vez de la violación del edicto de paz y el acuerdo del emperador Rodolfo por el cual los protestantes habían conservado el libre ejercicio de su confesión, disfrutado de sus templos, universidades, diezmos, mecenazgos, lugares de sepultura y similares, y de su libertad para construir nuevos templos, elegir defensores, asegurar estos derechos y regular lo que debía ser el servicio en sus iglesias. Ahora la prohibición de construir ciertas iglesias en las posesiones del clero católico (en las cuales los Evangélicos consideraban tener derecho de construir) fue la queja unánime y la causa de la ruptura.

El 23 de mayo, el jefe de los evangélicos entró armado en el castillo de Praga, accedió a la cámara del consejo y manifestó sus quejas; pero enfurecidos por la oposición, arrojaron a Slabata, el presidente de la corte, a Smesansius, uno del consejo y a Fabricius, el secretario, desde una ventana alta a la zanja del castillo; otros del consejo, más contemporizadores en este tumulto y que parecían estar de acuerdo con sus demandas, fueron conducidos pacíficamente a sus propias casas. Por lo tanto, la asamblea pidió consejo para establecer nuevas guardias en las ciudades y en el castillo de Praga; asimismo, para apaciguar a la gente y tomar el juramento de fidelidad. Eligieron directores, gobernadores, concejales provinciales para gobernar los asuntos de estado, y para informarse del levantamiento de fuerzas contra los enemigos de Dios, del rey y los edictos de su Majestad Imperial. Desterraron a los jesuitas de toda Bohemia». [Rushworth, John, Historical Collections [...] beginning the sixteenth year of King James, anno

1618, Londres, 1658, en Robinson, James Harvey, *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions*, vol. 2, 1906, pp. 201-203.]

Anexo n.º 5

Quejas y demandas de los electores en 1630 para la destitución de Wallenstein.

El duque de Pomerania no duda que Su Majestad imperial recordará cómo ha suplicado en varias ocasiones contra las extraordinarias e indecibles penurias y extorsiones que desde hace casi tres años se han practicado sobre él y sus súbditos por las tropas acantonadas en aquel territorio y que aún continúan sin cesar; por lo que una vez más vuelve a solicitar con probidad y a pedir humildemente socorro. La carga se ha vuelto tan grande que ya no es posible soportarla [...].

De acuerdo con las decisiones y decretos de la Dieta imperial, no está obligado a sostener un ejército solo y soportar sin ayuda una carga que debe dividirse entre todos los miembros del imperio. Sin embargo, hace casi tres años ha tenido que mantener dentro de su ducado y otros territorios a más de un centenar de compañías del ejército de su Majestad Imperial, además de enviar suministros a los puntos exteriores y hacer marchar continuamente la tropa por el país. Solo el desembolso en el principado de Stettin asciende a diez millones de gulden, lo cual se puede verificar en cualquier momento.

LXX. Lo peor de todo son los medios vejatorios utilizados en la recaudación de las contribuciones mensuales de nuestros funcionarios y súbditos. Se ha inventado un nuevo e inaudito «modus extorquendi», tal como nunca anteriormente lo habían practicado los honrados soldados acuartelados en un territorio amigo. Y las exacciones se llevan a cabo con un exceso tan riguroso por parte de los oficiales que las miserables víctimas apenas pueden vestir sus camisas. ¡Y qué insolentes excesos e injerencias deliberadas en los cultos, despojos de iglesias, violación de las tumbas de los muertos, infracciones de toda clase de soberanía y autoridad, desarmando a nuestros súbditos y reduciendo nuestros ingresos como gobernantes! Esto último ha llegado a tal punto que nos es imposible, a pesar de toda la extensión y anchura de nuestra tierra; mientras que cada capitán, fuera de su propio distrito, vive en un estilo más que principesco y envía además grandes sumas. Con respecto a la población más pobre, todos ellos son bárbaros y

*tiránicos más allá de las palabras, golpeando, quemando y saqueando, y privándolos de las mismas necesidades de la existencia, hasta el punto de que tanto sus almas como sus cuerpos corren peligro, porque son arrastrados a cometer cosas innaturales e inhumanas tales como alimentarse de brotes de árboles y hierba, e incluso de la carne de sus propios hijos y de cadáveres. [«Quejas y demandas de los electores en 1630 para la destitución de Wallenstein», Robinson, James Harvey (ed.), *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions*, vol. 2, Boston, Ginn and Company, 1906, pp. 205-207.]*

Anexo n.º 6

Introducción al Tratado de Osnabrück.

En el nombre de la Santa e Indivisible Trinidad. Para todos aquellos a quienes incumbe o atañe este Tratado, conviene que sepan que:

Cuando las divisiones y trastornos iniciados hace varios años en el Imperio romano crecieron hasta un punto (en el que no solo toda Alemania, sino también algunos reinos vecinos, y sobre todo Suecia y Francia, que como resultado de ello se involucraron en una guerra larga y amarga entre el serenísimo y poderoso príncipe y señor, Fernando II, elegido emperador de los romanos, augusto rey de Alemania, Hungría, Bohemia, Dalmacia, etc., archiduque de Austria, duque de Borgoña, Brabante, etc., etc., [...], de gloriosa memoria, sus aliados y partidarios, por una parte, y el príncipe y el serenísimo y poderoso señor Gustavo Adolfo, rey de Suecia, de los godos y los vándalos, Gran príncipe de Finlandia, duque de Estonia, etc., también de gloriosa memoria, y junto con el reino de Suecia, sus aliados y seguidores, por otra parte; más tarde, después de la muerte de éstos antes mencionada, entre el serenísimo y poderoso señor Fernando III, electo emperador de los romanos, siempre augusto rey de Alemania, etc., etc., y la serenísima y poderosa princesa señora Cristina de Suecia, de los godos y los vándalos, etc. [...] que la guerra dio lugar a una gran efusión de sangre cristiana y la desolación de diversas provincias, hasta que por fin, a través de las mudanzas de la bondad divina, sucedió que ambas partes comenzaron a dirigir sus pensamientos hacia los medios de restablecimiento de la paz, y por una mutua acuerdo alcanzado en Hamburgo, diciembre 25 del año 1641, entre las partes, la fecha de julio de 11 fue fijada para la reunión de la plenipotenciarios en Osnabrück y en Munster, en Westfalia. De acuerdo con esto, los embajadores plenipotenciarios debidamente designados por ambas partes aparecieron en

dicho momento y lugares, nombrados a saber [...]

[Los nombres de los embajadores y sus numerosos títulos].

Después de invocar la ayuda de Dios y del intercambio de sus credenciales, copias de las cuales se insertan palabra por palabra en el presente tratado, se ha convenido en los artículos de paz y amistad que siguen, para la gloria de Dios y para el bienestar de la comunidad cristiana; los electores, príncipes y estados del Sacro Imperio Romano estando presentes con su aprobación. [«Introducción al Tratado de Osnabrück», Robinson, James Harvey, (ed.), *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions*, vol. 2, Boston, Ginn and Company, 1906, pp. 213-214.]

GLOSARIO

Muchos términos son difícilmente comprensibles en el siglo XXI y, al contrario, otros son difícilmente utilizables en el siglo XVII debido a sus connotaciones actuales. Por ello, se requieren análisis previos de especialistas que valoren en toda su dimensión tales términos hasta unificar en la mayor medida posible su utilización.

Adarve: Camino situado en lo alto de una muralla detrás de las almenas; en fortificación moderna, es el terraplén que queda después de construido el parapeto (RAE).

Artikelsbrief: Carta de artículo o Código de leyes que debían jurar los soldados mercenarios en el lugar del reclutamiento.

Caballeros: plataformas de artillería que, por su altura destacada, pueden mantener cierta supremacía sobre el baluarte contiguo y defender también el adarve o terraplén de la cortina en fase avanzada de toma de la plaza por el enemigo.

Cabeza de puente (o también «*cabecera de puente*»): es literalmente, en términos militares, una fortificación armada que protege el extremo de un puente más cercano a la posición enemiga. El nombre se ha generalizado para indicar cualquier clase de área defendida que se extiende dentro de territorio hostil. Una cabeza de puente existe típicamente solo algunos días mientras las fuerzas invasoras se expanden por el territorio hostil circundante, después de lo cual la

cabecera se amplía para formar un enclave antes de iniciar una fase de extensión rápida.

Caracola: La táctica de la caracola o «guerra barroca» era un movimiento en el que se desplegaba la caballería para la batalla. Organizada en filas y pistola en mano, los jinetes se acercaban a distancia de disparo (entre 10 y 20 metros). Tras disparar la primera fila, viraba y procedía la segunda fila, y así sucesivamente, desatando una ininterrumpida tormenta de disparos sobre el enemigo. Cuando terminaban, se reagrupaban en retaguardia, cargaban sus armas y vuelta a la carga. El uso de la caracola implicaba que la caballería debía ser desplegada en un número de filas relativamente grande para garantizar que hubiera un fuego continuo mientras las filas de retaguardia cargaban sus pistolas. El principal problema de esta táctica era que los mosquetes y arcabuces de la infantería defensora tenían entre dos y cinco veces más alcance que los arcabucillos de rueda de la caballería; sin embargo, la rapidez de la caballería y el férreo entrenamiento y precisión realizando la maniobra daban ventaja a la caballería, manteniéndose la táctica de la caracola durante décadas.

Croquants (crocantes, en español): Campesinos. Revueltas campesinas en Francia debidas al aumento de impuestos. Hubo tres grandes revueltas antifiscales en Francia en 1594, 1624 y 1637.

Cursus honorum: Locución latina. Literalmente, curso de honores. Sucesión de cargos públicos o carrera política.

Defenestración: Destitución de una persona, generalmente inesperada o violenta, del puesto o cargo que ocupa.

Literalmente: echar por la ventana, defenestrar.

Diversión: Maniobra militar destinada a dirigir la atención del enemigo hacia un punto de menor importancia para debilitarlo en la acción principal.

Esguizaros: Suizos.

Fajinas: Haz de ramas delgadas muy apretadas de mucho uso en la guerra por los ingenieros militares, especialmente para revestimientos. Servían para trazar las obras, cegar fosos, construir trincheras, parapetos, etc.

Forraje: Pasto o hierba con la que se alimentaba a los caballos de la caballería del ejército.

Forrajeadores: Soldados de una tropa o ejército que van a forrajear o salir a recolectar el pasto para las caballerías en una guarnición o lugar campestre.

Fortaleza artillera: Son aquellas fortalezas que desde 1500, aproximadamente, se diseñan para repeler la artillería de pólvora. Fue considerada como un nuevo tipo de fortaleza con respecto a los castillos medievales, anteriores al triunfo de la pólvora.

Frabutes: Soldados sin sueldo que viven del hurto y la rapiña. Los frabutes estuvieron vinculados al ejército de Flandes.

Gaviones: Cestón de mimbre lleno de tierra que servía como defensa contra los tiros enemigos a los soldados que abrían la trinchera.

Glacis: En una fortificación permanente, declive o pendiente suave y libre de obstáculos que precede al foso de una fortaleza y va desde el parapeto del camino cubierto hacia el campo. Su misión era defensiva y estaba

destinada a ocultar las murallas del fuego artillero, pero también facilitaba que las balas de artillería rebotaran sin dañar los muros e impedía, gracias al fuego defensor procedente de los baluartes, que las unidades de asalto pudieran subir la pendiente y saltar el foso.

Graf: Conde.

Impedimenta: Grupos de acompañantes de un ejército.

Kopias: Lanzas largas de estilo medieval, huecas con punta de acero, que portaban los jinetes polacos.

Landgrave: Título de honor y dignidad que llevaban algunos condes (*Graf*) y señores del Sacro Imperio Romano Germánico, como los de Turingia y Hesse, gozando de mayor poder que los condes. Se consideran como los sucesores de los antiguos señores de los primitivos condados y, como tales, pretendieron el rango de príncipes del Imperio. Esta dignidad fue cambiando con el tiempo de carácter y atribuciones.

Lansquenets: Soldado mercenario de infantería de origen alemán.

Laufgeld: Dinero que los reclutadores daban al mercenario recién alistado para la marcha hasta la plaza de reconocimiento.

Libra tornesa: Moneda francesa cuyo nombre venía de su procedencia de la ciudad de Tours. Existieron otras libras, pero la tornesa fue la más corrientemente utilizada hasta 1795, en que la República Francesa instauró el franco.

Margrave: Es el nombre dado en español al título germánico *Markgraf* (de *mark*, frontera, marca; y *graf*, conde)

equivalente a marqués.

Metateatro: Concepto emergente en el último cuarto del siglo xx. El teatro dentro del teatro. Es toda teatralización de una acción espectacular, ritual o ficticia que se lleva a cabo dentro de una representación dramática que la contiene, genera y expresa ante un público receptor.

Placard: Palabra francesa que en español es placarte. Cartel, edicto u ordenanza que se fijaba en las esquinas para noticia del público. Edicto, pragmática o premática, bando, mandato.

Pronósticos: Medio de comunicación en el siglo xvii que consistía en una especie de almanaque muy popular que, con el pretexto de informar del tiempo, incluía los más variados contenidos.

Reitre: Cuerpo de caballería pesada de origen germánico que apareció en los años 1540. Este tipo de caballería surgió tras la invención de la pistola de rueda, que permitía disparar desde la silla, lo que posibilitaba el abandono de la lanza.

Sic: La palabra sic (del latín *sic*, ‘así’) es un adverbio latino que se utiliza en los textos escritos para indicar que la palabra o frase que lo precede es literal o textual aunque sea o pueda parecer incorrecta. Proviene de la frase latina *sic erat scriptum*, ‘así fue escrito’.

Sorbio: Lengua utilizada por el pueblo sorbio, que habitaba en las Lusacias.

Statu quo: Expresión latina con que se hace referencia al estado o situación de ciertas cosas, como la economía, las relaciones sociales o la cultura, en un momento

determinado.

Sturm und Drang: (En español «Tormenta e Ímpetu», en inglés «Storm and Stress». Fue un movimiento literario, que también tuvo sus manifestaciones en la música y las artes visuales, desarrollado en Alemania durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Tálero: El tálero en español (del alemán *thaler* o *taler*, es decir, vallense, del valle) es una antigua moneda de plata de Alemania. Etimológicamente, *Thaler* es una abreviación de *Joachimsthaler*, una moneda de la ciudad de Joachimsthal, en Bohemia (actualmente Jáchymov, en Chequia), donde se acuñaron en 1518.

Thoparca o toparca: Gobernante de un pequeño estado o reino.

Trace italienne o traza italiana: Trazado de una obra de ingeniería o arquitectónica.

Transitus innoxious: Tránsito o paso inofensivo. Derecho de las tropas para transitar por un territorio neutral siempre que no causen daños.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

ADAM DE LA PARRA, Juan, 1596-1644, *Conspiración herético-cristianísima*, [traducción de Ángeles Roda Aguirre; prólogo de Joaquín de Entrambasaguas], CSIC, Madrid, 1943.

AEDO Y GALLART, Diego de, *Viaje del infante cardenal Don Fernando de Austria. Desde 12 de Abril de 1632 [...] hasta 4 de Noviembre de 1634*, Amberes, Juan Cnobbart, 1635 (ed. 2010, Kessinger Publis). Traducido al francés, *Le voyage du Prince Don Fernande, Infant d'Espagne, Cardinal, depuis le douzieme d'Avril de l'an 1632, qu'il partit de Madrit [...] jusques au jour de son entree en la ville de Bruxelles le quatrieme du mois de Novembre de l'an 1634*, Jean Cnobbaert, Anvers, 1635.

—, *Viage, Svcessos, y Gverras Del Infante Cardenal Don Fernando De Avstria, Desde doze de Abril de [1632], que salio de Madrid [...] hasta veinte y vno de Setiembre de [1636]*, Imprenta del Reyno, Madrid, 1637 (ed. 1935, editorial Arcadia).

— y WEINITZ, Franz, «Schilderung der Schlacht von Nördlingen (i. J. 1634)», *Aus dessen Viaje del Infante Cardenal Don Fernando*, Straßburg, Karl J. Trübner, 1884.

ALMANSA Y MENDOZA, Andrés de, *Relación de sucesos del año 1624*, Índice de la Colección de Don Luis de Salazar y Castro, tomo XLIII, Madrid, 1972, n.º 69, 410.

—, *Obra periodística*, ed. Henry Ettinghausen y Manuel

Borrego, Madrid, Castalia, 2001.

ARCOS, duque de, *Primera parte de las presentes guerras de Alemania, levantamiento del Reino de Bohemia, tomando por cabeza y caudillo al Conde Palatino, levantándole por rey. Las victorias que la cesárea majestad ha tenido contra ellos, los hechos heroicos de los señores, duque de Baviera, marqués de Espínola, conde de Bucoy y otros capitanes católicos y en particular se da cuenta de la importantísima batalla que hubo a vista de Praga, la toma de la ciudad y asimismo de lo que pasó en Francia y tierras de grisones en el año 1620*, Sevilla, Gabriel Ramos Bejarano, 1621.

—, *Avisos de Alemania y estado de las cosas del ejército católico y del conde Palatino enviados por los Padres de la Compañía que asisten en aquellas partes, a los de la casa profesa desta ciudad de Sevilla [...] Son cartas de 18 de diciembre*, Sevilla, Francisco Lira, 1621.

BARON DE ZUR-LAUBEN, *Mémoires et lettres de Henri duc de Rohan, sur la guerre de la Valteline*, Génova, 1758.

BAROZZI, Pietro y BERCHET, Guglielmo, *Relazioni degli stati europei lette al Senato dagli ambasciatori Veneti nel secolo decimosettimo*, Serie I, Spagna, vol. 1, Petro Maratovich, Venecia, 1857.

BENTIVOGLIO, Guido, *Relaciones*, publicadas por Ericio Puteano, Nápoles, 1631.

—, *Historia de las guerras de Flandes*, 1687.

BESSÉ, Henri de, *Relations des campagnes de Rocroi et de Fribourg*, París, 1826.

BONIÈRES, Carlos, barón de Auchy, *Arte militar deducido de sus principios fundamentales*, Fraga, Zaragoza, 1644.

BRANCACCIO, Lelio (1560-1637), *Cargos y preceptos militares para salir con breuedad famoso, y valiente soldado, assi en la Infanteria, Caualleria, como Artilleria, y para saber guiar, alojar y hazer combatir en varias formas vn exercito, defender, sitiar, y dar assalto a vna plaça*, Barcelona, 1639.

BROWN, Edward, *A brief account of some travels in Hungaria, Servia, etc.*, Londres, 1673, pp. 114-115.

Capitulaciones de la paz hecha entre el rey nuestro Señor, y los Estados Vnidos de las Prouincias de Olanda, Madrid, vendese en la imprenta de Domingo Garcia y Morràs, en la calle de los Preciados, 1648, 32 h. [Biblioteca de la Universidad de Sevilla, Fondo Antiguo, signatura A 109/034.]

CASTRO, José Julián de, *Comedia famosa: más vale tarde que nunca*, Imprenta de la Santa Cruz por don Francisco de Toxar, 1792.

CÉSPEDES Y MENESES, Gonzalo, *Primera parte de la historia de Don Felipe el III, rey de las Españas*, Pedro Craesbeeck, Lisboa, 1631.

CHARVÉRIAT, Émile, *Histoire de la Guerre de Trente Ans*, París, 1878, 2 vols.

CHATEAUNIERES DE GRENAILLE, François, *Le soldat Suedois racontant l'histoire de ce qui s'est passe depuis la mort du Roy de Suede jusques a present* (etc.), París, 1642.

CONTARINI, Simón, *Estado de la monarquía española a principios del siglo XVII*. Editor: Gil Sanjuán, Joaquín, Ed. Algazara, Málaga, 2001.

CROSSE, William, *Belgiaes troubles, and triumphs. Wherein are*

truly and historically related all the most famous occurrences, which have happened betweene the Spainards, and Hollanders in these last foure yeares warres of the Netherlands, with other accidents, which have had relation unto them, as the battels of Fleurie, and Statloo, the losse of Gulicke and Breda, the sieges of Sluce and Bergen, the conquest of St. Salvador in Brasilia, and the taking of Goffe by Charles Lambert, A. Matthewes, e I. Norton, Londres, 1625.

DÁVILA, Atanasio, *Memorial ajustado [...] del pleyto que en este Supremo Consejo de Hacienda [...]*, Madrid, 22 de abril de 1829.

DÁVILA, Pellegrino, *Avviso necessario ad un prencipe nel prepararsi a qualche impresa di guerra*, s. XVII.

DE NORIS, Alessandro, *Guerre di Germania dall' anno alla pace di Lubeca, Verona, 30 de marzo de 1633*, Bolonia, 1640.

DELLA CROCE, Flaminio, *Theatro Militare*, Amberes, 1617.

DÍAZ, J. Simón, *Relacion general de los svcessos que a avido en España Flandes, Italia y Alemania, y en otras partes desde 1 de Março de 1639 hasta fin de Febrero de 1640*. Imprenta del Reyno, Madrid, editado con Salado Garcés y Ribera, Francisco. Episodico poema. [n.o., 1640?].

DU PLESSIS Armand Jean (Richelieu), *Mémoires du cardinal de Richelieu: sur le règne de Louis XIII, depuis 1610 jusqu'a 1638*, París, 1823, Vid. edición Adamant Media Corporation, tomo II, (1616-1619), tomo III (1620-1623), 2005.

Elección del Serenísimos don Ferdinando de Austria, hermano de la reina de España [...] Margarita de Austria [...] Rey de

Hungría y de Bohemia, en Emperador de Alemania: la cual se hizo en la ciudad de Fráncfort, día de S. Agustín, miércoles veinte y ocho de agosto deste presente año. Dase cuenta de quien fueron los electores, y juntas que se hicieron para la elección y de un notable prodigio que sucedió antes de elegirle, Juan Serrano de Vargas y Ureña, Sevilla, 1619.

ELSTER, Otto, *Die Piccolomini Regimenten, Während Des 30jährigen Krieges*, 1903.

FRIESENEGGER, Maurus, *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg: Nach einer Handschrift im Kloster Andechs mit Vorwort, Anmerkungen und Register*, Allitera Verlag, ed. 2007.

GALLO, Antonio, *Destierro de ignorancias de todo género de soldados de infantería*, Madrid, 1639.

GARCÍA, Carlos, *La desordenada codicia de los bienes ajenos* (1619), edición crítica, introducción y notas de Giulio Massano, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977.

GIUSTINIANI, Michele, *Lettere Memorabili*, Roma, 1669, parte 2.

GIUSTINIANI, Pompeo, *Delle guerre di Fiandra*, Amberes, 1609.

GÓMEZ PASTRANA, Francisco, *Traslado de una carta, que se embio de Dunquerque a Espana a vn senor della: dando quenta de todo lo sucedido en los Estados de Flandes, Alemania, Francia, Italia, Olanda, Inglaterra, hasta fin deste año de 1635*, publicado por Francisco Gómez Pastrana, en la calle de San Agustín, Lima, 1636, 12 p.

GUALDO GALEAZZO, Priorato, *Historia delle Guerre di Ferdinando Secondo e Ferdinando Terzo imperatori e del rè Filippo Quarto di Spagna contro Gustauo Adolfo rè di Suetia e Luigi XIII, rè di Francia [...]*, Bolonia, 1641,

Venecia, 1653.

GUILLÉN DE LA CARRERA, A. [s.d.], *Manifiesto. De España y Francia*, BNE, Mss/2366, f. 218-345.

GUZMÁN, Bernardino de, *Relacion de la gran vitoria que tuvo la Señora Infanta contra el Rey de Suecia, y muerte del dicho rey, en 16 de nobiembre de 1632*, publicado en 1633 por Bernardino de Guzman, enfrente de la puerta de la Iglesia Mayor.

HATON, Claude, *Mémoires: contenant le récit des événements accomplis des 1553 a 1582, principalement dans la Champagne et la Brie*, tomo II, París, 1853.

HAYNIN, Louis de, seigneur du Cornet (1582-1640), *Histoire generale des guerres de Savoie, de Boheme, du Palatinat, et Pays-Bas, depuis l'an 1616. jusque celui de 1627*, Douai, 1628.

HENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D., *Levas de gente de guerra: su empleo en todas las facciones militares [...]*, Madrid, 1647.

IBARRA, Francisco de, «Relación de las campañas del Bajo Palatinado», en *L' Espagne au xvie et au xviiiè siècle. Documents historiques et littéraires*, publicado y anotado por Alfred Morel-Fatio, París, Heilbronn, Henninger, 1878.

JANSENIO, Cornelio, *Marte francés o de la justicia de las armas y confederaciones del rey de Francia*, Madrid, trad. de Sancho de Moncada Imprenta Real, 1637.

KHEVENHÜLLER, Franz Christoph von, *Annales Ferdinandei*, Leipzig, 1721-1726.

LAMORMAIN, Guillaume Germé de (S.I.), *Ferdinandi II. Romanorum Imperatoris virtutes, sumptibus Venerandae*

- Sodalitatis Dominorum*, 1638. (Digitalizado en Universidad Complutense de Madrid, 2009.)
- LANARIO Y ARAGÓN, Francisco, «Tratado de la Guerra», en *Los tratados del Príncipe y la Guerra*, Palermo, 1624.
- LEGIPONT, Oliver, *Itinerario en que se contiene el modo de hacer con utilidad los viages [...] Reseña de las batallas más memorables del siglo pasado y de este*, 1759.
- LEÓN PINELO, Antonio de, *Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)*, ed. Pedro Fernández Marín, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.
- LIPSIO, Justo, *Políticas*, edición de J. Peña Echevarría y M. Santos López, Madrid, 1997.
- LOYSEAU, Charles, *Tratado de las Señorías*, 1608.
- LYRA, Francisco de (imp.), *Relación de las cosas del Imperio*, Bruselas, a 30 de mayo de 1621, impreso en Sevilla por Francisco de Lyra.
- MALVEZZI, Virgilio, *Sucesos de la Monarquía de España en el año 1639*, Imprenta Real, 1640, pp. 4-5. [<http://hdl.handle.net/10481/37019>].
- , «La guerra del Palatinado», en Yañez, Juan, *Memorias de la Historia de Don Felipe III*, Madrid, 1723.
- MARÇAL, Iuan Bautista, *Nueua relacion de lo sucedido en Borgoña, en la Campaña del año 1640*, 1641.
- MATEU, Francisco, *Antipronostico a las vitorias que se pronostica, el reyno de Francia contra el de España, en el manifesto de las guerras, publicado en 6. de Iunio 1635, escrito al muy [...] poderoso Luys XIII, rey christianissimo de Francia*, en Madrid, por María de Quiñones, véndese en casa de Francisco Robles, Madrid, 1637.

- MELZO, Ludovico, *Reglas militares sobre el gobierno y servicio de la Caballería*, Milán, 1619.
- MENDOZA, Bernardino de, *Theórica y práctica de guerra. Dedicatoria al Príncipe nuestro señor, Don Felipe*, Madrid, 1595, Amberes, Imprenta Plantiniana, 1596, Ministerio de Defensa, Madrid, 1998.
- MERIAN, Matthäus, *Theatrum Europaeum*, 1646-1738. [Fondos de la Universidad de Augsburgo, <http://digital.bib-bvb.de/>]
- , *Topographia Germaniae*, 14 vols., (1643-1675), nueva edición, Brunswick, 2005, *Topographia, Westphaliae*. Das ist Beschreibung der vornembsten, und bekantisten Stätte, und Plätz, im hochlöbl. westphälischen Craiße. [Faks.-Neudr. d. Ausg. von 1647], Kunstverein, 1926.
- MEURSIUS, *The magnificent ceremonial entry into Antwerp of His Royal Highness Ferdinand of Austria on the fifteenth day of May, 1635*. Reissue of the commemorative ed., Antwerp, 1642. Blom, Nueva York, 1971.
- MOLES, Fadrique, *Guerra entre Ferdinando segundo emperador Romano y Gustavo Adolfo, rey de Suecia*, en la imprenta de Francisco Martinez, Madrid, 1637.
- MONRO, Robert, *Monro, his Expedition with the worthy Scots Regiment called Mackays*, Londres, 1637. Reeditado por William S. Brockington, Praeger Series in War Studies, 1999.
- NOVOA, Matías de, *Historia de Felipe IV, rey de España*, en CODOIN, *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, 3, 69, 77, 80, 86, Madrid, 1876-1886.
- ORMAECHEA GUERRERO, Jerónimo, *Discurso apologetico de la Virgen vencedora, de la fe triunfante, de la heregia vencida*,

de la Casa de Austria exaltada, del Catolico Rey Felipe III sublimado, de España vengada, de Francia castigada en el sitio de Fuenterrabia, el año de 1638 [...], escrita por Jerónimo Ormaechea Guerrero, Mongastón Fox, Pedro, 1639.

PALAFox y MENDOZA, Juan, *Sitio y socoro [sic] de Fuenterrabia [sic] y sucesos del año de mil y seiscientos y treinta y ocho. Escritos de orden de su Magestad*, Catalina del Barrio, Madrid, 1639.

PALLAVICINO, Ferrante, *Successi del mondo dell' Anno MDCXXXVI*, Venecia, 1638.

PATRICIO ARMACANO, Alejandro, *Marte Francés o de la justicia de las armas, y confederación del Rey de Francia*, Imprenta Real, Madrid, 1637.

PELLICER DE OSSAU Y TOVAR Y ABARCA, José, *Defensa de España contra las calumnias de Francia*, Venecia, 1635.

—, *El embajador Chimérico o examinador de los Artes políticos del Cardenal Duque de Richelieu*, 1638, BNE, Mss/2312, 28 h.

—, *Avisos históricos*, en Jean-Claude Chevarlier y Lucien Clare, Éditions Hispaniques, París, 2002, 2 vols.

PEÑALOSA, fray Benito de, *Libro de las cinco excelencias del español*, 1629.

PEREGRIN M. SOULIER, *De antiquis Servorum Coenobiis in Germania*, Monumenta O.S.M., vol. I, Bruselas, 1897.

POYNNTZ, Sydnam, *The Relation of Sydnam Poyntz 1624-1636*, ed. Royal Historical Society, por Rev. A. T. S. Goodrick M. A., Londres, 1908.

PUFENDORF, Samuel, *La Constitución del Imperio Alemán*, 1667.

Vid. Traducción, estudio crítico e introducción de Marco Antonio Huesbe Llanos, Edeval, Valparaíso, 2009.

PUTEANUS, Erycius, *Pvrpvra Avstriaca Hierobasilica, Sacram Et Regiam Serenissimi Principis Ferdinandi Hispaniarvm Infantis, S.R.E. Cardinalis, Imaginem Colore Panegirico Repraesentans*, Antverpiae, Joannes Cnobbarus, 1635.

QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de, *Carta al Serenissimo [...] Luis XIII rey [...] de Francia escrivela a su magestad [...] Don Francisco de Quebedo Villegas [...]: en razonamiento de las nefandas acciones y sacrilegios execrables que cometió contra el derecho divino y humano, en la villa de Tillimon en Flandes, Mos de Xatillon Vgonote, con el exercito descomulgado de franceses herejes*, Maria de Quiñonez, Madrid, 1635.

—, *Relación, y traslado bien y fielmente sacado de una carta embiada a esta Corte: y tiene por argumento la sombra de Mos de la Forza se aparece a Gustavo Horn, preso en Viena, y le cuenta el lastimoso suceso que tuvieron las armas de Francia en Fuente-Rabia*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1638; Jaume Romeu, Barcelona, 1639.

—, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

—, *El mundo caduco y desvarios de la edad*, B.A.E., tomo XIII.

REBOLLEDO, Tomás de, *Osonandro Platónico del perfecto capitán general a Quinto Veranio romano, traducido primero del griego y nuevamente en castellano por el secretario [...], racional de la Regia Camera de la Sumaria del Reyno de Napoles*, por su Majestad, Nápoles, 1635.

ROBINSON, James Harvey, *Readings in European History*, vol. 2,

Ginn and Company, Boston, 1906, pp. 205-207.

RODRÍGUEZ, N., *Relacion verdadera de la gran vitoria qve el serenissimo señor Infante Cardenal ha tenido en los estados de Flandes, contra los olandeses, en este año de mil y seyscientos y treynta y ocho*, ed. por Salado Garcés y Ribera, Francisco. Episódico poema. [n.p., 1640?], 4 p. Sevilla, 1638.

ROHAN, Henri duque de, *Le parfaict Capitaine*, 1636; traducción inglesa, *The Complete Captain*, Londres, 1640.

RUSHWORTH, John, «Historical Collections [...] beginning the sixteenth year of King James, anno 1618», Londres, 1658, en Harvey Robinson, James, *Readings in European History, a collection of extracts from the sources, chosen with the purpose of illustrating the progress of culture in Western Europe since the German Invasions*, vol. II, 1906.

SAAVEDRA FAJARDO, D. de (s.d.), *Iustificación de las acciones de España, Manifestación de las violencias de Francia*.

—, *Correspondencia diplomática de los plenipotenciarios españoles [el conde de Peñaranda y D. Diego Saavedra Fajardo] en el Congreso de Munster*, vols. I-III, 1643 a 1648. Colección de documentos inéditos para la historia de España, Madrid, 1884-1885.

SAN CLEMENTE, Guillen de, *Correspondencia inédita, sobre la intervención de España en los sucesos de Polonia y Hungría, 1581-1608*, publicado por el marqués de Ayerbe, conde de San Clemente, Zaragoza, 1892. Vid. también edición Nabu Press, 2011.

SANUTO, Marino, *I diarii di Marino Sanuto: dall' autografo Marciano ital. cl. VII (1496-1533)*, Forni, 1879.

- SCHAFER, Dietrich, *Deutsche Geschichte*, 2 Bde., ab 1904; 10. Aufl, 1932. *Historia alemana*, 2 Bde.; 10.^a ed., 1932.
- SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Tratados políticos*, edición de Ángel Losada, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1963.
- SOLÓRZANO Y PEREIRA, Juan de (1575-1655), *Política indiana*, 1648.
- SOROLLA, Miguel, *Sucessos y vitorias de las catolicas Armas de España, y del Imperio en Francia, y otras Prouincias, desde 22 de Iunio deste año hasta 20 de agosto del mismo de 1636*. Miguel Sorolla [...], Valencia, 1636, 8 h.
- SPANHEIM, Friedrich, (1600-1649), *Le soldat Suedois ou Histoire veritable de ce qui s'est passé depuis l'auenue du Roy de Suede en Allemagne iusques à sa mort*, [s.l., s.n.] 1634, BNE, Mss/2761.
- TERECHETO, Tomás trad., *Assalto inaudito y maravillosa vitoria que el campo de la magestad del emperador Ferdinando Segundo y la liga catholica siendo su lugartiniente general el señor Conde de Tilli ha alcaçado de la famosa ciudad de Magdeburg [...]* impressa en Roma [...] en Toscano y agora en Barcelona, por Esteuan Liberos, Barcelona, 1631.
- TROMLITZ, A. von (pseud. Witzleben, Karl August Friedrich von), *Pappenheim en Tilly*, 1830.
- TURNER, James, *Memoirs of his own life and times, 1632-1660*, Edimburgo, 1829.
- VAN WOUW, Hillebrant, Veuve et Héritiers de (ed.), *Traicté de la paix, conclu le trentjesme ianvier de la presente année 1648 en la ville de Münster en Westphalie, entre le [...] Prince Philippe quatriesme de ce nom Roy d'Espagne, &c.*

d'une & les hauts & puissants seigneurs les Estats Generaux des Provinces Vnies des Pais-bas de l'autre part
A, La Haye: chez la Veufue, Heretiers de Hillebrandt Iacobssz de Wouw [...], 1648.

VÁZQUEZ, Alonso, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese por el capitán Alonso Vázquez*, en CODOIN, *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vol. 72, Ginesta, Madrid, 1879.

VERNULESZ, Nicolás, *Disputa política que consta de seis oraciones en que se trata cómo se ha de hazer la guerra felizmente*, Madrid, versión castellana traducida por Juan Quiñones a partir del original publicado en latín en Lovaina, 1630.

VINCART, José Antonio, *Relación y Comentario [...] desta Campaña de 1635 [...] en CODOIN, Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, vol. 59, Madrid, 1873.

—, *Relación de la campaña del año de 1645 [...] en CODOIN, Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, vol. 67, Madrid 1877.

—, *Relación de la campaña del año de 1643 [...] en CODOIN, Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, vol. 75, Madrid 1880.

VINCENT, Philip, *The lamentations of Germany, wherein, as in a glasse, we may behold her miserable condition, composed by Dr Vincent, Theo*, Printed by F. G. for Iohn Rothwell and are to be sold at the signe of the Sunne in St. Pauls Church-yard, Londres, 1638.

VITORIA, Francisco de, *De iure belli Hispanorum in barbaros*,

1532.

WALLENSTEIN, Albrecht von, duque de Friedland, *Ungedruckte, eigenhändige vertrauliche Briefe und amtliche Schreiben aus den Jahren 1627 bis 1634 an Arnim (V. Arnimb), Aldringer, Gallas, Piccolomini und andere Fürsten und Feldherrn seiner Zeit*, Friedrich Förster (ed.), De Gruyter, 1828.

Fuentes secundarias

ABERG, A., «The Swedish Army from Lützen to Narva», en *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Londres, 1973.

ADAMS, Simon, «Tactics or Politics? “The Military Revolution” and the Habsburg Hegemony, 1525-1648», en Rogers, Clifford J. (ed.), *The Military Revolution. Readings on the military transformation of Early Modern Europe*, Oxford, 1995. También en Lynn, J. (ed.), *Tools of war. Instruments, Ideas and Institutions of warfare, 1445-1871*, University of Illinois, Urbana, 1990.

AILES, Mary Elizabeth, *Courage and Grief: Women and Sweden's Thirty Years' War*, University of Nebraska Press, Lincoln, Londres, 2018.

ALBI DE LA CUESTA, Julio, «Rocroi, 19 de mayo de 1643», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, n.º 9, 2014, pp. 44-51.

—, *Entre Nördlingen y Honnecourt: los tercios españoles del Cardenal Infante*, I (1632-1636) y II (1637-1641), Almena, Madrid, 2015-2016.

ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, José N., *España y Flandes y el Mar del Norte, 1618-1639. La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Barcelona, 1975, Madrid, CEPyC, 2001.

- , «Zúñiga, Olivares y la política de Reputación», en García Sanz, Ángel y Elliott, John, *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990, pp. 101-108.
- , «La política exterior del reinado (Felipe IV)», en Alcalá-Zamora, José N. (dir.), *Felipe IV: el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2005, pp. 177-198.
- ALDEA VAQUERO, Quintín, «España, el Papado y el Imperio durante la guerra de los treinta años: II. Instrucciones a los Nuncios Apostólicos en España (1624-1632)», *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, vol. 16, n.º 30, 1958, pp. 249-330.
- , «La neutralidad de Urbano VIII en los años decisivos de la Guerra de los Treinta Años», *Hispania Sacra*, 21, 1968, pp. 155-178.
- , «España y Europa en la Guerra de los Treinta Años», *Cuenta y Razón*, n.º 115, 2000, pp. 65-74.
- , «El Ejército de Felipe IV», en Alcalá-Zamora, José N. (dir.), *Felipe IV..., op. cit.*, pp. 253-268.
- , *España y Europa en el siglo XVII, correspondencia de Saavedra Fajardo*, tomo I: 1631-1633, Madrid, CSIC, 1986; tomo II: *La tragedia del Imperio: Wallestein 1634*, Madrid, CSIC, 1991; tomo III: *El cardenal Infante en el imposible camino de Flandes, 1633-1634*, Madrid, CSIC, 2008, 2 vols.
- ALLEN, Paul C., *Felipe III y la Pax Hispanica (1598-1621), el fracaso de la gran estrategia*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, Barcelona, RBA, 2006.
- ALLENDÉSALAZAR, Úrsula, *La reina Cristina de Suecia*, Marcial Pons, Madrid, 2009.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *El duque de Lerma. Corrupción y*

desmoralización en la España del siglo XVII, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.

—, «Toda Europa se prepara para la guerra. Escrituras en primera persona: Lerma, Felipe III y los epistolarios de los informantes en los Alpes», en Martínez Peñas, Leandro y Fernández Rodríguez, Manuela (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*, 2012, pp. 171-186.

—, *Felipe IV, El Grande*, Madrid, La esfera de los libros, 2018.

ÁLVAREZ GARCÍA, Francisco Javier, «Los más hambrientos hincan el colmillo de la pasión en mi reputación». El proceso contra Hinojosa por su gestión de la crisis de Monferrato (1613-1615)», en Bravo Lozano, Cristina y Quirós Rosado, Roberto (coords.), *En tierra de confluencias Italia y la Monarquía de España: siglos XVI-XVIII*, 2013, pp. 27-40.

—, «Propaganda nobiliaria y construcción de una imagen. El marqués de la Hinojosa ante la crisis del Monferrato (1613-1617)», en *III Encontro Internacional de Jovens Investigadores em História Moderna*, Universidade de Évora, 16-18 de mayo de 2013.

—, «Un Sísifo en la corte de Madrid. Memoria y representación del marqués de la Hinojosa en torno a la guerra del Monferrato (1613-1617)», *Goya. Revista de Historia del Arte*, 356 (julio-septiembre 2016), pp. 210-225.

ÁLVAREZ NOGAL, Carlos, *El crédito de la Monarquía Hispánica en el reinado de Felipe IV*, Valladolid, 1997.

—, *Los banqueros de Felipe IV y los metales preciosos*

americanos, Madrid, 1997.

ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio, *Milán y el legado de Felipe II: gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2001.

—, «La sombra del gobernador y cuello de la República: el gran canciller del Estado de Milán», en Mazzocchi Giuseppe (coord.), *El corazón de la Monarquía: la Lombardia in età spagnola: atti della giornata internazionale di studi*, Pavia, 2010, pp. 15-41.

ANDERSON, Alison Deborah, *On the Verge of War: International Relations and the Jülich-Kleves Succession Crises (1609-1614)*, Brill, 1999. Reseñado en *American historical review*. Clases I, 62, vol. 109, n.º 1, 2004, pp. 270-271.

ANDERSON, M. S., *Guerra y Sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990. En inglés *War and Society in Europe in the Old Regime, 1618-1789*, Nueva York, 1988.

ANDRÉS UNCEDO, José Ignacio, *La Fiscalidad en Castilla en el siglo XVII, los servicios de millones 1601-1700*, Bilbao, 1997.

ANDÚJAR CASTILLO, Franciso, «Empresarios de la guerra y asentistas de soldados en el siglo XVII», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.), *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. II: *Ejército, economía, sociedad y cultura*, Madrid, 2006, pp. 375-394.

ARANDA PÉREZ, F. J., «Política, guerra o Razón de Estado militar en la España del Barroco», en Sanz Camañes, P.

- (coord.), *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid, 2005, pp. 401-432.
- ARBLASTER, Paul, «Posts, Newsletters, Newspapers: England in an European System of Communications», en Raymond, J. (ed.), *News Networks in Seventeenth Century Britain and Europe*, Londres y Nueva York, 2006.
- ARCHER, Robert, «Dos bibliotecas españolas de mujeres en Bohemia (siglos XVI y XVII)», en Bellveser, Ricardo (coord.), *Dones i literatura: entre l'Edat Mitjana i el Renaixement*, 2012, pp. 831-912.
- ARIENZA ARIENZA, Javier, «Don Guillén de San Clemente, un embajador hispano en la Corte de Bohemia», en Opatrny, Josef (coord.), *Las relaciones checo-españolas*, Praga, 2007, pp. 93-102.
- ARNDT, Johannes, *Der Dreißigjährige Krieg 1618-1648*, Reclam, Stuttgart, 2009.
- ARNHOLD, H. A., «Anti-Spanish Broadsheets», en Bussmann, K. y Chilling, H. S. (eds.), *1648. War and Peace in Europe*, (26th Exhibition of the Council of Europe, Münster-Osnabrück, 25 de octubre 1998 a 17 de enero de 1999), Múnich, 1998.
- ARREDONDO SIRODEY, M^a Soledad, «Literatura polémica y reescritura en 1635: Defensa de España contra las calumnias de Francia, de José Pellicer», *Criticón*, n.º 79, 2000, pp. 47-64.
- , «Transmitir y proclamar la religión: una cuestión de propaganda en la crisis de 1635 a 1640», *Criticón*, Toulouse, 102, 2008, pp. 85-101.
- , «La polémica de 1635: José Pellicer de Tovar y Diego de

- Saavedra Fajardo», en Boixareu Vilaplana, Mercedes y Lefere, Robin (coords.), *La historia de Francia en la literatura española: Amenaza o modelo*, 2009, pp. 231-252.
- , «Estrellas, flores y princesa como objetos en 1615: Las dos estrellas trocadas y Los ramilletes de Madrid, de Lope de Vega», *Investigaciones Feministas*, vol. 2, 2011, pp. 239-257.
- , *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerra y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*, Iberoamericana, Madrid, 2011.
- ARROYO MARTÍN, Francisco, «El marqués de Leganés, apuntes biográficos», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, *Historia Moderna*, n.º 15, 2002, pp. 145-185.
- ASBACH, Olaf y SCHRÖDE, Peter (coords.), *The Thirty Years' War, The Ashgate Research Companion to the Thirty Years' War*, Ashgate, 2014.
- ASCH, Ronald G., *The Thirty Years War: The Holy Roman Empire and Europe, 1618-1648*, Basingstoke, Houndmill, Palgrave, 1997.
- , «Kriegsfinanzierung, Staatsbildung und ständische Ordnung in Westeuropa im 17. und 18. Jahrhundert», *Historische Zeitschrift*, 268, 1999.
- , «'Wo der soldat hinkümbt, da ist alles sein': Military Violence and Atrocities in the Thirty Years War Re-examined», *German History*, 2000, 18 (3), pp. 291-309.
- AUWERS, Michael, «Peter Paul Rubens: la infanta y pintor-diplomático», en Van Wyhe, Cordula (coord.), *Isabel Clara Eugenia: soberanía femenina en las cortes de Madrid y Bruselas*, 2011, pp. 382-413.

- AVILÉS FERNÁNDEZ, Miguel Ángel *et al.* (dir.), *La guerra de los Treinta Años, Gran Historia Universal*, vol. xviii, Madrid, Club Internacional del Libro, 1986. Edilibro, 1997.
- BÄCKSTRÖM, Olli, *The German Military Entrepreneur Ernst von Mansfeld and his conduct of Asymmetrical Warfare in the Thirty Years War*, Universidad de Helsinki, 2011.
- BACZYŃSKA, Beata, «La Iglesia sitiada de Calderón», en Pedraza Jiménez, Felipe B.; González Cañal, Rafael y Marcello, Elena E., (coords.), *Guerra y paz en la comedia española: Xxix Jornadas de Teatro Cásico de Almagro*, Almagro del 4 al 6 de julio de 2006, Universidad de Castilla-La Mancha.
- BADURA, B, «La casa de Diestrichstein y España», *Ibero-Americana Pragensia*, 33, 1999, pp. 47-67.
- BAES, Christian, «Prendre l'argent plutôt que le sang: la contribution de guerre au xvii siècle», *Revue belge de philologie et d'histoire*, tomo 85, fasc. 3-4, 2007, p. 663.
- BAHLCKE, Joachim, «Theatrum Bohemicum. Reformplane, Verfassungsideen und Bedrohungspereptionen am Vorabend des Dreissigjahrigen Krieges», en Schulze, Winfried (ed.), *Friedliche Intentionen. Kriegerische Effekte. War der Ausbruch des dreissigjahrigen Krieges unvermeidlich?*, Scripta Mercaturae, St. Kathrinen, 2002, pp. 1-20.
- y KAMPMANN, Christoph (eds.), *Wallenstein-Bilder. Eine historische Symbolfigur in der Geschichtsschreibung und Literatur vom 17. bis zum 20. Jahrhundert*, Colonia, 2010.
- , *Katholische Kirche und Kultur in Bohmen*, LIT, Verlag,

Berlín, 2005.

BARRACHINA, Raúl O., «Johannes Kepler, testigo y víctima de la Guerra de los Treinta Años», *Epistemología e Historia de la Ciencia*, (Centro Atómico Bariloche e Instituto Balseiro, 8400 S. C. de Bariloche, Río Negro), volumen 12, 2006, pp. 65-71.

BARUDIO, Günter, *Der Teutsche Krieg, 1618-1648*, Fráncfort del Meno, 1985.

BAUMANN, Reinhard, *Landsknechte. Their history and culture from the late Middle Ages to the Thirty Years' War*, Múnich, 1994.

BECUCCI, Alexandra, «Ottavio Piccolomini (1599-1656): A Case of Patronage from a Transnational Perspective», *The International History Review*, vol. 33, 2011, (4) pp. 585-605.

BEHRINGER, Wolfgang, *Von Krieg zu Krieg. Neue Perspektiven auf das Buch von Günther Franz, Der Dreißigjährige Krieg und das deutsche Volk (1940)*, en Krusenstjern Benigna von y Medick, Hans Medick (ed.), *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreißigjährige Krieg aus der Nähe (Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte. Bd. 148)*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1999, pp. 543-591.

BELADIEZ NAVARRO, Emilio, *Osuna el Grande. El duque de las Empresas*, Alhambra, Madrid, 1950.

—, *España y el Sacro Imperio Romano Germánico. Wallenstein, 1583-1634*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1967.

—, *El gran duque de Osuna: calavera, soldado, virrey «un Girón»*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid,

1996.

BELLER, Elmer Adolph, «Contemporary English Printed Sources for the Thirty Years' War», *The American Historical Review*, 32-2, 1927, pp. 276-282.

—, *Caricatures of the 'Winter King' of Bohemia from the Sutherland collection in the Bodleian library, and from the British museum*, Oxford University Press, H. Milford, Oxford, 1928.

—, *Propaganda in Germany during the Thirty Years War*, Princeton, Princeton University Press; H. Milford, Oxford University Press, Londres, 1940.

—, «La guerra de los Treinta Años», en Cooper, J. P., *Historia del Mundo Moderno* tomo IV de la Historia de Cambridge University, *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1610-1648/1659*, Barcelona, 1989, pp. 217-253.

BELLIGNI, Eleanora, *Virgilio Malvezzi tra storiografia e teoria politica*, tesis doctoral, Universidad de Torino, Turín, 1996.

—, *Lo scacco della prudenza. Pubblicistica politica ed esperienza storica in Virgilio Malvezzi*, Olschki, Florencia, 1999.

BELLO CRESPO, Marín, «El desafío de la logística», *Arbor*, CLXV, 651, 2000, pp. 489-508.

BÉLY, Lucien, RICHEFORT, Isabelle, CARRERE d'ENCAUSSE, Hélène et al. (dirs.) *L'Europe des Traités de Westphalie. Esprit de la diplomatie et diplomatie de l'esprit*, PUF, Presses Universitaires de France, París, 2000.

—, *L'Art de la paix en Europe: Naissance de la diplomatie*

moderne, XVIIe-XVIIIe siècle, Presses Universitaires de France, París, 2007, (ed. 2015).

BENAVIDES, José Ignacio, *Milicia y diplomacia en el reinado de Felipe IV. El Marqués de Caracena*, Editorial Akron, 2012.

BENECKE, Gerhard, *Society and Politics in Germany, 1500-1700*, Londres, 1974.

BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, R. y SALVADOR ESTEBAN, E., «Las instrucciones reservadas de Felipe IV al duque de Arcos, virrey de Valencia, 1642», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, n.º 13, 1987, pp. 151-170.

BERCÉ, Yves-Marie, MOLINIER, A. y PÉRONNET, Michel, *El siglo XVII*, Akal, Madrid, 1991.

BERENGUER, Jean, *El Imperio de los Habsburgo (1273-1918)*, Crítica, Barcelona, 1993.

BERGER-LEVRAULT, Nancy, «Études sur Jacques Callot», *Le Pays Lorrain*, n.º 3, Nancy, 1968, pp. 87-145.

BERMAN, Harold J., *Law and revolution, II: The impact of the protestant reformations on the western legal tradition*, Harvard University Press, 2009.

BIANCHI, Paola, «La riorganizzazione militare del Ducato di Savoia ei rapporti del Piemonte con la Francia e la Spagna. Da Emanuele Filiberto a Carlo Emanuele», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide, *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid, 2006, vol. 1, p. 189.

BIRELEY, S. J. Robert, *Religion and Politics in the Age of the Counterreformation. Emperor Ferdinand, William Lamormaini (S.I.) and the Formation of Imperial Policy*,

- Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1981.
- , *The Counter-Reformation Prince. Anti-Machiavellianism or Catholic Statecraft in Early Modern Europe*, Chapell Hill, 1990.
 - , *The Refashioning of Catholicism, 1450-1700*, Washington, DC, 1999.
 - , *The Jesuits and the Thirty Years War. Kings, Courts and Confessors*, Cambridgege University Press, Cambridge, 2003.
 - , «Acquaviva's Instruction for confessors of princes (1602-1608): A document and its interpretation», en Martínez Millán, J.; Pizarro Llorente, H. y Jiménez Pablo, E. (coords), *Los jesuitas. Religión, política y educación (siglos XVI-XVIII)*, 3 vols., Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2012, vol. I, pp. 45-68.
 - , *Ferdinand II, Counter-Reformation Emperor, 1578-1637*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.
- BIRMINGHAM, David, *Historia de Portugal*, Akal, Madrid, 2005.
- BLACK, Jeremy, *A Military Revolution? Military Change and european Society, 1550-1800*, Basingstoke, 1991.
- , *War in european History, 1494-1660*, Virginia, 2006.
 - , «Was There a Military Revolution in Early Modern Europe?», *History Today*, 2008, 58, 7, pp. 34-41.
- BLANCO, Mercedes, «Propaganda y visión política en *Locuras de Europa* de Saavedra Fajardo», en Huchhardt, H. y Strosetzki, Ch. K. (eds.), *La cultura y la política de España en la primera mitad siglo XVII*, Böhlau Verlag, Colonia, 1996, pp. 61-74.
- , «Guerre et paix d'après les diplomats espagnols en

Westphalie», en Molinié-Bertrand y Merle (ed.), *L'Espagne et ses guerres: de la fin de la reconquête aux guerres d'indépendance*, Presses de L'Université Paris-Sorbonne, París, 2004, pp. 163-181.

BLANCO JIMÉNEZ, Francisco José y ROMERO ANIA, Alberto, «Europa: estructura institucional para la seguridad desde la paz de Westfalia», *Barataria Revista castellano-manchega de ciencias sociales*, n.º 9, 2008, pp. 103-126.

BLANCHARD, Jean-Vincent, *Éminence: Cardinal Richelieu and the Rise of France*, Walker Books, Nueva York, 2011.

BOADAS, Sonia, «Guerras panfletarias del siglo XVII: *Locuras de Europa* y sus Fuentes», *Criticón*, Toulouse, 109, 2010, pp.145-165.

—, *Un diálogo hacia la paz: las Locuras de Europa de Diego Saavedra Fajardo*, Universitat de Girona, Gerona, 2012.

—, «El arte de la diplomacia en el congreso de Münster: Saavedra y los Fontanella», en Boadas, Sonia (ed.), *Literatura en la Guerra de los Treinta Años*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2012, pp. 151-168.

—, *Dos epistolarios inéditos de Diego de Saavedra: un diplomático en el Franco condado y en Munster*, Presses Univesitaires de Franche-Comté, Besancon, 2015.

—, *Locuras de Europa: Diego de Saavedra y Fajardo y la Guerra de los Treinta años*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, Fráncfort del Meno, 2016.

BOCARD, Piero; COLOMER, José Luis y DI FABRIO, Clario, (eds.), *España y Génova: obras, artistas y coleccionistas*, Fundación Carolina, Madrid, 2004.

BOGDAN, Henry, *La guerre de Trente Ans, 1618-1648*, Perrin,

ed. 2006, 1.^a ed., París, 1997.

BOMBÍN PÉREZ, Antonio, *La cuestión de Monferrato, 1613-1618*, Vitoria, 1974.

—, «Política antiespañola de Carlos Manuel I de Saboya (1607-1610)», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 2, 1978, pp. 153-173.

—, «Política norteitaliana de España a comienzos del siglo XVII», en *Homenaje a Antonio de Béthencourt Massieu*, vol. 1, 1995, pp. 285-312.

—, «Política italiana de Felipe III: ¿reputación o decadencia?», en Aranda Pérez, Francisco (coord.), *VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, La declinación de la monarquía hispánica*, vol. 1, 2004, pp. 249-266.

BONNEY, Richard J., *Political change in France under Richelieu and Mazarin, 1624-1661*, Oxford, 1978.

—, *The King's Debts. Finance and Politics in France, 1589-1661*, Oxford, 1981.

—, *The Thirty Years' War 1618-1648*, Oxford, Osprey Publ. ed. 2002. Vid. La traducción al español: *La Guerra de los Treinta Años, 1618-1648*, Barcelona, 2001.

BORREGUERO BELTRÁN, C., «La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas: una aproximación», *Manuscripts: Revista d'Historia Moderna*, n.º 34, 2016, pp. 145-176.

—, «La Guerra de los Treinta Años: de rebelión local a conflicto mundial», *La Aventura de la Historia*, n.º 234, 2018, pp. 54-59.

BORRAMEO, A. (ed.), *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica*

e religione nell'età della guerra dei Trent'anni, Milán, 1998.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, «La sublevación de Portugal», en *Las crisis de Felipe IV*, 1985, pp. 12-19.

—, «Los contextos materiales de la producción cultural», en Feros, Antonio y Gelabert, Juan (dirs.), *España en tiempos del Quijote*, Taurus, Madrid, 2004, pp. 309-344.

—, *Papeles y opinión: políticas de publicación en el Siglo de Oro*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 2008.

BOUZY, Christian, «Diego de Saavedra Fajardo o el diplomático panfletario: una visión española de la paz», *Empresas políticas*, n.º 9, pp. 109-114.

BOYS, Jayne E. E., *London's News Press and the Thirty Years War*, Boydell Press, Woodbridge, 2011.

BRECHT, Bertolt, *Mother Courage and her children: a chronicle of the Thirty Years' War*, Methuen Drama, Londres, 2009.

BREMOND, Ana Sanz de y VILACOBIA RAMOS, Karen María, «Siguiendo el espíritu de Santa Clara: sor Margarita de la Cruz, la monja-infanta», en Peláez del Rosal, Manuel (coord.), *El Franciscanismo en Andalucía: Clarisas, Concepcionistas y Terciarias regulares*, Córdoba, 2006, pp. 787-804.

BRIGHTWELL, Peter, *Spain and the Origins of the Thirty Years War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967.

—, «The Spanish System and Twelve Years Truce», *English Historical Review*, 89, 1974, pp. 270-292.

—, «The Spanish Origins of the Thirty Years War», *European Studies Review*, 9, 1979, pp. 409-431.

- , «Spain and Bohemia: the decision to intervene, 1619», *European Studies Review*, 12, 1982, pp. 117-134.
- , «Spain, Bohemia and Europe, 1619-21», *European Studies Review*, 12, 1982, pp. 371-399.
- BRNARDIC, Vladimir, *Imperial armies of the Thirty Years' War*, Oxford, Osprey, Nueva York, 2009.
- BROCKINGTON, William S., «Robert Monro: Professional Soldier, Military Historian and Scotsman», en Murdoch, Steve (ed.), *Scotland and the Thirty Years' War*, Leiden, Brill, 2001, pp. 215-244.
- BROCKMAN, Thomas, «Dynastie, Kaiseramt und Konfession. Politik und Ordnungsvorstellungen Ferdinands II», *Dreissigjäh-rigen Krieg*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2011.
- BROTHER LAWRENCE, *The practice of presence of God*, Libri vox, 2014.
- BRZEZINSKI, Richard, *Lützen, 1632: climax of the Thirty Years War*, Westport, 2005.
- BUCKREUS, Simone, *Der Körper einer Regentin: Amelia Elisabeth von Hessen-Kassel*, SH-Verlag, 2008.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano (1451-1807)*, Síntesis, Madrid, 2015.
- BURDEAU, Georges, *Tratado de Ciencia Política*, tomo II (*El Estado*), volumen I (*La Formación del Estado*), UNAM, ENEP-Acatlán, México, 1985.
- BURKHARDT, Johannes, *Der Dreißigjährige Krieg*, Suhrkamp Verlag, Fráncfort, 1992.
- BURSCHEL, Peter, «Himmelreich und Hölle. Ein Söldner, sein Tagebuch und die Ordnungen des Krieges, en

- Krusenstjern, Benigna von, Medick», Hans (ed.), *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreisigjährigen Kriege aus der Nähe*, 2.^a ed., (*Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte*, tomo, 148), Vandenhoeck y Ruprecht, Göttingen, 2001, pp 181-194.
- BUSOLINI, Darío, «Pompeo Giustiniani», en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 57, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma, 2002.
- BUSSMANN, Klaus y SCHILLING, Heinz S., (eds.), *1648: Krieg und Frieden in Europa*, Munster-Osnabruck, LWL-Institut für Regionalgeschichte, 3 vols. Múnich, 1998.
- BUZEK, Vaclav, «Konfessionelle Pluralität in der kaiserlichen Leibkammer zu Beginn des 17. Jahrhunderts», en Bahlcke, Joachim *et al.* (eds.), *Konfessionelle Pluralität als Herausforderung: Koexistenz und Konflikt in Spätmittelalter und früher Neuzeit*, Leipziger Universitätsverlag, Leipzig, 2006, pp. 381-396.
- CABAÑAS BRAVO, Miguel; LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia y RINCÓN GARCÍA, Wifredo (coords.), *Arte en tiempos de guerra*, 2009.
- CAIMMI, Riccardo, *La Guerra del Friuli. Altrimenti nota come guerra di Gradisca o degli Uscocchi*, Libreria Editrice Goriziana, 2007.
- CALVO, M. del Carmen, «España y la guerra de los Treinta Años en el quinquenio, 1630-1635», *Saitabi*, 20, 1970, pp, 161-179.
- CÁMARA MUÑOZ, Alicia (coord.), *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005, pp. 161-180.

- CAMARERO PASCUAL, R., «La Guerra de Recuperación de Cataluña y la necesidad de establecer prioridades en la Monarquía Hispánica (1640-1643)», en García Hernán, E. y Maffi, D. (eds.), *op. cit.*, vol I. *Política, estrategia, organización y guerra en el mar*, Madrid, 2006, pp. 323-357.
- CAÑETE CARRASCO, Hugo Álvaro y MEDINA, Francisco, *La Guerra de Frisia: Las campañas del coronel Verdugo en el norte de Flandes (1579-1594)*, Barcelona, 2012.
- , *Los Tercios de Flandes en Alemania. La Guerra del Palatinado 1620-1623*, Ed. Salamina, 2014.
- CANTONI, Davide, «The economic effects of the protestant reformation: Testing the weber hypothesis in the german lands», *Journal of the European Economic Association*, 2015, 13 (4), pp. 561-98.
- CARABIAS TORRES, Ana María, «De Münster a los Pirineos: propuestas de paz del representante español el Conde de Peñaranda», en Aranda Pérez, Francisco José (coord.), *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Ed. Universidad Castilla-La Mancha, 2004, pp. 297-311.
- CARDIM, Pedro, «Os “rebeldes de Portugal” no Congresso de Münster (1644-48)», *Penélope: revista de história e ciências sociais*, n.º 19-20, 1998, pp. 101-128.
- , «Diplomacia y diplomáticos en el tiempo de Saavedra Fajardo», en Bango Torviso I. G., (ed.), *Saavedra Fajardo, soñar la paz, soñar Europa*, Tres Fronteras, Murcia, 2008, pp. 94-129.

- , «Portugal unido y separado. Propaganda y discurso identitario entre Austrias y Braganzas», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, *Historia Moderna*, n.º 25, 2012, pp. 37-55.
- CARDONA, Gabriel, «Introducción», libro de Clausewitch, Carl von, *De la Guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
- CARRASCO, Raphaël, *L'Espagne au temps des validos 1598-1645*, Toulouse, 2012.
- CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, «Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las Noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico, (1598-1659)», en García Hernán, E. y Maffi, D. (eds.), *op. cit.*, vol. II, pp. 135-163.
- , «A las puertas del templo de Jano. Percepciones de la guerra en la Monarquía de España de los siglos XVI y XVII», en Ribot García, Luis (coord.), *Edad Moderna. II. Escenario Europeo*, de la *Historia Militar de España*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2013, pp. 419-445.
- CARRIÓ-INVERNIZZI, Diana (dir.), *Embajadores culturales: Transferencias y lealtades de la diplomacia española en la Edad Moderna*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2016.
- CASTELLANO, Juan Luis, «Europa y los estados en el pensamiento político de Saavedra Fajardo», en Schepper, Hugo de; Tümpel, Chr. L. y Vet, J.J.V.M. de (eds.), *1648, La Paz de Münster*, Katholieke Universiteit Nijmegen, Idea Books. Cop., Barcelona, 2001, pp. 29-43.
- , «La reputación de la monarquía en época de los Austrias», en Jiménez Estrella, Antonio y Andújar Castillo, Francisco (ed. lit.), *Los nervios de la guerra:*

estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (siglos XVI-XVIII): nuevas perspectivas, 2007, pp. 1-14.

CASTILLO CÁCERES, Fernando, *Estudios sobre cultura, guerra y política en la Corona de Castilla, (siglos XIV-XVII)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2007.

CAVAZZI DE MONCUCCOLO, J. A., *Descrição histórica dos tres reinos: Congo, Matamba e Angola*, Lisboa, 1965.

CERMAN, Markus, «Bohemia after the Thirty Years' War: some theses on population structure, marriage and family», *Journal of Family History*, 1994, vol. 19, n.º 2, pp. 149-175.

CHABOCHE, R, «Les soldats français de la guerre de Trente Ans», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, n.º XX, 1973, pp. 10-24.

CHALINE, Olivier, «Les Buquoy, d'Artois en Bohême», *Revue des études Slaves*, 2007, vol. 78, n.º 4, pp. 431-450.

—, *La Bataille de la Montagne Blanche, 8 Novembre, 1620: Un mystique chez les Guerriers*, París, 2000, ed. 2008.

—, «Charles-Bonaventure de Longueval, comte de Buquoy. (1571-1621)», *Dixseptième siècle*, 2008/3, n.º 240, pp. 399-422.

CHARTERS, Erica; ROSENHAFT, Eve y SMITH, Hannah (eds.), *Civilians and War in Europe, 1618-1815*, Liverpool Scholarship Online, 2012.

CHARTIER, Roger y ESPEJO, Carmen, *La aparición del periodismo en Europa. Comunicación y propaganda en el Barroco*, Marcial Pons, Madrid, 2012.

CHONÉ, P. (ed.), *Jacques Callot (1592-1635)*, Catálogo

- exposición de Nancy, Musée Historique Lorrain (13 de junio-14 de septiembre de 1992), París, 1992, pp. 363-366.
- , «La Guerre de Trente Ans. Communication et propagande: Flugblätter, en 1648», en *La Paix de Westphalie vers l'Europe moderne*. Catálogo de la exposición, Ministère des Affaires Étrangères, París, 1998, pp. 202-203.
- CHUDOBA, Bohdan, *España y el Imperio (1519-1643)*, 1.^a ed. en español Rialp, Barcelona, 1963. Sarpe, D. L., Madrid, 1986.
- CIPOLLA, Carlo M., *Fighting the Plague in Seventeenth-century Italy*, Wisconsin, 1981.
- CITINO, Robert, *The german way of war: From the thirty years' war to the third Reich*, University Press of Kansas, 2005.
- CLARAMUNT SOTO, Àlex et al., *Soldados de la Edad Moderna*, HRM Ediciones, 2014.
- CLARK, George N., *War and Society in the Seventeenth Century*, Cambridge, 1958.
- COGSWELL, Thomas, *Blessed revolution: English politics and the coming of war, 1621-1624*, Cambridge University Press, 2005.
- COLOM PIELLA, Guillem, «La revolución en los asuntos militares», *Boletín de Información*, n.º 295, 2006.
- , La revolución militar posindustrial, *Revista de Estudios Sociales*, n.º 50, 2014, pp. 113-126.
- COLOMER, José Luis (coord.), *Arte y diplomacia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Villaverde, Madrid, 2003.
- , «El conde de la Roca y el marqués Virgilio Malvezzi: dos diplomáticos panegiristas del conde duque de Olivares»,

en Pellistrandi, Benoît y Couderc, Christophe (coords.), «*Por discreto y por amigo*»: *mélanges offerts à Jean Canavaggio*, 2005, pp. 513-534.

CONDE PAZOS, Miguel, «El Tratado de Nápoles: el encierro del príncipe Juan Casimiro y la leva de polacos de Medina de las Torres (1638-1642)», *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º 33, 2011, pp. 123-139.

—, «Relaciones entre los Habsburgo y los Vasa de Polonia. La embajada a Varsovia del conde de Solre y Alonso Vázquez y la firma del Tratado Familiar (1635-1660)», en Sanz Camañes, Porfirio (coord.), *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, 2012, pp. 283-310.

—, «Entre franceses y españoles: el Cardenalato del príncipe Juan Casimiro Vasa y la diplomacia hispano italiana en Italia (1643-1648)», *Libros de la Corte*, n.º extra 1, 2014, pp. 33-51.

CONTRERAS GAY, José, «El servicio militar en España durante el siglo XVII», *Chronica Nova*, 21, 1993-1994, pp. 99-122.

CORREDERA NILSSON, Enrique Johan, *Todos somos godos. Las relaciones hispano-suecas desde la década de 1640 hasta la Paz de Oliva*, 2009.

—, «Conceiving and perceiving the other: the Swedish elite's image of the Hispanic monarchy during the first half of the 17th Century», en García Hernán, Enrique y Skowron, Ryszard (coords.), *From Ireland to Poland: Northern Europe, Spain and the Early Modern World*, 2015, pp. 289-304.

CORTÉS LÓPEZ, José Luis, «Felipe II, III y IV, reyes de Angola y

- protectores del reino del Congo (1580-1640)», *Studia Historica. Historia Moderna*, IX, 1991, pp. 223-246.
- COSGWELL, Thomas, «The Politics of Propaganda: Charles I and the People in the 1620s», *Journal of British Studies*, vol. 29, 3, 1990, pp. 187-215.
- COUPE, W. A., *The German illustrated broadsheet in the seventeenth century: historical and iconographical studies*, Baden-Baden, Heitz, 1966-1967.
- COY, Jason Philip, *A brief history of Germany*, Nueva York, 2011.
- CRISTINI, Luca y POGLIANI, Giuseppe, *La battaglia di Tornavento del 1636 e la guerra dei 30 anni in Italia*, Milán, 2011.
- CROXTON, Derek, «The Prosperity of Arms is never continual: Military Intelligence, Surprise, and Diplomacy in 1640s Germany», *The Journal of Military History*, vol. 64, n.º 4, octubre, 2000, pp. 981-1003.
- , *Westphalia: the last Christian peace*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013.
- CRUZADA VILLAAMIL, Gregorio, *Los viajes de Rubens a España: oficios diplomáticos de un pintor*, Miraguano ediciones, 2004.
- CUETO, R., «Crisis, conciencia y confesores en la Guerra de Treinta Años», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 1995, 16, pp. 249-265.
- CUEVA, Mario de la, *La idea del Estado*, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986.
- CUNEO, Pía, *Artful armies, beautiful battles: art and warfare in early modern Europe*, Brill, 2002.
- DAMERI, Annalisa, «Francesco Prestino and Giacomo Tensini,

- engineers at the service of the king of Spain. Fortifications reinforcement, cities drawings», en Echarri Iribarren, Víctor (coord.), *Defensive Architecture of the Mediterranean: xv to xviii centuries*, vol. V, 2017, pp. 159-166.
- D'ANGELO, Valerio, «*Hostis ante portas*. El poder, la guerra y la figura del enemigo en las relaciones internacionales», *Revista UNISCI*, n.º 38, 2015, pp. 35-67.
- DAVIES, Steffan, *The Wallenstein Figure in German Literature and Historiography 1790-1920*, Institute of Germanic and Romance Studies, University of London, Londres, 2009.
- DAVIS, N. Z., *The gift in sixteenth century France*, Oxford, 2000.
- DEFOE, Daniel, *Memoris of a cavalier, or a military journal of the wars in German and the wars in England from the year 1632, to the year 1648*, 1927.
- DEMETRIOU, Eroulla, «Fiercer than the pope's bulls: jesuits in early 17th century anti-catholic, anti-Spanish English pamphlets», *Grove: Working papers on English studies*, n.º 13, 2006, pp. 73-92.
- DENTONE, Catherine, *Images de la francophobie en Espagne, l'écriture de la crise de 1635*, tesis doctoral, París IV, 2000.
- , «Elementos hagiográficos en la propaganda francófoba de 1635», en Vitse, Marc (ed.), *Homenaje a Henri Guerreiro. La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, Iberoamericana Vervuert, Madrid, Fráncfort, 2005, pp. 471-491.
- DÍAZ NOCI, J., «Del suceso a la fiesta. La construcción del

- acontecimiento en el Siglo de Oro español a través de las relaciones sobre el sitio de Fuenterrabía (1638)», en Paba, A. y Renales, G. A., (coords.), *Encuentro de civilizaciones (1500-1750): informar, narrar, celebrar*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2003, pp. 129-148.
- , «Fuentes históricas coetáneas de la liberación de Hondarribia: La construcción de un acontecimiento en la España de Olivares», *Mediatika*, 10, 2004, pp. 77-107.
- DIETER, Albrecht, *Ferdinand II*, Anton Schindling, Walter Ziegler (Hrsg.), *Die Kaiser der Neuzeit. 1519-1918. Heiliges Römisches Reich, Österreich, Deutschland*, Múnich, 1990.
- DÍEZ BORQUE, J. M., «Literatura española de la guerra de los Treinta Años (1618-1648)», en A. Lara (coord.), *Homenaje a Elena Catena*, Castalia, Madrid, 2001, pp. 185-214.
- DIWALD, H., *Wallenstein. Eine Biographie*, Esslingen (1.^a edición, Esslingen, 1969), 2007.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Desde Carlos V a la Paz de los Pirineos. 1517-1660*, Grijalbo, Barcelona, 1974.
- , *Testamentos de los Reyes de la Casa de Austria*, Madrid, 1982.
- , «Las causas de la Guerra de los Treinta años», *Cuadernos de Historia* 16, n.º 96, 1997, pp. 5-10.
- DOOLEY, Brendam, *A Mattress Maker's Daughter: The Renaissance Romance of Don Giovanni de' Medici and Livia Vernazza*, MA, Harvard University Press, Cambridge, 2014.
- DOWLEY, Tim y ROWLAND, Nick, *The Thirty Years' War, Atlas of the European Reformations*, Augsburg Fortress Publishers, 2015.

- DUBET, Anne y RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coords.), *Las monarquías española y francesa (siglosXVI-XVIII), ¿Dos modelos políticos?*, Casa de Velázquez, Madrid, 2010.
- DUBOST, Jean-François, *Marie de Médicis: la reine dévoilée*, Payot, París, 2009.
- , «La reina de la paz. Conservación, concordia y arte de la diplomacia bajo la regencia de María de Médicis (1610-1614)», en García García, Bernardo J.; Herrero Sánchez, Manuel y Hugon, Alain (eds.), *El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los pacificadores, 1598-1618*, Fundación Carlos de Amberes-Universidad Pablo de Olavide, Madrid, 2012, pp. 321-344.
- DUCHHARDT, Heinz, «Der Westfälische Friede als *lieu de memoire* in Deutschland und Europa», en Bussmann, Klaus y Schilling, Heinz S., (eds.), *1648: Krieg und Frieden in Europa*, Münster-Osnabrück, LWL-Institut für Regionalgeschichte, 1998, vol. I, pp. 41-47. En inglés, «The Peace of Westphalia as *lieu de mémoire* in Germany and Europe», en Bussmann, Klaus y Schilling, Heinz S., (eds.), *1648: War and Peace in Europe*, Münster-Osnabrück, 1998, vol. I, pp. 41-47. También en castellano por Caballero, O. y Molas, P., «La Paz de Westfalia como *lieu de mémoire* en Alemania y Europa», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 19, 1999, pp.147-156.
- DUFFY, Cristopher, *Siege Warfare. The Fortress in the Early Modern World 1494-1660*, Londres, 1979.
- (ed.), *The Military Revolution and the State, 1500-1800*, Exeter, University of Exeter, 1980.
- DUKES, Paul, «New perspectives: Alexander Leslie and the

- Smolensk War, 1632-4», en Murdoch, Steve (ed.), *op. cit.*, pp. 173-190.
- DUPÂQUIER, Jacques, *La Population française aux XVII^e et XVIII^e siècles*, PUF, 3.^a ed., 1995.
- DŮRČANSKÝ, Marek, *Ceská města a jejich správa za třicetileté války: Zemský a lokální kontext*, Karolinum Press, 2014.
- EBBEN, Maurits, «Partidarios y detractores de la paz en la República de las Provincias Unidas,» en *El final de la Guerra de Flandes (1621-1648), 350 Aniversario de la paz de Münster*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 1998, pp. 39-50.
- EDELMAYER, Friederich, «Nuevas investigaciones sobre la historia del Sacro Imperio Romano Germánico (1519-1648)», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 15, 1994, pp. 171-189, pp. 186-187.
- , «La red clientelar de Felipe II en el Sacro Imperio Romano Germánico», *Torre de los Lujanes*, 33, 1997, pp. 129-142.
- , «Gli Asburgo e l'Europa: Ferdinando II e Ferdinando III (1619-1657)», en *Gorizia Barocca. Una città italiana nell'impero degli Asburgo*, Mariano del Friuli, 1999, pp. 21-35.
- , «El Sacro Imperio (1519-1648)», *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º 23, 2001, pp. 19-24.
- , *Söldner und Pensionäre. Das Netzwerk Philipps II. im Heiligen Römischen Reich*, Viena-Múnich, 2002.
- , «Génova en la encrucijada entre el Sacro Imperio y la Monarquía Católica», en Herrero Sánchez, Manuel; Ben

- Yessef Garfía, Rocío; Bitossi, Carlo y Puncuh, Dino (coords.), *Génova y la monarquía hispánica (1528-1713)*, vol. 2, 2011, pp. 617-626.
- , «¿Una “gran estrategia” de los Habsburgo? Las relaciones entre Madrid y Viena», *Desperta Ferro: Especiales*, n.º 1, 2013, pp. 10-17.
- , «Albrecht von Wallenstein», *Desperta Ferro: Especiales*, n.º 1, 2013, pp. 26-29.
- , «El Sacro Imperio y la Monarquía Católica», en Ruiz Ibáñez, José Javier (coord.), *Las vecindades de las monarquías ibéricas*, 2013, pp. 81-102.
- y ALVAR EZQUERRA, Alfredo (coords.), *Fernando I, 1503-1564: socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004.
- EGLER, Anna, *Spanier in der linksrheinischen Pfalz 1620-1632: Invasion, Verwaltung, Rekatholisierung*, 1971.
- EIRAS ROEL, Antonio, «Desvío y mudanza de Francia en 1616», *Hispania*, 25, 1965, pp. 521-560.
- , «Política francesa de Felipe III: las tensiones con Enrique IV», *Hispania*, 31, 1971, pp. 245-336.
- ELLIOT, J. Huxtable, «El programa de Olivares y los movimientos de 1640», en Jover Zamora, J. M. (dir.), *Historia de España*, xxv: *La España de Felipe IV*, Madrid, 1982.
- , «A question of Reputation? Spanish foreign policy in the Seventeenth Century», *Journal of Modern History*, 55, 1983, pp. 475-483.
- , *Richelieu and Olivares*, Cambridge University Press,

- Londres, 1984, Barcelona, 1984.
- , *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España, 1598-1640*, Madrid, 1986.
- , *El Conde-Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Crítica, Barcelona, 1990.
- , «Formula for survival: the Spanish monarchy and empire», *International Historical Congress*, 1990.
- , «Europa después de la Paz de Westfalia», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 19, 1999, pp. 131-146.
- , «Europe after the Peace of Westfalia», en Thuillier, J. y Bussmann, K., (coords.), *1648. Paix de Westphalie. L'art entre la guerre et la paix*, París, 1999, pp. 543-559.
- ELLIOT, John H. y NEGREDO DEL CERRO, Fernando (eds.), *Memoriales y cartas del conde duque de Olivares*, t. II: *Política exterior, Correspondencia con el Cardenal Infante*, CEEH-Marcial Pons, Madrid, 2016.
- ELTIS, David, *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe*, I. B. Tauris, Nueva York, 1998.
- ENGLUND, Peter von (autor), BUTT, Wolfgang (traductor), *Verwüstung: Eine Geschichte des Dreißigjährigen Krieges*, Reinbek, Rowohlt E-Book, 2013.
- ERLANG, Robert, *The Myth of the All-Destructive Fury of the 'Thirty Years War*, The Craftsmen, Pocono Pines, 1956.
- ERICSON, Lars, «Suecia y la Guerra de los Treinta Años», *Desperta Ferro: Historia moderna*, n.º 27, 2017, pp. 6-11.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio, «La historia militar. Entre la renovación y la tradición», *Manuscripts*, n.º 1, 1993, pp. 215-242.

- , (reseña), GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando, «The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders (1567-1659)», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 71, n.º 239, 2011, pp.862-866.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, Alicia, «Administración militar y negocio de guerra en los Países Bajos católicos (siglo XVII)», en Herrero Sánchez, M. y Crespo Solana, A. (coords.), *España y las 17 provincias de los Países Bajos: una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*, Córdoba, 2002, vol. I, pp. 65-100.
- , «La ejecución del gasto militar y la gestión de los suministros. El abastecimiento de pan de munición en el ejército de Flandes durante la primera mitad del siglo XVII», en Rizzo, M. et al. (eds.), *Le Forze del Principe. Recursos, Instrumentos y Límites en la Práctica del Poder Soberano en los Territorios de la Monarquía Hispánica*, Murcia, 2003, vol. I, pp. 409-468.
- ESTEBAN RIVAS, Alberto Raúl, *Batalla de la Montaña Blanca 1620: Guerra de los Treinta Años*, Madrid, Ediciones Almena, 2012.
- La batalla de Fleurus 1622: Guerra de los Treinta Años y del Palatinado*, Madrid, Ediciones Almena, 2013.
- *La batalla de Tuttlingen, 1643*, Madrid, Ediciones Almena, 2014.
- ETTINGHAUSEN, Henry, «Politics and the press in Spain», en Dooley, Brendam y Baron, S. (eds.), *The Politics of Information in Early Modern Europe*, Routledge, Londres, 2001, pp. 199-215.
- EVANS, Malcom, D., *Religious liberty and international law in*

- Europe*, Cambridge Studies, Cambridge, 1997.
- EVANS, R. J. W., *La Monarquía de los Habsburgos, 1550-1700*, Barcelona, 1989 (1.^a ed. inglesa Oxford, 1979).
- SCHAICH, Michael y WILSON, Peter H. (eds.), *The Holy Roman Empire 1495-1806: A European Perspective*. Oxford University Press, Oxford, 2011.
- FAZIO FERNÁNDEZ, Mariano, *Francisco de Vitoria: Cristianismo y Modernidad*, Ediciones Ciudad Argentina, 1998.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo y FONTANA, Josep, *Historia de España. La crisis de la Monarquía*, vol. 4, Crítica, Barcelona, 2009.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Don Gonzalo Fernández de Córdoba y la guerra de sucesión de Mantua y del Monferrato (1627-1629)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1955.
- , «El fracaso de la hegemonía española en Europa», en Jover Zamora, J. M. (dir.), *Historia de España, La España de Felipe IV*, XXV, Madrid, 1982, pp. 635-789.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo, *El Gran Duque de Osuna y su Marina: jornadas contra turcos y venecianos (1602-1624)*, Renacimiento, 2006.
- FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo, «Una corte itinerante por tierras europeas 1629-1631: De Madrid a Viena con la infanta doña María, bajo la mirada de don Juan de Palafox», en Rodríguez Moya, Inmaculada y Mínguez Cornelles, Víctor (coords.), *Visiones de un imperio en fiesta*, 2016, pp. 309-338.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando, *El Toisón de oro. De Felipe III «el bueno» a Felipe VI*, tesis doctoral, Universidad

Complutense, Madrid, 2016.

FERNÁNDEZ SANTAMARÍA, J. A., *El Estado, la guerra y la paz: el pensamiento político español del Renacimiento, 1516-1559*, Madrid, 1988.

FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, Carmen, *El primer conde de la Roca*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1995.

—, *Juan Antonio de Vera, I Conde de la Roca: (1583-1658)*, Departamento de Publicaciones, Diputación Provincial, Badajoz, 1994.

FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano y AMADOR DE LOS RÍOS, José, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1856.

FEROS CARRASCO, Antonio, «Lerma y Olivares: la práctica del valimiento en la primera mitad del seiscientos», en *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990, pp. 195-224.

—, «Clientelismo y poder monárquico en la España de los siglos XVI y XVII», *Relaciones*, 73, 1998, vol. xix, pp. 16-49.

—, *El duque de Lerma: realeza y privanza en la España de Felipe III*, Marcial Pons, Madrid, 2002.

FERRETI, Giuliano, «Richelieu et Louis XIII, les deux soleils de la France», *Nouvelles de la Republique des Lettres*, n.º 1, 2002, pp. 51-62.

FINDEISEN, Jörg-Peter, *Gustav Adolf von Schweden-Der Eroberer aus dem Norden*, Casimir Katz Verlag, 2005.

FLECNIAKOSKA, Jean-Louis, «Las figuras de Herejía y Demonio al servicio de la propaganda política en los autos de Mira de Amescua», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*,

52, 1976, pp. 203-222.

FLETCHER, C. R. L., *Gustavus Adolphus and the Thirty Years' War*, Capricorn, Nueva York, 1963.

FORBELSKÝ, Josef, Španěle, Růže a Čechy v 16. a 17. století: osudy generála Baltasara, Marradase, 2006 (libro electrónico).

—, «Las relaciones de Bohemia con la Monarquía Católica y el Imperio, siglo XVI-XVII», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén (coords.), *La Dinastía de los Austria: Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Polifemo, Madrid, 2011, pp. 59-69.

FORCLAZ, Bertrand et P. (dir.), *Religion et piété au défi de la guerre de Trente Ans*, Presses universitaires de Rennes, D.L., Rennes, 2005.

FRAGA IRIBARNE, M., *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, Murcia, 2008 (1.^a ed., Madrid, 1955).

FRANGANILLO ÁLVAREZ, Alejandra, «Servicio y deservicio a Felipe IV. Los Príncipes de Carignano, entre Francia y la Monarquía Hispánica (1634-1644)», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 77, n.º 255, 2017, pp. 91-115.

FRANZ, Günther, *Der Dreißigjährige Krieg und das deutsche Volk. Untersuchungen zur Bevölkerungs- und Agrargeschichte*. 4., neubearbeitete und vermehrte Auflage, Fischer, Stuttgart, 1979.

FREYTAG, Gustav, *Bilder aus der deutschen Vergangenheit*, 5 vol., 1859-1867. Traducido al inglés, *Pictures of the German Life*, 1862-1863.

—, *Le Peuple allemand à l'époque de la guerre de Trente ans*,

Plon-Nourrit, París, 1901.

FRIEDEBURG, Robert von, *Luther's legacy: The Thirty Years War and the modern notion of 'state' in the empire, 1530s to 1790s*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.

FRIGO, Daniela, «Mantua, política y diplomacia», en Martínez Millán, José y Visceglia, M^a Antonietta (coords.), *La monarquía de Felipe III: los Reinos*, vol. IV, Fundación Mapfre, Madrid, 2008, pp. 1188-1196.

FUCÍKOVÁ, E. y CEPICKA, L., *Albrecht of Waldstein and his Era. Prague, Senate of the Parliament of the Czech Republic*, Waldstein Riding School, Exhibition Guide, Praga, 2007-2008.

FYNN-PAUL, Jeff (ed.), *War, entrepreneurs, and the state in Europe and the Mediterranean, 1300-1800*, 2014.

GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, «Un diplomático español en la Europa del siglo XVII: Diego de Saavedra Fajardo y su clave criptográfica con Felipe IV», *Murgetana*, n.º 89, 1994, pp. 55-62.

GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.

—, «La conciencia española en la crisis del siglo XVII: el problema catalán en Münster», en Huchhardt, H. y Strosetzki, Ch. K. (ed.), *op. cit.*, pp. 129-138.

—, *El demonio del Sur. La leyenda negra de Felipe II*, Cátedra, Madrid, 2017.

GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, *La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma*, Leuven University Press, Lovaina, 1996.

—, «La guerra de los Treinta Años», en Floristán, Alfredo

- (dir.), *Historia Moderna Universal*, Ariel, Barcelona, 2002, pp. 383-412.
- , «Regalos y consumos suntuarios entre las cortes de Madrid y Bruselas en los reinados de Felipe II y Felipe III», en García García, Bernardo José y Grilo, Fernando (coords.), *Ao modo da Flandres: disponibilidade, inovação e mercado de arte na época dos descobrimentos (1415-1580)*: Actas do Congresso Internacional, Lisboa, 2005, pp. 131-158.
 - (ed.), *La imagen de la guerra en el arte de los antiguos Países Bajos*, Ed. Complutense, Madrid, 2006.
 - (ed.), *350 Años de la Paz de Westfalia (1648-1998)*, Actas Ciclo de Conferencias, Fundación Carlos de Amberes y Biblioteca Nacional de España, Madrid, 2009.
- HERRERO SÁNCHEZ, Manuel y HUGON, Alain (eds.), *El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los Pacificadores, 1598-1618*, Fundación Carlos de Amberes-Universidad Pablo de Olavide, Madrid, 2012.
- GARCÍA HERNÁN, Enrique, *Consejero de Ambos Mundos. Vida y obra de Juan Solórzano Pereira (1575-1655)*, Mapfre Ediciones, Instituto de Cultura, 2007.
- y MAFFI, Davide (eds.), *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid, 2006.
- GARCÍA ORO, J., *Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar y embajador de España, 1567-1626. Estudio Biográfico*, Santiago de Compostela, 1997.
- GARCÍA WISTÄDT, Ingrid, «Las vicisitudes de la pícara Coraje: el viaje de una mujer en la Guerra de los Treinta Años»,

- en Raposo, Berta y Weber, Eckhard (eds.), *Guerra y viaje: una constante histórico-literaria entre España y Alemania*, PUV, Universidad de Valencia, Valencia, 2009, pp. 43-55.
- GARDINER, Samuel Rawson, *The Thirty Years' War, 1618-1648*, Nueva York, Scribner, 1883.
- GIL PUJOL, Francisco Xavier, *Tiempo de política: perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Universitat de Barcelona, Servicio de Publicaciones, Barcelona, 2006.
- GILLY, C., «The “Midnight Lion”, the “Eagle” and the “Antichrist”: Political, Religious and Chialistic Propaganda in the Pamphlets, Illustrated Broadseheets and Ballads of the Thirty Years War», *Nederlands Archief voor Kerkgeschiede*, vol. 80, n.º 2, 2000, pp. 46-77.
- GINARTE GONZÁLEZ, Ventura, «Instrucciones al Conde de la Roca para la embajada extraordinaria en Saboya y ordinaria en Venecia», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 49, n.º 172, 1989, pp.733-752.
- , *El Conde de La Roca en la diplomacia española de la Guerra de los Treinta Años, la misión saboyana (1630-32): análisis categorial de una gestión diplomática*, Colegio Santa María del Bosque, D. L., Madrid, 1990.
- GINDELY, Antonín, *History of the Thirty Year's War*, G.S.P. Sons, Nueva York, 1884.
- GINDLE, Manfred, «1618 bis 1648: Dreißigjähriger Krieg, Buch von J. Arndt. 2012», Disponible en : <https://geschimagazin.wordpress.com/2012/02/18/> [consultado 27 de diciembre de 2012]
- GIORDANO, S., «Urbano VIII e la Casa d'Austria durante la Guerra dei Trent'anni. La missione di tre nunzi

straordinari nel 1632», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén, *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Polifemo, Madrid, 2011, pp. 227-247.

GÓMEZ VOZMEDIANO, Miguel Fernando, «Fuentes para la Historia Militar en los siglos XVI y XVII en los archivos nobiliarios españoles», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.), *Guerra y sociedad...*, *op. cit.*, vol. 1, 2006, pp. 589-632.

GONZÁLEZ CUERVA, Rubén, «Italia y la Casa de Austria en los prolegómenos de la Guerra de los Treinta Años», en Martínez Millán, José y Rivero Rodríguez, Manuel (coords.) *Centros de poder italianos en la monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, vol. 1, 2010, pp. 415-480.

—, *Baltasar de Zúñiga: Una encrucijada de la Monarquía Hispana: (1561-1622)*, Polifemo, Madrid, 2012.

GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando, *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders, 1567-1659*, Brill, Leyden-Boston, 2009. Reseña en Maffi, Davide, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie IV, *Historia Moderna*, n.º 23, 2010, pp. 254-259.

GONZÁLEZ NAVARRO, Ramón, *Fernando I (1503-1564): un emperador español en el Sacro Imperio*, Editorial Alpuerto, 2003.

GOODMAN, David, *El poderío naval español. Historia de la armada española del siglo XVII*, Editorial Península, Barcelona, 2001, (1.ª ed. 1997).

GOTTHARD, Axel, «El Sacro Imperio durante la Guerra de los Treinta Años», *Studia Histórica, Historia Moderna*, vol.

23, 2001, pp. 149-170.

GRELL, Ch., «Par delà l'Allemagne: le Royaume de Pologne dans la géographie politique et dans le jeu diplomatique de la France entre XVI et XVIII siècles», en Forycki, M., y Serwanski, M., *Francja, Niemcy i Polska w Europie nowożytnej i najnowszej* (XVI-XX w.), Poznań, 2003.

GRIMMELSHAUSEN, Hans von, *El aventurero Simplicissimus*, Debolsillo, Barcelona, 2008.

GROSJEAN, Alexia, *An Unofficial Alliance: Scotland and Sweden, 1569-1654*, Leiden, 2003.

GÜELL, Manel, *Camí a la revolta (1625-1640)*, Edicions de la Universitat de Lleida, Lleida, 2008.

GUILL ORTEGA, Miguel Ángel, *Don Carlos Coloma, 1566-1637: espada y pluma de los Tercios*, Club Universitario, 2007.

GUILLAMÓN ÁLVAREZ, F. J., *Reformismo en los límites del orden estamental: de Saavedra Fajardo a Floridablanca*, Editum, Murcia, 2010.

GÜNTER, Heinrich, *Habsburger-Liga 1625-1635: Briefe und Akten aus dem General-Archiv zu Simancas*, 1965.

GUTHRIE, William P., *Battles of the Thirty Years War: From White Mountain to Nördlingen 1618-1635*, Westport, 2002.

—, *The Later Thirty Years War, From the Battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport, 2003. Traducidos al español: *Batallas de la Guerra de los Treinta Años*, vol. I: *de la Montaña Blanca a Nördlingen*, 1618-1635, Ed. Salamina, 2016. Vol. II: *De Wittstock a la Paz de Westfalia*, 1636-1648, Ed. Salamina, 2017.

GUTMANN, Marion P., «The Origins of the Thirty Years' War», *The Journal of Interdisciplinary History*, 18, 4, 1988,

pp. 749-770.

HAGER, Werner y DIETERICH, Antón, *La rendición de Breda de Velázquez*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

HALE, J. R., *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Madrid, 1990.

HANLON, Gregory, *Early Modern Italy, 1550-1800*, Macmillan, Londres, 2000.

—, «Wartime mortality in Italy's Thirty Years War: The duchy of Parma 1635-1637», *Histoire, Économie & Société*, 2012, 31e année (4), pp. 3-22.

—, *The Hero of Italy: Odoardo Farnese, Duke of Parma, his Soldiers, and his Subjects in the Thirty Years' War*, Oxford University Press, Oxford, 2014.

HAUSMANN, Friedrich, «Das Regiment hochdeutscher Knechte des Grafen Julius von Hardegg, seine Geschichte, Fahnen und Uniform», *Der Dreissigjährige Krieg*, 79-67, pp. 129-135.

—, «Geschichte, Fahnen und Uniform», *Der Dreißigjährige Krieg. Beiträge zu seiner Geschichte*, Viena, 1976, pp. 79-168.

HECKEL, Martin, *Deutschland in konfessionellen Zeitalter*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gottingen, 1983, y Heckel, Martin, «Die Krise der Religionsverfassung des Reiches und die Anfänge des Dreissigjährigen Krieges», en Repgen, Konrad (ed.), *Krieg und Politik 1618- 1648*, Oldenbourg, München, 1988, pp. 107-131.

HEIBERG, Steffen Heiberg, *Christian IV: monarken, mennesket og myten*, Copenhagen, Gyldendal, 1988. Svend Ellehøj (ed.), *Christian 4.s verden*, Arnold Busck, Copenhagen,

1988.

- HELFFERICH, Tryntje, «A Levy in Liège for Mazarin's Army: Practical and Strategic Difficulties in Raising and Supporting Troops in the Thirty Years War», *Journal of Early Modern History*, 11, 6, 2007, pp. 475-500.
- , Reseña de Mortimer, Geoff., *Wallenstein, the Enigma of the Thirty Years War*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2010, *German History*, 2011, 29, 4, pp. 648-650.
- , *The Iron Princess: Amalia Elisabeth and the Thirty Years War*, MA, Harvard University Press, Cambridge, 2013.
- (ed.), *The Thirty Years' War. A Documentary History*, Hackett Publishing Company, Indianapolis, 2009. Vid. la nueva edición: Helfferich, Tryntje, (ed.), *The essential Thirty Years War. A Documentary History*, Hackett Publishing Company, Inc., Indianapolis, 2015.

HERAUSGEGEBEN VON, Hermann, *Sacher in Auftrag der Görres-Gesellschaft*, tomo IV, Freiburg in Breisgau, 1931.

HERRERO SÁNCHEZ, Manuel, «La quiebra del sistema hispano-genovés, 1627-1700», *Hispania*, LXV/1, n.º 219, vol. 65, 2005, pp. 115-151.

—, «La República de Génova y la Monarquía Hispánica, siglos XVI-XVII», *Hispania*, LXV/1, n.º 219, vol. 65, 2005, pp. 9-19.

—, «Paz, razón de estado y diplomacia en la Europa de Westfalia. Los límites del triunfo del sistema de soberanía plena y la persistencia de los modelos policéntricos (1648-1713)», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 41, 2015, pp. 43-65.

HILDEGARD, ERNST, *Madrid und Wien, 1632-1637. Politik und Finanzen in den Beziehungen zwischen Philipp IV. und Ferdinand II, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte e.V., Broschiert-1*, 1991.

—, «Spanish subsidies for the Emperor 1632 to 1642», en Repgen, Konrad (ed.), *War and Politics 1618-1648. European problems and prospects* (writings of the Historical College, colloquia 8, Múnich 1988), pp. 299-303.

HILDESHEIMER, Françoise, *Richelieu*, Flammarion, París, 2004.

HRNCIRÍK, Pavel, «La batalla de Honnecourt de Peeter Snayers», *Boletín del Museo del Prado*, 23, 41, 2005, pp. 60-69.

HUF, Hans-Christian, *Mit Gottes Segen in die Hölle. Der Dreißigjährige Krieg*, Ullstein Verlag, Berlín, 2001 y 2003.

- HUGON, Alain, «Política pacifista y Saboya. De camino español a puerta de los Alpes, 1598-1617», en García García, Bernardo José; Herrero Sánchez, Manuel y Hugon, Alain (eds.), *op. cit.*, pp. 75-90.
- , *La insurrección de Nápoles. La construcción del acontecimiento*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014.
- , *Felipe IV y la España de su tiempo: el siglo de Velázquez*, Crítica, Barcelona, 2015.
- HURTER, Friedrich von, *Geschichte Ferdinands II. Und seiner Eltern*, 11 vols, 1850-1864, Ed. Hurter, Schaffhausen, 1861.
- IMBER, Colin, *The Ottoman Empire, 1300-1650: The Structure of Power*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2002.
- IMÍZCOZ BEUNZA, José M^a y ARTOLA RENEDO, Andoni (coords.), *Patronazgo y clientelismo en la Monarquía Hispánica, (siglos XVI-XIX)*, Universidad del País Vasco, 2016.
- INGRAO, Charles W., *The Habsburg monarchy, 1618-1815*, Cambridge University Press, 2000.
- ISRAEL, Jonathan I., «The Politics of Internacional Trade rivalry during the Thirty Years War: Gabriel de Roy and Olivares' Mercantilist Projects, 1621-1645», *The International History Review*, VIII, 4, pp. 517-549.
- , *La República holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Ed. Nerea, 1997.
- , «El final de la Guerra de Flandes (1621-1648)», en *El final de la Guerra de Flandes (1621-1648). 350 Aniversario de la paz de Münster*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 1998, pp. 27-37.
- , «La estrategia imperial española en el norte de la Nueva España y en las Californias durante la Guerra de los

- Treinta Años», en Bernardo Ares, José Manuel (coord.), *El Hispanismo anglonorteamericano: aportaciones, problemas y perspectivas sobre historia, arte y literatura españolas (siglos XVI-XVIII)*: Actas de la I Conferencia Internacional «Hacia un Nuevo Humanismo», C.I.N.H.U., Córdoba, 9-14 de septiembre de 1997, vol. 1, 2001, pp. 517-530.
- , «Olivares, el cardenal Infante y la estrategia de España en los Países Bajos (1635-1643): el camino a Rocroi», en Kagan, R. L. y Parker, G. (eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico: homenaje a John H. Elliott*, Marcial Pons, Junta de Castilla y León, 2001, pp. 347-380, (1.^a ed. Cambridge, 1995).
- , «España y Europa. Desde el Tratado de Münster a la Paz de los Pirineos, 1648-1659», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 29, 2009, pp. 271-338.
- , «El Ejército de Flandes entre dos frentes (1635-1637)», *Desperta Ferro: Historia moderna*, n.º 9, 2014, pp. 24-31.
- JACOB, F. y Visoni-Alonzo, G., *The Military Revolution in Early Modern Europe, a Revision*, Palgrave Pivot, 2016.
- JAKYBOWSKI-TIESSEN, Manfred y LEHMANN, Hartmut (eds.), *Um Himmels Willen: Religion in Katastrophenzeiten*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 2003.
- JANIS, M. W., *An Introduction to International Law*, ASPEN Publishers, Nueva York, 2003.
- JENDRE, Ariane, *Diplomatie und Feldherrnkunst im dreißigjährigen Krieg: Herzog Bernhard von Weimar im Spannungsfeld der französischen Reichspolitik 1633-1639*, Univ. Diss., Berlín, 1998.

- JESPERSEN, K. J. V., «Social change and Military Revolution in Early Modern Europe: some Danish evidence», *Historical Journal*, xxvi, 1983.
- JESPERSEN, L., «The Machstaat in seventeenth-century Denmark», *Scandinavian Journal of History*, X, 1985, pp. 271-304.
- JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio, «Asentistas militares y fraude en torno al abastecimiento de pólvora en el reino de Granada (siglo XVI)», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 30, 2010, pp. 11-29.
- JIMÉNEZ MORENO, Agustín, «Opciones estratégicas de la monarquía española a comienzos de la guerra contra Francia, 1636-1638: la propuesta de Marco Antonio Gandolfo», *Chronica Nova*, 38, 2012, pp. 177-202.
- , «La retribución de los servicios militares en la monarquía española. ¿Un problema irresoluble? (siglos XVI-XVII)», *Revista de Historia Militar*, n.º 115, 2014, pp. 55-88.
- , «Nobleza y reclutamiento durante el ministerio del Conde Duque de Olivares. La participación de la aristocracia castellana en defensa de la monarquía, 1635-1638», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, n.º 2, 2015, pp. 61-90.
- JOHNSON, John A., *A history of the Swedish-Americans of Minnesota*, vol. I, The Lewis Publishing Company, Chicago, 1910.
- JOVER ZAMORA, José María, «Ante una hegemonía frustrada: sobre “España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo” de Quintín Aldea Vaquero», *Saber Leer*, n.º 7, 1987, pp. 1-2.

- , 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, FeHM-CSIC, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003 (1.^a ed. 1949).
- JUDERÍAS Y LOYOT, Julián, *La Leyenda Negra de España*, reedición de 1914, Ediciones Atlas, 2007.
- JUNKELMANN, Marcus, *Gustav Adolf (1594-1632): Schwedens Aufstieg zur Grossmacht*. Regensburg, Friedrich Pustet, 1993.
- JÜRGEN POHL, *Die Profiantirung der keyserlichen Armaden ahnbelangendt*, Viena, 1994. En inglés: «*The profession of key Armades*». *Studies on the Supply of the Imperial Army, 1634/35*, Viena, 1994.
- KAGAN, Richard L., *Los cronistas y la Corona: La política de la historia en España en las edades Media y Moderna*, Marcial Pons-Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2010.
- KAHAN, Gerald, *Jacques Callot: artist of the theatre*, University of Georgia Press, Atenas, 1976.
- KAMEN, Henry, «The economic and social consequences of the Thirty Years War», *Past and Present*, 39, 1968, pp. 44-61.
- , *España y Cataluña: historia de una pasión*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
- KAMPMANN, Christoph, *Europa und das Reich im Dreißigjährigen Krieg: Geschichte eines europäischen Konflikts*, Kohlhammer, Stuttgart, 2008.
- KASPAROVÁ, Jaroslava, «La colección hispánica de la biblioteca de los Eggenberg conservada en el castillo de Český Krumlov», en Opatrny, Josef, (coord.), *op. cit.*, pp. 151-

- KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, (1.^a ed. en inglés 1976), Turner, Madrid, 2013.
- KETTERING, S., «Gift-giving and patronage in Early Modern France», *French History*, 2, 1988, pp. 131-151.
- KNECHT, R. J., *Richelieu*, Pearson Education Limited, 1991, Routledge, 2013.
- KOLLER, A., «Le rôle du Saint-Siège au début de la guerre de Trente ans. Les objectifs de la politique allemande de Grégoire XV (1621-1623)», en Bély, L. (dir.), *L'Europe des traités de Westphalie. Esprit de la diplomatie et diplomatie de l'esprit*, PUF, Paris, 2000, pp.123-134.
- KOLODZIEJCZYK, D., *Ottoman-Polish diplomatic relations, 15th-18th century; an annotated edition of ahdnames and other documents*, Leiden, 2000.
- KOTLJARCHUK, A., *In the Shadows of Poland and Russia. The Grand Duchy of Lithuania and Sweden in the European Crisis of the mid-17th Century*, Hudinge, 2006.
- KREBS, Christopher, *El libro más peligroso: la Germania de Tácito. Del Imperio Romano al Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2011.
- KROENER, Bernhard R., «Les routes et les étapes. Die Versorgung der französischen Armeen in Nordostfrankreich (1635-1661)», en *Ein Beitrag zur Verwaltungsgeschichte des Ancien Régime*, Münster, Aschendorff, 1980.
- , «The war has a hole... Reflections on the fate of demobilized soldiers after the Thirty Years War», en Duchard, Heinz (ed.), *The Peace of Westphalia. Diplomacy*

- *political turning point - cultural environment - history of reception*, *Historical Journal*, Supplement, 26, 1998, pp. 599-633.

KRUMENACKER, Y., *La guerre de Trente Ans*, Ellipses, París, 2008.

KRUSENSTJERN, Benigna von y MEDICK, Hans (eds.), *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreißigjährige Krieg aus der Nähe* (Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte. Bd. 148), Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1999.

KRÜSSMANN, Walter, *Ernst von Mansfeld (1580–1626). Grafensohn, Söldnerführer, Kriegsunternehmer gegen Habsburg im Dreißigjährigen Krieg*, Berlín, 2010 (Duncker & Humblot, Historische Forschungen, Bd. 94).

KUNISCH, Johannes, «Wallenstein als Kriegsunternehmer. Auf dem Wege zum absolutistischen Steuerstaat», en Uwe Schultz, (ed.), *Mit dem Zehnten fing es an. Eine Kulturgeschichte der Steuer*, Múnich, 1986.

LAHRKAMP, Helmut, *Jan von Werth, sein Leben nach archivalischen Quellenzeugnissen*, Verlag Der Löwe, Colonia, 1962.

—, *Dreissigjährigen Krieg, Westfälischer Frieden: eine Darstellung der Jahre 1618-1648*, Münster, 1999.

LANGER, Herbert, *Cultural History of the Thirty Years' War*, Stuttgart, 1978.

—, *The Thirty Years' War*, Hippocrene Books, 1980; Dorset Press, 1990.

LEDERER, David, «The Myth of the All-Destructive War: Afterthoughts on German Suffering, 1618-1648», *German*

- History*, 2011, 29, 3, pp. 380-403.
- LEE, Stephen J., *The Thirty Years War*, Routledge, 1991.
- LESASSER, R., «Defensive warfare, prevention and hegemony. The justifications for the franco-spanish war of 1635. Part I», *Journal of the History of International Law*, 2006, 8, pp. 91-123.
- LEVI, Anthoni, *Cardenal Richelieu*, Ariel, Barcelona, 2002.
- LIDDELL HART, B. H., *Great Captains Unveiled*, Books For Libraries Press, Nueva York, 1967.
- LIMM, Peter, *The Thirty Years War*, Longman, Londres, 1984.
- LINDE, Luis M., *Don Pedro Girón, Duque de Osuna, la hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Encuentro, Madrid, 2005.
- LINDEGREN, Jan, «The Swedish “military state”, 1560–1720», *Scandinavian Journal of History*, vol.10, 1985, 4, pp. 305-336.
- , «“Si esto continúa por un par de años más podríamos decir que hemos ganado tierra de otros y por lo tanto perdido la nuestra”. La política de expansión en la Suecia del siglo XVII», en Martínez Ruiz, Enrique y Pazzis Pi Corrales, Magdalena de (dirs.), *España y Suecia en la época del Barroco (1600-1660)*, 1998, pp.167-192.
- LINDORFER, Bianca María, «Las redes familiares de la aristocracia austriaca y los procesos de transferencia cultural: entre Madrid y Viena, 1550-1700», en Yun Casalilla, Bartolomé (coord.), *Las redes del imperio: élites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, 2009, pp. 261-288.
- LIVET, Georges, «Pagès (Georges). La Guerre de Trente Ans»,

- Revue belge de philologie et d'histoire*, tomo 52, fasc. 1, 1974. Antiquité-Oudheid., pp. 118-121.
- , *La guerra de los Treinta Años*, Madrid, 1977. Vid. la ed. 2008.
- LLAMAS MARTÍNEZ, Jacobo y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, «Los sonetos a la muerte del rayo del septentrión: Lope de Vega y Quevedo sobre Gustavo Adolfo de Suecia», *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, n.º 8, 2014, pp. 7-33.
- LOCKHART, Paul Douglas, *Denmark in the Thirty Years War. King Christian IV and the Decline of the Oldenburg State*, Susquehanna University Press, Selinsgrove, 1996.
- , *Denmark, 1513-1660. The Rise and Decline of a Renaissance Monarchy*, Oxford University Press, 2007.
- LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, «Diplomacia, propaganda e historia: la publicística española en torno a 1648», en Huchhardt, H. y Strosetzki, Ch. K. (eds.), *op. cit.*, pp. 109-127.
- , «La paz oculta: propaganda, información y política en torno a Westfalia», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 19, 1999, pp. 71-94.
- LUNDE, Henrik O., *A Warrior Dynasty: The Rise and Decline of Sweden as a Military Superpower, 1611-1721*, , Philadelphia & Oxford, Casemate, 2014.
- LYNN, John A., (ed.), *Feeding Mars: Logistic in Western Warfare from the Middle Ages to the Present*, Boulder, California, 1993.
- , *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715*,

Cambridge University Press, 1997.

MACK BARKER, Thomas, *The military intellectual and Battle: Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years' War*, State University of New York Press, Nueva York, 1975.

MACKILLOP, Andrew y MURDOCH, Steve (eds.), *Military Governors and Imperial Frontiers C. 1600-1800: A Study of Scotland and Empires*, Brill, Leiden, 2003.

MACNEILL, W. H., *The pursuit of power. Technology, Armed Force and Society since A. D. 1000*, University of Chicago Press, Chicago, 1982. Versión en español, Siglo XXI, Madrid, 1988.

MAFFI, Davide, «Confesionalismo y razón de estado en la Edad Moderna. El caso de la Valtellina (1637-1639)», *Hispania sacra*, vol. 57, n.º 116, 2005, pp. 467-490.

—, *Il baluardo della corona. Guerra, esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca (1630-1660)*, Florencia, 2007.

—, *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea, 1635-1659*, Actas, Madrid, 2014.

MAILLARD ÁLVAREZ, Natalia (ed.), *Books in the catholic world during the Early Modern Period*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

MALLICK, Oliver, «Clients and Friends: The Ladies-in-waiting at the Court of Anne of Austria (1615-1666)», en *The Politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*, ed. por Akkerman, Nadine N. y Birgit Houben, Brill, Leiden, 2013, pp. 231-264.

—, «*Spiritus intus agit*». *Die Patronagepolitik der Anna von Österreich 1643-1666*, De Gruyter, Berlín, 2016.

MANN, Golo, «La época de la guerra de los Treinta Años», en

- Mann, Golo y Heuss, Alfred (dirs.), *Historia Universal: de la Reforma a la Revolución*, Espasa Calpe, Madrid, 1988, pp. 155-272.
- , *Wallenstein. Sein Leben erzählt*, Hamburgo, 2006, (1.^a edición: Fráncfort del Meno, 1971). En español: *Wallestein: relato de su vida*, Grijalbo, Barcelona, 1978.
- MANNACK, Eberhard, «Die Rezeption Dreißigjährigen krieges und des Westfälischen Friedens in der Deutschen Literatur des 18. bis 20. Jahrhunderts», en Bussmann, Klaus y Schilling, Heinz S., (eds.), *1648: Krieg und Frieden in Europa*, Münster-Ösnabruck, 1998, pp. 385-391.
- MANNIGEL, Holger, *Wallenstein in Weimar, Wien und Berlin. Das Urteil über Albrecht von Wallenstein in der deutschen Historiographie von Friedrich von Schiller bis Leopold von Ranke*, Matthiesen, Husum, 2003.
- MANSAU, Andrée, «1618 ¿Conjuración de los españoles contra Venecia o Venecia contra los españoles? Sarpi frente a Quevedo y Monod», *AIH, Actas*, 1980, pp. 725-732.
- MANSO PORTO, C., *Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, 1567-1626. Erudito, mecenas y bibliófilo*, Santiago de Compostela, 1996.
- MANTRAN, Robert, *Histoire de L'Empire Ottoman*, Fayard, París, 2003.
- MANZANO BAENA, Laura, «La imagen de la Monarquía Hispana en la propaganda europea, siglos XVI-XVII», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie IV, *Historia Moderna*, n.º 14, 2001, pp. 197-244.
- , «Negociación y conflicto. La Monarquía Católica ante Cataluña y las Provincias Unidas en torno a 1648», en

- García García, Bernardo José, Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, (coords.), *La monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, 2004, pp. 845-858.
- , «Negotiating sovereignty: The Peace Treaty of Münster, 1648», *History of political thought*, vol. 28, n.º 4, 2007, pp. 617-641.
- , «El largo camino hacia la paz. Cambios y semejanzas entre la Tregua de Amberes de 1609 y la paz de Münster de 1648», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 29, 2009, pp. 159-194.
- , *Conflicting words: the Peace Treaty of Münster (1648) and the political culture of the Dutch Republic and the Spanish monarchy*, Lovaina, Leuven University Press, 2011.
- MARAÑÓN, Gregorio, *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1985.
- MARCUS, Kenneth, «The Shifting Fortunes of War: Patronage of the Württemberg Hofkapelle during the Thirty Years War», *German History*, 2007, 25, 1, pp. 1-21.
- MAREK, Pavel, «Los viajes al sur. Sdenco Adalberto Popel Lobkowicz y sus primeros encuentros con el mundo hispano», en Opatrny, Josef, (coord.), *op. cit.*, pp. 119-136.
- , «La diplomacia española y la papal en la Corte Imperial de Fernando II», *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º 30, 2008, pp. 109-143.
- , «La red clientelar en Praga», en Martínez Millán, José y Visceglia, M^a A., (dirs.), *La monarquía de Felipe III*, Madrid, 2008, IV, pp. 1349-1373.
- , «Sdenco Adalberto Popel de Lobkowicz: la carrera de un

- cliente español en la corte imperial», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén (coords.), *La Dinastía de los Austria: Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Polifemo, Madrid, 2011, pp. 647-669.
- MARKÓ, László, *The Great Honors of the Hungarian State* (A Magyar Állam Főméltóságai), Magyar Könyvklub, 2000.
- MARRADES, Pedro, *El Camino del Imperio: notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina*, Espasa Calpe, Madrid, 1992 (1.^a ed. 1943).
- MARTÍ, Tibor, «Antemurale Christianitatis en Europa Central: la frontera húngara y croata de la monarquía de los Habsburgo en la época moderna», en García Martín, Pedro; Quirós Rosado, Roberto y Bravo Lozano, Cristina, (coords.), *Antemurales de la fe. Conflictividad confesional en la Monarquía de los Habsburgo, 1516-1714*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015, pp. 181-196.
- MARTÍ MARCO, María Rosario, «Friedrich Schiller y la historiografía de la Guerra», en Raposo, Berta y Weber, Eckhard (eds.), *op. cit.*, pp. 57-73.
- MARTÍN GÓMEZ, Pablo, *El ejército español en la Guerra de los Treinta Años, 1618-1648*, Almena, Madrid, 2006.
- MARTÍN SANZ, Francisco, *La política internacional de Felipe IV: Guerra y Diplomacia en el siglo XVII*, Segovia, 1998. Ed. Libros en Red, 2003 (Colección Historia), ed. digital, 2016.
- MARTINES, Lauro, *Un tiempo de guerras. Una historia alternativa de Europa 1450-1700*, Crítica, Barcelona, 2013 (1.^a ed., Bloomsbury Press, Nueva York, 2013).
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, *Una pica en Flandes: la epopeya del camino español*, Edaf, Madrid, 2007.

- , «La batalla de Nördlingen: la tumba sueca», *La Aventura de la Historia*, n.º 131, 2009, pp. 32-36.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José y GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coords.), *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Polifemo, Madrid, 2011.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, «La aportación española a la “revolución militar” en los inicios de los tiempos modernos», *Cuadernos del CEMYR*, 2005, pp. 211-229.
- , *Los soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Madrid, 2008.
- , «Algunas consideraciones sobre la crisis del dispositivo militar de la Monarquía Hispánica», en Sanz Camañes, Porfirio (coord.), *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, 2012, pp. 97-117.
- , «La batalla de Nördlingen», *Desperta Ferro: Especiales*, n.º 1, 2013, pp. 30-37.
- MARTÍNEZ SANZ, J. L., «La “historia militar” como género histórico», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, n.º 42, pp. 37-47.
- MARTÍNEZ SHAW, C., «El Imperio colonial español y la República Holandesa tras la Paz de Münster», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 19, 1999, pp. 117-129.
- MCGOWAN, Margaret M. (ed.), *Dynastic Marriages 1612-1615: A Celebration of the Habsburg and Bourbon Unions*, Routledge, 2016.
- MEDINA ARJONA, Encarnación (ed.), *Conjuración de los Españoles contra la República de Venecia*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 2010.

MEIER, David, A., «An Appeal for a Historiographical Renaissance: Lost Lives and the Thirty Years War», *Historian*, vol. 67, 2, 2005, pp. 254-274.

MESA GALLEGO, Eduardo de, *Nördlingen, 1634*, Madrid, 2003.

—, «Innovaciones militares en la Monarquía hispánica durante el siglo XVI: origen y desarrollo», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.), *Guerra y sociedad...*, op. cit., vol. 1, pp. 537-552.

—, reseña de Peter H. Wilson, *Europe's tragedy. A history of the thirty years war*, Londres, Allen Lane, 2009, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie IV, *Historia Moderna*, n.º 23, 2010, pp. 264-266.

—, «¿Revolución o evolución militar?: Los ejércitos de la Monarquía Hispánica», *Desperta Ferro: Especiales*, n.º 1, 2013, pp. 18-25.

—, «La batalla de Honnecourt, 26 de mayo de 1642», *Desperta Ferro: Historia Moderna*, n.º 8, 2014, pp. 60-65.

—, «Soldados de «naciones» para la armada del mar océano: las compañías irlandesas de los Tercios embarcados, 1604-1639», *Obradoiro de historia moderna*, n.º 24, 2015, pp. 259-287.

MIGUEL FRANCISCO, Luis y CLAUZEL, José Ferre, «La victoria de la colina de Albuch en la Batalla de Nördlingen», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 148, 2014, pp. 138-144.

MONNIER, François, «Raison d'État n'est autre chose que raison d'intérêt: Philippe de Béthune, homme politique et ambassadeur d'Henri IV et de Louis XIII (1565-1649)», *Revue administrative*, vol. 61, n.º 362, 2008, pp. 124-137.

MONTES PÉREZ, Dámaris, reseña sobre Geoffrey Parker (ed.),

La Guerra de los Treinta Años, *Studia Aurea*, 9, 2015, pp. 685-692.

MORA, Adelina Sarrión, *Médicos e inquisición en el siglo XVII*, Universidad de Castilla-La Mancha, 2006.

MÖRNER, Magnus, «Las relaciones Hispano-Suecas ante la Paz de Westfalia», *Historiar: Revista trimestral de historia*, n.º 1, 1999, pp. 124-140.

MORTE ACÍN, Ana, «La política exterior de la Monarquía Hispánica en la correspondencia de Felipe IV con sor María de Ágreda», en Sanz Camañes, Porfirio (coord.), *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, 2012, pp. 143-165.

MORTIMER, GEOFF, «Did contemporaries recognize a Thirty Years' War?», *English Historical Review*, 116, 2001, pp. 124-136.

—, *Eyewitness Accounts of the Thirty Years War 1618-48*, Palgrave Macmillan, 2002.

—, *Wallenstein, the Enigma of the Thirty Years War*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2010. Reseña de Helfferich, Tryntje, *German History*, 2011, 29, 4, pp. 648-650.

—, *The Origins of the Thirty Years War and the Revolt in Bohemia, 1618*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2015. Ha sido reseñado por Ninness, Richard J., *German History*, 2017, 35, 1, pp. 130-132.

MUELLER, Guenther H. S., «The "Thirty Years' War or Fifty Years of War», *The Journal of Modern History*, vol. 50, n.º 1, Suplemento, 1978, pp. 1053-1056.

- MÜLLER, Marco von, *Das Leben eines Söldners im DreiBigjährigen Krieg (1618-1648)*, Freie wissenschaftliche Arbeit zur Erlangung des Grades eines Magister Artium am Fachbereich Geschichts-und Kulturwissenschaften der Freien Universität Berlin, Berlin, 2005.
- MUNCK, Thomas, *La Europa del siglo XVII*, Akal, Madrid, 1994.
- MURDOCH, Steve (ed.), *Scotland and the Thirty Years' War*, Brill, Leiden, 2001.
- y GROSJEAN, Alexia, *Alexander Leslie and the Scottish generals of the Thirty Years' War, 1618-1648*, Pickering & Chatto, Londres, 2014.
- MURDOCH, Steve; ZICKERMANN, Kathrin y MARKS, Adam, «The Battle of Wittstock 1636: Conflicting Reports on a Swedish Victory in Germany», *Northern Studies*, 43, 2012, pp.71-109.
- NALLE, Sara T., «Literacy and culture in early modern Castile», *Past and Present*, 125, 1989, pp. 65-96.
- NAVARRO BONILLA, Diego, *Cartas entre espías e inteligencias secretas en el siglo de los validos, Juan de Torres-Gaspar Bonifaz, 1632-1638*, Madrid, 2007.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando, «La legitimación de la guerra en el discurso eclesiástico de la Monarquía Católica: apuntes para su interpretación», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.), *Guerra y sociedad...*, op. cit., vol. 1, pp. 633-660.
- , «Un episodio español en la Guerra de los Treinta Años: la embajada del marqués de Cadreita al Sacro Imperio y el acercamiento al Elector Sajón (1629-1631)», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 75, n.º 251, 2015, pp.

669-694.

—, *La Guerra de los Treinta Años: Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Síntesis, Madrid, 2016.

NIMWEGEN, O. Van, «The transformation of army organisation in early- modern western Europe, c. 1500-1789», en Tallett, F. y Trim, D. J. B. (eds.), *European Warfare, 1550-1750*, Cambridge University Press, 2010, pp. 159-180.

—, *The Dutch Army and the Military Revolutions, 1588-1688*, Boydell, Woodbridge, 2010.

NOLA, Cathal J., *The Age of Wars of Religion, 1000-1650. An encyclopedia of Global Warfare and civilization*, vol. 1, Londres, 2006.

O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo, «El reposo del ejército. Estudio del campamento temporal del tiempo de los Austrias», en García Hernán, E., y Maffi, D. (eds.), *Guerra y sociedad...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 381-400.

OCHOA BRUN, Miguel Ángel, «Los embajadores de Felipe IV», en Alcalá-Zamora, José N. (dir.), *Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 199-234.

OLTRONA VISCONTI, Gian Domenico, *La battaglia di Tornavento*, Gallarate, 1970.

OPATRŇY, Josef (coord.), *Las relaciones checo-españolas*, Universidad Carolina de Praga, Praga, 2007.

OROSS, András y MARTÍ, Tibor, «La administración pública en la Monarquía de los Austrias y el Reino de Hungría en los siglos XVI-XVII», *Cuadernos de Historia del Derecho*, n.º 22, 2015, pp. 187-213.

ORTLIEB, Eva y DUCHHARDT, Heinz (eds.), *Der Westfälische*

- Friede, Oldenbourg, Múnich, 2001.
- OSBORNE, Toby, *Dynasty and Diplomacy in the Court of Savoy. Political Culture and the Thirty Years' War*, Cambridge University Press, 2002.
- OUTRAM, Quentin, «The socio-economic relations of warfare and the military mortality crises of the Thirty Years War», *Medical History*, vol. 45, n.º 2, 2001, p. 151-184.
- PAAS, Roger John, *The German political broadsheet, 1600-1700*, 11 vols., O. Harrassowitz, Wiesbaden, 1985-2012.
- PAGÈS, Georges, *La Guerra dei Trent'Anni*, Payot, París, 1939, ed. ECIG, 1993.
- PALACIOS, Teo, «Baltasar de Zúñiga, la sombra del conde duque de Olivares», *Clío: Revista de historia*, n.º 176, 2016, pp. 70-77.
- PALMITESSA, James R., *Between Lipany and White Mountain: essays in late medieval and early modern Bohemian history in modern Czech scholarship*, Brill, Studies in Central European histories, vol. 58, 2014.
- PARKER, Geoffrey, *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659: la logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, Madrid, 1985 (1.ª ed. inglesa en Cambridge University Press, 1972; 1.ª ed. en español, Revista de Occidente, 1976).
- , *Europa en crisis, 1598-1648*, Madrid, 1986 (1.ª ed. en castellano, 1981).
- , *España y Los Países Bajos, 1559-1659*, Rialp, Madrid, 1986.
- (ed.), *The Thirty Years' War*. Contributors, Simon Adams *et altri* research assistants, Andre W. Carus, Sheilagh C. Ogilvie, Routledge & Kegan Paul, Londres, Boston, 1984.

- Traducido al español, *La Guerra de los Treinta Años*, trad. Juan Faci, Barcelona, Crítica, 1988. También se ha utilizado la ed. de Madrid, 2003 y 2014.
- , «The Soldiers of the Thirty Years' War», en Repgen, Konrad (ed.), *War and Politics 1618-1648. European problems and prospects* (writings of the Historical College, colloquia 8, Múnich), 1988, pp. 303-317.
 - , *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, 1990 (1.^a ed. en inglés 1988).
 - (coord.), *La crisis de la monarquía de Felipe IV*, Crítica, Barcelona, 2006.
 - , *Global Crisis: War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century*, 2013.
 - y PARKER, Angela, *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*, Akal, Madrid, 1991.
 - y SMITH, Lesley M. (eds.), *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Routledge, Nueva York, 1997.
- PARROT, David A., «The causes of the Franco-Spanish war of 1635-1659», en Black, Jeremy (ed.), *The origins of war in Early Modern Europe*, John Donald, Edimburgo, 1987, pp. 72-111.
- , «Strategy and Tactics in the Thirty Years' War», en Rogers, Clifford J. (ed.), *The Military Revolution. Readings on the military transformation of Early Modern Europe*, Oxford, 1995.
 - , «The Mantuan Succession, 1627-1631: A Sovereignty Dispute in Early Modern Europe», *The English Historical Review*, 112, 445, 1997, pp. 20-65.

- , «The utility of fortifications in Early Modern Europe: Italian Princes and Their Citadels, 1540-1640», *War in history*, vol. 7, n.º 2, 2000, pp. 127-153.
- , *Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*, Cambridge, U. K. y Nueva York, 2001.
- , *The Business of War: Military Enterprise and Military Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 2012.
- , «El ejército de Richelieu: tradición, expansión y “reforma militar”», *Desperta Ferro*, n.º 9, 2014, pp. 12-17.
- , «The military enterpriser in the Thirty Years' War», en Fynn-Paul, Jeff (ed.), *op cit.*
- , «Suecia y la revolución militar», *Desperta Ferro: Historia moderna*, n.º 27, 2017, pp. 12-17.
- PARTYKA, Joanna, «The image of the Spanish monarchy in the Polish 16th, 17th and 18th century itineraries and enciclopaedic texts», en García Hernán, Enrique y Skowron, Ryszard (coord.), *op. cit.*, pp. 263-272.
- PATIÑO VILLA, Carlos Alberto, *El origen del poder de Occidente: estado, guerra y orden internacional*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2005.
- PELIGRY, Christian, «Un hispanista francés del siglo XVII: Jean Chapelain (1595-1674)», en Cátedro García, Pedro Manuel y López-Vidriero Abello, María Luisa, *El libro antiguo español*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1988, pp. 305-316.
- PEÑA GUERRERO, Roberto, *El Estado como actor internacional: evolución y cambios*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2013.

- PEPPER, S., «Aspects of operational art: communications, cannon and small war», en Tallet, F. y Trim, D.J.B. (eds.), *European Warfare, 1350-1750*, Cambridge University Press, 2010, pp. 181-202.
- PERDICES DE BLAS, Luis y RAMOS GOROSTIZA, José Luis, *La imagen económica de la España del siglo XVII: la mirada extranjera frente a la visión de los arbitristas*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2013.
- PÉREZ SAMPER, M. Ángeles, «La era de los Fugger», *Historia y Vida*, n.º 475, 2007, pp. 54-63.
- , «1640: La Guerra dels Segadors», en *Desperta Ferro: Especiales*, n.º 1, 2013, pp. 52-57.
- PÉREZ SEGURA, Javier y PINEDA, Isabel, «La batalla de Fleurus», en *Historia 16*, n.º 222, 1994, pp. 106-111.
- PÉREZ-MAGALLÓN, Jesús, «Jansenio, augustinismo y la batalla propagandística entre Francia y el Imperio hispánico», *Criticón*, 118, 2013, pp. 137-149.
- PETERS, Jan von (ed.), «Ein Söldnerleben im Dreißigjährigen Krieg. Eine», *Quelle zur Sozialgeschichte*, Berlín, 1993 (Selbstzeugnisse der Neuzeit).
- , *Peter Hagendorf. Tagebuch eines Söldners aus dem Dreißigjährigen Krieg (Herrschaft und soziale Systeme in der Frühen Neuzeit)*, 2012.
- PETERSEN, E. L., «Defence, war and finance. Christian IV and the Council of Realm, 1596-1629», *Scandinavian Journal of History*, 7, 1982, pp. 277-313.
- PETRI, Gerhard, *Militärwesen von Hessen-Kassel in der Zeit Landgraf Wilhelms V. und der Landgräfin Amalie Elisabeth 1627-1649*, Bonn, 1996.

- PEZZOLO, Luciano, «Professione militare e famiglia in Italia tra tardo medioevo e prima età moderna», en Bellavitis Al. y Chabot, I., *La justice des familles. Autour de la transmission des biens, des savoirs et des pouvoirs (Europe, Nouveau monde, XIIIe-XIXe siècles)*, l'École Française de Rome, Roma, 2011, vol. 447, pp. 341-366.
- PITA ANDRADE, José Manuel, «Historia y arte en la Rendición de Breda», en Alcalá-Zamora, José y Pérez Sánchez, Alfonso Emilio (coords.), *Velázquez y Calderón, dos genios de Europa*, 2000, pp. 63-100.
- PLAMPER, Jan, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns», *History and Theory*, 49, mayo, 2010, pp. 237-265.
- POLIŠENSKÝ, Josef V., *The Thirty Years War*, Berkeley. Traducido por Robert Evans, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1971.
- , *War and society in Europe, 1618-1648*, Cambridge University Press, 1978.
- , *La Guerra dei Trent'Anni: da un conflitto locale a una guerra europea nella prima metà del Seicento*, Einaudi, Turín, 1982.
- , «Faction, Patronage and the Arts at the Court of Rudolph II», en Jurgén Schultze (ed.), en *Prag um 1600. Kunst und Kultur am Hofe Rudolfs II.*, Luca Verlag, Freren, 1988, pp. 249-253.
- , *Tragic Triangle: The Netherlands. Spain and Bohemia, 1617-1621*, Charles University, Praga, 1991.
- , y KOLLMANN, J., *Wallenstein. Feldherr des DreißigjährigenKrieges*, Colonia, 1997.

- PORTÚS, Javier, *El arte del poder. La Real Armería y el retrato de corte*, Museo Nacional del Prado, Madrid, 2010.
- POSHSNEV, B. F., *Moscovy and Sweden in the Thirty Year's War, 1630-1635*, Cambridge University Press, 1995.
- PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José, *La pintura de tema bélico del siglo XVII en España*, tesis doctoral, UCM, Madrid, 2002. <http://eprints.ucm.es/2370/>.
- PULIDO, David, «Don Luis de Haro: un privat en temps turbulents per a la Monarquía Hispànica», *Revista de Dret Històric Català*, n.º 14, 2015, pp. 183-214.
- PUPPEL, Pauline, *Die Regentin: Vormundschaftliche Herrschaft in Hessen, 1400-1700*, Campus, 2004.
- PURSELL, Brenan C., *The Winter King. Frederick V of the Palatinate and the Coming of the Thirty Years' War*, Ashgate, Aldershot-Burlington, 2003.
- PÜTTMANN, K. J.; COATES, D. K. y MESSIER, Ch., *Crítica de la Silvicultura: El manejo para la complejidad*, ACCI ediciones, Madrid, 2016.
- QUEVEDO, Francisco de, *Carta al Serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII*, en Peraita, Carmen (ed.), Rey, Alfonso (dir.), *Obras completas en prosa*, vol. III, Castalia, Madrid, 2005, pp. 251-305.
- RABB, Theodore K., «The effects of the Thirty Years War on the German economy», *Journal of Modern History*, 34, 1962, pp. 40-51.
- (ed.), *The Thirty Years' War: problems of motive, extent, and effectt*, Heat, Boston, 1964 (94 p.).
- RAMÍREZ DE ARELLANO, F., marqués de la Fuensanta del Valle, «Cartas de don Pedro de Toledo Osorio marqués de

- Villafranca al rey Felipe III 1616 a 1618», en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. 44, Madrid 1890, pp. 1-373.
- RATELBAND, Klaas, *Nederlanders in West-Afrika 1600-1650. Angola, Kongo en Sao Tome*, Walburg Pers, 2000.
- RAULT, Didier, «Genealogía de las relaciones dedicadas a la batalla de Nördlingen (1634)», en Bégrand, Patrick (ed. lit.), *Las relaciones de sucesos, relatos fácticos, oficiales y extraordinarios*, 2006, págs. 199-210.
- RAVIOLA, Blythe Alice, «Madrid, Viena, Mantua y Turín, Relaciones diplomáticas entre cortes y lugares de poder en torno a las guerras del Monferrato», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén (coords.), vol. 2, pp. 953-972.
- REBITSCH, R., *Wallenstein. Biografie eines Machtmenschen*, Viena, 2010.
- REDDY, William, *The navigation of feeling: A framework for the history of emotions*, Cambridge University Press, 2001.
- REDLICH, Fritz, «De Praeda Militari: looting and booty, 1500-1715», en *Vierteljahrschrift für Social-und Wirtschaftsgeschichte*, Beiheft 39, Wiesbaden, 1956.
- , *The German military enterpriser and his work force: A study in European Economic and Social History*, Franz Steiner, ed. GMBH, Wiesbaden, 1964.
- REGAN, Geoffrey, *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989.
- REPGEN, Konrad, *Die Römische Kurie und der Westfälische Friede. Idee und Wirklichkeit des Papsttums im 16 und 17*

Jahrhundert, Bibliothek des Deutschen Historischen Instituts in Rom, Tübingen, 1962.

- , «Ferdinand III», en Anton Schindling, Walter Ziegler (Hrsg.), *Die Kaiser der Neuzeit. 1519-1918. Heiliges Römisches Reich, Österreich, Deutschland*, München, 1990.
- , «Maximilian Graf Trauttmansdorff-Chefunterhändler des Kaisers beim Prager und beim Westfälischen Frieden», en Guido Braun und Arno Strohmeyer (Hg.), *Frieden und Friedenssicherung in der Frühen Neuzeit*, Münster, 2013, pp 211-228.
- RETORTILLO ATIENZA, Asunción, *Ambrosio Spinola y el ejército de Felipe III, 1569-1621*, tesis doctoral, Universidad de Burgos, Burgos, 2016.
- , *Ambrosio Spinola, de Génova a Ostende (1569-1604)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2017.
- REVILLA CANORA, Javier, «“Puedo hacer de una plumada cuantos Duques quiera, pero ni un solo Rubens”. Un artista diplomático al servicio de la Casa de Austria», *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, n.º 33, 2015, pp. 101-122.
- REYES, Luis, «El favorito debe morir», *Tiempo*, n.º 1615, 2013, pp. 66-67.
- RIBOT GARCÍA, Luis, «Types of Armies: Early Modern Spain», en Contamine, Philippe (ed.), *War and Competition between States*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.
- , «Las naciones en el ejército de los Austrias», en Álvarez Ossorio Alvariño, Antonio y García García, Bernardo José, (eds.), *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y*

- naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 653-677.
- , *La Edad Moderna (siglos xv al xviii)*, Marcial Pons, Madrid, 2016.
- , e INURRITEGUI, José María (eds.), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2016.
- RICHES, Daniel, «A New Paradigm for Studying the Thirty Years War», *German History*, 2011, 29, 1, pp. 102-107. Debate sobre *Europe's Tragedy: A History of the Thirty Years War*, de Peter H. Wilson, Allen Lane, Londres, 2009.
- RÍO BARREDO, M^a José, «Imágenes para una ceremonia de frontera. El intercambio de princesas entre las cortes de Francia y España en 1615», en Palos, J. L. y Carrió, D., (eds.), *La historia imaginada: construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*, CEEH, Madrid, 2008.
- RITTER, Moriz, *Deutsche geschichte im zeitalter der gegen-reformation und des Dreißsigjährigen krieges, 1555-1648*, 3 vols., Stuttgart, 1889-1908; ed. Darmstadt, 1974.
- RITTGERS, Ronald K., «Private Confession and the Lutheranization of Sixteenth-Century Nördlingen», *Sixteenth century journal: the journal of Early Modern Studies*, n.º 4, 2005, pp.1063-1085.
- RIVAS MORENO, Juan José, «Duque de Buckingham. El favorito del rey», *La Aventura de la Historia*, n.º 208, 2016, pp. 38-42.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, «Italia en la monarquía hispánica (siglos xvi-xvii)», *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º

- 26, 2004, pp. 19-41.
- , *El conde duque de Olivares: La búsqueda de la privanza perfecta*, Polifemo, Madrid, 2017.
- RIZZO, Mario et al. (eds.), *Le Forze del Principe. Recursos, Instrumentos y Límites en la Práctica del Poder Soberano en los Territorios de la Monarquía Hispánica*, Murcia, 2003.
- ROBERTS, Michael, *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956. Publicado después con algunos cambios en *Essays in Swedish History*, Londres, en 1967 y 1995.
- , *Gustavus Adolphus: a History of Sweden, 1611-1632*, reimpresión, 2 vols., Londres, 1963-1968.
- (ed.), *Sweden as a Great Power, 1611-1697. Government, Society, Foreign Policy*, Londres, 1968.
- , «Suecia y el Báltico, 1611-1654», en *Historia del Mundo Moderno* de Cambridge University Press, vol. IV, en J. P. Cooper (ed.), *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1610-1648/1659*, Barcelona, 1989, pp. 272-288.
- ROBINSON, J. H. (ed.), *Readings in European History*, vol. 2, Ginn and Company, Boston, 1906, pp. 200-215.
- ROCA BAREA, María Elvira, *Imperiofobia*, Siruela, Madrid, 2017.
- ROCHA, Carlos de la; CAÑETE CARRASCO, Hugo A y GONZÁLEZ MARTÍN, Javier, *El ejército de Alsacia, Intervención española en el alto Rhin, 1633-34*, Sátrapa S. L., Zaragoza, 2010.
- RÓDENAS VILAR, R., *Un gran proyecto anti-holandés en tiempo de Felipe IV: la destrucción del comercio rebelde en Europa*, Diana, 1962.
- , *La política europea de España durante la Guerra de los*

Treinta Años: 1624-1630, CSIC, Madrid, 1967.

- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José, «El reclutamiento de españoles para el ejército de Flandes durante la segunda mitad del siglo XVII», en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.), *Guerra y sociedad...*, vol. II, pp. 395-434.
- , *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
- , «Financial and Military Cooperation between the Spanish Crown and the Emperor in the Seventeenth Century», en Peter Rauscher (ed.), *Kriegsführung und Staatsfinanzen. Die Habsburgermonarchie und das Heilige Römische Reich vom Dreißigjährigen Krieg bis zum Ende des habsburgischen Kaisertums 1740*, Münster, 2010, pp. 575-602.
- , *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla en la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*, Valladolid, 2011.
- , «Al servicio del rey. Reclutamiento y transporte de soldados italianos a España para luchar en la Guerra contra Portugal (1640-1668)», en *Guerra e pace in età moderna. Annali di storia militare europea*, n.º 4, 2012, pp. 229-275.
- , «Asientos y asentistas militares en el siglo XVII: el ejemplo del pan y la pólvora», *Studia Histórica, Historia Moderna*, 35, 2013, pp. 61-98.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Alberto Mariano, «Entre la conveniencia y la reputación: una aproximación a las opiniones generadas por la firma de la Tregua de los Doce Años»,

Chronica Nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada, n.º 39, 2013, pp. 291-320.

ROECK, Bernd, *Bäcker, Brot und Getreide in Augsburg 1600-1650. Studien zur Versorgungspolitik der Reichsstadt und zur Sozialstruktur des Bäckerhandwerks im Zeitalter des 30jährigen*, Thorbecke, Sigmaringen, 1987.

—, *Eine Stadt in Krieg und Frieden. Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität*, (Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Bd. 37), 2 Teilbände, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1989.

—, *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges*, Beck, München, 1991.

ROGERS, Clifford J. (ed.), *The Military Revolution. Readings on the military transformation of Early Modern Europe*, Oxford, 1995.

ROHRSCHEIDER, Michael, *Der gescheiterte Frieden von Münster. Spaniens Ringen mit Frankreich auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643–1649)*, Aschendorff, Münster, 2007.

ROMERO GARCÍA, Eladi, «La conjuración de Venecia de 1618», *Historia y Vida*, n.º 305, 1993, pp. 61-67.

ROSSO, Claudio, «España y Saboya: Felipe III y Carlos Manuel I», en Martínez Millán, José (coord.), *La monarquía de Felipe III*, vol. 4, 2008, pp. 1092-1099.

ROTHENBERG, Gunther Erich, «Maurice of Nassau, Gustavus Adolphus, Raimondo Montecuccoli and the “Military Revolution” of the 17th century», en Paret, P., Gordon, G. A. y Gilbert, F. (eds.), *Makers of Modern Strategy*, 1986,

- pp. 32-63. También en español, Rothenberg, Gunter E., «Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo de Suecia, Raimundo de Montecuccoli y la Revolución Militar del siglo XVII», en Paret, P. (ed.), *Creadores de la Estrategia Moderna*, Ministerio de Defensa, 1992.
- RUGGIERO, Romano, «Between the Sixteenth and Seventeenth Century», en Parker, Geoffrey y Smith, Leslie M., *The General Crisis of Seventeenth Century*, Londres, Nueva York, 1997.
- RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coord.), *Las vecindades de las Monarquías ibéricas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- , «Guerra, impuestos y motines», *Desperta Ferro: Historia moderna*, n.º 9, 2014, pp. 40-43.
- RUIZ MARTÍN, F., «El Conde Duque de Olivares y las finanzas de la Monarquía Hispánica», en *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990, pp. 443-494.
- RULL, Enrique, *Calderón y Nördlingen*, CSIC, Madrid, 1981.
- RUSSELL, C. S. R., «Monarchies, Wars and Estates in England, France, and Spain c. 1580-c. 1640», *Legislative Studies Quarterly*, 7, 1982, pp. 205-220. Traducción en castellano, *Revista de las Cortes Generales*, 6, 1985, pp. 231-254.
- SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen, «Los militares de los presidios gallegos en la primera mitad del siglo XVII», *Studia Historica, Historia Moderna*, 25, 2003, pp. 27-57.
- , «La formación de armadas y sus efectos sobre el territorio: el ejemplo de Galicia, 1580-1640», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2006, 5, pp. 55-76.
- SABATINI, G., «Roma, Nápoles, Venecia, Milán: la etapa

- italiana de Saavedra Fajardo en el gran teatro de la diplomacia barroca, 1610-1633», en José Javier Ruiz Ibáñez (coord.), *Pensar europa en el Siglo de Hierro*, Murcia, Ayuntamiento de Murcia, 2008, pp. 41-74.
- SACCHI, Henri, *La guerre de Trente Ans*, L'Harmattan, cop. París, 2003, 3 vols.
- , «L'apport de Turenne dans l'évolution de la conduite et l'organisation de l'armée», *Annales de l'Est*, n.º extra 1, 2011 (Actas del Coloquio tenido en Sedán los días 17 y 18 septiembre de 2011 en el aniversario del nacimiento de Turena), pp. 195-210.
- SADOUL, Georges, *Jacques Callot, miroir de son temps*, Gallimard, París, 1969.
- SAÉNZ DE MIERA, Jesús (ed.), *El pasatiempos de Jehan Lhermite: memorias de un gentilhomme flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*, Doce Calles, Madrid, 2005.
- SAEZ, Adrian J., «Más sobre Saavedra Fajardo en las luchas de papel del siglo XVII: la Carta de un holandés», *Arte Nuevo: Revista de Estudios Áureos*, I, 2014, pp. 96-105.
- SAFRANSKI, Rüdiger; Gabás Pallás, Raúl Pedro (trad.), *Schiller o La invención del idealismo alemán*, Tusquets editores, 2006.
- SALM, Hubert, *Armeefinanzierung im Dreißigjährigen Krieg. Der Niederrheinisch-Westfälische Reichskreis 1635-1650*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte e.v., Münster, 1990.
- SAMSON, Alexander, (ed.), *The Spanish Match. Prince Charles' Journey to Madrid, 1623*, Aldershot, 2007, pp. 19-34.
- SÁNCHEZ, Juan Luis, «Rocroi, el triunfo de la propaganda»,

Researching and Dragona, n.º 16 y 21, 2002-2003.

SÁNCHEZ, M. S., «A House Divided: Spain, Austria, and the Bohemian and Hungarin Successions», *The Sixteenth Century Journal*, 25, 1994, pp. 887-903.

—, *The Empress, the Queen and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, John Hopkins University Press, Londres, 1998.

—, «¿La muerte del héroe en la edad de las armas de fuego?», en Pedraza Jiménez, Felipe B.; González Cañal, Rafael y Marcello, Elena E., (coords.), *Guerra y paz en la comedia española: XXIX Jornadas de Teatro Cásico de Almagro*, Almagro del 4 al 6 de julio de 2006, Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.

SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio, «Lealtades contrapuestas: la familia del conde de Mansfeld durante la sublevación de los Países Bajos en tiempos de Felipe II», en Pereira Iglesias, José Luis y González Beltrán, Jesús Manuel (eds.), *Felipe II y su tiempo*. Actas de la V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, Cádiz, 1998-1999, pp. 341-348.

—, «Monarquía y Guerra», *Historiar: Revista trimestral de historia*, n.º 1, 1999, pp. 39-48.

—, «Bajo el signo de Marte: la política española en la época de Calderón», en Manuel E. Abad Varela (coord.), *Actas del IV Centenario del nacimiento de don Pedro Calderón de la Barca*, 2004, pp. 521-538.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ A. y SÁEZ, A. J., *Saavedra Fajardo y la confederación Helvética: contexto y texto de una relación*, Reichenberger, Kassel, 2014.

- SÁNCHEZ MARCOS, Fernando, «La Paz de Westfalia (1648), hito y *Lieu de Mémoire* europeo: nuevas perspectivas», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 19, 1999, pp. 15-26.
- , *La Historiografía española sobre la Paz de Münster*, Ideo book, Barcelona, 2001.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Mercedes (ed.), *Cartas de Quevedo a Sancho de Sandoval (1635-1645)*, Calambur, Madrid, 2009.
- SÁNCHEZ-GIJÓN, Antonio, «La capitulación de fortalezas como figura jurídica», en Cámara Muñoz, Alicia (coord.), *op. cit.*
- SANDBERG, Brian, «To Have the Pleasure of This Siege: Envisioning Siege Warfare during the European Wars of Religion», en Allie Terry-Fritsch and Erin Felicia Labbie Farnham (eds.), *Beholding Violence in Medieval and Early Modern Europe*, Ashgate, 2012, pp. 143-145.
- SANTOS PÉREZ, José Manuel y CABRAL DE SOUZA, George Félix (coords.), *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el siglo XVII*, Salamanca, 2006.
- SANZ AYÁN, Carmen, «El crédito de la corona y los hombres de negocios en los últimos años del reinado de Felipe IV», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 9, 1988, pp. 63-94.
- , «Negociadores y capitales holandeses en los sistemas de abastecimientos de pertrechos navales de la monarquía hispánica durante el siglo XVII», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 52, n.º 182, 1992, pp. 915-945.
- , «Presencia y fortuna de los hombres de negocios genoveses durante la crisis hispana de 1640», *Hispania:*

Revista Española de Historia, vol. 65, n.º 219, 2005, pp. 91-114.

- , «Los banqueros del rey y el conde duque de Olivares», en Alcalá-Zamora, José (coord.), *Felipe IV...*, *op. cit.*, pp.157-176.
- , «De la “Pax Hispanica” a la guerra contra todos. Apuntes sobre la evolución de paradigmas historiográficos relativos al periodo 1600-1659», en García Hernán, David, (coord.), *Historia sin complejos: la nueva visión del Imperio Español: (estudios en honor de John H. Elliott)*, 2010, pp. 176-203.
- , y GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.), *Banca, crédito y capital: la Monarquía Hispánica y los antiguos Países Bajos (1505-1700)*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2006.
- SANZ CAMAÑES, Porfirio, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII: razón de Estado y relaciones de poder durante la guerra de los Treinta Años, 1618-1648*, Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002.
- (ed.), *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid, 2005.
- , «Burocracia, corte y diplomacia: el Conde de Gondomar, embajador de España», en Aranda Pérez, Francisco José, *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, 2005, pp. 426-428.
- , «Embajadas, Corte y sistemas de inteligencia. Inglaterra y la diplomacia exterior española a comienzos del siglo XVII», *Chronica Nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, n.º 37, 2011, pp. 301-327.
- (coord.), *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política*

internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700),
Actas, Madrid, 2012.

SASTRE SANTOS, E. «La fundación de Propaganda Fide (1622) en el contexto de la guerra de los Treinta Años», *Commentarium pro religiosis et missionariis*, 2002, n.º 83, pp. 231-261.

SCHAUFLE, H. H., *Die Schlacht bei Freiburg-im-Breisgau, 1644*, Friburgo, 1979.

SCHEPPER, Hugo de TUMPEL, Chr. L. y VET, J. J.V.M. de (eds.), 1648, *La Paz de Münster*, Katholieke Universiteit Nijmegen, Idea Books. Cop., Barcelona, 2001.

SCHIAVI, L., *La mediazione di Roma e di Venezia nel congresso de Münster per la pace di Westphalia tra Francia et Allemagna*, Bolonia, 1923.

SCHILLER, Friedrich, *Guerra europea de 30 Años*, Madrid, 1899, ed. 2012.

SCHILLING, Heinz, «Konfessionalisierung und Staatsinteressen, Internationale Beziehungen 1559-1660», vol. 2.º, en Duchhardt, Heinz y Knipping Franz (eds.), *Handbuch der Geschichte der internationalen Beziehungen*, 9 vols., 2007.

SCHILLING, Michael, *Bildpublizistik der frühen Neuzeit. Aufgaben und Leistungen des illustrierten Flugblatts in Deutschland bis um 1700*, Niemeyer, Tübingen, 1990.

SCHINDLING, Anton, WALTER, Ziegler (eds.), *Die Kaiser der Neuzeit 1519-1918, Heiliges Römisches*, Múnich, 1990.

SCHMIDT, Peer, «La unidad de la casa de Austria. Felipe III, el Reich y los inicios de la Guerra de los Treinta Años», en Martínez Millán, José y Visceglia, Mª Antonietta (dirs.),

- La Corte de Felipe III y el gobierno de la monarquía católica (1598-1621)*, Fundación Mapfre, Madrid, 2007-2008, vol. IV, pp. 1374-1407.
- , «La Paz de Westfalia», en Novoa Portela, Feliciano y Villalba Ruiz de Toledo, Francisco Javier, (coords.), *Historia de Europa a través de sus documentos*, Lunweg, Barcelona, 2012, pp. 105-119.
- , *Spanische Universalmonarchie oder «teutsche Libertet»: das spanische Imperium in der Propaganda des Dreissigjährigen Krieges*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2001. Traducción en español: Schmidt, Peer, *La monarquía universal española y América: La imagen del imperio español en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- SCHORMANN, Gerhard, *Der Dreißigjährige Krieg*, 3.^a ed., Vandenhoeck y Ruprecht, 2004.
- SCHUMACHER, W. H., «*Vox populi*»: *The Thirty Years War in English Pamphlets and Newspapers*, Princeton University, Princeton, 1975.
- SCHWARZ, Andrea y BACHMANN, Christoph, «Die Rekatholisierung der Oberpfalz», *Die Jesuiten in Bayern 1549-1773*, 1991, pp. 116-122.
- SEARLE, Alaric, «A Dynamic and Expanding Discipline? New Trend in German Military History», *German History*, 2013, 31, 1, pp. 86-108.
- SECO SERRANO, Carlos, «El marqués de Bédmar y la conjuración de Venecia de 1618», *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. IV, n.º 15, 1955.
- , «Los antecedentes de la conjuración de Venecia de 1618»,

- Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. CXXXVI, 1955.
- SÉRÉ, D., *La paix des Pyrénées. Vingt-quatre ans de négociations entre la France et l'Espagne, 1635-1659*, Honoré Champion Éditeur, París, 2007.
- SERRANO MOTA, María de la Almudena, FRANCISCO OLMOS, José María de, «El capitán Alonso de Noguerol: un expediente personal de archivo (1622-1634) y su importancia histórica y administrativa», *Revista General de Información y Documentación*, vol. 14, n.º 1, 2004, pp. 21-66.
- SERRERA, Ramón María, *La América de los Habsburgo, 1517-1700*, Fundación Real Maestranza de Caballería, Sevilla, 2011.
- SEVERANCE, Diana, *Terrible Price at the Battle of Lutzen*, ed. Dan Graves, MSL, 2007.
- SHAPIRO, Lisa (ed.), *The Correspondence between Princess Elisabeth of Bohemia and René Descartes*, The University of Chicago, Chicago, 2007.
- SHAW, Donald L., «Acerca de “La guerra del Palatinado”», *Bulletin Hispanique*, 1966, vol. 68, n.º 1-2, pp. 95-103.
- SHAW FAIRMAN, P., *España vista por los ingleses del siglo XVII*, Madrid, 1981.
- (ed.), *Historia de los Primeros Años del Reinado de Felipe IV de Virgilio Malvezzi*, Londres, 1968.
- SICARD, Frédérique, «Política en religión y religión en política: el caso de sor Margarita de la Cruz, archiduquesa de Austria», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén (coords.), *op. cit.*, vol. 1, pp. 631-

- SIGNOROTTO, Gianvittorio y ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio, *Milán español: Guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- SIMÓN I TARRÉS, Antonio, «La política exterior», en Domínguez Ortiz, Antonio (ed.), *Historia de España*, vol. VI, Planeta, Barcelona, 1988.
- , «Catalans i francesos a l'edat moderna, guerres, identitats i contraindètitats. Algunes consideraciones», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, n.º 18, 2, 1998, pp. 391-402.
- SIMON, Ruth, «The Uskok Problem and Habsburg, Venetian, and Ottoman Relations at the Turn of the Seventeenth Century», *Essays in History*, Charlottesville, 2000, 8, 11.
- SKOWRON, R., *Olivares, los Vasa y el Báltico. Polonia en la política internacional de España en los años 1621-1632*, Wydawnictwo, Varsovia, 2008.
- , «El mar Báltico en la estrategia española de guerra en los Países Bajos, 1568-1648», en VV.AA., *El mar en los siglos modernos*, vol. 2, Santiago de Compostela, 2009, pp. 345-359.
- SODINI, Carla, «Festinando non procrastinando. Raimondo Montecuccoli e la Guerra di Castro», *American Legacy. La SISM ricorda Raimondo Luraghi*, Società Italiana de Storia Militare, 2013, p. 227-260.
- SOTELO ÁLVAREZ, Avelino, «Diarios» de Francesco Zazzera (1616-1620) sobre el megalómano, arbitrario, populista y «voyeur» virrey de Nápoles, duque de Osuna, PhD Áristos, Torrevieja (Alicante), 2003.

- SOTO DE PRADO Y OTERO, C., «Hacia una cultura de la sostenibilidad a través de los textos de Goethe», *Revista de Filología Alemana*, 18, 2010.
- SOUBEYRAN, Benoît, «Des “soldats des guerres diplomatiques”, les archivistes de Pierre Dupuy à Ludovico Muratori (XVIIe-début du XVIIIe siècle)», *La guerre et la paix dans les sociétés des Suds*, IVe journées d'études doctorales LLACS, octobre 2016, Montpellier, 2016, pp. 1-20.
- SPRING, Laurence, *Bavarian Army During the Thirty Years War, 1618-1648: the backbone of the Catholic League*, Helion & Company Limited, 2017.
- SRONEK, Michal y HAUSENBLASOVÁ, Jaroslava, *Gloria et Miseria. Praha v době trřicetileté války*, Gallery, Praga, 1998. Publicado también en alemán e inglés: *Gloria et Miseria. Prague during the Time of the Thirty Years' War*, Gallery, Praga, 1998.
- STAUBER, Reinhard, «Die österreichische Armeefinanzierung im dreißigjährigen Krieg», *Starker Staat, schwacher Staat?» Fürstliche Herrschaft und politische Kontrolle in der Neuzeit*, Seminar für Neuere Geschichte, Institut für Geschichte an der Alpen-Adria-Universität Klagenfurt, 2004.
- STEINBERG, Sigfrid Henry, «Thirty Years War: a new interpretation», *History*, 1947, pp. 89-102.
- , *The «Thirty Years War» and the Conflict for European hegemony, 1600-1660*, Londres, Norton and Company, Nueva York, 1966.
- STEPÁNEK, Pavel, «Un gobernador militar español de Bohemia y su mecenazgo artístico: Baltazar Marradas y Vich

- (Vique) Pallas, mecenas en Praga, en el siglo xvii», en Cabañas Bravo, Miguel; López-Yarto Elizalde, Amelia y Rincón García, Wifredo, *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos xv a xx*, 2008, pp. 203-210.
- , «Repercusiones del arte andaluz en Centroeuropa, especialmente en Bohemia, en los siglos xvii y xviii. Las vías comerciales y diplomáticas», en Morales Alfredo J. (coord.), *Actas del Congreso Internacional Andalucía Barroca. Arte, arquitectura y urbanismo*, vol. 1, 2009, pp. 245-258.
- STEUDE, Wolfram, «Heinrich Schütz and the Thirty Years' War», en *Exhibitions, 1648: War and Peace in Europe, Essay Volumes*, tomo II: *Art and culture*, 2002, pp. 423-430.
- STIER, Bernhard y HIPPEL, Wolfgang von, «War, Economy and Society», en Sheilagh, Ogilvie (ed.), *Germany: A New Social and Economic History*, vol. 2, 1630-1800, Londres, 1996, pp. 233-262.
- STIEVE, Felix, *Allgemeine Deutsche Biographie*, Leipzig, 1877.
- STORRS, Christopher, *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, 2006.
- STRADLING, Robert A., «Los dos grandes luminaires de la tierra: España y Francia en la política de Olivares», en *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990, pp. 129-160.
- , «Prelude to Disaster: The Precipitation of the War of the Mantuan Succession, 1627-1629», *Historical Journal*, 33, 1990, pp. 769-785.
- , *Europa y el declive de la estructura imperial española*,

- 1580-1720, Madrid, 1992, (1.^a ed. en castellano 1983).
- , «Olivares and the origins of the Franco-Spanish War, 1627-1635», *English Historical Review*, 101, 1996, pp. 68-84.
- STRAUB, Eberhard, *Pax et Imperium: Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*, Ferdinand Schöningh, Paderborn, 1980.
- STRÖMHOLM, S., «Los orígenes de la Monarquía sueca en el siglo XVII», en Martínez Ruiz, E., y Pi Corrales, M. de P., *España y Suecia en la época del Barroco, 1600-1660*, Madrid, 1998, pp. 37-50.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis y ANDRÉS GALLEGO, José, *La crisis de la hegemonía española, siglo XVII*, Madrid, 1991.
- SUTHERLAND, N. M., «The origins of the Thirty Years' War and the structure of European politics», *English Historical Review*, 107, 1992, pp. 587-625.
- TALLET, Frank, *War and Society in Early Modern Europe 1495-1715*, Londres y Nueva York, 1992.
- TAPIE, Víctor L., «Los territorios Habsburgos entre 1618 y 1657», en Cooper, J. P. (ed.), *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1610-1648/1659*, Barcelona, 1989, pp. 354-372.
- TERCERO CASADO, Luis, «¿*Pax non sancta*? La postura de la diplomacia española ante la política religiosa del emperador Fernando III en la Paz de Westfalia», en García Martín, Pedro; Quirós Rosado, Roberto y Bravo Lozano, Cristina, (coords.), *Antemurales de la Fe: conflictividad confesional en la Monarquía de los Habsburgo, 1516-1714*, Ministerio de Defensa, 2015, pp.

197-212.

TERNOIS, Daniel (dir.), *Jacques Callot (1592-1635)*, Actas del coloquio (Nancy, 1992), Musée du Louvre, París, 1993.

—, *Jacques Callot, catalogue complet de son oeuvre dessiné*, Libraire de la Société de Reproduction de Dessins Anciens et Modernes, París, 1962. Supplément, 1962-1998, Librairie F. de Nobele, París, 1999.

TESCHKE, Benno, *Mythos 1648-Klassen, Geopolitik und die Entstehung des europäischen Staatensystems*, Münster, 2007.

THEIBAUT, John, «The Rethoric of Death and Destruction in the Thirty Years' War», *Journal of Social History*, n.º 27, vol. 2, 1993, pp. 271-290.

—, «The Demography of the Thirty Years War Re-revisited: Günther Franz and his Critics», *German History*, 1997, vol. 15, n.º 1, pp. 1-21.

—, *German villages in crisis: rural life in Hesse-Kassel and the Thirty Years' War, 1580-1720*, Brill, 1995.

—, *French Armies of the Thirthy Years' War*, LRT Editions, 2008.

THION, Stéphane, *Rocroi 1643*, París, 2013.

THOMPSON, I. A. A., «El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro», *Manuscripts*, 21, 2003, pp. 17-38.

—, «Sir Charles Cornwallis y su *Discurso sobre el Estado de España*, 1608», en Sanz Camañes, Porfirio (ed.), pp. 65-102.

—, «Public Opinión, propaganda and prejudice as factors in international relations: Spain and England in the

- sixteenth and seventeenth centuries», en Porres Marijuán, María Rosario y Reguera Acedo, Iñaki (coords.), *La proyección de la monarquía hispánica en Europa: política, guerra y diplomacia entre los siglos XVI y XVIII*, 2009, pp. 35-62.
- , «El declive de España y sus relaciones internacionales: percepciones y política a finales del siglo XVII», en Sanz Camañes, Porfirio (coord.), *Tiempo de cambios..., op. cit.*, 2012, pp. 119-141.
- , «El soldado, la sociedad y el Estado en la España de los siglos XVI y XVII», en Luis Ribot García (coord.), *Edad Moderna. II. Escenario Europeo*, de la *Historia Militar de España*, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 447-469.
- TORRES SANS, X., «De Tirlemont a Riudarenes: política y religión en la crisis hispánica de 1640», *Hispania Sacra*, vol. 69, n.º 139, 2017, pp. 221-231.
- TREVOR-ROPER, Hugh R., «Spain and Europe: 1598-1621», en Cooper, J. P. (ed.), *The New Cambridge Modern History*, vol. IV, Cambridge University Press, 1970, pp. 260-282. *Vid.* en español: «España y Europa, 1598-1621», en *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1610-1648/1659*, *Historia del Mundo Moderno*, Barcelona, 1989, vol. 4, pp. 184-200.
- TROYANO CHICHARRO, José Manuel, «Venecia a principios del siglo XVII, una visión política a través del embajador español Don Alonso de la Cueva Benavides. Aproximación documental», *Chronica Nova*, 27, 2000, 315-337.
- , *Don Alonso de la Cueva-Benavides y Mendoza-Carrillo*

- (1574-1655), tesis doctoral, Universidad de Granada, 2003.
- , «Don Alonso de la Cueva-Benavides y Mendoza-Carrillo, primer marqués de Bedmar: sus biógrafos y el papel que desempeñó en la conjuración de Venecia», *Sumuntán: anuario de estudios sobre Sierra Mágina*, n.º 22, 2005, pp. 77-98.
- USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España y sus tratados internacionales, 1516-1700*, EUNSA, Pamplona, 2006.
- , «El tratado de Oñate y sus consecuencias», en Martínez Millán, José y González Cuerva, Rubén (coords.), *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, vol. 2, 2011, pp. 1279-1300.
- , «El inicio de la guerra de los Treinta Años en la publicística española: La Defenestración de Praga y la batalla de la Montaña Blanca», *La Perinola*, 18, 2014, pp. 181-213.
- , *España en Alemania: la Guerra de los Treinta Años en crónicas y relaciones de sucesos*, Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), Nueva York, 2016.
- VÁCHA, těpán, *Der Herrscher auf dem Sakralbild zur Zeit der Gegenreformation und des Barock. Eine ikonologische Untersuchung zur herrscherlichen Repräsentation Kaiser Ferdinands II*, Böhmen, Artefactum, Praga, 2009.
- VALENCIA RODRÍGUEZ, Juan Manuel, *El III Duque de Feria, gobernador de Milán (1618-1626 y 1631-1633)*, *Revista de Humanidades*, 17, 2010, pp. 13-48.
- VALLADARES RAMÍREZ, R. J., «Portugal y el fin de la hegemonía hispánica», *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 56, n.º 193, 1996, pp. 517-539.

- , *La rebelión de Portugal: guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica, 1640-1668*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998.
- , *Portugal y la monarquía hispánica, 1580-1668*, Arco Libros, 2000.
- VAN CREVELD, Martin L., *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge University Press, 1990, ed. 2004.
- VAN DER ESSEN, A., *Le Cardinal Infant et le politique Européene de l'Espagne, 1609-1641*, vol. I: 1609-1634, Bruselas, 1944.
- VAN EERDE, Katherine S., «The Spanish Match through an English Protestant's Eyes», *The Huntington Library Quarterly*, 1968, p. 59-75.
- VANN, J. A., *The Making of a State: Württemberg 1593-1793*, Ithaca, 1984.
- , y ROWAN, S. W. (eds.), *The old Reich*, Bruselas, 1974.
- VASOLD, M., «Die deutschen Bevölkerungsverluste während des Dreißigjährigen Krieges», *Zeitschrift für Bayerische Landesgeschichte*, 56 (1993), pp. 147-160.
- VEGA, Jesusa, *Museo del Prado: Catálogo de estampas*, Madrid, 1992.
- VEGA, Miguel Ángel, «La Praga Española», *Historia y Vida*, 549, 2013, pp. 47-53.
- VERMEIR, René, *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2006.
- VIEJO YHARRASSARRY, Julián, «El Barón de Lisola, la defensa de la monarquía católica y la Paz de Westfalia», *Annali di storia moderna e contemporanea*, n.º 1, 1995, pp. 93-105.

- VIGANÒ, Marino, «Pax hispanica? Fortificazioni in Lombardia nell'età di Filippo III (1598-1621)», *Quintana: revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, vol. 14, n.º 14, 2015, pp. 23-34.
- VIGATO, Mauro, «La Guerra Veneto-Archiducale di Gradisca (1615-1617)», *Rivista della Società Filologica Friulana «Graziadio I. Ascoli»*, Lxx, 1994, 2.
- VISCEGLIA, M^a A., «Congiurarono nella degradazione del Papa per via di un concilio: la protesta del cardinale Gaspare Borgia contro la politica papale nella guerra dei Trent'Anni», *Roma Moderna e Contemporanea*, 2003, vol. XI, n.º 1-2, pp. 167-193.
- VOIGT, Burkhard, «Spanischunterricht in Geschichte und Gegenwart», *Hispanorama*, LIX, noviembre de 1991.
- VOLTES BOU, Pedro, *El ocaso de los Fugger en España: operaciones de los Fugger en la España del siglo XVII*, Lozano Artes Gráficas, Tomelloso, 2009.
- VON RANKE, Leopold, *Wallenstein und seine Zeit*, Verlag die Heimbucherei, 1942.
- VRIES, Jan de, *The Economy of Europe in Age of Crisis, 1600-1750*, Cambridge, 1976.
- WAGNER, Eduard, 1905-1984, *European weapons and warfare, 1618-1648*, [traducido del checo por Simon Pellar], Octopus Books, Londres, 1979.
- WALTER KRÜSSMANN, Ernst von Mansfeld (1580-1626); *Grafensohn, Söldnerführer, Kriegsunternehmer gegen Habsburg im Dreißigjährigen Krieg*; Berlín 2010.
- WALTON, R. C., «The Thirty Years War», reseña de Polišíenský, Josef V., *Church History*, 42(2), 1973, pp. 292-

- WEDGWOOD, Cicely Veronica, *The Thirty Years War*, 1.^a ed., Anchor Books, 1938, Review Books, Nueva York, 2005.
- WEIAND, Kerstin, *Hessen-Kassel und die Reichsverfassung: Ziele und Prioritäten Landgräflicher Politik in Dreißigjährigen Krieg*, Hess, 2009.
- WESTPHAL, Siegrid, *Der Westfälische Frieden*, Beck, Múnich, 2015.
- WHALEY, Joachim, *Germany and the Holy Roman Empire, 1493-1648*, vol. I, Nueva York, 2012.
- WHITE, Lorraine, «Los tercios en España: el combate», *Studia Historica. Historia moderna*, 1998, n.º 19, pp. 141-167.
- , «Guerra y revolución militar en la Iberia del siglo XVII», *Manuscripts: Revista d'història moderna*, n.º 21, 2003, pp. 63-93.
- WHITE PAAS, Martha, *The Kipper und Wipper Inflation, 1619-23: An Economic History with Contemporary German broadsheets*, Yale University Press, 2012.
- WIJN, J. W., «Las fuerzas armadas y la guerra, 1610-1648», en Cooper, J. P., (ed.), *Historia del Mundo Moderno*, tomo IV de la Historia de Cambridge University, *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1610-1648/1659*, Barcelona, 1989, pp. 139-156.
- WILLIAMS, Patrick, «El reinado de Felipe III», en *La crisis de la hegemonía española; el siglo XVII*, en *Historia General de España y América*, vol. 8, Madrid, 1986, pp. 419-443.
- , «El duque de Lerma y el nacimiento de la corte barroca en España: Valladolid, verano de 1605», *Studia Historica, Historia Moderna*, 31, 2009, pp. 19-51.

- , *El gran valido. El duque de Lerma, la corte y el gobierno de Felipe III, 1598-1621*, Junta de Castilla y León, Segovia, 2010.
- , «Hurtado de Mendoza, Juan», en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012, vol., XXVI, pp. 550-552.
- WILSON, Peter Hamish, «New Perspectives on The Thirty Years War», *German History*, 2005, 23, 2, pp. 237-261.
- , *The Thirty Years War. A Sourcebook*, Londres, 2010.
- , «Was the Thirty Years War a 'Total War'?», en Charters, Erica; Rosenhaft, Eve y Smith, Hannah (eds.), *op. cit.*, pp. 21-36. *Vid.* en castellano: ¿Fue la Guerra de los Treinta Años una “guerra total”? *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 5-10/2016, pp. 341-356.
- , *Europe's Tragedy. A History of the Thirty Years War*, Penguin Books, Londres, 2009. Traducido al español en 2018 en dos volúmenes por la editorial Desperta Ferro.
- WINKELBAUER, Thomas, *Ständefreiheit und Fürstenmacht: Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter*, vol. 1, Ueberreuter, Viena, 2003.
- WINTER, J. M., *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, 1991.
- WOLFF, Gottfried M., *Los Siervos de María en Alemania: el impacto con la reforma luterana; el restablecimiento en Tirol*. [<http://servidimaria.net/>]
- WORTHINGTON, David, *Scots in Habsburg Service, 1618-1648*, Leiden-Boston, 2004.
- ZAFRA, Rafael, «La Suma de la doctrina cristiana de san Pedro Canisio: La universalización de la catequesis de Juan de Ávila», *Scripta Theologica*, vol. 45, 2013, pp. 213-233.

- ZAMBRANO PÉREZ, «Piratas, piratería y comercio ilícito en el Caribe, la visión del otro (1550-1650)», *Historia Caribe*, n.º 12, 2007, pp. 23-56.
- ZOJER, Michael, *Von Kriegsunternehmenrn und Kontributionszahlungen. Die österreichische Armeefinanzierung im dreißigjährigen Krieg*, Institut für Geschichte an der Alpen-Adria-Universität Klagenfurt, 2004.
- ŽUPANI, Jan y FIALA, Michal, *Praha 1648: nobilitac̣ní listiny pro obránce pražských mẹst roku 1648*, VR, Atelier, Praga, 2001.
- ZURAWSKI, S., «New sources for Jacques Callot Map of the Siege of Breda», *The Art Bulletin*, LXX-4, 1988.
- ZWIERLEIN, Cornel, «The Thirty Years' War-A Religious War? Religion and Machiavellism at the Turning Point of 1635», en Asbach, Olaf y Schröde, Peter (coord.), *The Thirty Years' War, The Ashgate Research Companion to the Thirty Years' War*, Ashgate, 2014, pp. 231-243.
- ZWITZER, H. L., «The Eighty Years War», en Der Hoven, Marco van (ed.), *Exercise of Arms: Warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Brill Academic, 1997, pp. 33-56.

Índice

INTRODUCCIÓN	4
1. LAS PERCEPCIONES DE LA GUERRA	15
2. EL ESCENARIO NUCLEAR DEL CONFLICTO	63
3. LA ONDA EXPANSIVA	126
4. EL SONIDO DE LAS TROMPETAS DE GUERRA	202
5. LA MAQUINARIA BÉLICA	359
6. EL IMPACTO DE LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS	532
CONCLUSIONES	556
Epílogo. APROXIMACIÓN AL DEBATE HISTORIOGRÁFICO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS	565
ANEXOS	637
GLOSARIO	648
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	654